


= Libros Antiguos =
F. Puvill
Boters 10 · Barcelona · Tel. 2217033


UNIVERSITY OF TORONTO
VELUT ARBOR ÆVO

HISTORIA

DEL REY DE ARAGON D. JAIME I,

EL CONQUISTADOR.



D. BERENGUER

de Palou.

HISTORIA

DEL REY DE ARAGON

DON JAIME I,

EL CONQUISTADOR,

escrita en lemosin por el mismo monarca;

TRADUCIDA AL CASTELLANO Y ANOTADA

POR

Mariano Flotats y Antonio de Bofarull.

Valencia.

Libreria de Doña Rosa Lopez.

1848.



Barcelona : Imprenta de la Sra. V. é H. de MAYOL.

INTRODUCCION.

El interés de las diversas obras que continuamente salen á luz y el resultado de las lecturas que en el dia están mas en boga, no pueden llevar siempre la estimable cualidad de ser útiles en general; pues por su misma esencia interesará la materia de aquellas solo á los que la conozcan, y aun cuando esta sea sublime, no pasará su efecto mas allá del círculo que forman los que se dediquen á investigar el mayor ó menor grado de esa misma sublimidad.

Merece, sin embargo, una escepcion la historia; pues aun cuando puede considerarse como ciencia especial, son de utilidad general sus efectos, mayormente si se atiende á que no es solo un cuadro sucesivo de acontecimientos lo que la forma, si que además una pintura fiel de la marcha y progreso de los pueblos en cada siglo, sirviendo, por consiguiente, su exactitud de tipo para que pueda deducirse cuál sea la importancia de las cosas en sus diferentes períodos. Así vemos, pues, que todo tiene relacion con la historia ó se deduce de ella: la entidad de las ideas, ya sean religiosas, ya filosóficas, ya políticas; las costumbres, las bellas artes, las ciencias y las instituciones.

Esto nos sugiere una favorable consecuencia, á saber: que las publicaciones históricas siempre son útiles, y mas aun si las acompaña otra circunstancia especial, de aquellas que por sí solas forman su recomendacion. La historia particular de un pueblo, por ejemplo, podrá ser rica en la parte de sucesos que se enlazan con los de otros paises, es decir, en la que se llama de interés general; mas como historia especial, podrá tener, acaso, tal abundancia de noticias y exactitud respecto á invenciones, costumbres, razas ó idiomas, que bastará esta sola circunstancia para que la busquen con interés y la estudien los sabios, cualquiera que sea el pais á que pertenecieren.

Las crónicas que con tanta profusion se escribieron en los siglos medios, sin embargo de considerarse como verdaderas fuentes de las que ha manado desde tal tiempo la perfeccion de la historia general, solo pueden mirarse comunmente como especiales, en primer lugar, porque se refieren tan solo á determinadas épocas ó personajes, y luego, porque, mas que fondo filosófico, del que pueda deducirse el cuadro ó aspecto general de la época á que se refieren, hállase sobremanera en ellas cierta minuciosidad inútil, que mas de una vez se hace pesada, por referirse á hechos insignificantes: esto lo decimos, mirando las crónicas bajo el aspecto de utilidad general histórica; mas, atendiendo solo á su esencia y remontándonos á la época de su aparicion, debemos confesar que esa misma minuciosidad y sencillez es lo que forma su verdadero carácter, y que acaso sin esta cualidad, no seria para nosotros amena su lectura.

Otra observacion no menos interesante hay que hacer respecto de las crónicas, y es, sobre la veracidad que puede esperarse de sus autores: muchos de estos ó son amigos ó servidores del personaje principal, ó se supone ser sencillos monjes, ajenos en su tiempo del conocimiento de la política ó mas bien de la influencia de esta en los hechos; de lo que resulta la siguiente notable diferencia, á saber: cuando escriben los primeros, la esplicacion de la causa aventaja á la del hecho, que es el efecto: cuando los segundos, la esplicacion del hecho es mas que detallada, y la causa por lo comun se ignora.

Tiende, pues, nuestro objeto á probar que seria una obra de grande estima la crónica que se hallase libre de esos recelos que ins-

piran una gran parte, no todas, de las conocidas. Algunas hay no obstante, que, aun cuando se resientan de una de las faltas que acabamos de apuntar, en lo demás merecen gran concepto; y mucho tienen que agradecer á sus autores los que nuevamente han cuidado de compilar las historias generales de cada pais.

Al publicar la historia del rey D. Jaime, no vacilamos en asegurar que es tal obra superior á cuantas se han compuesto de su género; pues, dejando aparte las consideraciones justas que moverian á su autor á darle el nombre de historia con preferencia al de crónica, bien libre está su contesto de inspirar recelo alguno: antes al contrario, merece tanta consideracion, en nuestro concepto, la historia del Conquistador, que, mas que libro, mereciera llamarse insigne monumento de saber, de verdad y de gloria.

La primera circunstancia de tal libro es, ante todo, la trascendencia de los hechos que relata; pues mal podria darse una idea de la reconquista de España en los siglos medios, sin enterarse de la parte que en tan gloriosa empresa cupo á los reyes de Aragon, y en especial á nuestro D. Jaime. La conquista de Mallorca y la de Valencia y Murcia, son ya de sí sucesos de grande importancia; pero la tendrán mas, si se consideran tales empresas como el preludio y guia de las que mas adelante han de tener lugar, y como un móvil infalible del espíritu de independencia y de la resolucion con que luego se lanzó de la Península á todos sus dominadores estraños. Esto, junto con el carácter que se nota en toda la historia de D. Jaime, hace que el interés de esta se mire como de utilidad general; y cuando no bastaran tales circunstancias, bastaria para ello la de hallarse perfectamente dibujado en tal libro el cuadro exacto de la época, que no es poco; pues bien podemos decir sin empacho, que el reinado de D. Jaime (como otros de sus sucesores) absorvió en su tiempo toda la preponderancia que puede alcanzar una nacion conquistadora, tal como Aragon, alentada por el espíritu emprendedor de sus naturales, y con ventaja á las otras, por lo que toca á fuerzas marítimas é índole guerrera. Además, la época de D. Jaime es caracterizada por otra circunstancia, admirable respecto al tiempo en que aparece y á las tareas militares que ocupaban á los gobernantes por el espíritu de conquista; tal es el afianzamiento de las instituciones, que adquieren forma, importancia y seguridad, y la creacion del verdadero equilibrio entre los poderes del Estado.

Por lo que toca á veracidad, que, como hemos dicho, es sospechosa en algunas crónicas, en ninguna historia puede admitirse mejor que en la de D. Jaime. En ella el mismo héroe es el historiador, relata siempre los hechos como testigo ocular y citando á otras personas; como supremo en la política, esplica y deslinda las causas, y en los rasgos particulares de cada personaje, como que á nadie necesita ni á nadie debe halagar, refiere con justicia el verdadero mérito, pues no teme con las alabanzas disgustar á nadie. Sin esto, dos pruebas hay aun infalibles que, al paso que revelan su carácter, sirven para enrobustecer mas y mas la certeza de que fué la mano del rey, y no la de un estraño, la que trazó esta historia: obsérvese la primera en las pocas alabanzas que hace de sí propio; dedúzcase la segunda del modo con que habla de su padre, callando en lo posible ciertos hechos que otros escritores posteriormente nos han revelado, y de los cuales, en el decurso de la obra, daremos cuenta á los lectores por medio de notas.

Ya que hemos hablado de la bondad esencial del libro, preciso se hace no menos que demos noticia de la exactitud de la copia que publicamos y de los percances del original. Existia este en la celebrada biblioteca del monasterio de Poblet, hasta que Marca siendo intendente ó comisario regio de esta provincia por el rey de Francia, se lo llevó: así lo aseguran Sayol, que fué historiador de aquel monasterio, y Serra, que lo fué del de Monserrat. De dicho original sacóse, sin duda, una copia (*) sesenta y siete años despues de la muerte de D. Jaime, en 1343, la cual pasó á poder del canónigo de Lérida D. José Besora, de este al de los carmelitas descalzos de esta ciudad, y por último á la biblioteca pública actual. Guardábase otra copia en el archivo del maestre racional de Valencia, la cual existe en el dia en la biblioteca del Escorial, por haberla querido poseer el rey D. Felipe II; mas al desprenderse de ella los valencianos, creyeron justo, y fué laudable su celo, hacer de ella una edicion, la que se efectuó en 1557, teniendo cuidado, además, de imprimir la parte que corresponde á la conquista de Valencia en un cuaderno suelto, que por lo comun suele formar parte del tomo que tambien imprimieron de los privilegios

(*) Véase el Diccionario de escritores catalanes, por T. Amat, artículo: D. Jaime.

de tal ciudad. Ahora bien ; comparada la copia que se guarda en el archivo de Aragon con la que se guarda en la biblioteca , con la edicion de 1557 y , por lo que toca á Valencia, con el cuaderno adjunto á los privilegios de esta ciudad , hállase que son todas enteramente iguales y que las unas se copiaron de las otras, sin alterar siquiera en lo mas mínimo su precioso texto.

El idioma en que este se halla escrito es en todas las copias y ejemplares el mismo en que lo escribió el rey , que estaba en tal tiempo mas en boga en la corte de Aragon y que se hablaba en casi todos sus dominios , á escepcion de la parte que correspondia al primitivo reino de este nombre. Tal cualidad es otra de las principales que embellecen esta preciosa historia , pues era el lemosin en la edad media una lengua de las mas queridas y privilegiadas , tanto , que en los paises donde se hablaba era donde mas florecia la literatura y de donde volaban hácia todas regiones los genios mas fecundos , que acaso trazaron el primer modelo de la perfecta poesía. Los diferentes pareceres que se alegan en varias naciones para disputarse la preferencia respecto á la cuna y cultivo de tal idioma, son la mejor prueba de su importancia. Su orígen no hay duda que es el romano vulgar mas ó menos cultivado en los paises que se hallan á ambos lados y mas próximos al Pirineo ; y así vemos, que aun cuando se notara alguna diferencia entre el lenguaje de una y otra parte , con todo , el fondo , la etimología, y hasta las radicales de todas sus voces son generalmente las mismas. En los tiempos á que nos referimos , podemos creer que el lenguaje provenzal se consideraba como una lengua poética , pues son infinitas las obras que en la misma capital de Francia se guardan con celo desde aquellos tiempos , escritas en dicho idioma ; sin embargo, ya sea por la dominacion de los condes de Barcelona y reyes de Aragon en Provenza , ó por otras causas que es fácil citar ó deducir , vense coetáneas á obras de escritores provenzales , otras de hijos del mismo pais , escritas en el idioma que llamamos lemosin , igual al que se hablaba en los demás dominios de dicha corona. Para convencerse de ello, no hay mas que buscar tal comparacion en las ricas ediciones que en Francia se están haciendo de las poesías provenzales , lemosinas y catalanas de aquellos siglos , y en cuya laudable empresa ha llevado dignamente la bandera Raynouard, como puede verse en su Léxique Roman, *y en su* Choix des poésies des troubadours.

Tales cálculos nos dan lugar á creer, no solo que la lengua llamada lemosina (cuyo nombre tomaria del territorio así llamado) fué de grande importancia, si que además puesta en mayor grado de pulidez y riqueza á medida que se generalizó y adoptó por lengua de corte en Aragon. Por esto, tal vez, D. Jaime, llevado de la idea de darle un carácter mas nacional, al paso de ponerla entre las llamadas latinas, *le dió siempre el nombre de catalana, lo que hicieron asimismo todos los demás escritores desde su tiempo acá; y por esto tambien, desde el siglo del mismo rey, vense con mayor profusion obras de todas clases catalanas y lemosinas, al paso que va decayendo en adelante y luego desapareciendo la llamada lengua provenzal. Hay que notar además sobre esto, que Raynouard no usa nunca de tales nombres para designar las dos lenguas neolatinas que citamos, pues á la lemosina la llama catalana, y á la provenzal, lengua de trovadores.*

Pero, sea como fuere, el uso ha introducido que se llamara comunmente lengua lemosina á la que se habló por tantos siglos en los dominios de Aragon y se admiró en tan diferentes paises, hasta que por la union de las dos coronas se le dió el primer golpe de muerte por la preponderancia castellana, golpe que repitió mas fuerte el rey Felipe V, al quitar los privilegios y antiguos usos de las provincias de Aragon, en virtud de los cuales se habia conservado algun tanto hasta principios del siglo pasado, el cultivo de la lengua lemosina.

En el dia se habla un lemosin tan corrompido que ni sombra parece de lo que fué: cada provincia tiene modismos y acento diferentes, y cada cual ha ido tomando voces de los otros idiomas que se hablan en sus fronteras; pudiendo casi asegurarse, no sabemos por qué contingencia, que en el único punto donde se conserva puro el lemosin, tal como se hablaba en los siglos medios, es en algunos pueblos cercanos á las montañas de Prades y en otros de la ribera de Ebro.

Bajo estos antecedentes, tal vez se nos acusará porque no publicamos la obra original con todas sus bellezas de lenguaje, en vez de la traduccion que presentamos y en la cual podrá conocer el lector que no nos ha faltado trabajo: pero aquí debemos hacer una reflexion, en fuerza de la cual no solo esperamos perdon, si que además aplauso por nuestra idea. En los paises donde el gobierno no

puede costear las publicaciones científicas, los que las dan á luz solo pueden hacerlo ó arriesgando sus caudales ó confiando en la aficion del público á tales obras; lo primero nos es imposible, á pesar de nuestro buen celo: lo segundo es dudoso, en razon de los efectos que produce la preponderancia de que últimamente hemos hablado y la falta de conocimientos respecto al antiguo y verdadero idioma; el único medio, de consiguiente, que nos queda, es el de mover la aficion popularizando á nuestro héroe, y esta popularidad de ningun modo creemos conseguirla mejor, que con la traduccion que publicamos.

Si conseguimos nuestro objeto, entonces veremos un camino abierto y seguro para publicar el original de tan preciosa historia, con lo que creemos pagar un justo tributo á la esclarecida memoria de nuestro invicto político y guerrero César aragonés que, como dijo muy bien un admirador suyo, pelcaba escribiendo y escribia peleando.

Dice el apóstol Santiago, que de nada sirve la fé sin las obras; palabras que el Señor quiso que se viesen cumplidas en nuestros hechos: mas aunque la fé sin las obras nada valga, cuando ambas se hallan reunidas producen fruto acepto á Dios. No bastaba, pues, que fuesen buenos nuestros principios, sino que debian mejorarse, no contentándonos con la fé, con creer en nuestro Criador y en sus obras, y con rogar á su Madre que intercediese con su Hijo para que nos perdonase las faltas de que nos reconocíamos culpable. La fé que teníamos no era suficiente para alcanzarnos la verdadera salud; pero nuestro Señor Jesucristo, que es sabedor de todas las cosas, sabia que nuestra vida habia de ser tan larga, que con ella añadiriamos á la fé las buenas obras; y otorgónos por ende tanta gracia y merced, que á pesar de todos nuestros pecados mortales y veniales, no permitió que cayésemos en ninguna tentacion ni que recibiésemos ningun daño, del que debiésemos avergonzarnos en nuestra corte ni en ningun otro lugar; y quiso además que no muriésemos antes de que todo esto se hubiese verificado. Eran tantas las mercedes con que nos favorecia, que por él nos honraban de palabra y por obra nuestros mismos enemigos, y si á las veces nos enviaba alguna enfermedad, haciálo á modo de castigo, como padre con su hijo; pues, segun dice Salomon, no quiere bien á su hijo el que no quiere castigarle: el Señor, sin embargo, no lo hizo nunca de manera que á Nos resultase

grave daño. Agradecíamosle, pues, entonces el castigo que nos daba, y se lo agradecemos tambien ahora, porque conocemos que nos lo daba para nuestro bien. Recordamos las palabras de la Sagrada Escritura: *Omnis laus in fine canitur*, esto es, al fin se canta la gloria; y así quiso el Señor que se verificase en Nos, cumpliéndose lo que dice el apóstol Santiago, para que hasta el fin de nuestros dias se conformasen nuestras obras con nuestra fé. Considerando, pues, lo que es este mundo y lo que es el hombre; meditando las futilezas y angustias de este siglo y la infinita gloria que en el otro reparte el Señor á los que desean y procuran alcanzarla; considerando además cuan grande es el poder de Dios y estremada nuestra flaqueza; convencidos de la verdad de las palabras de la Escritura: *Omnia prætereunt præter amare Deum*, esto es, que todas las cosas de este mundo son perecederas, y que todo ha de perderse menos el amar á Dios; y conociendo, por último, que esta era la primera y única verdad; hicimos propósito de conformar nuestro pensamiento y nuestras obras con los mandamientos del Salvador, y de dejar las vanidades de este mundo para conseguir su reino, cumpliendo con lo que él nos dice en el evangelio: *Qui vult venire post me, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me*, que es como si dijeramos, que el que quiere seguirle debe hacer desde luego el sacrificio de su propia voluntad. Por todo esto, teniendo en la memoria las notables mercedes que el Señor nos habia otorgado durante nuestra vida, y muy particularmente en los últimos años; quisimos abnegar nuestra voluntad por la suya; y para que los hombres conociesen despues de nuestra vida mortal cuáles habian sido nuestras obras con la ayuda del Señor poderoso que es Trinidad verdadera, dejamos por memoria este libro, que será á los que lo leyeren un testimonio de las muchas gracias que Dios nos ha dispensado, y á todos un ejemplo para que hagan lo que Nos hemos hecho, poniendo toda nuestra confianza en el Señor todopoderoso.

HISTORIA DE D. JAIME.

CAPÍTULO I.

Es sabido que nuestro abuelo el rey don Alfonso habia entablado negociaciones con el emperador de Constantinopla (1) para casarse con la hija de este soberano; pero á pesar de los tratos acordados entre ambas partes, pasó nuestro abuelo á contraer matrimonio con doña Sancha, hija del emperador de Castilla (2). El de Constantinopla, que ignoraba este enlace, envió su hija al rey de Aragon, conde de Barcelona y marqués de Provenza, acompañada de un obispo y dos ricoshombres (3). Llegados todos á

(1) Manuel Comneno I, que subió al trono en 1143 y murió en 1180. Su hija Eudoxia fué la que desposada primeramente con Alfonso el Casto de Aragon, contrajo despues matrimonio con Guillermo VIII, señor de Mompeller.

(2) Alfonso VII de Leon y II de Castilla, hijo de doña Urraca y de Raimundo, conde de Borgoña, ascendido al trono en 1126, coronado emperador en 1135 y muerto en 1157.

(3) Era este un título con que se distinguian algunos magnates en Castilla y Aragon. La voz *Rico* ha conservado aquí la misma accepcion que tenia antiguamente en el idioma teutónico, de donde procede; pues *Rik* significaba en aquella lengua, valiente, poderoso: y así Teodorico, *Theod-rik* valia lo mismo que poderoso en la nacion (*Theod*, pueblo, nacion); Alarico ó *All-rik*, queria decir, enteramente ó muy poderoso (*All*, todo; y adverbialmente, del todo) etc. Mas adelante se dió á este vocablo, con sus derivados y compuestos, una significacion distinta, aplicándolo solamente al que posee muchos bienes de fortuna. Los Ricos-hombres en Aragon ponian en sus escudos de armas un caldero en señal de que mantenian en campaña crecidas tropas, y usaban estandarte particular ó *señera*, por lo que se les llamó tambien Ricos-hombres de señera. Algunos habia que se llamaron *de Naturaleza*, y estos eran los descendientes de aquellos nobles antiquísimos que gobernaron el reino en aquel tiempo en que no se habia elegido aun nuevo príncipe, despues de la triste pérdida de España; y son los Corneles, los Lunas, Azagras, Urreas, Alagones, Romeos, Foces, Entenzas y Lizanas.

Monpeller, sorprendióles la noticia del casamiento de don Alfonso con doña Sancha de Castilla; y sin saber qué hacerse, acudieron á Guillermo de Monpeller, que era á la sazon señor de aquella ciudad y sus dominios, para que les dijese cómo deberian conducirse en aquel trance. Respondióles Guillermo que reuniria á los de su consejo; y cuando los hubo juntado, fueron todos de parecer, así ricoshombres como caballeros y cuantos hombres de pro habia en la ciudad, que pues Dios le habia hecho merced de que la hija del emperador Manuel, que era en aquellos tiempos el mejor monarca de la cristiandad, se hallase entonces en sus estados abandonada del esposo con quien debia casarse, que la tomase él por mujer, y no la dejase partir bajo ningun pretesto. Así lo manifestó Guillermo al obispo y nobles que acompañaban á la doncella. Cuando estos oyeron la propuesta del de Monpeller de boca de los mensajeros que al efecto les habian sido enviados, doblóse su desconsuelo, por ver que la hija de su señor hubiese de casarse con quien no fuese rey ó emperador, segun le correspondia; y rogaron encarecidamente á Guillermo, que por Dios y por cuanto él valia la dejase restituirse á su patria, pues ellos le habian prometido que en caso de no verificarse el matrimonio que habia motivado aquel viaje, por mar ó por tierra la devolverian otra vez á su padre. Guillermo y los de su consejo se obstinaron en su propósito; y conociendo los enviados del emperador que no les quedaba otro recurso, pidieron que á lo menos se les concediese algun plazo para resolverse. Se les concedió entonces hasta el siguiente dia; pero como ellos vieron que la voluntad de los de Monpeller debia forzosamente cumplirse, procuraron sacar almenos el mejor partido de aquel matrimonio, estipulando que el hijo ó hija que de él naciese fuese señor de Monpeller durante su vida. Tal fué la contestacion que enviaron á Guillermo; manifestándole además que para que no pudiese eludirse este pacto, debia obligarse á cumplirlo mediante juramento y homenaje, y hacer que lo jurasen asimismo todos los hombres de Monpeller mayores de diez años. Conformóse Guillermo, con acuerdo de los de su consejo; celebróse el matrimonio, y de él nació con el tiempo una hija, á quien pusieron por nombre María.

CAPÍTULO II.

Años adelante quiso nuestro padre don Pedro casarse con la mencionada hija de Guillermo de Monpeller, que era señora de aquella ciudad y todo su territorio: ajustáronse, pues, los tratos estipulando que doña María aportase en dote á don Pedro todos aquellos dominios, y se verificó el matrimonio. Así se vió ensalzada á la dignidad real la hija de Guillermo y nieta del emperador de Constantinopla.

CAPÍTULO III.

Mientras vivia aun su primera esposa, contrajo el de Monpeller nuevo matrimonio con una dama de Castilla llamada doña Inés, de cuyo padre no recordamos el nombre; y tuvo de este segundo enlace cuatro hijos: uno llamado En (1) Guillermo como su padre, que fué señor de Peyollá durante su vida; otro En Berguño; otro En Bernardo Guillermo, á quien Nos heredámos y casámos con la hija de En Ponce Hugo, hermano de otro Hugo, conde de Ampurias, llamada Juliana, y que por parte de madre era del linaje de los Entenzas; y otro finalmente, que tenia por

(1) En Aquitania, en las provincias confinantes y en el reino de Valencia se honraron al principio los nobles con el título de *En* y las señoras de esta clase con el de *Ena* ó *Na*; porque la *E* de *En* y de *Na* se suprimia algunas veces, y así se decia: *lo Rey Nanfos*, síncopa de *En Alfons* ó *En Alfonso*. Efectivamente, los mismos soberanos usaron muchas veces de este dictado. Los antiguos fueros de Valencia cuando nombran á los reyes que precedieron á lo union de Castilla y la Corona de Aragon, dicen: el señor *En* Jaime I; el señor *En* Pedro II; el señor *En* Martin. Los condes de Barcelona del mismo modo habian usado de este prenotado *En* ó *Den*, que igualmente tomaron despues los magnates ó nobles de la mas alta jerarquía. Mas adelante, así estos como los reyes prefirieron el Don, dejando el dictado *En* para los generosos, de que usaron tambien algunas veces los ciudadanos, tanto de Valencia como de Cataluña.

Madramany, Nobleza de Aragon, pág. 142.

Supone el mismo autor no haberse introducido el *Don* en Cataluña hasta unirse esta con Aragon, donde se usaba ya antes de tal época.

nombre Tortoseta, y fué educado en la corte de nuestro padre. Guillermo el mayor pretendió luego que por ser él varon le correspondia el señorío de Monpeller; pero llevada la causa ante el papa, y habiéndose presentado mi madre en la corte romana para sostener su derecho y lograr que como heredero suyo fuésemos Nos declarado señor de aquellos dominios, obtuvo la favorable sentencia que se halla inserta en una de las decretales. Por ella declaró el pontífice que los hijos de En Guillermo de Monpeller y de doña Inés debian ser tenidos por ilegítimos, como engendrados en adulterio, viviendo todavía la primera esposa de Guillermo, y adjudicó á nuestra madre la reina doña María y á Nos aquel disputado señorío.

CAPÍTULO IV.

Contemos ahora de qué manera fuimos engendrado, y cómo aconteció nuestro nacimiento. Es de saber primeramente, que nuestro padre En Pedro desamaba á la sazon á nuestra madre la reina; pero sucedió una vez, que hallándose nuestro padre en Lates y la reina en Miraval, se presentó á aquel un ricohombre llamado En Guillermo de Alcalá, el cual pudo conseguir con sus ruegos que el rey fuese á reunirse con la reina. La noche aquella en que ambos estuvieron juntos, quiso el Señor que Nos fuesemos engendrado (1). Así que nuestra madre se sintió emba-

(1) Omite don Jaime en su historia cierto suceso muy curioso de que se conserva tradicion y el cual afirman varios cronistas, relativo al medio de que se valieron los cónsules de Monpeller para que se juntase el rey don Pedro con su esposa, lo que consiguieron por la agudeza de cierto caballero que supo introducir en la cámará real á la reina, en vez de otra dama de Monpeller que el rey esperaba. El cronista Muntaner al hablar de las súplicas que hicieron los cónsules al caballero, pone en boca de aquellos las siguientes palabras: *Perque nos vos pregam, que vos que li digats que vos havets acabat, que ell haura la dona e que vendrá á ell tot segretament á la sua cambra. Mas no vol que llum hi haja per res, per ço que per ningú sia vista: e de açó haurá ell gran plaher. E com ell será gitat e tot hom haura despatxada la cort, vos vendrets á nos aci al lloch del consolat de Muntpesller e nos serem los XII consols, etc.*—Cap. III.—Y luego continúa el mismo cronista en el cap. V..... *ells estegueren defora agenollats en oració tuyt ensemps. E el rey e la regina foren en lur deport quel senyor rey cuidava tenir de prop la dona de qui era enamorat..... E com fo alba los*

razada, trasladóse á Monpeller, en donde, por voluntad de Dios, se verificó nuestro nacimiento, en casa de los Tornamira, la víspera de la Purificacion de Nuestra Señora (1). Luego de nacido, enviónos nuestra madre á la iglesia de Santa María: lleváronnos allá en brazos; y como se estaban cantando los maitines, sucedió que al pasar Nos los umbrales del templo, acertaron á entonar los clérigos el *Te Deum laudamus*, sin que tuviesen ninguna noticia de que debiésemos estar allí. Fuimos en seguida presentado á San Fermin; y aconteció tambien que al entrar en la iglesia, se estaba cantando el *Benedictus Dominus Deus Israel*. De vuelta en casa, llenaron de alegría á nuestra madre tan buenos pronósticos; mandó luego fabricar doce cirios de igual peso y tamaño, hízolos encender todos á la vez, dió á cada uno el nombre de un apóstol, é hizo voto á Dios Nuestro Señor de que nos pondria el nombre del que durase mayor tiempo: fué este el de san Jaime, y por esto, Nos, por la gracia de Dios, nos llamamos Jaime. Así venímos al mundo descendiendo de nuestra madre y del rey En Pedro nuestro padre. Obra de Dios pareció que los tratos que habia entablado nuestro abuelo para tener por mujer á una hija del emperador Manuel se viesen cumplidos despues con el casamiento del rey En Pedro con doña María, borrando así la falta que primeramente se habia cometido.

Sucedió al cabo de poco tiempo, que por una trampilla que daba encima de la cuna donde Nos estábamos, nos tiraron una piedra que cayó al lado de la cuna, pero no fué la voluntad de Dios que entonces muriésemos.

prohomens tots e prelats, e homens de religio, e dones cascú ab son ciri ences en la ma, entraren la cambra: é lo senyor rey era en lo llit ab la regina, e maravellas, e salta tantost sobre lo llit, e pres lespasa en la ma: e tuyt agenollarense e digueren en plorant: Senyor, merce sia de gracia, e de merce vostra, que vejats quins jau de prop. E la regina dreças, e lo senyor rey conech la, e comptarenli tot ço que havien tractat. E lo senyor rey dix, que puix que axi era, que plagues à Deu fos cumplit lur enteniment.

(1) De las varias fechas que indica el mismo don Jaime en su historia, y de otros testimonios auténticos, se deduce que su nacimiento fué el dia 1.° de febrero de 1208.

CAPÍTULO V.

Fué nuestro padre el rey mas cortés y mas afable que hubiese habido en España; tan liberal y dadivoso, que gastó sus rentas y sus bienes; buen caballero como ninguno en el mundo, y de tan señaladas prendas, que la brevedad de este escrito no nos permite contarlas.

CAPÍTULO VI.

En cuanto á la reina nuestra madre, basta decir, que si mujer buena habia en el mundo, era ella; temerosa de Dios, amiga de honrarle, y dotada de tantas perfecciones, que por decirlo de una vez, era estimada de todos los hombres que conocian sus virtudes. Fué tanto lo que la amó el Señor y tanta la gracia que le otorgó, que en Roma y fuera de Roma ha merecido ser llamada la reina santa. Sana á muchos enfermos que toman en vino ó agua raeduras de la piedra de su sepulcro, y está sepultada en Roma en la basílica de San Pedro, junto á santa Petronila, la hija del apóstol. Con razon, pues, hemos dicho que fué cosa de milagro que despues de haber prometido nuestro abuelo don Alfonso tomar por mujer á la hija del emperador, y de haberse luego casado con doña Sancha de Castilla, quisiese el Señor que se cumpliese la promesa en la persona de nuestro padre, contrayendo éste matrimonio con la nieta del emperador de Constantinopla.

CAPÍTULO VII.

Á poco de haber Nos nacido, Simon de Monforte, que poseia el territorio de Carcasona y Beziers (1) y la parte de Tolo–

(1) *Carcassez* y *Bidarrez*, dice el testo: corrupcion de los dos adjetivos latino-bárbaros *Carcassensis* ó *Carcassonensis* y *Biterrensis*, con que se designaba lo perteneciente á las citadas ciudades.

sa que habia ganado el rey de Francia, quiso hacer alianza con nuestro padre, y le pidió que le entregase nuestra persona para educarnos; á lo cual accedió don Pedro, fiado en el amor que le manifestaba el de Monforte. Mientras nos hallábamos en poder de éste, los naturales ofrecieron repetidas veces á don Pedro el señorío de aquel territorio; mas como él era franco y sin doblez, engañáronle siempre, negándole por obra lo que le habian ofrecido de palabra. Por En Guillermo de Cervera, Arnaldo de Castellbó y En Dalmacio de Crexell, sabemos que le dijeron mas de una vez:— Señor, aquí teneis nuestros castillos y nuestras villas, apoderaos de ellas, nombrad vuestros bailes; — y luego cuando queria nuestro padre verificar lo que le pedian, decíanle: — Señor, ¿cómo podeis echar de nuestras casas á nuestras pobres mujeres? ¿No sabeis que tanto nosotros como ellas haremos todos siempre vuestra voluntad? — Con tales razones dejaban de cumplirle sus ofrecimientos: mostrábanle sus hijos, sus esposas, sus parientes y las mas hermosas mujeres que hallar podian; y como él era muy liviano, hacíanle mudar fácilmente de propósito y contentarse con lo que ellos querian.

CAÍTULO VIII.

Hallábase Simon de Monforte en Muret acompañado de ochocientos á mil caballeros, y nuestro padre, que en aquella sazon estaba con él en guerra, marchó sobre aquel lugar, llevando en su compañía á los nobles de Aragon don Miguel de Luciá, don Blasco de Alagon, don Rodrigo Lizana, don Ladron y don Gomez de Luna, don Miguel de Rada, don Guillermo de Puyo y don Aznar Pardo, con otros de su meznada (1), y muchos cuyos nombres no recordamos ahora; y á los catalanes En Dalmacio de Crexell, En

(1) Entiéndese comunmente por meznada una compañía de gente de armas que servia bajo el mando del rey, de algun ricohombre ó caballero principal. En otros paises se ha aplicado tal nombre á las compañías sueltas mercenarias levantadas por cualquiera; pero no asi en Aragon, donde las *caballerías de meznada ó meznaderías* constituyen nobleza, de donde provino la division de caballerías de *meznada* que daban los reyes, y de *honor* que conferian los ricoshombres á sus caballeros.

Hugo de Mataplana, En Guillermo de Horta y En Bernardo de Castellbisbal. Sin embargo, todos estos caballeros, á excepcion de don Gomez, de D. Miguel de Rada y de don Aznar Pardo, con algunos de su meznada que murieron honrosamente en el campo, todos volvieron las espaldas y abandonaron al rey en la refriega. Don Nuño Sanchez y En Guillermo de Moncada, hijo de Guillermo Ramon y de Guillerma de Castellví, enviaron mensaje al rey para que los esperase; pero el rey no quiso hacerlo, y así no se hallaron en la batalla. La noche que precedió al combate habíala pasado folgando el rey don Pedro, de modo que, segun nos contaron despues su repostero Gil, que se hizo luego religioso del Hospital, y algunos otros que lo presenciaron, cuando oyó misa no pudo tenerse en pié, y hubo de sentarse mientras se decia el evangelio (1). Antes de trabarse la lucha habia el de Monforte propuesto á don Pedro un convenio; pero nuestro padre no quiso admitir ningunas condiciones. Desesperanzados entonces el conde Simon y los que con él se hallaban dentro de Muret, confesáronse y comulgaron, resueltos á salir al encuentro á don Pedro, prefiriendo morir honrosamente en el campo, que no encerrados dentro de la plaza. Embistieron, pues; y como las tropas del rey no supieron ordenar la batalla ni conservarse unidas, peleando cada ricohombre por sí, contra ley de armas; tanto por esto, como por el pecado en que estaban, quiso Dios que fuesen rotos. En esta batalla murió nuestro padre el rey don Pedro, siguiendo la divisa que han tenido siempre los de nuestro linaje y que Nos seguiremos siem-

(1) No faltará quizás quien estrañe en boca de un hijo la relacion tan minuciosa de los deslices del padre; pero antes de censurar por ello á don Jaime, deben tenerse muy en cuenta las costumbres de la época. En nuestro siglo, á pesar de la desmoralizacion que se le achaca, ni hay quien ostente públicamente sus concubinas, ni quien piense ennoblecerse con ser bastardo, por ilustre que pueda ser su bastardía: sin embargo, ambas cosas eran muy comunes en los siglos medios. En el Padre M. Florez, en sus *Reinas católicas*, hay un largo catálogo de *amigas* de los reyes de Castilla; ilustres personajes no tuvieron reparo en añadir á sus firmas la calificacion de bastardo; y por lo mismo don Jaime, que tuvo, sin contar otras, su Guillerma de Cabrera y su Teresa Gil de Vidaure, no podia tener por faltas muy notables las que de su padre nos cuenta, ni podia creer que perjudicase su buen nombre con referirlas, cuando eran de todos ya sabidas.

pre: morir ó vencer (1). Mientras tanto quedámonos Nos en Carcasona en poder del conde, que nos educaba y era señor de aquel lugar.

CAPÍTULO IX.

Poco tiempo despues de la batalla de Muret y continuando aun la guerra contra los franceses, quisieron tenernos en su poder nuestros naturales, y enviaron á don Nuño Sanchez y á En Guillermo de Cardona, padre de Raimundo Folch, en embajada al papa Inocencio tercero, para que por entredicho ó de otra manera obligase á Simon de Monforte á que les entregase nuestra persona, ya que éramos su señor natural y no les habia quedado de don Pedro ningun otro hijo legítimo. Inocencio, que era el mejor pontífice que desde cien años atrás hubiese ocupado la silla del Apóstol, que se

(1) Guillermo de Tudela en su crónica en verso de la guerra de los albigenses refiere así la muerte del rey don Pedro:

. . . .
. . . .
El bos reis d' Arago, cant los ag perceubutz,
Ab petits companhos es vas lor atendutz
E l' ome de Tolosa i son tuit corregutz;
Que anc ni coms, ni reis non fon de ren creutz,
E anc non saubon mot, tro' ls frances son vengutz;
E van trastuit en lai on fon reis conogutz;
E' l, escrida: — Eu so' l reis! — Mas no i es entendutz,
E fo si malament e nafratz é ferutz,
Que per mieia la terra s' es lo sancs espandutz,
E l' ora s cazec mortz aqui totz estendutz.

Despues de la batalla, quiso el de Monforte que le mostrasen el cadáver de don Pedro, y derramó sobre él abundantes lágrimas, por ver el desastroso fin que habia tenido tan apuesto caballero. Fuélo, efectivamente, don Pedro, y sus súbditos conservaron de él por mucho tiempo grata memoria. Aconteció su muerte á los 13 de setiembre de 1213, y al cabo de cinco años le siguió su enemigo el conde Simon, quien, despues de haber desertado de la cruzada á la Tierra Santa, fué nombrado jefe de la que se emprendió contra los albigenses, y murió en el sitio que puso á Tolosa en 1218.

El que desee mas noticias sobre aquella guerra, batalla de Muret, y muerte de don Pedro, consulte, á mas de la citada, las crónicas latinas de Guillermo de Puy-Laurens y Pedro de Vaux-Sernay, y la historia de todos aquellos hechos escrita en lemosin por un anónimo, y que se halla continuada en el tomo 3.º de la Historia de Lenguadoc.

hallaba dotado de natural ingenio y versado en todas las ciencias, envió cartas tan ejecutivas y tan apremiantes mensajes al conde, que este hubo de acceder á nuestra entrega. Lleváronnos, pues, los franceses hasta Narbona, y allí salieron á recibirnos multitud de nobles y ciudadanos de Cataluña, á la sazon que Nos teníamos seis años y cuatro meses. Acordaron desde luego nuestros naturales confiar nuestra educacion al cuidado de Guillermo de Monredon, natural de Osona, que residia en Monzon y era por aquel tiempo el maestre de los templarios en Aragon y Cataluña.

CAPÍTULO X.

Despues de esto, resolvieron en nuestro nombre, que con sello nuevo que mandaron fabricar para Nos, convocásemos cortes de catalanes y aragoneses para la ciudad de Lérida, á las cuales concurriesen el arzobispo, los obispos, abades y ricoshombres de cada reino, y diez síndicos de cada ciudad, con poder bastante para consentir y aprobar lo que las cortes acordasen (1). Compa-

(1) Las cortes de Lérida en que don Jaime fué jurado rey de Aragon son las primeras catalano-aragonesas de que hallamos mencion auténtica en la historia: sin embargo, no debe creerse que esta institucion se organizase entonces súbitamente; pues atendida su composicion, en la que entraron ya nobles, obispos, abades, caballeros y representantes de las ciudades, debia de traer orígen de tiempos muy anteriores. Esplicar este y los progresos de tal institucion prestaria materia para muchas páginas, y así hemos de contentarnos con lijeros apuntes. La corte ó las cortes, como decimos ahora, no fueron en su principio mas que el consejo de los próceres que rodeaban al rey ó caudillo, y á quienes convocaba éste para que como tribunal de justicia decidiesen los pleitos y cuestiones que entre ellos mismos se suscitaban, Posteriormente fueron adquiriendo ya facultades legislativas, y así vemos que don Ramon Berenguer convocó á los magnates para ordenar los Usajes de Cataluña. Á medida que las clases medias fueron adquiriendo alguna importancia, y que los grandes feudos de la corona se fueron subdividiendo, aumentóse el número de los que á ellas concurrieron, y por lo mismo creció tambien la fuerza de esta institucion; hasta que habiendo adquirido notable influencia los concejos de las ciudades, tuvieron tambien entrada los síndicos de las mismas. Á pesar de esto, y en los primeros tiempos, la concurrencia á cortes era mas bien que un derecho una obligacion de los súbditos, y así vemos que en casi todas las enfeudaciones de algun territorio hay continuada la cláusulá: *quod teneatis venire ad curiam*; y aun hemos visto carta-puebla del siglo XII, en que se halla impuesto el mismo deber á los vecinos de la nueva poblacion.

recieron todos los convocados, menos don Fernando y el conde don Sancho que esperaban usurparnos el reino, y todos nos prestaron juramento de guardar nuestra persona y nuestros dominios, y de defendernos en todo trance contra cualquiera. El arzobispo Aspargo, que era del linaje de los Abarcas y pariente nuestro, fué el que llevándonos en brazos nos presentó á las cortes desde el palacio que hay ahora de sillería y era entonces de madera, por la ventana donde está hoy la cocina en que se da de comer á los comensales de palacio. Luego de prestado juramento se disolvieron las cortes, y el maestre del Templo se nos llevó á Monzon, donde estuvimos dos años y medio continuos. Cuando esto acontecia, teníamos ya empeñadas todas nuestras rentas de Aragon y Cataluña en manos de judíos y sarracenos; y nuestros honores (1), que consistian entonces en ochocientas caballerías, los habia nuestro padre dado ó vendido todos menos ciento y treinta; de modo que al llegar á Monzon no bastaban siquiera nuestras rentas para mantenernos un dia: ¡ tan esquilmado y empobrecido se hallaba nuestro patrimonio!

CAPÍTULO XI.

Mientras nos hallábamos en Monzon se suscitaron bandos y parcialidades entre los ricoshombres aragoneses. Don Pedro Ahones, don Atorela, don Gimeno de Urrea, don A. Palazin, don Bernardo de Benavente, don Blasco Maza y otros ricoshombres y caballeros cuyos nombres no recordamos, siguieron al conde de Rosellon don Sancho (2); y al contrario, don Pero Ferrandez de Albarracin, don Rodrigo Lizana y don Blasco de Alagon se declararon por don

(1) Ducange y Carpentier observan que la palabra *honor* no solo significa feudo, si que además cualquiera posesion en general, que igualmente que los caballeros podian adquirir los plebeyos. Marquilles dice, que universalmente todos los bienes inmuebles se decian en Cataluña *honores*, y lo mismo observan los demás comentadores de la costumbre feudal y de las constituciones de Cataluña.

(2) Fué don Sancho hijo tercero del conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV y de doña Petronila, reina de Aragon; y poseyó el condado del Rosellon por habérselo donado su hermano mayor don Alfonso ó Ramon II, llamado el *Casto*, que fué el primer monarca que rigió el reino unido.

Fernando. Don Pero Cornel y don Vales de Antillon no poseían aun tierras ni honores, por ser muy jóvenes, y seguian tan pronto al uno como al otro partido. Don Gimeno Cornel era ya muy viejo, y como uno de los personajes mas discretos y notables de todo Aragon, se dolia en gran manera de aquellos trastornos que habian sobrevenido en el reino. Venian de vez en cuando á vernos en Monzon los de uno y otro partido, y cada uno de por sí nos instaba para que saliésemos del castillo, y declarándonos por los suyos, ayudásemos con nuestro nombre y autoridad á destruir á sus contrarios.

CAPÍTULO XII.

Cumplidos los nueve años de edad, y viendo que no podia ya tenernos por mas tiempo encerrados dentro de la fortaleza ni á Nos ni al conde de Provenza (1), resolvió el maestre del Templo dejarnos en libertad: que bien habia menester el reino nuestra presencia. Siete meses antes de verificarlo, recibió el de Provenza un mensaje de los de su tierra, diciéndole que en determinado dia tendrian dispuesta en Salou una galera, lo sacarian ocultamente del castillo, y se lo llevarian á Provenza. Como lo propusieron lo cumplieron; pero antes de partirse el conde, quiso hablar con Nos, revelónos el secreto y nos despedimos todos con el llanto en los ojos; á pesar de que en medio del doloroso sentimiento que nos causaba la separacion, nos alegrábamos de su viaje. Al dia siguiente al anochecer salió del castillo en compañía de Pedro Auger, que era su ayo, y de otros dos escuderos; caminaron toda la noche, pasaron por Lérida disfrazados para no ser reconocidos, llegaron la noche siguiente á Salou, embarcáronse en la galera, y se dirigieron á Provenza. Tenia entonces dicho conde dos años y medio mas que Nos.

(1) Ramon Berenguer V de Provenza, primo de don Jaime y descendiente de los condes de Barcelona.

CAPÍTULO XIII.

Al saber los templarios que el conde de Provenza habia partido sin su noticia, conocieron que tampoco les podia ser de provecho nuestra permanencia. Pesóle tambien mucho al conde don Sancho, mayormente cuando supo que el de Provenza se habia ido con los que eran de su bando en Aragon; y así quiso luego alzarse con el reino. Sabiendo, pues, Nos sus intentos, enviámos mensaje á don Pero Ferrandez, á don Rodrigo Lizana, á los de su bando y á En Guillermo de Cervera, para que acudiesen á buscarnos á Monzon, porque estábamos resuelto á salir de allí de cualquier modo; y todos ellos nos prometieron ampararnos y ayudarnos con todo su poder. Don Sancho juntó luego á todos sus partidarios, y para infundirles aliento y despreciando nuestras fuerzas, díjoles que prometia entapizar de grana toda cuanta tierra ganásemos en Aragon allende el Cinca (1). En esto, salimos Nos de Monzon cierto dia antes de amanecer, y alcanzámos en el puente á los de nuestra comitiva, que nos dijeron que el conde se hallaba en Selgua con todas sus fuerzas, esperándonos para trabar la batalla. No teníamos á la sazon mas que nueve años, y por miedo al combate en que pensábamos entrar, quiso un caballero prestarnos una cota lijera para que nos la vistiésemos. Estas fueron nuestras primeras armas. Llegámos aquel dia á Berbegal sin ningun contratiempo, entrámos al siguiente en Huesca, y llegámos finalmente á Zaragoza, haciendo así nuestra primera visita al reino de Aragon, la cual llenó de júbilo á todos nuestros súbditos.

(1) El original dice *perset vermell*, y quizás llamaron así á este paño porque vendria de Persia. En el mismo sentido de paño lo usaron los trobadores Raimundo de Miraval y Gerardo de Luc, pues dicen, el primero:

Mantel non es de *perset* ni de saia,

y el segundo:

Del *perset vermeill* per saia.

CAPÍTULO XIV.

Hallándonos en Zaragoza con don Pero Ferrandez y los nuestros, se nos dió noticia de que don Rodrigo Lizana tenia preso á don Lope de Alvero, pariente del mismo don Rodrigo y casado con una hija de don Pelegrin de Atrocillo, el cual y su hermano don Gil nos rogaron que les diésemos consejo y ayuda para libertar á don Lope; puesto que don Rodrigo lo prendiera sin previo desafío, se habia apoderado de su castillo y villa de Alvero, y le habia quitado mas de mil cahices de trigo, sin contar el daño que habia causado á los cristianos y sarracenos de la villa. Reprobaron semejante desafuero todos los aragoneses que tenian noticia del caso; y los de nuestro consejo, pues Nos por nuestros pocos años no nos hallábamos en estado de aconsejarnos ni de aconsejar á otros, fueron de dictámen que atácasemos á don Rodrigo, libertásemos á don Lope, é hiciésemos que le fuesen resarcidos todos los daños que se le habian causado. Marchámos, pues, sobre Alvero con un fundíbulo (1) que hicimos fabricar en Huesca; y á los dos dias de estar la máquina disparando, riudiéronse ya los que don Ródrigo habia dejado allí de guarnicion. Fuimos seguidamente á poner sitio á Lizana, donde se hallaba preso don Lope. Acaudillaban las fuerzas encargadas de defender aquel lugar, don Pero Gomez y otro caballero cuyo nombre no recordamos. Era en el mes de mayo: montámos nuestro fundíbulo, y al anochecer del dia siguiente, cuando se habian disparado ya quinientas piedras de noche y mil de dia, tuvimos abierta espaciosa brecha en el muro. Mandámos entonces el asalto; armáronse todos, juntóse la hueste y dispusimos el ataque. Peleaban los unos cuerpo á cuerpo con espada y lanza, tiraban los ballesteros, continuaba arrojando piedras el fundíbulo; y era tan recia la pelea y tanto el estrago que causaba la máquina, que al ver don Gomez á muchos de los su-

(1) Fundíbulo ó *fonebol*, como dice el original, era una máquina de guerra para arrojar piedras muy gruesas; y parecida á ella ó acaso igual creemos que seria el mandron ó *almajanech*, que mencionamos mas adelante, y que á nuestro entender era tambien una especie de trabuco.

yos heridos y que el castillo debia perderse; armado de todas armas, embrazando el escudo, cubierta la cabeza con herrado capacete y blandiendo la espada, se colocó como quien desprecia la vida en mitad de la brecha, donde se hundió hasta las rodillas entre el polvo y ruinas que habian amontonado los disparos de nuestro fundíbulo. Duraba en tanto la batalla, sin que hasta entonces, á pesar de ser la brecha muy practicable, ninguno de los nuestros se hubiese atrevido á escalarla; hasta que un escudero cuyo nombre no recordámos de fijo, aunque nos parece haber sido don Pero Garcés de Alfaro, observando que menguaba algun tanto el ardor de la pelea, vestido el camisote, puesto el capacete y empuñando la espada, comenzó á trepar al muro afirmando los piés como mejor podia, y sin que lograse estorbárselo don Pero Gomez, que medio sepultado allí entre las ruinas, no pudo moverse de su lugar. Tras el escudero siguieron los demás de la hueste, y así quedó por nuestro el castillo, rescatando á don Lope de Alvero que se hallaba allí prisionero. Don Rodrigo Lizana acudió entonces á su amigo don Pero Ferrandez de Azagra para que le ayudase en aquella guerra, se apartase de Nos, y le acogiese en Santa María de Albarracin; de modo que así como don Pero seguia antes nuestras partes cuando Nos entrámos en Aragon, avínose luego con don Rodrigo, se separaron ambos de Nos, y desde aquella hora en adelante nos causaron cuanto daño pudieron. Al contrario, don Pedro Ahones y los de su partido se habian unido á Nos y se hallaron en la toma de aquellos dos castillos. En cuanto á don Gimeno Coruel, que era el mas ilustre personaje de Aragon despues de nuestro tio don Fernando, declaróse tambien por Nos y por los nuestros.

CAPÍTULO XV.

Por aquel tiempo se trató de casar con don Pedro Ahones á la sobrina de don Gimeno y hermana de don Pero Cornel; y Nos entretanto, llegado ya el estío, juntámos de nuevo nuestra hueste y marchámos sobre Albarracin. Pusimos sitio desde luego á la torre del Andador, estableciéndonos en un terromontero que la do-

minaba; y allí estuvimos cerca de dos meses, habiendo dispuesto fabricar un mandron que asestaba sus tiros contra la torre, y algunas estacadas que resguardasen el fundíbulo. Entre castellanos, aragoneses y navarros habia á lo menos en la villa ciento y cincuenta caballeros, mandados por don Pero Ferrandez, que era señor del lugar, y por don Rodrigo Lizana. En nuestra compañía se hallaban don Gimeno y don Pero Cornel, En Guillermo de Cervera, don Valés, don Pedro y su hermano don Pelegrin Ahones, don Guillermo de Poyo, padre del otro Guillermo que está con Nos mientras escribimos este libro; y además, las ciudades de Lérida, Zaragoza, Calatayud, Daroca y Teruel (1). Todos los ricoshombres que nos servian llegaban apenas á ciento y cincuenta caballeros; y como Nos éramos un niño que no teníamos mas que once años, debíamos obrar en todo con consejo de los ricoshombres que nos acompañaban; pues justo era que ya que Nos no sabíamos gobernar nuestra tierra ni dar consejos á otros, escuchásemos almenos á los que nos los daban á Nos. Los amigos y parientes de don Pero Ferrandez que se hallaban entre los nuestros daban noticia á los sitiados de cuanto ocurria en el campamento, entraban y salian de noche y de dia, y les abastecian continuamente de ballestas y vituallas; de modo que, á excepcion de don Pedro y don Pelegrin Ahones y de don Guillermo de Poyo, todos los demás nos servian tan mal y tan falsamente como les era posible. Así fué como los sitiados supieron la noche en que á don Pelegrin le tocaba estar de guardia en el mandron. Estaban, pues, éste y don Guillermo de Poyo haciendo su vela, cuando á eso de media noche salieron los sitiados á la estacada con todos los caballeros, escuderos y cuanta gente pudieron reunir, y con teas encendidas se dirigieron contra el fundíbulo, acometiendo á don Pelegrin y á don Guillermo de Poyo. Cuando los que con ellos estaban vieron la multitud que les atacaba, desempaeáronlos, siendo así causa de la muerte de don Guillermo y don Pelegrin, que como mas pundonorosos, no quisieron abandonar su puesto. Ardió, pues, el fundíbulo sin que ninguno de la hueste acudiese á impe-

(1) El original dice *cranhi las ciutats de etc.* Ignoramos si quiere significar con esto los síndicos de las mismas ó sus milicias, aunque nos parece mas probable lo último.

dirlo. Cuando los de nuestro consejo vieron que se nos habia engañado y que éramos tan mal servido de nuestros hombres (1), fueron de parecer que levantásemos el sitio. No tuvimos mas recurso que hacerlo, pues habia dentro en la plaza tantos ó mas caballeros de los que Nos contábamos para sitiarla, y no teníamos siquiera quien nos aconsejase en nuestra corta edad.

CAPÍTULO XVI.

Año y medio despues de haber sucedido lo de Albarracin, la reina doña Berenguela, hija del rey don Alfonso y madre de don Fernando, nos propuso el matrimonio con su hermana doña Leonor. Además de las referidas doña Berenguela, que fué mujer del rey de Leon llamado tambien Alfonso, y doña Leonor, con quien nos casámos, tuvo Alfonso otros hijos, de los cuales será bueno que demos aquí alguna noticia. Fueron estos: doña Blanca, que casó con el rey de Francia Luis, hijo de Felipe; doña Urraca, que fué con el tiempo reina de Portugal; el infante don Fernando; y otro llamado don Enrique, que llegó á ser rey de Castilla, por haber el primero premuerto á su padre don Alfonso. Don Enrique murió luego de un tejazo con que le hirieron en la cabeza: estaba jugando con otros muchachos repartidos en dos cuadrillas como si fueran dos ejércitos, y habiéndose él colocado con los suyos en una altura á manera de castillo, allí recibió el golpe (2). Con esto pasó el reino á doña Berenguela, para trasmitirlo luego al rey don Fernando de Castilla (3).

(1) Usamos la palabra *hombre*, en su acepcion anticuada de súbdito ó vasallo.

(2) El rey don Enric trevellaba con sus mozos, é firiolo un mozo con una piedra en la cabeza, non por su grado, e murió ende VI dias de junio, en dia de martes, era MCCLV. (Anales primeros de Toledo, pág. 400.)

(3) Don Alfonso VIII entre los de Leon, y III de Castilla, tuvo en su esposa doña Leonor de Inglaterra algunos otros hijos; pero todos ellos murieron en la infancia. Doña Berenguela, que ya como regente ya como propietaria, gobernó por mucho tiempo en Castilla, estuvo casada con don Alfonso IX de Leon; y de este matrimonio nació el rey don Fernando el Santo, de quien aquí se trata.

CAPÍTULO XVII.

Antes de tomar por mujer á la reina doña Leonor, consultámos á los de nuestro consejo, y todos fueron de dictámen, que pues nuestro padre no habia dejado otro hijo que Nos, debíamos casarnos jóven, para que si aconteciese que muriésemos por enfermedad ó por algun tósigo qne nos diesen, cosa de que se horrorizaban solamente con pensarla, dejásemos almenos descendencia y no hubiese de salir el reino de nuestra casa; mayormente cuando el conde don Sancho, hijo del conde de Barcelona, y nuestro tio don Fernando, hijo del rey don Alfonso, aspiraban ambos al reino, y habian intentado ya alzarse con él en nuestra niñez mientras estábamos en Monzon. Movidos de tales razones, nos instaron para que contrajésemos el matrimonio con la hija del rey don Alfonso de Castilla, siendo de los primeros en inducirnos á ello En Gimeno Cornel y En Guillermo de Cervera, que eran nuestros principales consejeros, En Guillermo de Moncada, que murió en Mallorca, y algunos otros cuyos nombres se han borrado de nuestra memoria. Cediendo á tales instancias, nos fuimos á Agreda para recibir por mujer á doña Leonor.

CAPÍTULO XVIII.

Poco tiempo despues recibimos la órden de caballería en la iglesia de Santa María de la huerta de Tarazona, oyendo allí la misa del Espíritu Santo, y ciñiéndonos luego la espada, que tomámos de encima de la mesa del altar. Entrábamos á la sazon en los trece años, y por falta de edad tuvimos que estar aun por espacio de uno en compañía de la reina, sin cumplir con ella lo que todo marido está obligado á cumplir con su mujer.

CAPÍTULO XIX.

Celebrado ya nuestro matrimonio, entrámos con la reina en Aragon y Cataluña, donde era de ver como todos los ricoshombres se desvivian por alcanzar nuestra privanza, para que nos de-

jásemos guiar por sus consejos. Don Nuño Sanchez, hijo del conde En Sancho, á quien nuestro padre habia dado los condados de Rosellon, Conflent y Cerdaña por durante su vida, tenia estrecha amistad con En Guillermo de Moncada; pero por un altercado que se promovió entre dicho don Nuño y En Guillermo de Cervellon sobre un azor terzuelo que el de Cervellon no quiso darle, tratáronse mal de palabra, y le dijo el de Moncada que no tenia ya que contar en adelante con su amistad. Respondióle don Nuño que tampoco contase él con la suya, que no fiase en él, y que desde aquella hora lo tuviese por su enemigo. Convínose entonces En Guillermo de Moncada con don Pero Ferrandez y los de su bando, y don Nuño, al contrario, se alió con don Fernando y don Pedro Ahones y los de su partido. En esto En Guillermo de Moncada y En Pero Ferrandez, que acudian á las cortes que habíamos convocado para Monzon de los que juntar pudiéramos, se encaminaron con trescientos caballeros á una villa del Templo llamada Valcarca; mientras que don Fernando y don Pedro Ahones con los de su bandería se reunieron en Castellon del Puente de Monzon. Cuando Nos íbamos de Lérida á Monzon para celebrar las cortes, saliónos al paso don Nuño, pidiéndonos que le diésemos consejo y ayuda, si no queríamos su deshonra y su muerte. —¿Qué deshonra es esta, don Nuño? le dijimos.—Señor, repuso; En Guillermo de Moncada y don Pero Ferrandez se dirigen contra mí: vos sabeis muy bien que son ahora mis enemigos: mañana estarán en Valcarca con mas de trescientos caballeros; sé que llevan intentos de trabar batalla conmigo, ó de dirigirme almenos tales ultrajes, que por lo que mi honra vale no pueda yo dejarlos sin respuesta; y si respondo, señor, mucho será que no muera, ó que no me causen tal afrenta, que sea mil veces peor que la misma muerte. — Nos, que cuando esto sucedia acabábamos de cumplir los catorce años, le manifestámos que nos dolíamos mucho del caso, y que por el estrecho parentesco que con él nos unia tendríamos por propia cualquiera afrenta que recibiera; pero que contábamos con un medio para que no pudiese causársele el daño ó deshonra que tanto temia. — Así que lleguemos á Monzon, le dijimos, convocaremos á los hombres mas notables de la villa, y les daremos órden para que cierren las puertas, poniendo en ellas guardianes y gente armada que no permitan entrar de dia ni de noche á ningun ricohombre ni caba-

llero sin nuestro especial permiso; y aun en este caso, que el que entre no pueda llevar mas de dos caballeros en su compañía.— Asi se verificó. Cuando don Nuño oyó nuestras palabras, y conoció el medio que habíamos adoptado para salvar su honra y la nuestra, dijo que nos lo agradecia en el alma, y que esto solo bastaba para probarle cuánto le amábamos, pues por nuestra mediacion habia podido salvarse de tan inminente riesgo. Comparecieron efectivamente En Guillermo de Moncada y don Pero Ferrandez, con todas sus fuerzas, y asimismo don Fernando y don Pedro Ahones; pero ni unos ni otros pudieron entrar, sino en aquel número que Nos habíamos ordenado. Viendo ellos que no podian lograr su propósito, resolvieron volverse; y como al paso habian empezado á descomedirse con don Nuño, hubimos de impedirlo, diciéndoles que les haríamos costar cara cualquier injuria que á él le hiciesen. Así quedó honrado don Nuño, y vieron sus enemigos burlados sus intentos.

CAPÍTULO XX.

Entrámos despues en Aragon, y En Guillermo de Moncada se fué á juntar sus partidarios en Cataluña. Al saberlo don Nuño, cuando Nos nos hallábamos en Huesca con la reina, vinieron él y el conde don Sancho, y nos manifestaron que Guillermo de Moncada intentaba entrar en el Rosellon para hacer mal á dicho conde, corriendo la tierra que nuestro padre le habia dado y que Nos debíamos recobrar despues de su muerte. Nos rogó don Nuño que le otorgásemos nuestra amistad y que le ayudásemos para que no sufriese daño ni mengua, pues ni él ni su padre tenian otro pariente que Nos en todo Aragon ni Cataluña, y él estaba pronto á ceder lo justo á cualquiera que tuviese de él alguna queja. Pidiónos que, bajo esta promesa, fuésemos su valedor, como lo esperaba y confiaba, ya que á Guillermo de Moncada le sobraban parientes y amigos para dañarle, y él no tenia otros, sino Nos, que pudiesen favorecerle; asegurándonos luego su perdon para Ato de Foces y para don Blasco Maza, y que en cuanto á lo que poseia en Rosellon, que le habia sido dado por nuestro padre por durante su vida, estaria siempre dispuesto á dar cumplidamente su derecho á Guillermo de Moncada y á cualquiera otro que tu-

viese algo que reclamarle. En vista de esto, escribimos al de Moncada que no hiciese daño á don Sancho, ya que este habia asegurado ante Nos otorgarle justicia. Lejos de hacer caso de nuestras cartas, realizó el de Moncada su proyecto; entró en Rosellon con todos sus deudos; apoderóse por asalto de un castillo llamado Avalrí, de cuya guarda se habia encargado Jazperto de Barberá para servir á don Nuño; corrióse luego hasta Perpiñan, obligó á sus habitantes á abandonar la villa, é hizo prisionero en aquella expedicion al mencionado Jazperto. Viendo que En Guillermo de Moncada habia despreciado nuestros mandatos haciendo daño á don Nuño y entrando en Rosellon, convocámos nuestras huestes de Aragon, nos dirigimos contra él, y les tomámos á él y á los de su linaje y demás valedores suyos ciento y treinta fuerzas entre torres y castillos, entre otros Cervellon, del cual nos apoderámos en trece dias. Fuimos seguidamente á poner sitio á Moncada, y allí nos esperaron En Guillermo de Moncada, don Pero Cornel, don Rodrigo Lizana, don Valés de Antillon y En Bernardo de Santa Eugenia, hermano de En Ponce Guillermo de Torredel. Teníamos Nos en aquella sazon catorce años, é iban en nuestra compañía el conde don Sancho, don Nuño, don Fernando, don Pedro Ahones, don Ato de Foces, don Artal de Luna, y muchos otros de nuestra meznada de Aragon, hasta cuatrocientos caballeros; siendo á lo mas ciento y treinta los que se habian recogido dentro del castillo. Pedimos entonces á En Guillermo que nos diese la potestad (1) del castillo de Moncada; pero él nos contestó, que si bien hubiera estado dispuesto á dárnosla si de otra manera se la pidiéramos, le habíamos causado entonces tanto daño marchando sobre él con nuestra hueste, que no debia ya ni queria hacer tal entrega. Asentámos, pues, nuestro campamento en una loma que domina á la villa donde se celebra el mercado, y allí estuvimos por espacio de tres meses poco mas ó menos. Si no hubiera sido por los víveres que con el dinero de los aragoneses que se hallaban dentro, y ayuda de los que seguian á Nos, sacaban de nuestro mismo ejér-

(1) En la edad media se entendia por *potestad* la jurisdiccion del señor sobre sus feudatarios; y por lo mismo dar la potestad de algun castillo, equivalia á prestar vasallaje ó reconocer su poseedor el feudo con todas las obligaciones que como á tal feudatario le correspondian, segun su clase.

cito, y los que los catalanes les llevaban desde Barcelona, no hubieran tenido qué comer para tres dias, pero en nuestra corta edad, no supimos como remediarlo. Por otra parte, á los que nos acompañaban, esceptuando al conde don Sancho y á don Pedro Ahones, placíales muy poco que los sitiados recibieran ningun daño; y como la fortaleza es de las mejores de España, no nos quedó otro arbitrio que levantar el sitio. Tan fuerte es aquel castillo, que con tal de estar bien presidiado, no hay ejército que pueda tomarlo, sino por hambre; y está bien provisto de aguas, porque á su pié, hácia el norte, tiene una fuente, de la cual nadie podria apoderarse sin ganar antes la fortaleza.

Con esto nos fuimos á Aragon, y En Guillermo de Moncada con todas sus fuerzas se dirigió á Terrasa, cuya villa tomó, á escepcion del castillo: luego se apoderó de Sarboz, barajó toda la villa y se vino á Piera; mas de este punto no se pudó apoderar. Convinóse en seguida con don Fernando y don Pedro Ahones, entró en Aragon y ante todo se fué á Tahuste, el honor de cuyo lugar poseia aquel, porque Nos se lo habíamos dado. En tal convenio entraron asimismo Zaragoza, Huesca y Jaca; mientras que Nos estábamos en Alagon, y nos seguian don Nuño, don Pero Ferrandez, don Blasco de Alagon, don Artal y don Rodrigo Lizana; si bien que en la misma poblacion no habia mas que don Nuño, don Pero Ferrandez y don Ato. Hablóse, con tal motivo, sobre el plan de convenirse don Fernando, don Guillermo de Moncada y don Pedro Ahones, para ir contra quien fuese menester, en compañía de don Nuño y don Pero Ferrandez; y corrió tal asunto á cargo de don Lope Gimemez de Luziá vasallo de don Nuño y hermano de Ruy Gimenez.

Por tales novedades nos enviaron un mensaje, á fin de participarnos que vendrian donde Nos estábamos y se corformarian en todo con nuestra voluntad; para lo que se dieron palabra, asegurándola con juramento y por medio de escritos, segun nos lo contaron don Nuño y don Pedro, que eran los que venian en nombre de todos. Con tal ocasion, rogáronnos que saliésemos á recibir á don Fernando, que era nuestro tio, á En Guillermo de Moncada, hombre de todo pró, y á don Pedro Ahones. No tuvimos dificultad en salir; mas les dijimos que estabamos en dia de invierno y era tarde, y que de consiguiente valia mas que se entrasen conmigo ó con cinco

caballeros, y que á la demás compañía la enviasen por las aldeas de afuera. Hecho esto, nos marchamos á nuestra casa y ellos quedaron á las puertas de la villa, las cuales habíamos mandado cerrar.

Don Nuño y don Pedro, á cuya guarda Nos habíamos fiado el cuidado de las puertas, dejaron entrar á cuantos quisieron, sin darnos siquiera noticia de ello; y así fue que se introdujeron en Alagon mas de doscientos caballeros de los de su comitiva.

Éramos á tal sazon niño todavía, pues contábamos solo quince años; pero maravillado sobre manera de cuanto veíamos, no pudimos menos que decir á la reina.—Doña Leonor, ¡sabed que todos los caballeros que venian con don Fernando, con En Guillermo de Moncada y con En Pedro Ahones acaban de entrar ahora! Vedlos aquí, ya dentro de Alagon!—Llamámos al momento á los que guardaban las puertas por Nos, y preguntándoles quién habia dejado entrar aquella gente y quién la habia introducido, nos respondieron: que eran don Nuño y don Pero Ferrandez los que la habian dejado entrar. Al oir esto, dijimos entre Nos:— ! Santa María, qué gran traicion es esta, pues aquellos en quienes mas fiábamos nos han vendido, introduciendo aquí á nuestros enemigos!

CAPÍTULO XXI.

El dia siguiente por la madrugada fuimos á oir misa en la iglesia mayor de Alagon, y subimos á la tribuna donde cantaban los clérigos. Vimos allí á don Fernando, á En Guillermo de Moncada, á don Pedro Ahones, á don Pero Ferrandez de Azagra y asimismo á don Nuño, á quien ellos juzgaban aun de nuestra parte, y en verdad que todos eran unos. Así que nos vió don Fernando, púsose en pié y nos dijo:—Señor, ya sabeis el próximo grado de parentesco que tengo con vos, pues soy hermano de vuestro padre: no queriendo, de consiguiente, hacer nada que sea en vuestro desplacer, hemos venido aquí nos, En Guillermo de Moncada y don Pedro Ahones para obedeceros, así como á señor que sois nuestro: desde ahora no sostenemos con vos clase alguna de guerra, ni soñamos en tenerla siquiera.—Dicho esto, le-

vantóse En Guillermo de Moncada y nos habló de esta manera: —Señor, la fama que corre de que nos quereis mal basta para causarnos el mayor daño. Lo mas acertado será que vayais á Zaragoza y entreis en vuestra ciudad, que es donde debiérais estar: allí podreis hablar y arreglar vuestras cosas mas cómodamente; y por lo que toca á nosotros, tened entendido que estamos dispuestos á cumplir cuanto mandeis. —Sí, añadió á tales palabras don Pedro Ahones; id á Zaragoza, que estamos prontos á hacer por vos lo que se os debe como á señor. —Este razonamiento tuvieron cuidado de embellecerlo todos con tan lindas frases y agradables nuevas, que por él Nos resolvimos á entrar en la ciudad ya el dia siguiente.

Apenas llegámos cerca de las casas que son nuestras y que están junto á la puerta de Toledo, llamada por otro nombre la Zuda, siendo ya de noche, nos dijeron, que entre nuestra puerta y una portezuela que habia cerca, por la cual se salia á la muralla de la villa, se veian como unos cien hombres armados. Enviáronnos á poco á Guillermo Boy y á Pero Sanz de Martel; y estos, así que llegaron á nuestra casa, mandaron ante todo que les arreglasen las camas, echándose en ellas en la misma estancia donde solian dormir las mujeres. Cuando la reina oyó que afuera habia hombres armados, y vió que aquellos habian entrado en casa para dormir á nuestra presencia, echóse á llorar con gran sentimiento; y Nos que estábamos en su compañía, procurámos consolarla. Acudieron entonces ante Nos Guillermo Boy y Pero Sanz de Martel, el primero de los cuales viendo á la reina en tal estado, le dijo: —No lloreis, señora, que consuelo en demasía tendreis luego. Las lágrimas que así se vierten, solo sirven para debilitar la razon: ya vereis como las vuestras se tornarán luego en gozo y se aplacará vuestra ira.

Duró esto, sin embargo, muy cerca de tres semanas, continuando la guardia y los que ocupaban nuestra estancia durmiendo á nuestra presencia, de manera que á don Ato de Foces, que habia entrado en la villa para venir á aconsejarse con Nos, ni siquiera le dejaron llegar á nuestra estancia, ni menos hablarnos privadamente. Solamente pudo decirnos, que pues era en mengua suya el permanecer allí, no llamándole á consejo, no nos pesara si se volvia á su casa: á lo que le contestámos:—Ya podeis volveros, pues vuestra

permanencia aquí ninguna honra da á Nos ni á vos. — En vista de lo que, volvióse tomando la via de Huesca.

Pasado esto, llamámos aparte á don Pedro Ahones y le dijimos. —Don Pedro Ahones, mucho os hemos amado y mucho os hicimos honrar de Artal de Alagon; mas vos nos servis de tal vergüenza, como grande es la nuestra propia: tened, pues, entendido que desde hoy no queremos conocer ya vuestra amistad, y que, mientras vivamos no hemos de amaros jamás. — ¿Y por qué razon? dijo él. —Porque estais presenciando nuestra vergüenza y nuestro daño, y nada decis: si vos no consintiérais en ello, á buen seguro que yo no padeciera tal daño y tal vergüenza; pero vos, pudiendo evitarlo, no lo evitais. — Despues de discurrir un rato don Pedro sobre aquello de que Nos nos quejábamos, diónos esta respuesta. — Nada hallo en lo que hacemos que nos sirva de vergüenza, daño ni menosprecio.

CAPÍTULO XXII.

Apenas se acabaron tales razones, nos dirigimos á la reina y le dijimos: — Harto estamos ya, señora, de la vergüenza y daño que ambos sufrimos: pero aunque sea un niño, os juro hemos de vengarnos de tal modo, si vos quereis, que vos y Nos quedemos vengados á la par. Sabemos que en esta casa hay una trampa: buscaremos dos cuerdas, y sentada vos en una tabla, os haremos hundir hasta abajo. Aquella misma noche que esto hagamos, lo haremos noticiar á En Artal para que esté aquí con su compañía; y cuando tal sepamos, bajareis vos por la trampa, cuya salida viene debajo de la puerta, y don Artal marchará con vos, mientras Nos nos quedaremos todavía aquí en Zaragoza; pues, por la mira de que vos no lo pagueis, no nos atrevemos ahora á emprender nada. Pero tan pronto como hayais salido afuera, entonces promoveremos disputas con don Fernando ó con don Guillermo de Moncada, ó con don Pedro Ahones, y les diremos: que hacian traicion, y que lo era cuanto intentaron contra Nos; y montaremos á caballo, y algun galardon alcanzaremos, pues hemos de hacerlo de tal manera, que uno almenos caiga muerto de nuestra mano si esta vez se atreven. Y mas os decimos: será tan bueno dicho caballo, que no te-

memos nos sigan mucho tiempo. —La reina respondió á esto:— Sabed que por nada del mundo me arriesgaré á bajar de tal lugar con la tabla y cuerda que decis. —Mucho la suplicámos, en vista de su negativa; mas no queriendo acceder de ningun modo, olvidámos ya nuestro plan, por respeto solo á su temor.

CAPÍTULO XXIII.

Vino despues En Guillermo de Moncada, y por medio de don Fernando nos hizo suplicar que le enmendáramos el mal que Nos le habíamos hecho en Cataluña. Nos le respondimos: que lo que Nos le habíamos hecho, con derecho habia sido, y de consiguiente, no se lo debíamos enmendar. Insistieron ellos para que Nos accediéramos, diciendo: que cualquier enmienda que Nos le hiciéramos seria de poca costa para Nos y mucha cuenta para él; que le diésemos veinte mil morabatines (1). Nos se lo negámos tambien; pero á fuerza de palabras y porfía, nos dejámos vencer, y confiando que con esto se portarian mas lealmente con Nos, les prometimos los veinte mil morabatines.

Despues de haber estado aun por algun tiempo en tal lugar, fuímonos á Tortosa y la reina se fué á Burbaguena. Don Fernando, don Guillermo de Moncada, y don Nuño se repartieron entonces los honores de Aragon, y escudándose con que eran consejeros nuestros, hacíanlo segun su antojo.

(1) Moneda muy corriente en el reino de Aragon. Su valor no puede fijarse, tanto por haber variado muchas veces, como por haberse reducido en las cortes de Perpiñan de 1351 á moneda de terno, la cual, por ser del metal mas precioso, servia de regulante á los otros metales inferiores. Sin embargo, en el libro X, tit. 2, volúmen I de las constituciones de Cataluña, léese el siguiente dato, que podrá dar alguna luz sobre el valor aproximativo de dicho morabatin. *Sou de or ha vuit argens. Onza catorce. Lliura de or vint y un sous. Lo sou val cuatre morabatins. La onza set morabatins. La lliura val setanta cuatre morabatins. Cent lliuras de or de Valencia han en si dos milie e cent sous de or, qui valen vuit milie e cuatre cents morabatins. E cuatre mancusos de aquell or valen un morabati. E set mancusos de aquell mateix or fan una onza, qui val dos morabatins.*

CAPÍTULO XXIV.

Algun tiempo despues de haber sucedido esto, salimos de Tortosa sin que ellos supieran nada, nos fuimos á Horta, que es del Templo, y mandámos á los ricoshombres, por los honores que tenian por Nos, que acudiesen á Teruel, á causa de que queríamos entrar al reino de Valencia, para hacer mal á los moros, y á fin de que nos prestaran los servicios á que nos estaban obligados como feudatarios: á cuyo objeto les señalámos dia para comparecer. Entretanto pedimos á don Pascual Moynos, que habia sido particular amigo de nuestro padre, y que era uno de los mejores hombres de villa que haber pudiese en toda nuestra tierra y en tal tiempo, que nos prestara lo necesario para la espedicion; á lo que nos respondió, que de buen grado y voluntad nos prestaria cuanto él pudiese de sí y de sus amigos. Aprontónos, pues, cuanto necesitábamos para tres semanas; mas cuando llegó el dia en que debian venir á Nos los ricoshombres de Aragon, no hicieron tal, y sí solamente comparecieron don Blasco de Alagon, don Artal de Luna y don Ato de Foces; y viendo que no llegaban el dia que les habíamos señalado, por su tardanza tuvimos que comernos los víveres que habíamos preparado para entrar en tierra de moros. Con esto, hubimos de acordar tregua con Seit-Abuzeit, que era entonces rey de Valencia, pidiéndole que nos diese la quinta parte de la renta que le producian las peytas que él cobraba de Valencia y de Murcia. El moro nos lo otorgó en seguida, confirmándolo con cartas y tratados que nos remitió, con lo que quedó sentada la tregua. Pasadas las tres semanas antedichas, como habíamos consumido antes de tiempo los víveres que habian de servirnos en la cabalgada, nos salimos de Teruel y entrámos en Aragon.

CAPÍTULO XXV.

Al llegar á la segunda aldea que se hallaba debajo de Calamocha, encontrámos á don Pedro Ahones que venia con su comitiva de cincuenta á sesenta caballeros. Preguntámosle, qué intentaba y á dónde

iba; á lo que él nos contestó que su intento era el entrar en tierra de moros, él y su hermano el obispo de Zaragoza. Dijímosle que se volviese con Nos, que hablaríamos de tal asunto; á lo que nos dió por contestacion, que tuviésemos á bien no retardarle en manera alguna el viaje.—Don Pedro Ahones, respondímosle entonces; por ir una legua con Nos no perdereis gran tiempo; y una cosa tenemos que advertiros, que al hablaros de lo que os hemos dicho, quisiéramos que fuese en presencia de los ricoshombres de Aragon.—Contestó don Pedro que le placia, y con esto nos fuimos á Burbaguena, á una casa que es del Templo y del término de Teruel, al entrar en la aldea, viniendo de Daroca y en su camino. Estaban allí don Blasco de Alagon, don Artal de Alagon, don Ato de Foces, don Ladron, don Asalit de Gudar y don Pelegrin de Bolas; y don Pedro iba vestido con su perpunte, llevando la espada en el cinto, y la cabeza cubierta con un capillo de mallas de hierro (A tal sazon Nos acabábamos de entrar en la edad de diez y siete años).—Don Pedro Ahones, dijímosle al llegar, os hemos esperado en Teruel mas de tres semanas, á contar desde el plazo que os habíamos señalado, pues ya sabeis que con vos y los ricoshombres de Aragon teníamos pensado hacer una buena cabalgada. Y la llamamos así, buena cabalgada, porque aun no habemos visto moros de guerra, que ¡ojalá los hubiésemos podido ver y aquí estuvieran! Y como vos faltásteis, aconsejónos todo el mundo que, con tan pocos caballeros como teníamos en Teruel, no entrásemos en tierra de infieles, donde, si Dios no nos ayudaba, podríamos hallar muy fácilmente nuestra vergüenza, si nó nuestra muerte. Sobre tal asunto nos hizo hablar Seit-Abuzeit (1), diciendo que nos daria los quintos (2) de Valencia y de Murcia, para que tuviéramos tregua con él, á lo que no hemos tenido dificultad en acceder. De consiguiente, Nos os pedimos y os mandá-

(1) Zeit Abuzeit, rey de Valencia y nieto del miramamolin de África, aborrecido de sus vasallos y luego arrojado de aquella ciudad por amigo de don Jaime y por dudoso en la fé de Mahoma, en cuya desgracia le siguió tambien su hijo Zeit Abahomar.

(2) Era el *quinto* cierto tributo muy usado en algunos estados de la corona de Aragon. En este mismo sentido dice el rey don Jaime en las franquezas de Mallorca de 1248. *Pro* quinto.... *lectus*, *arca*, *non pignorabuntur*, *neque vestes*, *neque arma personæ suæ*. Véase lo que él mismo dice en la pág. 41.

mos, don Pedro Ahones, que sostengais tambien esta tregua y que de ningun modo la rompais. — Contestónos á esto, que le habia costado gran trabajo el arreglo que, para su plan, habia meditado con su hermano el obispo, y que mirásemos que no perdiera lo que tanto le costaba. — Don Pedro Ahones, dijímosle entonces, razon no teneis en hablar así, pues la tregua que hicimos fué solo por culpa vuestra, por no haber comparecido el dia señalado; y eso nos hace estrañar, digais ahora que no dejaríais de emprender vuestra marcha, á pesar de nuestro mandato. Tened cuenta con lo que haceis, don Pedro; pues, segun veo, os desentendeis de nuestro señorío, cosa que no esperábamos; y Nos queremos saber ahora, si necesitais, para prescindir de tal marcha, de nuestros ruegos ó de nuestros mandatos. — A esto nos respondió don Pedro, que todo lo haria por nuestros ruegos y por nuestros mandatos, pero que, respecto á la marcha, no podia prescindir de hacerla; por lo que nos suplicaba que á él y á su hermano les dejásemos entrar en tierra de moros, con lo cual nos prestaria un buen servicio. — Mal servicio será, dijímosle Nos, si nos rompeis la tregua que hemos concedido: sepamos, pues, ahora de una vez, si quereis ó no obedecernos en esto. — Respondiónos, que no era posible. — Nó? le dijimos Nos; pues ya que romper nos quereis cosa tan estimable como es esta, desde ahora os decimos don Pedro, que os deis á prision.

CAPÍTULO XXVI.

Acabadas tales razones, él se puso en pié, y aquellos que estaban con Nos, es decir, los que antes hemos citado, nos desampararon á ambos: fuéronse á un estremo de la casa, metieron mano á la espada, pusiéronse las capas á guisa de escudo y vistiéronse los perpuntes. Don Pedro, que tenia fama de gran caballero y de muy diestro en las armas, apenas se vió solo con Nos, puso mano á la espada; mas con nuestra mano se la sujetámos de tal modo, que no pudo desenvainarla. Los caballeros de don Pedro Ahones no habian descabalgado aun y estaban afuera; mas al oir el ruido que se movia en la casa, apeáronse como unos treinta ó cuarenta á la vez: mientras venian, don Pedro quiso poner tam-

bien mano á la daga; pero se lo impedímos asimismo, y ni siquiera pudo moverla. A tal sazon entraron los suyos, mientras que los nuestros se estaban en sus casas, y nos sacaron á don Pedro de entre manos, de las que él no habia podido desasirse, sin embargo de su vigor. Así escapó de Nos, sin que los nuestros que estaban en casa nos ayudaran; antes al contrario, miraban con calma la lucha que con él teníamos. Al estar afuera, cabalgáronlo en su caballo, hiciéronlo marchar delante, y tras de él siguieron todos bien armados. Hallábase entonces junto á la puerta un caballero de Alagon, llamado Miguel de Agues, con un caballo; pedímosle que nos lo prestara, cabalgámos en él, y vestido el perpunte y armado de nuestras armas, que entonces nos trajeron, nos fuimos tras de don Pedro; pero mientras Nos nos estábamos arreglando, habíase adelantado ya don Ato con una cuarta de caballeros. Cabalgaron luego tras de don Ato, don Blasco y don Artal con los suyos, y á poco alcanzó aquel á don Pedro cerca unas viñas de Burbaguena, al doblar unas tapias. Al ver á don Ato un caballero de los que iban con don Pedro, avisóle de que aquel le seguia, á lo que contestó este. — Vamos, pues, hácia él; no sea que se nos escape el villano. — Tal dictado le dió, y á fe que no lo merecia, pues no era don Ato ni villano ni mal nacido. Los que iban con don Ato le abrieron paso y, en vez de acercársele, dieron pié á los demás que debian herirlo para que embistieran: hiriéronlo ante todo dos caballeros; dióle el uno una estocada á la izquierda de la boca, y el otro topó con su escudo, mas él por temor del golpe, que creía mayor si lo hubiese esperado de frente, ladeóse á la derecha del caballo, y se cubrió con el escudo á fin de librarse de la muerte. Entretanto llegaron don Blasco y don Artal de Alagon por el mismo camino. Nos pasábamos entonces por delante de don Ato, y preguntándole porqué estaba sentado y qué tenia; nos respondió solamente: —Estoy herido!... Vedlos; por allí van. — No venian entonces con Nos mas caballeros que don Asalit de Gudar y Domingo Lopez de Pomar. Desde tal punto descubrimos á don Pedro Ahones con veinte caballeros, que no se separaban de su lado, subiendo por una cuesta que habia á la izquierda, con la mira de recogerse en un castillo del obispo que se llama Cotanda. Seguíanle don Blasco y don Artal de Alagon, á la distancia de un tiro de ballesta; mas don Pedro Ahones con la comitiva que llevaba, paróse

en una pequeña cumbre, donde descabalgó luego don Jimeno Lopez de Rigols, quien, al ver que el caballo de don Pedro estaba cansado, ofrecióle el suyo, advirtiéndole al mismo tiempo que procurase guardarse; y mientras tanto iban los suyos arrojando piedras á los que estaban abajo, á fin de que no pudiesen subir.

Mudó, en efecto, el caballo don Pedro Ahones, y Nos dijimos á don Asalit y á don Domingo Lopez de Pomar, cuando vimos el cerro donde aquellos estaban, que por cierta subida podíamos llegar muy bien hasta ellos, pues iba en línea recta á tal lugar. Con esto, pasámos delante de todos, en razon de que nuestro caballo corria mas que los suyos; y á medida que nos íbamos acercando, arrojaban piedras los que estaban en compañía de don Pedro Ahones, contra los de don Artal y de don Blasco, que no se atrevian á pasar adelante. Cuando Nos estuvimos cerca, gritámos: — Aragon, Aragon! — y dominámos la cumbre con todos los nuestros á la vez; y al mismo tiempo todos los caballeros que guardaban á don Pedro Ahones le desempararon, á excepcion de uno llamado Martin Perez de Esquita, el cual no nos perdió de vista, solo por seguir á su señor. Á tal tiempo, vino Sancho Martinez de Luna, hermano mayor de Martin Lopez, é hirió con uno de los hierros que tiene á la derecha la lanza á don Pedro, metiéndosela por la abertura del perpunte debajo del brazo como medio pié, en el costado derecho. Apenas él, que iba delante de Nos (tan cerca le íbamos, pues que nadie iba entre Nos y él) se sintió herido, paróse, abrazóse con el cuello del caballo, y se dejó caer. Nos, que no nos separámos de su lado mientras esto tuvo lugar, apenas le vimos en tierra, cuando bajámos tambien del caballo y, tendiendo sobre él nuestros brazos, le dijimos: — En mal punto vinísteis á parar, don Pedro Ahones: valia mas que hubiéseis creido lo que Nos os aconsejábamos. — A tales palabras ni contestar pudo tan siquiera, contentándose solo con mirarnos á la cara.

CAPÍTULO XXVII.

Durante tal situacion, llegó don Blasco y dijo: — Ah, señor: dejad á ese leon para nosotros, que nos vengaremos de cuanto nos ha hecho.—Mas Nos, contestámos á don Blasco de esta manera:—

Dios os confunda por las palabras que hablais; y os digo ahora, que antes que á don Pedro Ahones hirais, tendreis que herirnos á Nos, y por Nos habreis de pasar si tal intentais: os lo prohibo, pues, absolutamente.—Y cogiendo á don Pedro, lo cabalgámos en una caballería, mandando á un escudero que le sostuviera el cuerpo; mas durante el camino, antes de llegar á Burbaguena, se nos murió. De allí nos fuimos á Daroca, llevándonos el cuerpo de don Pedro Ahones en un ataud, y al llegar á dicho punto, lo hicimos enterrar en Santa María. Al salir de Daroca, insultaron los de la poblacion á nuestra gente, es decir, á la que salió despues que Nos; de modo que á un escudero nuestro, pariente de don Pelegrin de Bolas, por haberles desmentido, le desbarataron las quijadas de una pedrada.

Tenia don Pedro Ahones empeñados Bolea y Loarre, por habérselo así otorgado nuestro padre; mas tanto tiempo habia guardado el empeño, que por muy satisfecho podia haberse dado. Nos encaminámos allá; mas apenas llegamos, supimos ya que se habian introducido en la poblacion don Fernando y don Pero Cornel, en compañía de unos setenta ú ochenta caballeros. Á la verdad, Nos creimos, al ir á tal punto, que á nadie encontraríamos dentro, ó que sus habitantes estaban á favor nuestro; pero nos equivocámos, pues estaban todos convenidos con aquellos en contra de Nos y para hacernos todo el mal posible, así como si Nos no fuésemos su señor. Y viendo que guarnecia el castillo gran número de caballeros é infantes, pudiendo abastecerse de víveres de la poblacion almenos por un año, creimos que lo mejor era marcharnos, y en efecto así lo hicimos.

CAPÍTULO XXVIII.

No bien habíamos partido, cuando las ciudades de Aragon, con don Fernando, don Pero Cornel y la partida que fué de don Pedro Ahones, se alzaron contra Nos. Llamaron ante todo á En Guillermo de Moncada para que compareciese, como en efecto compareció, con todas sus fuerzas, cuando las ciudades de Aragon estaban ya todas alzadas contra Nos, menos Calatayud; en vista de lo que, nos fuimos á Almudévar, donde permanecimos cerca de

tres semanas, pasando luego á Pertusa, desde donde enviámos á buscar á Raimundo Folch de Cardona, quien, al cabo de un mes, vino en nuestra ayuda con unos sesenta caballeros, en compañía de su hermano En Guillermo de Cardona. Enviámos entonces á defender la frontera contra los de Zaragoza, á don Blasco de Alagon y á don Artal de Luna, y nos quedámos solamente con don Ato, don Rodrigo Lizana y don Ladron. El obispo de Zaragoza, hermano de don Pedro Ahones, envió a los suyos en cabalgada, quienes, al anochecer, llegaron á Alcovera y lo tomaron, saqueando toda la poblacion: es de saber que esto era en cuaresma, mas el buen obispo perdonaba á todos el mal que hacian, y hasta permitia que comiesen carne los que tenian gana de comerla. Pasado esto, volvieron á salir los de Zaragoza hácia Castellar, mientras que don Blasco y don Artal estaban en Alagon; mas saliendo luego, pasaron el Ebro y alcanzáronlos en aquella sierra que viene al lado de Castellar frente Zaragoza, haciéndoles perder entre muertos y prisioneros mas de trescientos hombres. Llegó entretanto En Raimundo Folch á Pertusa, y nos apoderámos de las provisiones que tenian los de Zaragoza y Huesca y que pertenecian tambien á varios caballeros de los que habian acudido en su ayuda, los cuales habian comprado en Monzon cerca de dos mil cahices de trigo, medida aragonesa. Mandámos luego fabricar un mandron, y pasámos á Ponzano, de cuyo punto tambien nos apoderámos.

CAPÍTULO XXIX.

De Ponzano fuimos á Cellas, parámos la máquina, y á los tres dias de haber tirado nos hizo hablar en parlamento un escudero que guardaba el castillo, para que le señalásemos plazo, diciéndonos, que si en el que Nos le señaláramos no le hubiesen socorrido, que se entregaria. En Raimundo Folch, don Rodrigo Lizana, don Ato, don Ladron y don Pero Pomar, fueron de parecer que señalásemos plazo, pero breve: pidió el escudero quince dias, mas al fin se convino en que fuesen ocho. Don Ato dijo que pasaria el rio, y tan luego como supiese que se acercaba alguno contra Nos, vendria al momento y nos lo haria saber.

Pasados ocho dias, volvimos á Pertusa, y despues de habido

consejo por la madrugada, mandámos á los de la poblacion que, por el señorío que teníamos sobre ellos, debiesen comparecer el dia siguiente de mañanita á Cellas con sus armas; y advirtiéndoles, que el que no compareciese perderia en pena cuantos bienes poseyera en aquella tierra. Igual disposicion la hicimos saber tambien por carta á Berbegal y á Barbastro, á fin de que todos pudiesen estar con Nos el dia señalado.

Habíamos acabado de comer, y por cierto que era dia de ayuno, cuando nos dijeron que por el camino de Huesca venian solos al trote y tambien galopando á mas no poder, don Pelegrin de Atrosil y don Gil, los cuales iban armados de escudo y lanza: nos los enseñaron, y ni siquiera los conocimos, hasta que llegaron al puente de Pertusa; en vista de lo que, pasámos á esperarlos en el cementerio de la iglesia de Santa María. Lo primero que nos dijeron al llegar fué: —Dios os guarde... Os hacemos saber como don Fernando y don Pero Cornel y los de Zaragoza y Huesca vienen á toda prisa para socorrer á Cellas: hácia Vilella los hemos dejado....— Al oir esto, mandámos al punto ensillar los caballos: no teníamos á tal sazon mas que cuatro caballeros en nuestra compañía; pero dimos al momento órden al concejo de la poblacion para que nos siguieran so pena de tratarles á todos como á traidores; enviámos iguales órdenes á Berbegal y á Barbastro, y sin detenernos, nos marchámos á Cellas, donde encontrámos á En Raimundo Folch y En Guillermo de Cardona, á don Rodrigo Lizana y á toda nuestra meznada, con la cual y los demás que nos acompañaban, no llegamos á reunir mas allá de setenta á ochenta caballeros. Dijímosles que preparasen todos sus caballos, que venia don Fernando y en su compañía iban los de Zaragoza y Huesca; cumplieron al punto, armáronse, y mientras tal les decíamos, En Pero Pomar, que era caballero antiguo y de nuestra meznada, nos dirigió las siguientes palabras: — Señor, voy á daros un buen consejo: ved allí una altura que es casi inespugnable; apoderaos de ella, y entretanto que esteis allí, sabránlo las villas y os vendrán á socorrer todas.—Don Pero Pomar, le respondimos, Nos somos rey de Aragon, y lo somos porque es nuestro derecho; y aquellos que vienen contra Nos son nuestros naturales, y hacen lo que no deben desde el momento que vienen á combatirnos; de consiguiente, á Nos, que cumplimos con nuestro derecho, mientras que ellos hacen

tuerto, nos ha de ayudar Dios, y por lo mismo, no dejarémos la villa á menos que muramos, y les vencerémos; con lo que podeis ver que no seguirémos vuestro consejo aquesta vez. — El resultado fué que tomámos el castillo, pues no comparecieron, sin embargo de esperarlos.

CAPÍTULO XXX.

Volvimos despues á Pertusa, adonde vino el arzobispo de Tarragona, el cual tenia por nombre Aspargo y era pariente nuestro. Viendo que todo el reino de Aragon estaba tan mal parado y que hacia contra Nos lo que no debiera, suplicónos, por Dios y su amor, que tuviésemos á bien componernos con nuestros hombres, y que para tal objeto le dejásemos ser intercesor entre Nos y ellos, lo que le otorgámos: y fiado en tal palabra, fuése el arzobispo para hablarles; mas no pudo llevar á cabo la composicion, pues le exigian de Nos tales cosas, que las mas eran en contra de nuestro mismo señorío. Con tal desengaño, tuvo que volverse el arzobispo; mas cuando ellos vieron que Nos habíamos tomado Cellas, enviáronnos á decir los de Huesca por don Martin de Peroxolo, que era nuestro merino (1), y por otros amigos nuestros, que fuésemos allá, pues estaban seguros que Nos podríamos hacer cuanto nos pluguiera. Fuimos, en efecto, á Huesca, y en la marcha tuvimos ya la prevision de no llevar caballeros armados, á fin de no darles qué pensar y acaso esquivarles: un poco antes de llegar nos salieron ya á recibir los prohombres de la villa en número de veinte, hasta Santa María de Sales; hablámos con ellos, y en nuestra conversacion les dijimos: que nos maravillábamos sobre manera de tal paso; que estuvieran seguros de que solo era bien lo que Nos queríamos hacerles; y que si nuestro linaje les habia hecho bien y amado, Nos éramos de los que tal hicieron, y quién sabe si aun

(1) Contraccion de la palabra *Mayorino*, así llamado, porque era el juez mayor en el territorio de alguna ciudad ó pueblo. Habia tambien el *submerino*, que en representacion del primero ejercia á veces la jurisdiccion; y ambos empleos eran usados no solamente en el primitivo reino de Aragon, sino tambien en Castilla, como puede verse por la ley 23, tít. 9 de la Partida II.

les aventajaríamos. Al oir estas palabras, mostráronse sumamente agradecidos, suplicáronnos que entrásemos en buen hora en la villa, y nos prometieron que harian por Nos cuanto debian hacer por su señor natural. Y mientras que Nos íbamos entrando, los niños y la gente del pueblo mostraban grande alegría por nuestra llegada. Entrámos á hora de vísperas, viniendo con Nos don Rodrigo Lizana y don Blasco Maza, nuestra meznada, don Asalit, don Pelegrin de Bolas y otros muchos; y sin embargo de que no nos convidaron, despues que hubimos comido estuvimos muy alegres, pues vimos, á juzgar por la apariencia, que muy ciertamente haríamos allí cuanto nos pluguiera, pues tan bien nos habian acogido.

CAPÍTULO XXXI.

Cuando estuvimos acostados Nos y los que dormian á nuestra presencia, llegó un portero diciéndonos, que á la puerta habia como unos cien hombres armados. —¿Apenas dejamos las armas y ya quieres que volvamos á tomarlas? respondímosle Nos; esos que dices deben ser rondas que guardan la villa. —Ah, señor, enviad conmigo un escudero y vereis como se los mostraré. —Vaya! le contestámos entonces; déjanos dormir en paz, que si algo sucede, será solo lo que Dios quiera.

Al dia siguiente, despues que nos levantámos y oimos misa, hicimos llamar al consejo, mandando que compareciesen todos en aquel patio que hay delante de nuestras casas y las de Montearagon. Allí, cabalgando Nos y ellos delante, tuvimos gran consejo, y ante todo les dijimos: —Bien sabeis y debeis saber, barones (1), que Nos somos vuestro señor natural y desde largo tiempo, pues que

(1) La voz *baron*, derivada del teutónico *bahr*, la emplea á veces don Jaime, nó como título de dignidad, sino en su sentido primordial de *hombre ó varon*, y tal como se halla usada en las leyes de los lombardos cuando dicen: *Si quis homicidium perpetraverit in* barone *libero vel servo, etc. Bahr* ó *bohrn*, y latinizado bárbaramente *baro*, eran sinónimos de la voz latina *vir* entre los pueblos del norte que invadieron la Europa; pero ellos lo aplicaron á veces esclusivamente á los de su raza, para significar que eran los hombres por escelencia; al paso que la palabra latina *homo*, diferentemente modificada entre los pueblos que hablaron la lengua romana, llegó á ser sinónima de súbdito ó vasallo.

catorce reyes con Nos ha contado Aragon. Cuanto de mas remoto tiempo puede contarse la naturaleza (1) entre Nos y vosotros, mas estrecha debe ser entre ambos; pues sabido es que á medida que el parentesco es mas antiguo, la naturaleza se estrecha mas y mas: y por esto sabed, que no os harémos daño ni os lo deseámos, antes bien es nuestra intencion amaros, honraros y conservar las buenas costumbres que teneis y hayais adquirido de nuestro linaje; y quizás os darémos aun otras mejores, si de tales careciéseis; pues nos tiene asombrado el que Nos tengamos que guardarnos de vosotros, é ir tan prevenidos para entrar en las ciudades que Dios nos ha dado y que nuestro padre nos dejó, así como nos pesa sobre manera el que entre Nos y vosotros haya de haber guerra. Os suplicámos, de consiguiente, y os mandámos, que tal guerra no haya, pues es cosa, como os hemos dicho, que nos pesa mucho: bastante lo podeis conocer, al vernos solo entre vosotros, y fiado en vuestro amor, que agradecemos y deseamos conservar. —Finido tal discurso, nos respondieron, que quedaban muy satisfechos de lo que Nos les decíamos, que el concejo deliberaria, y que luego nos darian la respuesta. Y marchándose, pasaron á celebrar la junta en las casas de Montearagon, la cual duró largo rato.

CAPÍTULO XXXII.

Mientras que Nos esperábamos su respuesta, llegó un mensaje á los que estaban reunidos en consejo, diciéndoles que En Raimundo Folch y las compañías que estaban afuera tenian cercada la villa. Alborotáronse los del pueblo con la novedad, mas notándolo Nos, les dijimos:—Sosegaos, y escuchad lo que Nos os digamos.—Con esto, mandámos á buscar á los que se habian reunido para aconsejarse, mas llegada una partida de ellos á nuestra presencia, ni respuesta quisieron dar sobre lo que antes les habíamos dicho. En tal estado, les dirigimos las siguientes palabras:—Barones, nos pasma sobre manera el ver que así os inquietais sin motivo: imposible es que suceda lo que dicen, y estad seguros

(1) Se daba el nombre de *naturaleza* á las relaciones de fidelidad ó vasallaje que existian entre el señor y sus súbditos ó feudatarios.

de que mientras Nos estemos aquí, nadie se atreverá á haceros nada. Además, que por un dinero que pudiérais perder, lo que es imposible, Nos os lo pagaríamos con diez.—Decis bien, respondieron ellos; pero es preciso que tal prohibicion se entienda como órden vuestra. — Así sea, contestámos Nos; que obligacion nuestra es prohibir vuestro daño.—Y enviando para averiguar la novedad, hallámos que nada habia sucedido: con todo, aquellos con quienes hablábamos, continuaron sin darnos respuesta y se pusieron todos en pié.

Fuímonos en seguida á nuestra casa y entraron con Nos don Rodrigo Lizana, don Blasco Maza, algunos de nuestra meznada, don Asalit y En Rabaza, que era notario nuestro; y en tal ocasion, empezóse á decir que encadenaban (1) la villa y cerraban las puertas; en vista de lo que, Nos dijimos á En Rabaza:—¿Sabríais, por ventura, alguna ley que favorezca á Nos y á vosotros? — Señor, no vale aqui ley ni derecho.—¿Ninguna otra respuesta podeis darnos? replicámos.—Nó, respondió el notario; pero podeis pedir consejo á esos ricoshombres.—Y en efecto se lo pedímos; mas la única respuesta que supieron hacernos, fue decir que se estaban tramando grandes traiciones, sin esplicar nada mas.—El mejor consejo que puede darse ya lo darémos Nos mismo, replicámos entonces dirigiéndonos al notario; mandarémos comprar carneros en la carnicería; de este modo pensarán ellos que queremos comer aquí, y entretanto vos hareis ensillar los caballos y marchareis. Cuando así lo hayais hecho, yo enviaré por el mio, por mi camisote, por mi perpunte y por mis armas; y vos esperadme preparado en la plaza.

Asi se hizo, viniendo conmigo don Rodrigo Lizana y don Blasco Maza, y no llegando á reunirnos mas que hasta cinco caballeros; con quienes bajámos hácia aquella puerta que conduce á

(1) En algunas poblaciones abiertas tenian la costumbre, cuando se veian rodeados de enemigos, de cerrar las bocacalles con una cadena, para impedir á aquellos la entrada: somos de parecer, sin embargo, que *encadenar*, en las villas donde no tenian cadenas, se usaria como figurado, queriendo significar con ello cualquier fortificacion pronta, que se adoptaba para impedir una irrupcion, y con el mismo objeto que el de las modernas barricadas. Tal costumbre usóse tambien hasta en el interior de poblaciones grandes y fortificadas, y era solo para separar unos barrios de otros, cuando entre estos se levantaban bandos y guerras civiles.

Isuela, camino de Bolea. Hallándola cerrada, preguntámos que quién tenia la culpa de que así estuviera. Y una mujer que allí habia nos respondió, que los jurados.

Luego dijimos á uno de nuestros servidores que dónde estaba el portero; y él nos contestó que arriba solia estar. Enviándolo á buscar por dos de nuestros escuderos, llegó descolorido; y preguntándole que quién tenia la llave de la puerta, nos respondió que eran los jurados los que la tenian.—Dadnos la llave, le dijimos entonces, sino os doy tal revés con la espada en la cabeza, que muerto caigais.—Y le hicimos subir de nuevo adonde antes estaba, acompañándolo los escuderos; y así se halló la llave, y con la llave volvieron á conducirlo á nuestra presencia. Y haciéndole abrir la puerta, Nos, acompañado de los nuestros, nos parámos junto á aquella, esperando hasta que llegaron los caballeros; luego de lo que, nos salímos afuera. Dijéronnos entonces, que dentro nos habian detenido algunas acémilas y escuderos nuestros, por lo que dijimos á unos veinte ó treinta hombres de Huesca que estaban afuera en nuestra compañía, que enviasen uno á la villa, á fin de que nos devolviesen cuanto teníamos dentro. Hecho esto, nos dirigímos hácia Isuela, cuando encontrámos á En Raimundo Folch y á En Guillermo de Cardona, con los demás caballeros y nuestra meznada, y á don Ato que estaban llorando, por creer que en la villa nos habian detenido. Entretanto los de Huesca habian avisado ya á don Fernando y á los de Zaragoza, diciéndoles que fuesen allá, pues nos tenian ya á Nos en su poder.

CAPÍTULO XXXIIII.

Despues de tales sucesos, fuímonos á Pertusa; y mientras que allí estábamos, don Fernando, don Guillermo de Moncada y don Pero Cornel pasaron á Huesca, donde conferenciaron con los de la villa para convenirse con Nos, haciéndonos decir que se arrepentian ya de lo que con Nos habian hecho: cuyas palabras nos pluguieron altamente á Nos y además á nuestro consejo. Enviámosles á preguntar de qué manera querian que se verificase el convenio, y ellos nos respondieron, que saldrian al campo y comparecerian en aquella sierra que hay sobre Alcalá, á cuyo punto Nos podríamos comparecer tambien: que Nos saliésemos con sie-

te de los de nuestro consejo; que ellos irian asimismo seis ó siete, y que ambos dejásemos la demás compañía; añadiendo, que de buena gana hubieran venido á Pertusa, pero que temian no les provocase algun mal intencionado. Su deseo, segun se espresaban, era el hablarnos de la manera que deben los vasallos (1) á su señor natural; y contaban que antes de separarnos se arreglaria todo de manera que Nos quedaríamos mas que satisfecho de ellos. Tal como esto se dijo, llevóse á cabo: por nuestra parte fuímos á la entrevista, vestidos los perpuntes y las espadas en el cinto, Nos, y con Nos En Raimundo Folch y En Guillermo de Cardona, don Ato de Foces, don Rodrigo Lizana, don Ladron, hijo que fué de don Ladron, noble y de gran linaje, don Asalit de Gudar, otro caballero nuestro y don Pelegrin de Bolas; y por su parte vinieron don Fernando, que era tio nuestro, En Guillermo de Moncada, padre de En Gaston, don Pero Cornel, Ferrando Perez de Pina y otros caballeros de su partido, cuyos nombres no recordamos. Dió principio don Fernando á su discurso, y dijo de esta manera:—Señor, aquí estamos á vuestra presencia para deciros, que nos pesa en gran manera de la guerra que ha habido entre nosotros y Vos. Nuestro objeto es hacer la paz, suplicándoos que nos perdoneis, pues intencion tenemos de serviros, yo y En Guillermo de Moncada, y don Pero Cornel y cuantos están en nuestro bando. Gran daño recibímos por Vos y grande os lo causámos tambien; pero grande es asimismo nuestro arrepentimiento; y vemos que si del mal que os hicimos debiéramos satisfaceros, imposible nos seria, por ser no menos grande la enmienda que seria menester. Ya veis, pues, que necesitamos vuestra gracia. Sin esta, otro favor aun os pedimos, y es, que sirviéndoos bien, nos hagais asimismo bien: á mí, por el parentesco que tengo con vos; y á En Guillermo de Moncada, porque no hay rey en España que tenga tan honrado vasallo como vos teneis en él, ni hay tampoco quien pudiera prestarle tan buenos servicios.—Con esto dió fin á su discurso don Fernando, y tomó luego la palabra En Guillermo de Moncada, diciendo: —Nadie mejor que vos, señor,

(1) De las radicales germánicas *vassen*, esto es, ligado, sujeto, se formaron, cuando se desarrolló el feudalismo, las voces *vasallo*, *valvasor*, y otras semejantes, para designar algunas de las categorías del sistema feudal.

puede saber cuál es la deuda que he contraido con vos, pues que vuestro linaje, que lleva consigo el título de conde de Barcelona, ha ensalzado al nuestro. Yo especialmente, por la gracia de Dios, he llegado á ser mas poderoso, pues poseo la riqueza de Bearne en Gascuña, que ninguno de mis antepasados poseyó; y todo esto que poseo, y cuanto poseer pudiera, lo emplearé para vuestro servicio; pudiendo probaros así, y bien lo sabe Dios, que cuanto hacia pensaba que habia de redundar en vuestro pro y honor. Mas ya que no os place, segun veo, tampoco á mí me ha de placer; y no me empacha el deciros, que me he equivocado en lo que hice. Perdonadme, os lo suplico, y á los demás que en tal negocio intervinieron, perdonadlos tambien; pues seguro podeis estar de que jamás levantaré guerra contra vos, y menos creyendo, como creo, que ningun tuerto habeis de hacerme á mí ni á mis amigos y parientes; y aun cuando nos lo hiciérais, creo obligaros con mi amor y mis ruegos; pues algo habrán de valerme para con vos los buenos servicios que en adelante pienso prestaros. — Terminados sus discursos, dijímosles que resolveríamos; y con esta respuesta se separaron de Nos. Los ricoshombres que nos rodeaban fueron de parecer que, pues tan arrepentidos se mostraban, debíamos aceptar su sumision; y así, luego de habido el consejo, les llamámos otra vez y les dijimos: — Con el arrepentimiento que mostrais y la devocion con que prometeis servirnos, nos damos por satisfechos; aceptamos vuestra buena voluntad por enmienda, y os acogemos de nuevo en nuestra amistad y nuestra gracia. — Acercáronse luego los caballeros de ambas partes que estaban mas distantes, y todos quedaron contentos y satisfechos de aquel concierto. Terminado este negocio, nos fuimos á Lérida.

CAPÍTULO XXXIV.

Habia mas de año y medio que nos hallábamos en la ciudad de Lérida, cuando se nos presentó la condesa de Urgel doña Aurembiaix, hija del conde Armengol y de la condesa de Subirats, que habia estado casada con Alvar Perez y hubo luego de separarse de él por causa de parentesco, sin haberle quedado ningun hijo de aquel matrimonio. Le hicimos honrosa acogida, y á los dos dias

de haber llegado fuimos á visitarla. Llevaba por consejero á Guillermo de Cervera, señor de Juneda, por quien hacia ella lo que por nadie hubiera hecho; pues como él era hombre esperimentado y de los mas sabios que hubiese en España, y por otra parte habia estado casado con la madre de la misma condesa, la aconsejaba en todos sus negocios, acorríala en todas sus necesidades, y nada obraba ella que no fuese con acuerdo de Guillermo. A éste encargó, pues, que razonase ante Nos sus cuitas; pero él procuró escusarse, diciéndole que nadie mejor que ella misma sabria esplicar sus penas. Tomó entonces la palabra la condesa, y nos dijo: que se habia presentado á Nos, porque, segun pregonaban las gentes, esperaba hallar en nuestra persona amparo y justicia; pues á pesar de ser público que ella era hija única del conde Armengol de Urgel, y que como tal debia ser suyo aquel señorío, se lo habian usurpado; y que por lo tanto nos pedia que la amparásemos é hiciésemos valer su derecho, porque si en Nos no la hallaba, no contaba hallar justicia en ningun hombre del mundo. Tomaron entonces la palabra En Guillermo de Cervera y En Raimundo de Peralta, el mismo que no habia querido antes devolver Monmagastre á la condesa, y que despues, luego de haber ella recurrido á Nos, se lo habia restituido con todo el derecho que perteneciera al conde de Urgel, aunque reteniéndose la potestad de cuatro castillos; y nos dijeron: — Señor, el primer deber de un rey es el administrar justicia, para que en él la hallen los que de otros no pueden alcanzarla. Teneis delante á una mujer, cuyo esclarecido linaje conoceis muy bien, que recurre á vos para que le hagais restituir los bienes que su padre poseyó y le dejó á ella en vuestros dominios: para con vos la recomiendan sus virtudes; amparadla, pues, como os lo rogamos nosotros, y como os lo pide ella, que sabe pedirlo mejor.—Respondimos Nos á esto, que sus súplicas eran muy justas, que meditaríamos el asunto y proveeríamos luego lo que fuese de derecho. Llamámos, pues, á consejo al obispo Berenguer de Erill, á En Guillermo de Moncada, á En Raimundo, á En Guillermo Raimundo, hermano de En Raimundo de Moncada y padre de En Pero, á don Asalit, á don García Perez de Meitats y á los prohombres de Lérida, todos los cuales nos aconsejaron que ante todo nombrásemos defensor de la condesa á Guillermo Çasala, á quien hizo ella desde luego dona-

cion para durante su vida del derecho de la caldera (1) de Lérida, que no producia entonces mas que doscientos sueldos de renta, y subió con el tiempo hasta tres mil.

CAPÍTULO XXXV.

Nombrado ya el defensor de la condesa de Urgel, deliberaron el obispo y los prohombres que fuese emplazado el conde, llamado Geraldo de Cabrera (2), haciéndole las tres citaciones de costumbre para que compareciese en nuestra corte á responder de su derecho á la condesa. No compareció á la primera; y por lo mismo, despues de haberle manifestado á ella que antes de sentenciar debíamos cumplir todas las solemnidades que prescribia el derecho, con las cuales la seria forzoso conformarse, enviámos á Geraldo la segunda citacion. Tampoco compareció entonces; pero en el dia señalado, se presentó como procurador suyo En Raimundo de Cardona, hermano de Raimundo Folch y maestre que habia sido del Templo, y dijo en presencia de Nos y de toda nuestra corte: — Geraldo conde de Urgel y todos los que de ello tienen noticia se maravillan mucho de lo que está ocurriendo, que despues de haber él estado en posesion de lo que se le pide por espacio de veinte ó treinta años, sin contradiccion ninguna y viviendo la misma condesa, se le presente ahora esta demanda, á la cual,

(1) Llamábase *derecho de caldera* el impuesto de un tanto por tina que pagaban los tintoreros en algunas ciudades. El de Lérida llegó á producir por los años de 1270 hasta quince mil sueldos.

(2) Geraldo, hijo de Ponce, vizconde de Ager y de Cabrera, entabló ya, junto con su padre, pretensiones al condado de Urgel, luego de haber fallecido Armengol VIII en 1208 sin haber dejado sucesion masculina. La condesa viuda doña Elvira, que se casó despues con Guillermo de Cervera y habia quedado señora usufructuaria del condado, logró durante su vida oponerse con bastante buen éxito á los intentos de los Cabreras; pero muerta ella por los años de 1220, y quedando solamente la hija única de Armengol doña Aurembiaix, Geraldo se apoderó á mano armada de todos los estados de Urgel, en cuya pacífica posesion se mantuvo hasta que le arrojó de ellos don Jaime, reintegrando en sus derechos á la hija de Armengol. Cuando Geraldo hubo perdido todos sus dominios, reconoció la turbulenta vida que habia llevado; y para espiarla, renunció al mundo, profesando en la religion del Templo.

por venir tan fuera de tiempo, no se cree obligado á contestar.— Rogónos, pues, que la desestimásemos, porque él no era hombre que permitiese que se le presentasen tales requirimientos tan fuera de sazon é infundados. Levantóse seguidamente En Guillermo Çasala, y tomó la palabra á favor de la condesa, diciendo: — Señor, En Guillermo de Cardona, que es hombre de pro y de honrado y esclarecido linaje, muestra admirarse de semejante demanda; pero mayor maravilla es, que venga él diciendo que no dará su derecho á tan ilustre señora como la condesa, y que mientras está pidiendo en vuestra corte que se le administre justicia, no quiera él hacerla á los que se la piden. Esto basta, señor, para probaros su sinrazon. Dios os ha puesto en lugar suyo para que administreis justicia á los que por otro camino no pueden alcanzarla, y por esto os ruega la condesa que se la administreis á ella. — Habló en seguida Guillermo de Moncada, y preguntó al de Cardona si tenia poderes del conde. — No los tengo, le contestó: he venido solamente para proponer lo que he dicho, y así me volveré en seguida. — Esperaos, le dijo Guillermo; el rey resolverá, y os contestará á lo que habeis propuesto. — Apartáronse luego entrambos de nuestra presencia, y consultando el asunto con los de nuestro consejo, se resolvió que le contestásemos: — En Guillermo de Cardona, vos no habeis traido aquí ningunos poderes del conde, ni quereis responder á lo que se os dice: sepamos, pues, al cabo si quereis ó no contestar á la demanda de Guillermo Çasala. — Nada puedo añadir, repuso, á lo que ya dejo manifestado. — En este caso, dijimos Nos, harémos lo que se debe; emplazarémos por tercera vez al conde, y si quiere hacer justicia á la condesa, se la aceptarémos; cuando nó, procederémos con arreglo á derecho. — Partióse en esto el de Cardona; despacháмos Nos la tercera citacion al conde, y compareció otra vez Guillermo en el término señalado.

CAPÍTULO XXXVI.

Cuando se presentó de nuevo En Guillermo de Cardona, nos hallábamos con toda nuestra corte y muchos ricoshombres en casa de En Raimundo Raboster. Estaba tambien allí Guillermo Çasala, quien se levantó luego y dijo: — Ruégoos, señor, que hagais que

se me preste atencion. Dios quiso que hubiese reyes en este mundo, y les impuso el deber de administrar justicia á los que de ella necesitasen, y en particular á viudas y huérfanos; así es que como la condesa no tuviese á quien recurrir, ha acudido á vos por dos razones: la primera, porque la demanda que ella hace recae sobre un patrimonio que está en vuestros dominios; y la segunda, porque vos sois la única persona de quien puede esperar su desagravio. A vos recurre, pues, como vasallo á su buen señor, para que obligueis á Geraldo, ó á Guillermo de Cardona que aquí le representa, á que contesten á la demanda que ella hace; porque son ya dos las citaciones que se han despachado, y por culpa de dicho Geraldo no se ha podido hasta ahora proceder adelante. Por esto os pide la condesa, como á señor de quien espera verse amparada, que ya que hoy se cumple la tercera citacion, le otorgueis justicia de modo, que si En Guillermo de Cardona no ha venido dispuesto á contestar á la demanda, procedais desde luego contra En Geraldo y contra sus bienes, hasta poner á la condesa en posesion de todo lo que reclama.—Le contestó entonces el de Cardona:—Tened cuenta, Guillermo, que con vuestra palabrería de legista, que aprendísteis allá en Bolonia, no hagais perder al conde su condado.—Yo, repuso Çasala, no hago mas que defender la justicia, y confio que el rey hará valer su derecho á quien lo tenga. Por lo demás os digo, Guillermo, que nó por vuestras amenazas he de abandonar la defensa de la condesa.— A esto añadió el de Cervera:—¿Y nada mas teneis que esponer, vos Guillermo de Cardona? —Pero este, desentendiéndose de la pregunta, nos dirigió la palabra y dijo:—Señor, dadnos guiaje (1), y nos volverémos en seguida.—¿Qué es, pues, lo que pensais hacer?—le preguntámos.—Nada,—nos contestó.—Mucho me temo, le dijo el de Cervera, que no sean otros vuestros intentos.—

(1) Dábase el nombre de *guiaje* al salvoconducto que se otorgaba á alguno para atravesar con seguridad el territorio. Aunque voz anticuada, no se estrañe que la usemos aquí, como hemos usado otras muchas en esta traduccion; unas veces, porque denotando objetos que ahora no están en uso no tienen su equivalente en el lenguaje moderno, y por lo mismo no debieran, á nuestro entender, calificarse de arcaismos; y otras, porque, siendo las mismas que emplea don Jaime en su lemosin, hemos creido conservar así mejor el colorido del testo original.

¡Verémos! repuso el de Cardona; será lo que Dios quiera.—Y diciendo esto, nos saludó y se fué.

CAPÍTULO XXXVII.

En vista de lo ocurrido con el conde Urgel, enviámos órdenes á los de Tamarite, señalándoles dia para que compareciesen armados y con provisiones para tres dias delante de Albesa, donde Nos estaríamos; y dijimos tambien á En Guillermo de Moncada, á En Ramon y En Guillermo de Cervera que se uniesen á Nos con todos los de su linaje, porque estábamos resuelto á marchar contra el conde. Antes de llegar á su destino las órdenes que habíamos espedido, se nos presentó don Pero Cornel; y teniendo ya reunidos hasta trece caballeros, nos encaminámos á Albesa, donde halláinos solamente á En Beltran y en Raimundo de Calasanz con unos sesenta ó setenta infantes; pues los de Tamarite y demás, vimos con gran pesar nuestro que no habian comparecido. Estaban los de Albesa apercibidos para la defensa con escudos, ballestas y otras armas; pero dijimos Nos: ¿porqué han de ocupar ellos la villa? Descabalgámos, pues, dejámos los caballos á los escuderos, tomámos nuestras armas, embestimos, y nos apoderámos de la poblacion. A poco de haber entrado en ella, comparecieron algunos de los de Tamarite. Los del castillo entretanto nos enviaron al anochecer un parlamentario, para proponernos su entrega y ofrecernos su fidelidad, con tal de que les diésemos salvoconducto: se lo otorgámos, y al dia siguiente por la mañana verificaron su sumision.

CAPÍTULO XXXVIII.

Luego de tomada Albesa, dijimos: Vamos ahora á Menargues, que así les cogerémos desprevenidos, y antes de que lo advierta el conde, le habrémos quitado ya gran parte de lo que posee. Habian llegado entonces algunos de los caballeros que debian acompañarnos, de modo que nos reunímos hasta treinta, y con ellos nos dirigímos allá. Antes de llegar á la poblacion dijimos á los de

nuestra comitiva : — Deteneos, que Nos queremos ir delante con solos tres ó cuatro caballeros. — Así lo hicimos, adelantándonos con En Rocafort y otros tres cuyos nombres no recordamos. Llegados allí, y viendo que todos los vecinos se habian subido al castillo con sus armas y cuantas provisiones habian podido recoger en el pueblo, nos presentámos delante de la puerta de la fortaleza y les dijimos : — Barones, ya sabeis que la condesa es vuestra señora natural ; ella no quiere vuestra ruina, ni que murais aquí, ni que perdais nada de lo vuestro ; restituios á vuestras casas, que en nombre de ella y de Nos os damos palabra de no causaros ningun daño, antes os defenderémos contra quienquiera que lo intente. — Uno de los de dentro nos contestó : — Señor, ¿ cómo puede quedar abandonado el castillo, cuya defensa nos ha sido encomendada por En Ponce de Cabrera ? — Ya sabeis, le replicámos, que nuestro señorío vale mas que ningun otro : bajad en buen hora, y confiad en nuestra palabra, que no os ha de resultar por ello mengua ni daño. — Dijo entonces uno de ellos : — Ya que el rey lo quiere, hagámoslo ; — pero antes de abrir la puerta nos preguntaron otra vez : — ¿Nos asegurais bajo vuestra palabra ? — Os asegurámos, les dijimos. — Bajaron entonces del castillo con sus armas y equipajes ; y habiendo enviado Nos á buscar á nuestros caballeros que se habian quedado atrás, cuando los de Menargues vieron que eran tan escasas las fuerzas que nos acompañaban en aquella espedicion, tuviéronse por muy necios de haberse entregado tan fácilmente. Echámos de ver luego que no teníamos provisiones de carne, y como no queríamos tomarla del pueblo, encargámos á veinte de nuestros caballeros que hiciesen una correría hasta Balaguer, de donde nos trajeron hasta diez y seis reses entre vacas y terneras, de manera que con el pan y vino que comprámos quedámos abastecidos para tres dias.

CAPÍTULO XXXIX.

Mientras nos hallábamos en Menargues, nos llegaron algunas fuerzas de Aragon y Cataluña ; de modo que pudimos reunir hasta doscientos caballeros y mil infantes, con los cuales al cabo de tres dias marchámos sobre Liñola. Al dia siguiente de estar allí,

compareció tambien En Raimundo de Moncada. Ocupaban los contrarios toda la villa; y por lo mismo se nos presentó En Raimundo de Cardona y nos dijo: —Un consejo quisiera daros, señor, y es que vos no peleeis; pues buenos sirvientes (1) hay entre los vuestros, y no vale la toma de esta villa el daño á que os espondríais y el que por ende pudiérais causar á vuestra hueste. Yo hablaré con ellos, y obtendré quizás el que se den á partido.—Eso nó, En Raimundo, le contestámos; y diciendo esto nos dirigimos contra la villa, y peleando á pié con los nuestros, nos apoderámos de ella, obligando á los que la defendian á retirarse á la fortaleza, donde habia una muy buena torre y albacara. Aquel mismo dia se rindieron, y luego pusimos guarnicion de los nuestros en el castillo.

CAPÍTULO XL.

Desde Liñola nos fuimos á poner cerco á Balaguer: pasámos el rio por Almata, y llegados allá, armámos dos fundíbulos; pues se habian unido ya con Nos en aquel sitio En Guillermo de Moncada, En Guillermo de Cervera y nuestros ricoshombres de Aragon en número de hasta cuatrocientos caballeros. Ocho dias habia que estábamos allí, cuando nos llegó un mensaje de parte de En Menargues y En Pedro Palau, que eran dos de los principales vecinos de la villa, diciéndonos que si queríamos terminar luego el sitio, que hiciésemos venir á la condesa, que se hallaba en Lérida, para que les dijese, que por la fidelidad que le debian, como vasallos que habian sido de su padre, le entregasen la villa; pues ella era su señora. Por las palabras, aunque encubiertas, que nos transmitió el mensajero, conocimos que por temor de sus personas no podian manifestarnos todo lo que deseaban; y por lo mismo respondimos que les agradecíamos muchísimo su buen zelo, y que pues tanto amor nos mostraban, procuraríamos recompen-

(1) Los *sirvientes* formaban, como quien dice, la plebe de los ejércitos feudales; pues eran llamados así todos aquellos vasallos que, sin tener bajo su jurisdiccion á otros feudatarios, debian, en virtud de la concesion del feudo que les habia hecho su señor, acompañar á este y servirle en sus huestes y cabalgadas.

sárselo en ellos y en los de su linaje. Al cabo de pocos dias y cuando menos lo pensábamos, volvió el mensajero, que era un jóven estudiante, y nos repitió las mismas palabras que dicho nos habia la vez primera. Preguntámos entonces si en lo que hacian obraban por sí solos ó convenidos con otros; porque era tan grave el negocio, que á no contar ellos con algun partido, seria en vano cuanto emprendiésemos; y en todo caso que nos dijesen qué dia querian que viniese la condesa. — Así se lo manifestaré nos contestó el mensajero.—Señalaron, pues, el dia en que debia aquella presentarse. Al cabo de otros cuatro ó cinco dias, nos enviaron á decir que dispusiésemos algunos escudados (1) y hombres de armas que marchasen delante de la condesa y se acercasen todos á las murallas hasta que pudiesen hablar con los de dentro; que con la ayuda de Dios ellos cumplirian su palabra y cuanto nos habian prometido. Como lo habian propuesto, así resolvimos hacerlo; pero entretanto el conde tuvo algunos indicios de que habíamos entablado tratos con los de la villa.

Raimundo de Moncada tenia el encargo de guardar dia y noche nuestros fundíbulos; y cierta tarde se hallaba allí solo con En Sancho Perez, hijo de En Pero de Pomar; En Bordoyl, que era el baile que él tenia en Castellserá, y el caballero Arnaldo de Rubió. Viendo los de Balaguer que era tan poco numerosa la guardia, salieron á caballo y armados á las órdenes de Guillermo de Cardona por la misma brecha que habia en el muro, y se emboscaron en el foso, llevando prevenidos haces de leña seca untados de sebo. Estábamos Nos hablando con En Guillermo de Cervera, á quien habíamos ido á ver en su tienda, cuando oímos el grito de: — Á las armas! á las armas! que van á pegar fuego á los fundíbulos, pues llevan haces encendidos. — En Guillermo de Cardona llevaba consigo hasta veinte y cinco caballeros armados y unos doscientos de á pié, contando á los que llevaban los haces; y se hallaba tambien entre ellos sire (2) Guilleumes, hijo natural del

(1) Las diferentes clases de soldados que componian un ejército en la edad media recibian por lo comun su denominacion del arma ofensiva ó defensiva que mas principalmente usaban, llamandose *bacinetes*, *ballesteros*, *escudados*, etc. Los escudados eran, como lo indica su nombre, los que traian escudo.

(2) Aunque la voz *sire*, equivalente á *señor*, y que es el tratamiento que se daba al soberano en Francia é Inglaterra, sea del todo estranjera; la conser-

rey de Navarra. Don Sancho Perez de Pomar no tuvo valor para esperarlos, y abandonando á En Raimundo de Moncada, que se quedó solo con Arnaldo de Rubió y En Guillermo Bordoyl, se fué á reunirse con la hueste. En Guillermo de Cardona embistió luego lanza en ristre contra el de Moncada, diciéndole: — Rendios, Raimundo, rendios! — Á quién he de rendirme yo, villano!— le contestó el otro; y mientras tanto los que iban con Guillermo comenzaron á pegar fuego á las empalizadas; pero no tuvieron tiempo para mas, porque Nos acudimos luego á pié y con nuestra hueste para socorrer á los del fundíbulo. Blasco de Estada quiso en aquella ocasion probar sus armas; y montando á caballo, puesto el capacete y lanza en mano, se fué con Juan Martinez de Eslaba, que le seguia á pié con escudo y lanza, en persecucion de los que se retiraban. Alcanzólos, entró tras ellos un buen trecho en el foso, desjarretó un caballo, malhirió á un caballero, y logró volverse á la hueste sin haber recibido ningun daño.

Llegada la condesa al cabo de tres dias, le manifestámos delante de En Guillermo de Cervera los tratos que nos habian propuesto los de la villa; y ella se mostró dispuesta á hacer cuanto quisiésemos y decir las palabras que le encargásemos, con tal que la guardásemos de las saetas.—Así se hará, le dijimos; y mandámos luego armar mas de cincuenta caballeros, que con sus escudos y vestidos los perpuntes fuesen en su compañía y la resguardasen de todo daño. Llegado que hubieron á distancia de un tiro de piedra escaso de las murallas, dijo uno de los que con ella iban: — ¿ Estais aquí los de Balaguer? — Y como nadie contestase, continuó diciendo: — Aquí teneis á la condesa; ¿ están tambien aquí los prohombres?—Sí, respondió una voz;—y tomando luego la palabra otro caballero, les dijo: — La condesa os ruega que le presteis atencion, porque es señora, y no puede hablar muy alto. — Entonces les dirigió ella la palabra en estos términos: — No ignorais, barones, que fuísteis vasallos de mi padre, y que de consiguiente debeis serlo tambien mios, siendo como soy su única hija: por tanto os ruego y os mando que, en fuerza

vamos aquí, porque tambien se halla en el testo, y porque la han usado además muy buenos escritores castellanos, hablando con los monarcas de aquellas naciones. Por la primera razon hemos conservado asimismo su traje francés al nombre *Guilleumes*.

del señorío que sobre vosotros tengo, me entregueis esta villa, segun debeis entregarla á vuestra señora natural. — Respondieron ellos entonces: — Hemos oido lo que nos decis; tomarémos nuestro acuerdo, y obrarémos luego conforme debamos. — Un caballero de los que iban con doña Aurembiaix les dirigió en seguida estas palabras: — Barones, la condesa os agradece mucho lo que le habeis dicho, que cumpliríais vuestro deber: así lo espera. — Al anochecer de aquel mismo dia volvió otra vez el estudiante que servia de mensajero entre Nos y los de la villa, y por él supimos que todo habia salido como se deseaba. Mandáronnos decir además, que nos conviniésemos con la condesa; y que ellos buscarian un ricohombre que tuviese la villa de Balaguer por en Ponce y por la condesa, pues ellos por entonces no podian atreverse á mas, por temor de que las muchas fuerzas que habia en el castillo no lo desbaratasen todo: que lo principal era que el conde saliese de la villa por cualquier motivo, pues entonces ya harian ellos de modo que esta y el castillo se entregasen á la condesa.

CAPÍTULO XLI.

Un dia por la mañana vió el de Cabrera á los prohombres de la villa que se estaban confabulando en el terrado de una casa, y mandó á un ballestero suyo que estaba á su lado que les disparase una saeta. Cumpliólo este, pero no hirió á ninguno; mas los prohombres dijeron: — ¿Es posible que el mismo vizconde nos haga asaetear, cuando por serle fieles estamos defendiendo el lugar y hacemos lo que no debiéramos? — Enviáronle, pues, á dos de los suyos, para decirle que se admiraban mucho de que tal hiciese, siendo así que estaban en peligro de muerte por parte del rey, el cual les estaba sitiando y les talaba la huerta: que si de aquel modo obraba, procurarian ellos buscar otro remedio. En Geraldo de Cabrera, En Guillermo de Cardona y los de su consejo conocieron que los de Balaguer trataban de concertarse con la condesa, pues tenian ya noticia de lo que ésta les habia dicho; y así, sin consultarlo con los prohombres, y no teniendo tampoco noticia de lo que estos habian tratado con Nos, enviáronnos parlamento, ofreciéndonos que pondrian entretanto el castillo en manos de En

Raimundo Berenguer de Ager, y que luego se ventilaria en nuestra corte el pleito con la condesa. Los de la villa nos enviaron tambien un mensaje, diciéndonos que aceptáramos lo que nos propusiera el vizconde; pues luego que él saliese de la poblacion, podíamos contarlo todo por nuestro. Hablámos entonces de este negocio con En Guillermo de Moncada, y le manifestámos lo que nos proponian los sitiados, esto es, que pondrian el castillo en manos de En Berenguer de Ager, y que este se obligaria bajo juramento á entregarlo despues á En Geraldo ó á la condesa, á cualquiera que fuese de los dos el que ganase el pleito. —No me parece que debais aceptar tales proposiciones, nos contestó Guillermo: ya que habeis venido aquí, menester es que lleveis á cabo la empresa y que no os marcheis sin que tengais la villa en vuestro poder. — Como Nos no le habíamos aun comunicado los tratos que teníamos ajustados con los de dentro, le dijimos entonces: —En Guillermo, mas puede maña que fuerza: vos hablais muy bien en lo que decis; pero voy á descubriros el secreto que me mueve á aceptar lo que me proponen. Debeis saber que los prohombres de Balaguer nos han ofrecido entregarnos la villa y el castillo, para lo cual ha venido aquí la condesa; y tened entendido, que aunque se diga que quedará el castillo en manos de En Raimundo Berenguer de Ager, así que haya salido el vizconde podeis contarlo todo por nuestro, sin que aquel tenga siquiera el trabajo de tomar la posesion y prestar el juramento. — ¿ Y será esto verdad ? repuso el de Moncada. — Presto lo vereis, dijimos.

CAPÍTULO XLII.

Resuelto ya á aceptar las proposiciones que se nos habian hecho, enviámos un mensajero á Geraldo de Cabrera para declararle que accedíamos á que Raimundo Berenguer de Ager guardase por Nos el castillo; y el vizconde, que no las tenia todas consigo y se recelaba de los de la villa, tomando en la mano un azor mudado muy bueno que tenia, se habia salido ya con disimulo por el puente. En Berenguer de Finestres vino entonces á decirnos, que estaba pronto á entregar el castillo á En Raimundo Berenguer; y como los de la villa nos avisasen asimismo que enviásemos nuestra señe-

ra porque ellos la enarbolarian en el castillo, despacháimos á un caballero y cinco escuderos que la llevasen ocultamente y con una lanza para izarla luego que llegasen allá. Mientras tanto En Berenguer de Finestres estaba hablando con Nos, instándonos que enviásemos á En Raimundo Berenguer de Ager para recibir homenaje y tomar posesion de la fortaleza; mas como Nos hubiésemos enviado á ella nuestra señera, entreteníamosle con buenas razones, por mas prisa que nos diese para que le despachásemos, diciéndonos que el conde queria marcharse. Sin embargo, en medio de nuestra conversacion no perdíamos de vista el castillo, esperando ver ondear en él dicha señera; y al descubrirla de repente, le dijimos: — En Berenguer de Finestres, idos en buen hora, despachado estais, que Balaguer ya es nuestro. — ¡Cómo! nos contestó. —¿No veis, le respondímos, enarbolada en el castillo nuestra señera? — Corrido entonces y doliéndose del caso, se separó de Nos sin abrir mas la boca. El conde entretanto se retiró á Monmagastre.

CAPÍTULO XLIII.

Antes de que se rindiera Balaguer, En Geraldo de Cabrera y los de su consejo habian enviado á En Guillermo de Cardona con mas de quince caballeros para defender á Agramunt; pero luego que los de esta villa tuvieron noticia de las negociaciones que teníamos entabladas con los del primer pueblo, confabuláronse con En Raimundo de Jafa y otros vecinos, y aun antes de que aquel se hubiese rendido resolvieron entregárnosla, luego que se presentase allí la condesa. En Raimundo de Moncada supo este acuerdo por medio de En Berenguer de Peraxens; por tanto nos manifestó á Nos, á En Guillermo de Moncada, á En Guillermo de Cervera y á todos los de nuestro consejo, que luego que nos hubiésemos apoderado de Balaguer pasásemos á Agramunt, porque tenia ya convenida con dicho Berenguer la entrega de la villa. En vista de ello, así que hubimos puesto á la condesa en posesion de Balaguer, nos fuímos con ella á Agramunt, y sentámos nuestros reales á vista de la villa, al pié de la sierra de Almenara. Cuando En Guillermo de Cardona vió que nos tenia tan cerca, se escapó aquella misma

noche; y al saber Nos por la mañana su salida, nos levantámos, vinieron á buscarnos los vecinos de la villa, y entrámos en ella dando á la condesa posesion del castillo.

CAPÍTULO XLIV.

Al cabo de poco tiempo nos enviaron mensaje los hombres de Pons, pidiendo que fuése allá la condesa. Así lo acordámos; pero no quisimos Nos ir allá, porque no habíamos desafiado á En Raimundo Folch, y teníamos con él buena amistad (1). Cuando la condesa llegó á la villa con En Guillermo y En Raimundo de Moncada y toda la hueste, á excepcion de Nos, que nos quedámos con cinco caballeros; hallóla desierta, y le salió al encuentro el castellano con todos los suyos á caballo en disposicion de trabar batalla; pero los de la condesa picaron espuelas á los caballos, embistieron contra sus contrarios, y los acorralaron cerca del castillo; distinguiéndose muy particularmente en aquel hecho de armas, segun despues nos dijeron, En Bernardo Dezlor, hermano del sacrista de Barcelona. Aquel mismo dia al anochecer nos llegó un mensajero de En Guillermo y En Raimundo de Moncada, para pedirnos que de todos modos fuésemos allá, porque estando Nos con ellos se tomaria muy fácilmente el castillo, del cual sin Nos no podian apoderarse. —¿Cómo hemos de ir allá, le dijimos, si no hemos desafiado á Raimundo Folch, y éste es el que posee la fortaleza? — Sabed, nos contestó, que si vos os presentais, se ganará luego el castillo; pero si vos no acudis, no entrará en él la condesa. —Pues bien! le replicamos, ¿qué es lo que habrémos de hacer cuando allí estemos? — Muy poco: con que vos les deis órden para entregarse á la condesa, así lo cumplirán. —Lo harémos, pues; pero salvando siempre el derecho que pueda tener En Raimundo Folch. — Nos encaminámos en seguida á Agramunt, y habiendo mandado dejar los caballos y las armas á los que nos

(1) Era ley de guerra que cuando un señor feudal queria proceder por la via de las armas contra alguno de sus feudatarios, le *desafiase* antes; esto es, declarase rota la fé y amistad que con él tenia: y del mismo modo el vasallo, cuando queria desagraviarse de alguna ofensa recibida de su señor, debia de antemano desnaturalizarse ó darse por libre del juramento de fidelidad que le debia.

acompañaban, nos acercámos al castillo, de donde bajó á nuestro encuentro el castellano con unos veinte de los suyos. — Ya que habeis pedido, les dijimos, que Nos compareciésemos aquí, sepamos cuáles son vuestros intentos. — Quisiéramos saber de vos, nos contestaron, qué es lo que habemos de hacer de este castillo. — Ya que nos pedis consejo, añadimos, os dirémos que, á nuestro entender, lo mejor seria que yo y la condesa os prometiésemos salvar el derecho que pueda tener en él En Raimundo Folch, y que vosotros por vuestra parte os obligáseis á entregarlo á la condesa, sometiéndoos á su señorío; ya que por sentencia de nuestra corte, por derecho y por razon acaba de recobrar lo demás del condado, y se le han sometido tambien todos sus vasallos. — Como se lo propusimos, así se verificó. Habíamos entretanto enviado á Oliana á algunos de los nuestros para recobrar aquella villa por la condesa; mas luego que sus vecinos tuvieron noticia de la rendicion de Pons, siguieron su ejemplo. Con esto quedó doña Aurembiaix restablecida en sus estados, habiendo Nos procedido en todo, nó para el propio provecho, sino para hacer valer la justicia que á ella le asistia.

CAPÍTULO XLV.

Despues de año y medio de haber dado cima á los negocios del condado de Urgel, estábamos Nos en Tarragona; y fué voluntad de Dios que á pesar de no haber convocado cortes, concurriesen allí la mayor parte de los nobles de Cataluña, entre otros don Nuño Sanchez, hijo que fué del conde Sancho, En Guillermo de Moncada, el conde de Ampurias, En Raimundo de Moncada, En Geraldo de Cervellon, En Raimundo Alamañ, En Guillermo de Claramunt, y En Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella. Tambien estaba entre estos En Pedro Martel, ciudadano de Barcelona y muy esperimentado marino, el cual nos convidó un dia á comer á Nos y á todos los nobles que con Nos se hallaban. A los postres, habiéndose entablado conversacion entre todos, preguntaron á En Pedro Martel, que habia sido cómitre de galeras, qué tierra era Mallorca y cuánta estension podia tener aquel reino. — Alguna razon puedo daros, contestó aquel; pues he estado allí

una ó dos veces, y calculo que la isla tendrá trescientas millas de circunferencia. Hácia levante, y frontera á Cerdeña, hay tambien allí otra isla llamada Menorca, y hácia poniente otra que tiene por nombre Ibiza. Mallorca es cabeza de todas, y todas obedecen al señor que en ella reside. Hay además otra isla, llamada Formentera y habitada por sarracenos, que está situada cerca de Ibiza, y la separa de ella solamente un canal de una milla de ancho. — Acabado el banquete se presentaron ante Nos y dijéronnos: — Señor: hablando con En Pedro Martel, le hemos pedido noticias (y creemos que no os disgustará el saberlas) de una isla por nombre Mallorca, en la cual hay un rey, que tiene además bajo su dominio otras islas llamadas Menorca é Ibiza. La voluntad de Dios no puede torcerse; y así quisiéramos que fuese de vuestro agrado pasar allá á conquistar aquella isla por dos razones: la primera, por lo mucho que en ello ganaríamos nosotros y vos; y la segunda, por lo que se admiraria el mundo de que os fuéseis mar adentro á conquistar un reino. — Plúgonos luego lo que nos proponian, y les respondimos: — Mucho nos satisface el que esteis formando tales proyectos; no se perderá por Nos que no se cumplan. — Y allí mismo resolvimos luego convocar para Barcelona nuestras cortes generales (1), á las cuales debiesen concurrir en su dia el arzobispo de Tarragona, los obispos, los abades, los ricoshombres que antes hemos citado y los síndicos de las universidades de Cataluña.

CAPÍTULO XLVI.

En el plazo que les habíamos señalado comparecieron en Barcelona el arzobispo, los obispos y los ricoshombres; y al dia siguiente se reunieron en nuestro antiguo palacio, que habia mandado edificar el conde de Barcelona (2). Luego despues de congregados

(1) Por lo comun se daba el nombre de cortes generales á las que celebraba el rey á sus súbditos reunidos de Aragon y Cataluña, y mas adelante tambien de Valencia; pero algunas veces se llamaba tambien *corte general* ó *cortes generales* á las que se celebraban á los súbditos de uno solo de los estados, por contraposicion á las juntas de consejeros y otros familiares que acompañaban siempre al rey y formaban su *corte particular*.

(2) Existia dicho palacio en la plaza del Rey, en el local que ocupa aho-

en nuestra presencia, les dirigímos la palabra en estos términos: — *Illumina cor meum, Domine, et verba mea de Spiritu Sancto.* Rogamos á Dios nuestro Señor y á su Santísima Madre la Vírgen Santa María, que cuanto os digamos sea para mayor honra de Nos y de vosotros que nos escuchais, y sea sobre todo del agrado de Dios y de su Madre y Señora nuestra Santa María; pues como queremos hablaros de algunas buenas obras que intentamos, y estas proceden de Dios y por él son tales, ojalá que tales sean tambien nuestras palabras, y plegue al Señor que podamos ponerlas por obra. Ya sabeis que nuestro nacimiento fué por milagro de Dios; pues siendo así que nuestro padre andaba desviado de nuestra madre, quiso el Señor que viniésemos al mundo y obró en nuestro nacimiento grandes maravillas. — No las esplicámos aquí, porque las hemos contado ya al principio de este libro. — Tampoco ignorais, que Nos somos vuestro Señor natural; que no tenemos ningun hermano, porque nuestros padres no dejaron ningun otro hijo, y que al llegar entre vosotros, niño todavía, á la edad de seis años y medio, hallámos revueltos los estados de Aragon y

ra la capilla conocida con el nombre de Santa Clara, cuya iglesia sirvió en otro tiempo de salon de embajadores, y en el espacio que media desde la misma á la calle llamada de la Canonja. Asegúrase que ya en tiempo de los reyes godos existia en el mismo lugar el palacio de estos, que se destruiria cuando la comun desgracia de España ó invasion de los árabes; mas en tiempo de Ramon Berenguer I *el Viejo*, vuelve á hacerse mencion de dicho edificio, dándole el nombre de *palacio Condal*, en cuya época debe suponerse reedificado (1044). Á mediados del siglo trece engrandecióle don Jaime; y desde tal tiempo conócese ya por el nombre de *palacio mayor*, en razon de ser el que habitaban los reyes y haber otros menos capaces en la ciudad. A instancias de san Raimundo de Peñafort, fué dicho palacio cedido por el mismo rey don Jaime á los inquisidores, que podian habitarlo durante la ausencia del rey, es decir, cuando este marchaba á alguna conquista; y luego, por los reyes Católicos, cuando la union de los reinos, cedióse enteramente el edificio al ya entonces constituido tribunal de la inquisicion. Tal circunstancia acaso haya ayudado á su ruina posteriormente, la cual ha sido de manera, que apenas vestigios ha dejado; en razon de lo que, para evitar confusiones, debemos advertir, que del primitivo palacio del tiempo de don Jaime, solo pueden contarse como restos la escalinata del fondo de la plaza, junto á la capilla gótica de Santa Águeda (que era la real) la iglesia de Santa Clara, en parte, y la fachada que asoma al estremo de la Tapinería; pues todas las demás obras allí agolpadas son posteriores al siglo XIII.

Cataluña, en guerra unos vasallos con otros, desavenidos todos, teniendo cada uno encontradas pretensiones, y que con los acontecimientos pasados se habian granjeado un mal renombre en el mundo. Tales daños no podemos Nos remediarlos sino por la voluntad de Dios que nos asista en todas nuestras cosas, y acometiéndo todos juntos tales empresas, que despues de ser aceptas al Señor, tengan de sí tal bondad é importancia, que basten á desvanecer la mala fama adquirida, disipando con la luz de las buenas obras las tinieblas de los pasados yerros. Por dos razones, pues, la primera por Dios, y la segunda por la naturaleza que con vosotros tenemos, os rogamos encarecidamente que nos deis consejo y ayuda para tres cosas: primeramente, para que podamos poner en paz nuestra tierra; en segundo lugar, para que podamos servir al Señor en la espedicion que tenemos pensado hacer contra el reino de Mallorca y demás islas adyacentes; y por último, para que nos digais de qué manera podrá redundar esta empresa en mayor gloria de Dios. Para esto habeis sido llamados.

CAPÍTULO XLVII.

Terminado nuestro discurso, se levantó el arzobispo de Tarragona, Aspargo, á ruego de los ricoshombres que quisieron que hablase él primero, y dijo: —Bien conocemos, señor, que llegásteis jóven entre nosotros y que se necesita maduro consejo para obras de tal importancia como la que acabais de proponernos. Deliberarémos sobre ella, y os darémos tal respuesta, que será para mayor gloria de Dios, de Vos y de todos nosotros. —Habló en seguida por él y por todos los nobles En Guillermo de Moncada, diciendo, que daba desde luego gracias á Dios de que nos hubiese inspirado tal propósito; pero que como el negocio de que se trataba era de tanto interés, no podia sin previa deliberacion darnos su respuesta. —Sin embargo, añadió, desde ahora puedo aseguraros delante de todos, que nuestro acuerdo será digno de Vos y de nosotros. —Tomó luego la palabra En Berenguer Girart, síndico de la ciudad de Barcelona, y habló por los de las universidades en estos términos. —Dios, que es vuestro señor y nuestro, es el que os ha inspirado la buena obra que acabais de pro-

ponernos: ojalá que podamos daros tal respuesta, que vos podais cumplir vuestra voluntad para mayor gloria de Dios y nuestra. Deliberarémos, pues, con los demás sobre vuestra proposicion, y os contestarémos. — Propuso en seguida el arzobispo que deliberasen aparte cada uno de los tres brazos; y habiéndolo aprobado así todos, se separaron las cortes por entonces, y se fué cada brazo á deliberar para darnos al cabo de tres dias su respuesta. Antes de recibirla, celebrámos un consejo secreto con los ricoshombres, sin que asistiesen el arzobispo ni los obispos, y en él habló el primero el conde de Ampurias, diciendo: —Si hombres ha habido de gloriosa fama en el mundo, nosotros lo fuimos; mas ya que la hemos perdido y que os tenemos ahora á vos por nuestro señor natural, menester es que con nuestra ayuda lleveis á cabo tales empresas, que con ellas podamos todos recobrar el buen nombre que antes teníamos. Para ello no hay mejor medio que marchar á la conquista de ese reino de sarracenos que decis, situado en medio del mar: así realzarémos nuestras pasadas glorias; esta será la mas grandiosa empresa que los cristianos hayan llevado á cabo desde cien años acá, y mas vale que muramos en la demanda y recobremos nuestra antigua prez y el esplendor de nuestro linaje, que nó que vivamos para conservar nuestra deshonra. Por mí he de deciros que haria cuanto pudiese para que se realizase tan gloriosa empresa. — Convinieron todos con lo que acababa de manifestar el conde de Ampurias, añadiendo cada uno lo que mejor le pareció para animarnos á poner por obra nuestros intentos. Resolvimos, pues, aquella misma noche convocar las cortes para la mañana siguiente, y que en ellas hablarian antes que todos los ricoshombres, para que con sus palabras animasen á los eclesiásticos y ciudadanos. Así lo hicimos, enviando órden á los ricoshombres, al arzobispo, á los obispos, abades y demás para que al dia siguiente por la mañana se hallasen reunidos en nuestra presencia, prontos á darnos la respuesta que hubiesen acordado.

CAPÍTULO XLVIII.

En cumplimiento de la órden que les habíamos dado, comparecieron todos los de las cortes luego de celebradas las misas matutinales; y reunidos ya en nuestra presencia, cediendo la palabra

á En Guillermo de Moncada, se puso éste en pié, y nos manifestó su acuerdo en estos términos: — Señor, á vos os envió Dios para que nos gobernáseis, y nos destinó á nosotros para que os sirviésemos bien y lealmente: mal cumpliríamos, pues, con nuestro deber, si no procurásemos con todas nuestras fuerzas acrecentar vuestra prez y vuestra honra, porque al fin nuestra ha de ser tambien vuestra gloria, y á nosotros nos ha de alcanzar asimismo vuestro provecho. Por ende no fuera razon que ahora que concurren ambas circunstancias, despreciásemos la buena coyuntura que nos ofreceis, rehusando contribuir á la conquista de ese reino de Mallorca, que por estar situado en medio del mar os ha de dar mas gloria que si conquistárais tres reinos en tierra firme. Cuando de vuestra honra se trata, señor, están de sobra todas las demás consideraciones: por lo mismo, contestando á los tres puntos que nos habeis propuesto, os decimos que pongais en paz vuestra tierra, y que os ayudarémos con nuestras fuerzas para que podais llevar á buen término la empresa que proyectais. Primeramente ordenad paz y treguas por toda Cataluña y disponed qne se otorgue pública escritura en la cual vayan constando los que las acepten: don Nuño que se halla aquí presente y que es nieto del conde de Barcelona, no será sin duda de los que rehusen firmarlas, tanto por el parentesco que con vos le une, como por ser tal la empresa de que se trata; mas si hubiese alguno de Cataluña que rehusase otorgarlas, le obligaríamos nosotros á hacerlo contra su voluntad. Os concedemos además que percibais el bovaje que pagan todos nuestres vasallos; pues aunque lo hayais percibido ya otra vez de propia autoridad, como suelen y pueden hacerlo los reyes, por una sola vez, os lo cedemos ahora graciosamente, para que con su producto podais atender mejor á los gastos de la espedicion. Por lo que á mí toca, os ofrezco además que yo y los de mi linaje os servirémos en ella con cuatrocientos caballos armados, hasta tanto que con la ayuda de Dios hayais conquistado Mallorca y adquirido el señorío de sus islas adyacentes, Menorca é Iviza, sin separarnos de vuestro lado hasta que quede del todo terminada la conquista. En cuanto á don Nuño y á los demás nobles, ellos os dirán cada uno de qué modo piensan ayudaros. Solo una cosa os pedirémos, y es, que ya que os otorgamos cuanto vos deseais, nos cedais tambien alguna parte de lo que ganeis con nuestra ayuda, tanto en

bienes muebles como en inmuebles, para que quede así perpetua memoria del servicio que os habrémos prestado. — Con esto puso fin á su discurso.

CAPÍTULO XLIX.

Levantóse entonces don Nuño Sanchez, que era descendiente del conde de Barcelona, y dijo: —Señor, cuanto ha dicho y os ha manifestado Guillermo de Moncada está muy bien, por lo que á él toca y á su linaje; mas yo quiero responder ahora por lo que atañe al mio. Dios que os crió, quiso que fuéseis nuestro señor y rey, y pues á él le plugo, asimismo nos ha de placer á nosotros, y á mí sobremanera, tanto por el parentesco que media entre vos y yo, como por el dominio que teneis sobre de mí; de manera que honra y acrecentamiento no teneis, en el que yo no tenga parte, por ser de vuestro linaje. Quien en Dios confia no puede obrar mal, y tal no será el otorgaros desde ahora paz y tregua, tanto por mi parte, como por la de la tierra que vuestro padre me dió, á saber, Rosellon, Conflent y Cerdaña. Sobre tal tierra os doy facultad que percibais el bovaje, ofreciéndoos además acompañaros con cien caballeros armados á mis costas, en recompensa de lo que, me dareis parte de la tierra que ganeis y de los objetos que en ella se hallen, para satisfacer así á los caballeros y peones que yo enviaré, como y tambien para mantener los leños ó galeras que yo arme. Tal servicio os lo prestaré constantemente en la citada tierra, hasta que Dios se sirva permitir que la ganeis.

Tras el discurso de don Nuño, siguió el del conde de Ampurias, quien se espresó en estos términos: — No hay alabanzas suficientes, señor, para poder encomiar la empresa que quereis llevar á cabo; pues por sí sola revela ya su valor y la gran ventaja que nos ha de reportar. Por mi parte prometo acompañaros con sesenta caballeros con caballos armados, y como conde de Ampurias que Dios me ha hecho, digo, que apruebo cuanto ha dicho En Guillermo de Moncada, cuyo caballero es el mejor y mas noble de nuestro linaje, pues es señor de Bearne y de Moncada, cuyo señorío tiene por vos, y además, de Castellví, que es su alodio; pero espero que entre los cuatrocientos caballeros que ha ofre-

cido, contará tambien los sesenta que yo ofrezco, pues así irá todo nuestro linaje unido en la empresa: pidiéndoos solo ahora, señor, que de aquella parte que á él y á otros habeis prometido, me deis tambien á mí una porcion por los hombres de á caballo é infantes que enviaré; y os advierto, por lo que sea, que cuantos caballeros yo y los otros enviemos, irán todos con caballos armados.

CAPÍTULO L.

Levantóse en seguida el arzobispo de Tarragona, y esclamó:—*Viderunt oculi mei salutare tuum:* estas son las palabras de Simeon al recibir al Señor en sus brazos, las cuales significan: *Han visto mis ojos tu salud...* y así los mios ven la vuestra. Lo que añado yo á tales palabras ya sé que la Escritura no lo dice; pero yo lo quiero decir, pues que viendo vuestra salud, vemos la nuestra. Consiste la vuestra en que ya haceis buenas obras cuando empezais á obrar: la nuestra la hallarémos á medida que vos os ensalceis y aùmenteis en prez, honor y valor; pues que si por vuestro valor y por vuestra pujanza haceis obras de Dios, por lo mismo debemos miraros como cosa nuestra. El pensamiento que vos y esos nobles que están con vos habeis ideado aquí y vais á realizar, es en honor de Dios y de toda su celestial corte, y un beneficio, del cual hallareis el galardon vos y vuestros hombres, no solo en este mundo, sí que además en el otro, que es infinito. Plazca, por lo mismo, á nuestro Señor que lo que esta corte acaba de ajustar, sea en provecho de Dios, de vos y de todos los nobles que aquí se hallan, de esos que tanto os han ofrecido, ó rey, y á quienes tanto debereis agradecer. Así pues, cuando Dios ponga en vuestras manos ese reino que teneis ánimo de conquistar, recompensad debidamente á los que os ayuden, y partid con ellos las tierras y objetos que adquirais, ya que para ello os han de ayudar y servir tambien. Por ello os digo en mi nombre (aun cuando yo no pueda tomar parte en los hechos de armas, por ser inútil mi brazo á causa de mi avanzada edad) y en el de la iglesia de Tarragona, que dispongais de mis bienes y de mis hombres del mismo modo que lo haríais con los vuestros; y si algun obispo hay ó abad que

quiera acompañaros y serviros personalmente, dígalo, que á mas de darnos con ello gusto, de parte de Dios y nuestra le dispensarémos: á hazañas de esta naturaleza todo el mundo debe ayudar, ya sea de palabra, ya de obra; y ojalá Dios, que vino al mundo por nosotros y para salvarnos, os deje llevar á cabo esta que emprendeis y otras, tal como lo desea nuestra voluntad y la vuestra.

CAPÍTULO LI.

Al concluir su discurso el arzobispo, estaba ya en pié el obispo de Barcelona, que tenia por nombre Berenguer de Palou, (1) y dijo:
— Á nadie mejor que á vos, señor, puede aplicarse aquella vision con que el Padre envió á nuestro señor Jesucristo, hijo de Dios, y que se llamaba *excelsis*; y en la que aparecieron nuestro Señor, hijo de Dios, Moisés y Elías al apóstol san Pedro. Al verla el último, dijo que seria muy conveniente que se levantasen tres tabernáculos, el primero para nuestro Señor Jesucristo, el segundo para Moisés, y el otro para Elías; mas apenas lo habia pronunciado, cuando se oyó en el cielo un grandísimo trueno, y cayeron en

(1) Descansa dicho personaje en una urna, con una figura de obispo echada encima, que se halla en el altar de San Miguel de la Seo de Barcelona (segundo á la derecha entrando por la puerta del claustro), y en la cual se lee un hermoso epitafio, cuyo contenido es el mejor panegírico que puede hacerse de las virtudes y hazañas que adornaron á tan heróico prelado. Dice así:

Anno Domini MCCXL primo Kalendis septembris obiit
Berengarius de Palatiolo s. sedis Barchinonensis episcopus.

Laudibus immensis hic praesul Barchinonensis
Fulsit in hoc mundo, sic fulgeat orbe secundo.
Mane duadenos hic omni pascit egenos:
Fecit et hanc aedem, ditavit et hanc bene sedem.
Primus hic in fine, Damiani seu Catarinae
Hanc captivorum domum fecitque minorum.
Saepius hic coetum duxit contra Mahometum.
Unde de te commota fuit ac Hispania tota,
Et nos grex ejus dum tanto patre caremus,
Qui nos dilexit et cum dulcedine rexit,
Dans lac non escam; jam plura refferre quiescam:
Sic dispensavit quod adhuc reliquos superavit.
Adsit ei Flamen, dic qui versus legis: Amen.

tierra todos los que estaban con el apóstol; y al levantarse luego espantados, vieron que bajaba del cielo una nube y se dirigia contra ellos, dejándose percibir estas palabras: *Ecce filius meus dilectus qui in corde meo placuit.* Tal es la semejanza que podemos aplicaros á vos mirándoos como hijo de nuestro Señor, desde el momento en que quereis perseguir á los enemigos de la fé y de la cruz, por cuya laudable empresa fio en Dios que algun dia alcanzareis el reino celestial. Por mi parte, señor, y por la de la iglesia de Barcelona, ofrézcoos cien ó mas caballeros á mis costas, hasta tanto que hayais conquistado las islas de Mallorca, suplicándoos solo, que me cedais parte para los hombres que yo conduciré, ya sean de marina ya caballeros.

El obispo de Gerona habló en seguida, y dijo: —Gracias doy á nuestro Señor por la buena voluntad que os ha dado á vos y á toda vuestra corte, en alabanza de cuya grande obra no me habian de faltar palabras; pero nuestro arzobispo, el obispo de Barcelona, En Guillermo de Moncada, don Nuño y el conde de Ampurias tanto y tan bien os han hablado, que iguala á cuanto deciros pudiera: me contentaré, pues, con poner á vuestra disposicion, en mi nombre y en el de la iglesia de Gerona, treinta caballeros, con tal que me deis aquella parte que me corresponda, segun diéreis á los demás.

Levantóse despues del obispo el abad de San Felío de Guixols, y dijo que nos acompañaria con cinco caballeros, provistos y equipados de cuanto era necesario: y por último, levantóse tambien el paborde de Tarragona, y pronunció estas palabras: — Señor, no puedo ofreceros tantos caballeros como los demás, pero prometo que os seguiré con media cuarta de ellos, y además con una galera armada.

CAPÍTULO LII.

Hechas tales manifestaciones tomó la palabra En Pedro Gruny y dijo de esta manera: — Da gracias al Señor la ciudad de Barcelona por la buena voluntad que os ha dado, y en Dios confia que podreis llevar á cabo vuestra obra como deseais. Para ella, pues, os ofrece de pronto los vasos, las naves y los leños que hay

en su puerto y que están aparejados á vuestro servicio en tan honrada hueste, para mayor gloria de Dios; advirtiéndoos, que al hacer la ciudad este ofrecimiento, no quiere mas recompensa que vuestra inmutable gratitud. Por esta razon, no habla aquí de las demás ciudades Barcelona, sino por sí sola. —Sin embargo, Tarragona y Tortosa se conformaron con lo que aquella dijo.

CAPÍTULO LIII.

Oidas tales razones, tratóse de estender escritura sobre el repartimiento de las tierras y de cuanto ganásemos; y de forma la hicimos, que en ella se prometia parte de lo que se adquiriese (luego que nuestro Señor nos concediera la victoria), á los caballeros, y así proporcionalmente á los hombres armados y á las naves, galeras y leños, segun eran ellas y su armamento; así como á todos aquellos que nos siguieran á caballo ó á pié, á proporcion tambien de los arreos y armaduras que llevasen: advirtiendo que tal parte debiese entenderse ya de cualquier ganancia que pudiera hacerse durante el viaje, desde el momento en que la hueste se hiciese á la vela; todo lo que les prometimos cumplirles sin faltar, fiado en Dios y en Nos, del mismo modo que ellos prometieron servir bien y lealmente; y con la inteligencia de que no contarian despues mayor número de hombres de los que realmente hiciesen el viaje.

Dando, pues, con esto claramente principio á nuestra empresa de pasar á Mallorca, señalámos plazo, y ordenámos que para mediados del mes de mayo debiesen estar todos preparados en Salou (1).

(1) El puerto de Salou, que se considera ahora como insignificante á causa de su escasa poblacion y, por consiguiente, de su reducida entidad comercial, no era así antes de que otras poblaciones marítimas de su costa hubiesen arreglado sus ensenadas y fabricado cómodos muelles, para atraer á su comercio los buques mercantes que se dirigian al campo de Tarragona. Salou, aun cuando en el dia, por el cuidado de los reusenses, cuenta con una magnífica aduana, hermoso lazareto y regular caserío; con todo, hállase desierto, y solo frecuentan sus playas algunos tranquilos pescadores que viven en aquella soledad; sin que sean en gran númuro los buques que fondean en su puerto para recibir los géneros de los pueblos inmediatos,

Separóse entónces la corte, y cada cual se fué preparando. Antes de marchar los nobles, sin embargo, se les hizo prestar juramento de que el dia primero de mayo estarian en Salou, con todos los preparativos necesarios para pasar luego á Mallorca, y que no faltarian.

Llegó el dia señalado, y Nos no faltámos al punto de reunion; mas tuvimos que aguardar hasta entrado el setiembre, pues hubimos de ocuparnos durante tal tiempo en disponer el viaje y esperar las naves, leños y galeras que comparecian, sin las cuales no podia ser completa la armada. Algunas de aquellas se aguardaban en Cambrils, pero el cuerpo principal de la armada estaba en el puerto y playa de Salou, si bien que las embarcaciones de Tarragona se prepararon en su mismo puerto. El número de las que formaban la armada, fué el siguiente: veinte y cinco naves gruesas, diez y ocho taridas, doce galeras y entre buzos y galeones ciento; de modo que vinieron á ser ciento y cincuenta leños mayores, sin contar las embarcaciones pequeñas.

pues casi á igual distancia de la montaña se halla Tarragona, donde pueden verificarse los embarques mas cómodamente. Tan grande como es ahora su abandono, fué grande la importancia de dicho pueblo en la antigüedad; pues reconocíase como uno de los mejores puertos naturales, y de él hablan los mas famosos escritores y geógrafos griegos y latinos: el célebre Avieno en sus *Oræ marítimæ* coloca ya á *Salauris* (ciudad agitada por el mar) cerca de *Callípolis* (ciudad hermosa); Estrabon en su lib. 3.° esplica ya su longitud y latitud, describiendo con toda detencion su cabo y puerto, y negando al mismo tiempo la capacidad de playa á Tarragona; Tito Livio, despues de esplicar la derrota de Hanon y Asdrúbal, pinta el arribo de la armada de Neyo Scipion á las aguas de Salou, cuyo puerto escogieron como el mas seguro (año 535 de Roma y 218 antes de Cristo); y finalmente, en los Usajes de Cataluña (1069) vése que al establecerse el derecho de proteccion y salvoconducto á todas las naves que entraban ó salian de Barcelona, no se hace mencion de Tarragona, considerándola como poblacion costanera, y sí de Salou, que se señala como útil fondeadero. Con tales preliminares no se estraña ya la importancia que podria tener aun en tiempo de don Jaime el puerto de Salou, importancia que conservó aun en tiempo de Carlos V, como lo acredita la gran fortificacion que este monarca hizo levantar en dicho puerto, y que fué desapareciendo posteriormente por las causas antes indicadas.

CAPÍTULO LIV.

Antes de salir, ordenámos el modo como la armada deberia marchar: primeramente debia ir la nave de En Bovet (en la que iba En Guillermo de Moncada), llevando por faro una linterna, para servir de guia; la de En Carroz debia ir de retaguardia, y por ello, llevar asimismo otro faro ó linterna; y finalmente, las galeras debian marchar formando círculo en torno de la armada, con el objeto de que, si alguna otra quisiera agregarse, topase con ellas. Era un miércoles por la mañana cuando la armada empezó á moverse impelida por la ventolina al terral: tan largo tiempo habíamos estado en tierra, que cualquier viento nos parecia entonces bueno, como nos apartase de ella.

Apenas los de Tarragona y Cambrils divisaron la armada, cuando dieron vela á sus buques: miraban con placer tan bello cuadro los que quedaban en tierra; y Nos mismo gozábamos en contemplarlo, viendo que la mar llegaba á parecer blanca por la multitud de velas que do quiera se descubrian: tan grande era el espacio que la armada ocupaba. Nos nos quedámos en la parte de detrás de la armada, en la galera de Monpeller, é hicimos recoger en barcas hasta mas de mil hombres que querian seguirnos, y que de otro modo no hubieran podido acompañarnos en aquel viaje.

Habríamos caminado cerca de mas de veinte millas de mar cuando mudó el viento en leveche. Al repararlo los cómitres de nuestra galera, de acuerdo con los pilotos, vinieron á nuestra presencia y nos dijeron: — Señor, vuestros naturales somos, y por ello tenemos la obligacion de guardar vuestros miembros y vuestro cuerpo, así como de aconsejaros, cuando sea menester, en lo que nosotros entendemos. Este leveche que está reinando no conviene de ningun mode para nosotros, ni para vuestra armada; antes nos es tan contrario, que si continúa, os será del todo imposible tomar el rumbo de Mallorca. Por nuestro consejo, pues, mandad, señor, que dé la vuelta la armada y vuelva á tierra, que mas adelante, y en breve quizá, os dará Dios buen tiempo para pasar á la isla. — Mas Nos, despues de oir tal súplica y consejo, les respondimos: — Eso sí que no lo harémos por nada del mundo: ya habeis visto

cuántos se han escapado porque no les probaba el mar ; de consiguiente, no hemos de volver á tierra, que si lo hiciéramos, todos aquellos á quienes faltase el valor para acompañarnos, nos desampararian. Nos emprendemos este viaje confiando en Dios y en busca de aquellos que en él no creen ; al buscar á estos, dos son los objetos que nos mueven, primero : convertirles ó destruirles ; y luego, volver aquel reino á la fe de nuestro Señor : y pues en su nombre vamos, en él debemos confiar que nos guiará. —Viendo los cómitres de la galera que aquella era nuestra voluntad, dijeron que por su parte harian cuanto pudiesen; mas ya que tanto confiábamos en Dios, en él fiarian asimismo, para que nos guiara.

Llegó entretanto la noche, y en sus primeras horas alcanzó nuestra galera á la nave de En Guillermo de Moncada que llevaba la guia : al verla, salímos á la linterna y saludámos á los que iban en ella, preguntándoles qué nave era aquella, al mismo tiempo que ellos nos preguntaron cuál era la galera. Los de esta les dijeron que era la del rey, á cuya noticia respondieron : — Bien venidos seais por cien mil veces ; — y en seguida manifestaron ya que su nave era la de En Guillermo de Moncada. — Navegando entonces á la vela, pasámos delante de todos, sin embargo de haber salido de los últimos, al partir de Salou ; no obstante, el leveche, que duró toda la noche, era el único viento que entonces teníamos ; y nuestra galera, así como todas las demás, seguia el viento á toda orza. Íbamos Nos delante de la armada, y á pesar de que el tiempo no variaba, seguímos toda la noche de la misma bordada : dejámos marchar la galera por sí sola, mas al llegar entre la hora de nona y la de vísperas, empezó la mar á embravecerse, á arreciar el viento ; y de tal modo creció aquella, que mas de la tercera parte de la galera por la proa se veia cubierta de agua : tal era la furia con que venian las olas, pasando por encima de la embarcacion. Á pesar de todo esto, recorríamos esta parte de mar ; mas al caer de la tarde, antes de ponerse el sol, cesó el viento, y al instante apareció á nuestra vista la isla de Mallorca, distinguiendo á la vez la Palomera, Soller y Almerug.

CAPÍTULO LV.

Supuesto que divisábamos ya claramente la isla, túvose por conveniente arriar las velas á plano, para lo que nos pidieron permiso, diciéndonos era muy útil, pues podia ser que nos viesen desde tierra. Ninguna dificultad tuvimos en ello y hasta lo mandámos: la mar abonanzó en seguida, y estaban ya para encender la linterna, cuando dieron en la dificultad de que tal luz podrian verla los guardas de Mallorca; mas Nos vencimos aquella aconsejándoles que colgasen á la parte de la isla un pedazo de lona y metiesen detrás la linterna, con lo que conseguirian que los de la montaña no la viesen, al paso que la podria divisar toda la armada. Agradó la idea y se cumplió en seguida; mas apenas se habia puesto por obra, cuando empezámos á divisar ya linternas en todas las naves y en algunas galeras, con lo que conocimos que la armada nos habia visto y se iba acercando. Cerca la guardia de prima de esta noche, llegaron dos galeras; y pidiéndoles nuevas de la armada, dijéronnos que esta se iba aproximando con la mayor velocidad: y en efecto, á media noche comenzámos á ver ya entre naves, galeras y taridas como unas treinta ó cuarenta embarcaciones. Una bellísima luna nos alumbraba entonces, y se dejaba percibir la ventolina del oeste con la que, dijímosles, que fácilmente podríamos ir á Pollenza, á cuyo punto se habia acordado que arribase la armada. Largámos vela, y al punto los demás que pudieron verla largaron tambien las suyas: la mas suave bonanza nos favorecia; y así marchábamos gozando del mejor tiempo, cuando se dejó ver una nube, percibiéndose al mismo tiempo un viento contrario de la parte de Provenza ó al N. E. Al divisarla un marinero de la galera, llamado Berenguer Gayran, que era cómitre de la misma, dijo:— No me espanta aquella nube que viene con el viento de Provenza; — y en seguida colocó ya á los marineros en sus correspondientes lugares, unos á las drisas, otros en las escotas y otros en las muras: y apenas acababa de ordenar así la galera, cuando llegó el viento tomando por la lua; á cuya novedad empezó á gritar dicho cómitre: —Arría! arría! —y las naves y demás leños que venian en torno de nuestra galera se esforzaron al punto por arriar las velas á plano; mas tanto les costó á los marineros, que con dificultad

pudieron conseguirlo, siendo en vano la gritería que se movió entre ellos al darse las voces, en razon de que el viento llegó de improviso. Por fin, lográmos tal prevencion; mas seguia brava la mar, por chocar con el nuevo viento el leveche que antes reinaba: todas las naves, galeras y demás leños que teníamos entorno' y aun los del resto de la armada, sosteníanse ya solamente á palo seco; el viento de Provenza dominaba al otro, aumentando la furia de las olas, y en tal situacion quedaron como estáticos todos los de la galera: nadie hablaba, nadie se movia, y solo el silencio era el que reinaba por todo. Al reparar en tan gran peligro y viendo que ya empezaban á arremolinarse los barcos, entrónos gran tristeza, y no tuvimos mas recurso para buscar alivio en aquel trance, que dirigirnos á nuestro Señor y á su santa Madre, haciendo la siguiente oracion:—Señor Dios, le dijimos, harto conocemos que ha sido tu mano la que nos ha hecho rey de la tierra y de los bienes que nuestro padre tenia por tu gracia: este es el primer hecho grande y peligroso que emprendemos; en su éxito hemos querido confiar, ya sea porque desde que nacimos hasta ahora siempre sentímos la fuerza de vuestra ayuda, ya por ver que habeis querido que sirviesen á nuestra mayor honra aquellos mismos que querian contrastar con Nos: así pues, Señor y Creador mio, tened la gracia de ayudarnos en tan gran peligro, y haced que no sufra mengua la hazaña que hemos emprendido, en lo que no seria yo solo quien perdiese, sino Vos, mayormente si se atiende á que este viaje lo hago solo por ensalzar la fe que Vos me dísteis, y para rebajar y destruir á aquellos que no creen en Vos. Dignaos por ello, Dios poderoso, librarme de este peligro, y haced que mi voluntad se cumpla, ya que la empleo solo en vuestro servicio. Acordaos que ninguna gracia os he pedido, que no me la hayais otorgado, mayormente si es para alguno de aquellos que tienen ánimo de serviros y padecen por vos; y que yo soy ahora uno de tantos. Y Vos, Madre de Dios, escuchadme tambien. ¡A Vos que sois puente y paso para los pecadores, á Vos os suplico por los siete gozos y los siete dolores que sufrísteis por vuestro caro Hijo, que os acordeis de mí, para suplicarle que me saque de esta pena y del peligro en que nos encontramos yo y todos los que van conmigo (1)!

(1) Aun cuando por lo comun suele usar el rey de la primera persona

CAPÍTULO LVI.

Hecha tal oracion, nos vino á la mente que lo mejor seria que abordásemos á Pollenza, idea que habian tenido ya todos los nobles, barones y marinos que nos acompañaban: preguntámos á los de nuestra galera si habia alguien que hubiese estado en la isla ó ciudad de Mallorca, para saber qué puertos habia mas cercanos á la ciudad por la parte de Cataluña; y respondiéndonos el cómitre Berenguer Gayran que él habia estado en aquella, nos refirió que el punto mas cercano era un peñon distante de la ciudad tres leguas y por mar veinte millas, el cual era llamado La Dragonera y estaba separado de la tierra firme de Mallorca. Añadió aun mas, que en tal punto habia un pozo de agua dulce, de cuya agua habian probado él y otros marineros, una vez que lo visitaron: que no muy lejos habia otro islote llamado Pantaleu, separado tambien del indicado punto, y distante de tierra solamente como un tiro largo de ballesta.— ¿Qué mas deseámos, pues? respondímos Nos al oir la relacion; arribemos allá, donde habiendo agua dulce y buen puerto, refrescarémos los caballos, aunque les pese á los sarracenos, y podrémos aguardar bien á la armada. Además, que desde allá podrémos preparar mejor nuestros planes y pasar luego á donde mejor nos parezca. — Con esto, mandámos izar vela á fin de aprovechar aquel viento de Provenza que nos favorecia para entrar en tal punto; y no bien la izámos, despues de comunicar nuestra galera la órden á las demás para que hiciesen lo mismo y nos siguiesen al puerto de la Palomera, cuando todos los buques izaron tambien las suyas por haber divisado la nuestra. Vióse aquí lo que era la fuerza de la virtud divina, pues con aquel viento que reinaba al emprender el rumbo hácia Mallorca, no pudimos abordar á Pollenza así como se habia creido; y lo mismo que creíamos contrario, nos ayudó entonces, pues hasta aquellas embarcaciones que mas se habian sotaventado, viraron fácilmente con tal

del plural, hállase algunas veces indistintamente *Nos y Yo*, lo que hemos creido conveniente dejar tal como se encuentra en el testo, prescindiendo de interpretar el objeto que en sí pueda tener.

viento hácia la Palomera, donde Nos estábamos, sin que se perdiese ni faltara un leño ó barco tan siquiera. El dia que entrámos en el puerto de la Palomera, era el primer viernes de setiembre; mas el dia siguiente, sábado, por la noche, habíamos recobrado ya y teníamos á salvamento todos nuestros leños.

CAPÍTULO LVII.

En dicho dia enviámos á buscar á nuestros nobles, esto es, á don Nuño, al conde de Ampurias, á En Guillermo de Moncada, y á los demás de nuestro ejército; queriendo asimismo que asistiesen los cómitres de las naves, especialmente aquellos que tenian fama de mas inteligentes. Lo que en tal reunion se deliberó, fué: que enviásemos á don Nuño en una galera, que era suya, y á En Raimundo de Moncada en la de Tortosa, para que fuesen costeando en ademan de ir contra Mallorca; y que donde creyesen que mejor podia fondear la armada, que allí lo haríamos. El primer lugar que hallaron propio para nuestro objeto, fué uno llamado Santa Ponza, en el cual habia una colina cerca de la mar, ocupada la cual, aunque no fuese mas que por quinientos hombres, no se perderia ya tan fácilmente, antes al contrario, por tal medio podia arribar con toda seguridad nuestra armada. Así fué como se hizo, despues de haber hecho descanso el domingo en el islote de Pantaleu, y durante cuya permanencia allí, como á mediodia, vino á encontrarnos pasando á nado, un sarraceno, llamado Alí, de la Palomera, quien nos refirió infinitas nuevas de la isla, del rey y de la ciudad. Con esto, mandámos que sobre media noche levasen anclas las galeras, y que nadie absolutamente diese el grito de: ¡*ayoz*! (1) sí solo que en lugar de esta señal, diesen con un palo en la proa de las taridas y de las galeras al zarpar; pues era inútil el áncora allí donde tan buen puerto habia. Esta disposicion se tomó, porque en la playa de en frente habia como unos cinco mil

(1) Usábase tal vez en lugar del grito acompasado que se da para concentrar la fuerza, cuando se zarpa la áncora ó se levanta algun cabo, para lo cual suele cantarse en algunos paises, y especialmente en los buques mercantes, cierta cancion americana; aunque de algunos años á esta parte se ejecuta dicho trabajo al compás del pito.

sarracenos, con doscientos de á caballo, que tenian paradas sus tiendas; mas tan bien lo comprendieron los nuestros que, á media noche hubiérase podido asegurar que no habia acaso un hombre siquiera que hablase en toda la hueste. De las doce galeras que llevábamos, cada una remolcaba una tarida, y así fué como estas y toda la gente fueron introducidas en el puerto, sin que se percibiera apenas. Oyéronlo, sin embargo, los sarracenos y alborotáronse; pero conocido por los que conducian las taridas, cesaron de remar y quedaron quietos á fin de prestar atencion. Entretanto fuéron entrando lentamente las taridas en el puerto; mas al cabo, empezaron á gritar los sarracenos levantando la voz con fuerza y por largo rato, lo que nos hizo creer que nos habian descubierto de improviso. Oyendo tales gritos, gritámos tambien nosotros al azar: los sarracenos empezaron á correr á pié y á caballo por el campo, y mientras mirábamos en qué punto podríamos tomar tierra, diéronse tal prisa nuestras doce galeras y doce taridas, que llegaron á la playa antes que los sarracenos pudiesen impedirlo. Los primeros que saltaron en tierra fueron don Nuño y En Raimundo de Moncada, los templarios, En Bernardo de Santa Eugenia y En Gilberto de Cruilles, quienes ganaron la mano á los sarracenos, tomando aquella colina cercana á la mar con la ayuda de setecientos peones cristianos. Llevaban los nuestros además como cincuenta de á caballo, frente los cuales los sarracenos se alinearon en batalla, formando estos en todo un número como de cinco mil hombres de á pié y doscientos caballos. Pasó á esplorarles Raimundo de Moncada, quien se adelantó solo y con precaucion de que nadie le siguiera, hasta que estuvo muy cerca de ellos, en cuya ocasion llamó á los nuestros, gritando luego al verles ya próximos: — Acuchillémosles, que nada valen. — Con esto corrió dicho Moncada ante todos contra los moros, y faltaria solo la distancia de unas cuatro hastas de lanza para que los cristianos les alcanzaran, cuando aquellos volvieron las espaldas y huyeron. Siguiéronles los nuestros sin abandonar su intento, y fué el resultado, que murieron de los sarracenos mas de mil y quinientos, en razon de que ninguno queria dejarse prender; finido lo cual, volvieron los nuestros á la orilla del mar. Saltábamos Nos á tierra entonces, y apenas lo hicimos, cuando nos presentaron ya ensillado nuestro caballo, mientras que de una tarida nuestra desembarcaban los caballeros

de Aragon. Al verles, esclamámos :—¡Sentimos á fé que se haya vencido la primera batalla de Mallorca, sin haber Nos estado! pero, caballeros, ¿ hay de entre vosotros quien quiera seguirme? — La respuesta fué seguir todos los que se hallaban preparados, llegando á formar como unos veinte y cinco hombres. Con ellos salímos trotando y á galope hácia el punto en que se habia dado la batalla, donde vimos colocados en una sierra de tres á cuatrocientos peones sarracenos. Al vernos ellos, bajaron de la sierra al punto, para subir á otra ; mas conociendo su intento uno de los caballeros de Ahe, que son naturales de Tahuste, aconsejaron que si nos dábamos prisa podríamos alcanzarlos aun ; lo que hicimos, en efecto, adelantándonos con cuatro ó cinco, mientras que los demás caballeros seguian detrás matando y derribando moros por do quier que los encontraban. Nos, con tres de los caballeros que nos acompañaban, dimos con uno armado que iba á pié y llevaba embrazado el escudo, la lanza empuñada, la espada en el cinto, la cabeza cubierta con un yelmo zaragozano y su correspondiente perpunte. Al verle, dijísmole que se parase ; mas él volvióse hácia Nos, levantando su lanzon y aun en ademan de hablarnos. Entonces fué cuando Nos dijimos á nuestros caballeros:—Barones, mucho sirven los caballos en esta tierra, y aun cuando cada uno no lleva mas que uno, vale aquí cada caballo por veinte sarracenos: yo os probaré esta verdad, cuando veais como les mate, lo que conseguirémos, así que veamos uno, poniéndonos en torno de él : tan pronto como el moro enristre la lanza contra alguno, entonces otro de nuestra comitiva procurará herirle por la espalda y derribarle, y así, siguiendo en círculo, se logrará que ninguno de nosotros reciba daño.—Dicho esto, preparámonos todos para llevar á cabo el plan ; salió don Pero Lobera y embistió al sarraceno, quien al verle venir, le apuntó la lanza hiriendo de tal modo en el pecho de su caballo, que sin duda le clavaria aquella almenos media braza : apesar de esto, el caballo de don Pero dió con el pecho tan recio golpe contra el moro, que le derribó, y este iba ya á levantarse y ponia mano á la espada, cuando Nos fuímos sobre él: dijímosle que se entregara, pero antes quiso morir, y de tal modo era tenaz, que cada vez que se le decia :— Ríndete! — respondia *le*! que significa no. Sin este, murieron aun como unos ochenta, despues de lo que, nos volvimos á donde estaba nuestra hueste.

CAPÍTULO LVIII.

Al llegar, que seria al caer de la tarde, saliónos á recibir En Guillermo de Moncada, acompañado de En Raimundo de Moncada y otros caballeros. Al verles, quisimos descabalgar é ir á pié hasta donde nos esperaban; mas no bien estuvimos cerca de En Guillermo, cuando observámos que este se sonreia, de lo que nos alegrámos sobremanera, pues temíamos no nos culpase por lo que habíamos hecho, y su sonrisa en tal momento bastó para que entre Nos calculásemos ya que no habia de ser tan amarga la inculpacion como pensábamos. — Qué habeis hecho? nos dijo ante todo Raimundo de Moncada; ¡no sabeis cuán fácilmente vos y todos los vuestros podíais hoy perecer! pues si por desgracia llegáseis á perderos en este hecho, como aun ahora mismo podia ser que os perdiéseis, por perdida podia darse ya tambien la hueste y cuanto hasta ahora hicimos, sin que para llevar á cabo nuestra empresa hubiese jamás hombre capaz de ello. — Raimundo, interrumpió En Guillermo de Moncada, cierto es que el rey ha andado indiscreto, mas con ello hemos podido conocer lo esperto que es en achaque de armas y hazañas, atendido lo que, no es estraño ya que se mostrara tan aburrido, al ver que no podia ir á la batalla. Señor, continuó en seguida, dirigiéndose á Nos, confesad vuestra indiscrecion, pues que de vos pendia nuestra vida ó muerte; mas consolaos al mismo tiempo con la idea de que basta el haber puesto de nuevo los piés en tierra, para poderos llamar rey de Mallorca; que aun cuando muriéseis, bastaria esto solo para que se os tuviera como el mejor hombre, y que aun cuando os viérais postrado en cama, nadie podria quitaros ya esta tierra, que vuestra es.—Aquí volvió á replicar Raimundo de Moncada, diciéndonos:—Lo mas conveniente seria ahora, señor, que tomáseis nuestro consejo, á saber, que esta noche os procuráseis guardar, pues mayor peligro correreis en la de hoy, que en todo el tiempo que permanezcais en esta tierra; y si he de decir mi parecer, creo que lo mejor seria vigilar, pues si les diésemos tiempo de sorprendernos, de nada nos serviria ya cuanto hemos adelantado.

—Vosotros que sabeis mas que yo en este asunto, dijimos Nos,

resolved lo que mejor os parezca, y cuanto resolviéreis, Nos lo harémos de buena gana. — Pues haced armar cien caballos esta noche, respondieron; y que avancen todo lo posible las atalayas, á fin de que tenga tiempo de armarse la hueste, antes que llegue el enemigo.—Muy bien decis, contestámos;—mas acordándonos entonces de que aun no habíamos comido, añadimos:—Dejadnos comer antes, y luego enviarémos mensaje á los ricoshombres para que cada uno haga armar la tercera parte de su compañía y envien algunos peones por de fuera con el objeto de escuchar y hacérnoslo saber luego que algo sepan.—Así lo hicimos: despues de haber comido enviámos nuestros porteros á cada uno de los ricoshombres con la órden, mas no fué posible que enviaran á nadie adonde les decíamos, pues todas las compañías, hombres y caballos estaban atropellados, tanto por el marco, como por la batalla que se habia dado: Nos, sin embargo, nos dormímos confiado, por pensar que sin dificultad hubieran cumplido.

Nuestras naves entretanto, con trescientos caballeros y sus correspondientes caballos que llevaban á bordo, llegaron al cabo de la Porrasa, desde donde, durante la noche, descubrieron la hueste del rey de Mallorca que se estendia por la sierra del puerto de Portupí. Don Ladron, ricohombre aragonés que habia venido con Nos, no pudo menos de hacernos saber tal noticia, y al efecto mandó, de acuerdo con los caballeros que llevaba en su nave, que se nos enviase inmediatamente una barca, y se nos dijera: que estuviésemos prevenido, porque el rey de Mallorca con su ejército se hallaba en la sierra del puerto de Portupí, donde tenia armadas sus tiendas.—Llegó á Nos tal mensaje sobre media noche, entrado ya el miércoles, y al punto lo trasmitímos á En Guillermo de Moncada, á don Nuño y á los demás ricoshombres del ejército. Con todo, no nos levantámos hasta rayar el alba, en cuya hora se levantaron tambien todos los demás: oimos nuestra misa en nuestra tienda, y en ella hizo el obispo de Barcelona el siguiente sermon:

— Barones: no es esta la ocasion mas propia para entreteneros en un sermon largo, pues que ni tiempo tuviera para ello; solo debo deciros, que esta hazaña en que figuran el rey nuestro señor y vosotros, es solo obra de Dios, nó nuestra; y con esto haced cuenta que los que en ella murieren, morirán por nuestro Señor y

alcanzarán el paraiso, donde han de tener gloria perdurable; asimismo los que quedaren con vida tendrán para ésta gloria y prez y lograrán buena muerte en su fin. Ánimo por Dios, barones, que la única idea que guia al rey nuestro señor, á nos y á vosotros, es destruir á aquellos que reniegan del nombre de Jesucristo. Todos debeis y podeis pensar que Dios y su Madre no se apartarán de nuestro lado en tal dia, antes nos darán la victoria; y debeis estar íntimamente convencidos, de que todo lo vencerémos hoy; hoy, sí, que es el dia señalado para dar la batalla. Ánimo, pues, repito, y alegraos, que vamos con señor natural y bueno, sobre el cual, así como sobre vosotros, vela Dios, que es el que nos ha de ayudar. —Con tales palabras dió fin á su sermon el obispo.

CAPÍTULO LIX.

Acabada la misa, En Guillermo de Moncada comulgó; mas Nos y la mayor parte de los nuestros no lo hicimos, porque comulgámos ya antes de entrar en la mar. Estaba En Guillermo para tal acto puesto de hinojos en tierra; y mientras recibia el cuerpo de su Criador, lloraba y las lágrimas le corrian por el rostro. Hecho esto, discutióse sobre quién debia llevar la delantera, á lo que dijo En Guillermo de Moncada: — Vos la podreis llevar, En Nuño.—Contestóle éste: —Antes os toca á vos.—En Nuño, dijo entonces En Raimundo de Moncada; ya conocemos porqué decis y haceis esto; sin duda que veis venir las cuchilladas de los sarracenos que se albergan en la Porrasa. — Vaya, vaya! replicó Guillermo de Moncada; sea lo que fuere.—Es de saber que éste y Raimundo de Moncada habian tratado ya que Nos esperásemos hasta que ellos hubiesen dado principio á la batalla, mas á tal sazon llegó un hombre de los nuestros y nos dijo: — Ved, señor, que todos los peones marchan ya, y se separan de la hueste con ánimo de irse. — Al oir esto, cabalgámos en un rocin y En Rocafort vino con Nos; mas no teniendo el caballo, porque aun se lo guardaban en la nave, tomó una yegua que por allí habia, y en tal disposicion nos marchámos ambos. Pronto dimos con nuestros sirvientes, quienes iban en número de cuatro á cinco mil, y ape-

nas les divisámos, cuando nos pusimos á gritar: — Traidores! adónde vais por aquí? No veis que si salen unos cuantos caballeros os van á matar á todos? — Conmovidos con tan justas razones, se pararon y dijeron: — Verdad es cuanto el rey dice, pues vamos como si fuésemos orates. — Con esto, les entretuvimos hasta que llegaron En Guillermo de Moncada, En Raimundo y el conde de Ampurias con los demás de su linaje. Al verles, les dijimos: — Aquí teneis á los sirvientes que querian marcharse y á los cuales hemos detenido.—Respondiéronnos: —Muy bien hicísteis; — y luego de habérselos entregado, marcháronse con ellos. Al cabo de un rato percibímos gran ruido, lo que enviámos á noticiar por un trotero á don Nuño, á fin de que apresurase lo posible su venida, pues temíamos de seguro que los nuestros no hubiesen ya dado con los sarracenos. El trotero no compareció por mas que le esperámos, y viendo que se pasaba tanto tiempo, dijimos á Rocafort: — Id allá, dadles prisa, y decid á don Nuño que mal haya su tardanza; que no vale tanto su comida como el daño que podria habernos hecho, y que no conviene vaya la vanguardia tan lejos de la retaguardia, que la una no vea á la otra.—Señor, estais aquí solo, respondiónos Rocafort, y esto basta para que no me aparte de vos por nada del mundo. — Santa María! esclamámos Nos mientras nos daba tal respuesta; pues ¿cómo don Nuño y los caballeros tardan tanto? ¡En verdad que no se portan como deben! — Apenas acabámos de hablar, cuando oímos gran ruido de golpes y gritería, lo que nos hizo esclamar de nuevo diciendo: — ¡Ah, santa María, ayuda á los nuestros, que segun parece, han dado ya con los enemigos! — Á tal sazon llegó don Nuño y Beltran de Naya con él; y Lope Gimenez de Luciá y don Pero Pomar con toda su compañía, y En Dalmacio y En Jazperto de Barberá, quienes nos preguntaron admirados, cómo estábamos allí. —Estamos aquí, les respondímos, por causa de los peones que he tenido que detener; pero démonos prisa, por Dios, señores, pues parece que los nuestros han empezado ya el choque. — No llevais cota, señor? díjonos Beltran de Naya. — No la tenémos aquí, le respondimos. — Pues tomad esta, — nos dijo; y dándonos la suya, nos la vestímos, así como nuestro perpunte, y nos marchámos en seguida; dando órdenes, mientras íbamos atándonos la capellina á la cabeza, para que se enviara un mensaje á don Pero Cor-

nel, á don Gimeno de Urrea y á En Oliver, con el objeto de darles prisa, en razon de haberse empezado ya la batalla.

Llegados al lugar del choque, encontrámos á un caballero, á quien pedímos nos esplicara de que modo habia tenido lugar el suceso y qué habia sido de los nuestros.— El conde de Ampurias, nos contestó, y los del Templo acometieron á los de las tiendas, y En Guillermo de Moncada y En Raimundo á los de la izquierda. — Y nada mas sabeis? le dijímos Nos. — Solamente que tres veces han vencido los cristianos á los sarracenos, y tres veces los sarracenos á los cristianos.— Y ahora, dónde se hallan? — En aquella sierra,— nos dijo. Y habiéndonosla señalado, nos fuímos. Encontrámos por el camino á Guillermo de Mediona, de quien decian que no habia en todo Cataluña otro que mejor justara, siendo además buen caballero, el cual se retiraba de la batalla, llevando ensangrentado todo el labio inferior. — Guillermo de Mediona, dijímosle al verle en tal estado, ¿cómo os salis de la batalla? — Porque estoy herido — nos respondió; y de tal respuesta habíamos llegado á creer que la herida de que nos hablaba fuese mortal ó la tuviera en otra parte del cuerpo; mas preguntándole para que nos dijera cláramente donde estaba herido, nos contestó que solo en la boca, de una pedrada que le habian arrojado.— Al oir esto, tomámos su caballo de las riendas y dijímos al jinete: — Volveos á la batalla, que un buen caballero por semejante golpe no debe acobardarse, ni menos abandonar la lucha. — Volvióse Guillermo, y Nos estuvimos contemplándole largo rato, mas al fin lo perdímos de vista.

Al llegar al estremo de la sierra, no venian ya en nuestra compañía mas que doce caballeros; y entonces la señera de don Nuño, con Roldan Lay que la guardaba y sire Guilleumes, hijo del rey de Navarra, junto con unos setenta caballeros, pasaron delante de Nos. En lo alto de la sierra, donde estaban los sarracenos, habia gran multitud de peones, y con ellos se veia una señera partida á lo largo de rojo y blanco, teniendo clavada en el hierro de su lanza una cabeza humana ó acaso imitada de madera. Al verlo, dijimos: — Don Nuño, subamos á la sierra con esta compañía que pasa, sino van á vencerla, pues va desbandada, y compañía que se desbanda en batalla, pronto es vencida. — No bien oyeron estas razones don Pero Pomar y Ruy Gimenez de Luciá, cogiendo las

riendas de nuestro caballo y tirándolas con gran fuerza, nos dijeron: — Hoy nos matareis á todos, y vuestra impaciencia nos llevará á mal fin. — Basta, basta, dijímos Nos entonces, que no soy leon ni leopardo para que así me pongais freno; mas ya que tanto os empeñais en que me detenga, me detendré; pero quiera Dios que no resulte en mal vuestro el haberme detenido.

CAPÍTULO LX.

Estando en estas razones, llegó Jazperto de Barberá, y dijo á don Nuño que le siguiera.—Voy á hacerlo,—respondió don Nuño; y Nos añadímos: — Pues va á la batalla En Jazperto, tambien puedo ir yo. — Cómo! Vos? replicó don Nuño; cierto que ya os ha pregonado todo el mundo leon de armas, mas pensad que en la batalla puede haber acaso otro leon igual.—No habia tenido aun Jazperto tiempo de juntarse con aquellos setenta caballeros, cuando los moros, moviendo gran gritería, empezaron á arrojar piedras, avanzando algun tanto del lugar en que estaban. Al verlo los que guardaban la señera de don Nuño, retrocedieron inmediatamente, aunque sin inmutarse, como un tiro de piedra largo hácia Nos; en cuya ocasion salieron algunas voces que dijeron: — ¡ Vergüenza! —Los sarracenos, sin embargo, no les siguieron y los nuestros se pararon; mas llegando á tal sazon nuestra señera y meznada con cerca de cien caballeros ó mas que la escoltaban, gritaron estos: — Ea! Ved aquí la señera del rey!—Bajámos entonces de la colina y nos reunímos con el peloton que circuia la señera, emprendiendo de nuevo la subida todos juntos. Así que nos vieron los moros, echaron á correr: mas de dos mil sarracenos iban delante de Nos á pié y huyendo, pero no pudimos alcanzarlos ni Nos ni los demás caballeros, en razon de hallarse ya en estremo fatigados los caballos, y hasta los mismos jinetes. Concluida la batalla, fuímos bajando de la colina, y al hacerlo, acercóse don Nuño y nos dijo: — Buen dia nos ha llegado á Vos y á nos, pues todo es nuestro por haber vencido Vos esta batalla.

CAPÍTULO LXI.

Pasadas tales razones, dijimos á don Nuño: — Sé que el rey de Mallorca está en la montaña; de consiguiente, lo mejor seria que nos dirigiésemos á la villa, adonde él no podrá llegar antes que nosotros. Si ahora quereis verle, mirad donde hay aquel peloton, y le vereis vestido todo de blanco. Mucho alcanzarémos, don Nuño, como le distraigamos de la villa. — Y dejábamos ya la colina para entrar en el llano, cuando se nos presentó En Raimundo Alamañ y nos dijo: — Señor, podrémos saber qué resolveis? — Marchar á la villa, le respondimos, para impedir al rey que vuelva á ella. — Estoy viendo, replicó, que vais á hacer lo que ningun rey hace despues de vencer una batalla, pues allí donde se venciere es preciso pasar la noche para saber qué es lo que se gana ó pierde. — Sabed, Raimundo Alamañ, que lo que Nos decimos es lo que conviene.—Dicho esto, nos fuímos bajando por la cuesta dirigiéndonos paso á paso hácia el camino de la villa; y habríamos andado como una milla á lo mas, cuando se nos acercó el obispo de Barcelona, diciéndonos: — Señor, por amor de Dios no lleveis tanta prisa! —Porqué no, obispo? Cuanto mas pronto despachemos, mejor.— Es que tengo que hablaros; —continuó el obispo; y llevándonos á un lado del camino, nos dijo: — Ah, señor! acabais de sufrir una pérdida mayor de lo que os podeis figurar: Guillermo y Raimundo de Moncada han muerto! — Qué decís! muertos son?— le dijimos, y al punto echámos á llorar. — No lloreis, continuámos luego; no conviene llorar ahora: lo que conviene es sacar del campo los cadáveres cuanto antes. — Está bien. — Esperadnos, le dijimos por último, que Nos cuidarémos de ello.

CAPÍTULO LXII.

Fuímonos entonces pausadamente hácia la sierra de Portupí, desde donde vimos á Mallorca, cuya villa nos pareció á Nos y á cuantos con Nos venian la mas hermosa de cuantas hubiésemos visto. En tal punto encontrámos ya á don Pelegrin de Atrosillo, y

preguntándole si habia por allí agua, á fin de podernos acampar aquella noche, nos contestó que sí, añadiendo, en prueba de ello, que él mismo habia visto entrar el viejo (1) con veinte de á caballo que abrevaron sus caballerías, á quienes él no se habia atrevido á embestir por llevar solamente cuatro soldados en su compañía. Con tal noticia proseguimos adelante hasta que encontrámos el agua, y nos acampámos allí por aquella noche. —Como hay Dios que tengo hambre, dijimos á don Nuño, pues no he comido hoy. —Señor, nos respondió, creo que En Oliver tiene ya parada su tienda y ha arreglado comida: allí podreis desayunaros. —Vámos donde quieras, le dijimos;—y llegando á la dicha tienda, nos pusimos á comer. Viendo don Nuño que ya habia anochecido cuando nos levantámos de la mesa, nos dijo: —Señor, ya que habeis comido, bueno seria que fuéseis á ver á En Guillermo de Moncada y á En Raimundo.— Respondímosle que era bien pensado; y mandando encender varias antorchas y velas, nos fuímos ante todo en busca de En Guillermo, á quien encontrámos tendido en tierra sobre un almadraque y tapado con una cubierta. Largo rato nos estuvimos llorando sobre su cuerpo; llorámos no menos sobre el de Raimundo, y luego nos volvímos á la tienda de En Oliver, donde dormímos todo la noche y hasta que amaneció.

Entrada la mañana, nos aconsejaron que mudásemos de lugar; mas teniendo intencion de probar el modo como mejor sentaríamos el campamento, lo pusímos por obra, despues de vestírnos la loriga y el perpunte, colocando á un lado de la azequia á los catalanes, y al otro á los aragoneses. Tan reducido espacio ocupaba el campamento, que nadie hubiera dicho se abrigasen en él mas allá de cien caballeros, y de tal manera estaban entrelazadas unas con otras las cuerdas que lo ceñian, que por espacio de ocho dias apenas hubo en la hueste quien pudiera mudar de lugar.

(1) Del mismo modo que de la palabra latina *senior*, el mas anciano, vino á formarse en el latin-bárbaro y en todas las lenguas neolatinas *señor*, que equivalia á principal ó mas poderoso, asimismo jeque (schiequie), que tambien significaba en árabe *anciano*, vino á aplicarse á los que eran jefes de una tribu ó gobernadores de un territorio; y esta es la razon, sin duda, porque en el original se halla muchas veces *lo veyl* para indicar alguno de los régulos ó jeques de Mallorca.

CAPÍTULO LXIII.

Por la mañana, asentado ya el campamento, reuniéronse los obispos y los nobles y vinieron á nuestra tienda, en cuya entrevista el obispo de Barcelona, Berenguer de Palou, nos hizo la siguiente observacion: — Señor, convendrá que demos sepultura á esos cuerpos muertos. — Teneis razon, le respondimos. — ¿Y cuándo quereis que lo hagámos? continuó. — Ahora mismo, ó mañana por la mañana, contestaron algunos; ó sino despues de comer. — Valdrá mas mañana por la mañana, dijimos Nos; pues así los sarracenos no lo verán. — Bien pensado, respondieron los nobles; y así, cuando estuvo ya puesto el sol, mandámos traer algunas telas anchas y largas y las hicímos colgar á la parte de la villa, á fin de que los que habia en esta no viesen el resplandor de nuestras luces cuando hiciésemos el entierro. Al dar sepultura á los cadáveres, todos los de la comitiva echaron á llorar gritando y lamentándose de tal desgracia; mas observado por Nos, mandámosles que callasen y escuchasen cierta cosa que queríamos decirles, y habido por ello silencio, les hablámos de esta manera: —Barones, estos ricoshombres que veis aquí muertos han perecido en servicio de Dios y nuestro. Si nos fuese posible recobrarlos, de manera que pudiésemos volverlos á la vida, tanto daríamos de lo nuestro y de nuestras tierras para que Dios nos otorgara esta gracia, que á buen seguro por loco nos habian de tomar cuantos supieran lo que ofreceríamos. Pero ya que ha sido voluntad de Dios el que Nos y vosotros le prestáramos un servicio tan señalado, por lo mismo no conviene mostrar aquí sentimiento ni derramar lágrimas: cierto es que el pesar es grande, mas ninguna necesidad hay de que lo sepan los que pueden oirlo desde afuera: en fuerza, pues, del señorío que tenemos sobre vosotros, mandamos que ninguno se atreva á llorar ni á gemir, que aun cuando perezcan con aquellos las ocasiones en que hubieran podido haceros bien, Nos las sabrémos suplir, otorgándoos lo que fuese menester. Si alguno de vosotros perdiese el caballo ú otra cosa, venga á Nos, y se lo enmendarémos cumplidamente, sin que por esto os hagan falta vuestros señores en lo mas mínimo: de tal guisa

serán los beneficios que os hagamos, y cuyo valor fácilmente podreis conocer. Ved, con esto, que vuestro llanto ahora solo serviria para desmayar al ejército, y que éste seria el único provecho que sacaríais: así pues, os mandámos por la naturaleza que sobre vosotros tenemos, que ceseis de llorar: el mejor sentimiento que en tal ocasion puede mostrarse será que Nos con vosotros y vosotros con Nos nos lamentemos de tal pérdida, pero sirviendo debidamente á nuestro Señor en la empresa que hemos acometido, á fin de que su nombre sea en todos tiempos santificado. —Al oir tales palabras, procuraron todos disimular el llanto, aparentando serenidad, y pasaron en seguida á sepultar los cadáveres.

CAPÍTULO LXIV.

Otro dia por la mañana reunímos nuestro consejo con los obispos y nobles de la hueste, á fin de resolver la descarga de los buques que estaban atracados. Enviámos á tal objeto un trabuquete y un mandron, para que se protegiera así el desembarque; mas apenas observaron los sarracenos que arrastrábamos á tierra las embarcaciones, diéronse tambien prisa en levantar luego dos trabuquetes y algunas algaradas. En vista de tal novedad, los cómitres y pilotos de las naves de Marsella, que no serian mas allá de cuatro á cinco, vinieron á nuestra presencia y nos dijeron: —Señor, ya sabeis que hemos venido en vuestra ayuda para servir á Dios y á Vos: por esto, pues, los hombres de Marsella que aquí estamos, nos brindamos á fabricar ahora mismo un trabuquete, con las entenas y demás maderaje de las naves, lo cual ha de ser en gran provecho de Dios y vuestro. —Así lo hicieron, y de modo se dieron prisa, que antes que los sarracenos tuviesen arreglados los suyos, tuvimos ya nosotros armados nuestros trabuquetes y el fundíbulo. Cuando lo estuvieron todos los ingenios, hubo por nuestra parte, dos trabuquetes, un fundíbulo y un mangano; y por la de los sarracenos dos trabuquetes, catorce algaradas, y entre estas una, la mejor que llegaba á sobrepasar casi de cinco á seis tiendas, penetrando por dentro la hueste: sin embargo, el trabuquete que trajimos en la armada era superior á aquellas, y alcanzaba mucho mas lejos que el mejor ingenio de los contrarios.

Empezaron los nuestros á tirar contra los de la villa, mas viendo la prisa que se daban los sarracenos, ofrecióse En Jazperto de Barberá á dirigir la fabricacion de un mantelete, con el cual podria irse hasta la obra del foso, á pesar de los ingenios y de las ballestas de los de dentro. Y en efecto, hízose de forma dicho mantelete, que andaba en ruedas y estaba cubierto con tres órdenes de tablas recias y de buena madera. Empezó á moverse desde el punto donde habia los trabuquetes, dándole empuje á fuerza de palancas; y presentaba un aspecto tal, como si fuese una casa de las que se cubren con tablas; teniendo sobre la madera una capa hecha de rama, y sobre esta otra de tierra, á fin de que ningun daño pudiesen hacerle las piedras de las algaradas. El conde de Ampurias mandó hacer otro mantelete, que fué acercando al foso, y puso dentro de él una compañía y minadores, para que penetrasen por la tierra y viniesen á salir al mismo pié del foso; Nos hicímos lo propio con otra compañía nuestra, y dando principio con esto á las tres cavas, tuvímos, que mientras el mantelete de En Jazperto avanzaba á flor de tierra, los otros dos iban minando por debajo.

En vista de tan favorables adelantos, la hueste se dió por muy contenta; y bien puede decirse que nadie en el mundo ha visto jamás unos soldados como los nuestros, que tan exactamente cumpliesen lo que les predicaba cierto fraile predicador, doctor en teología y llamado fray Miguel, el cual iba con la hueste, acompañado de otro fraile llamado fray Berenguer de Castellbisbal. Cuando les perdonaba los pecados, para lo cual tenia poder de los obispos, si les decia que era preciso traer piedras ó maderas de un lugar á otro, brindábanse á ello los caballeros, sin esperar que lo hicieran los peones; á todo daban mano; y hasta delante de sí, sobre las sillas de sus mismos caballos, llegaron á trasportar las piedras que eran necesarias para los fundíbulos y trabuquetes, empleando asimismo en tal trabajo á todos sus servidores: otros para llevar piedras á los trabuquetes arreglaban con cuerdas y maderas ciertos avíos á manera de parihuelas; y cuando les mandábamos que fuesen á velar de noche los ingenios con los caballos armados, ó á guardar de dia á los minadores, ó á desempeñar cualquier otro oficio de la hueste, si les mandábamos que fuesen cincuenta, iban ciento. Y para que sepan los que este libro leyeren, cuán costoso

fué este hecho de armas de Mallorca, baste decir de una vez, que por espacio de tres semanas no hubo peon, ni marinero, ni ningun otro que quisiese dormir con Nos en el campamento: solo Nos, los caballeros y los escuderos que nos servian éramos los únicos que dormíamos allí; que los demás hombres de á pié y los marineros, lo único que hacian era venir muy de mañana, dejando los barcos donde habian pasado la noche; siendo uno de los que esto hacian el ya citado pavorde de Tarragona. Eso sí, de dia estaban siempre con Nos, y al llegar á la noche, se recogian en la mar; por cuya razon hicimos abrir un foso en torno de la hueste y levantar una empalizada, la cual tenia solamente dos puertas, por las que nadie podia salir sin espreso mandato de Nos.

CAPÍTULO LXV.

Sin embargo de tales prevenciones, sucedió aun lo que no esperábamos: un sarraceno de la isla, que tenia por nombre Ifantilla (1), reunió todos los de la montaña, que serian como cinco mil hombres, inclusos ciento de á caballo, y colocándose en una colina muy fuerte que hay sobre la fuente de Mallorca, paró allí sus tiendas en número de treinta á treinta y cinco y quizás cuarenta, desde donde, enviando sus sarracenos con azadones, desvió el agua de la fuente que iba á la villa, y la dejó correr por el torrente abajo, de manera que no podíamos contar ya mas con ella. Viendo que tal privacion habia de ser trascendental para la hueste, resolvimos que partieran allá uno ó dos cabos con trescientos caballeros, para que los combatiesen y recobrasen el agua: nombrámos gefe de tal compañía á don Nuño, quien se dispuso luego á cumplir; y despues de reunidos trescientos caballeros, entre suyos y los que los demás ofrecieron, marchó hácia la colina, cuya posicion, al parecer, trataban de defender los sarracenos. Pero no bien llegaron los nuestros, cuando cantaron ya victoria, posesio-

(1) Ifantilla y no infantillo, como le llama Zurita, será sin duda En Fantilla: es decir, el nombre del moro, y el título *En* que el cronista le añadiria por consideracion acaso al rango de aquel. D' Esclot lo escribe En Fatila, y al citarlo Romey, nos dice que tal nombre puede ser muy probablemente el de Fatih-Ellah.

nándose de la colina, y lo que es mas, alcanzando á Ifantilla, á quien dieron muerte, pereciendo á par de él quinientos de los suyos, y viéndose obligados los demás á huir á la montaña. Apoderáronse de todas sus tiendas, saquearon enteramente su campamento, y por fin, nos trajeron al nuestro la cabeza de Ifantilla, la cual mandámos poner en la honda del mandron y arrojar en seguida dentro de la plaza. Con esto conseguimos de nuevo el agua que nos habian quitado, y de ello tuvo grande alegría nuestra hueste, pues hubiera sido mucho el estorbo que tal falta nos hubiese ocasionado.

Pasado esto, un sarraceno de la isla, llamado Bean Abet, enviónos mensaje por otro sarraceno, el cual nos trajo una carta de aquel, en la que nos decia, que, si quisiésemos, vendria á Nos para hacernos un servicio, tanto, que él y los habitantes de una de las doce partidas en que estaba dividida la isla, nos traerian para la hueste cuanto les fuese posible: añadiendo aun mas, que estaba seguro de que imitarian su ejemplo otros muchos, como supieran que Nos le diésemos á él buen tratamiento. Consultámoslo con los nobles de la hueste, y acordado unánimemente, mandónos decir el sarraceno que enviásemos algunos caballeros á cierto lugar seguro, distante de la hueste como una legua, donde nos prestaria homenaje para servirnos fielmente y sin engaño, de modo que, desde entonces, podíamos contar ya con el gran servicio que nos prestaria. Al efecto enviámos veinte caballeros, quienes le encontraron en el lugar señalado con el presente ofrecido, el cual consistia en veinte caballerías cargadas de avena, cabritos, gallinas y uvas, siendo singular el modo como conducian estas, pues las llevaban en sacos, y sin embargo todas salian enteras, y sin estar machacadas. Tal fué el regalo, que partimos con todos los nobles de la hueste, y que nos trajo aquel ángel de Dios: y no se estrañe que así le tratemos, aun cuando era sarraceno; pues nos sacó de tal apuro, que por ángel le tomámos, y solo á un ángel le podemos comparar. Lo primero que hizo al llegar, fué pedirnos que le prestásemos un pendon nuestro, con el objeto de que, si viniesen mensajeros suyos á la hueste, los nuestros no los maltratasen. Consentimos en ello, y á poco enviónos ya otros mensajes, para decirnos que dos ó tres partidas mas querian imitar su ejemplo, y que así contásemos ya en que no se pasaria ninguna semana, sin

que nos enviase provision de avena, harina, gallinas, cabritos y uvas, con lo que se reforzaria la hueste. Hízolo como lo prometió; y tal fué el resultado, que antes de quince dias todas las partidas de Mallorca que se hallan situadas al otro lado de la ciudad y frente de Menorca, las tuvimos á nuestro servicio y nos prestaron obediencia, por cuyo motivo pusimos toda nuestra confianza en el sarraceno, pues conocimos que era hombre de toda verdad. Una de las cosas que nos pidió, fué que nombrásemos dos bailes cristianos que rigiesen por Nos aquellas partidas que estaban á nuestro servicio; y creyendo su consejo, nombrámoslos en efecto, y fueron los tales, En Berenguer Durfort de Barcelona y En Jaime Sans, ambos de nuestra casa y hombres entendidos en el negocio.

CAPÍTULO LXVI.

Para que sepan los que este libro leyeren cuantas son las partidas que hay en Mallorca, les dirémos que son quince: la primera Andraix y las demás Santa Ponza, Buñola, Soller, Almerug y Pollenza, cuyos nombres son los de las montañas que miran á Cataluña. Los de las que se hallan en el llano son Montveri, Canarrossa, Inca, Piedra, Muro y Felanitx donde hay el castillo de Santverí; y además, Manacor y Artá; contándose en el término de la ciudad quince mercados, tres mas que antes, pues los sarracenos solo tenian doce (1).

Pero volvamos á la relacion anterior. Diéronse prisa en adelantar las cavas los que las hacian, por los tres puntos ya citados; de manera que tanto los que trabajaban por encima, como los que minaban por debajo, vinieron á salir todos al foso. Acudieron á las cavas los enemigos, mas defendiéndolas bien los nuestros, tanto por encima como por debajo, lograron apartar de tal punto á los sarracenos, no solo una sino muchísimas veces. Entonces fué cuando los minadores bien prevenidos pasaron con los picos á las

(1) Fray Pedro Marsilio, en la historia que escribió del Conquistador, cuenta mayor número de partidas ó distritos de las que aquí se indican; pero él mismo advierte que algunas de ellas, como menos principales, estaban agregadas á otras de mayor importancia, y que por lo mismo no cuentan otros mas que quince, como lo hace don Jaime.

torres, y las empezaron á cavar, á pesar de los sarracenos que no podian defenderlas; apuntalaron una de ellas, y cuando fué ocasion, pegaron fuego á los puntales hasta que vino abajo, cuyo trastorno hizo que los sarracenos saliesen á toda prisa. Del mismo modo destruyeron otras tres torres á la vez; mas antes de conseguirlo en la primera, díjonos el pavorde de Tarragona: — Señor, ¿quereis que hagamos una cosa muy conveniente? — No tenemos dificultad en ello, le respondimos. — Pues entonces, continuó él, lo que debe hacerse es atar una gúmena á los puntales que sostienen la torre; tirarán de ella los que se hallen dentro de la mina, y faltándole entonces los estribos, tendrá que venirse abajo precisamente. — Púsose por obra el proyecto; y al arruinarse la torre, cayeron con ella tres sarracenos, de los cuales salieron á apoderarse los que estaban en las minas.

CAPÍTULO LXVII.

Vinieron despues de esto dos hombres de Lérida, el uno llamado En Prohet y el otro En Juan Xixó, con otro compañero suyo, y nos dijeron: — Señor, si nos dais permiso, os prometemos cegar todo el foso á fin de que puedan avanzar los caballos armados. — Está bien, les respondimos, pero ¿ya estais seguros de que pueda conseguirse? — Si señor, dijeron ellos, con tal que Dios nos ayude y que vos nos hagais guardar. — Respondímosles que nos placia sobremanera y hasta se lo agradecíamos, de modo que podian ya desde entonces dar principio á su trabajo, para lo que les daríamos la guardia correspondiente. — Con esto empezaron á rellenar el foso, y lo hicieron de esta manera: primero estendiendo una capa de leña, y luego esparciendo por encima otra de tierra. Al cabo de quince dias que se estaba haciendo tal maniobra y que el foso se iba llenando, los sarracenos ya no podian defenderse, y con ello conocieron los de la hueste cuán poco faltaba para vencer.

Un domingo, nos habíamos vestido y engalanado tal cual, procurando desocuparnos de todos nuestros quehaceres; y mientras nos aderezaban la comida que habíamos ordenado, nos entreteníamos en mirar como tiraban los ingenios, estando en nuestra compañía el obispo de Barcelona, En Carroz y otros caballeros;

cuando advertímos que salia una grande humareda del foso por una cava que los sarracenos habian abierto por debajo de los materiales hacinados. Al verlo, pesónos mortalmente, pues mirábamos ya como perdido todo nuestro trabajo y como inútil el tiempo que habíamos esperado: tal era la confianza que habíamos tenido de ganar la villa por tal medio, y tal el sentimiento que nos causaba la pérdida de un hecho tan interesante, en menos de una hora. Todos los que estaban con Nos permanecian callados, y Nos mismo estuvimos largo rato meditando, hasta que al fin nos envió Dios el acertado pensamiento de hacer que el agua volviese á correr hácia el foso. Para realizarlo, mandámos armar cien hombres con escudos, lanzas y demás arneses correspondientes, quienes debian ir con azadones y cuidando de que los sarracenos no les viesen, al punto donde el agua tenia mayor elevacion, y desde allí soltarla, á fin de que, corriendo hácia el foso, lo llenase apagando al mismo tiempo la leña encendida. Llevado á cabo tal pensamiento, consiguióse ya que los moros no volviesen á aquel paraje: lo que hicieron fué solamente venir á las minas de debajo que antes hemos citado, abriendo hácia fuera una en la misma direccion que otra abierta por los nuestros hácia dentro, de manera que por esto, y por ser además aquella muy baja, vinieron á toparse unos y otros dentro de la misma cava. Al principio los sarracenos rechazaron á los nuestros; mas llegada á Nos la noticia por un mensajero de que los nuestros habian sido echados afuera, enviámos al punto á dicha cava una ballesta de torno, la cual obró de manera, que al primer golpe que dió á dos sarracenos escudados que iban delante, los dejó muertos, partiéndoles los escudos; lo que, visto por los demás, les obligó á abandonar el puesto. Tal fué el resultado de las cavas que hicieron los sarracenos debajo de tierra al rellenarse el foso.

CAPÍTULO LXVIII.

Viendo los moros que no podian defenderse, enviáronnos un mensaje diciendo que tenian que hablarnos, y que lo harian, como les enviásemos de nuestra parte un mensajero, que mereciese de Nos toda confianza. Consultámoslo con los obispos y nobles de

la hueste: y supuesto que tal concesion no podíamos dejar de hacerla á los enemigos, ya que nos querian hablar, por ser antes bien una cosa muy útil; enviámosles á don Nuño con diez caballeros y con ellos á un judío de Zaragoza llamado Bahi Hel, el cual como buen trujaman sabia hablar en algarabía. Al llegar don Nuño, dijéronle los sarracenos: qué queria y si tenia que decirles algo; á lo que contestó don Nuño: — Por nada de eso vengo. Lo que hay es que vosotros enviásteis á decir á mi señor, el rey, que enviase aquí un mensajero de su confianza, y por ello me ha escogido á mí; debiendo deciros además, que soy pariente suyo. Para esto, pues, queriendo honraros demasiado, me ha enviado aquí, siendo mi único objeto el escuchar cuanto tengais á bien decirme. — Respondióle el rey de Mallorca, que nada tenia que decirle, pudiéndose volver de consiguiente; con cuya respuesta don Nuño se volvió á Nos. A tal sazon, mandámos reunir todo nuestro consejo de obispos y nobles, á presencia del cual vino don Nuño, para darnos relacion de lo ocurrido; y aun no habia dado principio á su discurso, cuando empezó á sonreirse; mas observándolo Nos, dijímosle qué motivo tenia para reirse entonces, á cuya pregunta nos contestó don Nuño, que razon le sobraba para ello, pues que el rey de Mallorca nada le habia dicho, y sí antes bien preguntado, qué era lo que se le ofrecia. Añadió á tales palabras don Nuño: — Yo le dije que me maravillaba sobremanera de ver que un hombre tan sabio como era él, despues de haberos enviado un mensaje para que le trasmitiéseis un mensajero de vuestra confianza, viniese entonces preguntándome qué era lo que se me ofrecia. A esto tuve por conveniente responderle, que pues habia enviado por nos, nada le diríamos si él no hablaba primero. — Esta fué la relacion de don Nuño, en vista de la que, dijo nuestro consejo: — Tiempo vendrá, en que él mismo querrá hablarnos de grado, sin que le preguntemos. — Y hecha tal contestacion, marchóse cada cual á donde le plugo.

CAPÍTULO LXIX.

Algun tiempo despues de habernos separado del consejo, don Pero Cornel, qne era uno de los que habian asistido, nos dijo:

—Os participo como Gil de Alagon, á quien llaman por otro nombre Mahomet, me ha enviado por dos veces un mensaje, diciéndome que queria hablar conmigo. Si vos lo permitis, accederé á su peticion, y quién sabe si por tal medio podrémos descubrir algo que nos sirva de provecho. — Pláceme, —le respondimos; y marchando en seguida, volvió á comparecer al dia siguiente de mañana, diciéndonos todo cuanto le habia dicho Gil de Alagon, el cual habia sido antes cristiano y caballero, y luego se habia hecho sarraceno. Lo que éste le habia propuesto era, que trataria con el rey de Mallorca y con todos los jeques de la villa y de la tierra, para que se nos abonara á Nos y á todos los ricoshombres todo el gasto que pudiésemos haber hecho en la espedicion, dejándonos retirar libremente y sin hacernos daño, cuya promesa debíamos estar seguros nos atenderian con toda formalidad. Oidas tales razones, dimos al que nos hablaba la siguiente contestacion: — Nos maravillamos sobre manera, don Pero Cornel, como llegais á hablar siquiera de tal convenio; pues á Dios tenemos hecha promesa, por la fé que nos ha dado y defendemos, de que, aun cuando nos dieran toda la plata que pudiera caber desde aquella montaña hasta donde está la hueste, no otorgaríamos convenio alguno sobre Mallorca, si no ganámos la villa; así como de no volver á Cataluña, si no pasamos primero por aquella. Por lo mucho que os queremos, pues, os mandamos que nunca jamás os atrevais á hablarnos de tal asunto.

Mas adelante, volviónos á enviar otro mensaje el rey de Mallorca, diciéndonos que le enviásemos á don Nuño y que esta vez le hablaria. Se lo enviámos en efecto, y salió dicho rey á la puerta de Portupí, donde hizo parar una tienda y poner los correspondientes asientos para él y don Nuño. Compareció este, y hecha suspension de armas por ambas partes, acercóse al rey de Mallorca y ambos se metieron en la tienda; llevando consigo el rey por intérpretes á dos de sus jeques, yendo don Nuño acompañado del alfaquí que le servia de trujaman, y quedando afuera los caballeros de don Nuño, los cuales estuvieron juntos con los sarracenos mientras duró la entrevista. El primero que en esta habló fué don Nuño, el cual preguntó al rey, le dijese el motivo porqué le habia enviado á buscar; á lo que contestó este con las siguientes razones: — Os he mandado á buscar para deciros, que

me admira el ver que, sin haber hecho tuerto alguno á vuestro rey, se encone este conmigo de tal manera, que quiera quitarme el reino que Dios me ha dado. Yo creo que lo mejor que pudiérais hacer seria que le aconsejáseis no quiera despojarme de mis tierras; y si para tal empresa han tenido algunos gastos tanto él como los demás nobles de su hueste, yo y mi gente se los abonarémos, no exigiendo por consiguiente mas condicion, que la de que se reembarque con todos los suyos, lo cual podreis efectuar con toda paz y quietud; y en vez de inquietaros los nuestros, os otorgarán antes bien, si esto haceis, todo favor y amistad. Vuélvase, pues, el rey, que aun cuando sea grande la suma que hayamos de recoger para satisfacerle, en su poder la tendrá antes de cinco dias; y entended al mismo tiempo, que, gracias á Dios, estamos bien abastecidos de armas, víveres y cuanto sea menester para defender la ciudad. Esto no lo pongais en duda; y para que os convenzais, si os place, puede vuestro señor enviar á la ciudad á dos ó tres hombres de su confianza, los cuales, os lo aseguro con mi cabeza, no recibirán ningun daño ni insulto, y les mostrarémos claramente los víveres y armas que tenemos, del mismo modo que os digo; y si así no fuere, facultad tenga vuestro señor para desentenderse del convenio de que os hablo. Además: conviene que sepais, que ningun temor ni perjuicio nos causa el destruir nuestras torres, pues cabalmente por tal parte es imposible que se verifique la entrada en la ciudad.

Oidas tales palabras, respondió don Nuño de esta manera: — Decis que ningun tuerto hicísteis jamás á nuestro rey, como si tuerto no fuese el que cometísteis al apresarle una tarida de su reino cargada de géneros de mucho valor, propios de los mercaderes que los conducian. Entonces nuestro rey os envió mensaje, suplicándoos con mucho amor, por conducto de un hombre de su casa, llamado En Jaques, que devolviérais la tarida, á lo que vos contestasteis preguntando con mucha soberbia y dureza que «¿quién era aquel rey que tal tarida os pedia?» y habiéndoos contestado el hombre que dicho rey era hijo del que venció en batalla á la hueste de Úbeda (1), vos le despedísteis de mala manera, di-

(1) La batalla de Úbeda es la misma que se conoce bajo el nombre de batalla de las Navas de Tolosa, en la que Alfonso VIII de Castilla, ayudado

ciéndole irritado, que á no haber sido mensajero, cara le hubiera costado tal palabra. A esto replicó el mensajero, manifestándoos que podíais obrar con él como quisiérais, pero que os acordárais que habia ido fiado en vuestra palabra; y que en cuanto al nombre de su señor, no habia en el mundo quien lo ignorase, y todos saben cuán poderoso y grande es entre los cristianos; no debiendo por lo mismo desdeñaros vos de saberlo. Tal fué la contestacion que dió á vuestras altaneras palabras. Por lo mismo os digo yo ahora, que es el rey nuestro señor muy jóven, pues solo cuenta veinte y un años; y siendo esta hazaña la primera de importancia que ha comenzado, es su voluntad é intencion no abandonarla por nada del mundo; de manera, que no marchará de aquí hasta tanto que tenga en su poder el reino y tierra de Mallorca. Si nos le aconsejásemos lo contrario, sabemos de cierto que ni siquiera nos escucharia; de consiguiente podeis hablarme de otro asunto si os place, que en cuanto á éste, nada conseguiréis, puesto que no he de dar tal consejo á quien decís.

Despues de haber escuchado el rey de Mallorca cuanto dijo don Nuño, respondióle. —Pues no os conformais con lo que os he dicho, oid ahora lo que quiero hacer. Decid á vuestro rey que desocuparémos la villa, y como con sus naves y leños nos pase á Berbería, sin hacernos daño alguno, le daré por cada cabeza, ya sea de hombre, mujer ó niño, cinco besantes; y si alguno prefiriese quedarse en la isla, que pueda hacerlo.

Enterado don Nuño de cuanto el rey le dijo, volvió á Nos muy alegre, guardando por de pronto el secreto, que solo él y el alfa-

de Pedro II de Aragon y de don Sancho de Navarra, desbarató á las huestes de los almohades, acaudilladas por el emir Mumenyn Mohamed el Nasr (conocido en las crónicas por Miramamolin). Pasado el principal descalabro, desbandáronse aquellas en todas direcciones, viniendo á parar una gran parte á Úbeda, así como todos los habitantes sarracenos de las demás plazas que habia en torno; allí las acorraló de nuevo el rey don Pedro, y dió tal batalla, que quedaron todos vencidos, pudiendo decirse que con ella se coronó completamente el triunfo. Tocóle á este en recompensa la tienda del miramamolin y parte de los despojos; y á don Sancho, parte de los despojos tambien, y las cadenas que ceñian el campamento arábigo, especialmente por el punto donde el emir tenia la dicha tienda; las mismas con que éste, segun habia escrito á Jaen, debia aherrojar á los tres reyes cristianos, y que desde entonces hizo pintar en sus armas el rey de Navarra, en memoria de tan señalada victoria.

quí sabian: díjonos, no obstante, al oido, que nos traia buenas nuevas; y respondiéndole Nos que mandaríamos llamar á los obispos y nobles, pues valia mas que se esperase á revelar la noticia á presencia de estos, túvolo por acertado, y así lo hicimos en efecto. Sin embargo, mientras estos iban compareciendo nos hizo ya relacion de cuanto le habia sucedido. Reunidos luego todos los del consejo, empezó á esplicar don Nuño el diálogo entre él y el rey de Mallorca, y en suma nos vino á decir: que este entregaria la villa, y nos daria por cada persona que en ella se hallase cinco besantes, lo que quedaria cumplido antes de cinco dias; que Nos le hiciésemos pasar á Berbería á él, á los de su linaje y á todos los hombres y mujeres de su casa; y finalmente, que las naves y leños en que les embarcásemos, debiesen atracarse hasta dejarlos en tierra, lo cual nos agradecerian sobremanera.

El consejo de los ricoshombres en que tal noticia se hizo saber no era completo entonces: faltaba el conde de Ampurias, el cual no habia asistido á ninguno, por hallarse en una cava, de la cual habia jurado que jamás saldria, hasta que la villa fuese nuestra. Del linaje de En Guillermo de Moncada, habia En Raimundo Alamañ, En Geraldo, hijo de En Guillermo de Cervelló y sobrino de En Raimundo Alamañ; y con estos además En Guillermo de Claramunt, el obispo de Barcelona, que nos servia de consejero, el de Gerona, el pavorde de Tarragona y el abad de San Felío. Por instancia de todos, el obispo de Barcelona habia de ser el primero que mostrase su opinion, y la espresó en efecto, diciendo: que pues en la isla habian sufrido y perecido tantos nobles y buenos, preciso era vengarles, que buena era la venganza cuando con ella se servia á Dios; y así, que hablasen de tal negocio los ricoshombres, como mas esperimentados que él en hechos de armas. — Con tal motivo, cedió la palabra á don Nuño, el cual habló de esta manera. — Barones, hemos venido aquí para servir á Dios y á nuestro rey que está presente, y con él todos unidos hemos resuelto tomar Mallorca; de consiguiente, me parece que quedará cumplido tal objeto, como nuestro rey admita la proposicion que le hace el de Mallorca. Disimulad que sea tan lacónico, pues no soy mas ahora que el portador de la noticia, sobre la cual debeis dar vuestro consejo.

En Raimundo Alamañ fué el primero que á tales palabras con-

testó, diciendo: — A tal tierra pasásteis, señor, acompañado de nosotros, para servir á Dios; y en ella han perecido sirviéndoos tales vasallos, que mejores no los podia haber rey alguno. Ya, pues, que Dios os ha dado ocasion para vengarlos, hacedlo, y así alcanzareis toda esta tierra; porque me parece, que tan astuto como es el rey de Mallorca y con el conocimiento que tiene de la isla, si llegásemos á pasarlo á Berbería, de allí mismo sabria luego volver con grande ejército de sarracenos, y quién sabe si lo que ahora ganáseis con la ayuda de Dios y nuestra, lo perdiérais en un instante, no pudiendo permanecer vos siempre aquí. Aprovechad la ocasion, repito, y vengaos: así sereis dueño de la tierra y no tendreis que temer á Berbería.

A tal razon y casi á una voz esclamaron á la par En Geraldo de Cervelló y En Guillermo de Claramunt: — Señor, por Dios os suplicamos que os acordeis de En Guillermo de Moncada, que tanto os amaba y servia, así como de En Raimundo y de los demás ricoshombres que murieron con ellos en el campo de batalla.

CAPÍTULO LXX.

Oido tal consejo, respondímos de este modo: — Ningun parecer podemos Nos dar acerca de la muerte de los ricoshombres; pues si murieron, Dios lo dispuso así y su voluntad se ha de cumplir. La idea de venir y conquistar esta tierra sabido, es que Nos la hubimos, y parece ya que Dios ha querido satisfacer nuestra voluntad, aun cuando sea por ese tratado, pues si bien se mira, ya queda cumplido el objeto ganando yo la tierra; además de que así adquirimos unos bienes que nos parece muy útil tomar: y por lo que toca á los valientes que han perecido, nada debemos decir, pues algo tienen que vale mas que la tierra que Nos deseamos, y es la gloria de Dios. Este es mi parecer; salvo, sin embargo, lo que tengais á bien aconsejarme.

No bien acabámos de hablar Nos, cuando todos los del linaje antes citados y los obispos dijeron á una voz, que valia mas tomar la villa á fuerza de armas, que consentir aquel tratado; y con tal motivo enviámos mensaje al rey de Mallorca, diciéndole que obrase como pudiese, que Nos haríamos lo mismo: lo cual, sabido

por los sarracenos, produjo en ellos grande espanto, pues penetraron luego nuestros intentos; mas notando el rey de Mallorca la situacion de los suyos, reunió consejo general para hablarles, y en su algarabía les dijo lo siguiente: — Barones, bien sabeis que por espacio de cien años ha poseido el Miramamolin esta tierra, queriendo que yo fuese despues señor de ella; y que la ha tenido todo ese tiempo, á pesar de los cristianos, sin que jamás se hubiese atrevido nadie á invadirla, hasta ahora. Aquí tenemos á nuestras esposas, hijas y parientas; pero sabed que los contrarios nos exigen que les cedamos la tierra, pasando por consiguiente á ser sus cautivos; y sin esto, aun otra cosa peor exigen, tal es, que por ley de cautividad nos guardarán nuestras esposas en rehenes, en caso de que queramos sacar algo. ¿Quién nos dice que no las forzarán cuando estemos en su poder, y que no harán de ellas cuanto les dé la gana? ¡Primero que daros esta noticia y llamaros á mi presencia para haceros saber cosa tan dura contra nuestra ley, hubiérame valido mas perder la cabeza! Veámos, pues, qué os parece debemos hacer en este trance: mostrad cada cual vuestra opinion. — Lo contestacion que dieron á tales palabras, fué gritar á una voz todo el pueblo, diciendo que antes preferian la muerte, que tal deshonra; en vista de lo que el rey les dijo: — Ya, pues, que descubro en todos vosotros tan buena voluntad, resolvamos el mejor modo de defendernos, de manera que cada hombre valga por dos. — Y en efecto, despues que, despedido el concurso, volvieron todos á la muralla, no cabe duda de que valia entonces por dos cada uno de los sarracenos.

CAPÍTULO LXXII.

Al cabo de algunos dias dijimos á don Nuño: — Parece que nuestros ricoshombres no quisieran ahora habernos dado el consejo que antes nos dieron, pues ahora quieren el tratado que antes rehusaban. — Y luego, llamando á los que antes nos dieran tal consejo, dijímosles asimismo: — ¿Qué decís ahora? No hubiera valido mas aceptar antes el tratado á buenas, que no ahora que se defienden? — Y al oir tales palabras, callaron todos y se aver-

gonzaron de lo que habian dicho. Llegada la noche, vinieron dos de los que habian dado tal consejo, á saber, el obispo de Barcelona y Raimundo Alamañ, y nos dijeron: —¿Porqué no accedeis al tratado que el otro dia se os prepuso? —Á lo que les contestámos: —Hubiera valido mas que antes lo otorgárais, y nó querer ahora que sea yo quien lo haga: y en verdad os digo, que no me parece bien tal cosa, y antes deberia considerarse como una flaqueza por mi parte. Sin embargo, si lo vuelven á proponer, lo otorgarémos, ya que os parece bien. —Respondiéronnos que quedaban contentos, y que harian acceder á aquellos que antes rehusaron la capitulacion. —Siendo así, pues, en caso de que nos envien mensaje, accederémos, les contestámos; mas cuanto hagámos, lo harémos ayudado de vuestro consejo. —Y dada tal contestacion, nos separámos unos de otros.

Dios nuestro Señor, que guia por buen camino á los que siguen su ley, quiso entonces que los sarracenos no lograsen aquella vez lo que habian ideado de la manera que propusieron; antes sugirió mejor remedio. Sin embargo de que los moros habian cobrado valor por las palabras de su rey, quiso Dios entonces que por él lo cobraran los cristianos, y dispuso que, á medida que estos ganaban en fortaleza, aquellos se fuesen debilitando: asi fué que, hechas las cavas, desampararónlas todas al fin, á escepcion de la que iba sobre tierra; mas en ella aprontámos tal refuerzo, que á pesar de la resistencia, se llevó á cabo.

CAPÍTULO LXXII.

Cuatro dias antes de embestir la ciudad, tuvimos por conveniente Nos con los nobles y obispos reunir consejo general, con el objeto de que todos jurasen sobre los santos evangelios y la cruz de Cristo, que al entrar en Mallorca, cuando se asaltase, ningun ricohombre, ni caballero, ni peon, ni nadie, cualquiera que fuese, volveria atrás, ni se pararia, á menos de recibir golpe mortal. En este caso, el pariente ó cualquiera otro de la hueste que fuése mas cerca del herido, debia arrimarle á un lado; y no sucediendo tal cosa, debian proseguir siempre adelante, entrando á viva fuerza, y sin volver atrás nunca ni la cabeza ni el cuerpo;

pues quien lo contrario hiciese, seria tratado como desleal, lo propio que el que mata á su señor. En tal jura quisimos Nos jurar como los demás, pero los nobles no lo permitieron: sin embargo les dijimos, que aun cuando no habíamos jurado, cumpliríamos por nuestra parte lo mismo que si hubiésemos prestado el juramento. Concluida tal ceremonia, hiciéronse á un lado con Nos los obispos y nobles y en tal ocasion uno de nuestra compañía, cuyo nombre no recordamos, dijo las siguientes palabras: — Señores, de nada servirá cuanto hemos hecho, si no hacemos antes otra cosa. El haber despreciado ahora los sarracenos el tratado que antes ofrecian á nuestro rey, algun objeto puede tener: ¿quién nos dice que á la menor ocasion no puedan entrar en la ciudad mil ó dos mil ó tres mil y quizás hasta cuatro y cinco mil hombres, con cuya ayuda, estando bien provistos de víveres, como están, podrian fácilmente estorbarnos la entrada y hacer mas difícil la toma de la ciudad? Soy de parecer, pues, que antes que todo evitemos que nadie absolutamente pueda acercarse á aquella. — Feliz idea! — respondieron todos á una, y en seguida se mandó poner por obra lo que habia dicho.

CAPÍTULO LXXIII.

El dia siguiente, los bailes que habíamos puesto en las partidas de Mallorca, llamado el uno Jaques y el otro Berenguer Durfort, vinieron á nuestra presencia para decirnos, que no se veian seguros en sus distritos, por temor de que los sarracenos no les tendieran algun lazo. Al verles venir, dijimos á los del consejo: — Con esto conocemos que es mejor el medio que hemos adoptado últimamente. — Y dimos en seguida órden para que se pusieran tres atalayas, la una en los ingenios y en la estacada; la otra frente de la puerta de Barbelet, junto al castillo que dimos á los del Templo; y la tercera, frente de la puerta de Portupí, cada una compuesta de cien caballos armados. Cuando tenian lugar tales sucesos, nos hallábamos entre Navidad y principio de año; y era tal el rigor de la estacion, que los que estaban en el campo raso, apenas habian rondado una ó dos leguas, ya tenian que retirarse á las

tiendas y barracas para hacerse pasar el frio, aunque dejando algunos escuchas por si los enemigos avanzaban hácia la hueste.

Por la noche enviámos un mensaje allá donde habíamos colocado á los que debian vigilar, para ver si estaban en sus puestos; y respondiéndonos que nó, nos levantámos, les reprendimos de que hubiesen abandonado sus puntos, y mandámos relevarlos por algunos ricoshombres y otros de nuestra meznada. Así continuámos por espacio de cinco dias, de modo que durante los tres últimos ni siquiera pudimos dormir un solo instante, porque para cuanto se necesitaba para las zanjas y mina que debian facilitarnos la entrada en la ciudad venian á pedirnos consejo, á todo debíamos atender, y no se hacia en la hueste cosa que valiese doce dineros, sin que viniesen á pedírnoslo. Con sesenta mil libras que nos prestaron algunos mercaderes que llevaban su caudal en la hueste, con obligacion de reintegrárselas luego de tomada la ciudad, nos procurámos todo lo necesario para nuestro servicio y el de nuestro ejército, pues se acercaba ya el momento de que fuese entrada la plaza. Estuvimos así tres dias y tres noches continuas sin pegar los ojos, porque lo estorbaban los mensajeros que venian á cada instante á consultarnos; y aun cuando intentásemos una que otra vez conciliar el sueño, tampoco nos era posible, por ser este tan lijero, que oíamos á cualquiera que se acercase á nuestra tienda.

CAPÍTULO LXXIV.

Llegó en esto la noche anterior á la víspera de año nuevo, y resolvimos que al amanecer del dia siguiente oyese misa toda la hueste, y recibiésemos el sagrado cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, armados ya y dispuestos á comenzar la batalla. Dada la órden, se presentó en las primeras horas de aquella misma noche Lope Gimenez de Luciá; mandónos llamar, pues nos habíamos acostado, y nos dijo:—Señor, vengo de la mina, donde he mandado á dos de mis escuderos que por ella entrasen en la villa: lo han verificado, y habiendo visto á muchos sarracenos muertos por las plazas, y abandonada del todo la muralla desde la quinta hasta la sesta torre, sin un solo centinela que la guardase; me han aconsejado que mandásemos armar la hueste, porque nos apodera-

ríamos fácilmente de la ciudad, no habiendo quien la defendiese, y pudiendo entrar en ella mas de mil de los nuestros antes de que lo adviertan los sitiados. — ¿ Y vos, don Lope, á quien los años deberian hacer mas cauto, sois el que venis á darnos el consejo de que entremos en la ciudad de noche, y siendo esta tan oscura? ¿ No veis que muchos de nuestros hombres ni aun en mitad del dia se avergüenzan á veces de mostrarse cobardes ? ¿ Cómo quereis, pues, que los metamos de noche dentro de la plaza, cuando ninguno tendrá el freno de que vean los demás lo que él haga ? Si los de la hueste entrasen en la ciudad y fuesen despues rechazados, ya nunca jamás podríamos apoderarnos de Mallorca. — Conoció entonces que taníamos razon, y no insistió en su proyecto.

CAPÍTULO LXXV.

No bien empezó á alborear, cuando determinámos oir las misas y recibir el cuerpo de Jesucristo, dando á todos órden de armarse de todas las armas que debian llevar en la batalla; y luego despues, siendo ya dia claro, nos ordenámos al frente de la plaza, en la llanura que habia entre ésta y nuestro campamento. Acercándonos entonces á los infantes, que se hallaban colocados delante de los caballeros, les dijímos:—¡ Adelante, barones, pensad que vais en nombre de nuestro Señor Dios! —Mas á pesar de que todos oyeron nuestra voz, no se movieron por ello ni infantes ni caballeros. Sorprendiónos en gran manera el ver que así despreciasen nuestras órdenes; y encomendándonos á la Vírgen, dijimos: — Madre de Dios nuestro Señor, Nos hemos venido á esta tierra, á fin de que en ella se celebrase tambien el sacrificio de vuestro Hijo; interponed, pues, para con él vuestros ruegos, para que no recibámos aquí ninguna deshonra Nos ni alguno de los que á Nos sirven por amor de Vos y de vuestro amado Hijo. — Terminada nuestra oracion, gritámosles nuevamente : — Adelante, pues, en nombre de Dios; ¿ porqué vacilais ? — y á la tercera vez que les repetímos la misma voz, comenzaron á moverse al paso. Así que hubieron emprendido todos la marcha, caballeros y sirvientes, y estuvieron ya cerca del foso donde se habia abierto el paso para

entrar en la ciudad, empezó toda la hueste á esclamar á una voz: Santa María! Santa María! repitiendo todos durante buen rato y por mas de treinta veces el mismo grito, hasta que estuvieron próximos á entrar los caballos armados. Habíanles precedido ya y se hallaban dentro mas de quinientos infantes; pero tambien habia acudido á estorbarles el paso el rey de Mallorca con todos los sarracenos de la ciudad, poniendo en tal apuro á los infantes, que á no haber entrado tras ellos los caballos, hubieran todos perecido sin remedio. Segun nos contaron despues los sarracenos, el primero á quien vieron entrar á caballo fué un caballero vestido de blanco y que llevaba tambien blancas todas sus armas; por donde estamos en la firme creencia que aquel debió de ser san Jorge, el cual, segun nos cuentan las historias, se ha aparecido repetidas veces en otras muchas batallas entre cristianos y sarracenos (1). De los caballeros fué el primero en entrar Juan Martinez de Eslava, que era de nuestra meznada; siguió tras éste En Bernardo de Gurb; en pos del de Gurb entró un caballero que iba con sire Guilleumes, y á quien por apodo llamaban Soyrot; y luego tras estos tres don Ferrando Perez de Pina con otros cuyos nombres no recordamos. Baste decir que entraron todos lo mas presto que pudieron, y que teníamos en la hueste mas de cien caballeros que lo hubieran de buena gana verificado antes que todos, si posible hubiera sido que entraran todos á la vez.

(1) Muchísimas son las batallas en que se supone aparecido san Jorge Del mismo modo que los castellanos, que tenian por patron á san Jaime, gritaban en las refriegas: *Santiago y á ellos*! para que el apóstol les protegiera, esclamaban los aragoneses: *San Jordi, firam, firam*! (subjuntivo del verbo herir, *ferir*) y á tales voces, afirma la historia, que aparecia, sin saber cómo, un guerrero desconocido que decidia el choque á favor de los cristianos. Veian siempre en él los castellanos y leoneses á Santiago, como sucedió en la batalla de Clavijo, en que se presentó dicho santo á Ramiro I de Leon; y los aragoneses tomábanle por san Jorge, por verle armado de todas armas y llevando la cruz de su nombre que tenia por timbre la primitiva casa de Aragon. En 1096, en la célebre batalla de Alcoraz, junto á Huesca, invocó el rey Pedro Sanchez á san Jorge, y apareciéndosele éste en un caballo blanco, dió á aquel la victoria; siendo lo mas notable aun, que en el mismo instante se apareció tambien en el sitio de Antioquía, de donde trasportó á Aragon, en la grupa, á un caballero de la familia de los Moncadas, para que tomase parte en el triunfo de su pais. Los musalmanes al entrar en batalla, en vez de invocar, murmuraban unas oraciones llamadas el *Tahlil* y el *Takbir*, que se reducian á alabar continuamente á Dios.

CAPÍTULO LXXVI.

Presentóse en seguida el rey de Mallorca, llamado Jeque Abohihe (1), y poniéndose al frente de los suyos montado en un caballo blanco, les gritó: *Roddo*, que es como si dijéramos: *Alto*! Habia á la sazon como unos veinte ó treinta de los nuestros, sin contar á los sirvientes que se hallaban entre ellos, que embrazando sus escudos se habian parado delante de los sarracenos; y estos á su vez les estaban esperando cubiertos con sus adargas y desnudas las espadas, sin que ni unos ni otros se atreviesen á dar la acometida. Llegaron entonces los primeros de los nuestros que habian entrado con sus caballos armados, y arremetieron contra los enemigos; pero eran estos en tanto número, y tal la espesura de las lanzas que á los nuestros se oponian, que encabritándose los

(1) *Ab tant fo vengut lo rey de Maylorques cavalcan en un caval blanch: e el havia nom Xech Abohehie*, dice el testo que tenemos á la vista; pero en la edicion de Valencia de 1557 se puso: *e el havia nom Rotabohihe*, y de allí lo copiaron seguramente Mariana, Zurita y otros historiadores. Nosotros hemos seguido la primera leccion, no solo por hallarse conforme con la preciosa copia que se guarda en la biblioteca de San Juan de esta ciudad, y que fué sacada con todo esmero en Poblet, á mediados del siglo XIV, del original del mismo rey que allí se custodiaba; sino además, porque la misma siguió tambien el padre fray Pedro Marsilio, cronista de don Jaime II, cuando con algunas amplificaciones tradujo al latin la crónica del Conquistador. Al referirse la toma de Mallorca en los historiadores árabes publicados por Conde, no se halla de otra parte ningun nombre que tenga la mas remota semejanza con uno de los dos que aquí citamos, y que pueda por lo mismo guiarnos para sacar en claro cuál es el verdadero. Mas prescindiendo de esto, porque los menos versados en historia saben con cuánta diversidad los cristianos adulteraban los vocablos árabes al trasladarlos á su lengua vulgar, y cuán difícil es el deducir el verdadero nombre de un personaje de aquella nacion, por los cronistas y documentos *latinos*, aunque sean coetáneos; estrañámos, sí, que Romey en el capítulo 3.°, parte 3.ª de su Historia de España aplicase al caballo el nombre del caballero, siendo así que cita en sus notas este mismo pasaje de la crónica de don Jaime; pues segun nuestro corto entender, el pronombre *el*, que emplea el cronista, no puede referirse en aquella frase al *caval blanch*, sino al *rey de Maylorques*, y así lo entendieron tambien Mariana y Zurita, aunque con la variante *Rotabohihe*, que hemos indicado, en vez de *Xech*, ó jeque, *Abohehie*.

caballos por no poder pasar adelante, obligaron á los caballeros á dar la vuelta, retrocediendo un poco, hasta que con los que habian entrado de refresco pudieron reunirse unos cuarenta ó cincuenta, y así, con ayuda de los infantes que iban escudados, se situaron tan cerca de los sarracenos, que con solas las espadas podian herirse unos á otros, de manera que nadie se atrevia á descubrir el brazo, por miedo de que alguna espada, amiga ó enemiga, no le hiriese en la mano. Entonces fué cuando, levantando la voz los cuarenta ó cincuenta caballeros que allí habia con sus caballos armados, y diciendo: ¡ Santa María Madre de nuestro Señor! Vergüenza, caballeros, vergüenza! Adelante, embistámosles! se decidieron á arremeter todos contra los sarracenos.

CAPÍTULO LXXVII.

Luego que los de Mallorca vieron entrada la ciudad, mas de treinta mil de ellos, entre hombres y mujeres, abandonaron sus moradas, saliéndose por las puertas de Barbelet y de Portupí, en direccion á la sierra; de modo que fué tanto el botin que caballeros é infantes veian por do quiera, que ni aun pensaron en perseguir á los que huian. El último que se retiró fué el rey sarraceno. Cuando los demás que se quedaron vieron por todas partes invadida la ciudad y á tantos caballeros, caballos armados é infantes, corrieron á esconderse como mejor pudieron; mas á muchos no les valió este recurso, pues mas de veinte mil murieron en aquella entrada. Así fué que al llegar Nos á la puerta de la Almudaina, vimos allí mas de trescientos muertos de los sarracenos que habian querido recogerse en la fortaleza, y que por haberles los suyos cerrado la puerta, se veian alcanzados por los de nuestra hueste, que los acuchillaban allí mismo. Luego que Nos estuvimos al pié de la Almudaina, los de dentro ni siquiera trataron de defenderse, sino que nos enviaron un sarraceno que entendia nuestro latin, para ofrecernos que nos entregarian aquel fuerte, con tal de que les diésemos algunos de nuestros hombres para que les guardasen de la muerte.

CAPÍTULO LXXVIII.

Mientras estábamos negociando con los de la Almudaina para que se entregasen, llegaron dos hombres de Tortosa que querian hablar con Nos sobre cosas que, segun dijeron, nos interesaban muchísimo. Apartámonos con ellos á un lado, y nos manifestaron: que si queríamos darles alguna gratificacion, pondrian en nuestro poder al rey de Mallorca. —¿Cuánto quereis? les dijimos: —Dos mil libras, nos contestaron.—Sobrado es, les replicámos; porque si está dentro de la ciudad, al cabo habrá de caer en nuestras manos. Sin embargo, daríamos de buena gana mil libras, con tal de que pudiésemos cogerle sano y salvo. —Así se hará, nos respondieron; —y dejando en lugar de Nos á uno de los ricoshombres al frente de la Almudaina, con órden de no atacarla hasta que Nos volviésemos, nos fuímos con ellos á buscar al rey sarraceno, despues de haber llamado á don Nuño, á quien dimos luego noticia del caso, para que nos acompañase. Llegados ambos á la casa donde se hallaba el rey, nos apeámos, entrámos armados, y al descubrirle, vimos que estaban delante de él tres de sus soldados con sus azagayas. Cuando nos hallámos en su presencia, se levantó: llevaba una capa blanca, debajo de ella un camisote, y ajustado al cuerpo un juboncillo de seda tambien blanco (1). Mandámos entonces á aquellos dos hombres de Tortosa que le dijesen en algarabía, que Nos le dejaríamos allí á dos caballeros con algunos de nuestros hombres para guardarle, y que no tenia ya que temer, porque hallándose en poder nuestro podia contar salva su vida (2). Así

(1) *Vestia un xapsir blanc*, dice el original. No hemos podido dar con el verdadero significado de *xapsir;* mas viendo que algunos cronistas, al hablar de este suceso, visten al rey de Mallorca con un jubon de seda blanco, nos arriesgamos á ponerlo así, interin no sepamos lo que aquella voz significa.

(2) El cronista Montaner esplica de otro modo la rendicion del rey de Mallorca, y refiere la circunstancia de haberlo don Jaime cogido por la barba, en estos términos...... *E dins en lo carrer, qui ara se apella Sen Miguel, era tan fort la batalla, que maravella era. E lo senyor rey conech*

lo verificámos, y nos volvimos en seguida á la puerta de la Almudaina, donde habiendo dicho á los que estaban dentro que nos diesen rehenes y saliesen al muro viejo para ajustar los tratos, convinieron en entregarnos, como lo verificaron, al mismo hijo del rey de Mallorca, jóven que tendria á la sazon unos trece años (1). Abrieron entonces la puerta, advirtiéndonos que pusiésemos cuidado en los que entrasen; y Nos confiámos la guarda del tesoro y de las cosas del rey á dos frailes predicadores, dándoles diez de nuestros mejores y mas discretos caballeros, para que con sus escuderos les ayudasen á guardar toda la Almudaina; pues anochecia ya, estábamos Nos sumamente fatigado, y queríamos descansar un poco (2).

CAPÍTULO LXXIX.

Por la mañana del siguiente dia quisimos arreglar nuestras cosas y ponerlo todo en órden; pues por la gracia del Señor era tanto el botin que habian cogido todos los de la hueste, que lejos de envidiarse unos á otros, cada uno se creia ser mas rico que los demás: y habiéndonos convidado el mismo dia don Ladron, que era uno de los ricoshombres que iban con Nos, diciéndonos que uno

lo rey sarrahí, e per força darmes acostas á ell, e preslo per la barba. E aço feu per ço com ell havia jurat, que james no partiria daquell lloch, entro lo dit rey sarrahí hagues pres per la barba: e axí volch salvar son sagrament. El juramento de don Jaime unos lo suponen hecho en Tarragona, cuando se acordó la conquista; y otros en la misma isla de Mallorca, despues de la batalla en que murieron los Moncadas.

(1) Este hijo del emir de Mallorca se convirtió despues á la fé cristiana, recibiendo en el bautismo el nombre de Jaime, y prestando luego señalados servicios al Conquistador, por los cuales esté le donó á 3 de las calendas de junio de 1250 el castillo y villa de Gotor, en el reino de Aragon.

(2) La toma de la ciudad de Mallorca se cumplió el dia 31 de diciembre del año 1228; pues aunque algunos cronistas la pongan en 1229, debe tenerse presente que cuentan los años desde la encarnacion, y por consiguiente de modo que todas las fechas desde el 25 de marzo hasta el 31 de diciembre llevan un año mas del que les corresponde segun la cuenta que ahora usamos.

de sus hombres le habia manifestado que tenia una buena casa donde podríamos alojarnos, y aderezada excelente vaca para comer; se lo agradecimos en gran manera y aceptámos el ofrecimiento. Así transcurrieron ocho dias sin que se presentase ninguno de nuestros domésticos, que embriagados con tantos despojos como habian recogido, no se acordaron siquiera de volver á Nos.

CAPÍTULO LXXX.

Tomada ya la ciudad, se juntaron los obispos y ricoshombres, y vinieron á decírnos que era menester que se hiciese almoneda de los moros cautivos y de todo cuanto se habia ganado en la entrada. — No lo aprobamos, les dijimos; porque esa almoneda ha de durar mucho tiempo, y mas valdria que ahora que los sarracenos están acobardados fuésemos á conquistar la montaña, distribuyendo ejecutivamente todos los efectos recogidos. — ¿Y cómo podrá hacerse la distribucion? nos objetaron. — Por cuadrillas, les contestámos; de este modo podrá hacerse luego y quedarán todos satisfechos. Prisioneros y efectos estará repartido todo dentro de ocho dias; marcharémos luego contra los sarracenos que están afuera, conquistarémoslos, y guardarémos la correspondiente porcion del botin para las galeras: creednos, esto es lo mejor. — Á pesar de nuestras razones, En Nuño, En Bernardo de Santa Eugenia, el obispo y el sacrista de Barcelona estaban empeñados en que se hiciese la almoneda; y como obraban los cuatro de acuerdo y eran mas avisados que los demás, seducian fácilmente á todos los de la hueste. — ¿No veis, decíamos Nos á estos, que la almoneda no será mas que un engaño, y con ella darémos lugar á que se repongan los sarracenos, siéndonos despues mas costoso el vencerlos? ¿No fuera mejor acometerlos ahora, cuando se hallan aun sobrecogidos de espanto, que no despues cuando se hayan rehecho? — Á todo nos contestaron que era preferible la almoneda, y que no teníamos por qué oponernos. — ¡Así lo quiera Dios, les dijimos; y ojalá no tengamos despues que arrepentirnos!

Comenzóse, pues, la almoneda, y duró desde carnestolendas hasta pascua. Luego que estuvo terminada, así los caballeros como el pueblo, que pretendian que se les diese parte de todo y

con esta fé compraron lo que mejor les plugo, se resistieron á pagar el precio de lo que habian comprado; aviniéronse unos con otros, y andaban diciendo por la ciudad que todo aquello habia sido mal hecho. Amotináronse al cabo y gritaron á una voz: — ¡Vámos á saquear la casa de Gil de Alagon! — y así lo ejecutaron; de modo que cuando Nos salímos para impedirlo, la hallámos ya saqueada. — ¿Cómo os habeis atrevido, les dijimos entonces, á poner á saco la casa de uno de nuestros vasallos, estando Nos aquí y no habiéndonos presentado antes reclamacion ninguna? — Señor, nos contestaron, ¿no merecemos tambien cada uno de nosotros tener nuestra parte en los despojos que se han recogido, como la tienen otros? ¿Porqué, pues, no ha de habérsenos dado igualmente á nosotros? Aquí nos estamos muriendo de hambre, señor; por esto quisiéramos todos volvernos á nuestro pais, y por esto hace el pueblo lo que Vos estais viendo. — Barones, les dijimos, mal habeis obrado, y por nuestra fé que de ello habeis de arrepentiros: tened cuenta con no repetir tales desmanes, porque no los sufrirémos, y habrémos de hacer tan ejemplar castigo, que á vosotros os pesará del mal que habreis hecho, como nos pesará á Nos de la pena que nos verémos forzado á imponeros.

Esto no obstante, al cabo de dos dias se amotinaron de nuevo, y levantando grande gritería, dijeron otra vez: — Vámos á la casa del pavorde de Tarragona. — Encamináronse allá, saqueáronla, y se apoderaron de cuanto en ella habia; de modo que solo pudieron salvarse las dos caballerías en que él cabalgaba, porque en aquella sazon las tenia en nuestro alojamiento. Viendo esto, reunímos en nuestra presencia á los ricoshombres y á los obispos, á quienes dijimos: — Barones, eso no debe ya sufrirse; pues tal pudiera ser nuestra tolerancia, que ninguno de nosotros podria contarse seguro de no morir á manos de esos amotinados, ó de no ver arrebatado por ellos cuanto posee. Por nuestra parte somos de parecer que estemos apercibidos para el primer alboroto que muevan: entonces nos armarémos, montarémos á caballo, nos presentarémos en la plaza, donde no hay barrera ni cadena, y de los que podamos coger haciendo algun daño, mandarémos ahorcar unos veinte, ó sino de los primeros que nos vengan á mano, para que así sirvan de escarmiento á los demás. — Para mayor seguridad mandámos luego trasladar de la Almudaina á la casa del Templo

todas nuestras cosas, escoltándolas Nos en persona, acompañado de algunos de nuestros ricoshombres. Nos presentámos despues ante el pueblo, y le dirigímos las siguientes palabras: — Mala obra habeis comenzado, barones, con saquear las casas de nuestros vasallos, de aquellos mayormente que ningun tuerto os han hecho; pero tened entendido que os han de costar caros tamaños atentados, y que si continuais por ese camino, hemos de mandar ahorcar por esas calles á tantos de vosotros, que los cadáveres lleguen á apestar la ciudad. Por lo demás, tanto Nos como nuestros ricoshombres, todos queremos que se os dé tambien en tierras y en bienes muebles la parte que os corresponda. — Así que oyeron nuestras últimas palabras, aquietáronse y cesaron en su mal propósito; pero con todo aconsejámos á los obispos y al pavorde que no saliesen por entonces de la Almudaina hasta que el pueblo estuviese mas sosegado, que entretanto arreglaríamos la cuenta, para dar luego su parte á cada uno. Llegada la noche y cuando todo estuvo ya tranquilo, marchóse cada uno á su casa.

CAPÍTULO LXXXI.

Pasada la pascua, armó don Nuño una nave y dos galeras para ir en corso á las partes de Berbería; y mientras estaba él ocupado en el armamento, sobrevino una enfermedad á Guillermo de Claramunt, de la cual murió al cabo de ocho dias. No bien se habia dado sepultura á su cadáver, cuando enfermaron asimismo En Raimundo Alamañ y don García Perez de Meytats, que era de Aragon, de ilustre linaje y de nuestra meznada; muriendo igualmente los dos al cabo de ocho dias. Despues de ellos, enfermó tambien En Geraldo de Cervelló, hijo de En Guillermo de Cervelló, hermano mayor de En Raimundo Alamañ; y falleció del mismo modo á los ocho dias. Cuando el conde de Ampurias vió que habian muerto aquellos tres, creyó ya que habian de perecer todos los del linaje de Moncada, cayó tambien enfermo, y al cabo de otros ocho dias falleció; de modo que en el corto espacio de un mes perdimos á esos cuatro caballeros, que eran de los mas nobles y distinguidos de Cataluña; afligiéndonos en gran manera el que hubiese sobrevenido tamaña mortandad entre los cabos de

nuestra hueste. Habiéndonos entonces propuesto don Pero Cornel que pasaria á Aragon, y que por cien mil sueldos que le diésemos nos traeria de allí ciento y cincuenta caballeros, esto es, ciento por la indicada suma, y cincuenta por el feudo que tenia de Nos; aceptámos el ofrecimiento; fuéle entregada la cantidad que pedia, y emprendió su viaje.

CAPÍTULO LXXXII.

Viendo que habian fallecido los caballeros En Guillermo y En Raimundo de Moncada y los demás ricoshombres que antes hemos citado, acordámos con don Nuño, que se habia quedado con Nos, y con el obispo de Barcelona, enviar órdenes á don Ato de Foces y á don Rodrigo Lizana, que se hallaban en Aragon, para que se presentasen á servir el feudo que tenian de Nos. Así lo hicimos, y nos contestaron que comparecerian de muy buen grado; pero mientras ellos se disponian para venir, resolvimos hacer una cabalgada contra los sarracenos que se habian retirado á las montañas de Soller, de Almerug y de Bayalbahar, desde donde causaban mucho daño á los cristianos, estendiendo sus correrías hasta Pollensa. Salímos, pues, de la ciudad con los pocos caballeros é infantes que pudimos reunir, porque los mas se habian marchado ya, unos á Aragon, y otros á Cataluña; y tomando por el valle de Buñola, dejámos á nuestra derecha un castillo llamado Oleró, que está situado en aquella montaña y es de los mas fuertes que hay en toda la isla de Mallorca. Llegado á la cumbre del monte, recibímos aviso del que mandaba nuestra vanguardía de que los infantes no querian acampar en el sitio que Nos les habíamos ordenado, sino que se dirigian hácia Inca; y por lo mismo, encomendando nuestra retaguardia á En Guillermo, hijo de En Raimundo de Moncada, nos adelantámos á su alcance para obligarles á hacer alto. Cuando estuvimos ya cerca de nuestra delantera, vímosles al pié de una cuesta y que iban caminando con direccion á la citada alquería de Inca; pero dejámos de seguirles, por no desamparar á los nuestros, pues los sarracenos les habian atacado y quitádoles dos ó tres acémilas durante nuestra ausencia; aunque al juntarnos otra vez con la retaguardia Nos y los tres caba-

lleros que nos habian acompañado, ésta les habia rechazado, obligándoles á retirarse por una cuesta que allí habia, y recobrando las caballerías de que ellos se habian apoderado.

Cuando estuvimos allí, vimos que los nuestros estaban otra vez en el camino, y observámos que unos seiscientos sarracenos nos estaban reconociendo desde un cerro en que se hallaban apostados, acechando si podrian hacernos algun daño; motivo por el cual habian atacado á la hueste, luego que vieron que se alejaba la vanguardia. Juntos entonces, nos encaminámos al sitio que habíamos destinado para pasar la noche, y allí tuvimos consejo para acordar el plan que nos convendria adoptar. En Guillermo de Moncada, don Nuño, Pero Cornel (que en el intermedio habia regresado ya de Aragon) y todos los caballeros que mas entendian en cosas de guerra opinaron que no era prudente el acampar tan cerca del enemigo, que contaba con una fuerza de tres mil hombres, mayormente habiéndose marchado ya nuestros infantes con las acémilas y la mayor parte de las provisiones; por consiguiente, resolvimos ir á hacer noche en Inca. Hicimos entonces marchar delante las pocas acémilas que nos habian quedado, y cuando estas llegaron á la falda de la colina en que nos hallábamos, bajámos Nos despacio siguiéndolas á alguna distancia; de modo que, á pesar de no haber en toda la retaguardia sino unos cuarenta caballeros, no se atrevieron los sarracenos á atacarnos, por ver el buen órden que llevábamos. Fuímos, pues, á alojarnos en Inca, que es la principal alquería de Mallorca, y regresámos luego á la ciudad.

Estando en ésta, se nos presentó el maestre del Hospital, llamado En Hugo de Forcalquier, quien por haber tenido noticia de la conquista de Mallorca, acudia á la sazon en ayuda nuestra con otros quince caballeros, aunque con el sentimiento de no haber podido hallarse en la toma de la capital. Era En Hugo muy querido de Nos, que lo habíamos propuesto al maestre de ultramar para que lo nombrase maestre de su órden en nuestros dominios, y él nos correspondia igualmente con su amistad: habiéndonos, pues, manifestado que queria decirnos algunas palabras en presencia de sus caballeros solamente, dímosle audiencia. Rogónos entonces encarecidamente, que por la amistad que le profesábamos y por la confianza que él tenia en Nos, fuese nuestra voluntad é intercediésemos asimismo con los obispos y con los ri-

coshombres, para que el Hospital tuviese tambien su parte en la isla, y no sufriese eternamente la deshonra de no haber concurrido á tan grandiosa hazaña como habia sido aquella conquista. — Vos, añadió, que sois nuestro señor y el escogido de Dios para llevar á cabo tan grande obra, no permitireis seguramente que nuestra órden no participe de ella, y que para nuestra vergüenza puedan luego decir las gentes que ni el Hospital ni su maestre tuvieron parte en tan señalado hecho de armas. — No ignorais, le contestámos, el afecto que siempre os hemos profesado á vos y á vuestra órden, y cuánto os habemos honrado: por lo mismo, harémos de muy buena gana lo que nos pedis. Si no se hubiese ya repartido el territorio, si no se hubiesen distribuido todos los despojos y no se hallasen ausentes muchos de los que recibieron ya la parte que les corresponde, fácil nos fuera el acceder desde luego á vuestros deseos: sin embargo, podeis estar seguro de que harémos cuanto podamos para que quedeis contento de Nos.

CAPÍTULO LXXXIII.

Vista la súplica que nos habia hecho el maestre del Hospital, llamámos al obispo de Barcelona, á don Nuño, á En Guillermo de Moncada y á todos los demás ricoshombres y caballeros que permanecian aun en la isla, y les rogámos encarecidamente que accediesen á dar á aquella órden una parte de lo que todos habíamos ganado. Viendo que se mostraban algun tanto rehacios, diciéndonos que era imposible que se diese entonces una parte á los del Hospital, cuando todas se hallaban ya distribuidas, y hasta habian regresado á su pais muchos de los ricoshombres que las tenian; les contestámos: — Barones, un medio sabemos para conciliarlo todo, sin dar repulsa al maestre y á su órden. — ¿Cual es? nos dijeron. — Nos, les respondimos, poseemos la mitad de la tierra; y por consiguiente les darémos por nuestra parte una buena alquería: llamemos luego á Raimundo de Ampurias, que sabe lo que á cada uno de vosotros ha tocado, y aunque no les deis ninguna alquería, porque no es justo que alguno de vosotros quede sin tenerla, podrán cedérseles algunas tierras, rebajando á cada uno un poco de la porcion que le ha tocado; y de este mo-

do tendrán ellos en todo la parte correspondiente. No querais, barones, que reciba un desaire tan distinguida órden; ya veis que por lo que á Nos toca procuramos complacerla. — Oidas tales palabras, se adhirieron á nuestro dictámen, diciéndonos que, pues tanto lo deseábamos, se conformaban con hacer lo que les proponíamos.

CAPÍTULO LXXXIV.

Luego de habernos puesto de acuerdo con los ricoshombres, quienes nos dijeron que respondiésemos Nos en nombre de todos, llamámos el maestre del Hospital; y cuando estuvo en nuestra presencia, le dijimos: — Maestre, vos habeis venido aquí para servir ante todo á Dios y luego á Nos en esta conquista: sabed, pues, que Nos y los ricoshombres accedemos á lo que nos habeis suplicado; y aunque esté todo repartido, y se hayan marchado ya muchos de nuestros nobles que han recibido su parte, os darémos con todo, lo bastante para mantener á treinta caballeros, mandando que así se haga constar en el libro del repartimiento (1), al igual de los demás. Nos os cederémos por nuestra parte una buena alquería, y aunque los otros no puedan hacer otro tanto, os darán cada uno una porcion de las tierras que les han cabido en suerte, de modo que vengais á tener lo suficiente para el número

(1) Se da el nombre de *Libros de Repartimiento* á los registros que mandaron formar algunos conquistadores, para que en ellos constase la distribucion entre sus conmilitones de las propiedades de los vencidos. Tal fué el que por los años de 1080 hizo estender Guillermo de Normandía despues de su conquista de Inglaterra, y al cual los anglo-sajones vencidos dieron el espresivo nombre de *Libro del juici final* (Domesday--bok), porque contenia la sentencia irrevocable de su espropiacion; tal el que formaron Balduino de Flandes y los barones sus compañeros, cuando á principios del siglo XIII hubieron conquistado el imperio griego; y tales finalmente los que ordenó nuestro don Jaime despues de cada una de sus conquistas de Mallorca y Valencia. De estos dos últimos, que hemos examinado, el de Mallorca contiene mas minuciosos detalles, pues á mas del nombre del caballero agraciado, calidad y linderos de la finca donada, é indicacion á veces de su antiguo poseedor sarraceno, esplica cómo se hizo el repartimiento; al paso que el de Valencia se contenta muy á menudo con decir: *Guillelmus, Petrus et Matheus, qui sunt germani capellani domini regis, octo jovatas juxta portam de Boatela, et tres casas intus dictum portam: sexto idus julii.*

de caballeros que os hemos indicado. Nos parece que con esto podeis teneros por muy honrado, ya que os damos tanto como á los del Templo, que concurrieron á la conquista. — Levantáronse entonces el maestre y los freiles que le acompañaban para besarnos la mano; mas no se lo permitímos al primero, y la alargámos solamente á los demás. — Señor, nos dijeron luego, ya que tanta merced nos habeis hecho, nos atrevemos á rogaros que nos deis tambien parte de los bienes muebles y algunas casas en que podamos habitar. — Al oir tal demanda, volvímonos á los ricoshombres, y les preguntámos sonriendo: — ¿ Qué os parece de lo que ahora nos vienen pidiendo esos freiles? — Que es imposible, señor, nos contestaron; porque el que ha recibido ya sus dineros ó su parte del botin, es bien seguro que no querrá traerla otra vez á colacion. En cuanto á las casas, podrá buscarse alguna, ó á lo menos solar donde puedan edificarlas. — ¿ Y si fuese posible conciliarlo de modo, que sin perjudicar á los demás, viesen ellos cumplidos sus deseos? — En hora buena, nos contestaron todos. — Pues siendo así, démosles la Atarazana, donde hallarán ya construidas las paredes y podrán edificarse muy buenas casas; y en cuanto á los bienes muebles, podemos cederles las cuatro galeras que hay allí, y que fueron del rey de Mallorca: así tendrán parte en todo, como ellos desean. — Alegráronse con nuestras palabras el maestre y los freiles; besáronnos la mano, y derramaron lágrimas de contento; mientras que el obispo y los ricoshombres aprobaban tambien el arbitrio que habíamos hallado para dejarlos á todos satisfechos.

En aquella sazon se hallaban aun con Nos en la isla don Nuño, el obispo de Barcelona y don Gimeno de Urrea; por cuyo motivo resolvimos dirigirnos á la montaña contra los sarracenos. Cuando estuvimos en Inca, se presentó tambien el maestre del Hospital, y habiendo llamado á los ricoshombres y á los adalides que mandaban la frontera y conocian los pasos de la tierra, pedímosles que nos diesen consejo sobre lo que deberíamos hacer. Don Nuño, En Gimeno de Urrea y el maestre del Hospital fueron de dictámen, que atendidas las pocas fuerzas que llevábamos, no era prudente que nos aventurásemos en aquel terreno; pues como en las montañas de Soller, de Almerug y de Bayalbahar, donde Nos queríamos internarnos, hubiese por lo menos tres mil moros de armas

acaudillados por uno llamado Xuaip, que era natural de Chivert y llevaba en su compañía á unos veinte ó treinta de á caballo; poníamos en inminente riesgo nuestra persona y la de todos los que nos acompañaban. Conocimos que tenian razon, y por lo mismo, aunque muy á pesar nuestro, desistímos por entonces de aquella empresa.

CAPÍTULO LXXXV.

Luego que los ricoshombres nos hubieron dejado, marchándose cada uno á su alojamiento, mandámos llamar á los adalides, para que se presentasen delante de Nos; y hablando con ellos á solas, les dijimos: — Os mandamos que por la naturaleza que con Nos teneis nos digais la verdad sobre cuanto os preguntemos. ¿Sabe alguno de vosotros que haya sarracenos en otra parte de la isla, sino en esa sierra que mirada desde aquí nos parece tan alta? ¿Habeis estado allí alguno de vosotros? — Como ocho dias atrás, nos contestó uno de ellos, estuve yo allí en cabalgada, y por cierto que pensábamos coger prisioneros á algunos sarracenos en una cueva de esa misma sierra que vos estais viendo; pero antes de que pudiésemos alcanzarlos, salieron á recibirles mas de sesenta de los suyos, armados, y se recogieron juntos en la misma cueva. — No nos desagradaron tales noticias; y llamando luego á don Nuño, al maestre, á don Gimeno de Urrea y á otros caballeros esperimentados que se hallaban con Nos en aquella cabalgada, les dijimos: — Hemos hallado un arbitrio para que no hayamos de volvernos con tan poco provecho y tanta mengua á Mallorca (1), y puedan luego decirnos que salímos para conquistar esos montes, y nos retiramos sin haberlo siquiera intentado. — ¿Cuál es? nos preguntaron. — Hay aquí un adalid, contestámos Nos, que nos guiará

(1) Como habrá observado el lector, don Jaime no da nunca otro nombre que el de *Mallorca* á la ciudad cabeza de la isla; pues el de Palma que ahora lleva es muy posterior á la época del Cronista, como que á fines del siglo XV se la conocia aun por el primitivo. Por esto presentan á primera vista alguna confusion las idas y venidas de Mallorca que esplica don Jaime, sin que parezca haber salido de la isla.

á donde podrémos hacer una buena presa de sarracenos; pues no hace mas de ocho dias que los dejó allí, y se hallan en la parte de la montaña que yo os mostraré, en tierra de Artana.—Cabalguemos, pues, con la ayuda de Dios, dijeron ellos.—Llamámos entonces al adalid, y nos contó otra vez delante de nuestros caballeros de qué modo habia encontrado á los sarracenos.

CAPÍTULO LXXXVI.

Resuelta ya la espedicion, dimos órden para que al amanecer se levantasen nuestras tiendas y todo nuestro equipaje para dirigirnos allá, enviando delante de Nos á algunos corredores que bloqueasen á los sarracenos, y que les impidiesen el salir antes de que Nos llegásemos. Cumplióse todo puntualmente como lo habíamos dispuesto; y cuando al anochecer llegámos cerca de donde debian hallarse los sarracenos, se nos presentaron nuestros corredores, diciéndonos:—No tendreis que buscarlos mucho; pues hemos escaramuceado ya con ellos, y ahí los teneis.—Vímoslos, en efecto, que habian encendido almenaras para que fuesen vistos de los suyos, que en mayor número se hallaban en la montaña; mas como nuestras caballerías se hallasen ya rendidas del calor que hacia, determinámos acampar junto á un rio que corria á la falda de aquel cerro, dando órden para que al amanecer del dia siguiente estuviésemos todos dispuestos y armados nuestros caballos, que eran en todo unos treinta y cinco: previniendo además que los sirvientes irian á atacar el peñon en que se hallaban los sarracenos, tomando las avenidas para que no pudiesen escaparse, mientras Nos acordaríamos lo demás que debiese hacerse. Así lo cumplieron. Era aquel cerro tan empinado, que casi remataba en punta, y habia en él una peña saliente, en mitad de la cual habia las cuevas donde ellos se recogian, de modo que allí estaban á salvo de las piedras que les arrojaban los nuestros, y solo podian estas hacer daño en las chozas que allí á la boca de la misma cueva habian construido. Embistieron los nuestros aquella entrada, llamando á combate á los sarracenos; y cuando estos se aventuraban á salir, dañábanles arrojándoles algunas piedras; continuando así por un buen rato, con satisfaccion de los que lo estábamos mirando.

CAPÍTULO LXXXVII.

Díjonos entonces don Nuño: — Creo, señor, que de nada sirve el que permanezcamos aquí, y que es en vano cuanto hacemos; porque las piedras que les estámos tirando no pueden causarles daño, ni tampoco pueden herirles las que se les arrojan desde mas abajo. Es ya mediodia; será, pues, mejor que os vayais: entretanto podreis comer, ya que es dia de ayuno, y luego resolvereis mejor lo que hacer convenga. — No os deis tanta prisa, don Nuño, le respondimos; pues yo os aseguro que ellos caerán en nuestras manos. — Bien dice el rey, añadió el maestre del Hospital; pero con todo, podeis iros los dos, y cuando hayais comido, enviad aquí algunas fuerzas y verémos lo que deberá hacerse. — Accedimos á lo que nos dijeron el maestre y don Nuño, y nos marchámos de allí.

CAPÍTULO LXXXVIII.

Mientras Nos estábamos comiendo, el maestre reató sus acémilas, puso una cadena al extremo de la recua, mandó encender fuego en un caldero con leña seca, y atando á un hombre con la cadena, dióle el caldero, y lo bajaron poco á poco y sin ser sentido de los sarracenos desde la altura en que los nuestros se hallaban hasta que vieron que habia llegado junto á las barracas. Pegó entonces fuego á una de ellas, y como soplaba bastante recio el viento, propagóse de una á otra el incendio, y ardieron hasta el número de veinte, contemplándolo Nos con gran satisfaccion desde la tienda en que estábamos comiendo. Mandóles decir entonces el maestre que se rindiesen, si no querian perecer todos; á lo cual ellos contestaron, que si dentro de ocho dias, á contar desde el siguiente, que era el de san Lázaro y dia de cuaresma, no eran socorridos por los de la montaña, se entregarian á Nos y con ellos aquella fuerza y cuanto tenian en ella, á condicion de que no debiesen darse por cautivos. Vino luego el maestre á manifestarnos la propuesta que le hacian; mas sin esperar siquiera nuestra

respuesta, añadió: —No acepteis tales condiciones: que se den por cautivos; ó sino, rendidos están y que mueran, los villanos.— Así fué á decirselo, y entonces convinieron en entregarse cautivos si de allí á ocho dias, que seria el domingo de Ramos, no recibian ningun socorro; dándonos en rehenes de su palabra los hijos de los diez moros principales que se hallaban refugiados en aquellas cuevas. Descansámos entretanto esperando aquel dia, pero en el intermedio nos vimos en bastante necesidad, porque no teníamos sino un poco de pan por todo bastimento, y aun el último dia hubimos de mantenernos con siete panes Nos, don Nuño y mas de cien hombres que comian de lo nuestro. En cuanto á los de la hueste, veíanse reducidos á buscar trigo por las alquerías de los sarracenos, y comerlo tostado; de modo que nos pidieron y nos vimos precisados á concederles permiso para comer carne.

CAPÍTULO LXXXIX.

Antes de que venciese el plazo que habian señalado los sitiados para rendirse, juntó don Pero Maza algunos caballeros, unos cuantos hombres de la hueste y cierto número de almogávares (1),

(1) *Aquestes gents qui han nom almugavers son gents qui no viuen sino de fet de armes, ne no están en viles ni ciutats, sino en montanyes é en boschs, é guerrejen tots jorns ab serrayns. E entren dins la terra dels serrayns una jornada ó dues, lladrunyant é prenent dels serrayns molts é de llur haver, é de aço viuen. E sofferen moltes malenances que els altres homens no porien sostenir, que be passaran á vegades dos jorns sens menjar, si menester los es: é menjarán de les herbes dels camps, que sol no s' en prehen res: e los adelils quels guien saben les terres els camins. E no apporten mes que una gonella ó una camisa, sia istiu ó ivern, é en les cames porten unes calses de cuyr, é als peus unes avarques de cuyr. E porten bon coltell é bona correja é un fogur á la cinta. E porta cascú una llansa é dos darts é un seró de cuyr en que apporten llur vianda. E son molt forts é molt laugers per fugir é per encalsar. E son catalans ó aragonesos ó serrayns. E aquelles altres gents que hom apella Golfins son castellans é salagons é gents de parfunda Spanya, é son la major partida de paratge. E per ço com no han rendes, ó han degastat ó jugat, ó per alguna mala feyta, fugen de llur terra ab llurs armes. E axí com á homens que no saben altre fer, venensen á la frontera dels ports de Muradal, qui son grans montanyes é forts é grans boscatges, é marquen ab la terra dels serrayns é dels crestians, é quens passa lo camí qui va de Castella á Cordoba é á Sivilia, axí aquelles gents*

con quienes hizo una cabalgada, llegando á una cueva en la que se habian recogido bastantes sarracenos; y habiéndole Nos enviado algunas ballestas, saetas y picos que nos pidió por un mensaje, combatió á aquellos por espacio de dos dias, al cabo de los cuales nos trajo quinientos prisioneros. Llegó en esto el dia de Ramos, y salido ya el sol, mandámos decir á los sarracenos retirados en las cuevas que nos cumpliesen el convenio que nos habian otorgado; á lo que nos contestaron, que debíamos esperar hasta la hora de tercia. Dijímosles que tenian razon; pero que se preparasen entretanto para salir de su escondite. Preparáronse, pues; recogieron todo su vestuario, y dejándonos allá arriba gran cantidad de trigo y cebada, comenzaron ya á bajar mucho antes de la hora que habian indicado. Eran en número de mil y quinientos; de modo que con los que ya teníamos en nuestro poder reunímos hasta dos mil prisioneros sarracenos, que puestos en camino, cogian el espacio de mas de una legua. Con ellos y con diez mil vacas y mas de treinta mil ovejas que recogimos además en aquella espedicion, emprendimos otra vez la vuelta á Mallorca, donde entrámos luego contento y satisfecho.

CAPÍTULO XC.

En Mallorca recibímos la noticia de que don Ato de Foces y don Rodrigo Lizana venian á encontrarnos, de lo que nos alegrámos en gran manera, por las pocas fuerzas que en aquella sazon teníamos con Nos. Don Rodrigo hizo fletar una tarida de las que habian estado ya en nuestro pasaje á la isla y que era á propósito para trasportar los caballos, y luego otros dos leños, en los cuales embarcó su equipaje y provisiones; presentándosenos, á poco

prenen crestians é serrayns. E estan en aquells boscatges, é aquí viuen: é son molt grans gents, tan que el rey de Castella non pot venir á fi. —D' Esclot, c. 79.

La voz almogávar puede componerse del árabe *Mghábr*, que significa fogoso, y del artículo *al*; ó del hebreo *Muhavar*, compañero, socio agregado. Hay quien escribe *almogárabes*; pero de todos modos conocemos el orígen de la institucion como árabe, tanto por lo que dice D' Esclot, como por ver que es asimismo árabe el nombre que daban á sus caudillos ó adalides (*dalil*).

de haber llegado á Pollensa, con treinta caballeros bien armados y provistos de todo lo necesario. Don Ato se embarcó con don Blasco Maza y los caballeros que acompañaban á entrambos en una coca de esas de Bayona; mas luego que estuvieron en alta mar, empezó el buque á hacer agua por dos ó tres partes, teniendo que sacarla con calderos pequeños, y calafatear las aberturas lo mejor que pudieron; de modo que aunque deseaban abordar luego á cualquier punto de la costa, ya de Cataluña, ya de Mallorca, la fuerza del temporal les llevó otra vez á Tarragona, á donde llegaron salvos por milagro; pues la embarcacion era muy vieja y hacia mucha agua, en términos, que apenas habian tenido tiempo para desembarcar sus caballos y equipaje, cuando se abrió de por medio.

CAPÍTULO XCI.

Cuando hubimos pasado todo aquel verano en Mallorca, llamámos un dia á En Bernardo de Santa Eugenia, señor de Torroella, y le dijimos: que habiendo Nos permanecido allí tanto tiempo desde que habia sido ganada la ciudad, queríamos volvernos á Cataluña; que él quedaria en Mallorca como lugarteniente nuestro, y que por consiguiente daríamos órden á los caballeros y á todos los demás vasallos para que se condujesen con él como con Nos mismo. Contestónos que le placia, pero nos rogó que le hiciésemos donacion por durante su vida del castillo de Pals, situado cerca de Torroella y de Palafurgell, para que así viesen las gentes cuánto le amábamos; y conocimos efectivamente que al otorgarle tal don agradecia mas que todo el amor que con ello le mostrábamos, pues era muy corta la renta que producia aquel lugar. Convenidos ya en esto, nos comprometimos además, mediante escritura, á indemnizarle todos los gastos que por Nos hiciese en Mallorca; y luego, mandando juntar consejo general de los caballeros y demás pobladores de la isla, dirigímos á todos las siguientes palabras:— Barones, hace ya catorce meses que permanecemos aquí, sin que en ninguna ocasion hayamos querido separarnos de vosotros; pero estamos ahora á la entrada del invierno, y como nos parece que, gracias á Dios, no tiene ya de qué temer esta tierra, queremos

volvernos á nuestros otros reinos. Desde allá, mejor que no aquí mismo, podrémos daros consejo; podrémos enviaros nuevas huestes para la defensa de la isla, y acudirémos tambien en persona, si necesario fuere; pues estad seguros de que no os perderémos nunca de vista, y de que noche y dia estarémos pensando en vosotros. Ya que Dios nos ha hecho la gracia, que no pudo alcanzar ningun rey de España, de que conquistásemos un reino puesto en medio del mar, y de que hayamos podido edificar aquí iglesia á nuestra Señora Santa María, sin otras que se levantarán con el tiempo; no temais que os desamparemos, antes bien acudirémos siempre en vuestra ayuda, y muy á menudo nos vereis y tendreis personalmente entre vosotros.—Despedímonos entonces todos vertiendo abundantes lágrimas; y al cabo de un buen rato en que el dolor habia embargado nuestra lengua, les manifestámos que habíamos nombrado por su caudillo á En Bernardo de Santa Eugenia, por quien esperábamos que harian lo que por Nos mismo; y que á la primera nueva que tuviésemos de que se dirigia contra ellos alguna armada, nos tendrian inmediatamente á su lado.

CAPÍTULO XCII.

Despues de habernos despedido de nuestros vasallos de la isla, los cuales se conformaron con nuestra partida, ya que habia de ser ventajosa para ellos y para Nos; dejámos los caballos y las armas á los que se quedaban, por si los habian menester, y emprendimos nuestro viaje dirigiéndonos á la Palomera, donde se hallaban surtas dos galeras, una de En Raimundo de Canet, y otra que era de Tarragona. Embarcado Nos en la primera, y en la de Tarragona parte de los que nos acompañaban, hicímonos á la mar el dia de san Simon y san Judas, y á los tres dias de navegacion llegámos con toda bonanza á la Porrasa que se halla entre Tarragona y Tamarit, donde hallámos á En Raimundo de Plegamans, que al darnos la bienvenida y besarnos la mano, echóse á llorar de gozo, por el mucho que le causaba nuestra vista. Como él sabia ya los tratos que habíamos celebrado con el rey de Leon, que debia dar-

nos su hija por esposa (1) y con ella su reino, anunciónos desde luego la muerte de aquel rey.—¿Y la sabeis de cierto? le dijimos. —Así á lo menos lo han contado, nos respondió, algunos hombres de Castilla que han llegado á Barcelona.—Fuéronnos bastante dolorosas tales nuevas; pero nos consolámos luego, pensando que en resúmen valia mas la conquista de Mallorca que acabábamos de verificar, que todo el provecho que pudiera resultarnos de la adquisicion de aquel reino; y que ya que no habia sido tal la voluntad de Dios, no debíamos Nos entrometernos en lo que el Señor no queria. Con esto nos quedámos á dormir allí hasta que amaneciese.

CAPÍTULO XCIII.

Á poco de haber amanecido, entrámos otra vez en las galeras y nos dirigímos á remo al puerto ó playa de Tarragona, en donde desembarcámos y salieron á recibirnos con el mayor júbilo y banderas desplegadas los habitantes de la ciudad. Al acabar de comer y luego de haber sacado de á bordo todo el equipaje de nuestros

(1) Á fines del mes de abril del año anterior de 1228, mientras don Jaime andaba ocupado en ordenar los preparativos de su espedicion á Mallorca, fué anulado á causa del parentesco su matrimonio con doña Leonor de Castilla, por un concilio que con este objeto se celebró en Tarragona, bajo la presidencia del legado apostólico, el cardenal de Santa Sabina. Legitimó entonces don Jaime al hijo que le quedaba de aquella reina, llamado Alfonso, para que le sucediese en Aragon; y doña Leonor se volvió luego á Castilla, donde murió años adelante (en 1251), en el convento de Nuestra Señora de Salas, á donde se habia retirado. Por este mismo tiempo don Alfonso IX de Leon estaba empeñado en que le sucediesen en el reino las hijas Sancha y Dulcia, habidas de su primer matrimonio con doña Teresa de Portugal, en perjuicio del hijo don Fernando, que le habia dado su segunda mujer doña Berenguela; y así fué que luego de haber tenido noticia de la decision del concilio de Tarragona, trató de casar con don Jaime á su primogénita Sancha, dándole por dote su reino. El fallecimiento de don Alfonso á 24 de setiembre de este mismo año 1229 desvaneció aquellos proyectos; pues aunque en su testamento instituyó herederas á las infantas y se alzaron por ellas algunos pueblos, obtuvo al fin la primacía don Fernando. Mas quizás hubiera sido muy diferente el resultado, si verificándose el enlace de doña Sancha, hubiese tenido que luchar el infante de Castilla con el poder del monarca aragonés y con el prestigio que daban á su nombre sus recientes hazañas.

hombres y de los marineros, levantóse tan fuerte leveche, que hizo zozobrar las galeras que se hallaban surtas á la boca del puerto, y en frente de la capilla de San Miguel, que habia mandado edificar el arzobispo Aspargo ; de modo que solo pudieron salvarse dos hombres de los seis que en ellas habia : queriendo así el Señor mostrarnos un nuevo y señalado milagro. Despues de haber permanecido por algun tiempo en Tarragona, partímos para Monblanc, y desde allí nos encaminámos á Aragon, pasando antes por Lérida. En todo el tránsito nos acogieron nuestros vasallos con procesiones y estremado alborozo, y todos tributaban gracias á Dios por las mercedes que nos habia dispensado.

CAPÍTULO XCIV.

Pasámos aquel invierno en Aragon (1), y luego nos volvimos á Cataluña, donde, estando en Barcelona, tuvimos noticia de que el rey de Túnez hacia sus aprestos para pasar á Mallorca, con cuyo objeto se apoderaba de todas las naves de pisanos, genoveses y otros cristianos. Pedímos entonces á los nobles que nos acompañaban y á los prohombres de Barcelona (2), que nos aconsejasen lo que debiéramos hacer atendidas las nuevas que habíamos recibido ; y ellos fueron de parecer que debíamos esperar hasta que las tuviésemos mas seguras, porque no siempre salia cierto todo lo que se contaba de tan remotas tierras. Conformándonos con este dictámen, nos fuímos entretanto á Vich, para resolver ciertas cuestiones que se habian suscitado entre En Guillermo de Moncada y algunos habi-

(1) Por este tiempo fué tambien don Jaime á Tudela á tener su primera entrevista con el rey de Navarra, de la cual nos dará cuenta mas adelante: y no es estraño que omita aquí este suceso, porque, como no sigue en su historia un órden rigurosamente cronológico, traspone á veces los hechos para referir de por junto todos los que conciernen á un mismo negocio, sin indicar, sino muy raras veces, la fecha en que ocurrió cada uno.

(1) *Prohombres* (*Probi homines*) era el título que se daba á los individuos que componian algunas municipalidades, y en particular la de Barcelona. Cuando el mismo don Jaime reformó esta corporacion en 1249, les llamó paheres y consellers ó consejeros; pero en la nueva organizacion de 1257 se les dió otra vez el mismo dictado de prohombres, hasta que lo perdieron definitivamente, cuando por otra nueva ordenanza del año 1274 quedaron divididos en consellers y jurados.

tantes de aquella poblacion; pero á los dos dias de estar allí se nos presentó un mensajero de En Raimundo de Plegamans, que habiendo andado toda la noche llegó antes de la hora de tercia, para decirnos que se habian recibido en Barcelona noticias ciertas de que el rey de Túnez debia hallarse ya á aquellas horas en Mallorca. Sobresaltónos tal mensaje; y dándonos toda la prisa posible, por temor de que no nos sucediese en aquel reino algun fracaso, no hicimos mas que comer un poco, y cabalgando en seguida, llegámos por la tarde á Barcelona, donde descansámos aquella noche: que larga habia sido la jornada. El dia siguiente nos encaminámos por la mañana á la playa para tomar lengua, y descubrímos luego una vela, que como tenia el tiempo favorable, llegó al cabo de poco que la estábamos esperando. Era de Mallorca; y preguntando á uno de los marineros, que desembarcó el primero en un bote, qué noticias traian de la isla; nos contestó demudado el semblante: — Tememos, señor, que no esté ya allí el rey de Túnez. — Malas nuevas traeis, le dijimos; pero confiamos en Dios que podrémos llegar allá antes que él; — y señalámos desde luego dia para hallarnos en Tarragona. Dijimos entonces á los nuestros: — No nos parece bien lo que nos han aconsejado los de Barcelona, ni provechoso para Nos ni para nuestro reino; pues la mas grande empresa que se haya llevado á buen término desde cien años acá quiso el Señor que se cumpliese por Nos con la conquista de Mallorca; y ya que Dios nos la dió, no la perdamos ahora por pereza ni por cobardía. Resueltos estamos á ir á socorrerla en persona, y para ello señalarémos dia á todos los que nos acompañaron en aquella conquista, y enviarémos órdenes á Aragon, para que todos los que tengan por Nos algun feudo ó sean de nuestra meznada comparezcan en Salou dentro de tres semanas con todas las fuerzas que reunir puedan: allí les esperarémos; pues preferimos morir en Mallorca, que perderla por nuestra culpa. Mas no la perderémos, nó; Dios y los hombres nos serán testigos de que harémos cuanto de Nos dependa por conservarla. — Así lo cumplímos.

CAPÍTULO XCV.

Antes del dia que habíamos señalado, nos hallábamos ya en Tarragona; teníamos fletadas naves, taridas y una galera, en la cual estuvimos para adquirir noticia de si los sarracenos habian llegado á Mallorca; y lo habíamos dispuesto todo para poder embarcar hasta trescientos caballeros. Doscientos y cincuenta fueron los que se presentaron; pero con otros cincuenta que hallámos en aquella tierra, pudimos reunirnos en el número indicado. Antes de marcharnos, vinieron á vernos nuestro pariente el arzobispo de Tarragona y En Guillermo de Cervera, religioso de Poblet, quienes derramando lágrimas, nos rogaron por Dios, por el amor que nos tenian y por el buen consejo que nos daban, que no arriesgásemos nuestra persona en aquella empresa, sino que enviásemos á aquellos caballeros que teníamos allí reunidos, dándoles por caudillo á don Nuño; mas aunque nos conmovió su llanto, les respondimos que por nada del mundo queríamos desistir. Porfiaron, nos estrecharon entre sus brazos para detenernos; pero nos desasímos, y tomámos desde luego el camino de Salou. Otro de los que habíamos convocado para aquella espedicion era el infante don Pedro de Portugal, con quien habíamos hecho permuta de la tierra de Mallorca (1); pero por mas que le enviámos dos mensajes

(1) El infante don Pedro, de quien aquí se trata, fué hijo del rey don Sancho I y hermano de don Alfonso II de Portugal. La ejecucion del testamento del padre promovió entre los hermanos graves disensiones, que obligaron á don Pedro á estrañarse del reino. Pasó á Marruecos, permaneció allí por espacio de algunos años, y luego se refugió en el reino de Aragon al lado de don Jaime, quien, para honrarle, le casó con la condesa de Urgel doña Aurembiaix, la misma que habia sido repuesta por el rey en la posesion de sus estados, usurpados por los Cabreras. Muerta doña Aurembiaix, y habiendo instituido heredero á su esposo, temió don Jaime que éste, por poco apego al país, como estranjero, no entrase en tratos con los Cabreras enajenando á su favor el condado; y procuró por lo mismo halagarle con el señorío de Mallorca bajo ciertas reservas, para poder así incorporar á su real corona los estados de Urgel. Convino en ello el infante don Pedro, y á 29 de setiembre de 1230 fué otorgada en Lérida la escritura de permuta. Sin embargo, gozó por pocos años de su nuevo señorío; pues sien-

diciéndole que pensase en socorrer la isla, y que siempre contestó que compareceria, no habia cumplido hata entonces su palabra.

CAPÍTULO XCVI.

A media noche, cuando hacíamos levantar las áncoras á nuestras embarcaciones para ponerlas en franquía, se presentó don Nuño en la ribera del mar, y oímos que nos daban voces, diciendo: — ¡Oh de la galera! —¿Qué hay de nuevo? les contestámos.—Dice don Nuño, nos respondieron, que os ruega le aguardeis un poco, porque ha llegado el infante de Portugal y quiere hablar con vos. — De buenas á primeras no queríamos recibirle; mas pensándolo luego mejor, resolvimos que se presentase, ya que allí estaba. Vinieron, pues, en un bote él y don Nuño, subieron á la galera, y le preguntámos al verle, qué queria. — He venido, señor, nos dijo, para acompañaros á Mallorca. —¿Cuántos caballeros traeis? — Cuatro ó cinco, nos contestó; los demás se presentarán luego. — ¡Válgame Dios! don Pedro, mal aparejado venis para tal empresa. Sin embargo, aquí teneis nuestras naves y taridas, que se harán á la mar por la mañana; embarcaos en hora buena, si os place, que Nos no podemos retardar el viaje; no sea que el rey de Túnez se halle ya en Mallorca. — Convino en quedarse en la galera con un caballero y un escudero, encargando á don Nuño que hiciese embarcar á los demás; y por cierto no fué dificil el cumplirlo, porque no habia comparecido ningun otro caballero, ni traia mas que los cuatro que nos habia dicho. Salió entonces don Nuño de la galera, y se quedó con Nos el infante.

CAPÍTULO XCVII.

Levadas ya las anclas, mandámos empuñar los remos, emprendímos el viaje, y navegando á vela y remo, llegámos al cabo de

do poco amigo de las armas, y debiendo vivir allí en continua zozobra por la vecindad de los moros africanos, se resolvió á abandonarlo, cediéndolo nuevamente á don Jaime en 1244.

dos dias á Soller á eso de mediodia. Hallábase allí una embarcacion de genoveses, los cuales se habian asustado en estremo al descubrir nuestra galera; mas luego que reconocieron el pabellon, largaron su lancha y nos salieron al encuentro. Habiéndoles preguntado en seguida qué noticias tenian de Mallorca y si sabian que hubiese llegado allá la armada del rey de Túnez; nos contestaron que muy buenas, y que no se hallaba en toda la isla ningun sarraceno estranjero. Regocijámonos con tan buenas nuevas; nos trajeron algunas gallinas; y habiendo enviado luego á dos de nuestros marineros á Mallorca para noticiar á sus habitantes nuestra llegada á Soller, salieron estos á recibirnos con grande alborozo, y nos trajeron mas de cincuenta caballerías ensilladas para que pudiésemos hacer nuestra entrada en la ciudad. Así lo verificámos, y nuestra galera se encaminó á remo hácia aquel puerto. Todos los caballeros que se habian quedado allí durante nuestra ausencia nos dijeron que buena prueba les habíamos dado de lo mucho que nos acordábamos de ellos, y de cuanto estimábamos la merced que Dios nos habia hecho con la conquista de aquel reino; y lloraban de contento por tenernos otra vez á su lado. Cuando á los tres dias de estar en Mallorca hubieron llegado prósperamente las demás naves y taridas y los caballeros que en ellas venian embarcados, deliberámos sobre lo que deberia hacerse en el caso de que se presentasen los sarracenos; y se resolvió que ante todo se colocasen los correspondientes atalayas para que con la debida anticipacion pudiésemos tener aviso de su llegada. —Entonces, dijimos á los del consejo, en vez de acercarnos á la playa donde ellos amenacen desembarcar, los caballeros y los hombres de armas nos colocarémos en emboscada á cierta distancia: á los caballeros que no tengan caballos armados, los enviarémos delante con unos dos mil hombres de á pié para que aparenten oponerse al desembarco; pero así que hayan saltado en tierra una gran parte de los sarracenos, deberán emprender la fuga en direccion á nuestra celada. Llevados del afan de alcanzarlos, y pensando que no habrá mas caballeros ni infantes que puedan oponérseles, caerán los enemigos en nuestra emboscada; darémos entonces sobre ellos con nuestros caballos armados y con todos los demás hombres que estén allí con nosotros; volveránles la cara los dos mil que antes habrán huido, y juntos todos, los irémos acuchillando hasta el mar. Cuando los

que se hayan quedado en las naves vean la derrota y matanza de los suyos, es bien seguro que no se atreverán á tomar tierra, por no sufrir igual suerte. — Así estuvimos por espacio de quince dias esperando al rey de Túnez, con atalayas puestos en toda la isla, y órden para que encendiesen ahumadas al descubrirle.

CAPÍTULO XCVIII.

Al quinceno dia de estar esperando, tuvimos ya noticia de que no habian de venir sobre Mallorca el rey de Túnez y su armada; por tanto resolvimos ir á conquistar las montañas y los castillos que conservaban aun los sarracenos, como eran Oleró, Pollensa y Sanverí. Tres mil serian los moros que se hallaban allí en estado de hacer armas; pero contando á las mujeres, niños y demás, llegaban á quince mil, acaudillados todos por uno á quien llamaban Xuaip, y que era natural de Chivert. No bien llegaron á sus oidos nuestros intentos, cuando dicho jefe nos propuso entregarnos los indicados castillos y toda aquella montaña, con tal de que le perdonásemos, y le favoreciésemos de modo, que pudiese vivir honradamente. Nuestros nobles, caballeros y demás que nos acompañaban fueron de dictámen que debíamos aceptar aquel partido, ya que además de ser ventajoso para Nos, era provechoso para todos los cristianos que habitaban ó habitasen en la isla, la cual no podia contarse por segura mientras hubiese en ella tan cruda guerra. Convenímos, pues, en que á Xuaip y á otros cuatro de su linaje les daríamos heredades, caballos y armas, y á cada uno su buen rocin, mulo ó mula; en que pudiesen establecerse en el pais todos los sarracenos que así lo quisiesen; y por último, en que pudiésemos Nos disponer á nuestra voluntad de todos aquellos que rehusasen adherirse al convenio. Otorgóse en estos términos la correspondiente escritura, y así se cumplió, quedando tan solo en la montaña unos dos mil sarracenos que no quisieron entregársenos.

Luego que tuvimos una entera seguridad de que no debia ya pasar á la isla la armada que esperábamos, regresámos á Cataluña, dejando en Mallorca á En Bernardo de Santa Eugenia y á don Pero Maza, señor de San Garren y que era de nuestra mez-

nada, con algunos otros caballeros y escuderos, que en número de doce ó quince quisieron quedarse en compañía de dicho don Pero. Durante todo el invierno y hasta el mes de mayo continuaron ellos la guerra contra los sarracenos de la montaña; pero estos se habian hecho allí tan fuertes, que poco ó ningun daño pudieron causarles en sus personas. Habiéndoles, no obstante, impedido el recoger las mieses, y reducido á los escasos bastimentos que podian sacar de algunos lugares de poca importancia, los pusieron en tan grande necesidad, que como bestias tenian que pacer las yerbas del monte. En Bernardo de Santa Eugenia y don Pero Maza resolvieron entonces enviarles mensaje, intimándoles por sus cartas y por un sarraceno que las llevaba, que se rindiesen; mas como ellos contestasen que no querian rendirse sino al mismo rey que habia conquistado la tierra, resolvieron, de acuerdo con los demás caballeros de la isla, venir entrambos á encontrarnos y pedirnos que fuésemos allá, si queríamos acabar de apoderarnos de todo.

Estábamos Nos en Barcelona cuando En Bernardo y don Pero se nos presentaron, diciendo que querian hablarnos y comunicarnos buenas noticias. Les dimos la bienvenida, contestándoles al mismo tiempo que estábamos dispuestos á escucharles y á recibir las buenas nuevas que querian anunciarnos. — Aparejaos, pues, para pasar á Mallorca, nos dijeron; pues con que vos esteis allí, se os acabarán de rendir todos los sarracenos, segun lo que con ellos hemos pactado. — Bien venidos seais, les repetimos, ya que tan buenas noticias nos traeis: allá irémos. — Manifestáronnos entonces que no habia necesidad de que nos acompañasen caballeros ni otra gente de armas, y que bastaba nuestra sola persona, sin mas comitiva que la de los hombres que necesitásemos para nuestro servicio; pues estaba el negocio en tal punto, que tan fácilmente conquistaríamos las montañas de la isla con la poca gente de guerra que allí habia, como con mil caballeros que llevásemos. — No se necesita mas, añadió el de Santa Eugenia, sino que mandeis armar dos ó tres galeras; nos embarcarémos juntos, y vuestra sola presencia bastará para que se rindan los sarracenos.

CAPÍTULO XCIX.

Conformándonos con los consejos de En Bernardo de Santa Eugenia, hicimos armar tres galeras entre Barcelona y Tarragona, y al cabo de quince dias nos hallámos en Salou, desde donde nos hicimos á la mar, contra el dictámen de los marineros, que veian la noche oscura y aturbonada. Despues de haber andado unas diez millas con un poco de borrasca, serenó el tiempo, abonanzó el mar y clareó la luna; de modo que En Berenguer Ces-Poses no pudo menos de decirnos: —Es tanto lo que os ama el Señor, que con galochas pudiérais pasar el mar; pues mientras que nosotros pensábamos tener muy mal tiempo, os lo ha dado tal, que mejor no pueden tenerlo galeras armadas. No parece sino que está de Dios cuanto vos haceis. —A tan buen señor servimos, le contestámos, que no puede salirnos mal cuanto en su nombre hagamos: por esto se lo agradecemos tambien con toda el alma. — Al tercer dia por la mañana, despues de haber salido el sol y antes de la hora de tercia, nos hallábamos ya en las aguas de Portupí: mandámos entonces izar nuestro pabellon en cada una de las galeras, y al son de nuestras trompetas entrámos en el puerto de la ciudad de Mallorca.

Luego que los habitantes nos descubrieron, conocieron que éramos Nos, y que los que ellos nos habian enviado habian desempeñado cumplidamente su embajada; y todos, hombres, mujeres y niños, salieron al puerto con estremado alborozo, y con gran satisfaccion nuestra, acudiendo asimismo los religiosos del Templo y los del Hospital, y todos los caballeros que habia en la ciudad. Cuando hubimos desembarcado y estuvimos en nuestro alojamiento en la Almudaina, se nos presentó En Raimundo Serra, el jóven (y lo llamámos así porque habia otro Raimundo Serra, tio suyo, que era comendador de Monzon), el cual era comendador de los templarios en Mallorca, y nos dijo estas palabras: —¿Quereis, señor, hacer una buena campaña? Enviad á Menorca esas galeras armadas del mismo modo que con vos han venido, y mandad decir á aquellos isleños, que vos habeis llegado á Mallorca, que si quieren entregárseos, estais dispuesto á aceptar

su sumision, y que de lo contrario, aunque á pesar vuestro, su resistencia les habrá de costar la vida; pues yo creo que amedrentados con tales amenazas se os someterán desde luego, ganando vos en esta empresa honra y provecho. — Llamámos entonces á En Bernardo de Santa Eugenia, á don Asalit de Gudar y á don Pero Maza, y en presencia del mismo comendador les comunicámos lo que éste nos habia propuesto: aprobáronlo todos, y nos aconsejaron que lo pusiésemos por obra.

CAPÍTULO C.

En cumplimiento de lo que habíamos resuelto, mandámos á En Bernardo de Santa Eugenia, á don Asalit de Gudar y al comendador que nos habia dado el consejo, que se embarcasen cada uno en una galera, y pasasen á Menorca á decir de nuestra parte á los de la isla: que Nos estábamos en Mallorca con nuestra hueste; que no queríamos su perdicion, pues ya podian saber á qué habian venido á parar los sarracenos que quisieron resistírsenos; y que si accedian á sometérsenos del mismo modo que estaban antes sujetos al rey de Mallorca, los tomaríamos bajo nuestra preteccion: pero que si preferian la muerte ó el cautiverio, antes que acogerse á nuestra gracia, suya seria entonces la culpa, y no tendrian ya que contar con nuestra benevolencia. Dimos en seguida órden á uno de nuestros alfaquíes llamado Salomon, que era de Zaragoza y hermano de don Bahihel, de que estendiese en algarabía la correspondiente credencial para los tres enviados, á fin de que fuesen creidos de todo lo que espusiesen en su mensajería; y manifestámos además á los mismos mensajeros, que nos acercaríamos al cabo de la Piedra, que no dista de Menorca sino unas treinta millas, para que pudiésemos tener mas anticipadas noticias del resultado de su mision, y en todo caso nos viniese mas á mano el ayudarles.

CAPÍTULO CI.

Salieron por la noche las galeras con los embajadores, y al dia siguiente entre nona y vísperas llegaron á Menorca, donde

hallaron al alcaide, á los jeques y á todos los habitantes que, al descubrirlas, habian acudido al puerto de Ciudadela en ademan de resistirles. Preguntaron ante todo los sarracenos de quién eran aquellas galeras; y habiéndoles contestado que eran del rey de Aragon, de Mallorca y de Cataluña, y que en ellas iban sus mensajeros; depusieron luego las armas, diciéndoles que bien venidos fuesen, y que les respondian con su cabeza de que podian no solamente desembarcar sanos y salvos, sino además de que se les complaceria y honraria como á amigos. Con tales seguridades atracaron las galeras por la popa, y mientras tanto los sarracenos enviaron á buscar almadraques, esteras y cojines, para que pudieran nuestros enviados sentarse en la entrevista. Saltaron estos en tierra, llevando en su compañía á un judío que Nos les habíamos dado por trujaman; y tanto el alcaide y su hermano, como el almojarife, que era natural de Sevilla y á quien Nos hicimos despues arrayaz (1) de Menorca, y todos los jeques escucharon con grande atencion la lectura de la carta, y recibieron con suma reverencia el mensaje que les enviábamos, contestando que deliberarian sobre su contenido.

CAPÍTULO CII.

Los sarracenos resolvieron por de pronto contestar á nuestros embajadores, que tuviesen á bien esperar hasta el dia siguiente; y enviaron á buscar á otros jeques de la isla que no se hallaban allí, para que se hallasen reunidos en mayor número al acordar la respuesta. En Bernardo, don Asalit y el comendador no tuvieron reparo en concederles aquella próroga; y por lo mismo fueron desde luego invitados para que entrasen en la villa de Ciudadela, donde se les dijo que serian muy bien acogidos, aunque no fuese mas que por amor al señor rey que les enviaba. Respondie-

(1) Aunque el diccionario de la lengua pone la voz *Arrayaz* solamente como sinónima de rayano ó fronterizo, y define la de *Arraz* por capitan de gente de guerra entre los moros; con todo don Alonso el Sabio en su Crónica emplea tambien la primera para designar al jefe ó gobernador de alguna plaza ó territorio entre los sarracenos, que es á nuestro entender lo que quiso significar don Jaime con la voz *raiz* que usa en este lugar.

ron los nuestros, que sin haber recibido la contestacion á su embajada, no podian entrar en la villa, porque Nos no les habíamos dado órden de verificarlo; por consiguiente los sarracenos, despues de decirles que podian hacerlo como mejor fuese de su grado, les enviaron diez vacas, cien carneros, doscientas gallinas, y pan y vino en abundancia, y estuvieron con ellos para solazarles hasta el anochecer, en cuya hora se volvieron los unos á la villa y se recogieron los otros en sus galeras. Aquel mismo dia á hora de vísperas llegámos Nos al cabo de la Piedra, á la vista de Menorca; y cierto que llevábamos una hueste digna de rey, puesto que nos acompañaban solamente seis caballeros, cuatro caballos, un escudo, cinco escuderos para servirnos, diez de nuestros familiares, y los correspondientes troteros. Así que oscureció y antes de que los nuestros se pusiesen á comer, encendimos lumbre, los reunímos á todos, y con ellos nos fuímos á pegar fuego á los matorrales en distintos puntos, para dar á entender que estaba allí acampado un numeroso ejército. Luego que los sarracenos de Menorca descubrieron nuestras fogatas, comisionaron á dos de sus jeques para que fuésen á preguntar á nuestros embajadores qué significaban aquellos fuegos que se veian en el cabo de la Piedra; y estos les contestaron, conforme á las instrucciones que les habíamos dado: que era el rey que habia llegado allá con sus huestes, puesto que, por sí ó por nó, queria él saber desde luego su respuesta. Cuando tal oyeron, se atemorizaron los moros en tanto grado, que á la madrugada pidieron de nuevo á nuestros enviados que esperasen por un momento, porque en breve les iban á dar la contestacion; y estos accedieron de buena gana á lo que se les pedia.

Por la mañana, luego de haber rezado sus oraciones, salieron el alcaide, su hermano, el almojarife, los jeques y unos trescientos de los principales sarracenos de la isla, para decir á nuestros embajadores, que daban gracias á Dios de que les hubiésemos enviado tan buen mensaje, pues bien conocian que no hubieran podido defenderse largo tiempo contra Nos, y por lo mismo que viesen de qué modo podria estenderse por escrito el tratado. Manifestáronles que, á pesar de ser la isla muy pobre y de no haber en ella tierras suficientes en las que pudiese sembrarse lo necesario para la décima parte de sus habitantes, nos tendrian,

con todo, por su señor, partiendo con Nos lo que cosechasen; pues era justo que el señor tuviese parte en los frutos que recogiesen sus vasallos: y que nos darian cada año tres mil cuarteras de trigo, cien vacas, y trescientas entre cabras y ovejas, obligándonos Nos á guardarlos y defenderlos perpetuamente como á nuestros propios hombres y vasallos. Nuestros embajadores pidieron entonces que se nos diese además la potestad de Ciudadela, la de aquel cerro en que estaba edificado el mayor castillo de la isla, y la de cuantas fortalezas en ella hubiese; y aunque los sarracenos recibieron al principio de mala gana semejante peticion, al cabo, despues de haber deliberado, contestaron que accedian á ella, ya que era aquella nuestra voluntad; diciendo, que ya que tan buen señor éramos, segun decian, con los nuestros, esperaban que como tal nos portaríamos tambien con ellos. Empleáronse luego tres dias en hacer que todos los principales de la isla jurasen sobre el Alcoran aquel tratado, al cual don Asalit hizo añadir la obligacion de darnos cada año dos quintales de manteca y doscientas barcas para trasportar el ganado; y mientras tanto permanecimos Nos en el cabo de la Piedra esperando que volviesen las galeras con los embajadores, y continuando en encender cada noche almenaras como al principio de nuestra llegada.

CAPÍTULO CIII.

Al cabo de cuatro dias, por la mañana, salido ya el sol, y cuando habíamos oido misa, tuvimos noticia de que habian llegado las galeras, y recibímos aviso de nuestros enviados para que tuviésemos dispuesta y adornada nuestra casa. Hicímosla, pues, enramar de hinojo, porque á la sazon no teníamos á mano otra yerba; entapizámos las paredes con los tapices que allí teníamos y con los que nos dejaron los caballeros que estaban con Nos, y nos pusimos todos los mejores vestidos, para hacer á los embajadores un honroso recibimiento. Componian aquella embajada que nos venia de Menorca, el hermano del alcaide, el almojarife y cinco jeques de los mas calificados de la isla, á todos los cuales enviámos caballos y otras cabalgaduras para que pudiesen venir á presentár-

senos. Así que estuvieron delante de Nos, saludáronnos con profunda reverencia, hincaron las rodillas, y nos dijeron, que de parte del alcaide nos saludaban cien mil veces, como á señor en quien él tenia puesta toda su esperanza. —Buena ventura os dé Dios, les respondimos; plácenos en gran manera vuestra venida:— y á fin de que no nos estorbasen los de la hueste en lo que teníamos que decirles, nos apartámos con ellos á un lado, para poder hablarles con mas libertad, y dieron gracias á Dios por lo que les dijimos.

Espusiéronnos los mensajeros su embajada y la respuesta que se les habia dado, manifestándonos al mismo tiempo el convenio que habian celebrado, para que tuviésemos á bien ratificarlo. Les dijimos que deliberaríamos sobre ello, y habiéndose ellos salido afuera, llamámos á los nuestros y les hablámos en estos términos: —Loado sea el Señor, que sin pecado y con tanta honra nos concede lo que Nos no habíamos aun ganado. Obvio es el resolver lo que debe hacerse en este caso: aceptemos el convenio tal como lo habeis negociado, y demos gracias á Dios por la merced que nos dispensa. —Llamámos en seguida á los enviados sarracenos; dijímosles que teníamos por bueno el tratado que habian ajustado con nuestros embajadores, y les entregámos la correspondiente escritura autorizada con nuestro sello, en la cual constase que los aceptábamos por vasallos nuestros y de nuestros sucesores para siempre, y que debian ellos satisfacer perpetuamente á Nos y á los nuestros el tributo á que se habian obligado.

CAPÍTULO CIV.

Desde que celebrámos el convenio con los sarracenos de Menorca, hemos sacado de aquella isla dobles ó quizás mayores réditos de los que entonces se nos prometieron por tributo; pues mientras que se lo pidamos con oportunidad, nos ceden cuanto les pedimos, y sin esto tomámos de allí todo lo que nos conviene. En cuanto á los sarracenos que se habian hecho fuertes en las montañas de Mallorca y habian quedado despues cautivos para hacer de ellos nuestra voluntad, los distribuímos á cuantos los quisieron, para que los poblasen por la tierra como esclavos. Tan señalados hechos

llevámos á cabo en esta espedicion con solas tres galeras, porque nos favoreció en todo la voluntad del Señor que nos ha criado. Volvímonos en seguida á Cataluña y Aragon; y por la gracia de Dios, desde entonces, muy lejos de haber la isla de Mallorca necesitado mas nuestra ayuda, la ha mejorado tanto el Señor, que vale doblemente de lo que valia en tiempo de los sarracenos.

CAPÍTULO CV.

Habian transcurrido ya dos años desde que se nos sometiera la isla de Menorca, cuando se nos presentó en Alcañiz el sacrista de Gerona, que era arzobispo electo de Tarragona y se llamaba En Guillermo de Montgrí, junto con En Bernardo de Santa Eugenia y su hermano; y despues de habernos pedido audiencia, nos dijo, que si queríamos cederles la isla de Iviza, él y los de su linaje emprenderian aquella conquista; pues ya que Nos no la teníamos en nuestro poder y estábamos á la sazon ocupado en otras empresas, creia que no podíamos tener reparo en que él emprendiese aquel hecho de armas, para que se dijese que el arzobispo de Tarragona habia conquistado aquella isla; puesto que en todo caso él la tendria en feudo por Nos. Despues de haber deliberado sobre su propuesta, conociendo que nos honraba con conquistar aquella tierra y tenerla en feudo por Nos, accedimos á lo que nos pedia: y aprestándose él con todos los suyos, dispuso lo necesario para el pasaje, y mandó construir un trabuquete y un fundíbulo. Luego que el infante de Portugal y don Nuño tuvieron noticia de la proyectada empresa, ofreciéronse á acompañar al arzobispo, con ta de que éste les diese parte en la conquista, á proporcion del número de caballos con que le ausiliasen: fuéles otorgada su deman da, y emprendieron juntos aquella campaña.

Llegados á Iviza, pudieron desembarcar sin que los de la isla les opusiesen ningun obstáculo; y dirigiéndose desde luego al puer to con los caballos armados, mientras se encaminaban tambien allá las naves y leños, asentaron su campamento, y comenzaron el sitio. Armaron ante todo las máquinas; hicieron que el fundíbulo, que no alcanzaba tanto, asestase sus tiros contra la plaza, y el trabuquete contra el castillo; hasta que, viendo que los disparos del

fundíbulo empezaban á hacer mella en el muro, resolvieron abrir algunas cavas. Cuando los de la hueste conocieron que habia llegado ya la hora del ataque, empezaron á trabar algunas lijeras escaramuzas con los sitiados; mas luego armáronse todos, corrieron al asalto, y se apoderaron de la primera línea de las murallas de la plaza, acobardando con esto á los sarracenos, que pidieron luego capitulacion. Así se apoderaron fácilmente de la villa y del castillo, sin que el trabuquete hubiese disparado mas allá de diez piedras, y habiendo sido el primero en entrar al asalto un hombre de Lérida llamado Juan Chicó. Despues de la toma de Iviza, se han dirigido muchas veces contra aquella isla galeras de sarracenos; pero, por merced de Dios, han tenido que volverse siempre con mayor daño del que han podido causar en ella.

CAPÍTULO CVI.

Aconteció un dia que mientras Nos nos estábamos solazando en nuestro reino de Aragon, se nos presentaron en Alcañiz el maestre del Hospital, llamado Hugo de Forcalquier, y don Blasco de Alagon; y platicando con ellos en un terrado, tomó la mano el primero, y nos dijo:—Señor, ya que tanto os ha favorecido Dios en la empresa de Mallorca y de las demás islas, ¿nada intentarémos ahora contra ese reino de Valencia, que ha hecho siempre frontería á los de vuestro linaje, quienes, aunque en vano, se esforzaron continuamente por conquistarlo? Así Dios me ayude, creo que seria bueno que lo pensásemos, ya que estamos aquí reunidos; pues don Blasco sabe mas que nadie en este negocio, y él podrá deciros qué tierra es aquella, y qué lugar le parece mas á propósito para que, ganándolo, podais vos entrar por él en aquel reino. —Contestó entonces el de Alagon: —Dispuesto estoy á manifestar al rey lo que sepa y cuanto pueda serle de provecho; por consiguiente, ya que vos lo quereis, maestre, me esplicaré. —Rogámosle, pues, que nos dijese por donde le parecia ma fácil que Nos entrásemos primeramente en el reino de Valencia.

CAPÍTULO CVII.

Tomó otra vez la palabra don Blasco y nos habló de esta manera : — Señor , bien dice el maestre del Hospital , que ya que Dios os ha dado conquistas allende el mar , justo fuera que conquistáseis tambien lo que está á las puertas de vuestro reino. Yo , señor , he vivido en Valencia mas de dos años , cuando vos me desterrásteis ; y puedo deciros que no hay en toda la tierra mejor ni mas hermoso pais, y que de Dios abajo no hay tan ameno lugar como la ciudad de Valencia y todo su reino , que tiene de uno á otro confin mas de siete jornadas de largo ; de modo que si os favorece Dios en esa conquista , como os favorecerá , decir podreis que habeis ganado la mejor tierra del mundo , y que teneis en vuestro poder los mas amenos y mas fuertes castillos. Diréos ahora mi parecer. Si os aconsejase que fuéseis á poner cerco á algun fuerte castillo , malo seria el consejo , porque hay allí por lo menos cuarenta ó cincuenta , que con solo estar bien abastecidos , se burlarian de todo vuestro poder ; pero , segun yo entiendo , pudiérais marchar sobre Burriana , que está situada en la llanura , cerca de vuestro reino , y allí podrá llegaros por mar y por tierra cuanto necesiteis , mas fácilmente que si os internáseis demasiado. Confio en Dios que al cabo de un mes , á mas tardar , os podreis haber apoderado de aquella plaza ; hallareis en ella abundantes provisiones ; y por esto , si ha de valer mi consejo , este es el lugar mas á propósito , para que por él deis principio á la conquista de Valencia. — Verdad es , señor , cuanto os dice don Blasco , añadió el maestre ; pues segun refieren todos los que han estado en aquel reino y segun pregona la fama , ningun lugar hay mas á propósito que aquel para ser conquistado. — No nos parece malo el consejo que nos dais , dijimos á entrambos ; antes lo tenemos por muy bueno y muy leal : y ya que tal es vuestro dictámen , cúmplase en el nombre del Señor lo que nos proponeis. Mas os dirémos ; no parece sino que sea cosa de Dios este negocio , pues sabed lo que nos succedió cuando nos hallábamos al otro estremo de Mallorca , á la sazon en que Menorca se rindió. Estábamos hablando de aquella tierra con don Sancho de Horta , con su her-

mano don García y con don Pero Lopez de Pomar, que habia ido por mensajero nuestro al alcaide de Játiva, cuando viendo don Sancho que la ensalzábamos en gran manera, nos dijo ya: Vos, señor, estais alabando todo el dia la ciudad y reino de Mallorca; pero probad á conquistar Valencia, que nada vale lo que aquí teneis en comparacion de aquel reino. Allí os saldrán al encuentro cinco ó seis mil ballesteros con sus ballestas de dos piés y un sin número de los demás, que ni siquiera dejarán acercar la hueste á la villa: tánto es el poder de sus armas, y tántas son las fuerzas que tienen para oponérseos; de modo que si lográrais llevar á cabo tal conquista, pudiérais verdaderamente decir, que sois el mayor rey del mundo. Desplúgonos entonces en gran manera que así se espresasen, que nó por ensalzar á Valencia debia despreciarse Mallorca. Ahora, pues, os declararémos á vosotros, don Blasco y el maestre, lo que tenemos pensado para acometer tal empresa. Nos estamos sin mujer, y por medio del papa se nos ha propuesto que nos casáramos con la hija del rey de Hungría ó con la del duque de Sterich (1); mas ya que nuestra primera esposa fué hija de uno de los mayores reyes del mundo, preferirémos á la hija del rey de Hungría, por mas que se nos ofrezca que la otra nos llevará en dote mayor caudal; pues si cuando valíamos menos merecimos casarnos con la hija del rey de Castilla don Alonso, justo es que sea tambien hija de rey la esposa que tomemos ahora, cuando valemos mas. Luego que hayamos celebrado nuestro matrimonio (2), nos irémos á Burriana; desde Teruel

(1) *Sterich.* Así se halla en el testo: sin embargo, Zurita y otros historiadores le llaman duque de Austria; y creemos que así debe entenderse, considerando la voz Sterich como síncopa de *OEsterreick* (tierra oriental) que es la denominacion genuina del Austria. La hija de Federico, que gobernó aquel ducado desde 1230 hasta 1246, será en este caso la que fué propuesta por esposa á don Jaime.

(2) Separado don Jaime de su primera esposa doña Leonor, y no habiendo podido realizarse su segundo matrimonio con la hija de don Alfonso de Leon, mantúvose libre por algun tiempo; hasta que por mediacion del papa Gregorio IX se le propuso el casamiento con doña Violante, hija del rey de Hungría, Andrés II, el Jerosolimitano. Ajustáronse los tratos á 20 de febrero de 1233 con los enviados húngaros que al efecto se presentaron en Barcelona; pero no llegó doña Violante ni se celebró la boda en esta ciudad hasta el año siguiente de 1234 (35 de la encarnacion), á los ocho dias del mes de setiembre. Por lo visto no pudo cumplir don Jaime su propósito

harémos llevar en acémilas todas las provisiones que podámos; dispondrémos asimismo que se trasporte allá por mar todo lo necesario para abastecer la hueste; nos llevarémos dos fundíbulos, y cuando nos hayamos apoderado de la villa, harémos que venga la reina nuestra mujer, para que crean las gentes que tenemos intencion de permanecer allí largo tiempo. Entonces todos los castillos que habrán quedado á nuestra espalda, como Peñíscola, Cervera, Chivert, Polpís, las Cuevas de Avinromá, Alcalaten, Morella, Cuellar, Arés y cuantos se proveen del campo de Burriana, tendrán forzosamente que rendirse, porque cogidos entre nuestra hueste y las tierras de cristianos, les faltará todo el bastimento que sacaban antes de aquel territorio. Así que todas aquellas fortalezas hayan caido en nuestro poder, nos trasladarémos á un lugar llamado por los cristianos el Cerro de la Cebolla, y situado á dos leguas de Valencia, desde donde mandarémos hacer continuar cabalgadas hácia la ciudad y talarémos sus contornos, hasta que teniendo ya noticia de que se hallan los sarracenos en apuros y les acosa el hambre, estrecharémos el sitio antes de que puedan recoger otra vez las mieses, y nuestros serán, si Dios quiere. —Contestáronnos entonces don Blasco y el maestre: —No fuera mejor el plan, aunque os lo hubiesen trazado los mismos sarracenos que están en Valencia: cierto que nuestro Señor os tiene de su mano, cuando tan bien lo pensásteis. —Resolvímos, pues, que así se pusiese por obra.

CAPÍTULO CVIII.

Partímos despues de Alcañiz para Teruel, donde recibímos una invitacion de don Pero Ferrandez de Azagra, señor de Albarracin,

de conducir su nueva esposa á Burriana, luego de ganada esta plaza; pues habiéndose apoderado ya de ella á mediados de julio de 1232, tardó aun mas de dos años en casarse: pero lo cumplió mas adelante, como se verá, cuando quisieron abandonarle los caballeros que guarnecian el cerro y castillo de Santa María, cerca de Valencia. Sin embargo, como el Cronista confunde á veces los hechos y no indica sus fechas, segun manifestámos ya en otra nota, es á veces sumamente difícil el adivinar á qué época se refieren los planes que traza y los discursos que pone en boca propia ó de otros personajes. Hemos debido hacer aquí estas advertencias, porque este es el único pasaje en que nos habla don Jaime de su segundo matrimonio.

para que fuésemos á comer con él en una de sus aldeas de Albarracin, por nombre Ejea; que allí nos esperaria é iríamos á la caza del jabalí. Aceptámos, pues, el convite. Acabábamos de comer y era casi hora de vísperas, cuando nos llegó aviso de que los peones de Teruel y de la frontera se habian apoderado de Arés; y habiéndonos el mensajero pedido albricias por la buena nueva que nos traia, hubimos de prometérselas. Estaban allí con Nos dicho don Pero Ferrandez y don Atorella; mas como el primero era poco conocedor de aquella frontera, tomó la palabra el segundo, y nos dijo: — Señor, grande ventaja habeis alcanzado; pues mucho vale lo que acabais de ganar, y buen principio es éste para la conquista del reino de Valencia. — ¡Así lo quiera Dios! le contestámos. — No os entretengais, señor, añadió: Arés es muy buen lugar y muy fuerte, y podreis conservarlo á despecho de cuantos sarracenos hay en el mundo; cabalgad en seguida, no os demoreis; yo sé lo que vale aquel lugar, y cuando allá llegueis, vereis vos si es la pura verdad cuanto ahora os digo.

CAPÍTULO CIX.

Con la noticia que acababan de darnos, enviámos desde luego á buscar á Teruel á Ferrando Diez, á Rodrigo Ortiz, y á otros caballeros que allí habia, dándoles órden para que se nos juntasen en Alfambra, á donde llegámos Nos antes de anochecer. Allí cenámos, hicimos dar cebada á las caballerías, y á eso de media noche continuámos nuestro camino; de modo que al despuntar el alba nos hallámos ya á la otra parte del campo de Monteagudo, y pasando luego por el Pobo, salímos á Villaroya, donde pernoctámos. Al amanecer salímos de este pueblo, que es del Hospital; y cuando no nos faltaba mas que media legua para llegar al estremo de la sierra, vimos venir á un ballestero, que cabalgando y corriendo á todo escape, llegó y nos dijo: — Señor, don Blasco os saluda, y os anuncia que suya es Morella. — Recibímos de muy mal talante aquella noticia; y por lo mismo nos dijo Ferrando Diez: — Deliberad, señor, lo que hacer debais; que bien ha menester el caso maduro consejo. — Mandámos, pues, apartar al ballestero; y mientras disponíamos que compareciesen don Pero Ferrandez y

don Atorella, se nos acercó otra vez Ferrando Diez, y nos dijo al oido:—Dejad ya lo de Arés, pues Morella es muy importante, y mas valiera que estuviese en poder de moros, que no que la tenga don Blasco, porque mas fácilmente la ganaríais. Esto os digo, porque por mas que don Blasco sea mi señor, Vos sois tambien mi señor natural; y ya que puedo cambiar de señor, como mejor me plazca, no he de dejar de manifestaros lo que os convenga, pues siempre me he de tener por vasallo vuestro.—Habiendo luego pedido su parecer á don Pero, á don Atorella y á los demás caballeros, sobre lo que hacer debiéramos, nos contestaron: que habiendo dado principio á la espedicion contra Arés, debíamos llevarla á cabo; que despues podríamos marchar sobre Morella, y de este modo ganaríamos ambas fortalezas en una sola cabalgada. Sin embargo, Ferrando Diez no cesó de decirnos:—Señor, yo soy aquí uno de los menores de vuestro consejo; pero por mas que os digan los otros, creedme; marchad sobre Morella, y mandad llamar á los peones de Teruel y de las aldeas para que os sigan tan de cerca como les sea posible, dejando todo su equipaje.—Conocimos Nos que esto era efectivamente lo mas ventajoso, porque el hombre debe atender siempre con preferencia á los negocios de mayor importancia; y así nos dijo él, que nos diésemos prisa, porque desde donde estábamos hasta Morella teníamos aun que correr un buen trecho. Por lo mismo, dada órden á parte de los peones para que se quedasen, segun así lo cumplieron; partímos á escape, pasámos el rio de las Calderas, y llegámos al otro rio que corre al pié de la cuesta que conduce á Morella. Cuando estuvimos allí, vimos llegar luego á dos peones á la lijera; y preguntándoles dónde estaban los demás, nos dijeron que iban viniendo. Emprendimos, pues, la subida, hasta llegar á una colina que hay en mitad de la cuesta, y á la cual pusieron despues por nombre el Cerro del Rey, donde hicimos alto para esperar á las demás fuerzas, colocando centinelas de á pié y de á caballo, que á nadie permitiesen entrar ni salir hasta el dia siguiente, en que resolveríamos lo que debería hacerse. Pasámos allí toda la noche; y como era ya mucho despues de la fiesta de San Miguel, empezó á nevar en abundancia y á lloviznar al mismo tiempo, de modo que nadie se atrevia á descubrirse el rostro para que no le tocara la nieve: los caballos y los bagajes estaban echados, parte en una hondonada, y parte espar-

cidos por el campo como mejor podian: las acémilas que debian traernos las provisiones aquella noche no pudieron subirlas, ni tampoco nos fué posible el bajar á buscarlas, por miedo de que los del castillo no lo hiciesen saber á don Blasco, y para que no se introdujesen allí mayores fuerzas; de modo que hubimos de pasar sin comer ni beber desde la noche anterior en que habíamos cenado en Villaroya hasta la hora de vísperas, tanto Nos como los caballos y bagajes.

CAPÍTULO CX.

A poco de haber salido el sol, llegó don Blasco con algunos caballeros, vestidos sus perpuntes, y con escuderos que les llevaban las armas. Luego que nuestros centinelas los descubrieron que seguian cuesta abajo, don Ferran Perez de Pina, que era el cabo de aquellos guardas, nos envió mensaje con la noticia, y pidiendo que le diésemos órden sobre lo que deberia hacer, ya que don Blasco queria entrar en la fortaleza. Dijímosle, pues, que no se lo permitiese de ningun modo, y que le mandase venir á nuestra presencia. Antes de que llegase allí nuestra órden, empeñábase don Blasco en entrar luego en el fuerte. —¿Qué pretendeis hacer don Blasco? decíale don Ferran Perez. —Quiero entrar en Morella, le contestaba aquel, y voy á dar órden como deba hacerse esta entrada; y me presentaré despues al rey. —Llegó en esto el mensajero que Nos habíamos enviado, y comunicó al oido á Ferran Perez nuestra órden de que no dejasen entrar á don Blasco: por consiguiente le dijo aquel: —Don Blasco, el rey quiere que ante todo os veais con él. —Decid al rey, contestó el otro, que iré á verle luego; pero que antes tengo que despachar algo. —Sabed, don Blasco, que no os hemos de permitir la entrada en el castillo sin que primeramente os hayais visto con el rey: tal es la órden que tenemos. —Y al decirle esto, se le acercó para impedirle si intentaba escaparse. Viendo don Blasco que no le quedaba otro recurso, volvió las riendas y se dirigió hácia donde Nos estábamos, siguiendo tras él nuestros guardas.

CAPÍTULO CXI.

Así que llegó don Blasco á nuestra presencia, apeóse; pusímonos Nos en pié, al verle; y luego nos sentámos todos con don Pero Ferrandez, don Atorella y Zeit-Abuzeit: pero habiéndonos él manifestado que queria hablar con Nos á solas, despedímos á todos los demás. — ¿Qué es lo que mandais, señor? nos dijo: — Vos sabeis, don Blasco, le respondimos, que sois nuestro mayordomo, que os hemos tenido siempre en mucho y os hemos otorgado muchas gracias, y que sois además feudatario nuestro; por tanto, ya que, segun me habeis noticiado, Dios os ha concedido el apoderaros de ese lugar tan fuerte y tan famoso, bien podeis conocer vos que por muy bien que con él nos sirviéseis, la plaza es tal, que solo un rey debe poseerla: os rogamos, pues, que por la naturaleza que con Nos teneis, por las singulares mercedes que siempre os hemos dispensado, y como mayordomo nuestro, consintais en entregarnos ese castillo, y por ende os habrémos de hacer tanto bien á vos y á todos los vuestros, que pueda luego deciros todo el mundo, que buen galardon llevásteis por el servicio que nos hicísteis. — ¿Y no recordais, señor, la escritura que me habeis otorgado? — Sí, en efecto; y en ella se dice que debe ser vuestro cuanto ganeis de los moros. — Ciertamente, señor. — Á pesar de esto, don Blasco, vos conoceis ya que no debe perteneceros esa conquista, porque es tal el castillo, que vale tanto como un condado con todas sus pertenencias; lo que podeis hacer es, que ya que Dios os ha dado tan buen lugar y podeis cedérmelo, me lo entregueis, haciéndoos yo en recompensa tantas mercedes, que por ellas conocerán los hombres el señalado servicio que me habreis prestado, y cuán agradecido os quedo. — Señor, nos contestó, lo pensaré y os daré la respuesta. — Apartóse entonces con cuatro caballeros que iban con él, y despues de haber deliberado, volvió y nos dijo: — ¿Empeñado estais, señor, en poseer la plaza de Morella? — Bien podeis conocerlo, le respondimos: para Nos es muy importante el tenerla, mientras que á vos os es mas conveniente lo que os hemos ofrecido. — Ya que es esta vuestra voluntad, y que tanto os interesa el poseer dicha fortaleza, me

conformo, señor, y pláceme que sea vuestra: solo una cosa os pido, y es que os digneis dármela en feudo: yo la tendré por vos; y ya que soy yo el que os la cedo, justo es que sea preferido á todos los demás. — Que nos place, le dijimos; y por consiguiente vámos á presencia de don Pero Ferrandez, don Atorella, Zeit-Abuceit y los demás caballeros, para que sepan todos que vos la tendreis en feudo por Nos. — Bien está, nos contestó; — y nos marchámos en seguida á encontrar á dichos nobles. Llegados Nos y don Blasco á presencia de ellos, queria éste que Nos hablásemos primero; mas habiéndole objetado que á él le tocaba el hacerlo, tomó la palabra y dijo: — Señor, Vos me otorgásteis escritura, en que me cedísteis todos los lugares que yo conquistase de los moros; pero tánto me habeis favorecido, y tánto me prometeis favorecerme en adelante, que es muy justo que por mi parte os preste cualquier servicio que pueda prestaros. Así pues, ya que Vos quereis que sea vuestro ese castillo, quiérolo tambien yo; y solo os pido que pueda tenerlo en feudo por Vos, pues justo es que para ello sea yo preferido á cualquiera otro hombre de vuestro reino. — Contestámosle que se lo agradecíamos, y que le recompensaríamos el servicio que acababa de prestarnos; y con esto púsose ante Nos de hinojos, y nos prestó homenaje de manos y de boca (1), de que tenia por Nos el castillo de Morella. Permanecimos allí todo aquel dia, y á la mañana siguiente partimos para Arés, y nos posesionámos de dicho lugar, dando á los peones que se habian apoderado de él tales recompensas, que quedaron muy satisfechos de Nos.

(1) El ceremonial del homenaje varió segun las épocas, y era además algun tanto diferente en cada pais y segun la categoría del feudo. El de boca y manos que aquí prestó don Blasco, por lo regular lo prestaban solamente los nobles; pues los feudatarios que no lo eran no hacian mas que el homenaje de manos, que consistia en poner las suyas entre las de su señor en señal de dependencia, y equivalia á una toma de posesion del feudo, verificada en la persona del vasallo, que como parte integrante de la misma cosa enfeudada, se declaraba por medio de esta ficcion legal hombre, ó mejor, cosa propia de su señor. Por esto el vasallo villano debia, despues del homenaje, prestar además el juramento de fidelidad, por el que se obligaba á los servicios meramente personales. El homenaje de boca, ó sea el ósculo que el feudatario daba á su señor, equivalia en los nobles al juramento de fidelidad, ó *sacramento*, como dicen las escrituras de aquellos siglos, que habian de prestar los villanos.

CAPÍTULO CXII.

Vivia á la sazon el rey don Sancho de Navarra (1) hijo de otro Sancho, que fué el mejor rey que hasta entonces hubiese habido en aquella tierra: y como le estaba hostilizando el rey de Castilla por medio de don Lope Diaz, señor de Vizcaya, que le habia quitado ya dos ó tres de sus castillos; envióнos mensaje, para proponernos que celebrásemos con él alianza mutua, ofreciéndonos que nos otorgaria tantas mercedes, como rey alguno las hubiese otorgado nunca á otro rey mayor. Resolvimos por tanto ir á avistarnos con él en Tudela, porque hacia ya veinte y cinco años por lo menos que no habia salido de aquel castillo, ni se habia dejado ver en ningun otro lugar; mandando á don Blasco, á don Rodrigo Lizana y á don Ato de Foces, que nos acompañasen, como lo hicieron, en aquellas vistas. Llegados allá, hubimos de subir al castillo, porque él no pudo bajar hasta la villa para recibirnos, por ser tan estremadamente gordo, que causaba admiracion y se avergonzaba en gran manera de que nadie le viese, á no ser en algun lugar retirado. El primer dia que subímos á verle, á hora de vísperas, nos acogió tan cortesmente como pudo; pues bajó á recibirnos hasta donde no habia bajado de diez años atrás: nos abrazámos mutuamente, y vimos que era de tan aventajada estatura como Nos (2). Mostróse muy contento, y rien—

(1) Don Sancho el Fuerte ó el Encerrado, sesto de su nombre, que sucedió á don Sancho el Sabio en 1194, y murió en 1234, heredándole su sobrino Teobaldo I, á pesar del convenio con don Jaime.

(2) En prueba de la aventajada estatura y demás prendas físicas de don Jaime, léase el siguiente retrato que de él nos hace Bernardo Desclot en su crónica. *Aquest rey En Jacme Daragó*, dice, *fo lo pus bel hom del mon, que ell era major que altre un palm, é era molt ben format é complit de tots sos membres, é havie molt gran cara é vermella é flamenca, él nas lonc é ben dret, é gran boca é ben feta, é grans dents beles é blanques en semblansa de perles, éls huys neyres, é bels cabells é rossos que semblaven fil daur, é grans espatles, é lonc cors é delgat, éls brassos grosses é ben feyts, é beles mans, é beles cuxes é grosses, é beles cames é longues é dretes per lur mesura. éls peus loncs é ben feyts é gint calsats.* Mas aun cuando no tuviéramos ese testimonio de Desclot, nos bastaria el saber que en el repartimiento de Mallorca se midieron muchas veces las tierras por *brazas del señor rey,* como dice el acta, veinte de las cuales equivalian á veinte y dos de cualquier otro hombre de regular estatura.

do, subímos los dos mano á mano por una escalerilla que nos condujo á una salita contigua á su capilla, donde hallámos ya preparados los asientos. Díjonos allí que se alegraba muchísimo de nuestra visita, y que no tenia memoria de que hubiese tenido nunca satisfaccion tan cumplida; á lo cual contestámos Nos, que tambien nos alegrábamos sobremanera de verle, tanto por esto, como por los vivos deseos que teníamos de conocerle. Al cabo de un rato de haber estado solazándonos con él, le dijimos: — Ya que nos habeis enviado mensaje, diciéndonos que os convenia el vernos para cosas que atañen en gran manera á nuestro pro y nuestra honra, como lo creemos, por proceder de vos tales palabras; aquí nos teneis: mas como es ya muy tarde, volverémos á veros mañana por la mañana, y entonces podreis decirnos cuanto se os ofrezca. — Contestónos que tenia que hablar con Nos del mayor bien que hasta aquella sazon nos hubiese propuesto ningun hombre; y agradeciéndoselo mucho, nos despedímos de él por aquella noche.

CAPÍTULO CXIII.

Al dia siguiente por la mañana oímos nuestra misa, y luego subímos á verle en el castillo, donde nos habló en estos términos: — Creo que no podeis ignorar, rey Jaime, cuánta amistad y cuán estrecho parentesco hay entre nosotros dos; pues á escepcion de nuestro sobrino, el hijo de la condesa de Champaña, no tenemos otro pariente mas cercano; y aun en cierto modo nos considerámos mas allegado con vos, porque os amámos en mayor grado, ya que, á pesar de todos los beneficios que le hemos hecho, dicho sobrino nos ha devuelto siempre mal por bien, y se porta tan mal con Nos, que ha llegado á conspirar con nuestros hombres de Navarra para destronarnos y alzarse rey. Este es el motivo de haberos enviado á buscar, porque preferímos que nos sucedais vos en el reino, antes que él ni ningun otro hombre del mundo; y por esto he querido tambien que lo supiéseis directamente de mí, sin intervencion de ninguna otra tercera persona. Mas para que no digan las gentes que obrámos de lijero y sin ningun motivo, es menester que al mismo tiempo que Nos os

prohijarémos, nos prohijeis Vos tambien; pues ya veis que no podeis perder en ello, toda vez que con nuestros setenta y ocho años es natural que muramos mucho antes que vos, que no teneis sino veinte y cinco.

CAPÍTULO CXIV.

Plúgonos en gran manera lo que nos dijo don Sancho, porque con ello nos daba una pueba del entrañable amor que nos tenia; pero con todo le rogámos que no llevase á mal el que nos aconsejásemos con los nobles que nos habian acompañado, pues al anochecer volveríamos á visitarle y le daríamos nuestra contestacion: y si quisimos antes aconsejarnos, fué porque nos habia quedado un hijo de doña Leonor, hija de don Alfonso de Castilla, y por órden nuestra lo habian jurado ya por heredero los nobles y caballeros de Aragon, y las ciudades, entre ellas la de Lérida. En vista de esto, y celebrado ya el correspondiente acuerdo, comisionámos á don Blasco de Alagon (1), á don Ato de Foces y á don Rodrigo Lizana, para que fuesen á manifestárselo en secreto, en presencia solamente de aquellas personas que él quisiese. Llegados allá, dijéronle: — El rey nos envia para manifestaros por nuestro medio, lo que él no pudiera deciros cara á cara: vos no ignorais, que separado de su mujer por mandato del pontífice, le ha quedado de ella un hijo, á quien mandó jurar por sucesor en sus tierras de Aragon y en Lérida; por tanto, como la muerte de los hombres pende de la voluntad de Dios y tan pronto alcanza á los jóvenes como á los viejos, este es el único obstáculo que se le ofrece; pues no puede permitir nunca en su vida que pierda su hijo el derecho que tiene ya adquirido. Si así no fuese, podeis estar seguro de que aceptaria de muy buena gana lo que le proponeis, pues ve en ello una prueba señalada del amor que le profesais.

(1) Zurita dice que se equivocó aquí don Jaime, poniendo á don Blasco de Alagon en lugar de don Blasco Maza; y creemos que efectivamente tiene razon, porque en la escritura de concordia entre el aragonés y el navarro, que copia el mismo analista y hemos nosotros cotejado con su original auténtico, firma sí el Maza, pero no se hace ningun mérito del de Alagon.

CAPÍTULO CXV.

Les contestó el rey de Navarra que deliberaria; y habiéndose aconsejado con don Sancho Ferrandez de Montagut, con en Guillermo Baldoni, que era en aquella sazon uno de los mas honrados y poderosos hombres de Tudela, con el justicia de la villa y con otros de quienes ahora no conservamos memoria; al cabo de dos dias por la mañana dió su respuesta, diciendo: que á pesar de serle tan desventajoso el aventurarse en su edad avanzada con dos personas tales como Nos y nuestro hijo; con todo, era tanto lo que nos amaba, que no tenia inconveniente en que no pudiese sucedernos sino despues de nuestro hijo (1), con tal de que le ausiliásemos en la guerra que tenia con el rey de Castilla, el cual queria destronarle; de manera que si él moria el primero, debiésemos Nos sucederle en su reino; y si al contrario, sobrevivia él á Nos y á nuestro hijo, debiese heredar él todos nuestros estados, haciendo jurar cada uno de Nos á sus respectivos vasallos el cumplimiento por su parte de este convenio. Esta fué la contestacion que nos trajeron nuestros ricoshombres, cuando volvieron para darnos cuenta de su embajada.

CAPÍTULO CXVI.

Cuando Nos oímos tal respuesta, regocijámonos en gran manera, y con Nos cuantos estaban en nuestra compañía; pues á pesar de que por ello hubiésemos de sostener guerra con el rey de Castilla, vimos que aquellos tratos nos eran ventajosos por tres razones: la primera, por ser notoriamente injusta la guerra que aquel rey estaba haciendo al de Navarra; la segunda, porque éste tenia ya setenta y ocho años, y aventuraba su suerte con nosotros, que

(1) En el tratado de alianza y mútua arrogacion otorgado entre don Jaime y don Sancho, no se hace mérito del hijo don Alfonso, como espresa aquí el Cronista; por lo mismo hemos de creer que el convenio á favor de dicho hijo fue estipulado separadamente en algun tratado secreto, ó tan solo de palabra entre ambos soberanos.

éramos dos y podíamos cada uno, segun el órden natural, tener fundadas esperanzas de vivir tanto como él, por cuyo motivo era poco lo que en realidad arriesgábamos; y la tercera, porque era justo que Nos tomásemos parte en aquella guerra, ya que don Sancho nos hacia donacion de Navarra, y que defendiésemos aquella tierra como propia de nuestro padre: que por tal debíamos tenerle cuando nos prohijaba. Subímos, pues, á verle con nuestros ricoshombres, y encontrámos con él á dos ó tres de los suyos que habian llegado de nuevo. Puesto en su presencia, le dijimos: — Mucho os agradecemos la honra que nos haceis y el amor que nos mostrais, segun lo que nos han manifestado nuestros mensajeros; por consiguiente, aceptamos el convenio tal como nos lo habeis propuesto por medio de los ricoshombres, y os ayudarémos contra el rey de Castilla y contra cualquiera que intente haceros algun daño. — Convenidos así, señalámos el plazo de tres semanas para que él convocase á todos los nobles y caballeros de Navarra, á diez síndicos por cada ciudad y cuatro por cada villa de importancia, á fin de que, con poder bastante y en representacion de todos los demás, nos prestasen juramento y homenaje de señorío y fidelidad; pues Nos ordenaríamos que hiciesen otro tanto nuestros vasallos de Aragon.

CAPÍTULO CXVII.

En el dia que habíamos acordado nos hallábamos en Tarragona, desde donde nos fuímos á Tudela, ya que él no podia salirnos al encuentro, acompañado de los ricoshombres y síndicos de nuestras ciudades. Allí recibímos primeramente de todos los susodichos vasallos el juramento y homenaje de que, despues de muerto don Sancho, reconocerian por rey de Navarra á Nos, ó al infante don Alfonso, si nos sobrevivia, y á nuestros sucesores perpetuamente; y del mismo modo los ricoshombres y síndicos de nuestras ciudades, que para esto se hallaban en Tudela, le prestaron á él igual juramento y homenaje, en los términos que habíamos pactado. Comisionámos además á uno de los nuestros para que recorriese el reino de Navarra, tomando el juramento y homenaje á los que no lo hubiesen aun prestado; é hizo él otro tanto respeto de nuestra tierra.

Terminado este negocio, empezámos á tratar de la guerra con el rey de Castilla, asistiendo al consejo cuatro ó cinco ricoshombres por cada parte, y además algunos ciudadanos de Zaragoza en nombre de entrambos, á quienes hicimos jurar sobre los santos evangelios que guardarian el secreto de lo que se tratase. Dió allí cada uno su dictámen; mas habiendo ya anochecido, prorogámos el consejo para la siguiente mañana, porque esta es la hora del dia mas á propósito para tratar de asuntos de importancia: y entonces, oidas las misas muy temprano, reuniéronse otra vez todos los que habian jurado guardar secreto, para manifestarnos lo que habian pensado sobre el negocio durante la noche, que, como dice Salomon en sus Proverbios, es muy buena consejera; motivo por el cual, como hemos dicho, habíamos aplazado la resolucion para el dia siguiente. Habiendo Nos luego dicho al rey de Navarra que hablase él primero, como de mas edad, y mas esperimentado que Nos en los negocios, tomó la palabra y habló en estos términos: — Rey, alguna esperiencia tengo de los negocios de España; pues por mi edad avanzada, puedo dar razon de muchas cosas que han acontecido en mis dias. En la guerra que hubo entre nuestro padre y el rey de Castilla, portáronse siempre con valor nuestros navarros en cuantos encuentros tuvieron con los castellanos, y si alguna vez cedieron, fué porque ellos eran muy pocos, y tenian que luchar con un enemigo escesivamente numeroso; mas teniéndoos á Vos por ausiliar, poco nos costará el vencerlos, si Dios quiere. Hagámoslo, pues, así: yo os apoyaré con todas mis fuerzas; haced Vos otro tanto como buen hijo, y los venceremos, vive Dios, que nuestro es el derecho y suya la sinrazon. — Cuando hubo puesto fin á sus palabras, dijimos Nos que hablasen sus ricoshombres, como mas prácticos en aquellas fronteras que Nos ni los nuestros; y así tomando la mano don García Almoravit, instado por todos los navarros, dijo: — Rey de Aragon, voy á esplicaros lo que pasa en esta tierra, aunque todos los naturales de Navarra saben tan bien ó mejor que yo los daños que don Lope Diaz de Vizcaya está causando al reino, y por consiguiente al rey, con sus numerosas fuerzas. El rey de Castilla ha mandado últimamente á sus vasallos que ayuden á don Lope siempre que lo necesite; mas ya que el Señor nos ha dispensado la inestimable merced de estrechar vuestra amistad y alianza con el rey de Navarra, confiamos en Dios que ambos á dos

llevareis á buen cabo esta guerra, ganando entrambos señalada honra, y con satisfaccion de todos los que vean cómo amparais Vos á don Sancho contra la injusticia que se le hace. — Despues de don García, fué cedida la palabra á don Sancho Ferrandez de Montagut, quien habló así: — ¿Qué mas quereis que os diga, sino que el Señor acaba de concedernos ahora la merced que tanto esperábamos? Si vosotros dos quereis tomar con empeño este negocio, lo llevareis á buen término; acometed decididamente la empresa, y el éxito no podrá menos de ser feliz. — Dijimos entonces á los demás ricoshombres que asistian en el consejo, que diesen su parecer; pero todos nos contestaron unánimemente, que se adherian á lo manifestado por don Sancho y don García, porque estaban ciertos de que tendria buen fin el negocio, si Nos y el rey de Navarra nos empeñábamos en él, pues que ellos por su parte estaban dispuestos á servirnos lo mejor que pudiesen. Seguidamente nos manifestó don Sancho, que ya que habian hablado sus ricoshombres, bueno seria que los nuestros diesen tambien su dictámen: por consiguiente tomó la palabra don Ato de Foces, y dirigiéndose al rey de Navarra, le dijo: — Poco tenemos que esponeros por parte del rey de Aragon: dadnos vosotros dos lo necesario para serviros en esa campaña; pues por mi parte os prometo que además de lo que me deis emplearé en ella mi caudal, aunque sea empeñando mis bienes por mas de un año: que donde habrémos de arriesgar nuestras personas, justo es que no temamos tampoco el arriesgar nuestra hacienda. — Habló despues don Blasco de esta manera: — Bien dicen los ricoshombres de Navarra: para que esta empresa de que tratamos sea llevada á buen término, no se necesita mas sino que os empeñeis en ella ambos reyes; pues grande será vuestro poder, habiéndoos Dios unido en tan estrecha amistad, y grande será el lucro que de ello habrémos de reportar nosotros y vosotros. — Por último, habló tambien don Rodrigo Lizana, y dijo: — Solo un consejo os daré á Vos rey de Aragon, y á Vos el de Navarra, y es que procureis ante todo ordenar el modo como podais recompensar á los que os sirvan; pues con los hombres de valor que uno y otro teneis, no debe daros ningun cuidado todo lo demás. — Luego que todos aquellos nobles hubieron manifestado su opinion, pidiónos don Sancho que declarásemos la nuestra, y así lo hicimos.

CAPÍTULO CXVIII.

No ignorais, don Sancho, dijimos al de Navarra, que nosotros los reyes no nos llevámos de este mundo, cuando llega la hora de la muerte, sino sendas mortajas, que solo se diferencian de las de los otros hombres en ser de mejor tela; pero tenemos la ventaja de que por el mucho poder que Dios nos ha dado, podemos emplearnos mejor en su servicio, y ganar nuestro galardon por las buenas obras que hagámos: sin embargo, si estas no las hacemos en esta vida, no podemos esperar cumplirlas en la otra. Ahora pues, ya que Vos lo quereis, os manifestaré de qué modo podreis vencer en esta guerra. Verdad es que yo puedo poner en campaña triplicadas ó cuadruplicadas fuerzas que Vos; pero en cambio Vos teneis mucho mayor caudal, y mas abundancia de víveres y otras cosas que se necesitan para la guerra. Por mi parte, pues, ofrezco ausiliaros con dos mil caballeros; aprontad Vos otros mil, que entre caballeros y hombres de linaje que sepan manejar armas y caballo, bien podreis reunirlos en vuestra tierra; enviad tambien mensaje á vuestro primo el conde de Champaña, para que se una con Vos y os ayude con mil caballeros, que bien podrá reunirlos; y si por ventura, noticioso él de los tratos y alianza que con Vos hemos celebrado, no quisiese ausiliaros, reunid por vuestra cuenta los dos mil, que por la gracia de Dios bastante teneis de que pagarlos, y de nada sirve el caudal si bien no se emplea. ¿Y de qué modo podeis emplearlo mejor que vengando las afrentas que hizo á vuestro padre el rey de Castilla y las que Vos mismo habeis recibido, y ganando al mismo tiempo tan señalada honra, por mas que debiese costarnos la vida á entrambos? Luego que tengamos reunidos los cuatro mil caballeros de linaje, entrarémos por Castilla; y como los castellanos son de suyo orgullosos y están ahora engreidos, nos presentarán luego la batalla: aceptarémosla; y no pudiendo haber allí ningun estorbo, vencerémos con la ayuda de Dios, porque tenemos á nuestro favor el derecho, y ellos pelearán injustamente. Despues de haberles vencido en el campo, invadirémos las aldeas de Castilla, que están todas sin foso y sin muralla; entrarémos por ellas como si fuese en campo abierto, darémoslas á saco, y así

lograrémos que atraidos por la esperanza del lucro, acudan otros muchos á aumentar nuestras fuerzas.—Aquí llegábamos de nuestras razones, cuando don Sancho nos interrumpió muy destempladamente y con grande enojo, diciéndonos que ordenásemos nuestras cosas segun nos pluguiese, porque él haria otro tanto con las suyas. Pesónos entonces en gran manera de que nos diese semejante respuesta, y le hicimos observar que no debia llevar á mal cuanto le habíamos dicho, porque todo se lo habíamos manifestado solamente para mayor honra suya, y para que pudiese recobrar lo que habia perdido; y viendo que ninguno de los suyos se atrevia á hablarle palabra, dijimos Nos á don Sancho Ferrandez: — Malamente obrais; ¿porqué no manifestais la verdad á vuestro señor? — Lo que importa, nos contestó, es que Vos ausilieis al rey, conforme se lo habeis ofrecido; ya que todo ha de redundar en mayor honra vuestra. — Pero por los tratos que con él habíamos tenido, no quisimos en aquella ocasion replicar á don Sancho, viéndolo tan enojado; sino que nos despedímos de él, diciéndole que al dia siguiente hablaríamos otra vez de aquel asunto.

CAPÍTULO CXIX.

Al otro dia volvimos á ver al rey de Navarra, y le dijimos que tuviese á bien prestarnos cien mil sueldos; á cuya demanda accedió, con tal de que le diésemos suficiente garantía de su restitucion. Por consiguiente, ofrecimos darle en prenda los lugares de Ferrera, Ferriolo, Peñaredonda y la Faxina; y ajustado así el convenio, le prometimos que para la pascua estaríamos dispuestos á servirle con mil caballeros, y para la fiesta de san Miguel tendríamos aprestados otros mil; conviniendo él por su parte en tener prontos los mil con que debia concurrir á la empresa: pero por pascua, cuando debimos reunirnos con él, nos lo impidieron otros negocios que nos obligaron á pasar á Mallorca, retardándonos así por mas de dos meses el acudir á la cita.

CAPÍTULO CXX.

Cuando íbamos á ver otra vez á don Sancho, que nos tenia ya por culpable de no haber comparecido antes, saliónos al encuentro un caballero muy amigo nuestro, llamado Pero Gimenez de Vallterra, que habia estado veinte y un años al servicio del rey de Navarra, y nos dijo: —Andad sobre aviso, señor; pues el rey quiere increparos porque no habeis comparecido en el dia que entre los dos teníais concertado. —Mucho agradecemos la noticia, —contestámos Nos á don Pero; y á la siguiente mañana, cuando fuímos á vernos con don Sancho, le hablámos en estos términos: —Hemos venido aquí para veros, y creemos que no llevareis á mal el que no hayamos comparecido en el dia señalado, teniendo en cuenta que hemos querido antes llevar á cabo algunas otras empresas, cuyo buen éxito nos servirá para el mejor resultado de la que ahora hemos de acometer.— Creemos que será así como vos decis, nos contestó; pero lo cierto es que no os habeis presentado en el dia que nos prometísteis.— Mas no os debe pesar esta tardanza, si ha de ser mas ventajosa para entrambos. —Veamos, pues, repuso, en qué consiste la ventaja. —En que por nuestra tardanza podrémos ahora ausiliaros con doscientos caballeros mas de los que sin ella hubiéramos reunido. Y vos, le dijimos, ¿teneis ya dispuestos los mil caballos que nos ofrecísteis? Nos no hemos hallado en toda Navarra mas allá de trescientos caballeros prontos á entrar en campaña; por nuestra parte, sin embargo, hemos aprontado los mil que os ofrecímos: mal haceis, pues, en reprendernos por nuestra falta, cuando vos habeis cumplido tan malamente vuestras promesas. Si vos tuviéseis reunidos los mil caballeros que debíais, con ellos y con los otros mil que por nuestra parte tenemos prontos á hacer la guerra desafiaríamos al rey de Castilla. —Contestónos que deliberaria sobre lo que le decíamos, y con esto nos despedímos de él. Cuando bajábamos del castillo de Tudela, encontrámos á un caballero de don García Almoravid, el cual de parte de éste y de Juan Perez de Basca, que se hallaban en la frontera, habia traido un mensaje para el rey, y nos dijo: —Señor, he venido aquí con un mensaje para el rey; hace cua-

tro dias que he llegado, y aun no he podido verle.—¿Qué mensaje es éste? le dijimos. — Así Dios me ayude, señor, nos contestó, ya que, segun veo, teneis tanta intimidad con el rey, os lo declararé. Los ricoshombres que me han encargado esta mensajería quieren hacer saber al rey, que si les envia doscientos caballeros, vencerán á don Lope Diaz de Vizcaya, y así podrá hacer suya la victoria en esta guerra.— Así se lo manifestarémos á don Sancho, dijimos al mensajero: nó ahora, porque acabamos de salir del castillo; pero sí cuando lo veamos esta misma tarde.

CAPÍTULO CXXI.

Volvimos por la tarde á ver al rey de Navarra, y le dijimos: —¿Porqué obrais así? Hay aquí á la puerta un caballero que viene de parte de don García Almoravid y de los demás ricoshombres que se hallan en la frontera y de vuestra meznada, el cual hace cuatro ó cinco dias que está esperando, sin que le haya sido posible el hablaros, á pesar de que os trae buenas nuevas.— ¿Qué nnevas son esas? nos preguntó don Sancho. — Dice, le contestámos, que con doscientos caballeros que enviáseis de refuerzo á la frontera, vencerian á don Lope Diaz, y con su victoria quedaria terminada esta guerra. Mandad que éntre el mensajero, y él mismo os dará razon de su embajada; pero no le digais que Nos os la hayamos ya participado. — No es menester que él entre, repuso el de Navarra; basta que hablemos del asunto nosotros dos. ¿No veis que todos los ricoshombres se portan con Nos deslealmente, y que no llevan otro objeto que el sacarnos dinero?— No es dinero lo que os piden, le replicámos; sino que les envieis doscientos caballeros: y ¿qué perdeis vos con enviárselos, si con ello podeis ganar mucha honra? Quizás no se os ofrecerá nunca tan buena oportunidad, como la que ahora se os viene á la mano. Por mi parte, iria yo tambien allá de muy buen grado con setenta caballeros que aquí tengo; pero como no he desafiado aun al rey de Castilla, buscarémos algun arbitrio para que no os falte este refuerzo: mandad vos convocar la hueste en la villa; yo mandaré á los mios que sigan á vuestros cabos, daréles víveres para ocho dias, y se hará lo que vos ordeneis. — No es esto lo que nos

conviene, — respondió don Sancho; y como Nos vimos que él tomaba en sus cosas tan poco interés, nos despedímos diciéndole: —Por nuestra parte hemos hecho cuanto podíamos; no será pues, culpa nuestra, si no sale todo á medida de nuestros deseos.

CAPÍTULO CXXII.

Viendo que don Sancho no sabia adoptar ninguna resolucion, nos fuímos á nuestro alojamiento, y manifestámos á nuestros ricoshombres las razones que con él habíamos tenido. Díjonos entonces don Blasco: — Ya que el rey de Navarra no cuida de sus cosas, no es menester que andeis vos por él tan atareado: dejadle, partamos mañana, y decidle que siempre y cuando os necesite y quiera cumpliros lo que os premetió, os hallará dispuesto á servirle. — Bien hablásteis, don Blasco, dijimos todos. — Al dia siguiente nos fuímos por la mañana á ver á don Sancho, y le manifestámos que, cumpliendo él lo prometido, estaríamos pronto á servirle con los dos mil caballeros que le habíamos ofrecido; por consiguiente, que lo dejábamos en su mano, y que podria contar siempre con Nos. Estuvimos aun allí otro dia, y luego nos marchámos.

CAPÍTULO CXXIII.

Salido de Tudela y llegado á Tauste, acordámos que ya que el rey de Navarra tomaba tan poco empeño en las cosas que interesaban á entrambos, valia mas que entrásemos en tierra de moros y nos apoderásemos de Burriana; para lo cual señalámos dia á los ricoshombres, á los maestres del Templo y del Hospital, y á los de Uclés y Calatrava, que se hallaban tambien en nuestra tierra, dándoles órden de que á primeros del próximo mes de mayo se hallasen con Nos en Teruel. Ninguno de los que habian recibido la órden se presentó en el plazo prefijado; pero comparecieron el obispo de Zaragoza, llamado Bernardo de Montagut; don Pero Ferrandez de Azagra, y muchos hombres de nuestra meznada, en-

tre ellos don Gimeno Perez de Arenós; de modo que llegámos á reunirnos hasta ciento y veinte caballeros y las milicias de Teruel. Al cabo de tres dias salímos de esta villa y nos fuímos á Ejérica, donde tropezámos con siete ú ochocientos moros, que nos privaron de acampar en la vega y nos obligaron á establecernos junto al castillo. Como los sarracenos con sus ballestas y lanzas impedian á los cristianos el recorrer la vega, menos en la parte inmediata á nuestro campamento, resolvimos talar los contornos de la villa por la parte de Viver, dejando á treinta caballeros armados para guardar á los que se quedasen en las tiendas, que serian unos mil hombres, acompañándonos todos los demás en aquella tala. Así lo pusimos por obra; y los moros, al ver á los caballeros armados, no se atrevieron á oponérsenos. Al dia siguiente, hicimos tambien nuestra correría por el lado opuesto de la poblacion, dejando asimismo en las tiendas los caballos armados; y cuando acabábamos de regresar de nuestra cabalgada, llegaron En Raimundo Ça-Ametla, comendador de Aliaga, y otro freile comendador del Templo, cuyo nombre no recordamos, los cuales entraron solos en el campamento cabalgando y lanza en mano, y vinieron á encontrarnos. Convocámos en seguida á los obispos, á los ricoshombres, al concejo de Teruel y á los de nuestra meznada: y en presencia de todos dijeron los comendadores: — Señor, os saludan los maestres del templo y del Hospital y el comendador de Alcañiz, los cuales se hallan aquí con todo el concejo de esta poblacion y de Montalvan, para deciros como han estado dos dias cerca la colina llamada de *les Pascues*, que está como dos millas delante de Murviedro, conforme vos les mandásteis; y que llegaron hasta el valle de Sego, y ahora vuelven para suplicaros que marcheis lo mas pronto posible á tal punto, pues ellos no pueden quedar allí solos, tanto porque son pocos, como por considerar muy grande el poder de Valencia. —Contestámosles que podríamos hablar de tal asunto, y al efecto salieron ellos fuera de la tienda, y nos dijeron llanamente que si Nos no les acompañábamos se volverian. Calculámoslo bien, y diciéndonos los demás que seria bueno socorrerles y hasta acompañarles Nos, dimos á aquellos la conveniente respuesta, en vista de la que se marcharon en seguida. A poco nos vino á la imaginacion un pensamiento y dijimos; —¿Qué harémos de esos hermosos trigos que tenemos delante, sin talar-

los? ¿Por ventura podrán impedírnoslo los sarracenos? Enviemos á decir á los maestres que nos esperen por un dia, y que al otro estarémos con ellos: entretanto yo os mostraré como podrá hacerse la tala. — Por Dios que no conviene marchar de aquí, esclamaron todos á una voz, sin que antes la efectueis. — Pues voy á esplicaros, replicámos Nos entonces, de qué modo lo harémos. Yo nunca habia estado en esa frontera, pero me parece que los sarracenos que la habitan son muy diestros en las armas y las manejan bien. Pero el ejercicio de las armas tiene una cosa que cada luchador hace á su modo y es, que, segun el ardid en el parar, si el que espera es diestro, las mas de las veces bate al que le ataca: nuestros caballeros solo llevan lanzas, y los sarracenos, sin las lanzas, tienen además ballestas, y sobre todo la ventaja de ser mas lijeros; pero no importa: los últimos no podrán impedirnos la tala, y el medio que para esto emplearémos os lo voy á decir. Coloquemos en aquel camino mas elevado veinte caballos armados, y otros veinte en aquel otro camino que está mas abajo; luego demos los escudos á los escuderos; tras de estos, que irán escudados, coloquemos á los ballesteros, y tras de los ballesteros vengan los segadores.— Así como lo dijimos lo pusimos por obra, y á la mañana siguiente empezámos la tala, sin que á ello se opusieran los moros; y es claro, pues conocerian que á defenderse, seria aun mayor aquella, resultando por consiguiente en mayor daño suyo y provecho nuestro. Talámosles de esta manera dos campos; y el dia siguiente de mañanita, pasámos á albergarnos á Torres-Torres, donde por la noche les talámos tambien todo lo de aquella parte: luego hicimos saber á los maestres, por medio de nuestros adalides, que nos dirigíamos á donde ellos estaban, y á la mañana siguiente, despues de oir nuestra misa, entrámos por el valle de Sego adentro, donde encontrámos á los maestres del Templo y del Hospital, al comendador de Alcañiz y al de Montalvan, junto con los cuales pasámos desde tal punto á poner sitio á Burriana, lo que tuvo lugar á mediados de mayo; á cuyo objeto hicimos fabricar, apenas llegámos, un fundíbulo y un mangano.

CAPÍTULO CXXIV.

Los sarracenos que estaban dentro de la villa salian á pelear algunas veces; y como viesen que se acercara á aquella algun rebaño, ó cualquier ganado que fuese, efectuábanlo sin tardanza: á veces salian como unos cien hombres á pié, y otras no mas que siete á caballo, que serian todos los que tendrian; pero antes tenian cuidado de apostar ballesteros en la puerta, adonde se figuraban que la hueste podria dirigirse, para lastimar á los que se acercasen.

De vez en cuando, procuraban solo poder pillar algunas reses, que á toda prisa se llevaban adentro; y aunque otras veces sucedia lo contrario, que los de la hueste se las pillaban á ellos, tuvimos por conveniente mandar que de ningun modo pudiesen apacentarse los rebaños entre la hueste y la villa. Recordamos bien un dia, en que estaba por allí la hueste, mientras pacian siete entre rocines y mulas: salieron para llevárselos los siete caballos de costumbre por la puerta que mira á Valencia; y en efecto llegaron á conseguirlo, colocándolos delante; mas pronto se apercibió de ello un caballero de la hueste llamado En Guillermo de Asin, que iba con don Blasco de Alagon, y que en tal momento venia de guardar á sus hombres, que se hallaban donde habia los pastos. Iba En Guillermo en su caballo, vestido el perpunte, y un escudero le guardaba las armas; mas resuelto de pronto, tomólas en seguida, cubrióse con el casco de hierro, y arremetió contra aquellos sarracenos que se llevaban las caballerías. Fácilmente hubiera podido quitárselas todas entonces, pues cerca estaba la hueste que le hubiese socorrido; mas á pesar del buen intento que llevaba, no pudo conseguir enteramente su objeto: las cuatro entrarónlas los moros á la villa, y á la hueste solo pudieron volver las otras dos. Veamos ahora quienes eran los nobles que formaban la hueste en tal jornada. Habia primeramente nuestro tio don Fernando, el obispo de Lérida En Berenguer de Erill, el de Tortosa, el maestre del Templo, el del Hospital, don Blasco de Alagon, En Guillermo de Cardona, hermano de En Raimundo Folch; y además don Rodrigo Lizana, don Pero Ferrandez de Azagra, señor de Albarracin, don Gimeno de Urrea, don

Blasco Maza, don Pero Cornel, En Bernardo Guillen, padre del que ahora lleva tal nombre, nuestro tio; el prior de Santa Cristina, los comendadores de Alcañiz y de Montalvan; y sin estos, el concejo de Daroca y el de Teruel. Mas adelante comparecieron tambien los de Calatayud, los de Lérida, los de Tortosa y los de Zaragoza, aunque los de esta ciudad no llegaron hasta despues de haber tomado á Burriana. Á tal sazon nos vino á ver un maestro (1) de Albanguena llamado Nicoloso, el mismo que en Mallorca nos habia fabricado el trabuquete, y nos dijo:—No hay necesidad, micer, de que os espereis tanto tiempo para ganar la villa; pues antes de quince dias, si quereis, la podreis tener. — Y cómo? le preguntámos Nos. — Proporcionadnos madera, que bastante hay aquí de almezo y de otros mil árboles que se encuentran, y os fabricaré un castillo antes de ocho dias, con el cual se podrá ir allá, del mismo modo que lo hicimos con los trabuquetes en Mallorca. — Dijímosle que nos parecia acertado cuanto nos proponia; pero que esperase, pues antes lo consultaríamos con los ricoshombres.

CAPÍTULO CXXV.

A tal objeto enviámos á buscar á los ricoshombres, barones y obispos, así como á don Fernando, para que compareciesen; y reunidos, les dijimos:—Sabed como ha venido á vernos un maes-

(1) No nos hemos atrevido á variar la palabra *maestro*, á secas, con que trata el rey al constructor de castillos, por no creerla impropia, mayormente si se atiende á que hasta en el dia se usa de tal dictado, aunque acompañado del nombre de algun oficio, para señalar á los que lo ejercen: así decimos maestro de obras, y en catalan *mestre de casas*, aplicándolo á los albañiles, del mismo modo que pocos años atrás decíamos maestro herrero ó maestro sastre á los agremiados en tales oficios, que, para el título de *maestro*, habian sufrido antes exámen.

El título *micer* con que el maestro trata al rey, parece impropio hasta cierto punto, pues con él se distinguia solamente á los letrados de Cataluña, Rosellon y Valencia; mas atendido el orígen francés de tal palabra (*messire*, equivalente al *sire* que aun en el dia se usa), solo deberá considerarse en aquellos siglos como una espresion de respeto, mas ó menos propia, puesta en boca de un hombre vulgar que ignora los tratamientos, y bajo el significado de *mi señor*,

tro, el cual vino ya con Nos á Mallorca y es el mismo que allí fabricó nuestro trabuquete, y nos ha dicho que, si queríamos, nos fabricaria antes de ocho dias un castillo, con el cual podrémos tomar fácilmente á Burriana; aunque á deciros la verdad, tal pensamiento lo habíamos ya Nos tenido; y sabemos de cierto, que si el castillo se fabrica, alcanzarémos gran provecho. —¿Y de qué modo se hará? preguntaron ellos. —Yo me sé la traza, contestámosles; pero valdrá mas que venga el mismo maestro y os lo esplique. —En efecto, mandámos por él, y entretanto esplicámosles ya en cierto modo cómo podria hacerse, por el estilo de la obra que vimos en Mallorca. Dijímosles que dicho castillo de madera habia de tener cuatro brazos, es decir, dos por lado, sin contar otros dos por delante y dos por detrás, con los cuales quedaba completamente afianzado; que tendria dos pisos: el primero á la mitad de su altura, y el otro en la parte mas elevada, en el cual estarian los ballesteros y demás gente para apedrear á los sarracenos que asomasen al muro: así los sarracenos no podrán defender aquella parte, pues las ballestas y piedras les incomodarán de continuo, y entonces será cuando de corrida subirán á la torre los cristianos y se apoderarán de ella: y como habrá la ventaja además de que el castillo ocupará el estremo del foso, no queda duda de que la villa caerá en nuestras manos.

Del mismo modo que nos se lo contámos se lo esplicó luego el maestro; y al oirlo, resolvieron al punto que pasase adelante la obra y que por nuestra parte procurásemos dar toda la prisa posible. Á tal objeto alquilámos cuantos maestros por allí habia, y les mandámos ocupar en seguida en cortar madera y trasportarla adonde estaba la hueste, con lo que se dió principio á la fabricacion del castillo. Á pesar de esto, el fundíbulo nunca cesó de tirar: los de dentro hacíanlo tambien con dos algaradas muy buenas que tenian; mas hubieron de pararse, por temor de aquel, que estaba debajo y muy bien cercado de empalizadas. Concluido el castillo de madera, y despues de tener preparados como un centenar de rodillos untados de sebo, hizo clavar el maestro, por medio de un mantelete que iba delante, dos áncoras á la tierra; colocámos junto al foso varios escudados y otros hombres de armas para que con mazas clavasen las puntas de aquellas lo mas hondo posible; y luego en rededor, valiéndonos del mismo arbitrio,

mandámos plantar grandes estacas, las cuales estaban unidas por medio de hierros y tenian atadas varias garruchas. Hecho esto, díjonos el maestro que á la mañana siguiente tuviésemos preparado el número suficiente de hombres para arrastrar el castillo, el cual ya veríamos con cuánta facilidad avanzaria.

CAPÍTULO CXXVI.

Salia el sol, cuando Nos cabalgámos y nos dirigímos á la hueste de Daroca y de Teruel, á fin de que cada una nos enviase doscientos hombres; y lo conseguímos, de manera que cumplieron exactamente. Con esto, preguntámos al maestro si lo tenia ya todo preparado. — Poco falta, nos respondió, pues ahora estoy arreglando las cuerdas para pasarlas por las garruchas. — Maestro, le dijimos entonces, si hubiéseis de creer un consejo mio, os diria que no hiciéseis andar el castillo hasta de aquí á dos dias. — Y porqué, micer? nos contestó. — Yo os daré la razon, le dijimos. Ellos tienen dos algaradas, y si las apuntan contra el castillo de madera, temo no lo malbaraten, pues no tiene ninguna pantalla que prive de que las piedras le caigan encima. — Por merced, replicó entonces el maestro, tened la bondad de permitir que ande el castillo; pues aun cuando se le opusieran diez, no daria por todas ni el valor de un queso. — Si quisiérais, continuámos Nos entonces, durante el dia de hoy nos podríamos entretener en arreglarlo: yo mandaria mis porteros á la mar para que nos trajesen todas las redes que hubiese, y con las gúmenas de los leños, que con treinta bastarian, y algunos travesaños de madera podríamos cubrir de modo la parte superior del castillo, que nada le harian los golpes de la algarada, pues el toldo que hiciésemos saldria á fuera tanto como una braza, colgando además hácia abajo, al paso que estaria sujeto por todas partes. — Micer, replicó de nuevo el maestro, os digo que no hay necesidad de tales estratajemas, y menos en el lugar en que estamos. — Vaya, vaya, dijimos Nos entonces; mejor podeis entender vos en tal negocio que yo: vos lo teneis por bueno, como decis, adelante pues, y no temais que os contradiga. — Con tal motivo solo procurámos ya entonces llevarlo á cabo: mandámos á los hombres que tirasen de

las cuerdas, y dando el grito de *ayoz*, lo propio que se hace al remolcar una nave ó al vararla, conseguímos mover el castillo, haciéndole adelantar hasta á un gran trecho; mas hubo de pararse al fin, á causa de los brazos que le estorbaban y de las saetas que nos arrojaban, cuatro de las cuales nos hirieron.

Íbamos Nos vestido nuestro perpunte y con la loriga, llevando la cabeza cubierta con nuestro capacete de hierro y escudado con nuestro escudo; sin contar además, en que cerca teníamos veinte escudados que nos guarecian de los tiros contrarios. De este modo, á los que caian heridos no les dejábamos separar de las cuerdas, antes los hacíamos sentar y cubrir; pero á pesar de todo nos llegaron á herir ya de ocho á diez, en razon de sernos ya imposible guarecerlos, pues venian en tanto número las saetas, que algunas llegaban á penetrar por entre los escudos de los que nos guardaban. Llegado el castillo de madera á la mitad del camino que habia de hacer, díjonos el maestro: — Haced que marchen de aquí esos hombres, que mucho daño reciben. Lo que me conviene es que me deis gente escogida que obedezca á cuanto yo le mande; de este modo vereis como yo me lo arreglaré, y seguirá el castillo adelante sin que tengámos que sufrir tantas pérdidas.—Teneis razon;—le dije yo; y en seguida nos marchámos, siéndo notable en tal ocasion elver de qué modo todo el mundo se puso á beber, tanta era la sed que nos causó la fatiga; pues se bebió mas en una hora que no se bebe en un dia: yo por mi parte apuré dos copas grandes de vino aguado, esto sin haber aun comido nada; mas observando luego que todavía tenia sed, resolví ir á comer, y á ello nos fuímos desde luego.

En el negocio de que acabamos de hablar nadie nos ayudó ni hubo quien se nos ofreciera. Pusímonos á comer, y entretanto cesó de tirar el fundíbulo; en vista de lo que los sarrracenos se afanaron con su mejor algarada, de modo que antes que llegáramos al fin de la comida, el castillo de madera habia sufrido ya diez tiros. Pesábanos esto sobremanera, y tanto era lo que nos afectaba que, á buen seguro no nos hubieran hecho tanto daño si nos dieran de puñadas en las costillas, como el que sentíamos entonces cada vez qne oíamos sonar el golpe. Enviámos á buscar el maestro para que viniese á nuestra presencia luego que acabásemos de comer, y comparecido, le dijimos: —¿No hubiera valido mas que

siguiérais antes mi consejo é hiciérais cuanto os decia? De qué servirá ahora repetirlo? —Así fué como no encontrámos hombres que de dia quisiesen ir al castillo; y fué una lástima, pues era nuestro plan hacerlo retroceder hasta donde no lo pudiesen malbaratar, y allí componerlo; mas á la fuerza tuvimos que abandonarlo, y durante toda aquella noche los moros se entretuvieron en tirarle algaradas, de las cuales recibió sin duda mas de cien golpes.

CAPÍTULO CXXVII.

Vimos por la mañana que no habia remedio para el castillo, pues nos lo iban á desbaratar; y al efecto enviámos á decir al maestro, antes del alba, que arreglase las cuerdas y garruchas, y que por la mañana nos veríamos para hacerlo retroceder: hicimos armar toda nuestra compañía y á la hora señalada, antes de salir el sol, mandámos arrastrar el castillo hácia la hueste, hasta ponerlo fuera del alcance de las algaradas. Entonces nos convencimos, y con Nos otros muchos, de que para nada podia servirnos aquel castillo, en razon del cual tuvimos antes bien grandes estorbos cuando las descargas de algaradas; atendido lo que, lo desamparámos al instante, dispuestos á no usar ya mas de tal traza, y sí resueltos, con acuerdo de los ricoshombres y obispos, á que tirase nuestro fundíbulo y se hiciesen cavas, único medio que se creia seguro para alcanzar nuestro propósito, y que se puso por obra en seguida.

CAPÍTULO CXXVIII.

Vinieron entretanto dos galeras de Tarragona, la una de En Bernardo de Santa Eugenia y la otra de En Pedro Martell; y esto era á sazon en que Nos no teníamos ninguna, y temíamos por otra parte que el rey de Valencia no tomase dos ó tres y nos saltease los víveres que de Tarragona nos venian y de Tortosa. Por tal motivo, los marinos y otros prácticos de la mar nos aconsejaron que nos retuviéramos dichas galeras entretanto, y que por nada absolutamente las dejásemos partir: á cuyo fin nos fuímos á la tien-

pa del maestre del Templo, desde donde enviámos por los dueños de las embarcaciones, suplicándoles que de todos modos hiciesen quedar las galeras, y diciéndoles que se les satisfaria cuanto les hubiese costado el armarlas, y aun mas. Dijeron ellos que mucho les habia costado, y así que nos suplicaban tambien no les estorbásemos su marcha, pues no querian esponerse á perder. En vista de tal contestacion, Nos les dijimos.—Me parece, Bernardo, que siendo hombre tan honrado y de gran fama, así como tú, En Pedro Martell, que eres prohombre de ciudad, debiérais mirar por mi honra de cualquier modo que fuese; lo que no haceis, queriéndoos marchar de aquí é impidiendo que tome aqueste lugar. Dejando aparte la vergüenza y el daño que para mí seria, ved el mal ejemplo que resultara para mi reino, ganado contra mis competidores, si despues de haber puesto á salvo á Aragon y Cataluña de aquellos que contra mí se levantaron, habiendo vencido al conde de Urgel y á Mallorca, hubiese de desamparar ahora el primer lugar que he sitiado del reino de Valencia, cosa que por nada haria. Podrá suceder, no obstante, como me falten víveres; mas yo os suplico por Dios, y por la naturaleza que en mí teneis, que no querais permitir sufra yo la vergüenza y el daño de que os hablo.

La respuesta fué que lo pensarian; y en efecto fueron á consultarlo entre sí, durante lo que mediaron tratadores varias veces entre Nos y ellos, viniendo por fin á ser el resultado que habíamos de abonarles setenta mil sueldos. Dijimos á los tratadores que de buena gana satisfaríamos tal cantidad, pero que nos era imposible á tal sazon, pues ni siquiera mil sueldos podíamos entregarles, como no hallásemos quien nos los prestára, lo que mirábamos difícil, á no dar en prenda caballos ú otros objetos: y de tales cosas, en verdad que no era entonces ocasion de desprenderse. Contestáronnos que les era absolutamente imposible acceder, pero que lo harian, no obstante, si prestaban fianza el maestre del Templo y el del Hospital. Propusimos á estos el caso, y para ello fué el del Hospital á ver en seguida al del Templo, que tenia por nombre Raimundo Patot; mas su contestacion fué que nunca habia sido costumbre entre ellos prestar fianza por rey ni aun por nadie. Así quedámos por entonces; mas luego el maestre del Hospital se ofreció de nuevo que volveria á ver al del Templo para arreglar de un modo ú otro el negocio, y presentándosele en efecto, le dijo:

—Me parece que podria hacerse una cosa: prestemos nosotros la fianza al rey, y él que nos confirme los privilegios que nos otorgaron los de su linaje: creo que esto nos será mas provechoso que si nos diera cien mil sueldos. — El maestre del Templo contestó que lo consultaria con sus freiles; y habida respuesta favorable por parte de estos, accedió al fin. Con tal noticia, volvió á Nos el maestre del Hospital, á quien esperábamos, y nos dijo: — Si se lleva á cabo este negocio, á mí tendreis que agradecerlo. — En verdad, le respondimos, y esperamos que lo conseguireis. — Basta con que nos hagais una escritura, nos respondió, confirmándonos las demás que tenemos otrorgadas por los de vuestro linaje, y al punto tendreis lo que deseais. — Sabed, maestre, que por nada consentirémos en lo que decis; pues ¿no veis que tal escritura tendría sobrado valor? — Qué diablo! replicó entonces el maestre: original sois, á fé: prometedlo ahora, y luego dejad de hacer cuanto prometais. — No me parece mal la idea, pero seria bueno que interviniese otra persona para hacerlo; pues soy rey, y no es lo mismo rey que maestre del Hospital, como sois vos. — Nosé que necesidad hay de meter tercera persona: si tal haceis, podeis darlo todo por perdido; basta con que lo sepamos nosotros dos y nadie mas, pues si llega á barruntarlo el maestre del Templo, estad seguro de que ni él ni sus freiles harán nada. — Pues asunto concluido, dijímosle entonces; pero acordaos que doquier que estemos, debeis tambien acordaros que fuísteis solo vos quien nos ayudásteis en tal negocio.

CAPÍTULO CXXIX.

Con esto quedámos convenidos, y al efecto mandámos venir á nuestra presencia á En Bernardo de Santa Eugenia y á En Pedro Martell; les dimos las fianzas de ambos maestres, y nos retuvimos las galeras, llegándonos luego por mar nuevas provisiones, sin duda por haberse sabido que aquellas estaban en nuestro poder: con lo que tuvimos entonces para la hueste sobrado abastecimiento. Díjonos en aquella ocasion nuestro tio don Fernando, que queria hablarnos, y que con él lo harian asimismo otros ricoshombres á la mañana siguiente. Respondímosle que nos placia; y llegada la

mañana, compareció á nuestra tienda, acompañado de don Blasco de Alagon, don Gimeno de Urrea, don Rodrigo Lizana y don Blasco Maza: guardáronse, al parecer, para manifestar su intento, de los obispos y ricoshombres de Cataluña; permitiendo solamente que estuvieran delante Gimeno Perez de Tarazona y el justicia de Aragon, porque eran de nuestra meznada; y cediendo la palabra á Blasco de Alagon, comenzó éste su discurso, diciendo de esta manera: — Señor, don Fernando y nos, como sabeis, venímos á ayudaros en el sitio que habeis puesto á Burriana, con la intencion de serviros en lo que fuésemos útiles. Cierto es que los reyes quieren comenzar muchas cosas, probando, como Vos haceis en este lugar; pero no todo lo que comienzan los reyes puede llevarse á cabo como ellos quieren; porque si á cabo se llevara todo lo que vosotros, reyes, quereis, ya podria decirse que serian vuestras todas las tierras del mundo. La situacion embarazosa en que nos hallamos en este sitio de Burriana es grande, pues los concejos no pueden esperar ya mas, en razon de acercarse la siega y tener que ir á recoger las mieses, y los ricoshombres nada tienen que comer. Nos repugna, á la verdad, el decíroslo; pero hemos quedado sin recursos y al cabo habrémos de volvernos todos. Si esto llega á suceder y Vos os quedais, os esponeis á vuestra propia vergüenza y escarnio; de consiguiente, podríamos arreglarlo de modo que fuese mas provechoso, y en otra ocasion, cuando mejor plan se conciba, podreis volver; y tal vez entonces, si Dios quiere, tomareis la villa. En la idea que hemos concebido os ayudarémos todos, y estad seguro de que el rey Zaen nos dará tanto, que con ello, no solamente Vos, si que además los ricoshombres, podrémos recobrarnos cuanto hemos gastado viniendo y estando aquí.

Oido esto, dirigiéndonos á don Fernando, contestámos así: — Decid, don Fernando, y vosotros ricoshombres que aquí vinísteis, ¿os parece bien que yo deba hacer lo que decis? — Señor, respondiónos don Fernando; sinceramente os decimos que así nos lo parece, especialmente para evitar en Vos y en nos lo que ya ha dicho don Blasco; pues por nada quisiéramos que corriéseis una afrenta y os hubiesen de faltar los hombres por no tener que comer. — No bien acabó tales palabras, cuando le replicámos á toda prisa, diciéndole que no nos parecia bien tener acuerdo para tal asunto. — Mi respuesta ahora, añadímos luego, solo debe consistir en recor-

daros, que Dios nuestro Señor nos ha favorecido, otorgándonos muchísimas gracias durante nuestra juventud, de manera, que cuantas cosas emprendimos, fiados en la merced de Dios, las llevámos á buen fin. Despues que en nuestra menor edad hemos ganado un reino que está sobre la mar, y que hemos entrado en el de Valencia para conquistarle, ¿quereis que el primer lugar que sitiamos junto con vosotros, y un lugar tan insignificante como es este, que no es mayor que un corral, lo abandonemos ahora sin mas ni mas? Oh! creed que tal cosa no harémos; antes os rogamos y, por el señorío que sobre vosotros tenemos, os mandamos que nos ayudeis á ganarlo, y que el consejo que me dísteis, jamás volvais á dármelo. Mal podria yo volver á Cataluña ni á Aragon, y vergüenza me seria, si antes no cayera en mis manos el lugar de que os hablamos.

CAPÍTULO CXXX.

Pasada hora de vísperas, fuímos á distraernos fuera de la hueste, y enviámos por don Gimeno Perez de Tarazona y por el justicia de Aragon, los cuales eran hermanos, y el último mayor de edad, si bien que no tenia tanto talento ni era tan espedito y franco como el otro, aunque en cosa de fueros de Aragon entendia mucho, en razon de los varios casos prácticos que á menudo habia de juzgar. Por este mismo motivo les mandámos á buscar; y despues de manifestarles nuestra confianza, les dijimos: —Tal circunstancia fué ya la que indujo á mi padre á protegeros del mismo modo que yo os protejo ahora, debiendo deciros, que solo á vosotros dos puedo ahora descubrirme, pues por mi mala ventura, y acaso en daño de mi gente, no puedo hacerlo así con ninguno de la hueste. Ya sabeis que esta mañana me llamaron á consejo don Fernando y los ricoshombres de Aragon, viniendo para ello á mi presencia; y vos don Gimeno Perez, que oísteis sus palabras, podreis recordar las razones que alegaron para que me retrajera de tomar á Burriana, á cuyo fin se esmeraron en hacerme ver las ventajas que nos ofrecia el rey de Valencia Zaen, si tal lugar abandonábamos; lo que me hizo creer que tendrian ellos en el negocio no menos buena parte de ventajas, pareciéndome por lo mismo muy

duras y malas de escuchar las palabras que en tal ocasion oímos. Mandámosles que tal cosa no nos dijesen, pues por nada del mundo consentiríamos, en vista del gran deshonor que habia de acarrearnos el levantar este sitio, á cuya idea solamente no pudimos menos que llorar, así como al pensar que tan mal nos quisiesen, llegando al estremo de preferir lo que pudiera darles aquel rey de Valencia, á guardar nuestro honor y el afecto que nos debieran tener. —Viéndonos llorar los que con Nos estaban entonces, no pudieron menos que llorar tambien, diciéndonos al mismo tiempo el justicia: —¿Y qué hareis, señor, con esos hombres, dispuestos á desampararos cuando menos os figureis, y á dejaros sin mas compañía que aquellos con quienes podeis contar hasta la muerte?—Preciso será que tomeis una resolucion, añadió á tales palabras don Gimeno Perez, pues, falsa y mala gente os rodea; preferiria verme sacramentado y morir, á ser testigo del mal comportamiento que tienen con Vos vuestros hombres: por mi parte confiad en quince caballeros mios, que me seguirán, y hasta en cien de los otros que pienso reducir á mi opinion, los cuales estad seguro no se apartarán jamás de Vos en esta hueste; y entretanto, haced vuestros cálculos, que Dios os ayudará, y ya vereis como la villa será nuestra. —Don Gimeno Perez, sois mi hermano y hablais muy bien, replicó á esto el justicia; mas tened en cuenta lo ridículo que seria ir el rey acompañado solamente de cien caballeros, y aun cuando fuesen doscientos, hallándose tan adentro como se halla del reino de Valencia.—Al oir esto, respondimos:—Vaya, ¿quereis que os digamos la verdad acerca de lo que pensamos? Pues creed á fé que solo quisiéramos vernos herido de una saeta, nó por desearnos la muerte, sino por tener almenos un pretesto para con esa gente, y para que así se creyera que la causa de la retirada fuese solamente la herida. Mas ved lo que ahora voy á hacer: haré llamar mañana á todos los obispos y cuantos ricoshombres haya de Cataluña, á don Bernardo Guillen, que hará cuanto yo le mande, y luego á los prohombres de las ciudades, que aun están aquí; y del mejor modo les manifestaré tales razones, suplicándoles que no quieran marcharse por ahora, y se queden hasta tanto que Dios quiera darme á Burriana, lo que espero no me negarán. Cuando los otros entiendan que Nos conocimos la falsedad de sus consejos y sepan que los demás se quedan, no osarán marcharse de ver-

güenza y se quedarán tambien; y así tomarémos á Burriana, á pesar del diablo y de los malos hombres que mal nos aconsejaron.

CAPÍTULO CXXXI.

Tal como lo pensámos lo pusimos por obra: enviámos por los ricoshombres, y al estar en nuestra presencia, les dijimos el plan que habíamos ideado. Escucharon ellos nuestras palabras, y no bien acabámos de hablar, cuando primero los obispos y luego los ricoshombres, nos dijeron: que no convenia aquello por ningun estilo, y antes habia obrado mal quien nos hubiese aconsejado lo contrario de lo que decíamos; y pues habian llevado nuestro propio objeto al venir á tal conquista, descuidásemos, que nada se perderia por su parte para alcanzarla, y nos ayudarian todos con buen ánimo, sin escusarse jamás de tal empresa. Pasado esto, compareció don Bernardo Guillen, y nos dijo: — Ya vísteis, señor, como os aconsejaron que marchárais de este lugar; mas ahora se ve claramente que de ningun provecho os seria: por esto, pues, quisiera mandáseis á los concejos que hicieran trescientas tablas para una empalizada, la cual protegeré yo con mi compañía, atrincherándome cerca del foso; á la vuestra, dadle órden de que venga á socorrernos en caso de que los moros hiciesen alguna salida atacándonos, mas no á los otros, de cuyo socorro no nos podemos fiar; y en cuanto á mí, os prometo que no me separaré de tal punto, ni de dia ni de noche, ni para comer, hasta tanto que Dios nos dé á Burriana. Eso sí, mandad al mismo tiempo á vuestra compañía que, repartiéndose el servicio y alternando, envie en mi ayuda parte de su fuerza cada noche, que es lo que conviene.

Respondímosle que le agradecíamos mucho tal oferta, y que estábamos convencido de su buen ánimo en servirnos. Llamámos en seguida á don Gimeno Perez de Tarazona para decirle lo que En Bernardo Guillen de Entenza nos habia manifestado y pedido; y al oirlo, nos respondió, que le parecia nos habia hablado como buen vasallo y leal En Bernardo Guillen de Entenza, y le consideraba de igual modo de pensar que Nos; por lo que nos suplicó en seguida dicho don Gimeno, fuese él quien debiera ir en su ayuda en tal ocasion; y así, que le hiciésemos la merced de per-

mitírselo. Enterado de todo don Bernardo Guillen, divulgóse luego la noticia por entre los de la hueste, es decir, entre aquellos que querian abandonásemos á Burriana; y segun oímos relatar á los mismos que con ellos hablaban, fué cosa que les pesó muchísimo. Cuando don Bernardo Guillen tuvo aparejado todo lo menester para la estacada, dió órden para que sus caballeros y escuderos, armados todos, trasportasen las estacas al punto donde debian plantarse, que era cerca del foso; y atrincherado allí, mandó fabricar manteletes por un cierto maestro, y desde entonces no se apartó de aquel punto; tanto, que el mismo don Bernardo Guillen, ni de dia, ni de noche se marchaba, comia allí mismo, y por nada queria entrar donde estaba la hueste. Don Gimeno Perez con su compañía nunca se separaba de su lado, y á fin de que fuese mas suportable la fatiga, compartieron entre ambas compañías el servicio, de modo que iban alternando por horas.

CAPÍTULO CXXXII.

Un dia, entre prima y media noche, salieron los sarracenos á los manteletes de En Bernardo Guillen de Entenza, que se hallaban junto á la estacada; vinieron con fuego, siendo en número como de unos doscientos, y estando los demás preparados por los muros con ballestas de dos piés, prontos á tirar contra el primero que quisiese socorrer á los nuestros. Alzóse en la hueste el grito de: ¡Á las armas, que los sarracenos embisten la estacada de En Bernardo Guillen! y al percibir Nos la algazara, notámos ya que los que dormian en nuestra tienda estaban en pié delante de Nos, preguntándonos si deberian ensillar los caballos. —Nó, respondimos Nos; á pié se ha de ir, y cada cual corra tanto como pueda.—Vestímonos entonces y á toda prisa el perpunte sobre la camisa, sin esperar que nos trajesen la cota; y con unos diez que dormian en nuestra compañía, embrazados los escudos, y puestos los cascos de hierro, corrimos sin detenernos, hasta llegar á la estacada donde estaba En Bernardo Guillen, al cual dijimos: —¿Qué es esto don Bernardo? cómo os va?—Bien, señor, nos respondió; á maravilla. Debeis saber que llegaron los moros para pegar fuego á la estacada; mas con la ayuda de Dios os la hemos bien

defendido. — Señor, respondió á esto un escudero; En Bernardo Guillen está herido de una saeta en la pierna. — Enviemos, pues, al campamento, replicámos entonces, á buscar estopa; saquémosle la saeta y curémosle. — En efecto, así lo hicimos: sacámos primero ésta, y luego, poniendo en la herida estopa con agua, la vendámos con un pedazo de camisa de un escudero; despues de lo que suplicámos á En Bernardo que se retirase al campamento, hasta que sanase, diciéndole que interinamente ya cuidaríamos Nos de suplir su falta. — Señor, respondió En Bernardo, yo me guardaré bien de hacer tal cosa: aquí me curaré mejor que en la hueste. — Así habló, y á pesar de ello no hubo ningun ricohombre que se prestase á socorrerle, dejando que Nos lo hiciéramos; lo cual sufrímos, en vista del gran valor que aquel demostraba.

Entretanto mandámos clavar todas las demás estacas que habia sin clavar en la hueste, y en la parte izquierda, que era donde estaba En Bernardo Guillen de Entenza, hicimos fabricar dos manteletes, que dejámos en el mismo punto, á fin de que aquel los tuviese cerca cuando fuese menester; y del cual solo se separaban por la noche, durante la que iba cada uno á la descubierta hasta el fundíbulo, llevando caballos y escuderos. Un viernes despues de comer, enviónos á decir nuestra compañía, que habia tenido que dejar los manteletes, y así que mandásemos allí á otras fuerzas para que los guardasen. Al oir esto, nos vestímos el perpunte, nos pusimos el casco de hierro, y espada en mano, acompañado de nueve caballeros, partímos sin mas operacion hácia la estacada, donde nos hicimos tender un colchon sobre una tabla para pasar la noche. De tal modo resolvimos descansar, estando á tal objeto con el perpunte sin ceñir; mas los sarracenos, al paso de ver que la hueste dormia, divisaron en ella nuestro escudo, y deduciendo por ello que Nos estábamos tambien allí, vinieron para asaltarnos, siendo entre todos como unos ciento y setenta, sin contar cuarenta escuderos que les acompañaban: prepararon al mismo tiempo por el muro y la barbacana todos sus ballesteros, y no contentos con esto, encendieron aun grandes fuegos. Al divisarlo dos de nuestros escuderos, que observaban lo que pasaba en la villa por entre la estacada, gritaron: — ¡Á las armas! á las armas! que vienen los sarracenos! — y oyéndolo Nos, nos levantámos al punto, cubriéndonos con nuestro casco de hierro y tomando una espada que había-

mos traido de Monzon, la cual tenia por nombre Tizó (1) y era de rara virtud para los que la llevaban, por cuya razon la preferímos á la lanza, la cual dimos á uno de nuestros escuderos. Oyeron los de afuera la algazara de la hueste, y al propio tiempo salímos todos los nueve del mismo modo que nos hallábamos. Habian los sarracenos puesto dos haces encendidos cerca de la estacada casi al frente de donde estábamos, mas embistiéndoles nosotros, los pusimos en la precision de tener que volvernos las espaldas, y entonces les obligámos á meterse barbacana adentro. Cuando vimos que nada podíamos conseguir, en razon de ser ellos mas lijeros que nosotros, porque no llevaban lorigas ni perpuntes, sí solamente escudos y lanzas; dejámosles internar por la barbacana, desde cuyo punto los demás que estaban por el muro defendian á pedradas la entrada. Entonces, conociendo que ningun daño podríamos hacerles, y si antes bien sufrirlo nosotros, nos volvímos cubiertos con los escudos: y creed en verdad, que por dos veces dejámos descubierto todo nuestro cuerpo, para ver si nos herian; pues de este modo, si hubiésemos tenido que levantar el sitio, solo hubieran podido decir que lo levantábamos á causa de la herida. Pero nuestro Señor Jesucristo que sabe cómo deben hacerse todas las cosas y cómo deben suceder, hace acabar siempre mejor de lo que se espera las de aquel á quien protege; y lo propio sucedió con Nos, pues no quiso que recibiésemos herida y puso la villa en nuestras manos, como mas abajo se verá.

CAPÍTULO CXXXIII.

Poco tiempo despues de haber sucedido esto, quedaron hechas del todo las minas que conducian al foso; y en tal ocasion tuvimos el pensamiento de que seria bueno colocar algunos hombres armados, hasta el número de ciento, durante la noche y antes de

(1) *Tizó*, *Tizon* ó *Tizona*, son á nuestro entender un mismo nombre, bajo el cual se hicieron célebres algunas espadas, como la de don Jaime y la del Cid. No nos atrevemos á asegurar de positivo su significado, ni por que causa fueron bautizadas con él dichas armas; pero conjeturamos que fué por considerarlas como verdaderos *tizones*, que abrasaban á los enemigos, consumiéndolos como consume el fuego todo lo que alcanza.

que clarease el alba, entre la estacada y las minas; dando órden al mismo tiempo, para que al empezar á amanecer, los de las tiendas se fuesen armando lentamente y sin mover ruido; y que cuando Nos hiciésemos sonar las trompas, saliesen los de las minas que habíamos mandado abrir solo con el objeto de invadir la villa de Burriana, y subiesen por aquella tierra que habia desmoronado el fundíbulo, pues era fácil por allí la entrada. Enviámos la misma noche un mensaje á los obispos y ricoshombres, para decirles que por la mañana debia llevarse á cabo tal empresa, y que aun cuando en ello aparentásemos secreto, por la mañana sin falta debia tomarse la villa. — Así lo quiera Dios, respondieron ellos; y al esplicarles el mensajero el plan que teníamos pensado, halláronlo muy útil, dijeron que no harian falta y que contásemos que, al rayar el alba, estarian todos dispuestos. — En buenhora lo hagais, pues, respondímosles entonces; y tened cuenta con cumplirlo: por nuestra parte ya dispondrémos lo necesario para que se lleve á cabo.

Por la mañana enviáronnos un mensaje, diciéndonos que estaban ya preparados, y que les mandásemos lo que debian hacer. Respondímosles que estuviesen á punto, pues luego tocarian las trompas, en cuya ocasion pensábamos penetrar satisfactoriamente. A poco de haber dado tal respuesta, empezó á clarear el alba; mandámos hacer la referida señal, y entonces ellos salieron de las minas y empezámos á trepar. Los sarracenos que oyeron las trompas y percibieron el ruido de la hueste, escudáronse al punto é hicieron tocar tambien el añafil; mas antes que los nuestros llegasen á lo alto, comparecieron ya seis ó siete sarracenos, los cuales iban armados solamente de almejías. Arremangóse uno de ellos, y cogiendo un canto grueso, lo tiró al primero que quiso subir; pero ningun daño le hizo el golpe, en razon de estarle ya aquel muy cerca. Empeñóse con todo el que subia; mas hubo de desistir luego, á causa de cinco cuchilladas que los de dentro le dieron en las piernas. Arrojaban los otros piedras por encima con tal fuerza, que todos los escudos se partian, y así fué que por mas que hicimos, no pudimos subir; pero al cabo, viendo nuestro empeño en asaltar, ayudados del fundíbulo que tiraba, y las minas que llegaban tan cerca del muro, sobresaltáronse los sarracenos de dentro, y empezaron á desmayar.

CAPÍTULO CXXXIV.

Pasados dos dias, enviáronnos un parlamento para decirnos que les otorgáramos un mes de plazo, y que si durante éste no recibian socorro del rey de Valencia, nos entregarian la villa. Respondímosles que no les aguardaríamos ni tres dias, cuanto menos un mes; y que si no les acomodase, que empezaran á disponerse para la batalla, cuyo resultado llorarian sin duda. Pidieron luego plazo por quince dias; y Nos les contestámos, que ni quince, ni ocho, ni cinco. En vista de tal contestacion, dijéronnos entonces, que harian la entrega; pero que les diésemos permiso para que todos saliesen, llevando consigo cuanta ropa pudiesen sacar; que les otorgáramos cinco dias para poder arreglar sus cosas, finidos los cuales efectuarian lo prometido; que se les condujera hasta á Nules, esperando que no faltaríamos á lo que les prometiéramos para tal salvoconducto; y finalmente, que pudiesen llegar á aquella poblacion seguros y sin atropello alguno. À todo esto respondimos que resolveríamos lo que seria conveniente.

Nuestra resolucion fué: que, convenciéndonos mas cada dia por los mensajeros que enviábamos, de que era aquel punto el mejor por donde podria ganarse Valencia, y de que si lo entrábamos á la fuerza, peligraba mucho que hubiese disensiones entre los catalanes y aragoneses y otra muchísima gente estraña que habia acudido; y sabiendo por otra parte, que en la villa habia gran provision de trigo que seria de grande utilidad luego para los que se quedasen á guardar la frontera; por estas y otras muchas razones tuvimos á bien acceder á lo que pedian, con lo que salieron todos dentro cuatro dias, dándoles permiso para que sacasen cuanto llevar pudiesen á las espaldas y en las manos. Así fué como tomámos á Burriana: y para que se sepa cuánta gente habia en ella al tomarla, entre hombres, mujeres y niños, debo decir aquí, que sus habitantes eran siete mil treinta y dos; habiendo durado el sitio, hasta el dia de la entrada, dos meses.

CAPÍTULO CXXXV.

Tomada Burriana, díjonos don Pero Cornel, que si le dábamos algo con lo que pudiese quedarse en aquel punto y mantener á sus caballeros, se quedaria con ciento, hasta el verano; en vista de lo que contámos cuanto habria menester para los que le acompañasen, así en dinero como en víveres. Convenímos en que le diésemos diez y seis mil morabatines, y que con ello podria quedarse hasta el verano: á cuyo efecto le dimos ya en seguida la órden para que enviase por sus caballeros, diciéndole que señalase el sugeto á quien quisiera que entregásemos la suma. Respondiónos que no debia hacer nada en aquel momento, pues cosa de tanta importancia juzgaba que antes debia consultarla con sus vasallos y esplicársela: conocimos que tenia razon, y al efecto creimos útil hablar á don Blasco de Alagon y á don Gimeno de Urrea, quienes tenian allí otros caballeros que ellos habian conducido á la hueste, para que se quedaran solo dos meses, despues de los cuales vendria sin falta don Pero Cornel. Así lo hicimos: suplicámosles tal favor encarecidamente, pidiéndoselo por amor nuestro; y dieron ellos sus escusas, protestando de que no podian hacerlo: mas tánto les dijimos y suplicámos, lamentándonos de que hubiese de perderse cosa tan buena por mezquindad de los vasallos; tánto les pintámos la necesidad de quedarse y lo ridículo que seria por su parte el negarse á tal favor, que al cabo, viendo nuestros deseos, nos respondieron que lo harian, con tal que les diésemos lo necesario para cada uno y su compañía; en vista de lo que Nos les mostrámos sumo agradecimiento.

CAPÍTULO CXXXVI.

Con tan buen resultado, señalámos la gente que habia de quedarse de nuestra hueste, dejámosles las provisiones necesarias que nos prestaron unos mercaderes, y marchámos á Tortosa, siguiendo con Nos el obispo de Lérida En Berenguer, y En Guillermo de Cervera, señor de Juneda y despues monje de Poblet. Nos hospedámos, como teníamos de costumbre, en el castillo; y pasado

un dia vinieron aquellos dos á vernos, á sazon que estaban con Nos En Pero Sanz y En Bernardo Rabasa, notario nuestro: su objeto, segun manifestaron, era el hablarnos en secreto de cierto asunto que nos convenia sobremanera. Al efecto habló primero el obispo, diciendo al otro compañero: — En Guillermo de Cervera, llevad vos la palabra y decid lo que hemos convenido.— Á lo que En Guillermo contestó que no debia hablar él primero, pues el otro era obispo y tenia mayor dignidad, por lo que era mas propio que éste empezase, mayormente siendo en provecho del rey, para cuyo honor, en aquel caso, no se consideraba bastante digno. Tomó por consiguiente la palabra el obispo, y nos dijo: — Señor, bien sabeis el afecto que os profesamos tanto yo como En Guillermo de Cervera, y en qué grado podemos desear vuestra honra y provecho; pero estamos viendo que os habeis empeñado en un negocio que seguramente no podreis llevar á cabo..... — Á ver, ¿cuál? les preguntámos. — El que teneis pensado de dejar guarnicion en Burriana, nos contestaron: Vos sabeis y nosotros lo sabemos asimismo, que con ningun tesoro podeis contar; no teneis renta, y por añadidura ni provisiones siquiera en ninguna parte; antes al contrario, ni aun en vuestra tierra podeis vivir como os corresponde; y á pesar de esto, aun os empeñais en ir á otros paises: ¿cómo calculais, pues, que tantos gastos como os acarreará este lugar puedan cumplirse, mayormente estando á dos jornadas de tierra de moros, y dejando en él tan gran número de caballeros, los cuales no tendrán mas camino que batallar continuamente ó perecer? Y lo peor es, señor, que ni aun cuando vos mismo querais, no podreis socorrerles. — Señor, añadió á tales palabras En Guillermo de Cervera, el obispo os ha dicho ya cuanto yo queria deciros, pues vamos acordes y somos de una misma opinion; pero yo añadiré una cosa todavía, y es que aun cuando os ayudara el rey de Castilla, soy de parecer que no podríais ambos conservar á Burriana. — Oidas tales razones, sentímos un grave pesar por lo que nos habian dicho, pues cabalmente los que así nos hablaban eran hombres que se reputaban por los mas sabios de nuestras tierras; de manera, que aquellos en quienes esperábamos hallar mayor consuelo, vinieron á ser los que mas nos desconsolaron; pero nuestro Señor nos favoreció, por la buena intencion que abrigábamos en nuestro ánimo de hacer mas adelante



Funeral de los Moncadas.

otras cosas, y así fué que ningun caso hicimos de tales palabras, y antes las despreciámos, contestándoles: que estábamos convencidos de su sinceridad, y que si lo que nos decian era solo para evitarnos sinsabores y gastos, que no importaba, pues ambos queríamos sufrirlos aquella vez, cuando no fuese mas que para retener en nuestro poder lo que Dios nos habia dado; y así, que no les pesase si en tal ocasion no seguíamos su consejo.

CAPÍTULO CXXXVII.

Despedímonos de ellos con tales razones, y luego marchámos á Aragon dirigiéndonos á Teruel. Una mañana, pocos momentos antes de rayar el alba, llegónos un mensaje de don Gimeno de Urrea, que estaba en Burriana: todavía nos hallábamos descansando en nuestra cama, cuando oímos llamar á la puerta, y al mismo tiempo díjonos uno de nuestros porteros, que afuera aguardaba un mensajero de En Gimeno de Urrea, el cual nos traia muy agradables nuevas; en vista de lo que, le respondimos que entrase en buena hora, ya que agradables nuevas traia. Entrado el mensajero, pidiónos ante todo que le diésemos albricias: contestámosle que se las daríamos segun fuesen las noticias que nos diera; mas él replicó en seguida, diciéndonos que se daba ya por satisfecho, y empezó á contarnos como los sarracenos de Peñíscola habian enviado dos de los suyos á don Gimeno de Urrea, para que nos enviara á buscar, pues nos entregarian al punto la villa; — á cuyo objeto, añadió el mensajero, os traigo aquí la carta que los sarracenos enviaron á mi señor. — Leida la carta por un sarraceno que allí teníamos y que sabia algarabía, encontrámos que el contenido de aquella era conforme con lo que el mensajero nos contó.

Con tal noticia, pasámos á oir nuestra misa del Espíritu santo y el oficio de santa María, á fin de que Dios y su madre nos guiaran en aquella empresa y en todas las demás que ideásemos. Mientras esto hicimos, mandámos que nos preparasen comida; comímos luego, y cabalgámos en seguida, no llevando en nuestra compañía mas que siete caballeros, algunos oficiales nuestros y escuderos que nos servian. Ningun adalid necesitamos para que

nos guiara; pues acostumbrado á la caza del jabalí en que nos entreteníamos algunas veces por aquellas montañas, confiámos que no erraríamos el camino.

El dia que salímos de Teruel pasámos por el campo de Monteagudo y nos dirigímos á Villaroya, que es del Hospital: el dia siguiente, antes de amanecer, nos levantámos y emprendimos la via de un lugar llamado Astorella, que ahora tiene poblacion; luego pasámos por el rio de las Truites, saliendo á la cañada de Arés; de aquí al puerto de Prunells, á Salvasoria y Atemí; atravesámos el llano de San Mateo, que entonces era yermo, y veními-mos á parar por último junto al torrente que pasa mas arriba de Cervera; resultando así, que á hora de vísperas, despues de puesto el sol, nos hallámos ya cerca de Peñíscola, á la otra parte de las viñas sobre Almarge.

CAPÍTULO CXXXVIII.

No bien llegámos, cuando enviámos en seguida mensaje á los sarracenos, diciéndoles que Nos estábamos allí; de cuya noticia mostraron aquellos alegrarse: y en efecto, vinieron cuatro á vernos, y nos dijeron que les era muy satisfactoria nuestra llegada, en prueba de lo que, iban á hacernos un regalo; que entonces era ya algo tarde, pero que al dia siguiente por la mañana harian cuanto dispusiéramos; despues de lo que se volvieron, no sin cumplir antes el regalo, que nos enviaron por sus mismos jeques adonde Nos estábamos, y consistia en cien panes, dos cántaras de vino, pasas, higos y diez gallinas. Por la noche, con cubiertas y tapices que nos trajeron, hicimos barracas, á fin de librarnos del relente; en razon de haber prohibido absolutamente que se cortase árbol alguno, pues no hubiera gustado ya mucho á los sarracenos que nuestra primera accion, al entrar, hubiese sido talando. Allí comímos, no consistiendo todas nuestras viandas, á escepcion de las que ellos nos trajeron, mas que en pan y vino y queso. La mañana siguiente, salido ya el sol, fuímonos con los pocos que nos acompañaban al arenal que hay delante del castillo, llevando á tal sazon vestidos los perpuntes, ceñidas las espadas y puestos los cascos de hierro. Apenas nos distinguieron los sarra-

cenos, saliéronnos luego al encuentro hombres, mujeres, niños y cuantos habia en el castillo, del que se llevaron todo lo suyo, á escepcion de algunas armas: saludáronnos, y á tal espresion correspondimos Nos diciéndoles, que don Gimeno de Urrea nos habia enviado de su parte un mensaje á Teruel, para participarnos que si Nos íbamos allí nos entregarian ellos el castillo de Peñíscola, el cual no querian rendir á nadie mas que á Nos; despues de lo que añadímos estas palabras:—Hemos leido ya vuestra carta, que nos enviásteis por conducto de don Gimeno de Urrea.—Contestaron afirmativamente, diciéndonos que en efecto nos habian enviado un mensaje, y que estaban prontos á estender con Nos la capitulacion, así como á rendirnos el castillo. Con esto les concedimos el ejercicio de su ley, y además aquellas franquezas que solian tener cuando ellos dominaban. Avisado entonces de que iban á hacernos la entrega del castillo y la villa, advertímosles que no teníamos allí nuestros escribanos, pero que pronto llegarian; no obstante, si ínterin querian ellos apuntar las cosas que tuviesen á bien demandarnos, que lo hiciesen, pues así nos convendríamos mas prontamente con ellos. Dijímosles mas aun: que luego de estar convenidos, cuanto les prometiésemos se lo cumpliríamos, y asimismo esperábamos que ellos lo harian; á cuyas palabras contestaron ellos de este modo: — *Señor, ¿quereslo tú axi? é nos lo queremos, é nos fiarémos en tú é donarte hemos lo castello en la tua fe* (1). — Escogieron luego de entre ellos dos sugetos,

(1) La respuesta del sarraceno, tal como la copiamos, está del mismo modo en el testo original; lo que parece estraño basta cierto punto, tanto por hablar siempre en lemosin el cronista, aun cuando refiera diálogos con otros personajes que no hablaban esta lengua, como por citar á menudo la de algarabía, con la cual es de suponer que se entenderian con los moros. La observacion que tal novedad nos sugiere es, que de las lenguas nacidas del latin, ó que constituian el romano vulgar, unas se conservaron puras, ó por decirlo mejor, mas genuinas, en aquellos paises donde menos habian dominado los árabes, como por ejemplo el lemosin en Cataluña; y otras tomaron desinencias y basta palabras de aquellos idiomas con los cuales tuvieron que rozar ó mezclarse por precision, á causa de estar parte de sus territorios dominados desde mas tiempo por los sarracenos: así vemos que en el lemosin se hallan apenas palabras árabes, cuando en el castellano abundan sobremanera, teniendo además una porcion de inflexiones de la misma lengua, que no se hallan obsolutamente en ninguno de los otros idiomas neolatinos, como por ejemplo las que producen la *j* y la *z*. De esto deducimos, que el usar tal lenguaje el sarraceno valenciano, solo era, en

uno de los cuales era alfaquí, y con toda nuestra comitiva subieron arriba, quedando los demás sarracenos, que serian como unos doscientos, en nuestra compañía y puestos delante de Nos. Mientras así estábamos, tuvimos buen cuidado de que ninguno pudiese echar mano á las riendas de nuestro caballo; y no bien oímos el grito de ¡Aragon! que dieron los nuestros, cuando á una con los sarracenos subímos tambien.

La mañana siguiente fuímos á Tortosa con algunos sarracenos que comisionaron para que llevaran ellos mismos los vestidos, víveres y el ganado que debíamos darles, conforme se espresaba en la escritura que con ellos otorgámos. Estando en dicha ciudad, aquel mismo dia cumplímos á los sarracenos cuanto les habíamos prometido; el siguiente volvímonos á Peñíscola, y llevando con nos los escribanos, mandámos estender para aquellos las correspondientes escrituras.

CAPÍTULO CXXXIX.

Tan pronto como los maestres del Templo y del Hospital supieron que teníamos Peñiscola, fuéronse aquel á Chivert y el otro á Cervera, en razon de que tales lugares se los habian dado á cada uno respectivamente nuestro padre y abuelo, queriendo que fuesen de dichas órdenes: hablaron á los sarracenos que los habitaban, haciéndoles ver, que ya que Nos teníamos Peñíscola, que era el lugar mas honrado de aquella tierra y se habia rendido sin darse de ello vergüenza ni tenerlo á afrenta, lo mejor seria que dichos lu-

primer lugar, porque la pacífica posesion de los árabes en Valencia no permitió á estos rozarse con los que hablaban una de las lenguas romanas mas genuinas; luego, porque si alguna podian recordar los de tal reino, además de la suya, mas regular es que fuese la que se hablaba en Castilla que ninguna otra, en razon de haber estado siglos antes en Valencia los castellanos (cuya prueba es la menos fuerte); y finalmente, porque debiendo tener por precision los valencianos relaciones con los demás moros de la Península, los cuales ocupaban provincias confinantes esclusivamente con las castellanas, es mas probable que aprendieran la lengua en que hablaban los que combatian en Granada, Córdova y Sevilla, que la de los catalanes y aragoneses, con los cuales no se habian avistado en su pais hasta entonces.

gares se les rindiesen tambien; y así pasaron á efectuarlo ambos castillos. Á poco rindiósenos tambien Polpis. Nos habíamos dado palabra á don Pero Cornel, que de allí á dos meses estaríamos en Burriana; pero al cabo de uno estuvimos ya, viniendo en nuestra compañía veinte y cinco caballeros, y don Pero Ferrandez de Azagra que iba con otros quince, junto con los cuales entrámos en la villa, llevando nuestros halcones y grullas. Mostraron grande alegría al vernos entrar los que antes habíamos dejado en tal punto; é ínterin estuvimos allí, hicieron los nuestros grandes cabalgadas, pasando muy buenos ratos Nos en la caza, que no dejábamos de mano; de manera, que entre jabalíes, grullas y perdices, llegó á abastecerse de carne para veinte y seis caballeros, sin contar á los demás oficiales que tambien participaban de ella por estar con Nos. En tal ocasion fué cuando ganámos á Castellon de Burriana, á Borriol, las Cuevas de Avinromá, Alcalaten y Villafamés.

CAPÍTULO CXL.

Aquí esperámos á don Pero Cornel desde San Miguel á Navidad, y al mismo tiempo resolvimos hacer una cabalgada por la ribera del Júcar, para la cual reunímos hasta ciento y treinta caballeros de paraje (1), ciento y cincuenta almogávares y como unos mil y doscientos peones. Pasámos la noche atravesando desde Burriana

(1) Varias son las opiniones sobre lo que eran *hombre de paraje*. Beuter refiere, que habiendo los agarenos ocupado á Barcelona, el conde Ramon Borrell II en 986, á fin de recobrar la plaza, ofreció privilegio militar á los que sirviesen en la espedicion con armas y caballo, por lo que se les honró con el título de hombres de paraje, en razon de ser de buenas casas ó solares: otros creen que se les llamó así por haberlos igualado con los antiguos Caballeros y Generosos, buscando la etimología lemosina *paratge*, que suponen significar *igualdad*; y finalmente otros, en época mas moderna, han confundido álos *hombres de paraje* con los donceles, apoyándose en que no son armados caballeros, siendo así que se diferencian, pues aquellos (segun los fueros de Valencia) eran los que nacieron antes de ser armado caballero su padre, y los otros los hijos de caballeros, pero que no habian tomado aun el cíngulo militar: nosotros opinámos que tal institucion dimana del primer ejemplo citado, y que eran hombres de paraje todos los de buenos solares que ayudaban en las conquistas, pues *paratge* significa en lemosin *lugar*.

hácia arriba, y al llegar al frente de Almenara, como seguíamos la orilla del mar, encendieron cinco ó seis hogueras á lo largo de la costa; sintiéronnos luego, y al punto divisóse otro fuego en la cumbre de la sierra que hay entre Murviedro y Puzol, haciéndose esto, en razon de servir dicha señal para avisar que se acercaba cabalgada por la ribera del Júcar. Al llegar al frente de la citada sierra de Murviedro, divisáronse tambien fuegos por todas las torres de Valencia, pero nosotros doblámos por el paso que hay mas arriba, y pues nos habian ya descubierto, creímos conveniente no separarnos; y al efecto hicimos apresurar nuestras acémilas, hasta juntarnos con los que formaban la delantera. Pasámos luego por la otra parte de Paterna y de Manices, atravesando un vado por el cual sabia un adalid que habian pasado los otros; y al llegar á la llanura que allí se encuentra, empezó á esclarecer el alba (era un viernes), y siguiendo el mismo camino, nos dirigímos para descansar á la torre llamada de Espioca. Al atravesar por Alcocer, unos doscientos de nuestros acemileros dirigiéronse á esta villa y, á pesar de los sarracenos, nos trajeron botin; pero tuvimos de ello un sentimiento, porque era nuestro ánimo combatirles antes. Llegámos, pues, á Espioca, y en tal punto nos albergámos, en razon de no poder ya casi andar las acémilas; mas luego de estar alojados, díjonos un sarraceno que, si esperábamos hasta salido el sol, que nos presentaria batalla: al cual mandámos contestar, que le esperaríamos, y si algo mas queria, que lo enviase á decir. Y le esperámos en efecto hasta por la mañana; pero viendo que no volvia, hicimos cargar de nuevo nuestras acémilas, y reunidos luego con nuestros corredores que estaban á la ribera del Júcar, dirigímonos á Albalat, por donde pasámos, quedándonos en él cuatro dias; mas estaba tan conmovida aquella tierra, que solo pudimos hacer prisioneros, entre todos los de la cabalgada, á sesenta sarracenos. En cambio encontrámos allí gran cantidad de trigo y gallinas, con lo que, así como con cuanto pudieron llevar, cargámos nuestras acémilas, y pasando por el puente de Quart, nos volvímos dentro de tres dias á Burriana.

CAPÍTULO CXLI.

Estando aquí, vino á vernos, hácia Navidad, don Pero Cornel, el cual compró cuantos víveres pudo, quedando además con dinero por lo que pudiese ofrecerse; pues habia entonces en dicha villa un abundante mercado de harina, avena y vino, que lo traian por mar. Nos salímos de tal punto, y don Pero quedóse en él con los ya citados cien caballeros, en compañía de los cuales empezó á guerrear hácia Onda, Nules, Uxó y Almenara, haciendo muy buenas cabalgadas, aunque no se atrevian á internarse mucho en tierra de sarracenos. Á un escudero de aquel, llamado Miguel Perez, que sabia hablar muy bien en algarabía y solia ir á veces á Almazora para rescatar cautivos, á muchos de los cuales libraba, habláronle dos sarracenos, diciéndole, que si no les descubria y podian fiar en él, harian un gran servicio á su señor. Respondióles el escudero que no les descubriria, antes haria que su señor les mejorase, y así que le esplicasen cuál era el servicio tan provechoso que decian: respondieron ellos, que la entrega de Almazora; y al oirlo el escudero, díjoles que estaba muy bien y que iria á participarlo á su señor. Fué, en efecto, á ver á don Pero y le contó tales noticias, de lo cual quedó aquel sumamente satisfecho y gozoso: dijo luego al escudero que hiciese venir á su presencia á aquellos dos sarracenos, ó aun cuando no fuese mas que uno, y que estaba dispuesto á hablar del negocio y á favorecerles grandemente. Volvióse allá el escudero, y luego compareció con un sarraceno, el cual manifestó que iba en nombre propio y en el de su compañero. Díjole don Pero Cornel, que estaba dispuesto á hacerles gran bien y que haria de modo que Nos les señalásemos patrimonio, añadiendo además, que regalaria un caballo y un vestido á cada uno. Respondieron ellos que les parecia muy bien cuanto se les ofrecia; pero que tal paso no lo podrian dar sin consultarlo con algunos parientes y amigos suyos, á los cuales se habia de remunerar no menos.—Y ¿qué quereis que les dé?—replicó á esto don Pero Cornel; á lo que contestó el sarraceno, que les señalase tambien patrimonio, y que pudiesen quedarse en aquella tierra. Díjole don Pero entonces, que haria por manera que Nos

se lo concediésemos todo, y entretanto otorgóselo ya por escritura. Conviniéronse en seguida sobre qué noche debia hacerse la entrega, y llegada la que señalaron, don Pero Cornel, en celada con sus caballos armados, quedóse á la distancia de media milla de la poblacion: uno de los dos sarracenos salió afuera para decirles que hiciesen adelantar veinte hombres que fuesen buenos jinetes; y á los demás, que él los haria entrar por dos torres, para lo cual no tenian que hacer mas, sino avanzar tan pronto como los de dentro los llamasen ó hiciesen una señal con fuego encendido.

Convenido esto, salieron los veinte escuderos armados de perpunte, lorigas y cascos de hierro, llevando solamente espadas, en razon de no poder jugar las lanzas debiendo meterse en las torres; introdujéronse en ellas, y sucedió que á medida que iban entrando, los metian en una casa, dentro de la cual habia como unos treinta sarracenos, y allí los cogian y ataban en seguida. Apercibiéndose de tal traicion tres de los escuderos, sacaron sus espadas, y subiendo por una escalerilla que daba á la torre, echaron á huir hácia arriba: procuraron alcanzarles los sarracenos; mas no pudieron, y llegando aquellos á la plataforma de la torre, defendiéronla bizarramente. En tal estado empezaron á dar gritos de socorro, y oido por los que estaban de celada, corrieron al punto á socorrerles: sin embargo, los sarracenos no desistieron por esto de combatirles; mas llegó entre tanto todo el refuerzo de los caballeros y demás gente que estaban de celada, los cuales por el camino hallaron una pértiga que los sarracenos habian cortado para hacer una algarada, que no tuvieron tiempo de parar; y llevándosela, pusiéronla á la otra parte del foso, arrimándola á la torre, y subieron por ella con la ayuda de unas correas que los de dentro les tiraban, de manera que los sarracenos no se vieron con ánimo de impedirlo. Espantóles, por el contrario, ver aquel arbitrio, y saliendo de la villa, empezaron á huir; pero muchos cayeron en poder de los nuestros, que se apoderaron asimismo de sus ropas y demás que conducian, encontrando de este modo camino abierto para tomar á Almazora.

CAPÍTULO CXLII.

Volvímos despues á Burriana, y habiendo estado allí dos meses, nos fuímos á Aragon y Cataluña ; mas llegado el verano, marchámos de nuevo á aquella poblacion, y en tal viaje nos acompañaron nuestro tio don Fernando, el obispo de Lérida, don Blasco de Alagon, don Pero Cornel, don Gimeno de Urrea, el maestre del Templo En Hugo de Muntlaur, y En Hugo de Forcalquier, que era maestre del Hospital. Acordóse que hiciésemos cabalgada á Aljecira (1) y á Cullera, y que nos llevásemos ocultamente dos fundíbulos que teníamos en Burriana, lo que nadie absolutamente debia saber, por manera, que en caso de verse la hueste en necesidad de armar dos fundíbulos, los hallase ya preparados y no tuviese que buscarlos; á cuyo fin, dimos órden que los llevaran ocultamente en un leño. Llegados á Cullera, nos albergámos frente la villa en la parte superior, entre el Júcar y el castillo de la poblacion, dentro de la cual se encerraron todos los sarracenos de las alquerías, con sus vacas, asnos y cabras, de modo que toda la cuesta que va desde el pié del castillo hasta la torre que está abajo, donde ellos tomaban el agua, se veia enteramente llena de sarracenos, sarracenas, infantes y ganado.

En vista de aquel cuadro, esclamaron la mayor parte de los de la hueste : — ¡ Oh santa María ! quién tuviera ahora un fundíbulo, para colocarlo en la cumbrecilla, desde la cual podríamos matarlos á todos! Si esto nos fuese posible, antes de tres dias acabábamos con ellos. —Y cuando por la noche el obispo de Lérida, don Fernando y los ricoshombres vinieron á vernos á nuestra tienda para solazarse con Nos, llamáronnos á una parte, y haciendo salir la demás gente, nos dijeron : —Señor, ¿qué os parece de ese lugar? — Me parece, dijimos Nos, que si Dios nos ayuda, lo to-

(1) Aunque el testo dice *Aljezira*, juzgamos que debe entenderse *Alcira*, en el reino de Valencia; pues en varias escrituras antiguas hemos visto nombrada esta poblacion como aquí la nombra don Jaime. Es de creer que por diferenciarla de Aljeciras, en Andalucía, ó por otro cualquier motivo que ignoramos, se habrá ido corrumpiendo la denominacion primitiva, suprimiéndole la sílaba *ge* intermedia que antes tenia.

marémos: ¡ojala que así fuese!—Pues no faltaria quien respondiese del éxito y os lo hiciese ganar; pero, para esto, seria preciso tener lo necesario. — Y ¿qué es lo que necesitais para ello? replicámos Nos. — Bastaria con tener á sazon un fundíbulo, contestaron. — Con que, ¿quisiérais que tomásemos la villa si tuviésemos un fundíbulo á mano? —Cierto, respondieron, y nos parece que podria fabricarse uno. — Uno? les dijimos entonces; pues Nos os darémos dos. — Pero, ¿dónde los teneis? replicaron. — En el Grao los hallareis dentro de un leño. — Vaya, que parece habeis adivinado lo que debia suceder. — Hombre prevenido vale por dos, les contestámos.— Pues decidnos cómo se arreglará. —Ante todo, dijimos Nos, debe verse en qué punto podrán colocarse mejor los ingenios, y luego con treinta caballeros de nuestra compañía lo visitarémos, llevándonos para inspeccionar el terreno á un ricohombre que podreis escoger de la vuestra. — Bien pensado, contestaron. — Y á tal objeto, la mañana siguiente, salido ya el sol, despues que oímos nuestra misa, enviámos á buscar á don Pero Cornel y á don Rodrigo Lizana; y reunidos hasta treinta caballeros, emprendimos la subida por la parte del mar. Llegados á aquel punto donde habia antes dos torres, mas arriba del castillo, dejámos nuestros caballos, y tomando las armas, fuímos hasta aquel, siguiendo cuesta arriba, llegando tan cerca, que no distábamos de mucho un tiro de ballesta. Reconocimos el lugar y lo hallámos bueno para nuestro objeto, pues podian colocarse en él nuestros fundíbulos, siendo muy fácil montarlos, arreglarlos y hasta guardarlos, en razon de no haber dentro del castillo algarada ni ingenio alguno que lo pudiese impedir. Convencidos de lo útil que nos seria el lugar, bajámos otra vez, enviámos por las citadas máquinas, y luego nos dirigímos á la tienda del obispo de Lérida En Bernardo, para ver allí lo que resolveria nuestro consejo; lo cual sucedió en el mismo dia de san Juan. Esplicámos en tal reunion de qué modo debia llevarse á cabo el negocio, y la ventaja que teníamos pudiendo tirar desde tal punto; pues aun cuando la piedra no acertase contra el castillo, caeria en el lugar hácia donde habíamos ido, el cual estaba lleno de mujeres, niños y ganado. Los que fueron de parecer de que podia hacerse así como Nos decíamos, preguntaron luego (y fueron la mayor parte) de qué modo podríamos hallar piedra para los ingenios, pues no la

habia en toda la ribera del Júcar. Tenian razon en esto, mas Nos les contestámos diciéndoles: — Tres medios sabemos, y no dudámos que la podrémos tener de aquel lugar: uno de ellos es enviar á ver si se encuentra en algun torrente, mas para esto será menester que vayan cien caballeros con sus caballos armados; el otro es enviar al mismo objeto por otra parte hasta el rio de Bayren; aunque de todos modos será preciso gran fuerza, á fin de que si los sarracenos quisieran impedir que se embarcara la piedra en los leños, no pudieran conseguirlo; y el otro es que prevengamos picapedreros para que labren las piedras de la montaña, arreglándolas como suele hacerse para dispararlas con los ingenios. En vista de lo que dijimos, instaron á don Fernando para que nos hablara, el cual dijo: —Señor, convendria que antes tratáramos entre nosotros de este asunto; no os pese, que luego volverémos á veros. — Tuvieron, de consiguiente, su acuerdo; y luego, vueltos á nuestra presencia, nos refirió don Fernando en nombre de todos los demás lo que habian convenido, diciendo de esta manera: — Señor, en lo que Vos habeis dicho hallamos todos una gran dificultad, como os demostrarémos; porque de nada serviria que Vos comenzárais una cosa en el mundo, si despues no la podíais acabar bien. En toda la hueste no hay de qué comer para mas de cinco dias, y Valencia no es vuestra, antes al contrario, la poseen aun los sarracenos: por otra parte, si llegase á levantarse alguna tempestad, los leños no podrian traernos lo que necesitamos, y entonces tendríamos á la fuerza que levantar el campo; y en verdad, que teniendo que traer las piedras de muy lejos, y no habiendo en toda la hueste ni aun en Burriana picapedreros que las arreglen, no seria gran negocio el que hiciésemos, pues no sabemos cómo podrian tirar los ingenios. Además que, fuera de este lugar, ningun otro poseeis en este reino. — Por tales razones, conocimos que todos eran de un mismo parecer, y así desistímos de nuestra idea, y convenímos en cuanto nos decian.

CAPÍTULO CXLIII.

Partímos de aquí, y al dia siguiente llegámos delante de Cilla, donde nos acampámos, por ver que era lugar muy abundante de

leña y que tenia buenos pastos. Estando allí, y luego de haber dormido la siesta, enviámos por el maestre del Hospital, por don Pero Cornel y por don Gimeno de Urrea, con los cuales hablámos en secreto, de manera que no habia con Nos nadie mas que ellos, diciéndoles:—Enviámos á buscaros, para deciros que nos parece ridículo que tengamos de salir de esta tierra, siendo tan grande hueste como somos, sin llevarnos mas que veinte ó treinta cautivos: para evitar, pues, que sarracenos y cristianos nos tengan á menos, si quisiéseis ayudarme, os mostraria un plan, que no dudamos tendria buen resultado; pero atended, que si soy solo en lo que diga y vosotros todos me habeis de contradecir, nunca llevarémos nada á buen fin: lo que debeis hacer es, así que yo haya concluido mi razonamiento, y tan luego como haya dado su dictámen don Fernando, sin esperar á los demás, responder cada uno de por sí, diciendo que está bien cuanto Nos pensámos. De este modo yo os prometo que todos harémos un buen negocio, y que de él nos ha de resultar grande honra. Oid, pues: ahí teneis las torres de Valencia, que todo el mundo puede bien distinguir; dichas torres han librado muchas veces á la ciudad de males que quizás hubiera sufrido, y entre ellas especialmente la de Moncada, que es la mejor que se halla en toda la huerta. Cuando pasámos por allí viniendo á este lugar, quedaron en ella solamente los hombres de armas, pues las mujeres y los niños se recogieron en Valencia; mas observámos que nunca salieron del todo fuera de la alquería mientras Nos pasámos: eso me prueba que, si al entrar no les combatímos, confiarán ellos que tampoco lo habrémos de hacer á la vuelta, y entretanto, no cabe duda que habrán enviado á buscar de nuevo á sus mujeres y á sus hijos para tenerlos allí. De este modo, apoderándonos de tal torre, que la podrémos tener antes de ocho dias, alcanzarémos una ventaja, y sin las personas que harémos prisioneras, nos han de quedar precisamente muchas provisiones, y además alguna ropa. Otra cosa aun tengo que deciros: tan pronto como tomemos la torre, donde es probable que hagamos almenos mil cautivos, con cien que me dejeis escoger, yo partiré á Burriana con el objeto de proveer á la hueste para ocho dias, y de vuelta os traeré un fundíbulo: para esto, no os pido mas tiempo que tres dias, es decir, uno para ir, uno para proveer á la hueste, y otro para volver aquí, trayéndoos al mismo tiempo las provisiones que

necesitamos y el fundíbulo que os digo. Así la espedicion será en honra vuestra y de Nos; y al saber que volvemos, los de las torres de Valencia no querrán ya esperarnos como la otra vez, y huirán. —No bien acabábamos de hablar, cuando respondió el maestre del Hospital En Hugo de Forcalquier: —Por Dios, que no sigue mal camino nuestro señor el rey: ayudémosle, pues, que yo por mi parte lo haré del mejor modo que pueda. —Al oir esto don Pero Cornel y don Gimeno de Urrea, aplaudieron tambien nuestra plan, mostrando tenerlo por muy noble, aunque haciendo la siguiente pregunta: —¿Y cómo será esto que don Fernando no lo contrarie ni ninguno de los demás? —Con nuestro poder, les respondimos, y la ayuda que vosotros me presteis, nuestra idea pasará adelante.

A tal objeto dimos órden para que los avisaran á todos, porque queríamos hablarles, es decir, á don Fernando, á don Rodrigo Lizana, al maestre del Templo En Hugo de Muntlaur, al obispo de Lérida, y á los demás ricoshombres de Aragon y Cataluña, así como á otros muchos caballeros que habia buenos y honrados y que eran muy espertos en hechos de armas. Hicimos antes marchar á los que con Nos estaban, á fin de que no pudiese traslucirse que habíamos hablado antes con ellos, y despues vinieron cuando los demás; luego de lo que, viéndoles ya á todos reunidos, emitímos nuestra idea, haciéndoles antes colocar en torno de la tienda, y diciéndoles de esta manera: —Barones, aqui venímos para hacer daño á los sarracenos; y marcharnos ahora teniendo tan gran compañía como tenemos, sin haber hecho mas que sesenta cautivos entre hombres y mujeres, no lo harémos á fé, por nuestro honor y el vuestro. Si Dios me ayuda, con lo cual no podemos errar, me parece que podríamos hacer una buena presa que seria en gran daño de Valencia.—Cuál es?— nos preguntaron ellos; á lo que Nos les contestámos: — La torre de Moncada, la cual es muy buena y encierra grande riqueza; sin contar además que se halla hácia la villa, y es la mejor que se encuentra á escepcion de la de Quart. Si fuese preciso, añadímos, podria enviarse á Burriana por lo que se necesitase, sin que los de Valencia pudiesen impedirlo, pues Nos estaríamos entre las dos poblaciones; pero mañana en nombre de Dios pondrémos sitio á dicha torre, y la ganarémos, no lo dudeis, alcanzando todos

grande provecho y honor ; pues no podrá menos de alcanzarse, tomándoles á una legua de la ciudad una torre tan buena como es la de que hemos hablado. Responded , de consiguiente, lo que os parezca á cuanto os decimos , que buena es la obra si lo meditais. — Dijeron todos á don Fernando que tomase primero la palabra , y habiéndolo hecho , dijo de esta manera. — No me parece éste mal negocio , con tal que pudiese llevarse á cabo , pero toda la hueste carece de provisiones , y sin estas nada puede efectuarse, pues no lo podrá aquella sufrir, ni sé como se mantendrá hasta entonces. — Y si hubiese quien pudiera proveerla, respondimos, ¿ lo quisiérais entonces ? — Allá vayan con Vos estos ricos-hombres que aquí están y los maestres, replicó don Fernando, que en cuanto á mí, pasaré por donde pasen los demás. — Dicho esto , invitó el maestre del Hospital al del Templo para que hablase primero , y tomando el último la palabra , dijo : — *Jo hi dich aytant per moy que la parola es bona ab que haje que menjer la host; mes á moy sembla bien que cest lloch de la torra de Muncada qui stoyt molt pres de las torras de Valencia* (1). — Maestre, le respondimos , ¿ no veis la ventaja que ofrece esta torre siendo sola y aislada ? — A lo que él replicó : — *Si Di m ajut, moy semblaria que vos presessets Torres-Torres, que stoyt bon lloch e es en lo xami de Terol e de Valencia.* — Buen lugar es Torres-Torres, maestre, le respondimos; pero el de que hablamos vale siete veces mas, y estando tan cerca de Valencia, nos honrará muchísimo el tomarlo , cosa que nos será mas fácil , por cuanto es menos fuerte que Torres-Torres, al paso que es punto de mas provecho y utilidad. — A tales palabras, dijo el maestre del Hospital : — Acertado va el rey en cuanto dice , y por bueno lo tengo ; y pues le mueve un buen ánimo para ganar la tierra , no se pierda por nosotros: ayudémosle á ganarla. — Aquí tomó la palabra don Gimeno de Urrea, y dijo : — Señor, por bueno tengo cuanto habeis dicho ; pero confio que hareis caso de una advertencia, y es que nos

(1) Aunque creemos que don Jaime adulteró algun tanto en este pasaje el idioma que hablaba el maestre del Templo, con todo no hemos querido traducirlo, por ser ya de muy fácil inteligencia, y para que quedase como una muestra , si nó exacta, á lo menos aproximada, de lo que era en aquellos tiempos la lengua que ahora llamamos francesa.

deis algo de que podamos subvenirnos hasta tanto que haya caido la torre en vuestras manos.—Lo mismo digo, respondió don Pero Cornel, y me conformo con lo que os han manifestado el maestre y don Gimeno de Urrea. — Viendo esto, instámos al obispo de Lérida para que diese su voto; mas solo dijo las siguientes palabras: — Vosotros entendeis mas que yo en hechos de armas, pues mi objeto al venir aquí, ha sido solamente servir á Dios y á Vos: resolved, pues, vosotros, y cuanto hagais lo haré yo tambien. — Señalámos luego á don Rodrigo Lizana al mismo objeto, é invitándole á que hablara, nos dijo: — Señor, vos teneis esa idea, y además veo que todos ó la mayor parte os la aprueban y aconsejan: deber es mio, pues, hacer cuanto vos querais; sin embargo, os daré una advertencia, y es que os acordeis del modo como suelen defender las fortificaciones los moros; lo cual os digo, porque seria una lástima que comenzárais una cosa y no la pudiérais llevar á cabo.

La respuesta que dimos á don Rodrigo Lizana y á los demás fué la siguiente: — Escuchad y vereis qué es lo que intentamos hacer: lo primero será acamparnos junto al lugar del sitio, y al dia siguiente, de mañana, combatirémos la villa. Los moros, para defenderla, lucharán con el objeto de conservar las barreras; mas rotas por los nuestros, es de ver que en tal empeño recibirán gran daño aquellos, porque debemos suponer que los que allí peleen valdrán siempre mas que los que se habrán recogido en la torre y en la albacara. Segun veamos, dispondrémos en la batalla; y si al fin nos convencemos de que se pueden ganar, irémos á Burriana con unos quince caballeros, pues no seria bueno que el resto de la compañía se apartase de aquí, y á los tres dias estarémos ya de vuelta con el mandron y provisiones para ocho dias. — Aprobaron todos cuanto Nos decíamos, mas luego añadímos: que para verificar dicho plan debiesen darnos cien cautivos, pues mas de mil caerian en nuestro poder, sin duda, y que de estos los pudiésemos escoger; pues así convenia para resarcirnos de los gastos que habríamos hecho á fin de tomar la torre. Penetrados tambien de la razon que les manifestábamos, aprobaron asimismo cuanto acabábamos de decirles.

CAPÍTULO CXLIV.

Por la mañana, oida la misa, fueron á armarse los escuderos y gran parte de los caballeros; y colocándose oportunamente, empezaron á entrar á pié en la villa; pues aunque los moros mas aguerridos se colocaron en las barreras, dispuestos á defenderlas, murieron de ellos seis ó siete, porque acosados por los nuestros, no tuvieron tiempo para recogerse en la torre ni en la albacara. Cuando Nos estuvimos cerca, vimos que los sarracenos se defendian sin órden ni concierto; por consiguiente, llamando á los maestres y á algunos ricoshombres, les dijimos: — Si bien os parece, iré yo á Burriana, de donde traeré lo necesario para apoderarnos de esos moros, que buena es la presa. — No nos parece mal, nos contestaron. — Pues entonces, añadímos, mandad á vuestros hombres que nos envien cuantas acémilas tengan, y volverémos luego con ellas, cargadas de todo lo que se necesite. — Emprendimos, pues, nuestro viaje con solos doce caballeros, y al llegar cerca de Murviedro, esperámos las acémilas, desplegámos al aire nuestra bandera, pasámos todos juntos, nos dirigímos á la playa del mar, y por ella seguimos hasta Burriana, á donde llegámos á hora de vísperas. Entrados allí, ya antes de comer, nos procurámos pan, vino, avena y carneros en cantidad suficiente para el obispo y cada uno de los ricoshombres y maestres, segun la nota que llevábamos por escrito.

CAPÍTULO CXLV.

Al dia siguiente, luego de salido el sol, mandámos racionar á los nuestros; y terminada esta operacion aquel mismo dia, salímos el otro de Burriana ordenados en batalla, y con nuestros caballos armados, que serian doce ó quince. Pasámos luego por cerca de Murviedro con nuestro fundíbulo, y á hora de vísperas llegámos ya cerca de la torre de Moncada, de modo que al anochecer de aquel mismo dia, antes de que resplandeciesen las estrellas, teníamos ya armado y colocado el ingenio: por la no-

che se le pusieron las cuerdas, y al otro dia por la mañana comenzó á disparar. En la albacara de la torre se hallaban apiñadas tanta multitud de mujeres, niños, vacas y otras reses, que las piedras que tiraba el fundíbulo mataban cada vez á alguno; y como la máquina no cesaba nunca de tirar, ni de dia ni de noche, al cabo de cuatro dias, el hedor que despedian los cadáveres les obligó ya á rendirse por cautivos y á entregar la torre. Mil ciento cuarenta y siete fueron los que se entregaron; de modo que con los cautivos y los muchos despojos que recogímos, entre perlas, collares y brazaletes de oro y de plata, sederías y otras muchas telas preciosas, ganámos á lo menos cien mil besantes. Con la ayuda de algunos sarracenos de Valencia, escogímos los cien cautivos que debian tocarnos segun el convenio, teniendo á nuestro lado á uno de aquellos, que nos indicaba los que debíamos escoger. Despues de esto, resolvímos permanecer allí dos dias para demoler la torre, y dirigirnos en seguida á la de Museros, apoderándonos de ella con la ayuda del fundíbulo, si se resistia; ó por medio de batalla campal, si nos la presentaban los que la guarnecian. Derruida, pues, la torre de Moncada, nos encaminámos á la de Museros, pusímosle sitio y colocámos el fundíbulo. Supímos luego de cierto por un sarraceno á quien un almugávar habia hecho prisionero, que Zaen les habia dado órden de que no permaneciesen allí para defender la torre sino sesenta sarracenos, retirándose todos los demás á Valencia con las mujeres y niños. Al segundo dia de estar tirando el fundíbulo, habia derruido ya tres ó cuatro almenas de la torre; pero los sarracenos, para evitar el daño, cubrieron luego el muro con serones llenos de tierra: ardid que de nada les sirvió, porque mandámos Nos luego fabricar algunas saetas á manera de ruecas, y llenándolas de estopa, las tiraban los ballesteros encendidas, y así pegaron fuego á todos aquellos serones. Al cabo de dos dias, como los sarracenos vieron que de nada les habia servido aquel ardid, nos propusieron rendirse, salva la vida; á lo cual accedímos de muy buen grado, porque, á la verdad, para tenerlos en nuestro poder, antes los queríamos vivos que muertos. Cuando los tuvimos prisioneros, se nos presentó En Guillermo Çaguardia, tio de En Guillermo Aguiló, que se hallaba preso en Valencia, pidiéndonos muy humildemente que tuviésemos á bien darle aquellos sesenta sarracenos de Mu-

seros, porque tenia esperanza de que podria cangearlos por su sobrino: á cuya demanda accedimos con acuerdo de los ricoshombres, aunque bajo condicion de que debiese restituir á la hueste aquellos cautivos, si no podia verificar el cange. Quedó En Guillermo muy satisfecho con nuestra respuesta, besónos la mano, y envió luego á Valencia á un cristiano que tenía allí libre entrada, para proponer el cange de su sobrino con los sesenta cautivos de Museros. Habiendo convenido en ello los sarracenos, soltaron desde luego á En Guillermo de Aguiló.

CAPÍTULO CXLVI.

Despues de haber ganado á Museros y logrado así el rescate de Guillermo de Aguiló, nos fuímos á Torres-Torres, y antes de llegar á Alventosa, vendimos por diez y siete mil besantes los cien cautivos que nos habian tocado; pues aunque nos hubieran dado por ellos hasta diez y nueve mil besantes, si los hubiésemos guardado un mes solamente, nos vimos precisados á venderlos por tan bajo precio, porque los mercaderes nos estaban hostigando para que les devolviésemos lo que nos habian prestado para mantener la hueste. Pagámos, pues, aquella y otras deudas, y nos marchámos en seguida para Zaragoza.

CAPÍTULO CXLVII.

Desde Huesca, donde nos hallábamos, quisimos pasar á Sariñena, y luego resolvímos apoderarnos del castillo que los moros llamaban Enesa y los cristianos cerro ó *Puig* de la Cebolla, y tiene ahora por nombre el cerro de Santa María; pero de antemano quisimos ya determinar qué ricohombre dejaríamos de guarnicion en aquella fortaleza, cuando la hubiésemos tomado. Pensando, pues, que en tanto aumentan los hombres en prez y valía en cuanto llevan á cabo mas grandes obras, nos acordámos de aquel á quien mas amábamos y en quien teníamos puesta mayor confianza, para encomendarle la defensa de tan importante lugar; por cuyo motivo resolvimos cometer tal encargo á En Bernardo Guillen de

Entenza, que además de ser nuestro tio materno, habia recibido de Nos cuantos bienes tenia. Mientras íbamos andando, llamámosle; nos apartamos con él del camino, y le dijimos: — Don Bernardo, ya sabeis cuánto os queremos, cuánto fiamos en vos, y cuán estrecho parentesco nos une; por consiguiente quisiéramos ahora haceros medrar, dándoos ocasion para prestarnos tal servicio, que todos aplaudiesen lo muy bien que os lo pagaríamos. Sabed que hemos puesto los ojos en vos para una empresa, en la cual podreis servirnos muchísimo, y con esto nos obligareis á daros muy señalada recompensa. — Mostróse entonces él muy agradecido por la merced que le prometíamos; y pidiéndonos que le declarásemos cuál era el servicio que debia prestarnos, le contestámos: — Nos tenemos resuelto ir á sitiar el cerro de la Cebolla, que está á unas dos leguas de Valencia; y cuando lo hayamos ganado, pensamos dejaros allí para que mantengais la frontera con cien caballeros. El castillo es bueno y fuerte, y está bien construido: os darémos, pues, provisiones para un año, y podreis sosteneros allí todo el invierno. Así que llegue el verano, estarémos otra vez con vos; talarémos entonces los contornos de Valencia, y añadiendo á esto el daño que vos habreis causado ya con vuestras continuas cabalgadas, la pondrémos á punto de ser fácilmente tomada, como sazonada fruta que nos convida para que la cojamos. Luego que conocerémos que se puede ya formalizar el cerco, por estar la plaza faltada de víveres, convocarémos á todos nuestros ricoshombres y á las milicias de las ciudades, para que acudan al sitio; con la ayuda de Dios caerá entonces en nuestras manos la ciudad, y con ella nos apoderarémos luego de todo aquel reino hasta Játiva. — Cuando hubimos acabado de declarar nuestro plan á don Bernardo, quedóse por un buen rato estático, como quien medita, y sin desplegar los labios; mas viendo Nos que vacilaba en adherirse á lo que le habíamos manifestado, añadímosle: — ¿Porqué vacilais don Bernardo? El plan que acabamos de comunicaros es muy ventajoso; pero guardadlo secreto, y tened cuenta con que nadie lo sepa, hasta tanto que tengamos dispuesto todo lo necesario para llevarlo á cabo. En cuanto á vos, creedme, aceptad y contentaos con lo que os propongo; pues no puede faltaros una de las dos cosas: ó Dios os permite cumplir con el servicio que de vos exijo, y en este caso os he de hacer yo el mas honrado vasallo de mi

reino; ó pereceis sirviendo á Dios, y entonces ganais indefectiblemente el paraiso. Cualquiera de los dos estremos debe bastar para quitaros toda duda. — Oidas tales palabras, se acercó á Nos, besónos la mano, y nos dijo que aceptaba nuestra proposicion, porque por las razones que le habíamos mostrado conocia que era un buen consejo.

CAPÍTULO CXLVIII.

Acordámos con don Bernardo que por la primavera volveríamos allá con nuestra hueste; por cuyo motivo convocámos ya para dicho tiempo á los ricoshombres y á las milicias de las ciudades y villas. Mas adelante, al principio de la cuaresma, supimos de cierto por algunos recien llegados de Valencia, que habia sido demolido ya el castillo del cerro de Santa María; mas aunque nos causó gran pesadumbre semejante noticia, disimulámoslo, y dijimos á los que nos la dieron, que no nos importaba gran cosa, porque mandaríamos edificar otro castillo así que llegásemos allá con nuestra hueste. Mandámos luego construir secretamente hasta veinte hormas para tapias, sin que nadie lo supiese en Teruel; y por pascua florida nos hallámos en esta villa, desde donde emprendimos nuestro camino, aun antes de tener reunida toda la hueste, acompañándonos solamente don Gimeno de Urrea, nuestra mezmada, don Pero Ferrandez de Azagra y los concejos de Daroca y de Teruel. Al salir de esta última villa, siguiendo nuestro camino, repararon los de la hueste en las caballerías que iban cargadas con los moldes que habíamos mandado construir; pero nadie sabia el secreto ni cuál era la direccion que llevábamos, hasta que llegados delante de Ejérica, mientras estábamos talando, se nos acercaron don Pero Ferrandez de Azagra y don Gimeno de Urrea, despues de haber comido, y nos dijeron: — ¿Cómo es eso, señor; dicen que llevais hormas para construir tapias? — Nada podemos contestaros delante de todos, les dijimos; pero así que se alejen los demás, os declararémos lo que hay de cierto en lo que preguntais. — Luego, cuando estuvimos solo con ellos, les añadímos: — Hemos mandado construirlas en secreto, y os rogamos que secreto lo tengais, hasta que todos vean á qué objeto las destinamos, por-

que queremos poblar el cerro que ahora tiene por nombre Enesa, y se llamará en lo sucesivo cerro de Santa María. Los sarracenos han demolido el castillo que allí habia; pero yo quiero reedificarlo, y cuando esté restaurado, dejaré en él fuerte presidio para que pueda mantener la frontera. Desde allí podrán hacerse buenas correrías contra los moros de Valencia, y cuando la ciudad esté ya exhausta de bastimentos, pondrémosla cerco y nos apoderarémos de ella. — Mal hicísteis, pues, nos contestaron, en no habérnoslo hecho saber anticipadamente; porque, á saberlo, hubiéramos venido mejor dispuestos de lo que venimos, llevando mas abundantes provisiones y otras cosas que ahora no tenemos. — Por el semblante, y por lo que nos contestaron, conocimos que no aprobaban nuestro plan; por consiguiente, hubimos de decirles: — Barones, lo que hemos hecho y lo que intentamos hacer debe merecer vuestra aprobacion, porque por este medio, mejor que por ningun otro, se conquistará Valencia.

CAPÍTULO CXLIX.

Al otro dia de haber salido de Teruel llegámos á Torres-Torres; y despues de haberla talado, salímos por la mañana siguiente, y pasámos por Murviedro, por un desfiladero que hay allí á dos ó tres tiros de ballesta del castillo, habiendo encargado la delantera á don Gimeno de Urrea, y colocado los peones entre Nos y los que llevaban la rataguardia. Así que llegámos á la llanura que hay mas allá de Murviedro, recibímos un mensaje de don Gimeno de Urrea, con el cual nos avisaba que deberíamos entrar en batalla y que nos alegrásemos, porque Zaen nos esperaba en Puzol con todas sus fuerzas; á lo que le contestámos, que nos placia mucho. Con tal nueva, los acemileros y los que iban en el centro se acogieron á la sierra; y solo algunos mas arriscados se quedaron con Nos en la llanura. Sin embargo, se supo luego que los que se habian descubierto en Puzol eran el maestre del Templo y el del Hospital, y los comendadores de Alcañiz y de Castellot, con unos dos mil infantes y cien caballeros, los de Burriana y unos treinta caballos armados, los cuales habian enviado ya corredores

á Valencia y puéstose en emboscada, por si salia Zaen. Á pesar de todo esto, no se presentó el moro.

CAPÍTULO CL.

Cuando supimos que los sarracenos no se habian atrevido á salir, nos alegrámos sobremanera, porque los tuvimos ya por nuestros; y siguiendo nuestro camino, llegámos al Puig, pusimos nuestra tienda en el llano debajo de la villa, y allí nos acampámos alegremente con todos los nuestros y los que habian venido de la emboscada. Al cabo de pocos dias fueron llegando los ricoshombres nuestros que aun no se habian presentado, con los concejos de Zaragoza, Daroca y Teruel; y cuando los tuvimos á todos reunidos, los repartímos para que á trechos, y en proporcion al número de gente que cada uno tenia, fuesen edificando; con órden de que si concluian la obra en quince dias ó en tres semanas, pudiesen volverse todos á donde mejor les pluguiese. Sin embargo de esta concesion, duró la fábrica por espacio de dos meses.

CAPÍTULO CLI.

Mientras estuvimos en el cerro de Santa María, se hicieron continuas correrías; y fué tanta la gracia con que favoreció Dios aquel lugar, que cuantos de los que allí habia cabalgaron contra los sarracenos, volvieron siempre al campamento con alguna presa, y ninguno de ellos fué nunca vencido, porque les protegia el Señor. Hicimos tambien construir allí una calzada hasta otro cerro inmediato al mar, para que pudiesen recibir de las embarcaciones que allá llegasen los bastimentos y cuanto hubiesen menester. Pasámos así tres meses esperando que se presentase don Bernardo Guillen de Entenza, á quien debíamos encomendar aquel lugar; pues no queríamos partirnos sin hacerle la entrega: pero llegaron en esto dos caballeros, enviados por don Bernardo para decirnos que él se hallaba en Burriana, y que fuésemos á encontrarle. Al recibir tal mensaje, conocimos ya que no tenia aun todo lo necesario; y por lo mismo preguntámos á los mensajeros: — ¿ Qué se le ofrece á

don Bernardo, para que tengamos que ir á encontrarle en Burriana, si mas provechosa ha de serle nuestra permanencia aquí, que no nuestra ida? — Él nos ha encargado, contestaron, que os rogásemos encarecidamente que fuéseis á verle. — De muy buen grado iríamos, les dijímos; pero debeis saber que acabamos de salir de una enfermedad, estamos en julio, y si emprendiésemos ahora tal viaje, podria el escesivo calor hacernos recaer fácilmente. Decidle, pues, que venga en hora buena, que mejor podrá hahablar con Nos aquí, que no allí. —Marcháronse entonces los mensajeros, y al dia siguiente se presentó don Bernardo, á quien salímos á recibir, teniendo como teníamos noticia de su llegada. Venia con unos cien caballeros; y al encontrarnos, saludámosle Nos, y él nos besó la mano. — ¿ Cómo os va, don Bernardo? le dijimos despues de haberle saludado. — Bien, nos contestó.— Así parece, añadímos; á lo menos bien acompañado venis: pero ¿traeis muchas provisiones? — En cuanto á eso, nos respondió, entrémonos adentro y os diré lo que hay. — Por su respuesta conocimos ya que no debia de venir muy bien provisto. Díjonos tambien que le habian de llegar aun otros setenta caballeros; y cuando vimos que serian entre todos en mayor número del que le habíamos mandado, recelámos que habria distribuido á otros caballeros lo que Nos le habíamos dado. Despues de esto, entrámonos en el castillo, fuése él á comer, durmimos Nos entretanto, y luego enviámos á buscarle. Habiéndose presentado, nos manifestó que queria hablar con Nos á solas; por consiguiente, apartándonos con él á un lado, nos dijo: — No me atreví á responderos cuando me preguntásteis acerca de las provisiones que llevaba, porque he gastado todo ó la mayor parte de lo que me dísteis, en procurármelas y aumentar el número de mis caballeros. — ¡ Cómo! le preguntámos, ¿ y no habeis llevado víveres de Burriana? Pues aquí no los tenemos, y á fé que los necesitan en gran manera los ricoshombres que se hallan en este lugar: por esto me he detenido yo, porque no tienen que comer; y por cierto que nos habeis jugado una burla muy pesada, no trayéndonos ningun bastimento. cuando nos estamos muriendo de hambre. — En Tortosa, nos contestó, tengo á la verdad trescientos cahices de trigo, medida de Aragon, y cincuenta cerdos; pero están empeñados por mil y quinientos sueldos.—¡ Vive Dios! don Bernardo, que nos habeis hecho una bue-

na jugarreta. No sé cómo podrémos ahora arreglarnos los dos: yo, confiando en vos, dejé de prevenirme, y así me encuentro con que ni vos podeis socorrerme, ni yo puedo socorreros á vos. Sin embargo, bien podeis conocer cuánto nos va en ello; pues es claro que no querrán permanecer aquí nuestros caballeros ni los vuestros, si no tienen de que mantenerse. Sabed que, si no fuera por el parentesco que nos une y por el amor que os tengo, no hay hombre en el mundo de quien no me vengase por tan mala obra: pues ya veis que si no podemos sostenernos en este lugar, tanto vale quizás que contemos por perdida para siempre á Valencia; porque nunca jamás podrémos ganar tan buena posicion como la que ahora tenemos. Idos en buena hora, y meditad esta noche sobre lo que habeis hecho, mientras Nos rogarémos al Señor que nos inspire algun recurso, ya que tan malos son los que de vos nos vienen. — Salióse entonces, y cuando volvió por la mañana, despues de haber Nos discurrido lo que podria hacerse, dijímosle: — No he hallado otro arbitrio, sino el que voy á manifestaros: yo me iré á Burriana, proporcionándome vos todas las acémilas que aquí teneis; y dejando allí lo absolutamente preciso para los que guarnecen aquella plaza, procuraré recoger y enviaros, si me es posible, el bastimento necesario para manteneros aquí quince dias: pasaré en seguida á Tortosa, y desde allí os remitiré lo suficiente para que podais pasar otros dos meses.

CAPÍTULO CLII.

Segun habíamos convenido con don Bernardo Guillen de Entenza, tratámos de marcharnos á Burriana, y al levantar el campo, vimos que una golondrina habia construido su nido encima de nuestra tienda; por cuyo motivo dimos órden para que esta no se quitase, hasta que la avecilla hubiese desanidado con sus hijuelos, ya que fiada en Nos se habia establecido allí. En Burriana hicimos cargar de pan, vino y avena las acémilas que nos habian enviado, y comprámos además algunos carneros, vacas y cabras que habian sido cogidos en una cabalgada: pedímos tambien racion de carne para un mes, y saliendo luego de aquella villa, nos fuímos á Tortosa, á donde llegámos al cabo de dos

dias. Hicimos allí cargar cuatro barcos, de pan, vino, avena y tocino, en cantidad suficiente para dos meses, y se lo enviámos todo á don Bernardo Guillen. Desde Tortosa nos encamináinos á Tarragona, y por el camino, mas allá de Villaseca, descubrímos algunos mástiles en Salou. Al dia siguiente de haber llegado á Tarragona, dijimos por la mañana á don Juan Perez, que se hallaba acostado en nuestro mismo aposento: — ¿Dormis, don Juan? — No, señor, nos contestó. — Pues entonces voy á manifestaros lo que he discurrido para poder abastecer á los que se han quedado en el Puig. Ayer, al pasar por Villaseca, divisámos algunos mástiles en Salou, y creemos que serán de algunas naves que llevan víveres á Mallorca: levantaos, pues, luego, y con dos porteros que os daré podreis ir allá, y embargar cuanto contengan, dando órden á los dueños de las embarcaciones para que se me presenten. Mas no volvais de allá, sin haber examinado y tomado inventario de todo cuanto haya, quitando los timones y velas á todos los leños. — Así lo cumplió: comparecieron los dueños de las embarcaciones; y habiéndonos traido el inventario de todo su cargamento, vimos que podíamos abastecer á don Bernardo Guillen, de harina para tres meses, de vino para seis, y de tocino y avena para dos. Firmámos por ello debitorio á los mercaderes; nos fuímos en seguida á Lérida; y habiéndonos prestado sesenta mil sueldos los prohombres de aquella ciudad, pagámos nuestra deuda, enviámos por mar la correspondiente racion á los del Puig, y retuvímos el sobrante de harina y vino.

CAPÍTULO CLIII.

Desde Lérida nos encamináinos á Huesca; y estando allí, llegó un caballero natural de la misma ciudad y llamado Guillermo de Salas, el cual venia de parte de don Bernardo Guillen, de don Berenguer de Entenza y de todas las fuerzas que Nos habíamos dejado en el cerro de Santa María. Llevaba un parche en el rostro por haber recibido en él una herida, y nos pidió albricias; á lo que le contestámos que de buena gana se las daríamos, si buenas eran las noticias que nos traia. — Las nuevas son tales, nos dijo,

que no podrán menos de alegraros : aquí teneis las cartas que os escriben los ricoshombres y caballeros que allí dejásteis, y os esplicaré en sustancia su contenido. Habiendo juntado Zaen todas sus fuerzas, desde Játiva hasta Onda, en número de seiscientos caballeros y cuarenta mil hombres de á pié; dispusiéronse cierto dia, luego de salido el sol, para atacar aquella fortaleza. Unos diez hombres que habian ido á correr la vega de Valencia, y estaban de vuelta en el Puig, dieron aviso á don Bernardo Guillen y á don Berenguer de Entenza, de que Zaen iba á atacarles con todo su ejército; por consiguiente, con tal nueva, dispusiéronse todos oyendo misa, recibieron el cuerpo de Jesucristo aquellos que aun no lo habian tomado, y salieron luego fuera del castillo, diciendo que seria peor para ellos si esperaban al enemigo atrincherados en la fortaleza, y serian mas fácilmente vencidos que no en campo raso; pues era tal el afan que tenian de dar la batalla, que todos se encomendaban ya á Dios, dispuestos á comenzarla. Entretanto llegaron los sarracenos y pusieron en la delantera los á peones de la frontera de Ejérica, Segorbe, Liria y Onda, ocupando las primeras filas los que se tenian por mas espertos en hechos de armas, y viniendo á la espalda los caballeros en otro peloton. En los primeros momentos de la lucha, quedaron vencidos los nuestros; mas á poco volvieron cuesta abajo, y recobraron del campo lo que acababan de perder. Viendo esto, empezaron á vocear los sarracenos y recobraron otra vez sus posiciones; á cuya sazon los cristianos se apartaron á un lado de la cuesta del castillo, mientras que una voz salida de entre aquellos que estaban sobre la fortaleza, mirando lo que pasaba, esclamó: ¡Huyen, huyen, y se dejan vencer (1)! No bien la oyeron los caballeros, cuando gritaron tambien: ¡Vergüenza, caballeros, vergüenza! y á tal grito levan-

(1) En este pasaje parece mostrarse don Jaime menos crédulo que otros cronistas mas modernos, comentadores de sus hechos, los cuales suponen haber pronunciado el grito de Huyen! (*Vánsen!*) una voz sobrenatural que se percibió por los aires y que vino de sobre el castillo. Pero, á decir la verdad, tal error dimanó de falta de inteligencia por parte del que vió esta historia para arreglar otra; pues entendió sin duda que *vench una veu de sus del castell dels que miraven* queria decir : que se percibió una voz sobre el castillo de aquellos, cuando la voz era de aquellos que estaban *sobre* el castillo.

tóse la voz general de ¡ Santa María ! Santa María ! que dieron todos. Aquí, los que formaban la retaguardia de los moros empezaron á huir, precipitándose sobre los demás, de manera que pasaron delante de los primeros : avanzaron los nuestros; y llegando á acuchillar á la vanguardia de los sarracenos, partiéronla de por medio, con lo que empezó á decidirse á favor nuestro la batalla, consiguiéndose sucesivamente mayor triunfo, á medida que fueron llegando al rio seco que se encuentra, entre Foyos y Valencia. Muchos murieron sobrecogidos de espanto : y otros hubo en cuyos cadáveres ni una sola herida se encontró ; de nuestros ricoshombres, perecieron Gimenez de Luciá, el cual se arrojó con tanto ímpetu al darse las primeras cuchilladas, que se perdió de vista hasta que le hallaron muerto ; su hijo, el mayor de don Gimeno Perez de Triergua, y otro que llevaba la señera de don Bernardo Guillen ; y sin estos, hubo otros caballeros heridos, pero que se salvaron de la muerte. No bien llegó á Teruel la noticia de que los cristianos habian vencido la batalla, pereciendo en ella algunos caballeros, reuniéronse otros en número de setenta á ochenta y marcharon al Puig, á donde llegaron, agregándose luego á aquellos, el dia siguiente á hora de tercia. — Cuando el mensajero hubo acabado de darnos tan favorables nuevas, las comunicámos al punto á las órdenes ; y acompañado luego del obispo y los canónigos, nos fuimos á la Seo é hicimos entonar el *Te Deum laudamus* delante de Jesus Nazareno. Sin detenernos, marchámos en seguida á Daroca, enviando mensaje á todos los ricoshombres para que viniesen á reunirse con Nos : estando allí, avisámos tambien á los principales de las aldeas ; y reunidos los prohombres de la villa, suplicámosles, mandándoselo al propio tiempo, que tuviesen en Teruel dentro de cinco dias mil acémilas, y que no faltasen. Respondiéronnos, que pues Dios nos habia tan bien guiado y era aquella nuestra voluntad, cumplirian cuanto les decíamos. Desde Teruel, á donde fuímos luego, pasámos igual órden á sus aldeas, es decir, que tuviesen mil acémilas prevenidas, pero que habia de ser sin falta dentro de tres dias, pues las necesitábamos para llevar provisiones al Puig. Dijeron que cumplirian cuanto les mandásemos, pero que atendiéramos que habian ya ido allá, donde les encontraríamos, ochenta hombres á caballo de Teruel.

Para cargar las dos mil acémilas que habíamos mandado preve-

nir, suplicámos á Ferrando Díez que nos hiciese un préstamo, á lo que no se negó; en consecuencia de lo que, enviámos por las aldeas, diciéndoles que llevasen el pan á Sarrion, y que empezasen á andar, que por el camino nos encontraríamos, pues no teníamos ganas de ir delante.

CAPÍTULO CLIV.

Puesta luego en marcha nuestra recua y acompañado de cien hombres á caballo, emprendimos el viaje y entrámos en el Puig, pasando á acamparnos en Alcubles. Estando allí, dijéronnos que Zaen, rey de Valencia, estaba en Liria con todo su poder y dispuesto á combatirnos. —Venga quien quiera, respondimos al oirlo, que Nos de todos modos entrarémos allá. —Y saliendo de Alcubles con nuestras acémilas cargadas y nuestros caballos armados, llevando desplegada nuestra señera, subímos al Puig, donde nos vinieron á recibir don Bernardo Guillen y don Berenguer de Entenza, acompañados de las órdenes que estaban con ellos, y de En Guillermo de Aguiló y otros muchos, mostrando todos suma alegría, Nos con ellos y ellos con Nos, por la buena ventura que nos habia sobrevenido: si bien que en la acogida que nos hicieron, no les fué posible ostentar la debida pompa, en razon de haber perdido en la batalla como unos ochenta y seis caballos. Por esto enviámos mensaje á don Gimeno Perez de Tarazona, que estaba en Aragon y era nuestro repostero mayor en este reino, diciéndole que nos remitiese cuarenta caballos, de los cuales el mejor no debiese costar mas allá de cien morabatines. Entretanto llegaron al Puig don Fernando, Artal de Alagon y don Pero Cornel, cumpliendo con el aviso que Nos les habíamos dado de que compareciesen á tal punto; y al mismo tiempo, llegó tambien mensaje de que los caballos que Nos habíamos enviado á buscar, se hallaban en Teruel: en vista de lo cual, dijimos á don Bernardo Guillen y á don Berenguer de Entenza, á En Guillermo de Aguiló y á los demás caballeros que habian perdido los suyos, que antes de partir de allí les resarciríamos de sus pérdidas, lo cual nos agradecieron mucho; añadiendo aun mas, que por lo bien que se habian portado en la batalla, les cederíamos el quinto que nos tocaba á

Nos. Respondiéronnos que nos lo agradecian no menos, y que no podian dejar de conocer que era gran merced la que les hacíamos. Enviámos luego mensaje á los que conducian los cuarenta caballos, que estaban en Teruel, para que los condujesen á Segorbe; pues era de ver que no se atrevian á entrarlos, sin ir acompañados de un número igual de caballeros. A tal objeto salímos Nos con los ricoshombres antes citados, y fuímos hasta á Segorbe, á donde llegaron un dia despues los caballos; y habiendo suplicado y mandado á aquellos, que dijesen á algunos otros caballeros que, quisiesen vendernos los suyos á buen precio y sin regatear, porque estábamos pronto á darles por ellos mas de lo que valian, atendido lo mucho que los necesitábamos; nos contestaron que lo harian de muy buena gana. Hablámos, pues, con los caballeros; examinámos los caballos que nos ofrecian, y por sesenta mil sueldos comprámosles cuarenta y seis, que juntos con los que Nos habíamos ya mandado venir, fueron en todo ochenta y seis caballos.

CAPÍTULO CLV.

Despues de habernos provisto de caballos, fuéronse los ricoshombres á Aragon, y nos quedámos Nos en Segorbe, desde donde regresámos al Puig por el camino de Murviedro. Cuando estuvimos cerca de este pueblo, quisimos Nos pasar por un desfiladero que hay á dos ó tres tiros de ballesta mas arriba del castillo; y aunque algunos se empeñaban en que atravesásemos por el valle de Sego, un caballero cuyo nombre no recordamos confirmó nuestra opinion, diciendo que podíamos ya haber pasado antes de que lo advirtiesen los moros del castillo; y esto nos pareció efectivamente lo mejor. Dijimos, pues, entonces á los nuestros: — Vosotros, haced lo que voy á deciros: yo no tengo aquí pendon ni señera; pero cojamos una gualdrapa de las que llevan los caballos, y servirá de tal; juntémonos luego todos en peloton, y tomando las lanzas, escudos y capacetes, nos pondrémos al lado de los caballos, por la parte que mira al castillo, yendo tan cerca de aquellos, que los moros pensarán que pasan muchísimos mas caballeros de los que en realidad somos. — Así lo hicimos con satisfaccion de todos; y aunque al pasar se asomaron como unos mil sarracenos,

entre ellos cinco de á caballo, á la cuesta de Murviedro, moviendo grande gritería, no se atrevieron á acercarse; de modo que pudimos llegar al Puig sin ningun tropiezo.

CAPÍTULO CLVI.

Aquel mismo dia que llegámos al Puig, repartímos los ochenta y seis caballos á aquellos que habian perdido los suyos: nos volvimos en seguida, y en Puzol nos despedímos de don Bernardo de Entenza y don Guillermo Aguiló, que nos habian acompañado hasta allí, diciéndoles que se volvieran, porque no queríamos que en el Puig hubiese falta de caballeros. Allí dejámos tambien cuatro ó cinco caballos de algunos nobles que venian con Nos. Llegado despues á Burriana aquel mismo dia, que lo era de ayuno, compareció cuando acabábamos de comer En Guillermo de Aguiló, solo y apresuradamente, quien, habiéndole Nos preguntado porqué venia tan aprisa, díjonos que acababa de llegar por mar en una barca. —¿Qué traeis, pues, de nuevo? le dijimos; ¿continúan bien los del Puig? —Muy bien, nos contestó; pero corren por allí rumores..... —¿Qué rumores? interrumpieron los que estaban con Nos, entre ellos don Pero Cornel. —Dicen, añadió, que mañana por la mañana estará allí Zaen con todas sus fuerzas. —¿Cómo puede ser eso, dijimos Nos y todos los nuestros, si hemos salido de allí esta mañana, y no se hablaba de tal cosa? —Sin embargo, debeis saber que, segun cuentan, el sarraceno tenia noticia de que vos debíais marcharos, y ha reunido á cuantos de los suyos ha podido, desde Castellon y Cocentaina acá, para atacar el Puig luego que sepa de cierto vuestra partida: á lo menos así se aseguraba allá en el campamento. —Á pesar de esto, no hicimos ningun caso de tales noticias ni nos dieron ningun cuidado, porque tuvimos por imposible que fuesen ciertas. Á eso de media noche llamaron muy recio á la puerta de la villa; y habiendo venido el portero, nos dijo que llamaba allí un hombre á caballo, el cual deseaba hablar con Nos. —Abridle, pues, —le contestámos; y luego dirigiéndonos á don Pero Cornel, que se hallaba acostado en nuestro aposento, le dijimos: —¿Habeis oido, don Pero, las nuevas que nos ha traido En Guillermo de Aguiló?

¿Quién sabe si serán ciertas?— Demasiado lo temo, nos contestó. — En esto entró el mensajero, vestido el perpunte y ceñida la espada, y quitándose luego el capacete de hierro, nos dijo: — Dios os salve, señor: he venido aquí por órden de don Bernardo Guillen de Entenza, quien me ha enviado á don Pero Cornel, porque no queria que vos supiéseis el mensaje que traigo. — ¿Qué mensaje es ese? replicó don Pero. — Don Bernardo Guillen, contestó el enviado, os hace saber, que mañana estará Zaen en el Puig con todas sus fuerzas, y que debe entrar con él en batalla; por lo mismo os ruega que vayais á socorrerle, pues no dejaria él de hacerlo, si os halláseis vos en su caso. — Batalla! dijimos Nos. — Sí, de cierto, añadió el mensajero, porque no cabe duda que mañana estarán allí los moros. — Pues entonces, repuso don Pero, yo os diré, señor, lo que debeis hacer. Nosotros os acompañarémos hasta que hayais pasado el grao de Oropesa, que de allí en adelante ya ningun riesgo correis; y luego, continuando vos vuestro camino, me volveré yo para que pueda llegar á tiempo á la batalla, que no he de faltar á don Bernardo Guillen, ya que ha enviado á buscarme para que le socorra. — Pues, por la fé que á Dios debo, y á vos, don Pero Cornel, le dijimos, no ha de suceder que habiéndolos dejado allí, y habiéndose ellos quedado confiados en Dios y en Nos, tengan ahora que pelear sin nuestra asistencia, hallándonos tan cerca. — No hagais tal, señor, repuso don Pero; empresa no es esta digna de vos; para tales hechos nos teneis á nosotros, y no debeis vos tomarlos por vuestra cuenta. — Sabed, don Pero, le replicámos, que por nada del mundo he de dejar de ir allá; poned, pues, fin á vuestras razones, que de poco os han de servir. — Bien hace el rey, murmuraron entonces algunos, en no querer desamparar villanamente á sus vasallos. — Oímos Nos muy bien lo que decian; y así enviámos desde luego á un hombre de los nuestros á pedir á don Alaman de Sadava, el cual se hallaba enfermo en Burriana, que tuviese á bien prestarnos un escelente caballo que tenia, puesto que habíamos de volvernos al Puig para entrar en combate; y él accedió muy gustoso á nuestra demanda.

CAPÍTULO CLVII.

Á media noche nos pusímos en marcha desde Burriana, siguiendo la ribera del mar; y cuando hubimos llegado mas allá de Almenara, dijimos á nuestro capellan, que iba con Nos, que queríamos oir misa, confesar nuestros pecados, si alguno habíamos olvidado, y recibir el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo. Oímos, pues, la misa, y con Nos comulgaron los que quisieron. Andando despues nuestro camino, se nos acercó don Fortuño Lopez de Sadava, y nos dijo: —¿Qué os parece, señor, que será hoy de nosotros? — Por vida mia, le contestámos, creo que hoy se ha de cerner la harina del salvado. — Abrazónos entonces y añadió: — Buena ventura os dará Dios. — Cuando llegámos cerca del rio de Murviedro, se nos presentó don Martin Perez, que fué mas adelante justicia de Aragon, y nos dijo: — Bueno seria, señor, que enviáseis dos caballeros al Puig, para saber qué noticias tienen allí y cómo se hallan. —Id vos mismo, le contestámos. —Dadme un compañero, añadió. — Así lo hicimos, y se marchó en seguida. Media legua antes de llegar al Puig, nos salió al encuentro un correo; y al verle llegar, temimos que serian ciertas las noticias que nos habian enviado, y le preguntámos al punto que nuevas nos traia. — Buenas, nos respondió: los del Puig están muy bien, y ha resultado ser falso lo que os anunciaron.

CAPÍTULO CLVIII.

Cuando estuvimos en el Puig, acordámos con don Berenguer Guillen de Entenza mandar hacer una correría por los contornos de Valencia, y enviámos con este objeto á los adalides con cincuenta hombres de á caballo, los cuales nos trajeron prisioneros á unos doce sarracenos y cincuenta moras, que habian salido de la ciudad, unos para buscar leña, y otros para recoger víveres. Cuando los cautivos se hallaron en nuestra presencia, les preguntámos á cada uno de por sí, para que no pudiesen engañarnos si les interrogábamos juntos, qué noticias corrian en la ciudad, y si se ha-

bia hecho llamamiento á los moros para que viniesen á atacar el Puig. Contestáronnos que no habia habido tal llamamiento, y que no se hallaban juntos sino los de la misma poblacion; por consiguiente, oyendo tales nuevas, dijimos á nuestros caballeros que nos iríamós otra vez, porque mas provechosa les seria nuestra marcha que nuestra permanencia, ya que desde Cataluña y Aragon nos seria mucho mas fácil el socorrerles con cuanto necesitasen, que no quedándonos allí con ellos.

CAPÍTULO CLIX.

Despues de haber cada uno de nuestros caballeros dejado á su amigo su capacete ó su mejor lanza, si la tenia, salímos del Puig y nos encaminámos á Burriana. Al llegar á Puzol, dijimos á don Bernardo Guillen que se volviese; pero habiéndonos manifestado que tenia que hablar con Nos, siguiónos con doce caballeros que iban con sus caballos, armas y perpuntes, hasta el rio de Murviedro, desde donde se volvió cumpliendo con nuestra órden. Despues de esto, habíamos ya pasado el rio cerca de donde empieza el marjal que va siguiendo hasta el mar, cuando oímos voces de Miguel Garcés, oriundo de Navarra y vecino de Sariñena, que iba delante con algunos troteros. Al oir el alarma don Pero Cornel, tomó desde luego las suyas y espoleó su caballo; pero le cogimos Nos por las riendas, diciéndole: — ¿ Qué es eso don Pero? será acaso este el apellido de los de Ejea? Deteneos por Dios, y sepamos ante todo lo que hay. — Hallábanse con Nos en aquel lance don Gimeno de Foces, don Ferrando Perez de Pina y don Fortuño Lopez de Sadava, que eran de nuestra comitiva, y luego dicho don Pero con algunos otros, en número de diez y siete; pero entre todos no teníamos ningun caballo armado, y sí solamente nuestros perpuntes, capacetes y lanzas; y aun don Fortuño Lopez, que cabalgaba en un mulo, no traia mas que un barbote con el que nos armó la cabeza, una sobrevesta que se puso, y una lanza. Nuestros troteros entretanto se habian encaminado á la orilla del mar, con intentos de recogerse en una barca en que iba Guillermo de Aguiló.

Llegaron en esto dos acemileros; y habiéndoles preguntado qué

traian, nos dijeron que siete bardas: mandámosles, pues, que las descargasen, é hicimos guarnecer con ellas los caballos. Díjonos entonces un caballero cuyo nombre no recordamos: — ¿Porqué no enviais mensaje á don Bernardo Guillen de Enteuza, que aun puede llegar á tiempo á socorrernos? — Teniendo por bueno el consejo, despacháimos á nuestro portero Domingo de Fraga, para que fuese á avisar á don Bernardo, á fin de que viniese á socorrernos luego, pues ya veía en qué estado nos hallábamos. Mientras estaban guarneciendo los caballos, vestímonos una loriga, y en pié empezámos á calzarnos los quijotes; pero cuando nos poníamos el derecho, gritaron los nuestros: — Aquí llegan! — por consiguiente tirámoslo, diciendo: —No nos ha de hacer falta: basta con que tengamos armado el cuerpo y armado el caballo. — Cabalgámos en seguida, y vimos que se dirigian contra Nos los enemigos en número de ciento y treinta caballos, entre ellos don Artal de Alagon y algunos de su séquito, que iban con los sarracenos; aunque, en cuanto á don Artal, no sabemos de cierto que estuviese allí. Antes de que nos armásemos y á la sazon en que detuvimos á don Pero Cornel, hicieron los moros prisionero á Miguel Garcés, y se apoderaron de un asno que llevaba la cama de don Gimeno de Foces. Cuando Nos estuvimos ya á caballo, llevaba un caballero el pendon de don Pero Cornel, y teníalo á nuestras espaldas; pero don Fortuño Lopez de Sadava le dijo: — Babieca, poned el pendon delante del rey, y nó á sus espaldas. — Así lo hizo; tomando luego la palabra don Ferrando Perez de Pina, nos habló así: — Señor, los enemigos son muchos, y vos teneis aquí muy pocos que os defiendan: yo no veo mas recurso, sino que poniéndoos á vos delante, echemos todos á correr, y sálvese quien pueda, hasta recogernos en el Puig. — Eso nó, don Ferrando, le contestámos; no he huido nunca, ni sé como se huye; y ya que el Señor me ha puesto en este trance, vengan los sarracenos, y cúmplase la voluntad de Dios. — Continuámos, pues, formados en peloton; y aunque ellos se pusieron por dos veces en actitud de acometernos, no quiso el Señor que lo hiciesen, y así pudimos continuar nuestro camino. Un mes despues de este suceso, quisieron algunos suponer que don Artal sabia que estábamos Nos allí, y que por lo mismo no quiso que los suyos nos acometiesen; mas no lo creemos, porque él no habia visto todavía á Miguel Garcés,

que cayó prisionero, ni teníamos Nos allí nuestra señera ni nuestro pendon que pudiesen darnos á conocer, sino solamente el de don Pero Cornel: lo que sí creemos, que despues del lance les diria dicho Garcés que nos hallábamos Nos en aquel peloton. Además llegó entonces luego don Bernardo Guillen, y al descubrirlo los moros, metiéronse por entre el olivar é higueral del valle de Sego, con gran contento nuestro. Así que ellos emprendieron su retirada, vimos Nos á don Bernardo y le dijimos que nos acompañase hasta Burriana, á lo que accedió de muy buen grado; pues temíamos que nos saldrian los moros en la Rápita, aunque no lo verificaron.

CAPÍTULO CLX.

Llegado á Burriana, díjonos don Pero Cornel que nos fuésemos á comer, y que descansásemos allí aquel dia; pero Nos le contestámos: —No es eso, don Pero lo que requiere el ejercicio de las armas, que por descansar se pierden á las veces grandes ventajas: yo os aseguro que no hemos de comer ni beber aquí esta noche, hasta Oropesa. —¿Porqué no? repuso.—Porque si diésemos tiempo á los sarracenos de que llegasen esta noche al grao de Oropesa, podrian esperarnos allí al paso y destruirnos; mientras que ahora no pueden aun habernos ganado la delantera: cuando hayamos llegado allá, entonces podrémos descansar, porque de allí en adelante ya no hay peligro. Don Bernardo, sí, puede volverse esta misma noche; pues no acecharán su marcha los sarracenos, como asecharian la nuestra.—Despidióse, pues, don Bernardo, y tomó la vuelta del Puig.

Mandámos entonces que ningun hombre de los nuestros se quedase en la villa y que nos siguiesen todos, mas solo salímos Nos, don Pero Cornel y Pero Palesí.

No bien habíamos pasado el rio de Millás, cuando vimos venir corriendo un ballestero á caballo, el cual llevaba vestido su perpunte, cubierta la cabeza con el casco de hierro, y la ballesta preparada. Al verle Pero Palesí, gritó: —¡Ved allí un jinete que viene corriendo!—Y Nos y don Pero Cornel nos íbamos ya á dirigir hácia el que venia, cuando Pero Palesí, dijo: —Dejádmelo para

mí : no os toca á Vos este encargo ; — con lo que nos parámos. Saliendo luego aquel al encuentro del ballestero, le preguntó : — ¿ Cómo vienes así tan corriendo y con la ballesta preparada, lo propio que si quisieses tirar contra nosotros. — Su respuesta fué esclamar : — Señor, muerto llego ! — Y preguntándole qué tenia, siguió diciendo : — Aben Lope ha sorprendido al comendador de Oropesa mas acá del grao, y le ha hecho prisionero. — ¿ Y estabas tú con el comendador ? le preguntámos Nos entonces. — Si, señor, nos respondió. — ¿ Y te atreves á venir aquí, continuámos, estando tu señor preso ; y aun vienes con la ballesta preparada hácia Nos ? ¿ No te hubiera valido mas que, en vez de tirar á Nos, la hubieses disparado contra los sarracenos ? ¿ Cómo has podido desamparar á tu señor, mal bachiller (1), por mas que hubieses caido prisionero, cuando sabes que con ciento y cincuenta ó doscientos sueldos bastaba para rescatarte ? ¡ Y en el campo lo has desamparado ! Por Cristo ! ya que tan mal te portaste, descabalga presto ! — ¿ Y porqué he de descabalgar, señor ? preguntó el ballestero. — Porqué ? por lo que has hecho, le respondimos. — Y quitándole al punto el caballo, el perpunte, el casco de hierro y la ballesta, dejámosle solo con un camisote que llevaba, y le mandámos seguir detrás y á pié.

CAPÍTULO CLXI.

Internados luego una milla hácia el rio, esperámos á nuestra compañía ; y no bien la divisámos, nos reunímos todos y pasámos así el grao, donde nos acampámos, pues habia oscurecido ya en Oropesa. Como traíamos de Burriana carne, pan y vino, pusímonos á comer ; luego nos fuímos á descansar, y dormímos

(1) *Bacalar pudent.* La palabra *bacalar* con que don Jaime moteja aquí al ballestero, tenia antiguamente no solo la significacion de *bacalao*, que le damos aun ahora los catalanes, sino tambien la de *bachiller*, nombre que se daba entonces al jóven caballero que habia hecho ya sus primeras armas, pero que no podia poner en campaña cierto número de soldados, y que por analogía se aplicó despues al estudiante que habia recibido el primer grado en su respectiva facultad. Por esto creemos que nuestro Cronista jugó el equívoco, cuando añadió á aquella palabra la calificacion de *pudent* (hediondo, fétido), que en este sentido es intraducible.

hasta la mañana siguiente. Así que nos levantámos, fuímonos á oir misa, pues el lugar era ya entonces del Hospital; aquel mismo dia partímos á Ulldecona, y al siguiente entrámos en Tortosa, desde donde impusimos quistias á las villas de Aragon y Cataluña, mandando á todos los hombres que tenian feudo por Nos y á las ciudades, que acudiesen por la primavera á la hueste que debíamos conducir sobre Valencia. Entrámos luego en Aragon; y al llegar á Zaragoza, salieron á recibirnos á manera de corte, sin embargo de no habérselo Nos mandado, don Fernando, don Blasco de Alagon, don Gimeno de Urrea, don Rodrigo Lizana, don Pero Cornel, don García Romeu y don Pero Ferrandez de Azagra.

CAPÍTULO CLXII.

Haria ocho dias ó mas que Nos estábamos en Zaragoza, cuando nos llegó la noticia de que don Bernardo Guillen de Entenza habia muerto; mas sabiéndolo antes que Nos los ricoshombres, trataron de reunirse para venir á participárnoslo y enterarnos del suceso del Puig de Santa María, tal como habia tenido lugar, ya que á la fuerza tenian que decírnoslo y no se nos podia ocultar la muerte de don Bernardo Guillen. A tal objeto, vinieron mostrando gran tristeza todos los ricoshombres; y reunidos ya á nuestra presencia, suplicaron á don Fernando que tomase la palabra y nos participase la muerte de don Bernardo Guillen; mas por los semblantes conocimos ya, en verdad, que eran malas nuevas las que traian. Suplicáronnos primeramente, que hiciésemos apartar de allí á todos nuestros domésticos; y habiéndolo hecho, quedaron solos ellos, á escepcion de Ferrando Perez de Pina y En Bernardo Vidal, que era hombre muy sabio é iba siempre con Nos; y en tal estado, tomó don Fernando la palabra en nombre propio y de los demás, y nos dijo de esta manera: — Señor, todas las cosas del mundo son obra de Dios, y todas tienen fin cuando á él le place: obligacion nuestra es el mirar por vuestro provecho, en lo cual tenemos un gusto, del mismo modo que nos pesa en gran manera cualquier suceso que estorbe vuestros planes; porque habeis de saber, señor, que acabamos de recibir

unas noticias, en fuerza de las cuales es preciso que adopteis alguna resolucion, pues podrian influir en vuestro menoscabo. Sentimos tales noticias, señor, en primer lugar, por la persona á que se refieren, la cual era de gran valía; y luego por vos: En Bernardo Guillen de Entenza ha muerto!... Os lo participamos, señor, y de su muerte no podemos dudar: así pues, ya que dicho noble desempeñaba por vos en la frontera un grande y honrado cargo, ved lo que mejor pensais, que tal ha sido el objeto de nuestra visita.

Al oir tales palabras, quedámos muy turbado, y por largo rato no pudimos responderles: tan grande era el dolor que nos causó la muerte de don Bernardo; mas luego, pasado algun tiempo, esforzámonos lo mejor que pudimos para darles respuesta, y lo lográmos al fin, diciéndoles de esta manera: — Muchas son las razones porque tanto nos pesa la muerte de don Bernardo Guillen: primero, por el parentesco que con Nos tenia, pues nos era tio par parte de nuestra madre; y luego, porque le habíamos encomendado tan interesante lugar como podria habernos sido el Puig, pues por él puede tomarse Valencia y todo el reino. Sin esto, nos pesa aun por otra razon, que vale mas que todas y que cuanto hemos dicho, y es, porque su persona era buena y leal y nos servia con buen ánimo; además de ver, que sirviéndo á Dios y á Nos es como ha muerto en tal servicio. Mas consolémonos de su pérdida, pues su alma, segun debe creer todo fiel cristiano, habrá ido á buen lugar. Turbado ahora por tales palabras y con la noticia de su muerte, no podré en toda esta noche pensar ni disponer lo que convenga, porque me embarga el dolor; pero podeis volver á la hora de la misa matutinal, y entonces verémos entre todos lo que mejor se podrá resolver acerca del lugar de que antes hemos hablado. — Contestaron todos á esto, que estaba muy bien y que no faltarian á la hora indicada.

CAPÍTULO CLXIII.

El dia siguiente, de mañana, oímos misa en nuestra propia casa, pues no quisimos salir, porque la gente no conociera el pesar que teníamos: en ella comparecieron todos los que el dia antes

nos habian venido á ver; y reunidos, los hicimos entrar en una cámara, y allí les suplicámos y mandámos que nos aconsejasen y prestasen ayuda para ver lo que debia hacerse en tan grave asunto. Respondiéronnos que estaba bien, y que iban á apartarse para tener su acuerdo. Nos les manifestámos que no habia necesidad de ello; mas viendo que así lo querian, accedimos tambien con gusto, y en efecto se retiraron. Al cabo de una hora volvieron, instando á don Blasco de Alagon para que manifestase el acuerdo, en razon de estar él mas enterado que los demás en los asuntos de Valencia, por haber permanecido allí entre los moros dos ó tres años: don Blasco se resistió por un rato, diciendo que no queria hablar; mas pidiéndole todos á una voz, que hablase, pues así debia hacerlo por estar mas enterado que ellos en el negocio, accedió al fin, y nos esplicó el acuerdo que habian tenido aparte, diciendo del modo siguiente: —Señor, este es el acuerdo en que, despues de pensarlo bien, hemos convenido todos, y en el cual no solamente hemos tenido en consideracion lo que toca á vuestra utilidad, si que además los gastos que podeis hacer reteniendo el Puig. Viendo que vuestra riqueza no es suficiente á cubrir tan escesivos dispendios, para poder dar cima á tal empresa, somos de parecer y tendríamos por conveniente, que mandáseis retirar á vuestra compañía, y en otra ocasion, cuando mejor pueda emprenderse, podríais conquistar á Valencia y tomarla, pues hasta ahora no la teneis. Cuanto mas os cueste tal lugar, si los resultados no han de compensar al fin los gastos, peor será para Vos y para nosotros; seria mejor, de consiguiente, que dejárais para mas adelante el tomar á Valencia, cuya ciudad no dudamos que despues ganareis, con la voluntad de Dios.—A tales palabras añadió don Fernando.—Señor, acordaos que cuando dísteis principio á lo del Puig, os dije ya que no podríais llevarlo á cabo y que ibais á hacer gastos por demás: soy pues del mismo parecer que don Blasco, y conmigo lo son igualmente todos los que aquí están. —Viendo esto, pretendimos averiguar si en efecto eran los otros de un mismo parecer; y preguntados, respondieron todos afirmativamente. Sin embargo, á sus palabras contestámos Nos diciéndoles: que no esperábamos de ellos aquel consejo, en razon de que tal empresa la hacíamos solo porque era en servicio de Dios, y porque ninguno de nuestro linaje la habia hecho aun; que nada podia influir en mal la muerte de don Bernardo

Guillen, uno de nuestros ricoshombres que habia llegado á vencer en el campo el poder del rey moro de Valencia, pues teníamos ya hecho lo principal de la jornada, por donde considerábamos ya entonces que era posible ganar el reino; y que si en tal ocasion, por la muerte de don Bernardo Guillen, desemparábamos el Puig, vendria á parecer como si todo el mérito de retener dicho lugar fuese esclusivamente de aquel. — Yo os haré ver, añadímos en seguida, quién soy yo y lo que valgo, pues no se ha de echar á menos á don Bernardo por haber muerto, ni aun cuando muriesen cuatro ni cinco que valiesen tanto como él. Así pues, os hago saber que tal lugar no será desamparado; antes con él quiero ganar Valencia y todas cuantas tierras hay mas allá.

Ninguno de nuestros ricoshombres se conformó con nuestra idea, sino Ferrando Perez de Pina y En Bernardo Vidal, los cuales nada dijeron delante de los otros, esperando decírnoslo aparte; y ya que estaban á nuestra presencia, mandámos á todos que por la primavera estuviesen prevenidos sin faltar uno, pues Nos íbamos á marchar en seguida al Puig para animar entretanto á los nuestros, hasta que las huestes fuesen allá; lo cual verificámos por nuestra parte, marchando con unos cincuenta caballeros de nuestra meznada y acompañado de don Gimeno de Urrea. Mandámos asimismo al hijo de don Bernardo Guillen, que era conocido por el nombre de Guillermo de Entenza y tendria á tal sazon como de diez á once años, que viniese tambien con Nos; y al llegar al punto, encontrámos sumamente desconsolados á don Berenguer y á En Guillermo de Aguiló, no menos que á las compañías que allí habia del Hospital, del Templo, de Calatrava y de Uclés, pues nos aguardaban, teniendo al difunto en el ataud, para ver lo que Nos resolveríamos. Viéndoles en tal estado, procurámos consolarles, diciéndoles que no se espantasen porque hubiese muerto su señor, pues les quedaba otro en Nos que les haria en pro suyo tanto y mas bien que el que habian perdido. Con esto, dimos sepultura á don Bernardo Guillen, mandando que se le enterrase allí, hasta tanto que pudiese ser llevado á Escarp, donde habia él dispuesto que se le sepultase.

CAPÍTULO CLXIV.

El dia siguiente por la mañana y despues de haber oido misa, enviámos á buscar á Guillermo de Entenza, hijo de Bernardo, que estaba tambien allí; le armámos caballero, y en seguida le dimos toda la tierra que su padre poseia por Nos. Viendo los caballeros y demás el interés que nos tomábamos por el jóven y por los otros caballeros que habian estado con su padre, nos lo agradecieron en estremo, y rogaron al Señor que nos concediese feliz vida, por el buen ejemplo que acabábamos de dar con aquel hijo, haciéndole tan señalada merced.

Hecho esto y despues de disponer el modo como habian de subvenirse los que allí quedaran, hasta que Nos volviésemos con la hueste por la primavera, antojósenos nombrar cabo de la compañía á don Berenguer de Entenza, ya que habia muerto don Bernardo Guillen. Sabiendo los nobles que Nos nos volvíamos, empezaron á hablarse unos con otros y en secreto, llevando el plan la mayor parte de marcharse del Puig, unos porque tenian que hacer en su tierra, y otros por malas escusas que inventaban, diciendo no querer quedarse allí de ningun modo; mas todo esto lo ignorábamos Nos. Habia allí á tal sazon dos frailes predicadores, que habian venido para confesar y predicar, el uno de los cuales tenia por nombre fray Pedro de Lérida: ambos vinieron entonces á vernos, y manifestando fray Pedro que nos queria hablar en secreto, nos dijo, que queria marcharse con Nos y que de ningun modo se quedaria allí. — ¿Y porqué quereis marcharos? le dijimos. ¿No veis que sois necesario aquí, primero para predicar al ejército, y luego, porque si alguno llega al trance de la muerte, mejor le sabreis vos dar penitencia, que no un capellan que nada sabe? — Yo os diré, respondió el fraile, porque quiero marcharme: mas de sesenta caballeros y hombres honrados de los mejores de este lugar me han hablado, diciéndome que, ya sea de dia, ya de noche, así que vos marcheis, partirán ellos tambien al punto. — Me maravilla en gran manera, le respondimos, que siendo así que han vencido la batalla, y despues que les hemos resarcido de los caballos que perdieron y prometido que les reintegraríamos cualquier daño, no

tengan ahora paciencia para esperar un poco hasta la primavera, que solo faltan dos meses, en cuyo tiempo volverémos con nuestra hueste y conquistarémos Valencia! — Sabed, replicó el fraile, que ya ha sonado el grito de *Via fora* (1), y si vos llegais á marcharos, marcharán ellos tambien, ni seré yo tampoco de los últimos, pues no tengo ganas de morir hasta que Dios quiera, y sí de salvarme de ello lo posible.—Idos ahora, le contestámos, y Nos esta noche meditarémos lo que deba hacerse, de lo cual volvereis á saber la respuesta mañana por la mañana. — Fuése el fraile, y Nos quedámos abrumado sobremanera, pues se nos presentaba á la mente todo nuestro plan cual si fuese obra de araña, viendo que en pocos momentos iba á desaparecer lo que tanto trabajo nos habia costado y lo que solo habíamos podido conservar á fuerza de súplicas y de empeñar nuestro honor. Desamparar á tal sazon aquel lugar Nos y todos los demás caballeros, era cosa que nos habia de causar grave daño, y lo peor era, que con el mal que nos habia de resultar, iba mezclada á la par nuestra vergüenza.

CAPÍTULO CLXV.

Fuímonos, con todo, á descansar, teniendo cuidado de no descubrir nada absolutamente por entonces á los que estaban con Nos; pero, no obstante de estar en enero, que es cuando hace mas frio, nos revolvimos por la cama mas de cien veces, poniéndonos ya de un lado, ya de otro, y sudando como si estuviésemos en un baño. Despues de haber cavilado mucho, nos dormímos por fin,

(1) *Via fora* era el grito que se daba en Cataluña cuando se hacia levantamiento general en casos de guerra. Leíanse para esto en público y á la luz de matas encendidas la constitucion llamada *Princeps namque*, etc., y á su lectura respondia todo el pueblo *Via fora! som atents* (á fuera! á fuera! estamos prontos), lo cual no hay duda que ha dado orígen y nombre al *somaten* moderno. Como era tanto el entusiasmo y resolucion que dicho acto infundia, debemos creer que el usar el fraile la espresion de *via fora*, fu solo metafóricamente, para denotar cuán resueltos estaban los caballeros á marcharse, y lo muy arraigada que estaba ya tal idea en los ánimos de todos.

postrado de tanto velar; mas al llegar entre media noche y el alba nos dispertámos de nuevo, y volvimos á dar de continuo con el mismo pensamiento: nuestro pesar era de ver que teníamos que habérnoslas con mala gente; porque es de saber, que no hay clase mas soberbiosa en el mundo como son los caballeros. Teníamos por cierto, que despues que hubiésemos marchado, ninguna vergüenza se darian de escaparse: ya fuese de noche, ya de dia, iríanse á Burriana, hasta donde solo hay siete leguas, y saliendo por la misma tierra que Nos habíamos conquistado, pocos ó muchos, los que quisiesen marcharse, podrian hacerlo muy bien, porque no habria quien se lo impidiese. Pensábamos asimismo, en que era con la ayuda de Dios y de su madre como habíamos conquistado desde Tortosa á Burriana, y que haber de desamparar entonces tal punto, era perderlo, y con él, de consiguiente, toda aquella tierra.

Por todo esto, ideámos ir por la mañana á la iglesia de Santa María, mandando á los caballeros y demás que se congregasen; y preguntando á fray Pedro, si queria que guardásemos secreto sobre lo que nos habia dicho, antes que hablásemos con los caballeros, respondiónos el fraile, que no, pues antes bien tendria un placer en que le descubriésemos. Así pues, no bien estuvieron congregados á nuestra presencia, cuando les dijimos: — Barones, convencidos estamos de que todos vosotros y cuantos hay en España estais penetrados de la gran merced que nuestro Señor nos ha otorgado en nuestra juventud, con la conquista de Mallorca y demás islas; así como con todo cuanto hemos conquistado desde Tortosa acá. Congregados estais todos para servir á Dios y á Nos; mas debo haceros saber, como fray Pedro de Lérida habló con Nos esta noche y nos dijo, que la mayor parte de vosotros tenia intencion de marcharos si Nos lo hacíamos. Mucho nos maravilla tal pensamiento, sobre todo, al ver que nuestra marcha habia de ser en mayor pro de vosotros y de nuestra conquista; mas, puesto que á todos os pesa que marchemos, os decimos (y para esto nos pusimos en pié), que en este lugar hacemos voto á Dios y al altar donde está su madre, de que no pasarémos Teruel ni el rio de Tortosa, hasta que Valencia caiga en nuestro poder. Y para que mejor entendais que es nuestra voluntad quedarnos aquí y conquistar este reino para el servicio de Dios, sabed que en este momento vamos á dar órden para que venga la reina, nues-

tra esposa, y además nuestra hija; — la cual mientras este libro escribimos es reina de Castilla (1).

Al oir nuestro discurso, no hubo en la iglesia quien no echase á llorar, y Nos llorámos tambien con ellos, diciéndoles: — Podeis consolaros ahora, pues no partirémos ya de aquí hasta tanto que hayamos tomado Valencia.—Partieron entonces todos alegres y satisfechos con la golosina de nuestras buenas palabras; y no bien marcharon, cuando enviámos en seguida mensajeros á la reina para que viniese á Tortosa, y con ella don Fernando, nuestro tio, permaneciendo Nos despues que tal órden dimos por quince dias en el Puig, desde donde nos dirigímos luego á las partes de Peñíscola, en razon de no querer pasar el Ebro por el voto que teníamos hecho.

CAPÍTULO CLXVI.

El dia que habíamos señalado para que estuviesen la reina y don Fernando en Tortosa, llegónos á Peñíscola la noticia de que lo habian ya verificado. Nos les enviámos mensaje diciendo que viniesen á donde Nos estábamos, pues no podíamos pasar el Ebro á causa del convenio que habíamos hecho con los caballeros que estaban en el Puig, la razon de lo cual les esplicaríamos al verlos cuando con Nos se hallasen. Sucedió, que al salir la reina y don Fernando de Tortosa para venir á juntarse con Nos, empezó á caer una copiosa lluvia, y fue tanto lo que llovió á tal sazon, que se vieron aquellos imposibilitados de pasar el rio de Ulldecona; solo se atrevió á e lo un caballero que pasó á caballo nadando, al cual dijeron antes, que viniese á vernos á Peñíscola, para hacernos saber que la reina y don Fernando habian llegado á Ulldecona, y que por miramiento á las señoras no se atrevia la comitiva á pasar el rio; de consiguiente, que Nos mandásemos lo que de-

(1) La hija de quien habla aquí el historiador fué doña Violante, que podria tener en aquella sazon unos tres años de edad, y casó luego con el infante, despues rey, de Castilla don Alonso el Sabio (en 1248?), celebrándose las bodas en la ciudad de Valladolid. Como don Alonso no subió al trono hasta el año 1252, en que murió su padre, puede deducirse de aquí que don Jaime no escribió hasta despues de esta fecha sus memorias sobre la conquista de Valencia.

biera hacerse. Respondimos al mensaje que Nos iríamos allá; y tan pronto como acabámos de comer, cabalgámos á tal objeto: entonces la lluvia habia cesado ya, pero la mar estaba tan brava á causa del viento jaloque que estaba reinando, que por una parte pasaban las olas por sobre el castillo de Peñíscola, traspasándolo y estendiéndose hasta el grao de Tortosa; y por otra, avanzaban tambien desde Oropesa, traspasando asimismo el castillo, hasta perderse en la arena. Fuímos andando, y al llegar á Ulldecona, donde el agua estaba mas baja, pasámos sin necesidad de que nadasen los caballos, no obstante de que llevaba la corriente todavía alguna fuerza y llegaba el agua hasta las cinchas. Allí encontrámos á la reina y á don Fernando; y como tuviese ya indicios toda la comitiva de lo que habíamos dicho á los ricoshombres y demás caballeros del Puig, llamámos aparte á entrambos, y les esplicámos como el motivo de haber obrado así en aquel lugar, habia sido por saber que, á tal sazon y cabalmente en aquel tiempo, querian abandonar el punto los caballeros, en caso de que Nos nos marcháramos. — Al descubrir tal intencion (continuámos Nos diciendo á la reina), viendo que aun tenian menos que temer los caballeros, pues habian vencido la batalla; que por otra parte les habíamos resarcido de los caballos que perdieron, y que, á pesar de todo esto y de dejarles el correspondiente abastecimiento, se empeñaban aun en no quererse quedar, nos maravillámos, en verdad, de tan mala treta, y sobre todo, por ver que aquel lugar, que considerábamos como un señalado monumento de nuestras hazañas, íbamos á perderlo por flaqueza ó maldad, si no poníamos remedio. Dos cosas eran las que temíamos en tal suceso: la primera, que no fuese desagradable á Dios el hacer vana una cosa que tan bien habíamos hecho; y la otra, la vergüenza que nos resultaria en este mundo, pues cualquiera podria maldecirnos, y con razon.

Acerca de tal negocio, contestó nuestro tio don Fernando, diciéndonos, que se maravillaba no menos de nuestra idea y de que quisiésemos ponerla por obra; porque tomar á Valencia, era cosa de gran peso, y Nos queríamos hacer lo que no pudo llevar á cabo ningun otro de nuestro linaje, pues era empresa esta que no podia tener buen término, privándonos de entrar en nuestros reinos y por consiguiente de hablar con nuestros ricoshombres. La reina vino

á otorgar lo mismo que el otro acababa de decir; pero nada tenia de estraño, si se atiende á que ambos se habian confabulado ya por el camino. Nos conocimos su deseo, que era de que entrásemos en Cataluña y Aragon; pero á pesar de esto y de cuanto nos dijeron, no desamparámos el buen propósito que teníamos, antes les dijimos: que Nos veníamos de aquella frontera y sabíamos cuál era el verdadero estado de las cosas, pues habíamos tenido ocasion de presenciarlo y verlo todo, y ellos nó. — Decidme, don Fernando, continuámos en seguida, ¿cómo quereis que pueda tomarse Valencia, sin ponerla antes sitio; y cómo puede verificarse este, si abandonamos ahora el Puig? ¿Y si esto hacemos, decid, cómo se recoge la cosecha que los moros tienen sembrada? Si entrásemos en Cataluña y Aragon, antes no hubiésemos deliberado con nuestros ricoshombres sobre lo que fuese menester, ya habrian tenido aquellos ocasion de recoger la cosecha, porque todos sabeis que Valencia es terreno muy templado: esto os probará que tal ciudad debemos tomarla por hambre, antes que darla tiempo á que pueda abastecerse de pan y provisiones con que fuera fácil que la socorrieran de alguna parte: este es el mejor consejo que puedan darnos, si bien tenemos ya prometido que no pasarémos el Ebro ni Teruel, hasta tanto que se haya tomado Valencia; cuyo convenio no podemos romper de ningun modo y sostendrémos, con la ayuda de Dios y con aquellos que tienen nuestros feudos en Cataluña y honores en Aragon, y con el arzobispo y obispos, que tal nos prometieron cuando con ellos nos reunímos en Monzon. Ahora tenemos que están ya avisados para que vengan á ayudarnos conforme prometieron, y, con la ayuda de Dios, creed que tanto habrémos hecho cuando llegueis vosotros, que todo estará ya á punto para tomar á Valencia; de manera, que solo esperamos que vengan, para pasar adelante, y cuando vosotros llegueis, ya tendrémos segado todo el trigo y cebada de los campos. A Dios os encomiendo, pues, don Fernando, y ved de venir, que preparada encontrareis la mesa.

Viendo don Fernando y la reina que no habia medio para hacernos mudar de propósito, suplicáronnos que les hiciésemos algunas concesiones: hicímoslo de buen grado, con lo que don Fernando se volvió; y entonces, de mañana aun, pasámos con la reina el agua, que habia menguado ya bastante, y en menos de dos dias

llegámos á Burriana, donde aquella se quedó, marchando Nos el siguiente al Puig, cuyos habitantes mostraron suma alegría al vernos llegar, sobre todo por saber que Nos no nos habíamos olvidado de ellos.

CAPÍTULO CLXVII.

Supo el rey Zaen lo firme que estábamos en el citado plan, y con la noticia que tuvo de que acabábamos de hacer venir á nuestra esposa, cobró gran temor; pues envió á Alí Albatá á don Ferrando Diez, el cual suplicó al último que de ningun modo le descubriese, cuya promesa le hizo jurar ante todo por su ley. Despues de tal entrevista, don Ferrando Diez nos vino á ver, diciendo que queria hablar en secreto con Nos de cosa que tocaba mucho á nuestro pro. Apartámonos, al oirlo, á un estremo de la casa donde Nos dormíamos, y viendo que allí nos encargaba aun de nuevo el secreto, le dijimos: —Puesto que tanto ha de influir en nuestra honra y pro lo que decis, razon es que secreto lo tengamos. —A tales palabras, nos contestó don Ferrando: —Sabed, señor, que os va á venir el mayor lucro y la mas grande honra que jamás obtener pudo ningun otro de vuestro linaje, pues Zaen me ha enviado un mensaje por Alí Albatá y me ha hecho jurar sobre los santos evangelios, que á nadie lo descubriria sino á vos. De su parte me ha dicho, que estaba pronto á cumpliros la siguiente promesa, á saber: que os daria todos cuantos castillos se encuentran desde Guardamar hasta Tortosa y desde Tortosa á Teruel; que os haria fabricar un alcázar en la Zaidía; y además, que os daria todos los años y por siempre, diez mil besantes de renta en la ciudad de Valencia, como le dejáseis en paz. —Al oir tales palabras, nos penetrámos de cuan buena era la oferta que nos hacia, y mirámos tal negocio como muy grato y de gran provecho para Nos; sin embargo, respondímosle de pronto, que era preciso que lo meditásemos mucho; y despues de haberlo meditado por largo rato, tanto que habia tiempo, mientras lo pensábamos, para andar una milla de terreno, respondimos al fin: —Ferrando Diez, convencidos estamos y no podemos menos de creer, que quisiérais nuestro pro y nuestro honor; pero ese tratado no nos conviene, y la

razon es, porque hemos llegado ya á tal punto y hora, que Valencia ha de se precisamente nuestra : venga, pues, primero la clueca, y despues tendrémos los polluelos.—Maravillóse Ferrando al oir esto, y se santiguó diciendo en seguida. — Me admira , en verdad , que tal cosa rehuseis! Tened por seguro que , á haber sucedido esto en tiempo de vuestro padre ó de vuestro abuelo , en vista de un pacto tan ventajoso, saltarian ellos y bailarian de contento por tan gran ventura como les llegara.

Volvióse, con esto , Alí Albatá, sin poder llevar á cabo la mision por la cual habia venido.

CAPÍTULO CLXVIII.

Estando todavía Nos en el Puig , llegónos un mensaje de Almenara , para decirnos de parte del alfaquí y de otro sarraceno muy poderoso , que si les permitíamos hablar con Nos , nos entregarian la villa ; lo cual nos causó estremado gozo. Cabalgámos la mañana siguiente , y haciendo como que íbamos á Burriana, tuvimos ocasion de hablar con ellos. Redújose la entrevista á prometernos que hablarian con la aljama , para ver de qué modo podríamos Nos tener dicho lugar ; y hecho esto , nos fuímos en efecto á Burriana , llevando por objeto ver á la reina , para consolarla y animarla , á fin de que estuviese alegre , ya que la habíamos hecho venir á la frontera. Salímos de tal punto al otro dia y, pasando por Almenara , enviámos mensaje á los dos sarracenos para que saliesen á vernos , en lo que no tuvieron dificultad , tan pronto como distinguieron nuestro pendon ; y llegados á nuestra presencia , suplicámosles que se sirviesen fijar el dia en que se nos debiese rendir la plaza ; á lo que ellos contestaron , que grande era el servicio que nos iban á prestar , por lo que era preciso que les recompensásemos asimismo grandemente , pues era de tal importancia el castillo de Almenara , que bastaba supiesen su rendicion los demás moros de aquella tierra , para entregarse tambien todo el pais en seguida, desde Teruel hasta Tortosa. Respondímosles Nos , que debian apresurarse lo posible , pues otros castellanos nos habian hecho hablar ya para rendirse , y así que activasen el negocio, si querian alcanzar buena recompensa , por dar principio

á tal obra. Su contestacion fué pedir que les diésemos, además de los bienes que tenian en Almenara, tres yugadas de tierra á cada uno, y luego treinta para sus parientes que les habian ayudado en tal negocio; que dicho terreno fuese del de las Alquibes, el cual habia pertenecido á algunos que habian desamparado el lugar, huyendo á otra parte; que les regalásemos doscientas vacas y mil entre ovejas y cabras; que vistiésemos de grana á cuarenta de los indicados parientes; y por último, que diésemos á cada uno de los dos que nos vinieron á hablar dos caballos, para que se les reputara como á caballeros.

Plúgonos mucho cuanto nos dijeron, y por lo mismo les otorgámos lo que nos pedian; pues dice un antiguo proverbio: ¿manos que no dades, qué buscades? Suplicámosles en seguida que nos fijasen el dia en que el tratado debiese llevarse á cumplimiento, y respondieron: que antes tratarian el negocio en secreto con sus parientes, y luego lo dispondrian todo de tal manera, que antes de siete dias nos podrian fijar el en que Nos debiésemos ir allá. Con esto, nos separámos de ellos; y al llegar delante del castillo de Almenara, á vista de aquellos mismos que nos habian hablado y que nos estaban mirando aun desde la cuesta, cogimos una grulla, del mejor modo que podíamos desear, pues fué presa por alto y bien: Nos fuimos de los primeros que corrieron á buscarla, y sin dejarla matar, la sacámos de entre las garras de los halcones, é hicimos cebarles en una gallina, consiguiendo de este modo tener la grulla viva, la cual enviámos luego del mismo modo á aquellos con quienes acabábamos de arreglar el tratado, haciéndoles decir, que como primer aguinaldo de Almenara comiesen aquella grulla, la que les enviábamos viva, por saber que era costumbre entre ellos no aceptarla muerta. Tuvieron de ello grande alegría, y acercándose al oido á nuestro mensajero, le dijeron: — Decid al rey que nada tema ya sobre lo que tanto desea de Almenara, pues en breve lo verá realizado; — con cuya noticia Nos quedámos satisfecho, y nos volvimos por la noche al Puig.

CAPÍTULO CLXIX.

Al cabo de ocho dias enviáronnos ocultamente un sarraceno, quien entró en la hueste de noche y nos trajo una carta de aque-

llos mismos con quienes habíamos tratado, cuyo contenido se reducia á decirnos: que ya podíamos ir á Almenara cuando nos pluguiera, pues el negocio quedaba ya resuelto; y que por consiguiente les enviásemos una parte ó mas del ganado que les habíamos prometido. Reunímos, de consiguiente, hasta unas setecientas cabras y doscientas vacas que habíamos traido á la hueste de la última cabalgada; y luego enviámos á buscar para que nos acompañaran á En Pero Ramon de Tortosa, que tenia una fábrica de paños en Burriana, y con él á otros tres ó cuatro de su mismo oficio; todos los que á tal sazon se hallaban en la hueste, y nos habian ofrecido que dispusiésemos indistintamente de los géneros que tenian. Marchámos, pues, acompañados de ellos, y llegámos á Almenara, donde encontrámos á todos los sarracenos; mas el alcaide del castillo, qne lo tenia por Zaen, no quiso convenirse con los demás, y encontrámos que se habia encerrado en aquel, acompañado de unos veinte hombres que no eran de la poblacion. Sin embargo, todos los sarracenos de la villa y aun los del término, que tambien estaban allí, ofrecieron poner á nuestra disposicion las dos torres y la albacara del castillo, diciéndonos además, que ningun cuidado nos diese el tomarlo, pues estaban prontos á combatir á nuestro lado para ello.

Entretanto les hicimos entrega del ganado, y les dimos órden para que á la mañana siguiente, tan pronto como nos hubiesen hecho entrega del castillo, viniesen con Nos á Burriana, para recoger la ropa y demás que les habíamos prometido, lo cual estábamos dispuestos á cumplirles. Era ya de noche cuando subímos á la albacara acompañado de veinte caballeros y nuestros escuderos: allí pusieron á nuestra disposicion una casa que era mezquita; mas estaba tan cerca del castillo, que llegaban á tocarla con las gruesas y robustas piedras que tiraban, de manera que nadie se atrevia á salir afuera, por temor de que con ellos sucediese lo propio.

No bien despuntó la mañana, y por cierto que era en un dia muy despejado, hicimos salir fuera de la casa á dos caballeros: preguntaron estos á quién tenian por señor los del castillo, y respondiéndoles que pronto lo harian salir para que hablase con ellos, efectuáronlo; y al verle los dos caballeros, le dijeron: —Por nuestro conducto os hace saber el rey, que está aquí, y os manda al

mismo tiempo, que escojais lo que mejor os convenga de las dos cosas que vamos á deciros: si quereis, él os dará de lo suyo tanto, que no podreis negaros á aceptarlo; si no lo quereis y preferís antes la muerte que la vida, preparaos, pues antes de hora de tercia irremisiblemente os hará rendir.—Contestó el señor del castillo que queria hablar con Nos; y á tal objeto, salímos al punto afuera con los nuestros, embrazados los escudos y puestos los cascos de hierro, previniéndonos para cualquiera traicion que pudiese haber. Mandámos decirle entonces, qué nos queria, pues estabamos ya allí; y á tales palabras, contestó él diciendo, que harto nos conocia, pero que queria cerciorarse de si en efecto éramos Nos; mas, puesto que era cierto, nos queria decir, como él estaba en aquel castillo por Zaen, rey de Valencia; que á él entre los suyos se le habia reputado siempre como á caballero, y que en realidad confesaba que el castillo no podia defenderse contra Nos, en primer lugar, porque los sarracenos estaban de nuestra parte, y luego, porque con nuestro poder no podíamos dejar de rendirlo á la fuerza. Á esto añadió luego, suplicándonos, que pues nos entregaba el castillo, procurásemos hacerle todo el bien posible á él y á los demás que se hallaban en tal lugar. Respondímosle, que de buen grado lo haríamos, y que se preparase á salir para venir con Nos, pues le daríamos cosa que seria á su gusto: contestónos que iba á hacerlo; y llevado á efecto, vino á nuestra presencia, y nos suplicó que á él y á un pariente suyo, que tambien estaba allí, les diésemos dos caballos, pues los que antes tenian se los habian comido para sostener la defensa del castillo por su señor; y que además vistiésemos á todos los soldados de su compañía. Sin retardar, pues, le dimos los dos caballos, y enviámos á Burriana á En Pero Ramon para que le entregara toda la ropa que fuese menester, con lo que entrámos al punto en posesion del castillo.

CAPÍTULO CLXX.

Al mismo tiempo, enviámos dos caballeros á la reina, para que se resolviese á venir adonde Nos estábamos; y al efecto le dijeron: que, pues nuestro Señor nos habia otorgado tanta gracia y merced, poniendo en nuestras manos el castillo de Almenara, dejase

á Burriana y viniese á aquel punto, donde estaria mejor, y sobre todo mas segura. Al llegar á Burriana los mensajeros, era cabalmente á sazon en que la reina acababa de dar órden para que le arreglasen la comida; y así les respondió, que la dejasen antes comer y que luego se vendria. Es de saber que entonces era tiempo de cuaresma, mas los caballeros no pudieron menos de decirle: — Señora, os manda el rey que vengais con nosotros, pues él ha dado órden ya de que preparasen comida, y de consiguiente, con mas alegría comereis allí que no aquí. — Accedió al punto la reina al oir tales palabras; y Nos la aguardámos hasta que llegó, saliendo al efecto por la cuesta hasta el pié del castillo, en el cual entrámos luego con ella, comiendo allí los dos juntos y alegremente.

CAPÍTULO CLXXI.

Llegónos al dia siguiente un mensaje de Uxó, Nules y Castro, diciéndonos que si queríamos hacer bien á los de tales poblaciones, nos entregarian sus castillos, pues la toma de Almenara les hacia conocer que era voluntad de Dios el que Nos tuviésemos aquella tierra. Respondímosles, que en buen hora viniesen, y que Nos les saldríamos al encuentro hasta una torre mediera que divide el término de Almenara del de Uxó y que se halla frente de aquel pueblo cerca de la Rápita, la cual en tiempo de sarracenos tenia por nombre Mancofa. Sin embargo, como nuestro intento era que el uno no pudiese saberlo del otro, no quisimos de pronto señalar á todos un mismo dia para la entrevista, sino que lo hicimos así: á los de Uxó les dijimos que saldríamos al dia siguiente á hora de tercia; y á los de Nules, que el tercer dia nos veríamos en el higueral que hay sobre Mancofa y es del mismo término, prometiéndoles á entrambos, que en los indicados puntos arreglaríamos los tratados; y finalmente, dimos á todos órden que de cada aljama respectiva hiciesen salir diez viejos de los mejores y mas poderosos que hubiera. De este modo, cuando habláramos á los unos, nada sabrian de ello los demás. A los de Castro les mandámos que se quedasen allí con Nos, porque trataríamos con ellos sobre la marcha; y en efecto, convenímos en darles cierto número de ovejas y cabras, vestido para cinco de sus jeques y dos caballerías; y ade-

más otorgarles el libre ejercicio de su ley y las mismas franquezas que disfrutaban bajo la dominacion sarracena. Ajustados así los tratos, dímosles cinco escuderos de á caballo y diez hombres de á pié, para que fuésen á acompañarles.

Al dia siguiente mandámos prevenir cinco carneros y veinte gallinas con suficiente pan y vino, y con estas provisiones nos fuímos á la torre de Mancofa á esperar á los de Uxó, segun se lo habíamos prometido; mas aunque comparecieron á poco de estar Nos allí, no quisimos de pronto tratar con ellos, sino que les habíamos ya reservado vivos dos carneros y cinco gallinas para que comiesen con Nos, porque creimos que despues de haber comido y bebido estarian de mas buen humor para ajustar el convenio. Acordámos luego darles mil y seiscientas entre cabras y ovejas, y sesenta vacas, vestir á treinta de los suyos, darles tres rocines, y otorgarles que pudiesen continuar viviendo bajo su ley y con las mismas franquezas que tenian en tiempo de los sarracenos, pagándonos ellos los mismos tributos que pagaban antes á su rey. Preguntáronnos entonces que quién les daria lo que les prometíamos, y les contestámos que se lo daríamos Nos mismo dentro de tres dias, y que no dejasen por esto de entregarnos los castillos, pues Nos les dábamos palabra de cumplírselo puntualmente. Satisfízoles nuestra promesa; y aunque no se hallaban á la sazon con Nos sino don Ladron y otros nueve caballeros, los sarracenos nos dijeron que nos acercásemos á dichos castillos y que nos harian la entrega. Emprendimos, pues, juntos el camino; y al llegar á la falda del cerro en que se hallaba edificada la fortaleza, salieron á recibirnos con grande alegría gran multitud de moras, y mas de doscientos sarracenos, los cuales dejaron sus lanzas así que llegaron á nuestra presencia. De los nueve caballeros que iban con Nos, enviámos los ocho al castillo, quedándonos Nos abajo con don Ladron y los sarracenos; pero luego que vimos ondear nuestro pendon en el alcázar, subímos tambien allá. Acompañábannos tambien los sarracenos; mas habiéndoles dicho que nos esperasen y que luego estaríamos otra vez con ellos, entrámos en la fortaleza, nos posesionámos de ella dejando á nuestros hombres para que la guarneciesen, y volviendo á bajar en seguida, tomámos el camino de Burriana, en cuya villa hicimos aprontar para entregar á los moros el ganado, caballerías y vestidos que les habíamos prometido. Estuvo ya todo

dispuesto al dia siguiente, y así pudimos enviárselo antes del tercero.

Fuímos despues á avistarnos con los de Nules, llevando preparado lo necesario para nuestra comida, porque queríamos que nos acompañasen en ella los sarracenos, para no tratar con ellos hasta que los manjares y el vino les hubiesen calentado la cabeza. Así se hizo; y habiéndoles firmado escritura con la cual nos obligámos á darles mil entre ovejas y cabras, cincuenta vacas, vestidos para veinte de los suyos, y dos caballerías, nos encaminámos juntos al castillo; y hecha la entrega, dejámos allí nuestro alcaide, nuestros hombres y el correspondiente presidio, lo mismo que en las otras fortalezas que se nos habian entregado.

Un dia antes de salir de Almenara se nos entregó tambien Alfandech, y así tuvimos ya en nuestro poder cinco castillos; por consiguiente, nos volvimos en seguida al Puig, donde estaban los nuestros, y se alegraron todos con Nos de la merced que Dios nos habia hecho.

CAPÍTULO CLXXII.

En el Puig acabámos de celebrar la cuaresma, y la reina pasó la mitad de ella en Almenara, hasta la pascua, que fuímos Nos á celebrar en su compañía, llevándonosla despues al Puig. Estando ya aquí, al tercer dia de la misma pascua nos llegó un sarraceno de Paterna, llevándonos secretamente un mensaje de toda su aljama, en el que nos decian que estaban dispuestos á entregarnos la villa y el castillo. Igual mensaje recibímos tambien luego de Betera y de Bulla. Á todos contestámos, que iríamos Nos allá, y por lo mismo que estuviesen prontos á entregarnos los castillos luego que llegásemos, pues ya podian contar con que Nos, además de permitirles el libre ejercicio de su ley, y de otorgarles las mismas franquezas que disfrutaban bajo la dominacion sarracena, les favoreceríamos en todo señaladamente. Al cabo de cuatro dias, segun se lo habíamos prometido, fuímos allá con cien caballeros y llevando á la reina en nuestra compañía. Salieron á recibirnos los sarracenos con grande júbilo; y habiéndoles prometido favorecerles, y otorgarles exencion de tributos por un bienio, á causa de

los muchos daños que habian sufrido; dieron desde luego gracias á Dios por las buenas palabras que les dijimos, abriéronnos las puertas, entrámos adentro, y dejando allí á la reina con diez caballeros y el necesario bastimento, fuímos á tomar posesion de Betera y Bulla, y regresámos en seguida al Puig.

CAPÍTULO CLXXIII.

Cuando los sarracenos de Valencia supieron que nos habíamos apoderado ya de Paterna, acrecentóse su ira y su dolor, por ver que nos tenian tan cerca; y por nuestra parte, estando en el cerro de Santa María, resolvimos que sin mas esperar se pusiese el cerco á aquella ciudad, ya que teníamos á la sazon en nuestra compañía al maestre del Hospital, Hugo de Forcalquier; á un comendador del Templo con veinte caballeros, al comendador de Alcañiz, á don Rodrigo Lizana con otros treinta, al comendador de Calatrava, á En Guillermo de Aguiló con unos quince, á don Gimeno Perez de Tarazona, á nuestra meznada que constaba entonces de unos ciento y treinta á ciento y cuarenta caballeros de linaje, y finalmente á ciento y cincuenta almugávares y mas de mil hombres de á pié.

Resuelto, pues, el sitio de Valencia, dimos órden para que en nombre de nuestro Señor se moviese el campo el dia siguiente por la madrugada; y atravesando un paso que teníamos establecido en el marjal, seguimos hácia la playa hasta el Grao, pasámos por allí el Guadalaviar, y cuando estuvimos todos reunidos á la otra parte del rio con las acémilas, fuímos á enarbolar nuestras señeras y armar nuestras tiendas en unas casas que hay como á la mitad del camino, aunque un poco mas cerca del Grao que de Valencia. Distaria aquel lugar cosa de una milla de la ciudad, y allí hicimos propósito de esperar á las demás fuerzas que debian venirnos de Aragon y Cataluña para estrechar el cerco. El mismo dia en que nos situámos allí, vimos ya á algunos caballeros sarracenos que salieron de la ciudad para correr el campo y ver si podrian causar algun daño á nuestra hueste; pero de poco les sirvió la diligencia, porque habíamos ya dado órden á nuestros caballeros de que no saliesen á merodear, hasta que tuviésemos todos mas conocido el terreno.

CAPÍTULO CLXXIV.

Antes de que amaneciese el dia siguiente, los almugávares y los sirvientes, sin saberlo Nos, fueron á apoderarse de Ruzafa, punto situado á unos dos tiros de ballesta de la ciudad. Teníamos Nos á la sazon mal de ojos, de modo que no podíamos abrirlos sin lavárnoslos con agua caliente; pero, á pesar de esto, luego que lo supimos, y se nos presentó En Hugo de Forcalquier para preguntarnos lo que debia hacerse, ya que almugávares y sirvientes se habian ido todos á establecerse en aquella alquería; le dijimos:—Mandad armar en seguida nuestros caballos, y con las señeras desplegadas, marchemos á socorrerles, porque sino van á morir todos sin remedio.—Hágase como vos lo mandais,—contestó el maestre; y armándonos todos en un punto, marchámos hácia Ruzafa, donde conocimos que por poca que hubiese sido nuestra tardanza, todos los que allí estaban hubieran tenido que sucumbir muertos ó prisioneros, porque al entrar Nos por un estremo en la alquería, estaban ya al otro los sarracenos, en una plaza, y allí los detuvimos en su acometida.

CAPÍTULO CLXXV.

Mientras Nos estábamos en la alquería de Ruzafa, se nos presentaron en Raimundo Abella, comendador de Aliaga, y Lope Gimenez de Luciá, para decirnos que si queríamos hacer una correría contra Valencia, podríamos coger prisioneros á unos cincuenta sarracenos.—Veamos cómo,—les dijimos; y para ello nos situámos en la puerta que mira á la plaza. Desde allí vimos á Zaen que con todas sus fuerzas se hallaba en una torre que hay entre Ruzafa y la ciudad (propia ahora de En Raimundo Riquer), apoyado en unas peñas, donde se recoge el agua llovediza y la de las acequias; calculando que podria tener consigo como unos cuatrocientos caballos y diez mil infantes, que eran la mayor parte de los que guarnecian á Valencia. A un tiro de piedra de donde nos hallába-

mos habia además unos treinta ó cuarenta sarracenos, que estaban cogiendo habas en un campo; y los de nuestra comitiva nos dijeron, que si arremetíamos contra ellos, podríamos hacerlos á todos prisioneros.—Mal pensado, les contestámos, porque si el que acomete no puede apoderarse de la posicion atacada, tiene precisamente que emprender la fuga: así sucederia con los nuestros que atacasen ahora á los sarracenos; y como no sabemos si están regados los campos, fuera muy fácil que, si lo estuviesen, al atravesarlos nuestros caballos en retirada, y hundiéndose en las acequias, cayesen y se les causase grave daño. Á mas de esto, si los enemigos nos iban al alcance, quizás tendríamos que abandonar la alquería, por haberla ellos ocupado otra vez. Ya veis, pues, que no podemos seguir vuestro consejo: lo mejor será que busquemos algunos hombres de valor, para que por la noche reconozcan los campos si están regados ó nó; pues si no lo están, entonces podrá verificarse sin riesgo la correría que habeis ideado. Por la gracia de Dios, bastante hemos hecho ya para el primer dia, con haber logrado situarnos á dos tiros de ballesta de la ciudad.

Hubimos de permanecer armados todo aquel dia, sin que ninguno de los nuestros se apease ni aun para comer, contentándose con un poco de pan, vino y queso, que hubieron de tomar sin moverse de su caballo; pero cuando á hora de vísperas dieron la vuelta los sarracenos, entrándose otra vez en la ciudad, entonces descabalgámos, nos despojámos de nuestras armaduras, y nos pusimos á comer; dando luego órden para que se armasen cincuenta caballeros, y que vigilasen de noche el campamento. Al dia siguiente por la mañana, oímos ante todo nuestras misas; pero no nos atacaron los sarracenos, como esperábamos, sino que nos dejaron descansar por espacio de cinco dias.

CAPÍTULO CLXXVI.

Durante este tiempo, llegaron sucesivamente á nuestro campo los ricoshombres de Aragon y Cataluña, y compareció asimismo de los primeros el arzobispo de Narbona, llamado Pedro Amyell, con once caballeros y mil y cien hombres de á pié. Con esto se

iba aumentando cada dia el ejército, y viéndose estrechados los sarracenos, no se atrevian ya á hacer ninguna salida contra Nos, sino que se contentaban con venir algunos de ellos á retar individualmente á otros de nuestra hueste; sin que para esto fuese necesario que tuviesemos armados nuestros caballos, porque no se acercaban de modo, que pudiesen ser alcanzados. Á medida que iban llegando los ricoshombres y las milicias de las ciudades, tomaban posicion al rededor de Valencia, acercándose ya mucho mas á la plaza, que no nos habíamos acercado Nos al llegar allá; pero entre todos, las malicias de Barcelona fueron las que se situaron mas cerca.

CAPÍTULO CLXXVII.

Luego que tuvimos reunido nuestro ejército, tratámos de resolver por qué punto deberia emprenderse el ataque; y aunque los mas opinaron que se emprendiese por la parte de la Boatella, Nos, el arzobispo de Tarragona y algunos otros nobles de nuestra comitiva desaprobámos aquel plan, siendo de dictámen que era mejor atacar la plaza por la parte que caia al frente de nuestra posicion, por varias razones. Primeramente, porque si colocábamos los ingenios en frente de la puerta de Boatella, fácilmente podrian los sarracenos salir contra ellos y pegarles fuego, teniendo, como tendrian, tan cerca la entrada para retirarse otra vez á la plaza; lo que no sucederia del otro modo, porque, ó no se atreverian á salir, ó si se atrevian, podrian alcanzarles los nuestros antes de que hubiesen vuelto á meterse en la ciudad; pues en aquella sazon no habia ninguna puerta en el muro desde la de Boatella hasta la de Jarea. En segundo lugar, porque por la parte donde Nos estábamos formaba la ciudad un ángulo saliente, y así cuando se quisiese minar la barbacana ó el muro, no podrian los sitiados impedirlo con sus tiros desde las torres ó murallas: y finalmente, porque si íbamos á formalizar el sitio atacando por el lado donde estaba la puerta de Boatella, los de la plaza podrian, saliendo á caballo, interceptar fácilmente las provisiones que debian llegar por mar á la hueste, y habríamos de tener empleados continuamente para escoltar los convoyes cien caballos ar-

mados, los cuales harian gran falta en la hueste, y además desempeñarian de mala gana este servicio. En vista, pues, de lo que les dijimos, aprobaron todos por mejor nuestro dictámen.

CAPÍTULO CLXXVIII.

El arzobispo de Narbona, que era hombre valeroso, nos dijo entonces, porqué permanecíamos allí sin hacer nada; pero Nos le contestámos, que estábamos pronto á comenzar el ataque luego que tuviésemos reunida toda nuestra hueste. Llegáronnos entretanto un trabuquete que habíamos mandado fabricar en Tortosa y dos fundíbulos; por consiguiente hicimos colocarlos y que principiasen sus disparos contra la parte de la plaza que miraba á nuestro campo, y mandámos construir además algunos manteletes que pudiesen conducir las municiones para los ingenios, y llevar asimismo algunos hombres armados. Una vez, al acercarse los manteletes á unas tapias que habia junto al foso, echaron en éste cantidad de maderos y sarmientos (pues estaba lleno de agua), por los cuales pudieron pasar tres hombres armados, que llegaron hasta la barbacana; pero cuando se nos notició este hecho, no quisimos de pronto darle crédito, y nos encaminámos allá para ver si era cierto. Estando allí, vimos que efectivamente habia sucedido lo que nos habian dicho; y conociendo que los nuestros podian sostenerse muy bien, sin que fuese posible á los sarracenos el desalojarlos del punto que ocupaban, les enviámos dos picos, con los cuales abrieron tres portillos en el muro, tan anchos dos de ellos, que por cada uno podian pasar holgadamente dos hombres.

Mientras andábamos así ocupado en estas operaciones del sitio, dimos órden á los ricoshombres don Pero Ferrandez de Azagra y don Gimeno de Urrea, para que con un fundíbulo de los nuestros marchasen sobre Cilla, y la atacasen. Combatiéronla, pues, por espacio de ocho dias, al cabo de los cuales se rindió, y así la tuvimos en nuestro poder.

CAPÍTULO CLXXIX.

Continuaban los nuestros minando la barbacana, y los sarracenos defendiéndola cuanto podian, cuando entre prima y media noche, se presentaron en el Grao de Valencia doce galeras y seis zabras del rey de Túnez, que venian para atacarnos y socorrer á los sitiados. Los nuestros que se hallaban en el Grao nos enviaron desde luego un mensaje para hacernos saber la llegada de aquellas naves, que ellos calculaban ser de doce á quince; y al oir Nos tal noticia, reunímos cincuenta caballeros con caballos armados y hasta doscientos peones, los cuales hicimos poner en emboscada en un barranco algo distante del mar, metidos en unas cuevas en que podian muy bien colocarse, con órden de que no saliesen, hasta que los de las embarcaciones hubiesen todos saltado en tierra, ó de no moverse de allí hasta que fuese hora de tercia. Receelándose los sarracenos de alguna emboscada, no desembarcaron; y durante la noche encendieron mas de cien fuegos en sus galeras y tocaron los tambores, para que fuesen vistos y sentidos de los de la ciudad; á cuya demostracion correspondieron estos con otro toque de tambores, y con encender tambien mas de mil fuegos en las murallas, en prueba de que reconocian por su señor al rey de Túnez. Cuando ellos hubieron puesto fin á tanta algazara, dimos Nos órden á los de nuestra hueste para que al dia siguiente tuviesen prevenidos haces de leña, y que los encendiesen todos así que anocheciese; á fin de que con esto conociesen los sarracenos, que despreciábamos su ufanía. Cumplióse así puntualmente: los nuestros arrojaron mas de quinientos haces encendidos al foso de la ciudad: y así entendieron los sitiados cuán poco caso hacíamos de sus alardes, y cuán poca confianza podian tener en el socorro de las galeras.

CAPÍTULO CLXXX.

Entretanto comunicámos avisos por toda la costa hasta Tortosa y Tarragona, para que anduviesen prevenidos y viniesen juntos los

que debiesen aun acudir á nuestro campo, como en efecto lo hicieron; y mandámos asimismo armar tres galeras que teníamos entre Tarragona y Tortosa: pero las de los sarracenos, despues de haber permanecido dos dias á la vista de Valencia, se hicieron otra vez á la mar, tomando la derrota de Peñíscola, donde saltaron los moros en tierra, para atacar el castillo. Don Ferrando Perez de Pina, que tenia por Nos aquella fuerza, con sus escuderos y diez hombres de á caballo, salió contra los que habian desembarcado, acompañándole don Ferrando Ahones y algunos otros que acudieron allá para socorrerle; y con la ayuda que le prestaron esforzadamente los sarracenos de la villa, logró vencer á los tunecinos, dando muerte á mas de diez y siete. Mientras tanto los de la caravana de Tortosa, compuesta de veinte y una velas, armaron siete leños, para que cada uno de estos diese conserva á una galera; y así, juntas todas estas embarcaciones con las tres galeras que Nos habíamos mandado armar, llegaron felizmente á Valencia, pues las naves sarracenas se largaron luego, sin atraverse á esperar á las de Tortosa. Por estas recibímos abundantes provisiones de pan, vino, avena, quesos, frutas y otros artículos; de modo que á pesar de constar el ejército, en los últimos dias del sitio, de mil caballeros y sesenta mil infantes, hallábase en el campamento todo lo necesario, se compraba y vendia de todo, lo mismo que en una ciudad, y hasta habian acudido especieros de Lérida y Monpeller, que como si fuese en una villa populosa, vendian toda clase de drogas para sanos y para enfermos. Cada dia hacíamos disparar las máquinas; verificábanse muy á menudo algunos torneos entre los de la hueste y los sitiados, y daban los nuestros continuas acometidas contra la ciudad; de modo que en una de ellas perdieron los sarracenos la puerta de Jarea, por la cual lograron penetrar en la plaza hasta cien caballos armados de los nuestros, dando muerte á mas de quince moros que trataron de defender el paso.

CAPÍTULO CLXXXI.

Otro dia los soldados del arzobispo de Narbona tornearon tambien con los de la ciudad; mas como no sabian el ardid de los

sarracenos, que simulaban retirarse para atraer cerca de la plaza á los que les atacaban, viendo Nos que así lo ponian en práctica y que los nuestros les seguian al alcance, les enviámos órden para que desistiesen é hiciesen alto, si no querian recibir grave daño. Despreciaron ellos nuestro aviso; y conociendo Nos que moririan á lo menos unos treinta, así que los sarracenos les volviesen otra vez la cara, fuímos allá cabalgando, y les mandámos retirar á la fuerza. Regresábamos de allí con nuestros hombres, á la sazon en que volviendo la cabeza para mirar á la ciudad y á las numerosas fuerzas sarracenas que de ella habian salido al campo, disparó contra nos un ballestero; y atravesando el proyectil el casco de suela que llevábamos, hiriónos en la cabeza cerca de la frente. No fué la voluntad de Dios que nos pasase de parte á parte; pero se nos clavó mas de la mitad de la saeta, de modo que en el arrebato de cólera que nos causó la herida, con nuestra propia mano dimos al arma tal tiron, que la quebrámos. Chorreábanos entonces por el rostro la sangre de la herida; teníamos que enjugarnosla con un pedazo de cendal que traíamos; y con todo íbamos riendo para que no desmayase el ejército, y así nos entrámos en nuestra tienda. Se nos entumeció desde luego la cara y se nos hincharon los ojos de tal manera, que hubimos de estar cuatro ó cinco dias teniendo enteramente privado de la vista el del costado en que habíamos recibido la herida; mas tan presto como hubo calmado la hinchazon, montámos otra vez á caballo y recorrimos el campo, para que todos cobrasen buen ánimo.

CAPÍTULO CLXXXII.

Don Pero Cornel y don Gimeno de Urrea resolvieron tambien cierto dia ir á embestir la torre que está á la parte de la Boatella en la calle de San Vicente, sin dar noticia de su proyecto á Nos ni á ninguno de la hueste. La atacaron efectivamente durante un buen rato; pero la defendieron tan esforzadamente los que la guarnecian, que dando tiempo á que les socorriesen los de la plaza, no pudieron los nuestros tomarla, y les fué forzoso retirarse. Reprendímosles porque habian acometido tal hazaña sin consultarlo antes con Nos ni con los nobles de la hueste, diciéndoles que por

ello merecian muy bien el daño que habian padecido; mas al mismo tiempo mandámos llamar á los obispos y á los nobles, con cuyo acuerdo resolvimos llevar á cabo aquella misma empresa, ya que parte de los nuestros la habian comenzado. Para esto mandámos armar hasta doscientos caballos, y dimos órden que con todos los ballesteros de la hueste se dirigiesen allá luego de salido el sol, emprendiendo ejecutivamente el ataque de la torre, sin retirarse de allí hasta tanto que los sarracenos se hubiesen rendido. Salido el sol, nos fuímos tambien Nos á aquel punto, donde vimos que habia unos diez sarracenos prontos á sostener la defensa de la torre: comenzámos el ataque, y en efecto se defendieron ellos tan valerosamente como nadie hubiese podido defenderse; pero era tal el acierto de nuestros ballesteros y tan grande la multitud de piedras que se les dispararon, que cualquiera que descubriese tan solamente la mano podia contarse ya por herido. Á pesar de esto, no querian los moros entregar la torre por mas que se lo intimásemos; hasta que, habiendo uno de los nuestros empezado á pegarla fuego, al verlo ellos, desmayaron, y nos dijeron que estaban prontos á rendirse. Les contestámos entonces, que no podíamos otorgarles nuestra gracia, ya que no habian querido entregársenos antes; y así murieron todos quemados, nos apoderámos de la torre, y nos volvimos en seguida al campamento.

CAPÍTULO CLXXXIII.

La pérdida de aquella torre causó grande espanto á los sitiados; pero Nos entretanto continuámos haciendo disparar noche y dia nuestros ingenios. Mas adelante, al cabo de un mes, salió á vernos bajo palabra de honor un mercader sarraceno, á quien encontraron los soldados de la compañía de En Raimundo Berenguer de Ager, uno de los cuales lo sentó en la grupa de su caballo y lo llevó á nuestra presencia. Este moro nos hizo relacion de cómo se hallaba Zaen y cuáles eran sus intentos, manifestándonos que tres cosas principalmente habian hecho perder al rey de Valencia sus esperanzas: la primera, que no hubiesen podido socorrerle las galeras del rey de Túnez; la segunda, el haber perdido aquella torre que Nos habíamos hecho incendiar; y la tercera, el ver que

era tan numeroso nuestro ejército, que casi teníamos ya circunvalada toda la ciudad. Por esto creia Zaen que no podria resistirnos por largo tiempo, mayormente no teniendo víveres para tanta gente como habia dentro de la plaza, entre hombres, mujeres y niños; pues Nos les habíamos sorprendido, poniendo el cerco antes de que hubiesen podido recoger la cosecha. Díjonos, pues, el mercader sarraceno, que por todas estas razones opinaba que en breve seria nuestra Valencia. Fueron de gran contento para Nos y para todos los de la hueste las noticias que aquel nos comunicó: mas como en este libro no debemos entretenernos en dar cuenta de cosas de poca importancia, por no alargarlo con esceso; por esto pasámos aquí por alto algunas de las que ocurrieron entonces, para referir solamente las de mayor interés. Baste decir aquí en resúmen, que en las treinta campañas que á la sazon llevábamos hechas, no habíamos visto nunca campamento tan bien ordenado ni tan abundantemente provisto, como el que teníamos sobre Valencia; pues en él se hallaba todo lo necesario, y hasta los enfermos podian medicinarse tan bien como si estuvieran en Barcelona ó Lérida.

CAPÍTULO LCXXXIV.

Mas adelante, unos quince dias antes de la vigilia de san Miguel, recibímos de Zaen un mensaje, diciéndonos, que si queríamos enviarle salvoconducto para un sarraceno natural de Peñíscola, llamado Alí Albatá, nos lo enviaria para que tratase con Nos. Contestámosle que nos placia que viniese el tratador, y que le daríamos el salvoconducto que nos pedia. Luego, pues, que llegó el moro á nuestra presencia, nos manifestó lo que le habia encargado Zaen; á lo que respondimos, que deliberaríamos sobre ello, y que en breve le daríamos nuestra respuesta. Por lo que nos dijo el enviado sarraceno conocimos que no era el negocio para sabido de ninguno de la hueste, ni aun de los ricoshombres; pues muchos habia que preferian ver á Valencia en poder de moros, que no ganada por nuestras armas, como nos lo probaron despues bien claramente: por tanto, entrando á ver á la reina, le declarámos lo que nos habia propuesto Alí Albatá, le dijimos que Nos lo te-

níamos por bueno, y que nos diese ella su dictámen; rogándole y mandándole al mismo tiempo, que guardase secreto el negocio, para que no lo supiese nadie mas de la hueste, sino Nos y el mensajero que servia de trujaman. Contestónos la reina, que le placia en gran manera cuanto acabábamos de manifestarle, porque nadie tenia mas interés que ella en nuestro honor y en nuestro pro, y por esto daba gracias á Dios continuamente de que tanto nos amase y honrase: que en Nos tenia ella puestas todas sus esperanzas; y que conocia cuán conveniente era que nadie tuviese noticia de aquel negocio, para que no pudiesen estorbar su conclusion, porque habia visto ya por esperiencia, que algunos otros castillos, antes que cedérnoslos, habian preferido nuestros ricoshombres guardarlos para sí, faltando en lo que á Nos debian; y era de temer que si de tal modo obraban en las cosas de tan poca monta, no se portarian mejor respecto de Valencia, sino que estorbarian en cuanto pudiesen el que fuésemos Nos quien la ganase. Repitiónos, pues, que tenia por muy necesario el secreto, hasta tanto que Nos estuviésemos cierto de que Valencia habia de ser nuestra.

Con esto mandámos llamar otra vez á Alí Albatá, y le dijimos que manifestase nuevamente el objeto de su mision. — Es de tanta importancia el asunto, nos contestó, que no soy yo digno de tratarlo. Zaen, rey de Valencia, me ha encargado solamente el deciros, que, si os place, os enviará al arrayaz Abulhamalec, el cual, además de ser su sobrino, hijo de su hermana, es despues de Zaen el hombre mas poderoso de la ciudad y de todo el reino de Valencia, y en quien tiene puesta el rey mayor confianza. Todos esperamos que, si Dios quiere, no se separará de vos el enviado sin que hayais redondeado felizmente el negocio: ahora pues regresaré, si os parece, á la ciudad, y volveré luego para daros mas claras esplicaciones.—Mandámos entonces á un caballero, que le acompañase, y quedámos convenidos en que al dia siguiente por la mañana volveria á vernos, acompañado tambien de un caballero que le enviaríamos para su seguridad. Así se hizo; y cuando él estuvo otra vez en nuestra presencia, nos saludó de parte de Zaen, y nos dijo que al dia siguiente, entre el amanecer y hora de tercia, enviásemos dos ricoshombres para acompañar al arrayaz Abulhamalec que vendria á vernos; por lo que mandámos á don

Nuño y á En Raimundo Berenguer de Ager, que estuviesen prevenidos para ir á buscar por la mañana al sobrino de Zaen, el arrayaz Abulhamalec, á quien debian acompañar hasta Nos. Como se lo ordenámos, nos dijeron que lo cumplirian.

CAPÍTULO CLXXXV.

Mientras esperábamos tener la entrevista con el enviado de Zaen, dos caballerros sarracenos nos pidieron torneo con otros dos cualesquiera de la hueste. Don Gimeno Perez de Tarazona, que fué despues señor de Arenós, nos suplicó entonces que le nombrásesemos á él, para que en compañía de Miguel Perez de Isor lidiase con aquellos moros; pero Nos le dijimos:—Nos maravillámos en gran manera de que vengais á pedirnos que os encomendemos este lance, siendo vos tan gran pecador y hombre de tan mala vida: miedo tendríamos de que nos hiciéseis quedar mal.—Sin embargo, fué tanto lo que nos rogó, que al fin accedimos á su demanda: justó con el sarraceno, y éste lo desarzonó. Salió entonces Pedro de Clariana contra el otro sarraceno; pero al embestirle, volvió el moro las espaldas y se escapó, aunque el otro le siguió el alcance hasta que hubo pasado el Guadalaviar y recogídose entre los suyos.

CAPÍTULO CLXXXVI.

Al dia siguiente por la mañana salió el arrayaz Abulhamalec en compañía de aquel sarraceno que habia justado y de otros diez caballeros, engalanados todos magníficamente, montando soberbios caballos y con sillas nuevas, de modo que podian presentarse ante cualquiera corte como hombres perfectamente bien dispuestos. Habíamos Nos tambien mandado adornar todo lo nuestro, y así que vimos venir al embajador, nos pusimos en pié esperando que llegase. Cuando estuvo en nuestra presencia, no quiso besarnos la mano, sino que se humilló ante Nos y vino á abrazarnos; y luego que hubo tomado asiento, nos saludó de parte de Zaen, y nos dijo, que ya que nunca nos habia visto, se alegraba en gran manera

de habernos podido ver entonces. Contestámosle que deseábamos que Dios le diese buena ventura, que teníamos suma satisfaccion en que hubiese venido á vernos, y que por ello le honraríamos y favoreceríamos de modo que pudiese quedarnos agradecido.—No esperamos menos de vos, nos dijo; pues no ignoramos que es tal vuestra condicion, que honrais y favoreceis siempre á los que bien quereis.—Le convidámos entonces; y aunque nos agradeció mucho el convite, y nos manifestó que lo tenia por muy honroso para él, no quiso admitirlo, porque su señor le habia prohibido el comer fuera de la ciudad. Habiéndole dicho entonces, que si no queria comer con Nos, le enviaríamos los manjares á la villa; se nos mostró en estremo reconocido, y nos manifestó que en otra ocasion volveria á vernos y podria entonces aceptar el convite, mejor que en aquella sazon, en que lo era absolutamente imposible el hacerlo. Al ver que no queria admitir nuestro agasajo, le dijimos:—Si os place, pues, mandarémos salir á todos los de casa, para que podais hablar con Nos en secreto. — Respondiónos que esto era lo que queria, y que estaba pronto á hablar con Nos, pero que no debia haber delante mas que una ó dos personas de nuestra confianza. Así, pues, mandámos salir á todos los de la casa, y quedando solo con él y el trujaman, preguntámosle qué era lo que nos queria decir; á lo que él contestó: que se maravillaba Zaen de que Nos le hubiésemos ultrajado de tal modo, pues habíamos llevado nuestras huestes contra él y su tierra, oponiendo nuestro poder al suyo; y que lo estrañaba mas, creyendo que nada habia hecho contra Nos, por lo que tan grave daño debiese recibir. Respondímosle á esto, que no era cierto que nada hubiese hecho contra Nos; pues cuando fuímos á la conquista de Mallorca, habia corrido nuestra tierra, viniendo hasta á Tortosa y Amposta, haciendo todo el mal que pudo á nuestra gente y al ganado; y además, combatiendo á Ulldecona, que está dentro de nuestros dominios. — Pero sin esto, añadímos, otro tuerto nos hizo aun, que es del que estamos mas quejoso, y es, que al enviarle nuestro mensaje para tener paz y tregua con él, así como en nuestra niñez solíamos tenerla, para recoger el quinto de Valencia y Murcia, y para hacerle enmendar la parte en que nos habian faltado los de Valencia, por todo lo cual le pidió cien mil besantes Pedro Sanz, notario nuestro y mensajero comisionado al

efecto; menospreció nuestro honor y solo quiso ofrecernos cincuenta mil. Esto basta, pues, para que Nos nos desentendamos de su amistad y vengámos contra él, ya que á tener la nuestra ha preferido los cincuenta mil besantes.

Respondiónos á esto, que ningun tuerto creia habernos hecho en lo que decíamos, porque cuando Nos cobrámos el quinto, no era él señor de Valencia, pues era rey de allí Zeit Abuceit; y finalmente, que todas las cosas han de llegar al fin que Dios las destina, en razon de lo que, solo debíamos mirar entonces que Dios lo diera bueno y honrado á lo que tratábamos los dos; pues tal era la voluntad de Zaen. Dijímosle, que razon tenia; pues, en verdad, las cosas presentes eran las que debian mirarse, y nó las pasadas. Á esto contestó: que queria saber, por lo mismo, cual era nuestra intencion respecto á lo que habia Dios ordenado de que fuésemos contra ellos; suplicándonos que se la descubriésemos claramente, y añadiendo que si era nuestra voluntad que su señor debiese hacernos algun donativo, que lo dijésemos y nos lo haria; pero que harto sabíamos la gran pérdida de hombres que habia tenido Valencia desde que se fortificó el Puig, y no ignorábamos que se habian talado todos los trigos de la ciudad, de la huerta, y hasta de los demás y mejores puntos del reino. Con esto, propusímosle, si le parecia bien, que en la entrevista estuviese la reina, pues no queríamos que hubiese nadie mas que Nos, ella y él. Contestónos que nos lo agradecia mucho, primero, porque escogíamos para ello á la reina, circunstancia que honraria mas el tratado; y luego, por agradarle mas que fuese así en secreto, lo cual era mejor para Nos y para ellos; pues les constaba que habia entre los nuestros algunos que no querian nuestro pro en tal asunto, ni aun en los demás, de los cuales era preciso que nos guardásemos.

CAPÍTULO CLXXXVII.

Enviámos desde luego por la reina; y no bien llegó, mandámos que se volviesen todas las damas que la habian acompañado y los demás que por allí habia: quedámos entonces con ella sola y con el moro, de la manera que antes va escrito; y hecha relacion á

aquella de lo que el arrayaz Abulhamalec nos habia propuesto, dirigímos al último la palabra y le dijimos, que preferíamos hablarle delante dela reina y nó á solas, y pues queria saber nuestra respuesta, entendiera: que Nos habíamos ido á tal lugar; que cuantas cosas habíamos comenzado hasta aquel dia todas las habíamos llevado á cabo, guiado por la mano de Dios; y pues todavía allí estábamos, señal de que no era nuestro intento el marcharnos, hasta tanto que tomásemos Valencia. De consiguiente, que si el rey de esta ciudad queria abandonarla y evitar el gran daño que sufriria en la toma, con tantos sarracenos, mujeres y niños como en ella moririan, que lo hiciese, pues aun nos daria gusto en ello. Añadímosle, que todo esto se lo decíamos para bien suyo y en pro de los mismos sarracenos, á los cuales acogeríamos como á vasallos y aun les daríamos salvoconducto para ellos y cuanto llevarse pudieran; porque, á la verdad, nos causaria lástima que los matasen; y que por lo mismo, quisiéramos ganar la ciudad, haciendo ellos de grado la entrega y nó á la fuerza ni de ningun otro modo, porque es de saber, que la mayor parte de los de la hueste quisieran entrar á saco, y esto Nos no lo quisiéramos á fé, pues nos causaban gran lástima, como hemos dicho.—Tal es nuestra voluntad, y creed que no tenemos ganas de haceros mal, si vosotros no nos obligais á la fuerza.—Respondiónos el moro, que como cosa de suma importancia lo que le habíamos dicho, no podia resolverse por entonces, sin ponerse antes de acuerdo con su señor y tio. Conocimos que tenia razon, y por lo mismo le dijimos que se fuése en hora buena; é instándole á que aceptara un nuevo convite, no quiso de ningun modo.

CAPÍTULO CLXXXVIII.

Tres dias despues envióнos otro mensaje, diciéndonos que si le prometíamos seguridad, saldria de nuevo á vernos. Enviámos al efecto á uno de nuestros ricoshombres, y no bien estuvo de vuelta, cuando vino á vernos el moro y nos dijo: que el rey de Valencia habia por fin resuelto (pues veia claramente que la villa no podia defenderse por mucho tiempo, y con tal que no resultase mayor daño del que habia sufrido ya hasta entonces), que nos la en-

tregarian, pero con la condicion de que sarracenos y sarracenas pudiesen sacar todo su equipaje, y nadie les registrara ni les hiciese villanía alguna; antes Nos debíamos darles guiaje á todos hasta á Cullera. Por fin, que ya que era la voluntad de Dios el que Nos tuviésemos la villa, no vacilaba ya desde entonces en quererlo tambien su señor. Nuestra contestacion fué, que lo consultaríamos con la reina, que era la única persona enterada de tal asunto: á lo que él contestó, que estaba bien; y saliendo de la casa, nos dejó solo con aquella, á la cual pedímos su opinion. Espresóla la reina diciendo: que si bien nos parecia, pasásemos adelante, pues por bueno tenia nuestro plan; en razon de que Valencia no debia dejarse á la ventura, aun cuando estábamos para tomarla de un dia á otro. Conocimos que nos daba buen consejo y así se lo manifestámos, diciéndole que lo íbamos á adoptar; sin embargo, á tal respuesta quisimos añadir aun; que en tanto teníamos por bueno su consejo, en cuanto conocíamos que, si á la fuerza tomábamos la villa, seria fácil, y lo sentiríamos, que hubiese alguna riña entre los de la hueste; y Nos por un insignificante botin no debíamos dilatar por mas tiempo el poseer una cosa que tanto habian deseado conquistar y tener todos los de nuestro linaje. Además de que, si ínterin esperábamos tomar la villa á la fuerza, nos herian ó caíamos en alguna enfermedad, seria esto bastante para que se perdiera todo lo ganado. De consiguiente, estábamos conformes en que tan gran negocio no debia fiarse á la ventura, y sí antes bien activarlo lo posible, para que la ciudad fuese luego nuestra.

CAPÍTULO CLXXXIX.

Tras de esto, llamámos de nuevo á Abulhamalec y le dimos la siguiente contestacion:—Bien sabeis, arrayaz, cuán grandes gastos hemos hecho en tal jornada; mas aun cuando sea mucho lo que hayamos gastado para mantener nuestra gente, ni por esto, ni por el daño que de aquí hemos sacado, temais que dejemos de cumplir este convenio, pues os guiarémos hasta Cullera con todo el equipaje que los sarracenos y sarracenas saquen y puedan sacar, siendo nuestra voluntad que salgan todos seguros con los equipajes

y con cuanto lleven y puedan ó quieran llevarse, lo cual hacemos, por amor á vuestro rey y á vos que habeis venido á tratar este negocio en su nombre.

Agradáronle tales palabras al moro, y nos dijo: que si bien era mucho lo que iban á perder, con todo, nos agradecia sobremanera tan singular merced como le hacíamos. Pasado un buen rato, pedímosle nos fijaran el dia en que la entrega debiese verificarse; y contestando que era preciso esperar al menos diez dias, replicámos, diciéndole: que era sobrado lo que pedia, pues la hueste hacia ya mucho tiempo que esperaba, mostrándose quejosa de ello; que de ningun provecho era para Nos ni para ellos el esperar, y así, para evitar palabras, que nos rindiesen la villa dentro cinco dias, y que en el último de tal término empezasen á salir. Accedió el moro á tal pacto; y cerrado el convenio entre los dos, pedímosle lo guardara secreto, hasta tanto que hubiésemos hablado con el arzobispo de Narbona, con los obispos y con los nobles. Diónos él su palabra de cumplirlo así, y en seguida le prometímos ya que aquella misma noche hablaríamos con los antes citados, y mandaríamos que desde aquella hora en adelante no se les hiciese daño ni mal alguno.

CAPÍTULO CXC.

Hecho esto, y despues que hubimos comido y bebido en unas tiendas que habia cerca de nuestro campamento, donde nos quedámos á dormir, enviámos por el arzobispo, los obispos y ricos-hombres, y además por el arzobispo de Narbona, que tambien estaba allí á tal sazon. Llegados á nuestra presencia, les referímos como eran muchas las gracias que nos habia otorgado nuestro Señor, pero entre ellas una habíamos alcanzado, por la cual todos debíamos mostrarle sumo agradecimiento; y que como en tal bien tenian ellos gran parte, queríamos participárselo, para que todos se alegraran, pues debian saber nada menos, que Valencia era ya nuestra. No bien pronunciámos tales palabras, don Nuño, don Gimeno de Urrea, don Pero Ferrandez de Azagra y don Pero Cornel perdieron la color, lo propio que si se les hubiese herido en medio del corazon; y á escepcion del arzobispo y de algunos

obispos, que dijeron que agradecian á nuestro Señor aquel favor y tan singular merced como les hacia, de los demás, ni uno hubo que alabase ni diese gracias al Señor por ello: antes al contrario, ninguno lo tuvo por bueno, y su único afan se redujo á preguntarnos por boca de don Nuño y de don Pero Ferrandez de Azagra, cómo y de qué manera podia haber sido lo que les decíamos. A esto contestámos que Nos habíamos dado guiaje al rey de Valencia, á los sarracenos, sarracenas y demás habitantes de todos sexos que habia en la villa, para que pudiesen ir con toda seguridad hasta á Cullera y Denia; y que en cambio ellos nos debian entregar la villa dentro el término de cinco dias. Respondieron entonces, que por bueno lo tenian, ya que así lo habíamos hecho; mas á esto añadió el arzobispo de Narbona: — Obra de Dios es cuanto decis y, por lo mismo, no puedo menos de creer que en vos ha de haber una de las tres cosas que os voy á decir: ó habeis servido á Dios, ó ahora mismo le servis, ó le servireis algun dia. — ¡ Agradezcamos á nuestro Señor Dios, dijo en seguida En Raimundo Berenguer, el amor que nos muestra; pues agradecérselo conviene, al ver que se cumple lo que vos y todo vuestro linaje tanto deseásteis!

CAPÍTULO CXCI.

Pasados tres dias, á hora de vísperas, enviámos á decir al rey y al arrayaz Abulhamalec, que para que supiesen los cristianos que Valencia era nuestra, y ningun daño les hiciesen, enarbolasen nuestra señera en aquella torre que ahora es del Templo. Respondieron ellos que les placia, y entonces fuímos á la rambla que habia entre el real y la torre, donde descabalgámos, y vuelta la cara á oriente, lloraron nuestros ojos, y besámos la tierra por la gran merced que Dios nos habia hecho. Diéronse tal prisa entretanto los sarracenos á salir, que en vez de verificarlo al quinto dia, estuvieron ya al tercero dispuestos del todo; en vista de lo que, Nos, acompañado de caballeros y llevando cerca á otros hombres armados, fuímos á buscarlos y los sacámos afuera en aquellos campos que se encuentran entre Ruzafa y la villa; mas obligado nos vimos en tal punto á herir de muerte á algunos hom-

bres que querian quitar el equipaje á los sarracenos y robar algunas sarracenas y niños; lo que impedimos de modo, que, no obstante de ser tan grande el gentío que salia de Valencia, pues que entre hombres y mujeres pasaban de cincuenta mil, gracias á Dios no perdieron los que marchaban ni por el valor de mil sueldos, y llegaron seguros á Cullera para donde les dimos Nos nuestro salvoconducto (1).

CAPÍTULO CXCII.

Hecho esto, entrámos en la villa, y pasados tres dias empezámos á repartir las casas entre el arzobispo de Narbona, los obispos, los nobles que habian estado con Nos, los caballeros que tenian patrimonio señalado en tal término, y luego los comunes de las ciudades, á cada cual segun era su compañía y los hombres de armas que tenian allí.

(1) Aunque Romey en su Historia de España publicó ya la capitulacion entre don Jaime y el rey moro de Valencia, creemos que el lector no llevará á mal que la reproduzcamos aquí, purgada de los varios yerros y lagunas de que adolece en la edicion de aquella obra; pues aunque tales faltas y otras muchas que allí se observan, mayormente en todo lo concerniente á hechos ocurridos en la antigua corona de Aragon, son perdonables en la edicion original, por ser francés el autor y franceses cuantos en ella intervinieron, hubieran podido rectificarlas muy fácilmente los editores españoles, no presentando la anomalía de que una obra salida de las prensas de Barcelona lleve adulterados casi todos los apellidos catalanes que en ella se citan á cada paso. La capitulacion, pues, cotejada escrupulosamente con copia auténtica que hemos tenido á la vista, dice así:

Nos Jacobus, Dei gratia, rex Aragonum et regni Maioricarum, comes Barchinone et Urgelli, et dominus Montispesulani, promitimus vobis Çayen regi, neto regis Lupi et filio de Modef, quod vos et omnes mauri, tam viri quam mulieres, qui exire voluerint de Valentia, vadant et exeant salvi et securi cum suis armis et cum tota sua ropa mobili quam ducere voluerint et portare secum, in nostra fide et in nostro guidatico, et ab hac die presenti quod sint extra civitatem usque ad viginti dies elapsos continue. Preterea volumus et concedimus, quod omnes illi mauri qui remanere voluerint in termino Valentie remaneant in nostra fide salvi et securi, et quod componant cum dominis qui hereditates tenuerint. Item assecuramus et damus vobis firmas treugas per nos et omnes nostros vassallos, quod hinc ad septem annos damp-

CAPÍTULO CXCIII.

Mas adelante, sobre unas tres semanas despues, nombrámos repartidores para que repartiesen la tierra del territorio de Valencia, dispusimos que fuese de seis cahices cada yugada, hicimos medir la tierra de todo el término, y revisámos las escrituras de las donaciones que habíamos hecho; pero hallando que eran mas las escrituras que los términos, segun las donaciones que habíamos otorgado á algunos, y que en varias se espresaba poca cosa, y examinado, resultaba que lo que ya tenian era el doble ó triple de lo que les tocaba; visto el engaño y conociendo que no era suficiente lo que habia para tantas donaciones y escrituras, cercená-

num malum vel guerram non faciamus per terram nec per mare nec fieri, permitamus in Deniam nec in Cuileram nec in suis terminis; et si faceret forte aliquis de vassallis et hominibus nostris, faciemus illud emendari integre secundum quantitatem eiusdem maleficii. Et pro hiis omnibus firmiter atendendis, complendis et observandis, Nos in propria persona juramus et facimus jurare domnum Ferrandum, infantem Aragonum, patruum nostrum; et domnum Nunonem Sancii, consanguineum nostrum; et domnum P. Cornelii, maiorem domus Aragonum; et domnum P. Ferrandi de Açagra, et domnum Garciam Romei, et domnum Rodericum de Liçana, et domnum Artallum de Luna, et domnum Berengarium de Entença, et G. Dentença, et domnum Atorella, et domnum Assalitum de Gudar, et domnum Fartuni Açnariç, et domnum Blascum Maça, et Rogerium, comitem Pallariensem; et Guillelmum de Montecatano, et R. Berengarium de Ager, et G. de Cervilione, et Berengarium de Eril, et R. G. de Odena, et Petrum de Queralt, et Guillelmum de Sancto Vincentio. Item Nos P., Dei gratia, Narbonensis, et P., Terrachonensis, archiepiscopi; et Nos Berengarius, Barchinonensis, P., Cesaraugustanus, V., Oscensis, G., Tirasonensis, Ex., Sogobricensis, P., Dertusensis, et V., Vicensis, episcopi, promitimus quod hec omnia supradicta faciemus atendi et atendemus, quantum in nobis fuerit et poterimus, bona fide. Et ego Çayen, rex predictus, promito vobis Jacobo, Dei gratia, regi Aragonum, quod tradam et reddam vobis omnia castra et villas que sunt et tenent citra Xuchar, infra predictos, scilicet, viginti dies, abstractis et retentis michi illis duobus castris, Denia, scilicet, et Cuilera. Data in Roçafa in obsidione Valentie, IV kalendas Octobris, era M.ª CC. LXX sexta. =Sig✠num Guillelmi, scribe, qui mandato domini regis, pro domino Berengario, Barchinonensi episcopo, cancelario suo, hanc cartam scripsit, loco, die et era prefixis.

mos parte á aquellos que tenian sobrado, é hicimos medir de nuevo, con lo que tuvieron todos la tierra que les correspondia. Así fué como se dispuso el repartimiento; mas cuando íbamos á ponerlo por obra, para lo cual habíamos nombrado repartidores á don Asalit de Gudar y á don Gimeno Perez de Tarazona, que entonces era repostero nuestro en el reino de Aragon (pues Nos no podíamos entretenernos en tan gran trabajo), comparecieron los obispos y los ricoshombres, y nos dijeron lo siguiente: — Nos maravillamos, señor, que tan honrada ciudad como esta, pues es la cabeza de todo el reino de Valencia, la hayais dado á repartir á don Asalit y á don Gimeno Perez; porque aun cuando ellos sean buenos y sabios en derecho, no parece conforme que les diérais el encargo de repartir, antes deberíais haber escogido para ello á los mas honrados hombres que aquí teneis; y por lo mismo, os suplicamos y aconsejamos que lo hagais, pues toda la gente habla de tal asunto, y dicen que sucede así, porque á vos no os acomoda lo que acabamos de manifestaros. — ¿Y á quién os parece, pues, que podríamos nombrar? les dijimos. — Lo mas conforme, y que tambien os lo aconsejamos, respondieron ellos, seria que nombráseis á dos obispos y dos ricoshombres. — Mejor respuesta no podria dar á lo que decis, sino preguntándoos ¿quiénes quereis que nombremos? — Con esto nos pusimos de acuerdo, y ellos escogieron como mas propios al obispo de Barcelona, En Berenguer; al obispo de Huesca, En Vidal de Cavalles; á En Pero Ferrandez de Azagra y á En Gimeno de Urrea; en vista de lo que, Nos respondimos: — Pensarémos en lo que nos decis, y luego os darémos respuesta.

CAPÍTULO CXCIV.

Enviámos á buscar, por tal motivo, á don Asalit de Gudar y á don Gimeno Perez de Tarazona, y les dijimos: — Ved lo que nos han dicho los obispos y los ricoshombres: que os saque á vosotros, de repartidores de las tierras y ponga en vuestro lugar al obispo de Barcelona, al de Huesca, á don Pero Ferrandez de Azagra y á don Gimeno de Urrea. — Ya sabíamos que intencion tenian de decíroslo, respondieron ellos; pero os suplicámos que tal cosa no hagais, pues el sacarnos seria muy vergonzoso para

nosotros. — Me parece, les dijimos, que no pensais como yo: ocasion vendrá en que Nos los habrémos de sacar tambien. — ¿Y cómo? preguntaron.—De esta manera, les respondimos: accederémos á sus deseos, y luego, como Nos sabemos que no bastan las tierras para cumplir todas las donaciones, tendrémos que á la fuerza habrán de renunciar, por no saber ellos cómo hacerlo.—Señor, replicaron, os suplicamos que no nos quiteis tal cargo, pues nos será muy bochornoso...—Descansad en Nos, les dijimos, que tarde ó temprano os librarémos de tal bochorno y vergüenza. —Sea, pues, lo que vos querais; contestaron;—y en consecuencia, enviámos á buscar en seguida á los obispos y á los ricoshombres, haciéndoles decir que queríamos responderles acerca de lo que nos habian dicho.

Al estar á nuestra presencia, les dijimos: que sobre el asunto de que nos habian hablado, los que tenian el engargo de repartir se habian penetrado de la razon, y era muy á su gusto que les reemplazaran los nuevamente propuestos. Cuando oyeron nuestras palabras, mostraron todos sumo agradecimiento y nos besaron la mano.

Despues de esperar quince dias, para ver si darian principio al repartimiento, hallámos que nada habian hecho aun; y entonces comparecieron de nuevo don Asalit de Gudar y Gimeno Perez de Tarazona, y nos dijeron: — Ahora conocemos, en verdad, que es cierto lo que nos decíais, pues nos consta que no saben como arreglar el negocio los nuevamente nombrados, sin embargo de ser hombres de tanto saber.—Contestámosles á esto, que á la mañana siguiente enviaríamos á buscar á los nuevos repartidores, para decirles que queríamos saber definitivamente si repartian ó qué hacian.

Vinieron en efecto al dia siguiente, y nos dijeron:—Señor, no sabemos, en verdad, como llevar á cabo vuestro encargo, pues por todo hallamos dificultades, de modo que nos verémos precisados á renunciar.—¡Cómo, renunciar! les dijimos: pues encargados estais del negocio, llevadlo á cabo de un modo ú otro.—Y con tal respuesta, marchéronse al punto de nuestra presencia.

Al cabo de tres dias volvieron de nuevo, porque la gente se alborotaba, diciendo que en mal hora se habian nombrado aquellos repartidores, que no repartian la tierra y les hacian gastar en

vano. Por lo mismo, dijéronnos aquellos que renunciarian su encargo, pues no creian que pudiesen llevarlo á debido cumplimiento; y al decírnoslo, les respondimos Nos de esta manera: — Ya, pues, que nos quereis devolver lo que Nos os dimos, esperad, que enviarémos por los ricoshombres, caballeros y hombres de ciudad, y ante todos ellos podreis hacerlo.—Con esto, mandámos celebrar gran consejo en las casas del rey Lope, y allí delante de todos hicieron su renuncia.

Despues de habérsela admitido, llamámos á don Gimeno Perez de Tarazona y á don Asalit de Gudar, y les dijimos:—Ya veis como no ha sido ninguna la afrenta que sufrísteis, pues no han sabido repartir la tierra; peor hubiera sido que á pesar de ellos se hubiese hecho, y luego os hubieran tenido que quitar el empleo.—Respondieron que nos lo agradecian mucho, y que nuestro pensamiento habia sido el mejor; y á tales palabras, Nos les dijimos de esta manera:—Ahora os mostrarémos cómo deberá hacerse la reparticion, y lo hareis del modo que se hizo en Mallorca, pues es el único que puede adoptarse. Rebajereis la yugada de seis cahices: así tendrá el nombre de yugada y no lo será; y por otra parte todos aquellos á quienes dimos sobrado se verán en la precision de volver á medir, y tendrán que sujetarse al nuevo valor que damos á la tierra.—Buena idea, respondieron ambos: y pues este es el único medio de arreglarlo, cumplirémoslo tal como decis. — Á lo que habíamos dicho añadímos en seguida, que se hiciesen entregar las escrituras de donacion, y luego Nos volveríamos á darlas á cada uno, segun fuese lo que les tocase y el valor espresado en aquellas.

Así se hizo, y así se llevó á cabo el repartimiento de la tierra. Y á fin de que sepa todo el mundo cuando tuvo lugar la toma de Valencia, sépase ahora que fué en la víspera de San Miguel del año de mil doscientos treinta y nueve (1).

(1) La toma de Valencia la ponen generalmente los cronistas é historiadores en 1238, año á que, al parecer, corresponde la fecha: *Era* 1276, que lleva el tratado entre don Jaime y Zeyan; sin embargo, Desclot la pone en el 37, y fray Pedro Marsilio, como el rey aqui, en el 39. Esta variedad debe atribuirse, ó á yerro de los copistas, ó al diferente modo de contar los años, empezando unos por Navidad, y otros por la Encarnacion; pero lo cierto es que á once de las calendas de noviembre del año 1238, firmaba ya el mismo don Jaime dentro de la ciudad y como rey de Valencia. En el año 39 de cada siglo solemnizan aun los valencianos con pomposas fiestas la entrada del Conquistador.

CAPÍTULO CXCV.

Conquistada Valencia, compareció un dia En Raimundo Folch de Cardona, llevando en su compañía entre parientes y domésticos como unos cincuenta caballeros, quienes nos dijeron que, puesto que no habian estado en el sitio, tuviésemos á bien permitirles hacer una cabalgada por las tierras de Murcia. Plúgonos que tal hiciesen, y al efecto marcharon acompañados de Artal de Alagon, hijo de don Blasco, quien tenia algo conocida aquella tierra, por haber estado ya allí en otro tiempo. El primer punto contra que se dirigieron fué Villena. Cuando llegaron cerca de tal villa, hicieron guarnecer los caballos, armóse toda la compañía con las armas que llevaban, y emprendieron un ataque contra los sarracenos, viniendo á ocupar mas de la mitad de la poblacion : sin embargo, no les fué posible pararse mucho tiempo, pues de tal modo se defendió la fuerza de los sarracenos, que tuvieron que desamparar aquellos la villa, llevándose, con todo, un cuantioso botin que hallaron por las casas.

De Villena pasaron á Saix; emprendieron tambien el ataque en este punto, y lograron apoderarse de una gran parte de la villa. Estando en ella, tiró un sarraceno desde un terrado una piedra, que tocó al casco de hierro de don Artal, con tal furia, que le derribó del caballo, muriendo del golpe en seguida. Muerto don Artal de Alagon, procuraron sacarlo afuera; y en vista del daño que allí sufrian, trataron todos de salir, conviniendo desde luego en no pasar adelante, y sí antes bien volverse, ya que aquel les faltaba. Así lo hicieron; y antes de ocho dias volvieron á estar con Nos, sin haber aprovechado á ninguno la cabalgada, escepto por el mucho ganado que trajeron y que sirvió para dar de comer á la hueste; despues de todo lo que, volvióse á marchar En Raimundo Folch.

CAPÍTULO CXCVI.

En un consejo que tuvimos luego con los ricoshombres que habian estado en el sitio y con los caballeros á quienes habíamos da-

do patrimonio, hallámos que, sin aquellos, habia aun trescientos ochenta caballeros que tambien habian recibido su parte. Por tal motivo, les hicimos comparecer á nuestra presencia, y les dirigímos la palabra, diciéndoles: que nuestro Señor nos habia dispensado una gracia tan grande, que á ningun otro rey de los que habian estado en lugar nuestro, y eso que algunos hubo tan buenos y aun mejores que Nos, se la habia querido dispensar; así como la gran victoria que Nos habíamos conseguido, y que no pudo alcanzar ninguno de los otros: que por lo mismo, pues, debíamos Nos y ellos mostrarnos agradecidos á nuestro Señor, ya que por él habíamos logrado ver el dia de ganar á Valencia; con lo que conocerian que podíamos dar asimismo como ganado lo demás del reino que aun no lo estaba; y que era menester, por consiguiente, que guardase cada cual la tierra conquistada, ya que á Nos y á ellos juntamente habia Dios dispensado tanto bien y honor en dárnosla. Sin embargo, como Nos habíamos señalado heredades á trescientos ochenta caballeros, añadímos, que seria conveniente que se quedaran todavía un año con Nos aquellos que las hubiesen recibido, y que luego pudiesen irse á su pais, para arreglar sus negocios y vender lo que por allá tuviesen, con el objeto de volver luego á donde estábamos; durante lo que, Nos mantendríamos la conquista por un término que fuese regular. Respondió á esto don Fernando por sí y por los demás: que tendrian su acuerdo, y seria tal su respuesta, que Nos quedaríamos satisfecho de ellos. En efecto, no tardaron mucho en dárnosla, encargando á don Fernando que hablara por todos, lo que hizo éste poniéndose en pié y diciendo: que él y los ricoshombres y caballeros agradecian mucho á Dios la gran merced que nos habia hecho, y agradecian el modo como Nos les habíamos dado patrimonio en aquella tierra, por todo lo cual era justo que nos sirvieran y ayudaran: pero que nos suplicaban, que tuviésemos la bondad de acoger sus ruegos. Consistian estos en proponernos, que así como Nos les habíamos pedido que los trescientos ochenta caballeros quedasen en tal lugar á nuestro servicio, nos dignásemos querer, que solo nos sirviesen ciento los cuatro primeros meses, otros ciento los otros cuatro, y otros ciento, finalmente, en los cuatro restantes para completar el año; pues segun su opinion, esto era lo mas regular, y nos lo agradecerian tanto como las donaciones de los patrimonios. Además, que si esto

nos satisfacia, como alcanzasen ellos esta gracia, se tendrian por verdaderamente recompensados, y miraríanla como la mayor que jamás señor alguno hubiese hecho á sus vasallos. Dado fin á su discurso, Nos le contestámos en los siguientes términos: — Don Fernando, ¿ os dareis por satisfechos de mí, vos, los ricoshombres y los caballeros, con la gracia que nos pedis?—Respondieron todos que sí, y que lo tendrian como á don singular y principal merced. — Ya que por bueno lo teneis, pues, les dijimos entonces, y lo mirais como merced si os lo otorgámos del modo que propusísteis, sabed que no solo en esto, sino aun en otras cosas os complacerémos, únicamente para que conozcais qué señor es el que teneis. — Y oido esto, pusiéronse todos de pié, se acercaron á Nos y nos besaron la mano, por el gran favor que acabábamos de dispensarles.

CAPÍTULO CXCVII.

Hicimos luego armar una galera, pues queríamos ir á Monpeller, para pedirles que nos ayudaran en algo, en vista de los muchos gastos que nos habia ocasionado la conquista de Valencia; y partiendo para tal punto, dejámos en la tierra á En Astrugo de Bellmunt, que era maestre del Templo; En Hugo de Forcalquier, maestre del Hospital; don Berenguer de Entenza, En Guillermo de Aguiló y don Gimeno Perez de Tarazona. Mientras estuvimos fuera, sublevóse Guillermo de Aguiló con algunos caballeros, peones y almogávares, y aunque era mucho el daño que causaba á los sarracenos, debe decirse que lo mismo perseguia á los que ya eran nuestros, como á los que eran enemigos. Sucedió tambien, que durante tal tiempo, se puso sitio á Rebollet y lo tomaron; mas cuando esto aconteció, habíamos ya Nos marchado á Monpeller.

CAPÍTULO CXCVIII.

Al llegar á Lates, salieron á recibirnos los cónsules de Monpeller y como unos ciento de sus prohombres á caballo, yendo con ellos En Pedro Bonifaci, sujeto que á tal sazon se reputaba co–

mo el mas poderoso de toda la villa. Don Pero Ferrandez de Azagra y don Asalit de Gudar venian junto á Nos; mas viéndolo En Pedro Bonifaci, les dijo: —Dejadnos el rey á nosotros, pues hace mucho tiempo que no lo hemos visto, y por lo mismo, debemos ir cerca de él. — Respondióle don Asalit, que mas propio era que ellos ocupasen tal lugar, que no En Pedro Bonifaci ni los demás; mas el otro le contestó, que en su tierra era costumbre el ir ellos al lado del rey, y pues el rey acababa de llegar á Monpeller, obligados estaban á conservar su prerogativa. Al oir esto, hicimos una seña á don Asalit para que no le contradijera; y así, viendo que esta era nuestra voluntad, calló: sin embargo, aunque Nos aparentábamos no hacer caso de las palabras, pensábamos con todo en nuestros adentros, que era mucho el orgullo de En Pedro Bonifaci.

CAPÍTULO CXCIX.

Ocupaban á tal sazon el principal poder en el consulado de Monpeller (1) el referido En Pedro Bonifaci, En Gerardo de la Barca, En Berenguer de Reguardana, que era muy docto en leyes, y En Raimundo Beseda. Fuímos Nos á descabalgar en casa de En Arbran, que era nuestro baile, y al cual profesaban mucho odio, de manera que se habia resuelto ya en el consulado el demoler sus casas, como hubiera sucedido, á no llegar Nos entonces. Para destruir dichas casas de En Arbran, así como las de cualquier otro

(1) Segun las *costumbres* de Monpeller, que don Pedro I de Aragon y su esposa doña María aprobaron en 1204, estaba el gobierno de dicha villa repartido del modo siguiente: habia un baile, el cual tenia por oficiales subalternos al *subbaile*, al *veguer* y al *notario*. todos los cuales se mudaban cada año. De entre los principales de todas las clases de la villa nombrábanse tambien cada año doce *cónsules*, los cuales cuidaban de la policía de la poblacion y venian á ser como unos consejeros del gobernador ó lugarteniente á quien el *señor* confiaba la villa, durante su ausencia. Tocante á administracion, nada podia hacer el gobernador sin el consentimiento de los doce cónsules, ni menos nombrar baile, sin anuencia de los mismos: sin quererlo los vecinos tampoco podia el señor cargarlos con ciertos impuestos, por ser exentos de peaje los de tales dominios; y en cuanto á lo demás, regia en todo el derecho escrito, segun mas latamente se especifica en las indicadas costumbres.

que fuese de su bando, habian construido ya una especie de cloque y tenian dispuesta una viga herrada por su punta y con armellas á uno y otro lado, en las cuales se sujetasen las cuerdas, para con tales instrumentos llevar á cabo el proyectado derribo. Así que acabábamos de llegar á la casa de En Arbran, que era donde nos alojábamos, se nos presentaron unos veinte, diciendo que querian hablarnos en secreto. Subímos entonces á un terradito de la misma casa, el cual estaba al descubierto, y allí En Pedro Bonifaci, poniéndose en pié el primero, nos dijo: — Señor, los cónsules y una parte del concejo de Monpeller estámos aquí para deciros, que nos place mucho vuestra venida; y manifestaros en nombre nuestro y de los demás, que tenemos firme propósito de honraros y de mostraros nuestro afecto, lo propio que debe hacerse con quien nos es señor. Sabemos que En Arbran os engaña, persuadiéndoos que él podrá daros Monpeller; pero vos podeis conocer la falsedad de su ofrecimiento, porque él, lo mismo que cualquier otro vecino, no tiene poder para hacer tuerto ni derecho en la villa: vos solo sois el que lo teneis; y si por Nos no fuese, tened por seguro que aun cuando él y todos los suyos se hubiesen escondido en la mas hedionda cloaca, ya se los hubiera echado de la villa. Todo esto os lo decimos, para que sepais que cuanto sufrimos lo sufrimos solo por vos; pues fuerzas nos sobran de hombres, armas y caudales, y nada valen en comparacion todas las suyas. Así, pues, os suplicamos que nos creais en lo que os decimos. — Tras de esto levantóse En Gerardo de la Barca, y nos habló tambien del mismo asunto.

Cuando todos hubieron hablado, les respondimos Nos de esta manera: — Barones, las palabras que nos acabais de decir no deberíais habernoslas dicho; porque Nos creemos bien que teneis ánimo de servirnos, mas En Arbran nos ha servido tambien y en la actualidad nos sirve lo mejor que puede, y deberíais ver que es vuestro vecino y uno de los hombres mas honrados y de mejor linaje de esta villa: el camino que debeis seguir, si quereis obrar bien, es que él y todos cuantos podais hacerlo guardeis nuestros derechos y nuestro señorío, pues ya sabeis cuánto os amamos, por la mucha obligacion que os tenemos y por la que vosotros nos teneis. De consiguiente, en razon del mismo señorío y ya que la villa ha mejorado desde que nuestro Señor quiso que viniese á pa-

rar bajo nuestro poder, no debe haber entre vosotros disturbios, y sí solo debeis todos procurar servirnos, es decir, ver quien nos servirá mejor, á fin de que Nos obremos con vosotros así como debe hacerlo el señor con sus vasallos y naturales. — Oidas tales palabras, marcharon todos de nuestra presencia.

CAPÍTULO CC.

Mandámos llamar luego á En Arbran, y le referímos lo mismo que nos habian dicho, para que pudiera servirle de gobierno y no se acobardara. Agradeciónoslo mucho, y despreciando efectivamente las palabras y amenazas de sus contrarios, nos dijo en seguida, que conoceríamos el servicio que per aquella vez y en adelante nos prestaria en Monpeller. — Yo haré que se os presenten, añadió en seguida, las escalas (1) de Monpeller en su mayor número. — ¿Y cómo? le preguntámos Nos. — He hablado ya de ello, contestó, con los terraplenadores, alfareros y curtidores, para que vengan á veros con antorchas y á honraros, y así los irémos atrayendo poco á poco á nuestro partido. Cuando ellos lo adviertan no estarán ya las hoces en sus manos, antes yo las pondré en las vuestras para que podais obrar como rey y señor, y entonces vengaos de aquellos que querais y que intentan quitaros la villa. — Contestámosle á esto, que estaba bien cuanto decia, pero que obrase con prevision y quietamente, hasta tanto que tuviésemos asegurado del todo nuestro poder.

CAPÍTULO CCI.

Llegada la noche y despues de haber cenado, vinieron como unos cien terraplenadores, los mas principales y mejores de entre

(1) En Monpeller y en algunas otras ciudades se daba el nombre de escalas á los diferentes órdenes en que se hallaba distribuida la poblacion, para el ejercicio de sus derechos municipales, ó el cumplimiento de las cargas del comun. Las de Monpeller eran siete, correspondientes á cada uno de los dias de la semana, y entre ellas se hallaban repartidos los vecinos, segun su clase ó profesion, para ir turnando en la reparacion ó construccion de murallas, guarda de las puertas y otras cargas; y usar asimismo de su derecho en la eleccion de cónsules, conselleres y otros oficiales.

ellos, con antorchas y velas encendidas, y nos dijeron: —Sed bien venido, señor, por cien mil veces: aquí nos teneis para decir y hacer cuanto os sirvais mandar. —En seguida tomó la palabra En Arbran, y dijo: —Señor, ved aquí una partida de los terraplenadores, con la cual puede decirse, por lo que ellos representan, que tambien están aquí todos los demás: seis ó siete mil son, y es su intento el deciros (como lo haré yo por ellos, pues que á tal objeto me han comisionado), que están dispuestos en todo y por todo á hacer por vos todo lo que debe hacerse por señor natural: así os lo seguro yo, para que mejor lo creais. — Á esto contestámos Nos, que les agradecíamos mucho la visita y el buen semblante que nos mostraban; y que en verdad creíamos cuanto nos decian, por lo cual les profesábamos afecto y teníamos intencion de favorecerles, pudiendo estar seguros de que en todos tiempos les recompensaríamos Nos la buena voluntad que nos mostraban. Con esto partiéronse luego, mostrando, al marchar, suma alegría.

CAPÍTULO CCII.

Despues que estos se marcharon, vinieron los curtidores en número de unos doscientos, con blandones y velas encendidas, y nos dijeron que fuésemos bien venido por cien mil veces como el hermoso dia de pascua; y que á nuestra presencia comparecian, para hacer y decir cuanto quisiésemos, porque ellos nunca se habian separado del que era señor de Monpeller; y que pues entonces lo tenian tan honrado como nunca lo hubieron, razon era que le sirviesen. A esto añadió En Arbran: —Señor, por vuestra gracia ocupo yo vuestro lugar en esta villa y en sus afueras, cuando vos no estais; y os aseguro por lo mismo, que en ayuda y en consejo puedo contar con los curtidores siempre que les llame. Por tanto, pues, sabed que vuestros son, y que están dispuestos á aceptar y cumplir cuanto les mandeis, lo cual vienen á ofreceros ahora, para que mejor lo creais.—Les respondimos que mucho se lo agradecíamos, que convencido estábamos de la buena voluntad que nos mostraban, y que así como ellos tenian buen ánimo de servirnos, Nos teníamos asimismo firme propósito de favorecerles. Dijímosles que les agra-

decíamos no menos su ayuda y valimiento en nuestras empresas; pues.—Ayudándoos á vos (añadímos señalando á En Arbran), á Nos nos ayudaron. — Despues de tales razones se marcharon todos con dicho nuestro baile, quien envió luego mensaje á otros que querian venir, para que aguardasen al dia siguiente, pues entonces era ya demasiado tarde. Así lo hicieron.

CAPÍTULO CCIII.

El dia siguiente, despues de anochecido, comparecieron los alfareros en número de unos doscientos, llevando asimismo antorchas y velas; los cuales vinieron con el objeto de ofrecernos sus servicios, y nos dijeron que estaban dispuestos á hacer cuanto les mandásemos, así como deben hacerlo buenos vasallos por su señor. En vista de sus ofrecimientos, tomó aquí la palabra En Arbran, y dijo: —Señor, harto podeis conocer ahora la grande alegría que tienen los de la villa de Mompeller, y especialmente aquellos que os aman, á los cuales podeis decir y mandar lo que quereis que se haga, y al punto lo vereis cumplido; pues no quieren tantos señores y les basta con uno, con lo que podreis penetraros de que sus deseos no son otros, sino que se aumente vuestro señorío y adquiera aun mas pujanza. — Respondímosles á esto, que les agradecíamos sobremanera lo que acababa de confirmar En Arbran en nombre de ellos, y por lo mismo quedábamos convencido desde entonces de que nadie podia haber en Mompeller que de grado tuviese intencion de dañarnos: finalmente, que veíamos el deseo que tenian de que Nos usásemos plenamente de nuestro derecho, haciendo allí lo que quisiésemos en virtud de nuestro poder; y que si bien Nos solo queríamos lo que fuese justo, porque esto era lo único que debíamos hacer, con todo, les agradecíamos la buena voluntad que en ellos conocíamos.

CAPÍTULO CCIV.

Apenas marcharon estos, vinieron los de la Saunería (1), y

(1) La *Saunería* era el nombre que se daba á un barrio y una puerta de Monpeller, quizás porque allí habia los almacenes de la sal. Otros, sin embargo, opinan que debe escribirse *Sonería*, derivándolo de *sonar*, por una campana que habia cerca de aquella puerta.

nos ofrecieron sus casas, sus bienes y cuanto tenian: diéronnos la bienvenida y al mismo tiempo nos dijeron que aquella era la ocasion de poner órden en Monpeller, si es que alguno hubiese que quisiera hacernos tuerto. Finidas tales palabras, dijo En Arbran: —Señor, ahora podeis vengaros, si 'alguno hay en Monpeller que haya os hecho tuerto ó se haya atrevido contra vos; y pues aquí estais ahora, sed señor de Monpeller á toda costa, que serlo podeis. —Muy bien y á tiempo habeis hablado, En Arbran, respondimos Nos; pero ya que tan buen ánimo teneis todos de guardar nuestro derecho, y que os pesaria, segun decis, que se nos hiciese tuerto, sabed que tampoco queremos Nos mas de lo que sea justo, y que en cuanto hagamos nos conformarémos con lo que exija la razon y lo que nos dicten vuestros consejos. —Dicho esto, se marcharon todos, y Nos quedámos muy alegre y satisfecho de cuanto vimos; pudiendo decir, en verdad, que si faltaba Monpeller á guardar nuestro derecho, no se perdia por En Arbran el arreglarlo del mejor modo posible.

CAPÍTULO CCV.

La mañana siguiente fuímos á las casas de los frailes predicadores, y al salir de misa, encontrámos á unos cinco mil hombres, pertenecientes á las diferentes clases que antes habian venido á ofrecérsenos y á otras varias que entonces estaban allí; y al vernos, empezaron á gritar todos á una vez y á decirnos: que cualquier tuerto que se nos hubiese hecho en Monpeller, que lo enderezásemos entonces, y que averiguásemos claramente quién lo hubiese ocasionado. Hicímosles callar, diciéndoles: que nunca habíamos dudado del mucho amor que nos profesaban, pero que entonces lo creíamos mas aun y sin ninguna clase de duda, pues conocíamos la buena voluntad que nos tenian; y que por lo mismo, les prometíamos amarlos siempre, guardarlos y defenderlos en lo que tenian y en lo demás que pudiesen ganar, y así que podian retirarse ya, puesto que desde entonces en adelante habian de ver cumplidos en Monpeller nuestro derecho y el suyo.

CAPÍTULO CCVI.

Enviámos entonces un mensaje á En Pedro Bonifaci, en Gerardo de la Barca, en Berneguer Reguardana, En Raimundo Beseda y otros de su bando, para que compareciesen ante Nos al dia siguiente por la mañana; mas como vieron cuán amotinado estaba el pueblo contra ellos, y tuvieron noticia de que muchos habian venido á ofrecernos sus servicios, desmantelaron ya de noche sus casas, poniendo todos sus muebles y caudal en seguro en otros lugares de la villa. El dia tercero despues de haber Nos entrado en Monpeller, que era cuando debian presentársenos, fuéron nuestros porteros á sus casas para darles la órden de que compareciesen; pero hallaron que se habian ya escapado: mandámos entonces pregonarlos, á fin de que se presentasen dentro de un mes para someterse á nuestra justicia; mas no habiéndolo verificado, hicimos confiscar todos los bienes y heredades que pudieron hallárseles, y luego, con aquel mismo cloque que ellos tenian prevenido, mandámos derruir tres ó cuatro casas de los principales jefes, dejando en pié las de los demás culpados, para que las ruinas no afeasen la villa. Así fueron castigados los culpables, y favorecidos En Arbran y los de su bando: á estos hicimos nombrar luego cónsules, conselleres y baile; y de estos han continuado despues eligiéndolos los de Monpeller, en vez de los que antes nombraban.

CAPÍTULO CCVII.

Mientras estuvimos en Monpeller, vinieron á visitarnos el conde de Tolosa, el de Provenza y muchos otros personajes de aquellas tierras, á quienes acogimos honradamente en nuestra corte. Sucedió todo esto un año despues de la toma de Valencia; y por aquel mismo tiempo, un viernes entre mediodia y nona, ocurrió tambien el mayor eclipse de que tuviesen memoria cuantos en aquella sazon vivian; pues la luna llegó á cubrir todo el sol, y veíanse en el cielo las estrellas. Cuando hubimos puesto en órden lo de Mon-

peller á honra y provecho de Nos, mandámos armar el buzo de la villa, que era de mas de ochenta remos, y en él fuímos embarcado hasta Colibre, desde donde continuámos despues nuestro viaje por tierra hasta llegar otra vez á Valencia.

CAPÍTULO CCVIII.

Llegado á Valencia, se nos quejaron amargamente los sarracenos rendidos de las estorsiones y otros daños con que les habian vejado En Guillermo Aguiló y algunos almugávares y otros infantes. Mandámos, pues, á los acusados de tales escesos que compareciesen; pero lejos de cumplirlo, escapáronse todos, yéndose unos con el rey de Castilla, marchándose otros á Aragon, y dispersándose los demás por varias partes. En Guillermo de Aguiló, á quien enviámos la órden de presentarse, nos contestó que lo verificaria siempre y cuando le otorgásemos salvoconducto; á lo que accedimos, para oir almenos de su boca por qué motivos habian él y los suyos obrado de aquella manera. Presentóse entonces, y le reprendimos por el mal que habia hecho y por no habernos servido bien como merecíamos, atendidas las mercedes que le habíamos dispensado; á lo que contestó, que no creia habernos hecho ningun deservicio, con haber causado aquel daño á los sarracenos. —Si tal, le dijimos; deservicio nos habeis hecho, en primer lugar, porque habeis vejado á los sarracenos; y luego, porque habeis quebrantado nuestras órdenes, pues no ignorais que ellos viven bajo nuestra proteccion, y habeis faltado á lo que Nos les prometimos. —Volvióse con esto; y aunque quisimos confiscarle todo lo que le habíamos dado en Valencia, como eran Algerres y Rascaña, no fué posible el hacerlo, porque hallámos que lo habia ya empeñado todo antes de cometer aquellos desmanes. Sin embargo, como él nos mandó decir que estaba pronto á devolvernos todo lo que pudiese; recobrámos algunos sarracenos que habia cautivado y parte de los objetos robados, y manifestámos á los demás moros, cuán doloroso nos era que hubiesen recibido aquellos daños. Tranquilizáronse estos, y se volvieron todos á sus alquerías, seguros ya y confiados, por ver que nos quedábamos Nos en aquella tierra.

CAPÍTULO CCIX.

Despues de esto entrámos en el valle de Bairen, y hablámos con el alcaide que tenia encargada la custodia del castillo de este nombre, y con los de Villalonga, Borró, Vilella y Palma, cuyos castillos eran todos muy fuertes y enriscados; diciéndonos todos los demás alcaides, que así que hubiese capitulado el de Bairen, se nos entregarian igualmente todos los del valle. Zaen se hallaba entretanto en Denia, y desde allí nos envió un mensaje para manifestarnos que deseaba avistarse con Nos; á lo que contestámos, que viniese á la Rápita de Bairen, y allí nos encontraria. Llegó, pues, en una galera armada, mandámos Nos disponer allí dos tiendas, y habiéndose presentado en la nuestra, nos dijo, que si queríamos cederle Menorca, en feudo por Nos, estaba pronto á entregarnos en cambio el castillo de Alicante, del cual él era señor, y que era castillo difícil de ser tomado; con tal de que además del señorío de Menorca le diésemos una suma de cinco mil besantes. Respondímosle que meditaríamos su propuesta, y le daríamos luego nuestra contestacion definitiva. Nuestra contestacion, pues, que le dimos al anochecer de aquel mismo dia, fué: que le agradecíamos muchísimo la devocion y amor que nos mostraba, con ofrecernos á Nos, antes que á ningun otro, el señorío de aquel castillo de Alicante; pero que no llevase á mal si no podíamos aceptar su ofrecimiento, porque no queríamos quebrantar los tratados con que estábamos obligado al rey de Castilla, segun los cuales ya en tiempo del padre de éste y de nuestro abuelo habian quedado designadas las tierras que á cada uno debian tocar, y á él debia pertenecerle el castillo que ahora se nos ofrecia.—Ya veis, pues, replicó Zaen, que no será culpa nuestra si vos no lo teneis, y que en nada os faltarémos cuando lo cedamos á otro.—Con esto, se despidió de Nos el sarraceno.

CAPÍTULO CCX.

Terminada nuestra entrevista con Zaen, volvimos á hablar nuevamente con el alcaide de Bairen, y le dijimos: que bien podia co-

nocer que era la voluntad de Dios que Nos fuésemos señor de aquella tierra, y que siendo así no debia él oponerse obligándonos á hacerle daño; que de nada aprovechaba el precisarnos á talar las mieses y los árboles; que pues los moros se nos sometian para siempre, y Nos hacíamos ánimo de favorecerles, de poco serviria que el quisiese estorbarlo; y por último, que rindiéndosenos, les otorgaríamos á él y á los suyos tantas mercedes, que por ellas se verian honrados y ricos para siempre. Manifestónos que agradecia nuestros ofrecimientos; pero que siendo tan bueno aquel castillo, ya podíamos conocer que seria una villanía el entregarlo de buenas á primeras. — Pues si no quereis entregarlo luego, le dijimos, convengamos los dos en que nos lo entregareis dentro de cierto plazo, y dadnos entretanto alguna garantía de que no faltareis á lo prometido. — ¿ Qué garantía quereis? repuso. — Y á tales palabras, Nos le dijimos que queríamos á su hijo mayor, y además el nombre de dos sobrinos suyos, los cuales habia de entregarnos aquel y sin tardanza; sobre lo cual nos suplicó que le otorgásemos un plazo para poderlo meditar.

Otro dia por la mañana, vino de nuevo y nos hizo la siguiente respuesta: que no nos pesara si no consentia en entregarnos su hijo y sus sobrinos, pues en cambio él y veinte viejos de los mejores que pudiese haber entre los sarracenos que ocupaban el castillo, nos jurarian estar á lo tratado. Respondímosle que allí mismo resolveríamos; y en efecto dijímosle que teníamos por bueno el juramento ofrecido que debian prestarnos veinte de los mejores viejos que hubiese en el castillo, y de consiguiente que nos introdujeran en la torre Albarrana, bajo la confianza de entregarnos luego la fortaleza; pero que en torno de aquella debia mandarnos fabricar una barbacana por los sarracenos. Sobre esto nos suplicó tambien que le diésemos permiso para tener antes su acuerdo, y Nos se lo consentímos.

Volvió por la noche, y dijo que otorgaba el convenio y que nos daria en rehenes la torre, á la cual haria añadir la barbacana; en vista de lo que estendimos las correspondientes escrituras, espresando que dentro siete meses nos debia rendir el castillo, con la obligacion por nuestra parte de darle tres caballos, de vestir á cincuenta hombres con ropas encarnadas de estambre fuerte, darle á él un traje de escarlata, á cada uno de sus sobrinos uno verde, y pa-

ra los tres y su familia veinte yugadas de tierra, prometiéndoles además no faltar en nada á lo convenido. Hecho esto, puso en nuestro poder la torre; y Nos en seguida la confiámos á don Pelegrin de Atrocillo, hasta tanto que Dios fuese servido de darnos la otra fortaleza, diciéndole, que tan pronto como el alcaide de Bairen nos entregase el castillo, lo tendria tambien por Nos: cuyo ofrecimiento acogió con muestras de quedar muy satisfecho, despues de lo que hizo emprender el otro desde luego la fábrica de la obra convenida, conforme lo habia prometido él mismo.

CAPÍTULO CCXI.

Llegado el dia en que cumplió cabalmente el plazo de los siete meses, don Fernando con los de Calatrava, don Pero Cornel, don Artal de Alagon y don Rodrigo Lizana fueron á poner sitio á Villena, llevándose para ello un mandron. Cuando vinieron á decírnoslo, estaban ya de antemano convenidos y resueltos; en vista de lo que Nos les dijimos: que ya que así lo habian pensado, fuésen allá en buena hora, y que si podian alcanzarla, tanto mejor. Y al efecto marcharon, sitiáronla, y armaron para ello el fundíbulo. Vino luego á vernos don Pelegrin de Atrocillo, y nos dijo, que dentro ocho dias vencia el plazo señalado en que debia rendir el castillo el alcaide de Bairen, y así que nos fuésemos aproximando á Cullera, donde haria de modo que aquel compareciese tambien; y entonces podríamos dar ya por seguro, ayudando Dios, que el castillo se rendiria. Dicho esto, marchóse en seguida, y Nos nos dirigímos á Cullera, aunque con pocos caballos, en razon de que la mayor parte habian ido á Villena, de modo que solo pudimos reunir hasta treinta caballeros. Al llegar á Cullera, nos envió don Pelegrin de Atrocillo un escudero, haciéndonos saber como habia suplicado al alcaide que viniese á vernos, y que éste habia condescendido á ello. A tal objeto, pues, bajó de la torre don Pelegrin con el alcaide del castillo y acompañado de unos treinta sirvientes; y al llegar á una fuente que está debajo de la peña del castillo, dijo el alcaide á don Pelegrin, que le aguardase un momento, que pronto estaria con él; mas ínterin estaba aguardando éste, empezó á observar como el otro se desnudaba. En efecto,

quitóse aquel la almejía, sentóse junto á la fuente, y bañóse en seguida, con la particularidad de que iba echándose el agua por encima. Concluido el baño, envió un mensaje al de Atrocillo, por un sarraceno que hablaba nuestro latin, diciendo que le habia entrado calentura, y de consiguiente no podia ir á donde antes dijo. Mala señal fué esta para don Pelegrin; y en consecuencia mandónos éste al punto una carta por un trotero suyo, haciéndonos saber lo que el alcaide habia hecho, y diciéndonos que no se atrevia á venir adonde Nos estábamos, pues se prevenia para el caso de que le combatieran: que si esto se verificaba, encenderia dos almenaras para hacérnoslo saber; y en caso contrario, encenderia solamente una. Sucedió esto el mismo dia en que el alcaide queria y debia rendirnos el castillo. Despues que hubimos cenado, subímos á la plataforma del castillo de Cullera; y no bien se hubo puesto el sol (era en el mes de agosto), cuando divisámos ya una almenara, y tras de aquella otra; con lo que, atendido lo que se nos habia avisado en la carta, conocimos que debian combatirles; y así mandámos dar cebada en seguida, y de media noche arriba empezámos á pasar con la barca que habíamos enviado á buscar. Descubrímos luego otras señales que nos hizo una barca que habia á la gola del estanque del marjal, la cual venia de Corbera; y como habia llovido muchísimo, hallámos que el agua bajaba muy crecida y no podíamos pasar el estanque sin mojar las sillas de los caballos, los cuales tendrian que pasar á nado; mas luego metimos en la barca las sillas, y pasámos guardando el órden siguiente: las personas iban por turno, y los caballos pasaban tres ó cuatro á la vez, á nado y tirados de las riendas por los que iban en la barca. Hecha tal operacion, nos internámos como una media legua, y luego nos parámos, habiendo dejado la barca para que pasase despues la otra compañía y viniese en nuestro seguimiento.

Despues que hubimos avanzado un poco, al llegar al grao que sale del valle de Alfandech, dijimos á un escudero que probase de pasar con una lanza, para ver si descubria algun vado; mas no lo encontró en ningun punto, á menos de esponerse á pasar á nado, pues tenia el agua tanta elevacion como una lanza de caballero, ó mas; y lo peor era que entonces no teníamos barca. Dijimos, sin embargo: —Pasemos en buena hora, que así conviene. —Y en efecto pasámos con la misma facilidad que lo hicimos en el otro

punto. Al llegar á la Rápita frente del castillo, sobre hora de nona, hicimos traer por mar, pan, vino y carne salada, pues carne fresca no la podíamos tener entonces: vímonos allí con don Pelegrin de Atrocillo, que vino acompañado solamente de un escudero, y preguntándole por qué razon nos habia hecho aquellas señales, nos contestó: — Habeis de saber que los del castillo hicieron tocar el añafil y encendieron ahumadas, para que se recogieran los de las alquerías; mas observándolo Nos y viendo que aquella era la señal de combatirnos, creimos necesario encender tambien dos almenaras, pues de este modo, viendo que os dábamos aviso, dejarian de hacer lo que intentaban, sin duda. — Acercaos, pues, al castillo, dijimos entonces á don Pelegrin, y decid al alcaide que estámos aquí, que aquí está tambien nuestro pendon, y que venga y hablarémos. — En efecto, acercóse don Pelegrin al castillo, y manifestó al alcaide lo que Nos le habíamos dicho: á lo que éste le contestó, que era muy de noche, y que de consiguiente nos suplicaba tuviésemos la bondad de aguardar hasta la mañana siguiente, que entonces vendria. Como no habia otro remedio, hubimos de acceder á lo que nos pedia.

La mañana siguiente compareció el moro, segun habia prometido; y al estar á nuestra presencia, le dijimos: —Bien sabeis, Abencedrel, el convenio que hicísteis con Nos, y que consta en escritura existir entre Nos y vos, por el cual os admitímos como vasallo nuestro: os suplicámos, pues, por el dicho convenio, y os mandámos que nos rindais cuanto antes el castillo, y Nos por nuestra parte os cumplirémos cuanto os prometímos á vos y á vuestros parientes.—Dejad que reuna á los ancianos de la villa y de las alquerías, contestó el moro, y luego compareccrémos á vuestra presencia: haced vos estender entretanto las escrituras que os pedímos, y en seguida os rendirémos el castillo, apoderado del cual, tened ya por seguro que tendreis asimismo todo ese valle, y ni un castillo habrá que se atreva á contrariaros ni á rebelarse contra vos. — Así fué como á hora de vísperas vino el moro con unos veinte sarracenos de los mas honrados que habia en el castillo y en el valle, y juntos con Nos, hicieron sus escrituras, espresando en ellas las súplicas que nos habian hecho y que Nos les otorgámos en seguida, por ser muy razonadas, sin otras concesiones que aun les hicimos, llevado solo del deseo que teníamos de poseer cuanto antes un punto tan bueno como era aquel.

Estendidas las escrituras, hicimos entregárselas y quedámos en que á la mañana siguiente nos rendirian el castillo. Para ello nos levantámos muy de mañana, oímos misa, y nos fuímos acercando á la villa y á la fortaleza: á tal punto, comparecieron ante Nos el moro, su hijo y sus parientes; hicímos luego subir nuestro pendon al castillo por hombres armados, y con esto verificóse la rendicion con toda calma y sin el menor contratiempo. No bien tuvimos en nuestro poder el castillo, lo abastecimos de víveres y armas, y encomendándolo á dan Pelegrin de Atrocillo para que lo tuviese por Nos, emprendimos otra vez el camino hácia Cullera.

CAPÍTULO CCXII.

Al llegar al indicado punto, nos dieron la noticia de que don Ferrando y los de Calatrava habian tenido que abandonar á Villena, por causa de una salida que hicieron los de dentro contra el fundíbulo, en ocasion que lo guardaba don Pero Cornel; que les habian muerto dos caballeros; y finalmente, que tal ocurrencia habia dado márgen á que se levantara el sitio. En efecto, vinieron á donde Nos estábamos, y luego se volvieron á Aragon.

Mas adelante, el comendador de Alcañiz con los freiles y almugávares se fortificaron junto á Villena: estando así, vinieron los de la villa y nos dijeron, que si Nos se lo mandábamos, la entregarian al comendador; y accediendo Nos, se rindieron en seguida á los freiles.

CAPÍTULO CCXIII.

Pasado algun tiempo, tuvimos precision de salir del reino de Valencia: fuímonos á Cataluña, y de aquí á Aragon; mas durante tal tiempo, encargámos el pais á don Rodrigo Lizana y le dejámos como jefe de todo. Estando en Aragon, llegaron noticias de aquel punto, y se decia que en una cabalgada que se habia hecho, el primo de don Rodrigo Lizana, llamado Pero de Alcalá, que algunas veces habia salteado á los moros de Jativa, habia caido prisionero con cinco caballeros, asaltándole entonces los moros á él,

y venciéndole al subir por una cuesta. Sin esto, salió tambien de Játiva En Berenguer de Entenza, corriendo las cabañas de Teruel y pasando por entre Ribaroja y Manizes; mas ninguno de los de Valencia, ni don Rodrigo Lizana, ni el maestre del Hospital se atrevieron á perseguirle; de modo que prosiguió En Berenguer su carrera sin que nadie osase acometerle, llegando al Riusech, que pasó por Torrent y Cataroja, sin que nadie le saliese al encuentro.

Supimos tales nuevas estando en Aragon, es decir, que los moros del reino se inquietaban, que no podian hacerse cabalgadas con toda seguridad, y finalmente que era preciso de todos modos que Nos volviésemos allá; en vista de lo que resolvimos emprender la marcha, y nos dirigímos á Altura, que se nos habia rendido. Al llegar á tal punto, saliéronnos á recibir el arzobispo de Tarragona, llamado Pedro de Albalat, y don Rodrigo Lizana, y despues de mostrarnos su satisfaccion de que estuviésemos entre ellos, nos dijeron: que mucho convenia nuestra presencia en el pais, y que á buen punto llegábamos. Manifestámosles quedar muy agradecido, y nos marchámos luego, no llevando en nuestra compañía mas que veinte y cinco caballeros. En Murviedro hablónos de nuevo don Rodrigo Lizana, diciéndonos delante del arzobispo, que su primo habia salido hácia Jativa y los moros le habian hecho prisionero con cinco caballeros mas; de consiguiente nos suplicaba que lo rescatásemos, pues nos era fácil el hacerlo.—¿De qué manera? preguntámos Nos. —Basta con que Vos salgais de Valencia, nos respondió, y envieis la hueste sobre Játiva haciendo ver que les va á talar, y al punto os entregarán á mi primo y á los cinco caballeros.—Contestámosle á esto, que haríamos lo que nos pedia, pues tal habia sido nuestro intento al volver, así como el de hacer todo el bien que fuese posible.

Con esto, dimos órden que se reuniera nuestra hueste y Nos nos dirigímos al vado de Barraga, donde esperámos á aquella por un dia; mas sabiendo el alcaide de Jativa que íbamos contra él, enviónos á Beniferrí, que estaba en su compañía y antes habia vivido en Liria, para decirnos: que se maravillaba como Nos obrábamos de tal modo, siendo así que tenia buen deseo é intencion de hacer por Nos cuanto le fuese dable; y que lo estrañaba mas, habiéndole roto los nuestros la tregua que Nos le habíamos dado,

atendido lo que, debíamos ver que si algun mal habia hecho, fué solo por defenderse. Respondímosle que si alguno le habia hecho tuerto se lo enmendaríamos, pero que de todos modos queríamos que nos devolviese á don Pero Alcalá y á los demás caballeros, pues está era nuestra voluntad; de lo contrario les talaríamos y haríamos todo el mal posible: oido lo que, marchóse Beniferrí. Por la noche dijimos á don Rodrigo Lizana:—Don Rodrigo, dadnos treinta caballeros, que aun no hemos visto á Jativa y querémos ir á verla. — Y subiendo á aquella colina elevada que hay cerca del castillo, vimos desde ella la mas hermosa huerta que jamás en villa ni castillo alguno hubiésemos visto, pues descubríamos á buen seguro mas de doscientas casas de campo, las mas bellas que hallarse pudieran, así como las alquerías que hay en torno de la misma, bellas tambien y en gran número; divisando á la par el castillo, que es de muy noble aspecto y domina á toda la vega. Nuestro corazon se llenó de gozo y alegría en tal instante, pareciéndonos ya que no tan solo por Pero Alcalá debíamos ir á Jativa con nuestra hueste, sino para tener el castillo en pro del cristianismo, y á fin de que Dios fuese servido en tal punto; sin embargo, ese intento que guardábamos en nuestra alma no quisimos por entonces divulgarlo á don Rodrigo.

El dia siguiente por la mañana vino á vernos Beniferri y nos dijo: — Señor, el alcaide os entregaria de buen grado los presos, pero no puede hacerlo, porque el que los ha comprado los tiene y no quiere soltarlos; pues pide tan caro precio por ellos, que no hay medio de sacarlos de su poder. — Plúgonos mucho tal noticia cuando nos la dieron; y por lo mismo esclamámos al punto, que preferíamos Jativa á los caballeros; con lo que despachámos al moro. Dijimos luego á don Rodrigo Lizana lo que nos habia enviado á decir el alcaide, sobre que no nos podia entregar á don Pero Alcalá por no tener suficiente para rescatarlo: mas, á decir la verdad, lo que nos convenia era el castillo, con preferencia á los caballeros.

Pasámos luego á la vega para sitiar el castillo, y puesto el sitio, vinieron con Nos don Rodrigo Lizana y otros diez caballeros, con los cuales fuímos á ver qué ventajas ofrecia el puig ó cerro que allí habia. Encontrámos de pronto una pequeña fuente; y diciéndonos don Rodrigo que no bastaba el agua para la hueste, respondímosle, que en efecto era cierto lo que nos decia; y por lo mismo en-

viámos mensaje á En Beltran de Ahones, para que subiera á otro cerro llamado Puig Estardenyó con tres caballeros y nueve escuderos. Hízolo así; y su relacion consistió en decirnos, que en tal lugar no se podian poner tiendas, pues era punto en que solamente las cabras podian habitar. Subímos luego á otro, y convenciéndonos de que era igual á los otros dos, resolvimos al fin escoger uno muy fuerte que hay á un lado; mas viendo que no lo hallábamos tampoco como queríamos, es decir, que fuese mas bajo y cerca de agua, olvidámos nuestra tarea, y despues de haber comido nos volvimos á la hueste.

Luego despues de esto, llamámos á don Rodrigo Lizana y le dijimos: — Don Rodrigo, oirémos misa de mañana, pues tengo pensado que hay un cerro bueno para fortificarse. — Y la mañana siguiente, despues que oímos misa, mandámos ensillar nuestros caballos; mas entretanto que esto se hacia y mientras tomábamos ya las armas para marchar, compareció de nuevo Beniferrí, y llamándonos aparte, díjonos delante de nuestro trujaman, que si no les talábamos, nos entregarian los cautivos. Respondímosle que volviese á tomar su camino, pues desde entonces le prometíamos no acceder jamás á aquel tratado, ya que eran ellos los que habian retardado el cumplirlo. Dirigímonos luego á don Rodrigo Lizana, y le dimos á entender que los moros no querian devolvernos los prisioneros, ocultándole de esta manera nuestra intencion, pues entre Nos pensábamos que valia mas que quedasen aquellos prisioneros y pudiésemos tener Játiva, ya que Dios lo habia dispuesto así. Fuímonos de consiguiente al Puig; mas hallámos que su apariencia nos habia engañado; pues era muy fuerte de la parte que Nos lo veíamos, y por detrás era muy llano, de modo que su subida era fácil á cualquiera: sin embargo, Dios nos deparó al pié del cerro una alquería, la cual estaba muy bien fortificada, teniendo además sobrada agua de un rio que pasaba junto á ella; y así asentámos en ella nuestro campamento, y desde tal punto empezámos á talar la vega y á desbaratar sus molinos, los cuales reconstruian de nuevo los moros apenas se los destruíamos. La alquería tenia por nombre Cellent, y el rio que pasa por ella pasa asimismo por Anna, en cuyo punto le da orígen una fuente. Estando allí, supímos por unos cautivos, que los de dentro se quejaban muchísimo del mal que les ocasionábamos desviándoles las azequias y desbaratándoles los

molinos; y Nos no dejábamos de conocerlo, sabiendo cuánta gente habia en la plaza, y la falta que habia de hacerles el no poder regar ni moler: sin embargo, con cuanto les destruímos, no pudimos acabar aun con todos los molinos, pues para ello era preciso tener una numerosa compañía, y á tal sazon la nuestra era corta, y además el sitio reducido. Enviónos el alcaide un moro llamado Sexí, el cual era de los mas poderosos de la villa, y al mismo tiempo del consejo de aquel; y nos hizo decir por su conducto, que ¿porqué obrábamos Nos de aquel modo, siendo así que estaba pronto á entregarnos á don Pero Alcalá y á los demás caballeros? Nuestra respuesta fué: que ya que al principio, cuando Nos se los pedíamos, no nos los habia entregado, no nos importaba entonces, pues preferíamos tener Játiva á recobrar los caballeros. Al oir tales palabras el moro, volvióse lleno de pavor; y entretanto los de la hueste empezaron ya á hacer cabalgadas contra los castillos que descubríamos en torno, y asimismo contra los que habia al derredor de Játiva.

CAPÍTULO CCXIV.

Una mañana bajámos al campamento que estaba situado al pié de la alquería; y en él habia una tienda ultramarina (1) que Nos habíamos prestado á don García Romeu, quien estaba con Nos con cien caballeros, por los cuales le habíamos bien recompensado entre honor y dinero. Era dicho don García hijo de otro don García Romeu, el Bueno, que vivia en tiempo de nuestro padre; mas es el caso, que mientras Nos íbamos bajando, uno de nuestros adalides, llamado Bartolomé Esquierdo, en unas disputas que tuvo con otro hombre, acometióle con su cuchillo, é hiriéndole á nuestra presencia, echó á correr en seguida y se entró en la tienda que Nos habíamos prestado á don García Romeu. Corrimos Nos tras él así que le vimos; y mientras entraba en la tienda, asímosle de los

(1) La tienda que don Jaime llama *ultramarina*, es la que le regaló el sultan de Egipto para bienquistarse con él, cuando por la fama de las hazañas del Conquistador temió que este trataria quizás de pasar con los demás príncipes cristianos á coadyuvar á la conquista de la Tierra Santa.

cabellos y lo sacámos afuera. No habia á tal sazon nadie en la tienda, ni aun don García; y por lo mismo entregámos el reo á nuestros porteros, dando órden de que lo guardasen por si moria el otro, y en caso de no morir, que lo soltasen.

Tras esto vinieron dos caballeros de don García Romeu, llamado el uno Guillermo de Vera; y de parte de aquel, que era el que los enviaba, nos dijeron lo siguiente: que se maravillaba muchísimo don García, de ver que Nos, que le debíamos honrar, le hubiésemos hecho una tan grande afrenta; que él habia venido allí para servirnos, y por lo mismo, no hubiera pensado nunca que recibiera en pago de su servicio semejante injuria. Preguntámosles cuál era la afrenta que Nos habíamos hecho á don García, por la que tan duras palabras nos enviaba á decir; y al oirlo, nos dijeron ellos: —Vamos á esplicárosla, señor: ya sabeis que si algun hombre toma asilo en la casa de un caballero para ponerse á salvo, despues que ha cometido algun crímen, debe estar seguro en ella; y mas aun si es en la casa de don García Romeu, que es ricohombre vuestro y muy honrado... —¿No es otra la queja que de Nos tiene don García? dijimos Nos. —Nó, respondieron: mas esta la mira don García como muy grave, y nosotros tambien.—Alabado sea Dios, replicámos entonces, ya que no tiene otra queja de Nos el que os envia; pues en la que hace, razon no tiene á fé, que no son iglesias vuestras casas, para no poderse sacar de ellas á los que hieran ó maten á sus semejantes. Además, que el lugar de que se trata no era la casa de don García Romeu, sino tienda y aun prestada por Nos; atendido lo que, es patente que nada fuera de razon hicimos, de lo que él pueda tenerse por agraviado; pues al ver Nos como un hombre hiere á otro con un cuchillo á nuestra presencia, el prender á aquel ó mandarle prender, solo es para darle á él lo que de justicia merezca y lo que corresponde á los que van con Nos; y sin esto, cuando Nos sacámos de la tienda al reo, ningun agravio creimos hacer á nadie; porque nuestra es aquella. Decid, sin embargo, de parte de Nos una cosa á don García: que ya que Nos le hicimos bien y le escogimos singularmente para nuestro servicio, le suplicamos no busque motivos como este de disgustarnos, mayormente en esta ocasion y cuando vamos sobre un lugar tan interesante y ventajoso como es Játiva. En lo que le suplicamos, de consiguiente, decidle que obre como debe, pues de

cualquier otro modo lo erraria, y seria cosa muy dura contra Nos y contra él; porque no está bien que nadie busque nunca ocasion de discordar con su señor, ni menos con quien le sea amigo, mas que mas cuando es haciéndole un tuerto. Esto es, pues, lo que le direis; y si no se contenta, decidle que Nos hablarémos con él y cara á cara. — Dicho esto, marcharon los caballeros; pero don García, por mas que le enviámos mensajeros y le hicimos hablar, no quiso darse por satisfecho.

CAPÍTULO CCXV.

Pasado esto, sucedió, que hablando Sexí y Beniferrí, al alfaquí que tenia por nombre don Bahiel Rey, dijeron en gran secreto aquellos á éste:—No sabemos porqué tanto se habla del hecho de Játiva contra el alcaide, siendo así que podríamos tener á nuestro favor una de las mejores compañías del rey, si quisiésemos. — Por vuestra fé que nos debeis decir cuál fuera, contestóles al alfaquí.— Por nuestra ley os juramos, respondieron ellos, que si quisiésemos, podríamos tener á don García Romeu y á toda su compañía, á pesar del rey, la cual se pasaria adentro con nosotros.—No seria malo que lo probáseis; díjoles el alfaquí. — Fácil es, respondieron; y aun os dirémos como el rey podria saberlo: decidle que os envie un hombre encubiertamente, y cuando el otro venga á hablar con el alcaide y con nosotros, podrá facilmente verle, pues está claro que no iria allí si no fuese por voluntad de su señor. Mas aun: si quereis, lo pondrémos en un lugar escondido ó tras de una cortina, y desde allí podrá oir como el otro hablará con nosotros; en vista de lo que, no podrá menos de conocer el rey que será cierto cuanto le digamos.—Con esto, trájoles el alfaquí á nuestra presencia, y nos dijo:— Decidles, señor, que os digan aquí en verdad, por la fé que deben á Dios y á mí, si como á mí me contaron, es cierto que algunos de los vuestros se les deben pasar. — Lo que el alfaquí les preguntaba se lo preguntámos Nos de consiguiente; y por respuesta nos dijeron las mismas palabras que á aquel habian dicho. Comprendimos Nos con esto la gran traicion que se trataba de hacernos; mas dimos á entender que lo mirábamos como cosa de poca monta, y que lo mismo nos importaba si don García se iba

adentro como si se quedaba afuera. Con tal apariencia nos marchámos, manifestando, al irnos, que no hacíamos caso de semejante negocio.

Sin embargo de esto, preguntámos al mismo tiempo y aparte al alfaquí y demás que con él estaban: qué podria ser lo que tenia intento de hacernos el alcaide; pues debia saber, en caso de que lo propio quisiera averiguar él de Nos, que nunca jamás partiríamos de allí, y que tenia que darnos uno de los castillos de Játiva ó Castelló. Tales palabras, nos ofrecieron dichos moros entrar á participarlas al alcaide; y despues de habernos prometido ser mediadores en lo posible, á fin de que Nos pudiésemos arreglar el tratado, marcháronse á la villa.

CAPÍTULO CCXVI.

El dia siguiente volvieron dichos moros, diciéndonos de parte del alcaide que este nos entregaria Castelló, que nos reconoceria desde luego por su señor, y que en caso de tener que entregar el castillo de Játiva, á nadie lo rendiria sino á Nos. Hecho, pues, el tratado con él, entregónos Castelló al cabo de tres dias; y al mismo tiempo recobrámos á don Pero Alcalá y á los demás caballeros de don Rodrigo Lizana, que estaban presos con aquel. En tal ocasion dijimos al alcaide que saliese afuera con ciento de los mejores hombres de la villa, para reconocernos como á señor, y á fin de que al llegar el caso, á nadie absolutamente hiciese la entrega sino á Nos. Para prestar el juramento, al que ninguno faltó, habíanse colocado los correspondientes asientos en la tienda que Nos dimos al obispo de Valencia, el cual se llamaba En Andreu y habia sido fraile predicador antes de ejercer tal cargo; y en ella dióse principio entonces al citado convenio, que quedó luego vigente entre Nos y aquellos.

CAPÍTULO CCXVII.

Despues de esto nos fuímos á Aragon, en cuyo reino y en Cataluña pasámos mas de un año, habiendo dejado en Valencia á Gi-

meno Perez de Tarazona, para que hiciese nuestras veces durante nuestra ausencia. Al cabo de este tiempo nos volvimos á esta última ciudad para terminar allí lo comenzado, estendiendo á todo el reino la conquista que habíamos llevado ya hasta el Júcar. Cuando volvíamos allá, el arrayaz de Algecira abandonó la villa con unos treinta caballeros por miedo que nos tenia, quedando toda la autoridad y señorío en manos de los demás vecinos sarracenos, los cuales nos enviaron mensaje, manifestándonos que aquel era muy buen lugar y uno de los mejores del reino de Valencia, y que si queríamos capitularian con Nos, con tal que les dejásemos continuar viviendo en aquel lugar. Plúgonos en gran manera su propuesta; y por lo mismo les contestámos, que los acogeríamos bajo nuestra gracia y les concedaríamos el vivir allí, pero que deberian darnos posesion de aquellas torres que estaban junto á la puerta de Valencia. Respondieron ellos, que deliberarian sobre esto y nos trasmitirian su resolucion; y habiéndoles preguntado cuando tendríamos su respuesta, nos dijeron que á los tres dias, y así lo aceptámos.

En el plazo señalado se nos presentaron en Valencia, á nombre de todos los demás, cuatro de los principales ancianos de la mencionada villa de Algecira, diciéndonos que convenian en entregarnos la torre mayor que se halla cerca de la calzada y junto á la puerta que Nos pedíamos; por lo que, satisfecho de que se mostrasen tan sumisos á nuestros deseos, les prometimos ir á visitarles y dispensarles nuestras mercedes, é hicimos luego estender por escrito el tratado, permitiéndoles que continuasen viviendo con las mismas costumbres que tenian en tiempo de los almohades, que pudiesen practicar como siempre los ejercicios de su culto en las mezquitas, y que debiese quedar libre cualquier cautivo que pusiese los piés en Algecira, sin que pudiésemos recobrarlo Nos ni ninguno de los nuestros. Diéronnos despues un plazo de cinco dias para que fuésemos á tomar posesion de aquella torre, prometímosles Nos no hacer falta, y les encargámos que cuando estuviésemos allí hiciesen salir á todos los ancianos y demás pueblo de la villa, para jurar que serian siempre fieles y leales á Nos y á nuestros hombres.

CAPÍTULO CCXVIII.

Cumplió cada uno en Algecira lo que por su parte habia prometido: fuímos Nos allá en el dia prefijado, salieron los ancianos, y juraron sobre el Alcoran que nos serian buenos y leales vasallos, y que defenderian nuestro cuerpo y nuestros miembros, así como los de nuestros hombres que dejásemos allí en lugar de Nos. Cuando hubimos tomado posesion de la torre que nos habian cedido, les suplicámos que tuviesen á bien cedernos además hasta la tercera, porque de este modo mandaríamos construir una muralla con una puerta que diese salida á la calzada y por la cual pudiese entrarse en la villa, para que cristianos y sarracenos no tuviesen que comunicarse unos con otros, y así no pudiesen ellos decir nunca que les causasen algun daño los primeros. Contestáronnos que no podian decidir acerca de nuestra demanda sin consultarla con los demás moros, y que al cabo de cinco dias nos harian saber su resolucion; pero para que esta nos fuese favorable, suplicámos á algunos de los principales sarracenos que así lo aconsejasen á los demás, y ellos nos ofrecieron hacerlo de manera que quedaríamos satisfecho.

En el dia que nos habian indicado nos contestaron que estaban conformes y accedian á nuestra demanda; por consiguiente mandámos construir una muralla de doble pared entre Nos y ellos, quedando así aislado y mejor fortificado el castillo. De este modo quedámos dueño de Algecira, y percibímos en adelante las rentas que, como señor, cobraba antes su arrayaz.

CAPÍTULO CCXIX.

Al cabo de un año y cuatro meses, los moros sometidos al señorío del alcaide de Játiva, juntos con los de Tous, Terrabona y Carcel, salieron contra una cabalgada que habian hecho los de la compañía de don Rodrigo Lizana con algunos almugávares; y aunque la cabalgada no se habia dirigido contra los sarracenos vasallos de aquel alcaide, sino contra otros que guerreaban con Nos en

sus estados, sin embargo saltearon aquellos á los nuestros, apoderáronse del botin que estos llevaban, quitáronles cinco ó seis mulos y rocines, y les mataron dos caballos. Don Rodrigo Lizana nos hizo saber luego el daño que le habian causado el alcaide de Játiva y los suyos; de lo que nos alegrámos, porque de este modo quedaba rota por él mismo la tregua que tenia con Nos, y nos daba motivo para marchar sobre Játiva. Así pues, luego de recibida aquella nueva, desde Aragon, donde nos hallábamos, nos encaminámos á Valencia, y de aquí nos fuímos á Algecira.

CAPÍTULO CCXX.

Lo primero que hicimos fué enviar un mensaje al alcaide de Játiva, ordenándole que compareciese ante Nos; y habiéndonos hospedado dentro de la misma villa de Algecira en nuestras casas del alcázar, allí se nos presentó. Sin embargo, no quisimos hablar con él aquel mismo dia que llegó, sino que le hicimos entender que habíamos ido allá con numerosas fuerzas; y al otro dia compareció y nos dijo, que, cumpliendo nuestra órden y en virtud de la carta que le habíamos enviado, estaba allí para que le manifestásemos lo que se nos ofrecia. Contestámosle Nos en estos términos: —Alcaide, os hemos llamado á nuestra presencia, porque vuestros moros y los caballeros que vos teneis á sueldo han hecho daño á los nuestros, atacando la compañía de aquel á quien Nos teníamos encomendada Valencia: vos no ignorais, sin embargo, las treguas que tenemos firmadas con vos, pues las escrituras están partidas por A B C (1), guardando Nos el un ejemplar y vos el otro; por consiguiente, vos las habeis quebrantado, faltando á lo que en ellas se previene. Mas no es éste aun el único daño que nos han hecho vuestros vasallos y los que reciben sueldo de vos, sino que nos han faltado además en dos ó tres cosas, y

(1) Cuando se otorgaba algun contrato, era muy comun el estender en un mismo pergamino dos copias conformes de la escritura, y luego trazar algunas letras mayúsculas en el espacio que mediaba entre ambas copias, para partir por en medio de ellas el pergamino, quedando así con una copia cada una de las partes contratantes. Por esto tales escrituras se llamaban partidas por A B C, y á ellas alude aquí don Jaime.

muerto á algunos hombres nuestros, de cuya muerte sois vos responsable. Ya veis, por tanto, que no es justo que os mantengamos las treguas que vos habeis sido el primero en quebrantar; y pues nuestra es la mayor parte del reino de Valencia, y á él pertenecen tambien la villa y castillo de Játiva que vos poseeis, queremos que sean nuestros, y os intimamos que nos hagais su entrega. — Cuando él oyó nuestras palabras, demudósele el semblante, creyó que íbamos á retenerlo prisionero, y el miedo le embargó la palabra de modo que no pudo respondernos. — Alcaide, le dijimos entonces, no teneis que temer; pues tan seguro estais aquí como pudiérais estarlo en el castillo de Játiva: ni pretendemos tampoco que nos deis aquí sobre la marcha vuestra contestacion, sino que podeis volveros allá, y consultar antes el negocio con los ancianos y demás que puedan daros su parecer. Cuando os hayais resuelto, podreis volver á darnos la repuesta, ó comunicárnosla de otro modo; pues ya sabeis que Nos, por culpados que sean, no retenemos nunca cautivos á los que mandamos comparecer para tener con ellos alguna entrevista. Sin embargo, si no accedeis á lo que os hemos dicho, tened por cierto que os lo hemos de pedir de manera, que al cabo habreis de otorgárnoslo por fuerza; y así os será mejor que nos lo concedais antes de buen grado. — Concluido nuestro razonamiento, besónos la mano el alcaide, y luego hicieron lo mismo todos los demás moros, diciéndonos que bien penetrados estaban de nuestra mucha lealtad. Fuéronse en seguida á comer; y habiendo permanecido todo aquel dia donde Nos estábamos, les dijimos antes de marcharse, que nos fijasen dia para darnos la respuesta; á lo que contestaron ellos, que siendo de tanta importancia el negocio, necesitaban á lo menos ocho dias para resolverse, y que si queríamos concedérselos, al cabo de ellos nos haria saber el alcaide personalmente, ó por medio de mensajero, lo que entre todos hubiesen resuelto. Otorgámosles, pues, el plazo que nos pidieron; y al dia siguiente tomaron ellos la vuelta para Játiva, y nos fuímos Nos á Castellon en compañía de la reina, de nuestro tio don Fernando y de algunos ricoshombres.

CAPÍTULO CCXXI.

Al octavo dia el alcaide de Játiva nos envió un moro llamado Almofarix, que era uno de los principales y el mas sabio de aquella villa, el cual se nos presentó acompañado tambien de otro moro; y habiendo llamado á don Fernando y á los demás ricoshombres que nos habian acompañado, en presencia de todos ellos dijimos al sarraceno que hablase. Púsose, pues, él en pié, y dijo: —Señor, el alcaide y los demás ancianos de Játiva os saludan cordialmente, y deseando cumplir con vos en el plazo que les señalásteis, me envian para haceros saber su resolucion. Ellos dicen, que en cuanto al agravio de que os quejais, les sobró razon para irrogároslo, porque vuestros cristianos del mismo modo hostilizaban al alcaide de Játiva, que á los demás moros con quienes estaban en guerra; y así luego que se dió el alarma, hubieron de salir contra ellos para recobrar lo que los suyos habian perdido, sin causar á los vuestros otro daño. Por lo que toca al castillo de Játiva, cuya entrega le pedis, dice, que vos sabeis muy bien qué fortaleza es aquella, pues no la hay mejor en toda Andalucía; por lo mismo, que cristianos y sarracenos le tendrian á él por muy menguado, si tan fácilmente la entregase: y aunque el alcaide y sus moros no sean de vuestra ley, no por eso se avergonzarian menos delante de vos de haber cometido tal felonía. No querais, pues, hacerles sufrir tal afrenta.—Dicho esto, se sentó otra vez; mas sin tomarnos siquiera tiempo para pensarlo, le contestámos Nos en seguida:—Almofarix, vos sois un sabio, como lo pregona la fama y lo acreditan vuestras razones; pero ya veis que si las cuestiones que en este mundo se debaten, entre dos ó entre muchos, no tuviesen su fallo, y no hubiese quien decidiese de qué parte están el derecho y la justicia, no se terminarian aquellas nunca. Así pues, ya que el alcaide es ahora nuestro vasallo, segun el tratado que con Nos otorgó en el real cerca de la villa; á Nos corresponde el administrarle justicia, y Nos nombrarémos el juez que debe dar sentencia sobre las escepciones que alega. Aquí está don Fernando, que es uno de los mas leales y mas distinguidos hombres de España por su linaje y su nobleza: si él

conoce que vamos acertado en nuestra demanda, falle á nuestro favor; mas si al contrario cree que no tenemos razon en lo que pedimos, estámos pronto á desistir de nuestras pretensiones. Por lo demás, vanas serian cuantas razones tuviésemos aquí con vos respecto del alcaide, no habiendo juez competente para fallarlas, como el que os señalamos.

Cuando el enviado sarraceno oyó nuestras palabras, nos dijo, que el alcaide y los ancianos de Játiva no querian que se sometiese el negocio al fallo de un juez; por consiguiente que él regresaria allá, y que despues de una nueva deliberacion, vendria otra vez á hacernos saber lo que acordasen. Preguntámosle entonces cuándo volveria; y hábiéndonos contestado que de allí á tres dias, no tuvimos inconveniente en otorgarle este plazo, porque conocimos que estaba puesto en razon. Con esto se separó de Nos.

CAPÍTULO CCXXII.

Volvió Almofarix en el dia señalado, y en presencia de don Fernando y de nuestra corte nos esplicó lo que habian resuelto los moros, diciéndonos, que le declarásemos cuál era nuestra pretension, y que él nos contestaria en el acto. — Descaminado anda Almofarix, repusimos Nos dirigiéndonos á don Fernando y despues de haberlo pensado; porque en cualquier demanda que ponga un señor á su vasallo, ó un hombre cualquiera á otro su igual, es necesario un juez que pueda dar sentencia, si el convenido no quiere conformarse con las reclamaciones del demandante; y es menester además, que el juez tenga seguridad de las partes, de que su fallo será llevado á efecto. Vos, pues, que sois mensajero del alcaide, añadímos hablando con Almofarix, ved si él quiere aceptar por juez á don Fernando y asegurarnos que cumplirá por su parte la sentencia. — Contestónos entonces, que no podia él escederse de lo que se le habia ordenado; y despues de haber Nos mandado que en presencia de los ricoshombres y ciudadanos de Valencia que allí estaban se levantase testimonio de que no habia querido aceptar el juez que nos le señalábamos, ni darnos seguridad de que pasaria por lo que aquel juzgase, montó otra vez á caballo, fuése por su camino, y quedó así declarada la guerra.

CAPÍTULO CCXXIII.

Convocámos en seguida á los caballeros del reino de Valencia, á los demás sirvientes y á algunos almugávares, y acompañado de los ricoshombres nos fuímos á poner cerco á Játiva, acampándonos en la vega á la orilla del rio, donde teníamos á nuestra espalda un barranco y mandámos abrir un foso para que quedase así cerrado el campo. Mientras estábamos allí, verificábanse repetidos torneos entre sitiados y sitiadores. Habia tambien un hombre natural de Cuenca y pariente del obispo de esta ciudad, y de quien, antes de ir Nos á aquel sitio de Játiva, se nos habia dicho ya que tenia encargo del infante don Alfonso para hacerle fabricar una tienda por los moros de aquella villa, á fin de que con este pretesto, pudiese tratar con el alcaide de la rendicion de la plaza. Conocimos Nos cuál era la segunda intencion que se llevaba en hacer construir aquella tienda, y que no era otra que el facilitar y encubrir los tratos del infante con el alcaide para la entrega de aquel castillo; y supimos tambien que aquel hombre de Cuenca, luego de haber Nos puesto sitio á Játiva, habia venido con acuerdo de aquel obispo, para tener ocasion de hablar con los sitiados, y decirles que el infante don Alfonso venia y que aguardasen á capitular con él: por consiguiente, tuvimos envidia de que con semejante estratajema se tratase de quitarnos aquella plaza. Para remediarlo, mandámos pregonar por la hueste, que fuese preso y conducido á nuestra presencia cualquiera que fuese hallado hablando ó en relaciones con los moros, sin permiso nuestro.

Aconteció cierto dia, que habiendo salido los sitiados á atacar á los nuestros que querian segar y talar la campiña, dióse el alarma en el campamento, y salió la hueste á rechazar á los moros. En tal ocasion don Pero Lobera encontró á aquel hombre de Cuenca que estaba hablando con los sarracenos; y recordando la órden que habíamos dado, se acercó á él y le mandó que viniese á encontrarnos. — ¿Porqué quereis llevarme al rey? le preguntó el otro. — Porque el rey ha mandado que nadie pudiese hablar con los moros; y puesto que vos lo habeis hecho, quiero saber si teneis ó nó permiso para ello. — Como el de Cuenca no podia re-

sistirse, hubo de seguir por fuerza á don Pero. Así que estuvieron ambos delante de Nos, díjonos el Lobera: —Señor, aquí teneis á ese caballero, que estaba hablando con los sarracenos. —El castellano no negaba el hecho; pero se escusaba con que sus tratos no eran en daño nuestro ni de la hueste. —¿Cuánto tiempo hace que estais aquí? le preguntámos. —Mas de quince dias, nos contestó. —Pues entonces, añadímos, si hace mas de quince dias que estais aquí, no podeis ignorar el pregon que mandámos echar ocho dias atrás, ordenando que nadie sin nuestro permiso se atreviese á hablar con los moros. ¿Porqué estábais hablando con ellos? —Si lo he hecho, repuso, no ha sido para vuestro daño. --Sí tal, le replicámos; porque vos sois el que nos trajísteis cartas del obispo de Cuenca, el que hacíais construir la tienda para don Álfonso, y el que con este pretesto tratábais con los moros de nuestro daño, procurando que la plaza capitulase con dicho infante, como lo sabemos de cierto por los mismos sitiados. Ya sabeis, pues, la órden que dimos y que no puede ignorar ninguno de los que se hallan en la hueste; por tanto, en pena de lo que habeis hecho, y supuesto que no podemos fiarnos ya de vos, os castigarémos de manera, que podais servir luego de escarmiento á cualquiera que intente quitarnos la plaza de Játiva. —Dicho esto, mandámos á nuestros porteros que lo prendiesen, y que despues de haberle hecho confesar y comulgar, lo ahorcasen en un árbol.

CAPÍTULO CCXXIV.

Habia transcurrido ya un mes desde aquel suceso, cuando supimos que Enguera se habia rendido al infante don Alfonso; y nos maravillámos mucho de que dicho infante se apoderase de ningun pueblo perteneciente á la jurisdiccion de Játiva, tocando como tocaba á nuestra conquista (1), y mayormente estando casado con

(1) Por el convenio que el emperador don Alfonso de Castilla y el conde de Barcelona don Ramon Berenguer IV celebraron seis dias antes de las calendas de febrero del año 1150, á mas de haberse dividido entre ambos soberanos el reino de Navarra, quedaron ya repartidas las tierras de España ocupadas á la sazon por los moros, y que cada uno de los contratantes debia

nuestra hija. Sin embargo, para certificarnos del hecho, nos encamináмos á aquel pueblo; y habiendo dicho á los sarracenos que nos lo entregasen, contestáronnos que lo habian puesto ya bajo el señorío del infante don Alfonso, quien tenia allí su alcaide. Con esto conocimos que era cierto cuanto se nos habia dicho acerca de la tienda, y no nos quedó duda ninguna de que el infante, así como no tenia dificultad en apoderarse de castillos que eran dependencias de Játiva, tampoco repararia en hacerse señor de esta misma plaza, si se la entregaban los moros. Enviámos, pues, á buscar al caballero que gobernaba aquella fuerza, y cuando estuvo delante de Nos, le dijimos: —Cómo estais vos aquí? —Estoy aquí, nos contestó, por don Pero Nuñez de Guzman, á quien el infante encomendó la tenencia de Enguera. —Esto no puede ser, le replicámos; pues no creemos que don Alfonso haya querido apoderarse de nada de lo que atañe á nuestra conquista.

En vista de lo que pasaba, partímos luego de allí, y mandámos á los corredores que habia en la hueste, que fuesen á hostilizar á los de Enguera. Cumpliendo los nuestros la órden, al dia siguiente armaron ya una emboscada, por cuyo medio cautivaron á diez y siete de los del pueblo, los cuales fueron llevados á nuestra pre-

conquistar. Segun aquel tratado, debian tocar al conde y á sus sucesores: la ciudad de Valencia con todo su territorio, desde el Júcar hasta el *reino* de Tortosa; la ciudad de Denia con todas sus pertenencias, tal como la poseyesen los sarracenos; y finalmente la ciudad y reino de Murcia, á escepcion de los castillos de Lorca y Bera, los cuales debian quedar para el emperador.

A 13 de las calendas de abril del año 1178, unidos ya el condado de Barcelona y el reino de Aragon, celebró su soberano un nuevo tratado de alianza con el de Castilla, en el que, ratificando y aclarando en cierto modo el repartimiento hecho en 1150, se espresó asimismo que debian tocar al aragonés Valencia y todo su reino, con cuanto le perteneciese; Játiva con todas sus dependencias, Biar con sus términos, y todo el territorio comprendido desde el puerto de Biar hasta Játiva y Valencia; y por último, todo el reino de Denia, hasta el mar y hasta Calpe.

La demasiada estension de ambos tratados nos priva de continuarlos aquí, como hubiéramos deseado hacerlo; pero hemos creido necesario dar almenos esta sucinta idea de su contenido, para que puedan entenderse mas claramente las referencias que á ellos hace nuestro Cronista, tanto aquí como en el capítulo CCIX, al darnos razon de sus diferencias con el infante de Castilla.

sencia, y Nos se los comprámos. Al otro dia volvimos Nos allá con aquellos prisioneros, é intimámos á los del pueblo que nos lo entregasen, porque de lo contrario, estábamos resuelto á ajusticiar á aquellos diez y siete, y á hacer lo mismo con todos los que cayesen en nuestras manos; pero á pesar de cuanto les dijimos, no quisieron entregarnos el castillo, y así mandámos decapitar á la mitad de los prisioneros, y ahorcar la otra mitad, volviéndonos en seguida á nuestro campamento delante de Játiva.

CAPÍTULO CCXXV.

Al cabo de unos quince dias recibímos un mensaje del infante don Alfonso, diciéndonos que deseaba avistarse con Nos, y suplicándonos que con tal objeto tuviésemos á bien salir hasta Algecira: á lo que le contestámos, que él habia faltado con Nos, y que si estaba pronto á enmendar su falta, no tendríamos inconveniente en acudir á aquella entrevista. Mientras esperábamos que el infante nos enviase otra vez su respuesta, nos convenímos con un freile de Calatrava, cuya era Villena, que nos entregaria aquel pueblo y el de Saix; al mismo tiempo que los moros, por su parte, pusieron á nuestra disposicion los de Capdets y Bugarra; de modo que cuando don Alfonso fué para apoderarse de aquellos cuatro castillos, no quisieron allí acogerlo, porque estaban todos ya bajo nuestro dominio. Enviónos entonces un nuevo mensaje, rogándonos que fuésemos á la entrevista; y así dejando en la hueste á doscientos caballeros y á todos los infantes, nos encaminámos allá con En Guillermo de Moncada, el maestre del Hospital, don Gimeno Perez de Arenós, En Carroz y parte de nuestra compañía. Iba el infante acompañado del maestre del Templo, del de Uclés, de don Diego de Vizcaya y de algunos otros ricoshombres de Castilla y Galicia, cuyos nombres no recordamos. Avistámonos entre Almizra, donde Nos nos aposentámos, y Capdets, donde puso él sus tiendas, llevando Nos en nuestra compañía una tercera parte mas de caballeros de los que él tenia; y luego de habernos visto, quiso él llegar hasta nuestro campamento, para ver tambien á nuestra esposa la reina; pero aunque le ofrecimos entregarle el castillo y villa de Almizra, para que pudiese aposentarse

allí; negóse á admitirlo, y prefirió quedarse afuera á la falda del mismo cerro, donde dispuso armar sus tiendas. Nos solazámos allí los dos muy amigablemente; y habiendo comparecido tambien la reina, la cual nos habia pedido que la dejásemos asistir á aquellas vistas para contribuir por su parte á que se transigiese la cuestion que teníamos con nuestro yerno, vino éste á verla luego de haber ella llegado. El dia en que llegó la reina se pasó todo en ameno solaz, porque no era regular que de buenas á primeras se empezase á tratar ya de negocios.

CAPÍTULO CCXXVI.

Cuando al dia siguiente, despues de haber oido misa, volvió don Alfonso á ver á la reina, le preguntamos porqué habia querido tener aquella entrevista con Nos; y entonces nos contestaron á nombre suyo el maestre de Uclés y don Diego de Vizcaya, que el infante habia venido á donde estábamos, porque habiéndose casado con nuestra hija, la cual, á su entender., con nadie del mundo podia haber hecho mejor casamiento, creia que le hubiéramos dado en dote alguna parte de nuestra tierra; y que por lo mismo pedia á la sazon que le diésemos la plaza de Jativa, segun se lo habíamos ofrecido por medio de Ovieto García, que fué el tratador de la boda. Respondimos Nos á esto, que despues de haberlo pensado, les haríamos saber lo que resolviésemos; y habiendo luego consultado el negocio con la reina y con los ricoshombres que nos acompañban, enviámos á buscar otra vez al maestre y á don Diego para darles nuestra contestacion. Cuando estuvieron delante de Nos, les dijimos: — Es muy cierto, que tanto Nos como la reina sabemos que casámos muy bien á nuestra hija; pero no lo es que Nos dijésemos á Ovieto García ni á nadie del mundo las palabras que se nos atribuyen, de que le daríamos por dote Jativa ni ningun otro lugar. ¿Acaso cuando nuestro matrimonio con la tia del infante, la reina doña Leonor, se nos dió con ella algun territorio, algun honor ó algun caudal? y á fé que no creemos que tengamos Nos que dar á ningun rey con nuestra hija mas de lo que se nos dió á Nos con nuestra primera esposa. Decid, pues, al infante que no lleve á mal nuestra negativa, porque Játiva pertene-

ce á nuestra conquista y á nadie queremos cederla: bastante tiene él de lo suyo, para que haya de codiciar lo nuestro. Rogadle de parte de Nos que no le pese; pues no puede ser otra nuestra resolucion.

Marcháronse entonces los mensajeros muy malcontentos de Nos por nuestra negativa; pero volvieron al anochecer para decirnos, que estaban prontos á probar con el testimonio del mismo Ovieto García la certeza de lo que antes nos habian manifestado. Contestámosles que teníamos por tan cumplido caballero á Ovieto García, que no dejaria de declarar la verdad en pro de Nos, por mas que fuese su señor don Alfonso; pero—no es conforme á derecho, añadímos, que haga fé contra otro la deposicion del propio vasallo; ni está puesto en razon que una cosa tan importante como es el señorío de Játiva, tengamos que fiarla al dicho de un vasallo de don Alfonso. Nos y Dios sabemos cuán cierto es que el infante no tiene derecho para pedirnos que le demos algunas tierras por dote de nuestra hija: si otros ausilios necesita, grandes é importantes podemos prestárselos para honra y provecho suyos; pues estamos pronto á servirle con mil y aun dos mil caballeros, no una, sino dos, tres y diez veces, si lo ha menester; y por cierto que le aprovechará mas esto con nuestra amistad, que nó el enemistarse con Nos por lo que nos pide. — Así se pasó aquella noche en tales razonamientos; y luego se separaron de Nos los tratadores, despues de haberles dicho en conclusion, que si no moderaban sus pretensiones, podian ya estar seguros de que nunca accederíamos.

CAPÍTULO CCXXVII.

Los enviados del infante volvieron de nuevo al otro dia, y nos dijeron: — Convenid, señor, en ceder á don Alfonso la plaza de Játiva; pues de todos modos ha de ser suya, que si vos no se la cedeis, se la entregará el alcaide.—¿Cómo, repusimos Nos, ha de ser suya, ni ha de entregársela el alcaide? — Porque éste se la ha ofrecido. — Pues si otra cosa no hay, ningun temor tenemos de que nadie nos la quite. Ni el alcaide osará entregarla, ni nadie se atreverá á tomarla: pues tened entendido que por encima de Nos habrá de pasar cualquiera que pretenda entrar en Játiva; que

aunque vosotros los castellanos pensais espantar á todos con vuestras amenazas, ponedlas por obra, y vereis cuán poco las estimamos. Decid, pues, si algo mas teneis que manifestar, y no se hable mas de tal asunto: Nos seguirémos nuestro camino; haced vosotros lo que podais.

CAPÍTULO CCXXVIII.

Despues de esto, mandámos luego ensillar y cargar nuestras acémilas, y entonces prorumpió la reina en llanto, diciendo que en mala hora habia nacido, puesto que habiendo venido para ponernos en paz y amistad con su yerno, tan mal resultado habian de tener sus buenos oficios. Mientras tanto, los enviados de don Alfonso fuéron á decirle que estábamos ya pronto para marcharnos y habíamos mandado ensillar; por tanto, estaban ya puestas las sillas cuando comparecieron de nuevo el maestre de Uclés y don Diego de Vizcaya, diciéndonos: — ¿Porqué os habeis encolerizado, ó rey, en tanta manera? — No hay hombre tan pacífico, les contestámos, á quien vosotros no seais capaces de sacar de quicio; pues obrais en todas vuestras cosas con tanto orgullo, como si no tuviérais mas que abrir la boca para que se viesen cumplidos vuestros deseos. — Dirigiéndose luego á la reina, le dijeron: — Señora, hablad á vuestro esposo, y decidle que no se enoje en tanto grado, que modere sus arrebatos; pues Nos volverémos á ver á don Alfonso, y todo podrá conciliarse sin necesidad de este rompimiento. — La reina nos suplicó entonces con el llanto en los ojos, que no llevásemos tanta prisa ni quisiésemos cabalgar en seguida, porque los mensajeros irian á ver otra vez al infante, y procurarian que se redondease el negocio quedando don Alfonso y Nos en buena amistad. — Puesto que vos y ellos, todos nos lo pedis, dijimos á la reina, sea en hora buena; pero ved que nos traigan presto su contestacion. — Volvieron los mensajeros á ver al infante, y acordaron entonces no insistir en reclamarnos la plaza de Játiva, sino que, partiendo las tierras entre los dos, conforme estaban divididos ya el reino de Murcia y el de Valencia, le cederíamos Nos Villena, Saix, Capdets y Bugarra; y él nos entregaria en cambio Enguera y Muxent.

Conforme el repartimiento de las tierras que quedó entonces acordado, tocaron al infante Almansa, Sarazull y el rio de Cabriol; y nos correspondieron á Nos Castalla, Biar, Sexona, Alarch, Finestrat, Torres, Polop, la Mola cerca de Ayués, Altea, Tormos, y todo lo que se hallaba comprendido en sus términos. Estendiéronse en seguida las correspondientes escrituras entre Nos y el infante don Alfonso, pusimos en ellas nuestros sellos, y nos separámos amigos, restituyendo cada uno al otro lo que de él tenia. Terminado ya este asunto, volvímonos á la hueste delante de Játiva, donde permanecimos mas de once meses, sin que los sitiados tratasen de capitular.

CAPÍTULO CCXXIX.

Al cabo de otros dos meses de estar sobre Játiva, su alcaide nos envió un sarraceno llamado Albocacim. Para que pudiésemos hablar con él mas libremente, mandámos salir de nuestra tienda á todos los que en ella habia; y cuando él se vió solo con Nos, se esplicó diciéndonos: que el alcaide nos saludaba y se encomendaba á nuestra gracia, como á la de quien mas deseaba amar, servir y honrar en el mundo; que deseaba saber porqué le teníamos sitiado, siendo así que Nos no ignorábamos que su padre le habia ya mandado, que cuando no pudiese conservar aquella fuerza, no la entregase á otro que á Nos, ni á cristiano, ni á sarraceno; y últimamente, que obrábamos mal en tenerlo sitiado y causarle aquel daño, porque si mantenia aquella plaza la mantenia solamente en feudo por Nos, y no tratraba de que fuese nunca otra la regla de su conducta. Respondimos Nos á todo esto: — Ciertamente sabemos de oidas lo que al alcaide le dejó mandado su padre; pero pues Dios ha querido que Nos fuésemos rey de todo el reino de Valencia, y Játiva es, despues de esta ciudad, el lugar mas importante que en él se halla, no tiene otro medio el alcaide que conformarse con la voluntad del Señor: en cambio podrémos Nos favorecerle de modo, que él y todos los de su linaje puedan vivir honradamente. Además Játiva es la llave del reino, y no nos tendríamos Nos por rey de Valencia, si no fuéramos dueño de aquella plaza. Por esto le rogamos que nos la entregue; porque ha de

saber el alcaide, que estamos resuelto á no partir de aquí, sin que de grado ó por fuerza la tengamos en nuestro poder. Él podrá lograr quizás, que nos sea costoso el ganarla; pero tampoco le será á él muy llano el sostenerla, y en todo caso comunes serán los daños que ocasione su resistencia; por tanto, vale mas que por captarse nuestra amistad y granjearse nuestras mercedes, acceda á lo que le pedimos; pues él hallará así mayores ventajas en lo que le darémos, y Játiva estará mejor en poder de Nos. — Señor, repuso entonces el sarraceno, ¿qué quereis, pues, que haga el alcaide de Játiva? —Queremos que nos entregue el castillo, y Nos en recompensa le darémos á él otros bienes. — ¿Cómo quereis, añadió Albocacim, que el alcaide os entregue tan fácilmente un lugar tan bueno, sin saber siquiera lo que podrá obtener en cambio? — Respondimos Nos á esto: —Muy bien puede entregarlo al que será su señor, y á mas de guardarle de todo mal, le recompensará con darle diez veces mas de lo que han poseido nunca los de su linaje. — Vuestras proposiciones, señor, añadió entonces el moro, son de mucha importancia; por consiguiente, si os place, volveré á ver al alcaide para darle cuenta de ellas. — Volved en hora buena, le dijimos: esplicádselas, y procurad abogar por Nos; pues sois escribano mayor de Játiva, y si tiene buen resultado el trato, os darémos mas bienes de los que nunca habeis tenido. Sea como fuere, ya veis que tampoco puede sostenerse la plaza.

CAPÍTULO CCXXX.

Entróse otra vez en Játiva el moro Albocacim; y habiendo regresado al dia siguiente, nos dijo, que nada habia podido persuadirles que la plaza debiese rendirse. — Pues entonces, ya que el alcaide no quiere entregárnosla, decidle que se apreste para la defensa; pues resuelto estamos á ganarla, y á no movernos de aquí hasta que la hayamos tomado. — Cuando esto oyó el mensajero, díjonos que enviásemos á Játiva á Gimeno de Tovia, pues el alcaide queria verle; que dicho caballero entraria con él en la plaza, y que por este medio nos daria á conocer el alcaide cuánto amor y fidelidad nos tenia. Ocurrió esto en miércoles; y Albocacim, nos pidió además que suspendiésemos las hostilidades contra

la villa hasta el domingo, porque el viernes acudian los ancianos á la mezquita, donde estaban en consejo hasta el sábado, y allí resolverian lo que debiese hacerse. No tuvimos inconveniente en concedérselo; pero no queremos estendernos aquí en mas pormenores, porque fueron largos los razonamientos que mediaron, y harian sobrado voluminoso este libro.

CAPÍTULO CCXXXI.

En su dia comparecieron Albocacim, Sexí y Almofarix, acompañados de Gimeno de Tovia, para estender y firmar con Nos la capitulacion; y habiendo tomado la palabra el último, nos dijo: —Señor, aquí os envia el alcaide á todo su consejo, que merece su entera confianza: lo que estos hagan, lo tendrá él por bien hecho, como si él mismo lo hiciera.—Propusiéronnos entonces aquellos enviados, que el alcaide nos entregaria el castillo menor de Játiva; que él conservaria el castillo mayor hasta dos años despues de la próxima pascua de Pentecostes; y que Nos declarásemos qué lugar podríamos darle en cambio. Dijímosles que manifestasen ellos qué lugar les parecia conveniente; y nos pidieron Muntesa y Vallada, que son buenos castillos y están situados cerca de Játiva. —Deliberarémos sobre vuestra demanda, —les contestámos; y saliendo de nuestra tienda, nos fuímos á las casas donde se hallaba aposentada la reina. Reuniéronse allí con Nos el maestre del Hospital, Hugo de Forcalquier; En Guillermo de Moncada, Gimeno Perez de Arenós y En Carroz, á todos los cuales manifestámos las proposiciones que nos habia hecho el alcaide, para que nos diesen su voto. Á ruego de ellos, fué la reina la primera en tomar la palabra, y nos dijo: —Poco ha de aprovecharos, señor, el consejo que yo pueda daros en este negocio; pero por si algo ha de valer, yo soy de dictámen que si podeis apoderaros luego de Játiva, no lo dilateis por uno ni por dos castillos; pues ni yo ni nadie hemos visto nunca tan buena fortaleza ni tan rica villa como es aquella. —Buen consejo es el que os da la reina, —añadió en seguida el maestre del Hospital; y con él se conformaron todos. Aprobámos Nos y tuvimos por bueno lo que nos habian aconsejado, porque juzgámos que si el alcaide nos entregaba el castillo me-

nor, muy poco dueño seria ya en adelante del otro mayor que queria retenerse.

Despues de esto, enviámos á buscar á Gimeno de Tovia y á los sarracenos que con él habian venido, y les dijimos, que por lo mucho que amábamos al alcaide, y por la amistad que habíamos tenido con su padre (quien nos habia dejado encomendado dicho su hijo), accedíamos gustoso á su propuesta, por mas que no satisfaciese del todo nuestros deseos; y entonces nos suplicaron que tuviésemos á bien encomendar al sobredicho Gimeno la guarda de aquel castillo, ya que merecia la entera confianza del alcaide y la nuestra. Así se hizo: tomámos posesion del castillo menor, levantámos el campo; y dejando aquella fuerza provista de víveres y convenientemente guarnecida, dimos la vuelta á Valencia.

CAPÍTULO CCXXXII.

Estando en Valencia, se presentaron dos moros de Biar, ambos de edad algo avanzada, pues pasaban de los cincuenta años, los cuales dijeron á nuestros porteros, que querian hablar con Nos para comunicarnos cosas que nos serian de gran provecho. Mandámos que entrasen; y habiéndoles preguntado, qué se les ofrecia, nos contestaron, que si queríamos ir á Biar, harian que se nos entregase aquel castillo, que era el mejor de toda aquella frontera. —¿Cómo podrá hacerse esto? les dijimos.—Nosotros, nos respondieron, somos los que en aquella villa tenemos mas numerosa parentela: hemos hablado ya de este negocio con algunos vecinos de los que mas parte puedan tener en él; y tened por cierto que no falta mas sino que os presenteis, vos para que sea vuestra la fortaleza. —Idos, pues, allá, les dijimos: Nos reunirémos aquí hasta cien caballeros, con los cuales pasarémos á Játiva; y cuando estemos allí, podreis volver á vernos, para decirnos con toda certeza si podrá ó no llevarse á cabo lo que proponeis.

CAPÍTULO CCXXXIII.

En el dia que habíamos determinado nos hallámos en Játiva, donde compareció tambien el uno de aquellos sarracenos. Pregun-

támosle luego dónde estaba su compañero; y él nos contestó que todos los moros de Biar convenian en lo que ellos dos nos habian propuesto, y que dicho su compañero se habia quedado allí para conducir á los demás á nuestra presencia, á fin de que hiciesen su sumision cuando nos acercásemos al castillo. Fuímos, pues, confiado en lo que aquel mensajero nos dijo; pues nunca ningun sarraceno que hubiese prometido entregarnos algun castillo nos habia faltado á su palabra, á escepcion de Alazarch en el hecho de Reguar (1); y mucho menos podíamos dejar entonces de darle crédito, habiéndonos pintado el negocio con tan buenas palabras: mas así que llegámos, vimos ya que los sarracenos habian salido á esperarnos armados fuera de la villa. Dijimos Nos entonces al mensajero sarraceno: — Acércate tú á ellos, y diles que Nos estamos aquí. — Cumpliólo el moro; pero los suyos le contestaron, que no querian tratar con él, y que si se les acercaba le recibirían á pedradas. Permanecimos allí tres ó cuatro dias acampado en la direccion de Ontiñen á Biar, aquende el agua; mas luego nos trasladámos á un cerro que domina á Biar por la parte que mira á Castalla. Ocurrió todo esto por la fiesta de San Miguel: mandámos fabricar allí nuestras casas; quien no pudo tenerlas se contento con hacerse construir una buena barraca; y albergado así cada uno como mejor pudo, estuvimos mas de dos meses, durante los cuales mandámos fabricar tambien un fundíbulo, y no se pasó casi ningun dia sin que se verificase algun torneo entre los nuestros y los de la villa, donde habia mas de mil y doscientos infantes buenos y bien armados.

Convocámos cierto dia á nuestros ricoshombres á los caballeros de las órdenes que se hallaban allí, y á En Guillermo de Moncada, que habia acudido tambien con sesenta ballesteros muy buenos de Tortosa; y comenzámos el ataque contra la villa, para entrar en ella. Defendiéronla ellos con valor, tanto que nada perdian sino á la pura fuerza, siendo el resultado, salir heridos de nuestra parte varios caballeros y algunos hombres de la suya. Nuestra permanencia allí fué desde mediados de setiembre hasta entrado el febrero; mas no queremos referir aquí todos los hechos de armas

(1) Mas adelante esplica ya nuestro Cronista la traicion del moro Lazarch, cuando éste le ofreció entregarle el castillo de Reguar.

que tuvieron lugar y los tratados que celebrámos con los moros, porque seria cosa larga de esplicar; solo sí dirémos, que al fin, cuando todos estos sucesos hubieron pasado, el alcaide de tal punto, que tenia por nombre Muza Almoravid, nos rindió el castillo, y nos quedámos en la villa con los sarracenos, donde les otorgámos las correspondientes escrituras para que pudiesen tener sus aljamas, y que de entonces en adelante quedasen con Nos y con los nuestros.

CAPÍTULO CCXXXIV.

Concluida tal jornada, volvímonos á Valencia, con intencion de pedir á Zeit el derecho que debia pagarnos de Castalla, segun el tratado que con él teníamos: mas don Gimeno Perez de Arenós nos dijo que no era preciso, por cuanto tal villa era ya suya, y así que nos podríamos entender con él. En efecto, manifestónos el moro que por él tenia la villa don Gimeno Perez; mas que tan pronto como nos conviniéramos con éste, nos la entregaria: y preguntando al último bajo qué pactos queria que lo hiciésemos, nos respondió que bastaba con que le diésemos en el mismo reino de Valencia por el valor cinco veces menos del que tenia aquel lugar, y accederia al punto. Redújose, pues, el convenio, despues que hablámos por largo espacio con don Gimeno, á que Nos le daríamos Cheste y Vilamarxant: aceptólo él, y de esta manera pasó á nuestro poder Castalla. Entre esto y saberse que teníamos ya Játiva y Biar, rindiósenos al punto todo el reino desde el Júcar á Murcia; concedimos en seguida á todos los habitantes que pudiesen quedarse en el mismo pais, y por este medio tuvimos que ya desde entonces lo dominámos todo.

CAPÍTULO CCXXXV.

Marchámos despues á Aragon, y pasando por Teruel y Daroca, vinimos á parar á Calatayud. Estando aquí, un dia que fuímos á la iglesia Mayor, para oir la misa de Santa María, acercósenos, despues de haberla oido, don Gimeno Perez de Arenós, y nos dijo:— Señor mio, alerta deberíais andar en vuestras cosas, pues aparecen

estorbos que vos no os podeis figurar. — ¿Qué estorbos son esos? preguntámos Nos. — Harto lo sabreis, respondió don Gimeno.— Haceis mal, don Gimeno Perez, le dijimos entonces: porque si podeis avisarnos de algo que sea en nuestro pro, tendrémos un gozo en saberlo, y á mas nos complacereis mucho si nos lo decis; del mismo modo que si es en nuestro daño; porque entonces podrémos tomar consejo: que bueno es tomarlo anticipadamente en casos tales. — Con que, ¿quereis que os lo diga? preguntó don Gimeno. — Si queremos, contestámos Nos: y á tal respuesta, resolvióse á lo que le pedíamos don Gimeno, y dijo de esta manera: — Sabed, pues, como Alazarch os ha tomado algunos castillos y tierras de Valencia: penetrad ahora la razon porque no os lo queríamos decir. — Mal haciais en callarlo, esclamámos Nos; pues creido estabamos de que nada perderíamos ya de lo que es nuestro: pero, en verdad, que mucho nos place; pues el único motivo porque no arrojábamos á los sarracenos del pais era solo porque así se lo habíamos prometido en los tratados; mas ya que dan motivo para que de él los saquemos, á Dios ha de placer y á Nos muchísimo, que allí donde tan latamente es pronunciado é invocado el nombre de Mahoma, sea desde hoy solamente proclamado el de Jesucristo.—Pero al cabo, continuámos, ¿cuáles son los castillos que nos han tomado? — Gallinera, Serra y Pego, respondió don Gimeno. — Pues tales son las nuevas que nos dais, dijimos Nos, verémos quien sea el que nos cause ese daño: allá irémos y algo hemos de resolver á tal fin. — Comunicámos despues á la reina lo que nos habia dicho don Gimeno Perez de Arenós; á lo que ella nos contestó: que ya lo sabia, pero que no se atrevió á decírnoslo. — Duramente errásteis, le dijimos, callándonos tal nueva; pues sabido es que nunca se hace tan sensible el daño que se recibe, si el que lo sufre está prevenido de antemano; mas conviene que partamos á Valencia y recobremos nuestra tierra, porque cuanto mas nos quitara Alazarch, mas difícil se nos haria despues el recobrarlo.—Teneis razon, contestó la reina á nuestras palabras; haced en buen hora lo que decis, mas una cosa os suplico, y es, que ya que vos marchais, me lleveis á mí tambien, porque á donde vos vayais, quiero ir yo con vos.

CAPÍTULO CCXXXVI.

Mas adelante, nos fuímos con la reina á Valencia, y estando allí, vino á vernos el alcaide de Játiva con una compañía de sarracenos y con diez viejos de la villa: mostró grande alegría al entrar á nuestra presencia; y luego de besarnos la mano, nos preguntó cómo lo pasabamos. Respondímosle que bien, gracias á Dios; pero que nos pesaba mucho el mal que nos habia hecho Alazarch en nuestros castillos, lo cual estrañábamos hubiesen tolerado.—Señor, respondieron ellos, sabed que mucho nos pesa y disgusta tambien el que os hagan daño. — Aun cuando nos dieron tal respuesta, mostráronse en esta ocasion dichos moros muy alegres y satisfechos. Nos creíamos que demostrarian gran pesar por el mal que nos hizo Alazarch, y que hasta se ofrecerian á ayudarnos: mas conocimos claramente que su objeto era vernos tan solo, y que por esto demostraban tanto gozo al estar con Nos. Cierto era lo que decimos; y lo confirmaron mas, al contarnos que, por la gracia de Dios y de Nos, se hallaba entonces tan poblada Játiva, que los habitantes se codeaban unos con otros.

Dos dias estuvieron con Nos los moros de Játiva, y al tercero, que fué cuando marcharon, dijimos á la reina: — ¿Vísteis lo que hicieron esos sarracenos, con qué alegría entraron á nuestra presencia, y lo poco que les inmutó la noticia de nuestro mal, tomando antes bien como cosa lijera lo que les decíamos? — No me paré en ello, respondió la reina; pero conozco que es cierto lo que decis sobre no tener cuidado de vuestro mal, pues ni siquiera os dijeron si os vengaríais, ni aun os suplicaron que os vengáseis.

CAPÍTULO CCXXXVII.

No bien salieron de Valencia, nos fuímos á cazar á Burriana; y despues de haber estado allí dos dias, una noche, cuando nos habíamos ya recogido y estábamos en la cama, llamaron á la puerta y nos dijeron como acababa de llegar un mensaje de la reina. Creimos de pronto que alguna novedad habria, como en efecto

era así; y entrando el mensajero, nos entregó la carta de aquella, en cuyo contenido nos participaba como Alazarch nos habia quitado el castillo de Peñaguila. Tal suceso nos conmovió fuertemente, al pensar del modo como se habian arrepentido del mal que nos hicieron, cuando Nos llegámos; y al ver entonces como nos ocasionaban otro mas grave, quitándonos un lugar tan bueno y poderoso cual era Peñaguila. Mucho nos dió esto que pensar, sintiendo de una parte la gran afrenta que nos hacian; mas de otra tuvimos gran satisfaccion, al ver que de aquel modo nos daban pié á que pudiésemos vengarnos de ellos. Ocupóse, pues, desde entonces nuestro pensamiento en ver como nos podríamos vengar; y así fué que en toda la noche no pudimos dormir, pues sudábamos tanto, que parecia como si estuviésemos en un baño.

Cabalgámos la mañana siguiente y nos fuímos á Valencia, donde salieron á recibirnos el obispo de la ciudad, llamado En Arnaldo, que despues fué obispo de Zaragoza y era del linaje de Peralta; don Pero Ferrandez de Azagra, don Pero Cornel, don Gimeno de Urrea, En Guillermo de Moncada, que era castellano de Tortosa, don Artal de Alagon y don Rodrigo Lizana. Dijímosles al verles, que la mañana siguiente compareciesen de nuevo á nuestra presencia, porque teníamos que hablarles de un asunto de grande importancia y fácil de entender: respondieron ellos que cumplirian nuestro mandato; y la mañana siguiente, oida una misa que Nos mandámos celebrar, llamámos á dos ó tres clérigos de la iglesia de Valencia, que eran hombres entendidos, hicimos venir tambien cinco ciudadanos, y reunidos todos con los ricoshombres, que ya estaban allí, les dirigimos la palabra, diciéndoles: como el motivo de volver Nos de Burriana habia sido por una carta que nos envió la reina, en la cual decia, que Alazarch nos habia quitado el castillo de Peñaguila, cuya noticia causó en Nos gran dolor é ira; porque habia llegado á tanto su atrevimiento, que eran ya tres los castillos que nos habian quitado en perjuicio nuestro, sin hacerse cargo del mal que nos hacian, no obstante de guardarlos aun Nos en nuestra tierra, y de permitirles que viviesen con Nos y nuestro linaje. — Pésanos mucho, añadímos luego, que ahora, para mayor afrenta, al estar Nos en nuestra tierra, hayan estimado en tan poco nuestro amor y nuestro señorío: de

nuestro pesar vosotros debeis participar ahora; pues del mismo modo que participais de nuestro bien, así debeis tomar parte igualmente en lo que toca á nuestro mal, á nuestro menoscabo y á nuestra afrenta: por todo lo que, pues, y por el señorío que sobre vosotros tengo, os suplico ahora, que os deis como resentidos tambien de tal agravio y nos ayudeis á vengarnos, pues que de vengarnos tenemos intencion y caro lo han de pagar. Obra de nuestro Señor parece esto, porque quiere que su sacrificio se consume por todo el reino de Valencia, y me libra á mí al propio tiempo de faltar á los convenios que tengo con los moros, al dar pié los mismos para que Nos vengamos contra ellos, y á sazon que aun les guardábamos en el pais, que no les sacábamos de sus albergues, ni les hacíamos daño, para que pudiesen vivir opulentamente con Nos y con nuestro linaje; con lo que podreis conocer, pues, que es voluntad de Dios el hacérselo pagar caro y duramente á los infieles. Poco importa, de consiguiente, que ellos nos quiten nuestra tierra y hasta aquella en que Nos les dejámos vivir; pues por lo mismo, tendré yo mas motivo para poblarla de cristianos: lo cual harémos del modo que os vamos á decir, reservándonos, sin embargo, adoptar el consejo que nos deis, en caso de aventajar á nuestro plan. El que hemos concebido es, que dispongamos hasta á cuatro cientos caballeros para guarnecer los castillos que tenemos, á saber Játiva y los demás; lo cual deberá llevarse á cabo antes de la próxima fiesta de los Reyes, que es de aquí á un mes. Luego que hayamos hecho esto, delante de todos, pública y cumplidamente, en la iglesia de nuestra señora Santa María, relatando á los moros todas las injurias que ellos nos han hecho, quiero recobrar el pais y poblarlo todo de cristianos. Al saber los hombres de nuestro reino y los de otras tierras, que Nos hicimos tan buen propósito en servir á Dios, acudirán aquí pronto, sin ser preciso para que vengan llamar á hueste ni á cabalgada; pues mas tendrémos, que si por tal medio lo hiciésemos, tanto de nuestro reino, como de los demás: sin embargo, aquellos que no han venido contra Nos ni han forzado nuestros castillos, ningun mal han de recibir de nuestra parte ni de los nuestros: señáleseles en buen hora un plazo conveniente, para que puedan salir del reino de Valencia con sus mujeres, sus hijos y el equipaje que se puedan llevar; y cumplido, Nos les guiarémos hasta

que lleguen al reino de Murcia, y de allí ellos sabrán como tomar el camino para Granada ó mas allá.

Á nuestras palabras contestó desde luego el obispo de Valencia, diciéndonos: que daba infinitas gracias á nuestro Señor y á su Madre por el buen propósito que nos habia infundido; que ningun hombre habia servido tan bien á nuestro Señor ni habia ganado tanto para él, como Nos, por lo cual, habia de ser mentado por todo el mundo nuestro nombre; y finalmente, que con nada podíamos haber satisfecho mejor al papa y á la iglesia de Roma, que con un hecho semejante. Indicámos al propio tiempo á los ricoshombres que diesen su parecer, mas aquellos que tenian sarracenos suyos, hablaron solo como á la fuerza; en vista de lo que, Nos les dijimos. —¿Porque no os place lo que decimos? ¿Dejais acaso de aconsejarnos, mirando solo vuestro por interés? Eso si que no debeis hacerlo, si por Dios mirais, por mi pro y por el vuestro que con el tiempo os ha de resultar; porque, si bien es verdad que vuestra renta se disminuirá y os ha de ser mas lucrativo emplear sarracenos que cristianos, atender debeis á la gran merced que yo y vosotros alcanzarémos, dándonos aquellos motivo para sacarles del reino, antes que pueda sufrir menoscabo nuestra fé; además, y esta razon es muy fuerte, que si algun tiempo, por azar ó por pecados de los cristianos, llegasen á ponerse de acuerdo los sarracenos de acá con los de la otra parte del mar y se nos fuesen levantando los pueblos y las villas que ellos habitan, tantos castillos nos habian de quitar á Nos y al rey de Castilla, que admirados quedaríais cuantos nos ois por el gran daño que en ello tomaria el cristianismo: así, pues, vale mas que el daño caiga sobre otro que sobre Nos, porque los tiempos cambian cuando uno menos se figura, y el primer deber de cada cual es el evitar que le dañen.

Los de la ciudad de Valencia, los obispos y los clérigos nos ayudaron á sostener la opinion que habíamos demostrado; y persuadiendo á los otros por medio de la misma razon natural, hasta hacerles ver que era aquella mejor que la suya, tuvieron al fin que otorgarlo así; de modo, que llegó á consignarse definitivamente ser mejor nuestra opinion que la que ellos manifestaron. Con esto, mandámos en seguida señalar guarnicion para Játiva y otros castillos que Nos sabíamos, pero que no estaban aun en nuestro

poder: en aquella pusimos á En Guillermo de Moncada con sesenta hombres entre caballeros y escuderos armados; y para los castillos que no se podian guardar con toda seguridad, ni fortificarse, señalámos guarnicion, reservándonos enviar fuerzas á los otros, tan pronto como tuviésemos las suficientes para todos los lugares. Hecho esto, enviámos un mensaje y cartas en arábigo á los moros, en las cuales les mandábamos, señalándoles plazo, que dentro de un mes debiesen hallarse dispuestos á salir de nuestra tierra con todo su equipaje, muebles y cuanto llevar pudiesen; pues no queríamos que permaneciéran allí, ya que ellos se habian desentendido de Nos.

CAPÍTULO CCXXVIII.

En vista de tal novedad, enviáronnos los sarracenos de algunos lugares importantes varios mensajeros que de ellos mismos escogieron, para decirnos: como les habia maravillado en estremo el saber que queríamos arrojarlos de nuestra tierra; que si Nos queríamos aumentar la renta, que lo dijésemos, y nos darian cuanto conociesen que fuese justo y arreglado; y aun los de Játiva, con quienes teníamos pacto hecho, añadieron, que nos darian cada año en renta cien mil besantes. Meditámos Nos de pronto sobre tales proposiciones, mas luego les dijimos: que Nos sabíamos era exagerada la renta que nos prometian, y que la tierra nos produciria aun mas en lo futuro que antes; por otra parte, que si ahora no teniendo esperanza de socorro por mar, habian empezado ya de tal modo, seguros estábamos que cuando fuese en aumento su poder, se lavantarian todos contra Nos, pues ya veian el atrevimiento con que entonces, indiscretos, habian probado de hacerlo; así, pues, queríamos de todos modos que saliesen de nuestra tierra, y que salvos y seguros se marchasen con su hacienda. Oido esto, llorando y con gran dolor, marcharon de nuestra presencia los mensajeros; mas al tener que cumplir nuestro mandamiento, puso mano cada cual en lo que pudo, y al ver que nuestras guarniciones no bastaban para guardar los castillos, probaron de combatirlos, ayudándoles á ello aquellos moros que habitaban por las cercanías. Mostraron en esto gran decision, de manera que en di-

ferentes partidas del reino de Valencia, llegaron á ser de diez á doce los castillos que nos quitaron, levantándose por ello una gran guerra: sin embargo, los que no querian combatir ó no habian podido hacerse con algo, saliéronse de la tierra, y se fuéron á Montesa, siendo tal el número de los que aquí se replegaron, que llegaron á ser cerca de sesenta mil hombres de armas, sin contar las mujeres y los niños.

Atemorizados dichos sarracenos, por creer que en pena de lo que se hacia Nos les haríamos quitar lo que se llevaban ó la parte que fuese buena del equipaje, hiciéronnos hablar por don Gimeno Perez de Arenós, diciéndonos que nos darian la mitad de sus haberes y del equipaje, con tal que les guiásemos con los que pertenecian á la otra partida. Respondímosles, que por nada haríamos lo que ellos temian ya que les habíamos prometido asegurarles; que no habia miedo de que Nos les hiciésemos robar en su viaje, y así, que conforme se lo habíamos dicho, siguiesen adelante con toda seguridad, pues Nos no debíamos tomar servicio alguno de ellos, cuando perdian sus casas, sus heredades y hasta su pais natal; de consiguiente, bajo esta misma promesa, podian ya salir salvos y seguros de nuestra tierra, que Nos no queríamos de ellos ningun servicio, porque harto dolor sentíamos del mal que les causábamos; y sobre esto quitarles aun lo que se llevasen, seria cosa que no lo podria sufrir nuestro corazon. Con esto, les guiámos hasta á Villena; y contáronnos luego los caballeros y ricos-hombres que les guiaron por Nos, que sin duda alguna podian contarse cinco leguas desde la vanguardia de la comitiva hasta la retaguardia, añadiendo, que no se habia visto ni aun en la batalla de Úbeda tanto gentío como el que allí se replegó entre hombres, mujeres y chiquillos. Don Fadrique, hermano del rey de Castilla, estaba á tal sazon en Villena, que la tenia por el rey, y exigia por cada cabeza de sarracenos, fuese hombre ó mujer, un besante; ascendiendo lo que recogió, segun nos contaron, hasta á la cantidad de cien mil de dichas monedas. Luego marcharon los moros á Murcia, y de allí partieron los unos para Granada y otros á la tierra del rey de Castilla, quedando de esta manera diseminados por todas partes.

CAPÍTULO CCXXXIX.

Los moros que quedaron en el pais, nombraron por caudillo á Alazarch; y avisándonos un dia que estaban atacando Peñacadiel, donde tenian algaradas, y que á menudo habia choques, en los cuales llegaban á jugar escudo y lanza, reunímos, por hallarnos á tal sazon en Valencia, á los obispos, ricoshombres, á algunos otros caballeros entendidos en hechos de armas y á los prohombres de la ciudad, y les dijimos: que se preparasen para ir con Nos, pues nos habia llegado un mensaje diciéndonos que en Peñacadiel combatian los moros, y así que queríamos ir allá á fin de ahuyentarlos; porque si tal punto se perdia, nadie se atreveria ya á ir á Cocentaina, ni á Alcoy, ni á las partidas de Sexona, ni á Alicante, por camino alguno, y esto no dejaria de disgustar grandemente á los cristianos que habitaban desde Eslida y Lleó acá: además que acababan de ser vencidos cerca de tres mil cristianos de las partidas de Tortosa, Alcañiz, Castellote, Orta, Villalonga, Alcanada, Vall de Roures y otros lugares aislados, los cuales se habian internado para perseguir á los moros; y que en tal derrota, fueron muertos de cuatrocientos á mil: de consiguiente, era preciso evitar que nos quitasen Peñacadiel, porque si esto sucedia, seria de grande desconsuelo para los cristianos y para todo el reino de Valencia. Los obispos y caballeros que con Nos estaban tuvieron por acertado que se socorriese tal punto; mas don Gimeno Perez de Arenós tomó la palabra y dijo: —Salvo el honor de todos vosotros, debo decir que no me parece bueno tal consejo; porque los moros son muchos y se han puesto muy orgullosos de haber batido esta vez á los cristianos, así como por los castillos que les han quitado; además, el pais es montañoso y se necesita gran fuerza, sin atender aun que no es tierra donde puedan bien maniobrar los caballos armados; por cuya razon, soy de parecer que no debe aventurarse el rey en un negocio que no sabemos como llevaria á cabo, pues si se viese precisado á desistir de lo que hubiese querido comenzar y acabar, tened por seguro que no quedaria ya remedio alguno para en adelante; mas si el rey quedase en Valencia, entonces tendríamos, que aun cuando nosotros reci-

biésemos daño, bastaria su poder luego, para venir á restaurarnos en todo y con prontitud. — Cuantos estaban allí presentes otorgaron que era verdad lo que decia, y que hablaba con razon; en fuerza de lo que nos suplicaron humildemente que desistiésemos de nuestro propósito en ir allá, y que en cambio les enviásemos á ellos. Y Nos, conociendo que tenian razon y que era tal consejo el mejor que podrian darnos, accedímos al punto á sus ruegos.

Marcharon de consiguiente los nuestros en busca de los sarracenos, quienes ocupaban dos cerros, uno de los cuales era mas allá de la peña y otro de la parte de acá; los nuestros, que iban con caballos armados y peones, combatiéronlos al punto, y llegaron á apoderarse del cerro que tenian mas cerca; muriendo en tal choque Abenbazel, el mejor sarraceno que tenia Alazarch, el mas poderoso, y en valor, muy superior á él mismo. Así fué como los cristianos, con la ayuda de Dios, lograron hacer perder á los sarracenos aquel cerro; mas no bien observaron los moros que Abenbazel era muerto, se mudaron al otro punto de mas allá; pero los cristianos, no creyendo que desamparasen el primero, no tuvieron cuidado de poner guardia al pié, y así sucedió que los sarracenos salieron todos y se fueron á recoger en Alcalá, que lo dominaba Alazarch. Con esto fué, desde entonces, en aumento el espíritu de los cristianos y menguando el de los sarracenos; mas la guerra duró de tres á cuatro años, durante los cuales trató varios convenios Alazarch, primeramente con En Manuel, hermano del rey de Castilla, y luego con el mismo rey.

CAPÍTULO CCXL.

Suplicónos el rey de Castilla, que por deferencia á él otorgásemos tregua al moro, pues él le habia enviado ya su pendon y anteriormente el de su hermano don Manuel. Con esto logró dicho rey atraer á sí al citado moro, de manera que hasta dijo que lo defenderia si pudiese, segun el mismo Alazarch lo contó á sus hombres y lo refirieron otros. En tanto era cierto, que en una entrevista que tuvo con don Gimeno de Foces, le amenazó, envaneciéndose con la ayuda del rey de Castilla; y así Nos concedimos tregua á Alazarch, señalándole por plazo desde la pascua de cuaresma, hasta la otra.

Entrada la cuaresma, un sarraceno que era privado de Alazarch y uno de los que mas influian en su consejo, enviónos un mensaje por un cristiano, á quien habló en gran secreto, y el cual nos dijo: — Señor, os saluda afectuosamente fulano de tal, sarraceno (sabemos que nos dijo el nombre), y os envia á decir, que si le favoreceis, os dirá el medio como podreis comprar todo el trigo que tiene Alazarch, pues éste lo quiere vender y él se lo aconsejará; y si no aprovechais el comprarlo esta primera pascua, despues no encontrareis víveres en parte alguna. — Preguntámos al mensajero si dicho sarraceno era del consejo de Alazarch; y respondiéndonos que sí y que era el principal de todos los que lo formaban, añadiendo que podíamos creer la proposicion, por cuanto nada de Nos exigia, hasta que el negocio fuese concluido y Nos estuviésemos satisfecho; le dijimos: — Decidnos, pues, ahora qué es lo que él pide para este caso.—Lo que pide, respondió el mensajero, es que le deis trescientos besantes, cuatro yugadas de tierra en Benimazer, y que le firmeis escritura de que le entregareis Vos los besantes y le pondreis en posesion de la tierra tan pronto como él lleve á cabo el negocio. — Respondímosle que así se lo cumpliríamos, y en consecuencia mandámos hacerle en seguida las escrituras conforme habíamos pactado. Despues de esto, nos dijo todavía, que tan luego como hubiese hecho vender el trigo á Alazarch, que se vendria adonde Nos estuviésemos y abandonaria á los suyos; y que entonces, no faltaria ya sino que Nos fuésemos contra el otro, pues en tal caso su situacion seria ya perdida y Nos podríamos obrar á medida de nuestro gusto.

Despues de esto, señalámos dia á En Guillermo de Cardona, á En Guillermo de Anglesola y á otros ricoshombres de Cataluña y Aragon, para que sin falta alguna estuviesen con Nos el dia de la pascua florida, porque los necesitábamos en gran manera y de su venida podria resultarnos gran provecho y honor. Entretanto el sarraceno habló con Alazarch y le dijo: — Alazarch, tú tienes víveres y no tienes dinero, pues á los peones que tienes á sueldo les debes ya una gran partida: ahora que es amigo tuyo el rey de Castilla, podrias enviarle á suplicar que del mismo modo que te alcanzó del rey de Aragon tregua por un año, te la hiciese otorgar asimismo por otro. El rey de Aragon, que le teme, no se atreverá á negarle cosa tal, ni aun otra de mas importancia, si la pide;

y de este modo podrás recoger buenas mieses y sacarás dinero del trigo que ahora tienes y que podrás vender, y te quedará salva la cosecha próxima. — Respondióle Alazarch que era muy bueno el consejo que le habia dado, y así que lo seguiria; y desde luego envió mensaje al rey de Castilla, suplicándole que procurase alcanzarle la tregua por otro año, y ofreciéndole por lo mismo estar á su servicio y mandato. Al recibir el rey de Castilla la carta de Alazarch, enviónos otra á Nos para suplicarnos lo que este le pedia, sucediendo esto hácia el domingo de Lázaro poco mas ó menos; y entretanto vino á vernos el antes citado moro, y nos dijo: como estaba ya cumplido por su parte lo que nos habia enviado á decir, y así que veríamos no habia faltado á la verdad, por cuanto Alazarch acababa de hacer la venta de todo el trigo que tenia en su poder. Contestámos entonces al rey de Castilla, y le dijimos: que nos maravillábamos mucho de que nos suplicase cosa que habia de ser en nuestro daño, porque harto sabia que Alazarch nos lo habia ocasionado y grande en nuestra tierra, siendo así que antes habia venido á Nos para manifestarnos que queria hacerse cristiano y tomar por esposa á una parienta de En Carroz; y luego, yendo Nos de noche á un castillo, que tenia por nombre Reguar, solo con treinta y cinco caballeros, nos intentó una traicion, de manera que nos armó una celada con sus moros por siete partes diferentes, y nos salió al encuentro con gran ruido de cuernos y añafiles, ayudado por ballesteros, que eran en gran número é iban con adargas. En tal ocasion, si nuestro Señor no nos hubiese prestado allí ayuda, hubiéranos muerto y confundido dicho moro; pues demostró ya su intencion, cuando, al enviar Nos ciento diez y siete cristianos para que guarnecieran una torre que habia á la otra parte del castillo, los hizo prisioneros y se los quedó. Con esto, enviámos á decir al rey de Castilla, que no debia amar á quien preparaba de tal modo nuestra muerte, ni menos interceder por él; y al moro que habia corrido el negocio, hicímosle en seguida entrega de los besantes y de la escritura de señalamiento, conforme con Nos lo habia antes pactado.

CAPÍTULO CCXLI.

Estuvimos por la pascua en Valencia, y el martes siguiente nos fuímos á Játiva, sin llevar en nuestra compañía mas allá de setenta caballeros. De este punto salímos luego un viernes, y marchámos á Cocentaina, previendo que vendrian los ricoshombres, pues sabíamos que habia en Valencia una partida. El otro jueves nos convenímos con el alcaide de Planes, de Castell y de Pego, y al dia siguiente, despues de haber oido misa, nos fuímos á Alcalá; pero no atreviéndose á esperarnos allí el moro, pasó desde luego á Gallinera. Nos habíamos ido á Alcalá, porque sabíamos que era allí donde principalmente residia y con preferencia á los demás puntos; mas esplicar ahora todos los sucesos que allí tuvieron lugar, solo serviria para aumentar el volúmen de este libro: dirémos solamente, que el dia ocho recobrámos Alcalá, Gallinera y además diez y seis castillos que se nos habian quitado; despues de lo cual hizo promesa el moro de que saldria de nuestra tierra para siempre, y no volveria á ella nunca jamás; Nos dimos Polou á un sobrino suyo para que lo tuviese durante su vida, y con esto quedaron finidas las desavenencias que con él habíamos tenido hasta entonces.

Sin embargo, antes de arreglarse tal asunto de esta manera, vino á Alicante el rey de Castilla, y envió un mensaje á Alazarch, diciéndole que saliese á verle; y habiendo salido el moro, encontró al rey de Castilla, á sazon que se entretenia cazando. Iba Alazarch con diez caballeros moros precedido de dos batidores, y advirtiendo al rey de Castilla los suyos, de que aquel se acercaba, paróse el rey, Alazarch se paró tambien, y adelantándose, fué á besarle la mano, en cuya ocasion le preguntó el rey de Castilla, si sabia cazar. Á tal pregunta respondió Alazarch, que si queria, cazaria castillos del rey de Aragon; mas habiéndolo oido un gallego que iba con el rey de Castilla, diz que contestó: que mal moro seria aquel, si solamente sabia cazar castillos. Presenció tal suceso y oyó dichas palabras un caballero de nuestra tierra llamado Miguel Garcés, el cual nos lo refirió luego; y mas adelante, despues que hubimos quitado á Alazarch cuanto tenia y le hubimos arrojado del pais, acordámonos de tales palabras, y mandámos es-

cribir una carta al rey de Castilla, diciéndole, como se nos habia esplicado la entrevista que con él habia tenido Alazarch y nos habian referido las espresiones antes citadas; y que así, le hacíamos saber, como en ocho dias habíamos quitado á dicho moro diez y seis castillos, de consiguiente viese, por lo que le participábamos, como Nos sabíamos cazar tambien, y que la caza de Alazarch habia consistido solamente en lo que en nuestra carta veria.

Mas adelante, concluida ya del todo la campaña de Valencia y recobrado cuanto habíamos perdido, nos fuímos á Aragon. Antes, sin embargo, nos contaron que el rey de Castilla habia reñido con el de Granada, quien hacia tiempo que habia llamado en su ayuda á los moros de ultramar, de modo que los jinetes avanzaban ya tierra adentro, pensando que pronto podrian recobrar todo el territorio del rey de Castilla, y además todo cuanto habian perdido por Nos ó por cualquier otro que fuese en toda Andalucía. Cuando el rey de Castilla, que á tal sazon se hallaba en Sevilla, supo esto, desafió al rey de Granada, á causa de haber ya llegado á este escondidamente gran número de hombres de los que esperaba; mas dicho rey de Granada se habia entendido á la par con todos los castillos y villas que el rey de Castilla tenia y en los cuales habia moros, así como con los que habitaban en Sevilla, que eran en gran número, para que un dia se levantasen todos y combatiesen á los cristianos, debiendo ser el resultado prender al rey de Castilla con su mujer, y recobrar de una vez todas las villas y castillos. Así lo hicieron; y á no haber descubierto el citado rey en Sevilla la trama proyectada, hubiéranse perdido él, su esposa y aun sus hijos; mas aun cuando de este modo pudo evitar que no se le levantaran los moros, que en gran multitud estaban dentro de la ciudad, perdió el rey de Castilla en menos de tres semanas trescientas entre villas grandes y castillos.

CAPÍTULO CCXLII.

El domingo de Ramos nos hallábamos en Sijena, cuya fiesta celebrámos en tal punto, para honrar así el monasterio que en él fundó nuestra abuela doña Sancha. Nos dijeron allí que la reina

de Castilla, que estaba en Huesca, nos enviaba mensaje, y era el que nos lo traia Beltran de Vilanova, el cual era natural nuestro y hombre que conocíamos á fondo y amábamos. Á tal aviso nos fuímos á Agrañen, que es una villa nuestra que está á unas cuatro leguas de Huesca, y allí encontrámos á Beltran de Vilanova, quien nos entregó las cartas de la reina, en las cuales nos decia esta: que harto sabíamos Nos lo mucho que ella nos habia amado siempre, así como debe amar una hija á su padre, es decir con toda lealtad; que Nos la habíamos casado con el rey de Castilla, el cual era uno de los mas altos y poderosos hombres del mundo, y que de él habia tenido ya ocho ó nueve hijos entre varones y hembras; por todo lo que, pues, nos suplicaba por Dios, por nuestro saber y por nuestra valía, que no permitiésemos que les quitasen lo suyo; que ideásemos el mejor medio de ayudarlos, y lo contrario no pensásemos, pues no le quedaba otro refugio que el nuestro, ya que los moros les habian quitado casi toda la tierra á escepcion de una poca: y así, que nos suplicaba como á padre y señor en quien ella fundaba toda su esperanza y á quien miraba como á protector, que les ayudásemos, á fin de no ver ella en sus dias privados de su patrimonio á su marido y á sus hijos. No bien leímos las cartas, dijimos á En Beltran que no podíamos darle allí de pronto respuesta, pero que iríamos á Huesca, lo consultaríamos con nuestro consejo, y luego contestaríamos á la reina de tal modo, que ella no podria menos de quedar muy satisfecha de Nos. Entonces nos besó la mano, y espresó por su señora el mayor agradecimiento que mostrarse pudiera.

La mañana siguiente, despues de haber oido misa, nos fuímos á Huesca, donde mandámos á los ricoshombres que con Nos venian y á otros que allí se hallaban, que estuviesen el otro dia por la mañana en nuestra casa, pues con otros que ya en ella encontrarian, teníamos que hablarles de un asunto muy grave y necesario. Reunidos en la misma el obispo de Huesca, el abate de Montearagon, Ferran Sanchez de Castro, Ferrando Guillen de Entenza, En Gimeno Perez, don Gonzalo Perez, que era sobrino de don Gimeno Perez, y el arcediano de Valencia, les mostrámos la carta de la reina, y les mandámos que nos diesen consejo, para ver de qué manera obraríamos sobre lo que nos habia enviado á decir. Á tales palabras, señalaron todos al obispo de Huesca para que ha-

blase, á lo que él respondió: — Pues así lo quereis vosotros y el rey, hablaré. Señores, asunto de grande importancia es éste, y resolverlo el rey solamente por nuestro consejo, cuando tiene tantos nobles, arzobispos y obispos en su tierra, no me parece bien; pues, como digo, es de tanta importancia el tratar de este asunto, que no lo seria mas si hubiésemos de hacerlo sobre una batalla como la de Úbeda ó cualquier otra que haya tenido lugar en España: así, pues, soy de parecer que el rey reuna su corte, y manifestando el negocio[1], resuelva lo que quiera hacer, por consejo de la misma. — Dijimos luego á Ferran Sanchez de Castro que hablase, y nos contestó: — Hable antes don Bernardo Guillen, que es mas anciano, y despues hablaré yo. — Rehusólo En Bernardo Guillen de pronto; mas luego accedió, y dijo: — Soy de parecer que el rey no debe faltar á la reina, sobre todo habiéndole enviado ésta semejante carta; y me parece además, que ahora es la mejor ocasion para que pueda el rey con justo motivo recobrar todos los tuertos que le hace el rey de Castilla: y ya que tanto ha de costarle al nuestro tal campaña y la ha de emprender cuando no la emprendiera con mayor oportunidad un rey por otro, justo es que recobre ahora los castillos que tantas veces pidió al de Castilla, y que nunca pudo alcanzar. Sin embargo, no aconsejaré yo al rey que no preste ayuda al de Castilla, porque harto la necesita éste, y en las necesidades es cuando se conocen los amigos. — Acabado tal discurso, dijimos á Ferran Sanchez que hablase, y lo hizo de esta manera: — Me conformo con el parecer que al principio ha emitido el obispo de Huesca, es decir, que el rey reuna sus cortes; y tengo por bueno lo que ha dicho don Bernardo Guillen, de que el rey recobre los castillos, por ser esta la mejor ocasion de hacerlo, y que á ello lo ayudemos todos como mejor podamos, en lo cual, así como en reunir la corte, creo que nadie tendrá dificultad: porque, á no reunirla, ni el hecho, ni aun el plan que se adopte es posible que se realizen; y en un asunto de tanta importancia como éste, no se puede prescindir de tener tal acuerdo. — Lo mismo vinieron á decir en seguida el abad de Montearagon, don Gimeno Perez de Arenós y don García Perez de Tarazona. En suma, y para abreviar razones, aprobaron todos tal resolucion y convinieron en que enviásemos á pedir al rey que nos entregase Requena y los demás lugares nuestros que tenia; que nuestro intento era el ausi-

liarle de muy buena gana; pero que no podíamos aun contestarle definitivamente, hasta tanto que hubiésemos congregado nuestras cortes, y que en seguida lo haríamos de manera, que sin duda podria quedar él muy satisfecho.

Cuando todos los sobredichos hubieron declarado su parecer, nos pidieron que les manifestásemos tambien el nuestro; á lo que accedimos, haciéndolo en estos términos: —Debo manifestaros ante todo, que no puedo yo convenir en lo que acabais de decirme; pues sucede en este negocio lo mismo que cuando un hombre cata algun vino: los que quieren aguarlo prueban primeramente si es flaco ó fuerte. Lo propio ha hecho ahora el rey de Castilla, valiéndose de mi hija; pues por la faltas de que se ha hecho reo para conmigo, no se ha atrevido á pedirme que le ayude, y ha querido que lo hiciese antes dicha mi hija: si conoce que las cartas de ésta no bastan á lograr lo que pretende, no nos faltarán entonces otros ruegos para que le ausiliemos. En cuanto á lo que me aconsejais, que reuna las cortes, apruebo vuestro dictámen, y convocaré unas en Cataluña y otras en Aragon, en Barcelona las primeras, y las segundas en Zaragoza; pero no creais que á ninguna de ellas les pida consejo en este negocio, porque no en todos los que á ellas concurren hay siempre tanto saber y valor como se requiere, y nos consta ya por esperiencia que resultan siempre encontrados sus pareceres, cuando se lo pedimos acerca de algun negocio de importancia: lo que sí haré, será proponerles el asunto y suplicarles que en él me ayuden y favorezcan, ya que yo no puedo prescindir de tomarlo á mi cargo por tres razones; la primera, por no dejar abandonados á mi hija y nietos, á quienes se quiere quitar lo que les pertenece; la segunda, mas poderosa que cuantas vosotros habeis insinuado, porque aun cuando yo no tratase de ayudar al rey de Castilla por mi valor y por la obligacion que le tengo, deberia hacerlo por ser él uno de los hombres mas podesos del mundo, y porque si á pesar de mi negativa salia él con bien de los apuros en que á la sazon se halla, tendria motivo bastante para reputarme siempre per su enemigo mortal, no habiéndole dado ningun ausilio en sus cuitas, y por ende me causaria siempre y con razon cuanto daño pudiera; y la tercera y última, que es tambien la que naturalmente se ofrece como de mayor peso, porque si el de Castilla perdia su tierra, no estaríamos Nos

tampoco muy seguro en la nuestra. Mas vale, de consiguiente, que vayamos á defender ahora su reino, que nó vernos obligado luego á defender el nuestro; y así no hay mas sino contestar á la reina, que la ausiliarémos con todo nuestro poder, que nos irémos á celebrar cortes en Cataluña y las celebrarémos tambien en Aragon, y que cuanto mas antes podamos volarémos en su ayuda.

CAPÍTULO CCXLIII.

Partímos en seguida hácia Cataluña, y convocámos desde luego las cortes para Barcelona. Cuando estuvieron reunidos en ellas los ricoshombres, ciudadanos y clérigos, les rogámos que del mismo modo que me habian ayudado siempre con los de sus linajes en todas mis empresas, y muy particularmente en la de Mallorca, así tuviesen á bien ayudarme entonces en aquel negocio, ya que tanto lo necesitaba; á lo que contestaron, que querian antes deliberar sobre nuestra demanda. En Raimundo de Cardona y algunos de su linaje opinaron que debíamos enmendarles ante todo los tuertos que les habíamos hecho, y que luego discutirian nuestra proposicion y contestarian á ella en términos que pudiésemos quedar satisfecho (1); pero Nos les hicimos presente, que cualquiera

(1) La satisfaccion y enmienda de los desafueros cometidos por el rey ó sus oficiales en el intervalo de una á otra legislatura, y la votacion de los subsidios que por via de donativo ó de empréstito debian concederse á la Corona, eran las dos armas principales con que sostenian su poder parlamentario las antiguas cortes de los estados de Aragon. Usando de la primera, luego de constituidas y de haber hecho el monarca su *proposicion*, ó leido el *discurso del trono*, como decimos ahora, cada brazo presentaba en una de las primeras sesiones su memorial de agravios (*greuges*), en el que enumeraba todos los que habia recibido del poder real desde la anterior legislatura, y pedia por ellos la correspondiente enmienda. Así debian ante todo ponerse de acuerdo el rey y las cortes sobre este punto, porque hasta que estuviese decidido no pasaban aquellas á tratar de ningun otro negocio: mas como aquí don Jaime, llevado seguramente del afan de socorrer cuanto antes á su yerno el rey de Castilla, quiso prescindir de dicha formalidad; tropezó desde luego con la oposicion de don Raimundo de Cardona y otros partidarios suyos, los cuales no quisieron renunciar á la prerogativa que tenian las cortes y al derecho que les daba la constitucion del reino, si así podemos llamarla, y se empeñaron en que antes de deliberar sobre los servicios pedidos por el rey, satisfaciese éste á los agravios que de él tenian recibidos.

que tuviese de Nos alguna queja podia manifestárnosla, y estábamos dispuesto á otorgarle justicia; mas que no por esto debian suscitarnos estorbos en el hecho de que se trataba, ni estaba puesto en razon que pidiéndoles Nos una cosa, nos diesen ellos respuesta tan estraña á nuestro propósito. Por esto les mandámos y pedímos que lo pensasen mejor, pues la contestacion que nos habian dado no parecia digna de hombres tan buenos y distinguidos como eran ellos. Á pesar de esto, aunque deliberaron de nuevo sobre aquel asunto, la respuesta que nos dieron fué tan mala y peor que la vez primera.

Viendo entonces que se portaban tan mal, les hablámos en estos términos: — Malamente mirais por lo que puede suceder en lo venidero; pues si perdiese lo suyo el rey de Castilla, mas difícil nos seria luego á Nos y á vosotros el conservar lo que ahora poseemos. ¿Reportareis por ventura alguna ventaja, vosotros clérigos, de que en las iglesias donde son adorados ahora nuestro Señor y su Madre, lo sea luego Mahoma, si por nuestra desgracia se pierden? ¿Ó contais acaso que se salvará lo vuestro, si nosotros reyes perdemos lo nuestro? Tan mala y villanamente nos respondeis, que nunca hubiera podido imaginarlo; pues siempre habia creido que celebrando cortes á catalanes, alcanzaria de ellos cuanto estuviese puesto en razon, y mas aun, si mucho se lo rogaba. Mas ya que veo frustradas mis esperanzas, tendré que separarme malcontento de vosotros, tanto como señor alguno pueda estarlo de sus vasallos.

Concluido nuestro razonamiento, nos levantámos, y sin querer escuchar otra respuesta, nos fuímos en seguida á nuestra casa: suplicáronnos ellos encarecidamente, que no nos enojásemos, que deliberarian otra vez, y nos manifestarian su resolucion; pero á pesar de todas sus protestas, no quisimos detenernos. Parte de los de las cortes nos siguieron hasta nuestra casa, y los demás continuaron reunidos, esperando á los que nos habian acompañado. Cuando íbamos á sentarnos á la mesa, nos enviaron á En Berenguer Arnau, En Pedro de Berga y otros dos ricoshombres que ahora no recordamos, los cuales nos suplicaron que les permitiésemos hablar con Nos. Apartándonos, pues, con ellos á un lado, les pedímos que se esplicasen, y nos dijeron, que no habia sucedido nunca, ni sucederia tampoco entonces, que habiendo pedido

consejo y ayuda á los prelados y ricoshombres de Cataluña, dejasen de prestárnoslos; por consiguiente, que no nos ausentásemos de la ciudad, como habíamos indicado querer hacerlo, porque ellos obrarian de manera que pudiéramos quedar satisfecho. Tanto nos lo rogaron, pues, y con tal empeño, que no pudimos negárselo.

Á hora de vísperas volvieron á nuestra presencia, diciéndonos que por ningun estilo trataban de darnos motivo para que nos apartásemos de ellos tan mal satisfecho; que atendiésemos sus razones antes de llevar á mal lo que nos habian dicho; y por último, que tuviésemos á bien acceder á lo que nos habia pedido en Raimundo de Cardona, y que ellos tenian intento de otorgarnos otra vez el bovaje, aunque no tuviésemos derecho para ello por haberlo percibido ya dos veces, la primera cuando entrámos á reinar, y la segunda al emprender la conquista de Mallorca. Á pesar de esto, nos manifestaron que estaban prontos á concedérnoslo, y á servirnos en todo en aquel negocio, de manera que nos obligarian á agradecérselo. Con esto, quedámos ya muy contento de su respuesta, y convocámos en seguida las cortes de Aragon, para que de allí á tres semananas se hallasen reunidas en Zaragoza.

CAPÍTULO CCXLIV.

Emprendimos luego nuestro viaje hácia Aragon, y reunidas nuestras cortes de obispos y ricoshombres en la iglesia de Predicadores, hicimos en ellas nuestra proposicion, levántandonos en pié y tomando por tema una autoridad de la Escritura, que dice: *Non minor est virtus quærere, quam quæ sunt parta tueri.* Hablámosles, pues, en estos términos: — Aun cuando nuestro Señor nos haya probado cuánto nos ama, otorgándonos tan señalada honra en las empresas de Mallorca y de Valencia y en cuantas hemos acometido hasta ahora en nuestras tierras y en otras partes, obligacion nuestra es el defender lo que hasta aquí hemos conquistado, y por la misma razon debemos estarle tambien muy reconocidos porque nos escoge á Nos y á vosotros para remediar el daño que otro ha recibido, dándome ocasion para que con vuestro concurso pueda yo ausiliar al rey de Castilla, con quien tan estrechos vínculos me unen. Debemos además dar gracias á Dios de que la

traicion y daños que han hecho los sarracenos hayan recaido sobre el castellano, porque mas vale que hayamos de ir á pelear en sus tierras, que nó vernos obligados á defender las nuestras. Por esto os rogamos, tanto por el amor que nos debeis, como por los bienes que otras veces nos habeis dispensado, como tambien por el estrecho deudo que hay entre Nos y vosotros, que tengais á bien el ausiliarnos en esta empresa; pues serán insignificantes los subsidios que nos suministreis en comparacion de las recompensas con que estamos pronto á premiaros, ya que os hemos de dar luego diez maravedises por cada uno que vosotros nos concedais ahora. Sin embargo, no creais que lo que os pedimos tratemos de exigíroslo como una deuda; solamente os lo rogamos, para que podamos llevar á buen cabo este negocio, esperando que os hareis cargo de cuán honroso ha de ser para todos nosotros el contribuir á este socorro, y que por lo mismo ningun sacrificio os ha de parecer costoso. Aun cuando marchásemos á ultramar, seguramente no prestaríamos de mucho tan importante servicio, como el que podemos hacer ahora saliendo á la defensa de lo que Dios nos ha dado al rey de Castilla y á Nos; pero debeis considerar, sin esto, cuán vergonzoso y perjudicial pudiera sernos el no ayudar al castellano, porque si él perdia lo suyo, muy fácilmente pudiéramos Nos perder lo nuestro. Ahora, pues, si quereis que os declaremos de qué manera pensamos socorrerle, vengan á Nos dos ricoshombres, y les manifestarémos aparte lo que tenemos ideado: sobre ello podreis luego deliberar y darnos vuestra contestacion, de modo que sea esta para mayor honra de Dios, de Nos y de todos vosotros.

CAPÍTULO CCXLV.

Concluido nuestro razonamiento, levántose un fraile franciscano, y tomando la palabra, dijo: — A fin de que el rey y vosotros todos cobreis mayor ánimo para resolver el negocio que se os acaba de proponer, voy á esplicaros cierta vision que tuvo uno de nuestros religiosos. Era éste de Navarra, y estaba durmiendo cuando se le apareció un personaje vestido de blanco, que llamándole por su nombre, le preguntó si dormia. Santiguóse el fraile despavorido, y preguntando á su vez á la vision: ¿Quién eres tú, que

me has despertado? contestóle esta: Yo soy ángel del Señor, que he venido para decirte, que la guerra que se ha movido en tierra de España entre sarracenos y cristianos, debes tener por cierto que la ha de terminar un rey, que salvará á España de los males que la amenazan. ¿Qué rey será éste? preguntó el fraile. El rey de Aragon que se llama Jaime, contestó el aparecido. Así me lo declaró con toda certeza en el sacramento de la penitencia el mismo religioso que tuvo la vision, añadiendo que habia tenido un pesar en que no hubiese sido el de Navarra el rey escogido para tamaña empresa. Debeis por consiguiente tener todos suma satisfaccion en que sea nuestro rey el que ha de librarnos de tan grave daño. Con este objeto, y para esforzaros, he querido comunicaros esta nueva. — Despues del religioso, tomó luego la palabra don Gimeno de Urrea para decirnos, que buenas eran las visiones; pero que ellos deliberarian sobre lo que les habíamos propuesto, y vendrian despues á vernos. — Bien decís, — contestámos Nos; y con esto se separaron entonces todos los congregados.

CAPÍTULO CCXLVI.

Desde allí nos fuímos en seguida á nuestra cámara; y habiéndosenos presentado siete ú ocho de los ricoshombres, les dijimos: — Barones, lo que tenemos que manifestaros no hemos querido declarároslo delante de todos, porque son cosas que deben tratarse en secreto, para que nos deis tales ausilios, que sirvan para mayor bien y honra de Nos y de vosotros. Hace poco que hemos celebrado cortes en Barcelona, y en verdad hemos quedado muy satisfecho de la clerecía y ricoshombres de Cataluña, porque así que les declarámos el buen propósito que teníamos de servir á Dios y ausiliar al rey de Castilla, acordaron de buena gana el ayudarnos con subsidios sobre sus vasallos y concedernos el bovaje, suplicándonos despues que contribuyésemos tambien por nuestra parte con alguna recompensa, y que luego nos servirian con cuanto tenian y con cuantos feudos les otorgásemos. Por las mismas razones os suplicámos ahora á vosotros, que nos hagais ayudar por vuestros hombres en los mismos términos que han resuelto hacerlo los catalanes; ó bien, si así no os place, podemos idear entre todos algun

arbitrio que sea igualmente provechoso. Si bien lo calculais, no ha de ascender siquiera á cinco mil sueldos el servicio de aquel de vuestros hombres que mayor nos lo preste, y Nos podrémos daros en recompensa hasta treinta mil: con que ya veis si habrá beneficio en emplear cinco para granjear luego treinta. En cuanto á los caballeros, por mas que dé cada uno, no ha de contribuir ciertamente con mas de mil sueldos; y Nos en cambio os indemnizarémos de modo, que podais darles á cada uno hasta dos y tres mil: prescindiendo además de que nos comprometerémos solemnemente á que no pueda servir de ejemplar en lo sucesivo lo que ahora nos otorgueis, ni pueda irrogaros perjuicio en ningun tiempo.

Terminado nuestro discurso, permanecieron todos silenciosos y sin darnos ninguna respuesta; por cuyo motivo les dijimos, que nos maravillábamos en gran manera de que estuviesen tan callados, ya que lo que acabábamos de decirles no era cosa puesta fuera de razon ni que debiese apesadumbrarles. Viendo, por último, que se empeñaban en guardar silencio, dijimos: — Quisiéramos saber de tí, Ferran Sanchez de Castro, qué respuesta nos das. — Si tanto os urge el saberla, contestó Ferran Sanchez, os la daré. Yo no sé si en este asunto andaré ahora de acuerdo con los que me acompañan; pero en cuanto á mí, puedo deciros, que si quereis pegar fuego á cuanto yo poseo, podeis comenzar desde luego por el un estremo, y yo me saldré por el otro.—Y ¿esta es, dijimos entonces, la sola respuesta que hemos de oir de vos, Ferran Sanchez? No he venido yo aquí para incendiar la tierra, sino para defenderla y heredaros en ella, como lo he hecho ya: estos son mis intentos y estas mis obras; nó los que vos decis.— Habló luego don Bernardo Guillen de Entenza, y nos dijo:—Señor, cuanto querais de lo mio ó de cualquiera de mis lugares, os lo daré de muy buena gana; pero es imposible que acceda por mi parte á lo que nos habeis pedido. — Tomando despues la mano don Gimeno de Urrea, añadió: — Señor, aquí en Aragon no sabemos qué clase de subsidio sea ese del bovaje; pero con todo discutirémos vuestra propuesta, y os darémos luego la debida contestacion. — Dijímosles Nos entonces á todos: — Barones, menester es que vuestra resolucion sea mas acertada de lo que acabais de indicarnos; pues Nos solo anhelámos en este negocio nuestro bien y el vuestro.

CAPÍTULO CCXLVII.

Fuéron los barones á concertarse, y en todo aquel dia no volvieron á vernos; solo al siguiente al anochecer se nos presentó don Bernardo Guillen de Entenza, á quien dijimos; — Mucho habeis tardado, don Bernardo Guillen, á darnos vuestra respuesta. — Demorábamos el dárosla, nos contestó, porque prevemos que no os ha de placer. — ¡Cómo! replicámos Nos; ¿porqué? — Tened por cierto, añadió, que los nobles no tienen intento de daros muy buena contestacion. — Idos, pues, en buena hora, — le dijimos; y luego mandámos á nuestros porteros que fuésen á ver á cada uno de los ricoshombres, y les diesen la órden de que al dia siguiente por la mañana compareciesen á nuestra presencia. Á la hora indicada se presentaron todos; pero permanecieron delante de Nos sin hablar palabra: por consiguiente hubimos de preguntarles: — ¿Cuál ha sido vuestra resolucion acerca de lo que os propusimos? — Despues de haber altercado entre sí sobre quien tomaria la palabra, hízolo por encargo de los demás don Gimeno de Urrea, y nos dijo: — En esta tierra, Señor, ni aun sabemos lo que significa bovaje; por consiguiente, se alborotaron todos los nobles así que oyeron aquella palabra, y dijeron unánimes que no podia otorgárseos tal subsidio. — Mala gente sois, contestámos Nos, y mucho nos maravillamos de que tanto os cueste el entender la razon; pues bien debiérais considerar la naturaleza é importancia de este negocio, y el buen fin que en él nos hemos propuesto. Este fin, no creemos que nadie pueda reprobárnoslo; pues si acometemos esta empresa de que se trata, es primeramente para el mayor servicio de Dios, luego para que se salve España, y finalmente para que Nos y vosotros seamos los que ganemos la honra y prez de salvarla. Por la fé que á Dios debo, no podia esperar que vosotros, que todos teneis feudos por mí, quien de veinte, quien de treinta, quien de cuarenta mil sueldos, rehusáseis cumplir con la obligacion que teneis de ayudarme, cuando con ella cumplen los de la mas honrada tierra de España, como es Cataluña, que es el reino mejor mas honrado y mas noble que en ella existe; pues hay en él cuatro condes, que son el de Urgel, el de

Ampurias, el de Foix y el de Pallars; y cuéntanse allí cuatro ricoshombres, cinco caballeros, diez clérigos y cinco ciudadanos honrados por uno que aquí tengais en cada clase: y es aun mas de estrañar vuestra negativa, si se atiende al beneficio que os resultaria, por los favores y recompensas con que os pagaríamos luego el servicio que ahora nos hiciéseis. — Á pesar de todas nuestras razones, nos contestaron que no podian acceder de ninguna manera á lo que les pedíamos. — Sí accedereis, — añadímos Nos entonces; y ellos continuaron guardando silencio. — Accedereis, proseguímos luego; pero será de manera que no os ha de costar sino dar el sí. — ¿ Cómo puede ser esto? repusieron ellos. —Voy á manifestároslo: pase que vosotros no contribuyais con nada de lo vuestro; pero delante de los demás acceded á nuestra demanda, para que á lo menos, movidos de vuestro ejemplo, contribuyan los clérigos, las órdenes y los caballeros, y así no lo perdamos todo. — Contestáronnos que deliberarian sobre este punto, y que nos harian saber su resolucion.

CAPÍTULO CCXLVIII.

Al dia siguiente por la mañana se reunieron en la casa de Predicadores, mientras Nos estábamos con el obispo de Zaragoza, juzgando un pleito que tenia doña Teresa con García de Vera y con Miguel Perez de Alagon. Al salir del tribunal, se nos presentaron Sancho Gomez de Balanrasa y Sancho Aznares de Arbe, los cuales nos dijeron: — Señor, los ricoshombres y caballeros nos envian para que os manifestemos, que la demanda que vos les hicísteis no se la hizo nunca rey ninguno, y que antes de acceder á ella preferirian perder cuanto tienen. — Volvímonos entonces al obispo de Zaragoza, que nos acompañaba, y echándonos á reir, le dijimos: — Cierto que esos barones no nos contestan muy favorablemente; pero otra vez, si Dios quiere, nos contestarán mejor. — Cuando se hubieron marchado los mensajeros y estuvieron otra vez en las cortes, se amotinaron todos los concurrentes, diciendo: — Marchémonos, marchémonos, vámonos á Alagon, y allí podrémos resolver lo que deba hacerse.—Con esto se salieron todos de la ciudad, quedándose solamente con Nos dos caballeros.

CAPÍTULO CCXLIX.

Despues de haber comido, se nos presentó Pero Jordan de Ejea, y nos dijo: —Señor, muy doloroso me es lo que está pasando, porque veo que se obra en todo arrebatadamente, y nó como se debiera: yo no puedo prescindir de ir á Alagon; por consiguiente, ordenadme si quereis que diga algo de vuestra parte á los que allí se hallan reunidos. —Nada teneis que decirles, le contestámos. —Si algo teneis que manifestarles, insistió él, encargádmelo; que como me lo ordeneis, así se lo trasmitiré. —¿Lo hareis como lo decis, Pero Jordan? —Puntualmente, señor. —Pues entonces decidles, que mañana se escederán mas que hoy; y que luego al cabo de quince dias, de un mes y de un año, se arrepentirán de lo que habrán hecho. Confúndaos Dios, Pero Jordan, si así no se lo manifestais. —Despues de haberse los de las cortes juramentado secretamente en Zaragoza, y luego en Alagon, se trasladaron á Mallen, y nos fuímos Nos á Calatayud.

CAPÍTULO CCL.

Estando en Calatayud, les enviámos por mensajero el obispo de Zaragoza, para que les dijese, que estábamos dispuesto á darles satisfaccion de cualquier agravio que de Nos hubiesen recibido, y que por lo mismo no podíamos menos de admirarnos de que obrasen de aquel modo, rebelándose tan abiertamente contra su propio señor. Con tal noticia, nos enviaron un mensaje, diciéndonos que si les dábamos salvoconducto, vendrian á vernos don Bernardo Guillen de Entenza, don Artal de Alagon y don Férriz de Lizana; por consiguiente, habiéndoles enviado el salvoconducto que nos pedian, y manifestádoles además que estábamos pronto á administrarles justicia, comparecieron en Calatayud dichos tres enviados, y los recibímos en la iglesia de nuestra Señora santa María, donde se hallaban reunidas mas de mil personas para escuchar nuestras palabras. Lo primero que les dijimos fué, que queríamos saber porqué se habian conjurado, sin habernos presenta-

do antes ninguna queja, ni haber siquiera examinado si queríamos satisfacérsela; pues era muy estraño que, sin saber porqué, se hubiesen juramentado contra su señor. Respondiéronnos ellos, que lo habian hecho porque les estábamos quebrantando los fueros de Aragon: á lo que repusimos: — Mostradnos en qué, y nos hallareis pronto á enderezaros el tuerto: aquí tenemos el fuero de Aragon; mandémoslo leer delante de vosotros capítulo por capítulo, é indicadnos á cuál hemos faltado, para que podamos enmendar la injusticia. — No se necesita tanto, replicaron los mensajeros; ya os lo dirémos nosotros de memoria. — Tampoco nos parece mal, añadímos; pero mejor será que nos lo manifesteis por escrito. — Así lo hicieron, y nos presentaron un memorial en que habian apuntado todos los motivos de queja que tenian de Nos, entre otros porque llevábamos á nuestro lado á algunos sabios en derecho, que eran los que juzgaban los negocios, y hacian tuerto á don Bernardo Guillen de Entenza en el asunto de Monpeller; y algunos otros pretestos por el mismo estilo, que no tenian piés ni cabeza, y con los cuales querian cohonestar su yerro. En cuanto al primer motivo de queja que alegaban, les contestámos que era muy infundado, porque el rey debia llevar siempre en su corte legistas, decretistas y foristas que le ilustrasen sobre los muchos y diversos pleitos que debia fallar. — Ya veis, les dijimos, que teniendo bajo nuestro dominio tres ó cuatro reinos que Dios nos ha concedido, tenemos que sentenciar sobre cuestiones de muy distinta naturaleza, mayormente no gobernándose todos nuestros señoríos por un mismo fuero ni por una misma costumbre; y seria una mengua que no pudiésemos dar nuestra sentencia, por no conocer el derecho Nos y los hombres legos que nos acompañasen. Por este motivo llevamos á nuestro lado los legistas y decretistas de quienes os quejais; pero ¿acaso os hemos juzgado nunca por otro fuero que el de Aragon, cuando éste ha bastado para decidir el negocio? Si alguna vez hemos dejado de seguirlo, mostrádnoslo, que estámos pronto á deshacer la injusticia; pues dice dicho fuero, que debe juzgarse á todos los súbditos por su ley. — No quisieron, sin embargo, que se les leyese el fuero palabra por palabra en los puntos en que nos acusaban de habérselo quebrantado: y así, despues de haberles dado nuestra contestacion á los cargos infundados que nos hacian, y que por lo mismo no debian ha-

cernos, les dijimos: — Barones, vosotros obrais á mi entender como obraban los judíos con nuestro Señor, cuando lo cogieron el jueves, la noche de la cena, y llevándolo delante de Pilatos para que lo juzgase, gritaban; *Crucifige*! *Crucifige*! Lo mismo haceis vosotros quejándoos de que os quebranto los fueros, sin decirme en qué, y negándoos á aceptar la satisfaccion que os ofrezco; pues nunca ningunos vasallos movieron á su señor tales razones. Sin embargo, tened cuenta, barones, que solo dos cosas os favorecen para persistir en vuestra pertinacia y continuar rebeldes en nuestra tierra; la una, el habernos de ir á ayudar al rey de Castilla, á quien no podemos faltar por habérselo prometido; y la otra, nuestra prudencia, que nos retrae de marchar contra vosotros en semejante coyuntura. Si no fuese por esto, no habria en el mundo monte ni llano, murallas ni peñas de donde no os arrojásemos; pues por un caballero que vosotros tengais tendríamos Nos tres, que lejos de ser partidarios vuestros, no tendrian reparo en haceros cuanto daño pudiesen en vuestras, personas y en vuestros bienes; y tendríamos además las ciudades de Aragon y de Cataluña, que se declararian enemigas vuestras, y entienden tanto como vosotros en hacer la guerra. Ya veis, pues, que teniendo á nuestra disposicion todos esos medios, deberia hacernos muy poca mella vuestra rebeldía, mayormente siendo infundada. — Oidas nuestras palabras, se ausentaron de Nos, y fuéronse á encontrar á los suyos.

CAPÍTULO CCLI.

Á poco de haberse ausentado los mensajeros, supimos que todos los rebeldes habian fijado cierto plazo para reunirse en Almunien, y se nos dijo en qué dia debian verificarlo; por tanto resolvimos encaminarnos á Huesca, ordenando al obispo de dicha ciudad que nos acompañase, porque lo necesitaríamos para enviarlo en embajada á los disidentes. Acompañónos efectivamente aquel prelado; y llegados á Huesca, le enviámos á Almunien, donde se hallaban ellos reunidos, con encargo de decirles, que por el señorío que sobre ellos teníamos, les rogábamos y mandábamos que no cometiesen tan grave falta como la que estaban cometiendo. El

obispo se fué allá, les dijo lo que le habíamos encargado, y volvió luego para contestarnos, que vendrian á vernos Ferran Sanchez de Castro y don Bernardo Guillen de Entenza, si les enviábamos para ello un salvoconducto; por consiguiente se lo dímos, habiéndoles antes enviado á decir que estábamos pronto á someter aquel negocio á la decision de los obispos de Zaragoza y Huesca. Comparecieron luego dichos enviados; pero, para abreviar razones, dirémos solamente que fué sin fruto la entrevista, y que se volvieron sin haber querido aceptar el ofrecimiento que de nuevo les hicimos de administrarles justicia.

CAPÍTULO CCLII.

Viendo que no habia medio de hacer entender razon á los disidentes aragoneses, enviámos órden á En Pedro de Moncada, á varios nobles de Cataluña, y á los hombres de Lérida, Tamarite, Almenara y otros lugares, para que compareciesen con sus huestes, armados y prevenidos, señalándoles dia para reunirse con Nos en Monzon. Mientras tanto que las órdenes llegaban á su destino, permanecimos Nos en Barbastro; y allí recibímos un mensaje de los caballeros aragoneses, diciéndonos que si les otorgábamos salvoconducto, nos enviarian una nueva embajada. Comparecieron, pues, nuevamente Ferran Sanchez de Castro, don Bernardo Guillen de Entenza y don Férriz de Lizana, que eran otros de los conjurados; y habiéndoles dado audiencia en la iglesia mayor de Santa María de Barbastro, habló por todos Ferran Sanchez, y nos dijo, que si ellos habian prestado juramento, no habia sido con ánimo de levantarse contra Nos, sino solamente porque les infringíamos los fueros, y les hacíamos demandas inadmisibles; pues en Ejea les habíamos quitado parte de lo suyo, cuando contendian con Nos don Gimeno de Urrea, don Artal de Alagon y los demás ricoshombres y caballeros, á escepcion de Ferran Sanchez, don Bernardo Guillen y don Férriz. Respondimos que no tenian razon en decir que les habíamos quebrantado ningun fuero, ni que les hubiésemos quitado parte de su hacienda; porque muy al contrario, se la habíamos dado, entre otros á don Férriz, que tenia muy buenos feudos cuando se agregó á los conjurados, y á don Ber-

nardo Guillen, cuyo padre habia recibido de Nos cuanto tenia en este mundo. Por esto les repetímos que nos maravillábamos en estremo de que se portasen de aquella manera. Finalmente, y para abreviar, viendo que no podíamos avenirnos, les dijimos, que ya que así se rebelaban contra Nos, procuraríamos defendernos.

CAPÍTULO CCLIII.

Fuímonos luego á Monzon, y habiendo comparecido los primeros los hombres de Tamarite, marchámos con ellos á una fortaleza que habia edificado Pero Maza, hijo de En Arnaldo de las Cellas, y que estaba situada á corta distancia de aquella villa: mandámosla embestir, nos apoderámos de ella, y la hicimos luego demoler. De allí nos encaminámos á Rafals, y con la ayuda de los hombres de Almenara y de Tamarite ganámos tambien aquella fuerza, y hubieron de rendírsenos los que la guardaban. Terminada ya esta espedicion, nos fuímos á Lérida, donde rogámos y mandámos á los de la ciudad que se dispusiesen á venir en la hueste con Nos, porque habíamos resuelto marchar en ayuda del rey de Castilla. De Lérida nos fuímos otra vez á Monzon, para pasar por el puente, porque el Cinca iba bastante crecido; y despues de haber descansado allí una noche, nos encaminámos á Pomar, donde hicímos armar un fundíbulo y fabricar un castillo de madera para atacar la fortaleza: pero con una brigola que tenian los de dentro nos impidieron el acercar el fundíbulo y el castillo de madera á la distancia necesaria para que pudiesen ofenderles. Para remediar este inconveniente, enviámos á buscar á Tortosa otra brigola semejante que habíamos mandado construir allí, á fin de destruir con sus disparos la que tenian los sitiados. Con esto compareció luego Pero Martinez, clérigo, hijo de don Martin Perez, justicia de Aragon, y nos dijo, que si queríamos levantar aquel sitio, se avendrian los nobles con Nos, fiando la decision de aquel altercado al arbitrio de los obispos de Zaragoza y Huesca; que les devolviésemos los honores que á su entender les habíamos quitado, comprometiéndose ellos en poder de aquellos prelados y á nuestra satisfaccion á hacer por Nos cuanto fuese de derecho antes de que verificásemos dicha restitucion; y por último, que les señalásemos

algun lugar en que pudiesen albergarse, y vendrian á vernos para resolver aquel asunto.

Plúgonos lo que nos habia manifestado En Pero Martinez; y por lo mismo levantámos luego el campo, y nos volvimos á Monzon, dando órden á los hombres de Gil para que acogiesen en su villa á los disidentes. Así se cumplió, reuniéndose en aquella poblacion hasta ciento y cincuenta caballeros, entre ellos don Bernardo Guillen de Entenza, don Férriz de Lizana, Ferran Sanchez de Castro y otros, don Fortuño de Verga, y algunos otros deudos y amigos suyos. Estando allí, encomendámos la decision del hecho á los obispos de Zaragoza y Huesca, asegurándonos ellos que cumplirian con Nos lo que fuese de derecho, por la falta que habian cometido rebelándose contra Nos y nuestro señorío; y obligándonos por nuestra parte á devolverles sus feudos, si así fallaban que debíamos hacerlo los obispos. Firmóse de todo la correspondiente escritura, y nos otorgaron tregua hasta que volviésemos de ayudar al rey de Castilla y quince dias despues, segun así se espresó tambien en el convenio. Luego fijámos dia para que los nobles se hallasen con Nos en Zaragoza; lo que hicimos por dos razones: la primera, porque estábamos cierto de que ellos no podian darnos fianza de estar á derecho, por haber caido en comiso para Nos cuanto poseian y hasta sus mismas personas; y la segunda, porque era el tiempo de la siega, á mediados de junio, y no nos era posible en aquella sazon conservar reunida la gente, por el ansia que tenian de volverse á sus casas: de modo que por mas que les vigilásemos, y aunque los tuviésemos presos ó los castigásemos Nos mismo, no podíamos evitar de ningun modo que se nos escapasen.

CAPÍTULO CCLIV.

En el dia que habíamos señalado estuvimos Nos en Zaragoza, á donde acudieron tambien los nobles; pero el obispo de Huesca llegó hasta Almudévar, allí cayó enfermo, y sin poder de ningun modo pasar adelante, hubo de volverse: por consiguiente, dijimos á los nobles que el obispo de Huesca no podia venir, como ellos lo sabian ya de cierto. Manifestámos entonces al de Zaragoza, que por nuestra parte estábamos pronto á poner el negocio en

sus manos, lo mismo que antes en las de ambos prelados: á lo que nos contestó, que así se lo manifestaria á los nobles y veria si querian conformarse.—¿Qué pretende, pues, el rey?—preguntaron los disidentes al obispo.—Que le cumplais lo que le prometísteis, les contestó éste, del mismo modo que él cumplirá lo que os ofreció en el convenio.—Por las razones que, segun supimos despues, mediaron entre ellos y el prelado, creemos que éste entendió que no habia medio de que satisfaciesen á nuestro derecho; porque habiéndose juramentado contra Nos, sin todo lo que poseian, debian además poner en nuestro poder hasta sus mismas personas para hacer de ellas nuestra voluntad; por consiguiente, nos dijo el obispo:—Señor, creo que los caballeros han contraido con vos tal obligacion, que de ningun modo podrán cumplirla: ahora lo reconocen así, y por lo mismo me parece que no es regular les diga que os hagan la debida enmienda, porque tampoco podrian hacérosla con cuanto poseen.—Obispo, le dijimos Nos, vos no debeis mostrar á la una de las partes lo que interese á la otra: lo que tengais que decir, hacedlo por via de sentencia; Nos les devolverémos entonces los honores que les hemos quitado, y cumplan ellos lo que vos juzgáreis.—Replicónos el prelado, que no le parecia conveniente dar sentencia por la cual debiesen quedar desposeidos de cuanto tenian; mas Nos le contestámos:—Decidnos, pues, por lo que vos sois, ¿porqué se metieron ellos en aquel lazo?—El obispo no quiso entonces entender mas en aquel negocio; y así quedaron en poder nuestro los honores, ellos faltaron al convenio que habíamos celebrado en Monzon por no esperar la pena en que habian incurrido, y Nos conservámos la tregua que nos habian jurado, segun se espresaba en aquel mismo convenio.

CAPÍTULO CCLV.

Despues de esto, y fiado en dicha tregua, marchámos en ayuda del rey de Castilla con cuanta gente pudimos reunir; pasámos por Zaragoza, nos fuímos á Teruel, y enviámos mensaje á nuestros hijos, á En Raimundo de Cardona, á en Raimundo de Moncada y á otros, para que compareciesen en Valencia con todos los suyos que pudiesen reunir. Habíamos tambien tomado á sueldo á

dos mil caballeros; pero de los convocados no compareció mas que don Blasco de Alagon, y de los que debian venir á sueldo solamente se reunieron mil y ciento. En Teruel hablámos con los prohombres de la villa, les suplicámos que nos ayudasen en la campaña que íbamos á emprender, y refiriéndoles todo lo que nos habia pasado, les dijimos, que por nada de este mundo podíamos dejar de ayudar al rey de Castilla, despues de habérselo prometido. Por último, habiéndoles rogado encarecidamente que nos prestasen pan y ganado para abastecer la hueste, nos contestaron que querian deliberar un poco sobre nuestra demanda, y que luego nos harian saber lo que resolviesen.

Al cabo de una hora volvieron á vernos, y tomando la palabra por todos los de la villa Gil Sanchez Muñoz, nos dijo: —Señor, bien sabets vos, en lo que vos mandastes ne nos rogastes, que nuncha trovastes de nó en nos, ni lo ficistes, ni lo faredes agora; decimusvos que vos emprestarémos tres mil cargas de pan, é mil de trigo, é dos mil dordio, é veinte mil carneros, é dos mil vaques. É si queredes mas, prendet de nos (1).—Respondímosles que se lo agradecíamos infinitamente, y que por sus ofrecimientos bien se echaba de ver que teníamos buenos vasallos, que nos amaban mucho y tenian en Nos grande confianza. En seguida nos pidieron que les diésemos un portero que fuése á recorrer con ellos las aldeas y recoger los víveres hasta la cantidad ofrecida, y que luego lo dispondrian de manera que antes de salir Nos de Valencia pudiésemos tenerlo allí todo reunido. Dímosles, pues, el portero que nos pedian, y nos despedímos de ellos sumamente satisfecho, tanto por el amor que nos mostraron, como por lo bien que trataron de poner en obra los ofrecimientos que nos habian hecho.

CAPÍTULO CCLVI.

Estando en Valencia, hablámos con los prohombres de la ciudad, y les suplicámos se acordaran de que por Nos vivian ellos en tal

(1) Este y algunos otros diálogos que se hallarán en castellano antiguo, los hemos dejado en la traduccion tales como los puso don Jaime en el original.

punto, pues Dios quiso que tuviésemos la ciudad; atendido lo que confiábamos mas en ellos para poder ayudar al rey de Castilla y conquistar la tierra que se habia levantado contra él, que en ningun otro de nuestros vasallos; en razon de habernos desentendido de todos los demás de nuestra tierra, desde que estábamos en Valencia. Suplicámos de consiguiente, con todo amor y lo mejor que pudimos, para que se hicieran cargo de que Nos éramos quien habia poblado tal pais, y á fin de que nos ayudasen de manera en aquella jornada, que nos honrara mucho; porque en nuestro honor tenian ellos gran parte, y seria éste uno de los mayores que en tiempo alguno pudiésemos adquirir. Su contestacion fué decirnos, que tendrian su acuerdo, y que á la mañana siguiente volverian á nuestra presencia y harian por Nos cuanto les fuese posible.

La mañana siguiente nos dijeron que les manifestásemos lo que de ellos queríamos y en qué pudieran servirnos, pues estaban dispuestos á hacer nuestra voluntad. Dijímosles entonces, que necesitábamos provisiones, sobre todo pan, vino y avena.—Para recogerlo, añadímos, os rogamos lo hagais de esta manera: ireis por la villa, y al que tenga en su casa trigo, hareis que nos lo preste, dejándole tan solo el que pueda necesitar por un año. Si son mercaderes los que lo tengan, haced tambien que nos lo presten, que Nos se lo asegurarémos del mejor modo que les plazca; y vosotros, procurad descubrir do quier sepais que exista algun depósito.—Respondieron que lo harian de buena gana, pues veian que nos era necesario, y además conocian la prisa que en ello debia llevarse y la utilidad que podia resultar, así como el deshonor y el daño á que tambien podian esponerse no haciéndolo; en vista de lo cual, pasaron á ejecutarlo. Hecho esto, vinieron el infante En Jaime, En Raimundo de Moncada y otras compañías cuyos nombres no recordamos, y nos fuímos á Játiva, pasando luego desde Játiva á Biar.

CAPÍTULO CCLVII.

Desde Biar enviámos mensaje á los sarracenos de Villena, rogándoles que el dia siguiente de mañanita saliesen á vernos: y compareciendo Nos al lugar señalado para la entrevista, hallámos que ya nos estaban esperando. No bien estuvimos reunidos, apartámo-

nos con unos treinta de los mejores de la villa, y les dijimos, qué motivo habian tenido para levantarse contra don Manuel, que era su señor; pero que aun cuando hubiesen cometido tan grande yerro, tomábamos á nuestro cargo el hacer que les perdonase, porque era tanta la deferencia que dicho señor nos tenia, que haria por Nos cuanto le dijésemos; mas, que si ellos se oponian á esto, Nos tendríamos que hacerles mal á la fuerza; y á nuestro poder, ya veian que no les seria fácil el resistirse: de consiguiente, que les valdria mas á ellos que Nos les hiciésemos asegurar por En Manuel, y así podrian continuar permaneciendo en sus casas y en sus heredades; pues si tenian que abandonarlas y marchar á tierra estraña, no sabrian qué hacerse, á buen seguro, ni hallarian quien les hiciese bien. Respondieron que nos agradecian la advertencia que les habíamos dado, mas que el motivo que habian tenido para levantarse, habia sido tan solo por el mal trato que les daba dicho don Manuel; y así, que nos volviésemos á Biar, y que por la noche nos darian la respuesta.

La misma noche enviáronnos la respuesta por dos sarracenos, el uno de los cuales era latinado; y consistia aquella en decirnos: que la mañana siguiente volviésemos allá, y que ellos jurarian por su ley estar con don Manuel, cuando volviese, á los pactos ó convenios que con Nos hiciesen; que haciéndoles perdonar el yerro cometido, rendirian la villa; mas que si don Manuel no les perdonaba, no debiesen estar obligados á lo convenido. Por otra parte, que si Nos les jurábamos no devolver Villena al rey de Castilla ni á don Manuel, que fuésemos allá y nos la rendirian en seguida. Dijímosles que les agradecíamos cuanto nos habian dicho, y que el dia siguiente trataríamos con ellos el asunto de manera, que quedarian contentos de Nos; y que en la entrevista estenderíamos las correspondientes escrituras. Despues de esto, regalámos al latinado cien besantes, para que abogara á favor nuestro; lo cual hicimos á escondidas del otro, que no queríamos lo supiese, y en vista de que aquel nos decia que, confiando en Dios, haria por Nos cuanto quisiésemos.

La mañana siguiente nos fuímos á Villena y arreglámos el tratado con los moros, espresando que ellos se entregarian á don Manuel cuando allá fuése, y que Nos haríamos por que les perdonase y les mantuviera los mismos tratados que anteriormente les habia

hecho. Estendidas, de consiguiente, las escrituras, todos cuantos habia en Villena, desde la edad de veinte años arriba, nos juraron que aceptaban y observarian lo que estaba contenido en dichos tratados.

De aquí pasámos á Elda, alojándonos fuera de la villa, en razon de no haberse rendido aun del todo los sarracenos que la habitaban, á don Manuel, que era su señor: al punto nos enviaron á suplicar que no se les talase ni se les hiciese mal alguno, pues estaban prontos á hacer nuestra voluntad; y acudiendo á nuestra presencia, nos pidieron por lo mismo que les diésemos porteros ú otros hombres para que les guardaran la huerta y no se les hiciese mal, lo cual les concedimos en seguida.

Desde luego enviámos un mensaje é Petrer, cuyo punto habia perdido Jofre (1); y al mismo tiempo comparecieron dos viejos y un judío que tambien vivia allí en tiempo de aquel, y al que ningun mal habian hecho los sarracenos. Propusímosles que nos rindieran el castillo y que Nos lo pondríamos en poder de En Jofre, haciendo para ello que se les guardaran los tratados que con este tenian, y con el rey de Castilla. Respondiéronnos que el motivo que habian tenido para levantarse, era el mal trato que aquellos les daban; pero que si les jurábamos guardarnos para Nos aquel punto, que nos rendirian en seguida el castillo, pues á En Jofre lo temian mucho. Contestámosles, que estuviesen seguros de que tal cosa no haríamos, y que no los entregaríamos á En Jofre sin que les cumpliera los primeros tratados que antes tenian; porque no seria regular que, entrando Nos en ayuda del rey de Castilla, nos quedásemos para Nos los castillos que despues tendríamos que devolver á aquel y á los que por él los tienen. En vista de tal contestacion, dijeron que tendrian acuerdo y que por la noche nos darian la suya; y en efecto, allá al ponerse el sol, volvieron diciéndonos: que pues tanto empeño habíamos mostrado, harian lo que fuese de nuestra voluntad. Llegada la mañana siguiente, nos fuímos á verles con nuestros caballeros, y desde luego hicimos subir por los hombres de En Jofre nuestro pendon al castillo, con lo que verificámos la entrega de dicha fortaleza á aquellos.

(1) Don Gofredo de Loaysa, privado del rey de Castilla.

CAPÍTULO CCLVIII.

El dia siguiente nos fuímos á una aldea de Alicante llamada Nompot, y de aquí pasamos á aquella ciudad, donde ordenámos nuestra compañía. Estando allí, llamámos á nuestros hijos, esto es, al infante En Pedro y al infante En Jaime; y reunidos con el obispo de Barcelona y nuestros ricoshombres y caballeros en la iglesia nueva que hay estramuros, nó en la Mayor, les dijimos: como íbamos á tomar parte en la conquista del rey de Castilla, y de consiguiente, queríamos darles instrucciones para que supiesen como deberian portarse en tal campaña, las cuales se reducian, entre otras cosas, á lo siguiente.

Ante todo, que cuando estuviésemos en marcha, ninguno hiciese armas sin espreso mandato de Nos; pero si daba el caso de que no pudiese prescindirse de ello, que no se pasase adelante sin tener licencia nuestra: y si se oia gritar: *Via fora*! que se da asalto en tal ó cual lugar..., entonces que preparasen todos las armas y viniesen á nuestra presencia: que conforme lo que Nos les mandásemos, obrasen, es decir, que si de noche y en la hueste oian el grito de ¡á las armas! y el ejército tenia que reunirse aun, entonces se dieran prisa en armarse y en guarnecer los caballos los que los tuviesen, y vinieran en seguida á nuestra tienda, ó á la casa donde nos hospedásemos, si es que estuviésemos en poblado: que por ningun motivo en batalla ni en otro lugar alguno faltasen á nuestras órdenes; y sobre todo, que evitasen el tener disputas entre ellos ó con otros, como podria suceder en hueste de rey y señor; pues nada hay tan malo para el que rey y señor sea, como el que haya contiendas ó disputas en su ejército, lo cual bastaria, á veces, para que éste corriera peligro de morir todo ó perderse; porque tras las disputas, podrian venir los enemigos, revolver el campamento, y acabar con los que antes hubiesen quedado con vida. De consiguiente, si llegaba el caso de que se promoviera alguna disputa de caballeros ó por cualquier otro estilo, que acudiesen ante dos de los suyos, los cuales les otorgarian justicia, mandando que los que hubiesen hecho algun tuerto lo enmendasen; y en caso de no poder hacerlo, lo enmendaríamos

Nos: porque sabido es que en este mundo todas las riñas ó cuestiones provienen solamente de un *sí* ó de un *nó;* y además, que nadie por sí puede juzgar á otro, lo cual atañe solamente al que es señor. — Si alguno hay que quiera hacer armas, añadímos luego, y tiene gran deseo de ello, no se espante: Nos le pondrémos á buen punto, y ocasion le ofrecerémos, donde pueda satisfacer cumplidamente su deseo. De lo que los tales hiciesen, podria resultar nada menos que perderse ó anonadarse el ejército ó tenernos que retirar todos; por lo mismo, pues, os suplicámos y os mandámos, so pena de traicion y de perder nuestro amor, que de ningun modo traspaseis este mandamiento que os hacemos.

CAPÍTULO CCLIX.

Despues de tal reunion, enviámos un mensaje por un trujaman nuestro llamado La Ejea, con una carta, en la que decíamos á los de Elche que nos enviasen dos ó tres sarracenos de los buenos de la villa, y que hablaríamos con ellos; debiendo tener entendido, que ningun mal les haríamos si querian consentir, pues no teníamos intencion de ello; antes haríamos lo posible para ayudarles á ponerse en salvo. Enviáronnos luego dichos moros á Mahomet y á Abingalip, con otro, quienes al llegar á nuestra presencia nos saludaron en nombre de los viejos y de la aljama de Elche. Contestámosles Nos, que Dios les diese ventura, y en seguida añadímos: — Os participamos como el motivo de haberos enviado á buscar, es porque creemos que estareis ya enterados de lo que ha sucedido á aquellos sarracenos que han querido movernos guerra, así como de la manera con que nuestro Señor nos ha ayudado, concediéndonos una gran victoria en la campaña que emprendimos: sucediendo de aquí, que á cuantos quisieron tener paz con Nos y vinieron á implorar nuestra gracia, se la otorgámos Nos buena, y les mantuvimos lo que les habíamos prometido, á no ser que por culpa de ellos se perdiese. Estas dos razones, pues, os las decimos ahora, al venir á esta tierra, para que sepais, que aquellos que contra Nos se levantaren y rehusen nuestra gracia, los conquistarémos y morirán al filo de la espada; mas aquellos que á nuestra gracia quieran someterse, para que se la dispensemos, se la otorgarémos de tal ma-

nera, que podrán vivir en sus casas y tener sus posesiones á guisa de su ley; haciendo para ello que el rey de Castilla y don Manuel les guarden los convenios que les otorgaron, así como sus costumbres, segun se espresaba en las escrituras que con ellos firmaron; y con la circunstancia, de que si en algo os han faltado, harémos por que os lo enmienden.

Respondiónos el primer sarraceno, que agradecia á Dios y á Nos la advertencia que le acabábamos de dar, y que por lo mismo ponian en Nos su confianza, porque harto sabian que aquellos que en Nos fiaban podian estar seguros, pues no les faltábamos á la palabra y les manteníamos las promesas; que si les dábamos algunos hombres que les guiasen, irian allá y declararian á la aljama las buenas palabras que Nos les habíamos dicho, y luego volverian á Nos. En efecto, marcharon y refirieron á la aljama lo que Nos les habíamos manifestado; y volviendo luego, nos contaron lo que en aquella habian tratado. Dijimos entonces al sarraceno, cuyo nombre era Mahomet, que queríamos hablar con él; y apartándonos á un lado solos, le suplicámos que mirase por Nos cuanto pudiese, pues si tal hacia, además de la heredad que tenia en Elche, le daríamos tanto, que él y su linaje valdrian mas en todos tiempos; sin contar aun, que se le nombraria á él para tener la villa por En Manuel y administraria las rentas de la misma. Sacámos entonces trescientos besantes que llevábamos escondidos, y se los metimos por la manga de la almejía; con lo que se dió por satisfecho, prometiéndonos por su ley que haria por Nos cuanto hacer pudiera en nuestro pró.

Volvió el dia siguiente con un guiaje que Nos les dimos, y nos trajo una carta de los viejos de la villa, para saber qué era lo que les otorgaríamos y lo que nó; consistiendo lo que ellos nos suplicaban, en dos cosas: era la una, que pudiesen permanecer en la villa con todas sus heredades, y además que se les permitiera el poder llamar á la oracion en su mezquita; y la otra, que fuesen juzgados segun costumbre de sarracenos, y no se les desaforase por cristiano alguno; es decir, que fuesen los mismos sarracenos los que juzgasen, segun solia hacerse en tiempo de Miramamolin. Otorgámosles en seguida lo que nos pedian, y les asegurámos que si algun pesar habian ocasionado á don Manuel, se lo haríamos perdonar por éste y por el rey de Castilla, y además que les haríamos

guardar aquellos convenios que con Nos acababan de hacer: á lo que nos respondieron, que el dia que Nos fuésemos á Elche nos entregarian la torre llamada de Calahorra, y que entonces estenderian las escrituras y convenios, esperando que al pasar Nos por allí, les guardaríamos lo que á tal sazon se pactaba.

Nada quisimos decir de este asunto á nuestros ricoshombres, sí solo les reunímos, llamando al mismo tiempo al infante En Pedro, al infante En Jaime y al obispo de Barcelona; sucediendo esto en ocasion que llegaron dos galeras que Nos habíamos armado, las cuales remolcaron dos navecillas cargadas de trigo, cuyo valor no bajaria seguramente de cincuenta mil sueldos. Reunidos, pues, los antedichos ricoshombres en consejo, les preguntámos, qué haríamos y á dónde iríamos. El voto general fué que fuésemos á Elche, por la razon de que estando los moros en el camino, yendo ellos desde Alicante hácia Murcia y Orihuela, los podríamos batir fácilmente; oido lo que, Nos les contestámos: que pasásemos por Elche y hablaríamos con los moros, pudiendo estar seguros de que tanta suerte nos habia de deparar el Señor en tal jornada, que al punto aquellos se nos rendirian. No quisimos, de consiguiente, descubrir á nuestros ricoshombres lo que teníamos tratado con los moros, á fin de evitar todo estorbo que pudiera haber: y así, lo único que les dijimos fué, que, á nuestro entender, Elche se sostendria mas tiempo que Murcia, y esto seria, porque aquel punto tenia muchas mas provisiones que el otro.

Resuelto, pues, el dia en que debíamos emprender la marcha, dijimos á aquellos, que Nos pasaríamos adelante con cien caballeros, para saber si nos rendirian la villa de buen grado, y que en caso contrario, resolveríamos allí mismo si la sitiaríamos ó proseguiríamos el camino. Marchámos adelante; y no bien llegámos al indicado punto, cuando los viejos y los mas poderosos hombres de la villa, en número de unos cincuenta, nos salieron á recibir, y en seguida nos otorgaron las escrituras y el convenio, tal como se habia tratado entre Nos y su mensajero, jurándonos al mismo tiempo, que lo observarian puntualmente ellos y todos cuantos habitaban en la villa. Al llegar la hueste, encontrónos ya á Nos con los sarracenos que estábamos estendiendo las escrituras; y al verles jurar, así como se habia convenido en Alicante, maravilláronse sobre manera los nuestros, que no atinaban como tan pronto habíamos

salido del negocio. Como era ya de noche, suplicáronnos los moros que tuviésemos paciencia hasta la mañana siguiente, pues entonces vendrian á nuestra presencia todos los sarracenos de la villa, y otorgándoles las escrituras y convenios, nós rendirian la torre de Calahorra, que era la mas fuerte de Elche; en vista de cuya súplica, no pudimos menos que conformarnos á esperar el indicado tiempo.

Estendieron, pues, el escrito durante la mañana, y á hora de tercia quedaron otorgados los convenios y demás tratos, así como en nuestro poder la torre de Calahorra que nos rindieron, la cual encargámos al obispo de Barcelona, para que guardara á los habitantes y evitase que hombre alguno les talara.

CAPÍTULO CCLX.

Hecho esto, marchámos aquel mismo dia á Orihuela, dejando en Elche á En Astrugo de Bonsenyor, para que nos trajera las escrituras que hicimos con los sarracenos de dicha poblacion; y mientras estábamos en Orihuela, vino á vernos el hijo de Benud Alá, arrayaz de Crivillente, y nos dijo que su padre estaba preso y él tenia la poblacion por el rey de Castilla; de consiguiente, que venia á ofrecérsenos para hacer por Nos cuanto le mandásemos, y á fin de que nuestros hombres pudiesen entrar en Crivillente con toda seguridad. Para esto, nos ofreció dos castillos que tenia, diciéndonos que podíamos contar con tal ayuda, así como con lo nuestro propio; y aceptándoselo, recobrámos en efecto todo cuanto habíamos perdido desde Villena á Orihuela y desde Alicante al mismo punto; de manera que todo el mundo podia ya ir entonces por los caminos, seguro y libre de temor.

Estando todavía en Orihuela, donde permanecimos ocho dias, aconteció uno de estos, que á eso de media noche vinieron dos almugávares de Lorca y llamaron á la puerta, diciéndonos: que los de Lorca nos hacian saber como ochocientos jinetes, con dos mil acémilas cargadas y dos mil hombres de armas que las escoltaban, introducian provisiones en Murcia; que al ponerse el sol habian pasado por frente de Lorca; y así, que nos los participaban, por creer que si Nos salíamos, nos seria fácil apoderarnos de toda la recua,

mas que lo hiciésemos pronto, porque podria ser que nos escaparan, atendido á que llevaban todos yeguas ó caballos muy corredores. No bien oímos tal novedad, llamámos al punto á nuestros porteros para que se levantaran y fuésen sin tardanza á avisar al infante En Pedro, al infante don Jaime, á don Manuel, al maestre de Uclés, al que hacia las veces de maestre del Hospital, á don Alfonso García y á todos los demás ricoshombres, y les dijeran, que se preparasen á montar á caballo y marchasen luego á la puerta del puente, que allí nos encontrarian, pues acababa de llegar de Lorca un mensajero, con una noticia de grande importancia; previniéndoles al propio tiempo que llevasen provisiones para un dia. Nos salímos al momento, y pasando el puente que hay sobre el rio Segura, esperámonos á la otra parte: luego vinieron los nuestros, y reunidos, marchámos, al esclarecer el alba, á una alquería que se halla entre Murcia y la montaña, hácia el camino que va á Cartajena, en cuyo punto solia enterrarse á los reyes de Murcia, en un cerrillo que hay sobre la misma alquería y en el que descansa entre otros Abenud.

Despejado ya el dia, reunímos consejo para ver lo que haríamos; y en él el infante don Pedro, el infante don Jaime, don Manuel, el maestre de Uclés, don Pero Guzman y don Alfonso García fueron de parecer que Nos saliésemos de allí y previniésemos de lejos atalayas para ver si venia ó nó el enemigo. Contestámos Nos que no éramos de aquella opinion, pues tenian una costumbre los jinetes cuando se encontraban con otros, que procuraban fatigarlos, especialmente á los que llevaban caballos armados, yéndoles en torno; así, pues, guardaríamos solamente cien caballos armados de nuestra meznada, y los demás no los armaríamos: con estos, nuestros hijos irian en la vanguardia, don Manuel, el maestre de Uclés y don Pero Guzman cubririan los flancos, y Nos con los cien caballos armados llevaríamos la retaguardia; mas que si llegase el caso de tener que batirnos con los jinetes, ninguno avanzara contra ellos hasta tanto que Nos hiciésemos tocar la trompeta, y á esta señal, los que fuésen con los caballos desarmados, se les echasen encima, sin dejarles de mano hasta que cayesen muertos ó prisioneros: entonces acudiríamos Nos con los caballos armados, y cuanto quedase en el campo lo iríamos recogiendo. Aprobaron todos este plan, y unánimemente nos manifestaron tenerlo por bueno.

Despedido, de consiguiente, el consejo, enviámos á En Rocafull con quince caballeros, para que fuése atalayando si venian ó nó los jinetes; mas á poco nos envió un mensaje, diciéndonos que se acercaban. Al saberlo el maestre de Uclés, don Pero Guzman y don Alfonso García, nos dijeron: — Señor, daos prisa en cabalgar cuanto antes, pues están aquí los moros. — Maestre, contestámos, no nos demos tanta prisa: dejadlos bajar á la llanura, hasta que podamos colocarnos entre ellos y la villa; y entonces no importa que huyan tan lijeros como quieran, pues nos han de quedar las acémilas, y además los peones que las guardan: ya sabeis que muchas celadas se hacen á veces en los sitios, y se pierden solo por indiscrecion en el modo de salir. — No hagais tal cosa, por Dios, respondió el maestre; pues no sabeis qué clase de jinetes son esos: os figurareis que están cerca de la puerta y, sin saber cómo, los vereis en un instante dentro de la villa, quedándoos sin poder hacer nada de lo que proyecteis.—Maestre, replicámos, nuestras serán las acémilas y los peones. — No lo creais, respondió el maestre, pues en la villa están ya, y será un milagro que los podais alcanzar. — Tantas y tantas cosas vinieron á decirnos, que al cabo resolvimos avanzar; y así, desplegando nuestras señeras al salir al campo, ordenámos nuestro centro, vanguardia y flancos en la forma arriba dicha y con los cien caballos armados.

Así que nos dejámos ver en órden ya para la batalla, vino un almugávar y nos dijo: — Albricias, señor! — ¿Y de qué? le preguntámos. — Ved á los moros que aquí vienen. — Amigo, le contestámos entonces, dejadnos vencer la batalla, y luego os darémos las albricias. — Iba con Nos á tal sazon el obispo de Barcelona, y preguntándole por fray Arnaldo de Segarra que era fraile predicador, compareció éste á nuestra presencia, y le dijimos como teníamos intencion de confesarnos con él. Respondiónos el fraile que ya podíamos hablar, y en consecuencia le dijimos: que no creíamos haber hecho otra ofensa á nuestro Señor, que la de doña Berenguela (1); mas que nuestro intento era estar con ella libre de peca-

(1) Llamábanla á dicha señora doña Berenguela Alfonso, por ser hija del infante don Alfonso, señor de Molina y Mesa, y tio del rey de Castilla púsola don Jaime aficion, á la que ella correspondió, en tanto que, á su vuelta de Alcoraz, llevósela el rey consigo, viviendo con ella lo propio que si fuera con su mujer.

do, así como debe vivir un hombre con su mujer: que ya sabia él el plan que llevábamos de conquistar la ciudad y todo el reino de Murcia; de consiguiente, tan buena obra como era esta de conquistar aquel reino y devolverlo á los cristianos, algo nos habia de valer, y seguro estábamos por lo mismo de que ningun mal nos haria tal pecado en el dia de la batalla; mas que mas, cuando por él le pedíamos perdon.—Grave cosa es el estar en pecado mortal, respondió el fraile; y luego añadió, que si le prometíamos abstenernos de volverlo á cometer, nos perdonaria. Contestámosle que con tal intencion entrábamos en la batalla, creyendo que de un modo ú otro nos perdonaria Dios en tal dia, por el gran servicio que le prestábamos en aquella conquista; porque, esceptuando esta falta, en lo de más, nadie podia decir que profesásemos mala voluntad á hombre alguno. Vacilaba el fraile al oir nuestras palabras, mas Nos le dijimos: que al cabo nos diese su bendicion, y por lo que tocaba al cumplimiento para con Dios, que lo dejase á nuestro cargo.

No bien se marchó el fraile, dijimos que queríamos ir á la vanguardia donde estaban nuestros hijos; y llegando allá en compañía de un caballero, mandámos hacer alto á todos, y puesto delante, les dijimos: — Hijos mios, ya sabeis de dónde descendísteis y quién es vuestro padre: portaos hoy, de consiguiente, en este hecho de armas, de manera que todo el mundo pueda decir lo que valeis y de donde habeis descendido: sino, juramos á Dios que os hemos de desheredar de cuanto os hemos dado. — Á tales palabras nos contestaron á una los infantes En Pedro y En Jaime, diciéndonos: que tendrian bien presente de dónde descendian y quién era su padre, y que por lo mismo no llegaria el caso de tener que desheredarles.

Volvimos luego á nuestra retaguardia; y cuando estuvimos colocados ya en batalla, En Bernardo de Vilanova, que era caballero de Cataluña, se espresó de esta manera: — Catalanes, por la fé que debeis á Dios, portaos de manera en esta empresa, que todo el mundo hable de nosotros y del bien que harémos. — Contestaron cuantos le oyeron, que así lo harian; y pasando Nos luego delante, descubrímos ya la polvoreda de los jinetes, que, segun nos contó un mensajero, huian volviendo atrás. Fueron algunos de parecer que les diésemos alcance; pero Nos no lo quisimos, fundado en que desde allí á Alhama solo habia cuatro leguas, y ellos tenian

ochocientos jinetes y dos mil peones, sin contar aun otros seis ó setecientos que habia dentro de la poblacion: además de que, cuando nuestros caballeros tendrian que dar precisamente la embestida, seria cuando estarian fatigados de correr, sin haber podido alcanzar siquiera á los peones; y saliendo entonces los otros de la fortaleza y de la villa, nos arrojarian á la fuerza de ésta á Nos y á los nuestros; por cuyo motivo prohibímos por entonces dar el alcance.

CAPÍTULO CCLXI.

Pasámos luego á un lugar llamado Alcantarilla, donde estuvimos con nuestros hijos, el maestre de Uclés, Pedro de Queralt, el maestre del Templo, En Hugo de Malavespa, que lo era del Hospital, y algunos otros. Reunidos por Nos todos estos ricoshombres en consejo, preguntámosles qué era lo que debia hacerse en tal negocio; mas dichos nuestros hijos y ricoshombres de nuestra tierra fueron unánimamente de parecer, que antes de todos, debian hablar el maestre de Uclés, don Pero Guzman y don Alfonso García, como mas conocedores que aquellos del pais. Con esto dijo el maestre, que si poníamos cerco al castillo de Alhama, lo podríamos tomar, y que si llevábamos allí un ingenio, seria asunto de pocos dias. Señalaron luego á don Alfonso García para que hablase, y éste cedió la palabra á don Pero Guzman. Escusóse don Pero, diciendo que no conocia mucho á Alhama y que mejor hablaria sobre tal asunto don Alfonso, por cuanto tenia el señorío de aquella tierra; en vista de lo que, contestó don Alfonso García: — Cierto, que puedo decir algo sobre ese punto, porque he tenido el lugar de Alhama por algun tiempo. — ¿Quién, pues, mejor que vos puede hacerlo?— respondimos Nos. Y así, tomó la palabra don Alfonso, y dijo. — Mi opinion es, de consiguiente, que si el rey coloca un mandron en la colina que hay sobre la villa, dentro ocho dias Alhama será suya. — Dicho esto, aprobaron todos lo que habia manifestado don Alfonso, creyendo que seria bueno el que pudiese ponerse por obra su idea. Nos, sin embargo, contestámos de esta manera: — Barones, cuatro cosas vemos que nos son contrarias en este consejo: la primera es, que en dia fijo debemos vernos con el rey de Castilla en Alcoraz; hasta tal en-

trevista solo faltan siete dias, y por lo que vemos, ese castillo está situado en la sierra y el mandron solo podríamos colocarlo á la parte de la colina; la segunda, que los moros saben conservar y defender sus castillos tan bien como cualquiera, lo que nos hace temer que no podríamos estar en el dia señalado donde prometimos al rey de Castilla; pues creemos que ni en un mes tendrémos bastante para combatirles, supuesto que dentro tienen dos mil cargas de pan y buena guarnicion para defenderse. — La tercera, era que Murcia estaba entre Nos y Orihuela, y que en aquel punto habia grandes fuerzas de caballería y de á pié, atendido lo que, si llegasen á venir á Alhama, no sabríamos á dónde volver las riendas; y la cuarta, en fin, que entonces solo teníamos provisiones para aquel dia, lo que no era de estrañar que así fuese, cuando únicamente íbamos para dar batalla á los moros; y las batallas sabido es que en poco tiempo se deciden, dando Dios la victoria á quien le place. Por tales razones, pues, añadímos que el plan mejor y mas saludable seria que fuésemos á ver al rey de Castilla, y que con él tratásemos juntamente lo que podria hacerse respecto de Murcia; y aprobada esta idea por nuestros hijos y demás que allí estaban, resolvimos marcharnos, lo que hicímos dirigiéndonos el dia siguiente á Orihuela.

CAPÍTULO CCLXII.

Estando en Orihuela, á la hora de ponerse el sol, vieron desde el castillo el polvo que levantaban unas compañías que iban desde Alhama á Murcia. Movióse con esto cierto rumor en la villa, de que los jinetes entraban en Murcia con el convoy; y viniendo á nuestra presencia nuestros hijos, el maestre de Uclés, el del Hospital y algunos otros ricoshombres, nos dijeron: que entre Alhama y Murcia se levantaba una gran polvoreda, movida por los jinetes que por allí pasaban; y así, tenian por conveniente que los que tuviesen caballos armados fuésen allá y los acometiesen, por cuyo medio se apoderarian almenos de las provisiones que introducian en Murcia. Respondímosles que no lo teníamos por acertado, pues era tarde y cuando llegarian allá seria ya enteramente de noche; además de que, cuanto mas aprisa fuésen y mas corriesen caballos

y caballeros, mas fatigados estarian luego: de modo que, al llegar á Murcia, en cuya huerta hay muchas y malas acequias, podrian salir los moros de á pié y de á caballo, y juntos con los otros que llegasen, vencerian precisamente á los nuestros y seria de consideracion el mal que les harian; logrando de esta manera que se perdiera y malograra el plan que teníamos de ganar á Murcia. — Pero vamos á ver, añadímos luego: en nuestro concepto aquel polvo nada significa; pues no creemos mas sino que hay polvo allí, porque hace viento; y esto os lo decimos, porque conocemos mucho lo que es pasar entre polvo, como que hoy mismo lo hemos probado. Supongamos, sin embargo, lo peor, y demos que los jinetes pasen en efecto por allí: por poco que coman los de dentro, vendrán á consumir cada dia almenos doscientas cargas de pan de las mil que hay en el convoy, y al fin y al cabo nada ganarémos, pues el resultado será dejar provisiones para diez dias á Murcia, los cuales necesitamos ya antes no se habrá verificado nuestra entrevista con el rey de Castilla.— Calculado esto con nuestros hijos, respondieron, no obstante, que Nos estorbábamos el bien de la hueste; mas Nos les replicámos: que se engañaban; que con lo que Nos haríamos y sabíamos se ganaria el reino, y que por lo que ellos dijesen ó hiciesen se perderia; y así, que no pondríamos por obra su proyecto ni lo comenzaríamos siquiera. Y en efecto, vióse despues claramente que lo que ellos decian era tan solo polvoreda que el viento levantaba, y que no habia tales jinetes que llevasen provisiones.

CAPÍTULO CCLXIII.

Con esto, marchámos de tal punto y nos fuímos á Alcoraz, acompañado de nuestros hijos y de trescientos caballeros, donde estuvimos el mismo dia que habíamos convenido con el rey de Castilla. Antes de entrar en la poblacion, salió á recibirnos mas allá de una legua dicho rey, llevando consigo como unos sesenta caballeros: con Nos iban mas de trescientos, y aun podíamos haber llevado otros trescientos que dejámos en Orihuela cuando de aquí salímos; formando además parte de nuestro acompañamiento como unos doscientos almugávares. Al vernos el rey, mostróse muy sa-

tisfecho y alegre de nuestra llegada; y al estar en la ciudad, donde encontrámos á la reina y sus hijas, á doña Berenguela y á Alfonso, que luego se vino con Nos, hablámos del asunto de los sarracenos, y nos quedámos en la poblacion ocho dias con grande alegría y beneplácito de todos.

Volvímonos despues á Orihuela, y por el camino tuvimos cierto disgustillo con algunos. Venia con Nos don Manuel, por lo que los sarracenos de Villena nos habian prometido, es decir, que le entregarian la villa, segun el convenio que con Nos hicieron, y que aun cuando él no viniese, tambien nos la rendirian á Nos. Fué, pues, el caso, que al avisar Nos á los sarracenos de Villena que estábamos allí con don Manuel, no quisieron salir, y faltaron de consiguiente al convenio y al juramento por su ley que nos habian hecho.

De Villena pasámos luego á Nompot y de aquí á Elche, en cuyo punto entregámos la torre de Calahorra y toda la villa á don Manuel. El dia siguiente llegámos á Orihuela, y aquí encontrámos á nuestra compañía alegre y entusiasmada, por cuanto se habian hecho algunas cabalgadas á Murcia y con ellas habian hallado algunos su provecho. Cuando Nos llegámos era cerca de Navidad, y permanecimos allí unos quince dias, es decir, desde cuatro dias antes de tal fiesta hasta entrado año nuevo (1).

CAPÍTULO CCLXIV.

El otro dia de año nuevo, comenzado enero, nos fuímos á poner sitio á Murcia, y en tal jornada quisimos ser con nuestra hueste de los primeros, á fin de que el campamento se colocara conforme convenia; porque es de saber que en las batallas debe siempre ir el rey á retaguardia, mas en los campamentos debe

(1) *Ninou.* Hállase esta palabra en el testo original, para significar lo que nosotros traducimos *dia de año nuevo.* Á nuestro entender, *ninou* no es mas que una contraccion de *nit nova* (noche nueva); y así, debemos creer que el uso de tal palabra en aquella época, podia señalarse muy bien como un resto de las costumbres seguidas por los pueblos del norte que ocuparon la Península, ó de los mismos árabes, quienes, tomando la luna por reguladora del tiempo, lo dividian en lunaciones y noches, como lo dividimos ahora nosotros en meses y dias.

ir antes de todos, ya para poder dirigir mejor el sitio, ya para que no haya de moverse nada tan luego como estén bien acampados. Para escoger el mejor lugar, hicimos guiarnos por un adalid que nos llevó á un buen punto para colocar la tienda, diciéndonos que allí era donde debíamos ponernos; y hecho esto, preguntámosle en seguida, dónde estaba Murcia. Respondiónos que cerca estaba; y diciéndole :— Dónde ?— nos contestó dicho adalid : — Os la voy á mostrar. — Y en efecto, mostrónosla, estando tan cerca, que solo distaria seguramente como un tiro de ballesta. No bien la divisámos, cuando dijimos al adalid : — Adalid, mal puesto escogísteis para alojarnos; pero ya que así lo habeis hecho, tened entendido que lo conservarémos, ó caro nos habrá de costar.

Mientras que empezábamos á acamparnos en dicho punto, salieron los sarracenos, y los del campamento gritaron : — Señor, que nos tiran con gran furia piedras y saetas, y caen heridos hombres y cabalgaduras. — Harto conocemos la costumbre de los sarracenos, contestámos Nos; pero basta sufrir y dejar hacer por un dia, y luego quedan quietos: dejad arreglar el campamento, que Nos os darémos ballesteros, y conforme hagan ellos obrarémos nosotros. — Así, pues, les dimos hasta unos treinta ballesteros, y prevenímos nuestros caballos armados para que los colocasen junto á los portillos, á fin de defenderlos de las tretas de los moros; y fué el resultado, que al ponerse el sol, probaron los sarracenos de entrar á donde estábamos; repitiéronlo tambien al segundo dia; mas desde entonces, no probaron ya en un mes de salir contra la hueste.

Desde allí enviámos á La Ejea con un sarraceno al alguacil para que saliese á donde Nos estábamos, pues queríamos hablar con él en bien suyo y de los de la villa. Respondiónos que le enviásemos un caballero, y al efecto le enviámos uno llamado Domingo Lopez, que era poblador de Murviedro y sabia algarabía, y con él al judio En Astrugo, que era escribano nuestro de la misma legua. Con esto no tuvo ya dificultad en venir el alguacil, y vino acompañado de un caballero que era de los mas poderosos de la villa; debiendo saberse, que ambos eran caballeros, porque los habia techo tales el rey de Castilla. Cuando Nos supimos que venian, mandámos entapizar la casa donde vivíamos, con hermosas colgaduras, y que arreglasen cómodos asientos; luego, que se tuviesen prevenidas gallinas vivas

carneros y cabritos, y que tan pronto como se tuviese noticia de que habian llegado dichos moros, que los degollasen y nos los trajeran.

Sentado Nos en el asiento que nos correspondia, vinieron los que esperábamos, nos saludaron, y en seguida puestos de hinojos á nuestra presencia, nos besaron la mano. Mandámos luego que saliesen todos los que habia en la casa, quedando solo entre ellos el judío antes citado, que servia de trujaman; y tomando la palabra, les dijimos: que Nos habíamos enviado á buscarles, para recordarles, como ellos ya sabian, que existian en nuestra tierra muchos sarracenos; que nuestro linaje los habia tenido tambien antiguamente en Aragon y Cataluña, como asimismo Nos, en el reino de Valencia y en el de Mallorca, y que todos tenian su ley, lo propio que si estuviesen en pais sarraceno; que todos se habian puesto bajo nuestro amparo y se habian rendido á Nos; mas que á aquellos que lo habian rehusado, Nos los habíamos tomado á la fuerza, poblando luego todo su pais de cristianos.—Por la misma razon, pues, de que no queremos su mal ni su muerte, añadímos dirigiéndonos al alguacil, queremos ante todo hablar con vos, para ver si quereis contribuir á salvar á los sarracenos de Murcia y su reino; pues si así lo hiciérais, les alcanzaríamos del rey de Castilla tres cosas: la una, que les guardara las escrituras que con ellos hubiese hecho; la otra, que les mantuviera y guardara tambien los convenios que con Nos hiciesen; y la tercera, que les perdonase cualquier agravio que ellos le hubiesen hecho; de todo lo que Nos haríamos estender escritura por el rey de Castilla, quien se conformaria con cuanto Nos hiciésemos: mas si esto no aceptais y rehusais hacerlo, Nos venimos con tal ánimo, que de aquí no partirémos hasta tanto que hayamos tomado la ciudad, y aun toda la tierra, á la fuerza.—Esto lo dijimos, manifestándole al propio tiempo que no queríamos su muerte ni su destruccion; antes al contrario, nuestro deseo era que viviesen siempre bajo el señorío del rey de Castilla, y que conservasen sus mezquitas y su ley, así como se habia espresado en las primeras escrituras.

Mucho nos agradecieron dichos moros lo que les dijimos; pero nos manifestaron, que no podian darnos respuesta de pronto sin consultarlo antes con los de la villa, y que al tercer dia nos la volverian; pues aquel era miércoles, y no pudiendo reunirse hasta el vier-

nes, lo harian en tal dia, y luego el sábado nos participarian su resolucion. Creimos que lo mejor seria no darles prisa alguna, y así lo hicimos ; mandando tan solo que entretanto se tuviesen degollados los cabritos y las gallinas. Dijéronnos, al invitarles, que no querian comer con Nos ; y diciéndoles que les daríamos ollas nuevas en que cociesen la carne, y que no tuviesen miramiento en comer, suplicáronnos que no quisiésemos tener tal empeño, porque los de la villa lo tomarian á mal, sin embargo, que al dia siguiente lo harian de buena gana ; á lo que accedimos, enviándoles la comida á donde quisieron.

CAPÍTULO CCLXV.

El sábado por la mañana nos enviaron á decir, que si les dábamos salvoconducto volverian á vernos, como en efecto lo hicieron, teniendoles Nos preparados ya los manjares que mas arriba hemos indicado, para que pudiesen comer con toda su comitiva. Vinieron, pues, como hemos dicho, el alguacil y el caballero cuyo nombre no recordamos, los cuales tenian tanto poder en la villa, particularmente el primero, que podíamos estar enteramente seguro de que seria valedero el convenio que otorgasen con Nos. Hicimos entonces salir de nuestra cámara á todos los que se hallaban en ella, para quedarnos solo con En Astrugo y aquellos sarracenos, los cuales nos dijeron, que habian tenido ya su acuerdo con los ancianos de la ciudad; pero que no habian querido dar parte en aquel consejo al que tenia el alcázar por el rey de Granada: lo que tuvimos Nos por muy buena señal, ya que aquel era su jefe. Dijéronnos además, que habian comunicado á los ancianos y á los hombres sabios de la villa lo que Nos les habíamos manifestado, y que habian quedado todos muy agradecidos á nuestras buenas palabras ; pues por ellas conocian que hallarian en Nos buena fé y verdad, y que les cumpliríamos cuanto les prometiésemos : pero que querian saber de qué manera les conservaríamos su ley, si convenian en rendírsenos; con cuyo objeto nos habian traido ya estendidos por escrito los capítulos que pedian, para que con arreglo á ellos les otorgásemos la escritura.

Nos entregaron entonces un memorial de lo que habian acorda-

do con los suyos, el cual comprendia muchas demandas; pero para abreviar, dirémos solamente, que la principal consistia en que les permitiésemos vivir segun su ley, llamar á la oracion y juzgar á los sarracenos segun aquella lo ordenaba y lo habian acostumbrado siempre, y conforme se lo habia prometido el rey de Castilla; y que en cuanto á haberse ellos apoderado otra vez del alcázar y sublevádose contra los cristianos, que se lo perdonase el rey, y nos entregarian luego la villa con arreglo al convenio que con ellos hiciésemos; pero que debíamos enviar una carta á dicho rey de Castilla, y un mensajero nuestro que acompañase al caballero que ellos enviarian, para que aquel monarca accediese por su parte al tratado que Nos otorgásemos. Contestámosles á esto, que lo que nos pedian no debia ser motivo para que entretanto dejasen de entregarnos el alcázar y la villa, y que por nuestra parte no queríamos enviar ningun mensaje al rey de Castilla hasta que así lo hubiesen verificado; pues tampoco habian de ganar ellos nada en que lo hiciésemos, ya que querian rendírsenos, toda vez que teníamos numerosa compañía de caballeros é infantes, los cuales entretanto talarian sus campos y les causarian cada dia nuevos daños. Por último les dijimos, que conociendo Nos su buen ánimo de entregársenos y satisfecho de su buena voluntad, queríamos evitar que se les talase y que se les destruyesen ó malbaratasen sus reales y su huerta. Su respuesta fué, que irian á deliberar sobre lo que acabábamos de manifestarles, porque conocian muy bien que procurábamos su provecho; y habiéndoles Nos añadido, que podian en hora buena irse á deliberar dentro de la villa, ya que el asunto interesaba á Nos y á ellos, nos contestaron que así lo harian, y que otro dia volverian á vernos para hacernos saber lo que hubiesen resuelto. Marcharónse entonces; y habiendo vuelto al tercero dia, nos dieron su contestacion, diciéndonos que convendrian en lo que les habíamos manifestado; pero que querian saber antes de qué modo partiríamos la villa.— Nos, les dijimos, os darémos toda la parte de la villa que mira á donde tenemos sentado nuestro campamento, desde el alcázar arriba.—Plúgoles muchísimo nuestro repartimiento, y les señalámos luego un plazo en que debiesen tener desocupada nuestra parte; y nos contestaron, que dentro de tres dias evacuarian el alcázar y harian salir de allí al que el rey de Granada habia dejado por alcaide de Murcia; y que luego al cuarto dia nos harian la entrega. Así

se cumplió; pues al tercer dia despidieron ya al que tenia aquella fortaleza por el rey de Granada, y nos dejaron, como habian prometido, desocupado el alcázar.

Al cuarto dia dispusimos cincuenta caballeros con sus escuderos y sus caballos armados, y ciento y cincuenta ballesteros de Tortosa, con los cuales fuímos á situarnos junto al Segura y cerca del alcázar, esperando, para subirnos arriba, á que viniesen los moros y viésemos enarbolada por los nuestros nuestra señera en las torres. Entretanto rogábamos á santa María, que intercediese con su amado Hijo para que pudiesen verse cumplidos nuestros deseos de que fuese allí adorada y bendecida; pues nos recelábamos mucho de que se viese frustrada nuestra empresa, viendo que tardaban tanto los nuestros á asomarse al muro.

Al cabo de un buen rato vimos por fin ondear nuestra señera en lo alto del alcázar, y al mismo tiempo aparecieron las torres coronadas de nuestros hombres y ballesteros. Apeámonos entonces para dar gracias á Dios nuestro Señor por la merced y gracia que nos dispensaba; y puesto de rodillas, llorámos y besámos la tierra, volviéndonos en seguida á nuestro campamento. Por la noche se nos presentó otra vez el alguacil, diciéndonos que ya estaba cumplida nuestra voluntad; pero que los cristianos entraban en la villa y se apoderaban de lo que no debian. — No os dé cuidado, le contestámos: enviarémos allá á tres de nuestros hombres para que á nadie permitan pasar del alcázar; luego por la mañana entrarémos Nos, y haced que se nos presenten los ancianos para verificar en seguida la particion.

CAPÍTULO CCLXVI.

El dia siguiente por la mañana, despues de haber oido misa, subímos al alcázar, donde comparecieron luego dicho alguacil y cinco de los principales sarracenos de la ciudad de Murcia, diciéndonos que partiésemos la villa con arreglo al convenio que con ellos habíamos celebrado. Contestámosles, pues, que desde la mezquita que habia junto al alcázar hasta la puerta que daba al campamento donde Nos estábamos, debia pertenecer á los cristianos, incluyéndose dentro de dichos términos la referida mezquita. — Esto no

puede ser, repusieron ellos; pues no está conforme con la capitulacion que nos concedísteis, en la cual se dice que hemos de conservar nuestras mezquitas del mismo modo que las teníamos bajo la dominacion de los sarracenos. — Así se trató en efecto, les dijimos; pero vosotros no quereis haceros cargo de todo: Nos queremos efectivamente que las mezquitas sean vuestras; mas ¿cómo han de hacerlo los cristianos, sin tener iglesia? ¿Os parece puesto en razon, que teniendo vosotros la mezquita á la puerta misma del alcázar, cuando yo duerma tenga que oir gritar á mi cabeza: *Alá lo Sabba ó Alá*? Bien podeis conocer que esto no es conveniente. Á vosotros os quedan ya diez mezquitas en la villa, y en ellas podeis hacer vuestra oracion: dejadnos, pues, esa otra. — Á esto nos contestaron, que lo deliberarian.

CAPÍTULO CCLXVII.

Despues de esto nos volvimos á nuestro campamento, donde se nos presentaron luego nuestros hijos los infantes En Pedro y En Jaime, el maestre de Uclés, el obispo de Barcelona, En Pedro de Queralt, que hacia veces de maestre del Templo, el maestre del Hospital llamado En Hugo de Malavespa, y otros muchos ricoshombres de la hueste, entre ellos En Hugueto, conde de Ampurias, que servia allí por su padre, En Raimundo de Moncada, Blasco de Alagon, don Gofredo de Rocabertí, En Pero Ferrandez de Ijar, hijo nuestro, En Guillermo de Rocafull y En Carroz. Todos esos ricoshombres vinieron para decirnos, que el convenio que habíamos celebrado con los sarracenos no era bueno, porque era tan poca la parte de la ciudad que por él nos habian cedido, que les seria siempre muy fácil el arrojarnos de ella, cuando Nos no estuviésemos allí con nuestra hueste; y por lo mismo, que parecia segun aquel tratado que hubiésemos ganado Murcia, siendo así que en realidad nada habíamos ganado. — Equivocados andais, les dijimos; pues hemos corrido mas tierra que vosotros, y conocemos mejor la costumbre de los sarracenos: cuando se puede lograr del enemigo, aunque no sea sarraceno, una sola braza de tierra, bien puede uno prometerse ya que ganará, nó una, sino diez y hasta ciento. Tened, pues, paciencia, y vereis que quedarán sa-

tisfechos vuestros deseos. — Mas como ellos no habian intervenido en el concierto ni sabian el secreto, por esto les pesaba de lo que habíamos hecho.

Disputando luego sobre dicho asunto, les manifestámos, que aun cuando se espresase en la escritura que debíamos mantener á los sarracenos en Murcia, con todo podríamos tambien echarlos de la villa; porque, segun el derecho, los arrabales de una villa son tambien la misma villa, y por consiguiente podríamos mandarles establecerse en la Rexaca ó en la huerta, que estaban comprendidas en los arrabales; y de este modo los echaríamos de la villa, y los mantendríamos en Murcia, aposentándolos en la Rexaca, que era uno de sus barrios. Habiéndose ellos empeñado en que no podia ser como Nos decíamos, mandámos llamar á algunos frailes Predicadores y clérigos, á quienes probámos con varias autoridades del derecho, que Nos teníamos razon. Estos, sin embargo, opinaron de distinto modo; por consiguiente les dijimos: — Si no quereis entenderlo, no sabemos como persuadiros; mas Nos estámos resuelto á ganar esta villa al servicio de Dios, y pese á quien pese.

CAPÍTULO CCLXVIII.

Volvieron á comparecer despues el aguacil de la villa y mas de veinte ancianos, para suplicarnos que quisiésemos conservarles la citada mezquita y no apoderarnos de ella, porque era el principal edificio que tenian para hacer su oracion; á lo que les contestámos, que así como ellos querian el mejor sitio para orar, así tambien lo queríamos Nos con el mismo objeto; y pues no habia otro remedio, tendrian que conformarse con nuestra voluntad; porque estaba muy puesto en razon que Nos tuviésemos un edificio espacioso para dedicarlo á nuestro culto, ya que á ellos les quedaban tantos para el suyo. Respondiéronnos los moros, que no podian acceder á nuestras pretensiones; y así hubimos de decirles, que nos dolíamos vivamente del daño que pudiese acarrearles su negativa; pero que tuviesen entendido que Nos estábamos resuelto á tener iglesia de un modo ú otro, y que por lo mismo podian entrarse otra vez en la villa y pensar mejor lo que les conviniese.

Por nuestra parte mandámos en seguida prevenir cincuenta ca-

balleros que teníamos en el alcázar y ciento y veinte ballesteros que habia de Tortosa, para que estuviesen dispuestos á entrar á saco en la villa, si los sarracenos no querian convenir en lo que les habíamos dicho; mas cuando estos vieron que no les quedaba otro recurso, nos manifestaron que estaban prontos á cumplir en todo nuestra voluntad, y así nos fué cedida la iglesia.

CAPÍTULO CCLXIX.

Luego que tuvimos iglesia, ordenámos construir en ella altar á nuestra Señora Santa María; pues habiéndole siempre edificado templo en todas las villas importantes que Dios nos habia concedido ganar de los sarracenos, era muy justo que se lo dedicásemos tambien en aquella villa, que era la mas importante de Andalucía despues de Sevilla, para que la Madre de Dios fuese allí adorada perpetuamente. Al cabo de dos dias y así que estuvo dispuesto el altar, muy de mañana, lo hicimos adornar magnífica y lujosamente con colgaduras y otros paños de nuestra capilla; y habiendo luego reunido al obispo de Barcelona, llamado Arnaldo de Gurb, al de Cartagena y á todo el clero, les hicimos vestir las capas de terciopelo y de otras telas de oro, y con cruces altas y la imágen de nuestra Señora, salímos en procesion del campamento, y seguímos á pié entrando en la villa hasta la iglesia que habíamos consagrado á santa María. Cuando llegámos al altar, nos entró tal devocion por la gracia y merced que Dios nos habia otorgado á ruegos de su bendita Madre, que abrazándolo, prorumpímos en copioso llanto, y estuvimos mas de un cuarto de hora sin poder apartarnos de allí ni contener las lágrimas. Y no es de estrañar que así fuese; pues nunca habíamos pasado por cerca de Murcia, sin rogar á santa María que nos permitiese ver adorado allí su santísimo nombre; y por intercesion suya quiso su amado Hijo que se viese cumplida nuestra voluntad. Hicimos luego entonar el *Veni, Creator Spiritus*, celebróse la misa *Salve, Sancta Parens*, y terminada aquella fiesta, nos fuímos al alcázar, donde nos aposentámos muy satisfecho.

CAPÍTULO CCLXX.

El tercer dia despues de la toma de Murcia llamámos á nuestros hijos, al obispo de Barcelona, á los ricoshombres de Cataluña y á los de Aragon que se hallaban con Nos, y les dijimos que nos aconsejasen sobre lo que deberíamos hacer en aquella sazon. Cuando estuvieron á nuestra presencia, cedieron todos la palabra al infante En Pedro, el cual nos dijo: — Ya que Dios os ha dispensado tanta gracia, concediéndoos el tomar tan importante villa y otros muchos lugares, no se necesita mas ahora, sino que lo noticieis al rey de Castilla, para que venga á tomar posesion de la ciudad y del territorio; pues por nuestra parte bastante hemos hecho ya. — Pedímos luego su parecer al infante En Jaime, y éste se contentó con decirnos, que se conformaba del todo con lo que acababa de manifestarnos el infante En Pedro. Pedímoslo tambien al obispo de Barcelona, y dijo: — Os declararé francamente mi opinion; yo nada diria al rey de Castilla, sino que entregaria llanamente la ciudad á Alfonso García, que la tenia por dicho rey, y con esto creo que habrémos mas que cumplido nuestra obligacion: así nos ahorrarémos los considerables gastos que aquí estamos haciendo, y que sin duda serán tanto mas difíciles de recobrar cuantos mas hagamos. — Con el dictámen del obispo se conformaron todos los demás ricoshombres.

Pidiéronnos en seguida que manifestásemos nuestra opinion; por tanto les hablámos en estos términos: — Por bueno tenemos el dictámen del obispo de Barcelona, de entregar la ciudad de Murcia á don Alfonso García: así lo teníamos Nos pensado; pero el marcharnos de aquí, dejando encomendada la tierra á gente de Castilla como dicho don Alfonso y don Pero Guzman, eso no lo aprobamos; porque si cuando estos tenian en poder suyo los lugares, los perdieron, seria grande indiscrecion por nuestra parte el abandonarles ahora la ciudad, y que despues de haber consagrado en ella iglesia á nuestra Señora santa María, la dejásemos desamparada, esponiéndonos por nuestra desventura á tener que sufrir el dolor de verla nuevamente en manos de sarracenos. Ni yo ni nadie podemos consentir en que tal suceda; pues cuantas

mercedes nos ha dispensado Dios, á mí y á todos vosotros, las hemos alcanzado todas por intercesion de santa María, quien ha rogado por nosotros á su amado Hijo. No la desampararémos, pues, nó, en semejante ocasion; antes apruebo el dictámen del infante En Pedro: enviemos un mensaje al rey de Castilla, anunciándole que hemos entregado ya la villa á don Alfonso García; pidámosle que envie á éste refuerzos bastantes para que pueda defenderla y conservarla; y cuańdo los refuerzos hayan llegado, entonces podrémos marcharnos nosotros. — Conociendo los ricoshombres nuestra resolucion, y que nos conformábamos con sobrellevar aquel gasto; nos contestaron, que se cumpliese en todo nuestra voluntad.

CAPÍTULO CCLXXI.

Para poner por obra lo acordado, enviámos dos adalides al rey de Castilla, con cartas nuestras en que le decíamos, que podia tomar ya posesion de la ciudad de Murcia y de otros castillos entre Murcia y Lorca; pues eran veinte y ocho los que Nos le habíamos ganado: y en seguida hicimos entrega de la ciudad á Alfonso García, quien se estableció en el alcázar, poniendo allí guarnicion de los suyos. Entretanto nos quedámos allí cerca, hasta que nos llegó contestacion del rey de Castilla, en la que nos decia, que iba á tomar muy en breve sus disposiciones, y que nos agradecia muchísimo el favor que le habíamos prestado y las buenas noticias que acabábamos de comunicarle. Por último, antes de marcharnos, poblámos allí unos diez mil hombres de armas, entre los de nuestra tierra y otros estraños, los cuales se quedaron con Alfonso García, para que pudiesen ayudarle siempre que lo hubiese menester.

CAPÍTULO CCLXXII.

Ordenadas ya como acabamos de manifestar las cosas de Murcia, nos fuímos á Orihuela, y de allí pasámos á Alicante, donde hicimos comparecer delante de Nos á nuestros hijos y á nuestros ricoshombres, para decirles: que si á ellos les parecia bien, antes de marcharnos de allí podríamos hacer una buena cabalgada á Al-

mería; pues Nos les daríamos víveres para diez dias, que serían cuatro para ir, cuatro para volver, y otros dos que podríamos permanecer allí ó emplearlos de mas en la vuelta. Contestáronnos que no sabrian donde llevar las provisiones, porque sus acémilas iban ya muy cargadas con los arneses. — Si tales obstáculos os empachan, les dijimos entonces, pocas conquistas hareis; pues cuando Nos fuímos á la de Valencia, llevábamos víveres para tres semanas, y lo hacíamos de esta manera: los caballeros cabalgaban en sus caballos, cargaban luego los bagajes de pan, vino y avena, y llevando ellos las lanzas en la mano, ponian los escudos encima de las acémilas. Así, á medida que los íbamos descargando, quedaban disponibles los bagajes. — Ellos, sin embargo, se empeñaron en que no podian hacerlo. — ¿Y no hareis vosotros, les replicámos, lo que hicimos entonces Nos y todos los que con Nos iban? — Respondiéronnos que lo mas que podian hacer era llevar provisiones para seis dias: y por mas que insistímos en que lo hiciesen como Nos les decíamos, porque necesitando cuatro jornadas para ir allá, no podíamos esponernos á quedar sin víveres al sexto dia; no quisieron acceder, y así no pudo verificarse la cabalgada.

CAPÍTULO CCLXXIII.

Tratámos luego de resolver á quién encargaríamos el mantener la frontera de Alicante y Villena, de manera que pudiese en caso necesario socorrer á Murcia, avisándoselo por medio de una almenara que hiciesen en Orihuela; y al cabo nombrámos para este cargo á don Artal de Luna y á don Gimeno de Urrea con cien caballeros, los cuales debian permanecer en Alicante; encomendando además á En Bernardo Arnau y En Galcerán de Pinós otros setenta caballeros, para que con ellos mantuviesen seguros los caminos, y socorriesen tambien á Murcia siempre que necesario fuese. Con un empréstito que nos facilitaron los mercaderes que hallámos en Alicante, pudimos dejar á los nuestros bastantemente abastecidos para cinco meses; y fueron tan abundantes los víveres que dejámos en Murcia, que los caballeros aragoneses que allí se quedaron vendieron mas de treinta mil raciones, á pesar de ser nuestro todo el bastimento.

CAPÍTULO CCLXXIV.

Habiendo ya dado buen fin á nuestra campaña de Murcia, nos volvimos al reino de Valencia, desde donde emprendimos nuestra marcha para Monpeller. Llegado á Gerona, hallámos que se habia suscitado pleito entre el conde de Ampurias y En Ponce Guillermo de Torrella, á quien el primero le demandaba Torrella, la potestad de algunos castillos, entre otros del de Rocamaura, y algunos dineros que debia percibir sobre el primer pueblo. Luego de oidas la demanda y la contestacion, seguímos nuestro camino á Monpeller, difiriendo para cuando volviésemos el fallar el negocio y dar nuestra sentencia, y nombrando escribano que en el entretanto recibiese las declaraciones de los testigos y averiguase el hecho.

CAPÍTULO CCLXXV.

Estábamos en Perpiñan, de vuelta de Monpeller, cuando recibímos una carta de don Férriz de Lizana, en la que nos desafiaba; pero como aquel mismo dia nos llegó una embajada de los tártaros, con una carta muy amigable de aquel rey, que era uno de los mas poderosos del mundo, nos hizo muy poca mella el desafío, ya que por otra parte nos veíamos tan honrado. — Don Férriz pensará, dijimos entonces, que Nos no acostumbramos irnos á sestear, porque solemos salir á volar grulla ó abutarda; mas ya que él lo quiere, harémos cuenta que vamos á volar paloma ó picaza.

Fuímonos luego á Lérida, y hablámos con los paheres y prohombres de aquella ciudad, diciéndoles que nos ayudasen contra don Férriz. Acudieron ellos muy gustosos á nuestra demanda; pero no pudieron menos de decirnos: — ¿De qué os ha de servir nuestra ayuda, si al cabo les perdonais siempre á todos, y así cobran nuevos brios para haceros daño? — No lo creais, les contestámos; vosotros vereis como nos conducirémos esta vez, y cuán bueno será el resultado. — De Lérida nos fuímos á Monzon, donde comparecieron los de Tamarite, ofreciéndonos que, si se lo

permitíamos, irian á atacar un castillo llamado Picamoix; y habiendo accedido á sus deseos, fueron efectivamente allá, atacaron la fortaleza, se apoderaron de ella, y mandámos desde luego demolerla. Pasámos luego á Lizana con dos fundíbulos, y vimos que los rebeldes tenian colocada allí una brigola. Por razon del juramento que mutuamente se habian prestado los ricoshombres de Aragon, encomendábanse unos á otros los castillos; y así defendian en aquella sazon el de Lizana los hombres de don Ferran Sanchez de Castro. quien nos suplicó que le permitiésemos hacerlos salir de la fortaleza, porque don Férriz queria presidiarla con otros vasallos suyos, que se hallaban ya en Alcolea. Se lo otorgámos Nos de muy buena gana; porque como Ferran Sanchez habia vuelto ya á nuestro servicio, preferíamos habérnoslas con don Férriz y los suyos, ya que ellos eran los que perseveraban en su mal propósito de hacernos daño. Puso, pues, allí don Férriz por caudillo á un sobrino suyo, é introdujo en la plaza á algunos caballeros y otros hombres de paraje, que eran los que mayor daño nos habian hecho, alzándose con nuestra tierra. Cuando pasaron todos por delante de nuestra tienda, conocimos á algunos que habian militado juntos con otros hombres de nuestra compañía, y no pudimos menos de decirles: —¡Tambien vosotros entrais aquí! ¿por quién entrais? — Por don Férriz de Lizana, que es nuestro señor, nos contestaron; y ya que él nos lo manda, necesario es que cumplamos su voluntad. — Oid, pues, nuestro pronóstico, les dijimos: en tal punto entrareis allá, que á buen seguro no podreis ya salir mas para hacerme mal á mí ni á nadie. — Será lo que Dios quiera, añadieron. — Lo que acabamos de deciros es la voluntad de Dios; pues vuestro pecado os ha de llevar á tal término, que no podais ya en adelante dañar á nadie. — Á pesar de cuanto les dijimos, entráronse en la fortaleza; mas habiendo Nos empezado á montar los dos fundíbulos, nos pidieron treguas, á las que accedimos, para que entretanto tuviésemos tiempo de montar nuestros ingenios. Sin embargo, antes de tenerlos montados, empezaron los sitiados á disparar su brigola, quebrantando la tregua que con ellos teníamos; aunque, por mas que se esforzaron, no pudieron sus disparos alcanzar á nuestro campamento, y se les enredó luego la cuerda en la pértiga de la máquina. Habíamos Nos repartido hondas á los hombres de nuestra hueste, y entretanto

habíamos ya colocado el fundíbulo en tal disposicion, que pudiésemos adelantarlo siempre y cuando nos pareciese conveniente; por tanto, luego que hubieron cesado los disparos de la brigola, y conocimos que la cuerda de ésta se habia enredado, llamámos á los nuestros á las armas, mandándoles emprender el ataque; lo que hicieron tan cumplidamente con sus ballestas y hondas, que privaron á los sitiados de asomarse al muro, de modo que no pudieron desenredar la cuerda, ni abajar la pértiga de su brigola. Entonces hicimos acercar el fundíbulo hasta que sus disparos alcanzasen á la brigola: tiró luego la primera piedra el maestro del fundíbulo, y erró el tiro; mas habiendo Nos disparado la segunda, dimos tan recio golpe en la máquina de los enemigos, que le abrimos la caja y no pudieron servirse mas de ella; y aquel mismo dia al anochecer el que manejaba nuestro fundíbulo acabó de romperles una barra de uno de los estribos de la brigola.

Al dia siguiente hicimos montar el otro fundíbulo y colocarlo á uno de los costados de la plaza, desde donde estuvo disparando por espacio de cinco ó seis dias, al cabo de los cuales quedó tan mal parado el castillo, que era ya imposible que se defendiese por mas tiempo; pues rotos los tejados de todos los edificios, mas daño hacian las piedras que caian dentro, que las que daban contra el muro. Cierta noche estábamos acostado mientras velaba en el campamento el infante En Pedro, cuando se nos presentó Bernardo de Viller, y despues de habernos preguntado si dormíamos y contestádole que nó, nos dijo: — Señor, los sitiados han hablado con nosotros, y dicen que si vos les perdonais, os entregarán la fortaleza. — En vano han de ser todas sus súplicas, le contestámos; pues por dos razones no podemos perdonarles: la primera, por el mucho daño que nos han causado y la gravedad del crímen que han cometido; y la segunda, porque son los mayores malhechores que don Férriz tenga en sus dominios: si quieren rendírsenos á discrecion, ríndanse; nó de otra manera.

Al otro dia, estábamos reunidos en una pequeña altura que habia cerca del foso Nos, el infante y gran parte de los caballeros, cuando vimos salir del castillo á un caballero y un escudero, los cuales, sin llevar ningun guiaje, siguieron por el foso hasta llegar á encontrarnos. Rodeáronnos entonces los de la hueste, y los recien llegados nos dijeron: — Señor, el alcaide y todos los

sitiados os saludan y os hacen saber, que si les perdonais, están prontos á sometérseos y entregaros la fortaleza. — Oidas sus palabras, no quisimos tomar consejo de nadie, porqué teníamos ya resuelto lo que debia hacerse; sino que les respondimos sobre la marcha: — No teneis que contar con nuestra gracia: si quereis rendiros, sea para que podamos hacer de vosotros lo que nos plazca, aun cuando queramos ajusticiaros; así os admitirémos: de otro modo defendeos cuanto podais, que no por eso dejareis de caer en nuestras manos. — Á esto nos contestaron, que siendo tal nuestra voluntad, volverian á manifestarla á los de dentro, como en efecto lo hicieron; y al cabo de un rato, se presentaron otra vez para decirnos que se rendian á discrecion, de lo cual tomámos por testigos á los caballeros y pueblo que se hallaban presentes. Con esto nos entregaron el castillo, mandámos ahorcar en sus murallas á los que lo merecian, y á otros hombres de paraje les impusimos aquellas penas á que se habian hecho acreedores por el crímen cometido contra su señor.

CAPÍTULO CCLXXVI.

Despues del recobro de Lizana nos fuímos á Tarazona, por haber sabido que en cuatro ó cinco lugares de aquella villa se estaba acuñando moneda, tanto con nuestro nombre, como con el del rey de Castilla. Llegado allá, moviónos la voz pública á hacer pesquisas en dos partes de la villa, y mandámos comparecer á los presuntos reos en nuestra casa ante los dos jueces que nombrámos para averiguar el caso, uno de los cuales era micer Umberto, que nos acompañaba, y á quienes dimos órden de que, hecha la averiguacion, nos mostrasen el resultado. Pasáronse cuatro dias sin que pudiese averiguarse nada; de modo que al cabo de ellos volvíamos Nos de una partida de caza, cuando nos salió al encuentro micer Umberto, y nos dijo: — Señor, ¿qué quereis que hagamos? En vano han sido cuantas diligencias hemos practicado hasta ahora; pues nos ha sido imposible el averiguar con certeza quién acuña la moneda ni dónde la fabrican. — ¿Cómo puede ser eso? le contestámos; por todas partes se habla de esa moneda, ¡y Nos no podemos saber la verdad! Á buen seguro que si las matas pu-

dieran hablar, todo lo sacaríamos en limpio; pues claro está que entre matorrales y torrentes la han de fabricar, ya que no se ha hallado casa donde puedan hacerlo. — Luego de haber entrado en la villa, estábamos en nuestra casa pensando por qué medio podríamos certificarnos de lo que buscábamos, cuando se nos presentó un hombre, diciéndonos que deseaba hablar con Nos en secreto. Hicimos, pues, salir de nuestra cámara á cuantos allí estaban, y quedándonos con él á solas, nos dijo: — Hay un hombre que os saluda y á quien conoceis muy bien, el cual me ha encargado el manifestaros, que si quereis otorgarle salvoconducto y asegurarle que no le habeis de causar ningun daño en su persona ni en sus bienes, él os pondrá en camino para que podais saber la verdad en este negocio de la moneda. — Declaradnos quién sea, le contestámos, y si por este medio podemos hallar la verdad del hecho, no tendrémos inconveniente en darle las seguridades que nos pide. — Prometedme, pues, que no le hareis ningun daño, y le haré venir delante de vos.— Os lo prometemos; — y en prenda de nuestra promesa le alargámos la mano. — Ahora, pues, que teneis ya nuestra promesa, añadímos luego, declaradnos quién es el que habeis indicado. — Es uno que se llama Marqués, nos contestó. — Mas como Nos no recordábamos quién podia ser, le preguntámos, cuál Marqués, y nos respondió, que era un clérigo hermano de aquel Domingo Lopez que hizo matar á Pero Perez cuando salia de Tudela.

Con tales antecedentes, mandámos llamar luego á micer Umberto, el cual se presentó en seguida, y le dijimos:—Micer Umberto, creo que por fin habrémos encontrado lo que los dos andábamos buscando con tanto ahinco, sin poder dar con ello. — ¿Á qué os referis? nos preguntó. — Al negocio de la moneda. — Muchísimo me alegro; pues á fé me veia ya perdido y sin saber cómo coger el hilo. — ¿No vale mas, añadímos, que perdonemos á uno de los culpables y podamos saber así la verdad del hecho, que nó quedarnos sin poner en esto el conveniente remedio? — Llamando entonces al que nos habia hablado primeramente, le dijimos: — Amigo, ¿dónde está ese tal Marqués que decis? ¿podríamos verle ahora mismo? — Nó, señor, nos contestó, porque no está en la villa; pero aquí lo tendreis antes de acostaros, si os place. — Hacedlo venir, pues; y á mas de agradecéroslo, os darémos la

debida recompensa, por habernos puesto en camino de averiguar lo que haya en este negocio. Marchad en seguida á buscarle, y daos prisa en volver. —Así lo hizo.

Nos disponíamos ya para ir á acostarnos, cuando compareció nuevamente acompañando al llamado Marqués, y les hicimos entrar luego á los dos en nuestra cámara. El último se humilló ante Nos y le saludámos; y como teníamos dispuesto ya un testo del Evangelio sobre el cual jurase, y prevenido á nuestro escribano Bonanato para que estendiese la declaracion, le hicimos jurar que diria la verdad sobre cuanto le preguntásemos; que no la callaria por amistad, por temor, por dádiva que le diesen ó prometiesen, ó por miedo de ningun hombre; y que declararia además cuanto supiese, aun cuando sobre ello no fuese preguntado. Díjonos él entonces: —Perdonadme, señor, y os manifestaré la verdad entera. —No solamente os perdonarémos, le contestámos; sino que aun os recompensarémos.—Besónos entonces la mano por la merced que le hacíamos, y declarándonos luego la verdad, ya que le perdonábamos, nos dijo, que él era uno de los autores y cómplices, y que habia tenido buena parte en todo aquel negocio. —Bien venido seais, le dijimos entonces; pues tan buen principio dais á vuestra deposicion. —Empezando luego por la moneda del rey de Castilla y siguiendo por la nuestra, nos declaró que fabricaban falsos maravedises, nos indicó el lugar en que se fabricaban, y nos denunció á los caballeros que intervenian en el negocio ó lo consentian. Díjonos además, que podíamos mandar comparecer á los que él citaba, y que colocándolo preventivamente detrás de una cortina, lo hiciéramos salir en caso de que aquellos negaran el hecho; pues con el careo les obligaria á confesar la verdad, y no se atreverian á persistir en su negativa. Conocimos Nos que el medio que nos proponia era efectivamente el mejor, y así lo pusimos por obra.

El dia siguiente por la mañana enviámos á buscar á uno de los denunciados, el cual compareció muy bien instruido por sus demás compañeros, y resuelto á negar el hecho. —¿Cómo podeis negar, le dijimos, que estuvísteis en tal lugar con fulano y zutano, si podemos probároslo? —Señor, nos contestó, si vos podeis probármelo, tendré que pasar por ello. —Hicimos entonces salir á Marqués, quien le preguntó: —Amigo, ¿no estuvísteis vos con-

migo en tal lugar, donde tratámos cómo podria llevarse á efecto este negocio? ¿No recordais que asistieron en aquella junta don fulano y don zutano?—Cuando él oyó tales palabras, demudósele el semblante; y observándolo Nos, le dijimos:—Malamente obras para con Dios y para conmigo, que soy tu señor natural, negando la verdad: el cargo que se te acaba de hacer te será probado; y cuando te se pruebe, sufrirás toda la pena que de justicia te corresponde: al contrario, si confiesas, podrás hallar aun gracia en mí, pues la halla fácilmente delante de Dios y de sus señores en este mundo el que confiesa con llaneza sus faltas.

Movido de nuestras razones, comenzó entonces á cantar de plano, y conformándose enteramente con lo que nos habia dicho Marqués, descubrió á todos los demás que habian tenido parte con él en aquel hecho. Así, llamándolos uno á uno, tuvimos al cabo tantos testigos, que supimos de cierto todo lo que habia en aquel negocio, quiénes eran los que acuñaban la susodicha moneda y dónde la acuñaban; quedando completamente probado que el sacrista, hermano de Pero Perez, fabricaba falsos maravedises de cobre, los cuales cubrian luego de una hojuela de oro, é iban á parar á manos de Pero Ramirez en Santa Olalla. Asimismo quedó del todo averiguado que dichas monedas las fabricaban no solamente en Tarazona, sino tambien en Torrellas y en otros muchos lugares; de modo que nos vimos obligado á mandar ajusticiar á don Pero Ramirez, á su hijo y á doña Elfa de Torrella, imponiendo á los demás diferentes castigos, segun su culpabilidad, y confiscándoles á todos los bienes, como reos de haberse atrevido á acuñar moneda en nuestra tierra y en la del rey de Castilla. En cuanto al sacrista, como era clérigo, lo entregámos al obispo, quien lo guardó en la cárcel hasta que allí murió. Terminado ya el asunto de la moneda y castigados todos los culpables, nos marchámos de Tarazona encaminándonos á Zaragoza.

CAPÍTULO CCLXXVII.

Despues de haber permanecido por algunos dias en Zaragoza, nos fuímos á Valencia, donde hacia ya mucho tiempo que no habíamos estado: pasámos la Navidad en Alcañiz, y el dia de año

nuevo en Tortosa. Llegado á Valencia, tuvimos noticia de que habia fallecido nuestra hija la infanta doña María; por consiguiente, resolvimos volvernos á Zaragoza, con intencion de hacerla enterrar con su madre en Vallbona: pero habiendo sabido que el pueblo de aquella ciudad, á pesar de los ricoshombres y de los caballeros, la habia hecho enterrar ya en San Salvador, desistímos de hacer el viaje, y nos quedámos en Valencia.

Comparecieron luego ante Nos el obispo de Zaragoza, don Sancho Martinez de Oblites y don Sancho Baldoví, que eran los albaceas de la infanta, diciéndonos que querian mostrarnos el testamento que ella habia otorgado; y habiéndonoslo leido, vimos que dejaba mil marcos para pago de deudas, satisfaccion de injurias y gratificaciones á sus doncellas y demás servidumbre. Nos manifestaron además dichos albaceas, que para cumplir todas aquellas mandas no podian contar sino con la venta de las joyas, que era lo único que les habia quedado; y que por lo mismo habian querido hacérnoslo saber, por si queríamos quedárnoslas, porque preferirian que viniesen á parar otra vez á nuestro poder, que nó al de cualquier otro, ya que antes habian sido nuestras. Contestámosles que nos las quedaríamos, pagando su valor; y les designámos en seguida los lugares de Daroca, Barbastro y Roda, para que de sus rentas pudiesen ir cobrando y pagando los mil marcos.

CAPÍTULO CCLXXVIII.

Algun tiempo despues En Raimundo de Cardona y algunos ricoshombres de Cataluña nos movieron guerra, porque habiendo muerto el conde de Urgel, querian apoderarse á la fuerza de su condado. Los albaceas del conde nos habian rogado repetidas veces, que les prestásemos algunas sumas para satisfacer las injurias y pagar las deudas que habia dejado el conde, hipotecándonos al efecto las rentas de aquel condado; y como Nos accedimos á sus ruegos, por esto nos declaró la guerra En Raimundo de Cardona. Para emprenderla, nos trasladámos á Cervera, donde nos hallábamos por la fiesta de Todos los Santos; pero allí nos llegaron mensajeros y cartas de nuestro hijo el infante don Sancho, á quien el papa habia conferido el arzobispado de Toledo, con las que nos ro-

gaba muy encarecidamente que fuésemos á pasar con él las próximas fiestas de Navidad, en que habia de celebrar su primera misa. Pedíanos además en sus cartas perdon por no haber venido á buscarnos como á padre y señor suyo que éramos; pero que se disponia para hacernos un buen recibimiento, saliendo á buscarnos hasta Calatayud, para que entrásemos los dos juntos en Castilla; y nos rogaba que tuviésemos á bien acompañarle hasta Brihuega, Alcalá y otros lugares que él poseia en aquel camino. Movido entonces del estrecho deudo que con él nos unia, puesto que era nuestro hijo y se acreditaba de tal por sus buenas obras; resolvimos acceder á lo que nos pedia: y como estábamos ya tan cerca de Navidad, dejámos en Cervera á nuestro hijo el infante En Pedro para que continuase la guerra.

CAPÍTULO CCLXXIX.

Pasada la fiesta de Todos los Santos, emprendimos nuestro viaje hácia Aragon, y diez y seis dias antes de Navidad llegámos ya á Calatayud. Cuando el rey de Castilla supo que nos encaminábamos á Toledo, salió á recibirnos hasta el monasterio de Huerta, y no se separó ya mas de Nos hasta que llegámos á aquella ciudad, en la cual permanecimos por espacio de ocho dias.

Al cabo de cinco de estar allí, tuvimos noticia de que Jaime Alarich, á quien Nos habíamos enviado en embajada al rey de los tártaros, habia vuelto de allá acompañado de dos tártaros muy principales, particularmente el uno, que era hombre muy poderoso; y que nos traia buenas nuevas. Dijímoslo al rey de Castilla, quien, al paso que juzgó el caso por muy grave y muy de admirar, no pudo menos de advertirnos que procediésemos con cautela, porque tratábamos con gente muy falsa, y recelaba que cuando estuviésemos entre ellos no nos cumplirian lo que nos habrian enviado á decir por sus mensajeros, siendo el negocio de tamaña importancia; pero que si el Señor se dignaba llevarnos de la mano, no se habria ofrecido nunca á ningun rey ocasion mas propicia para acometer una grande empresa, de la cual podria resultar que se ganasen otra vez el santo Sepulcro y toda la Tierra santa de Ultramar. A pesar de todo esto, no pudimos recabar del rey, que nos diese su dictámen en un asunto tan importante.

CAPÍTULO CCLXXX.

Dijímosle, no obstante, que le agradecíamos lo que nos acababa de manifestar y que conocíamos por sus palabras lo que nos amaba; mas en cuanto al asunto de que tratábamos, le respondimos: que en efecto era muy grande tal empresa, y no menos cierto que á ningun rey de aquende la mar habian rendido parias aquellos tártaros, ni manifestádole amor; pero que esto era, en primer lugar, porque el poder de tales gentes hacia poco que habia empezado, y luego, porque á ningun otro rey de cristianos habian enviado mensaje ofreciéndole su amistad, sino á Nos. Ya, pues, que tan señaladamente lo habian enviado á Nos entre los otros, obra de Dios parecia, como si fuese su voluntad encomendarlo á Nos para llevarlo á cabo; y puesto que Dios lo queria, no lo rehusaríamos Nos por mira alguna, ni por temor de nuestro cuerpo, ni por mucho que nos hubiese de costar; pues tal cosa habíamos de probar con todo nuestro poder, hasta tanto que Dios quedase servido de Nos, por la buena voluntad que le teníamos. Por lo mismo, pues, rogábamos al rey, que le pluguiera; y así, la honra que alcanzásemos seria tambien suya: además de que, si era mucho lo que Dios nos hiciese ganar, él, que tenia tantos hijos, podria confiar en que la parte que le tocase de nuestra ganancia seria grande asimismo. — Finalmente, añadímos al cabo, á Nos nos parece que Dios lo quiere; y queriéndolo Dios, no hay miedo de que nos suceda mal alguno. — Á estas palabras contestó el rey: —¡Quiera nuestro Señor que bien os vaya!

CAPÍTULO CCLXXXI.

Finidas nuestras conferencias con el rey de Castilla, salímos de Toledo el dia siguiente y nos fuímos á una aldea que tiene por nombre Illescas, encaminándose á otra dicho rey. Entretanto todos los ricoshombres, el maestre de Uclés y el maestre del Hospital, que lo era en toda España, iban hablando de tal asunto y se referian mutuamente lo que habian oido contar de nuestra ida. Con

esto, acercósenos el maestre del Hospital, que se llamaba frey Gonzalvo Perero y era portugués, diciéndonos que queria hablar con Nos; y apartándonos á un lado fuera del camino, nos dijo: que buena era nuestra intencion y buena nuestra voluntad en querer servir á Dios; y deseando, por lo mismo, servirnos en cuanto pudiese con lo que tenia el Hospital en los cinco reinos de España, nos suplicaba que dijésemos al rey de Castilla, que le permitiese ir con Nos, y sacar al propio tiempo de su tierra cuanto tenia en ella el Hospital y fuese menester. Respondímosle que le agradecíamos el ofrecimiento que nos hacia, sobre todo, por cuanto nos alababa la empresa que queríamos llevar á cabo en servicio de Dios; que hablaríamos de lo que nos decia al rey de Castilla, y que luego lo llamaríamos á la presencia de ambos; de consiguiente, que en tal ocasion procurase estar á la vista, para poder tenerlo cuando le hiciésemos llamar.

Despues de esto, enviámos á decir al rey de Castilla, el cual se habia adelantado persiguiendo la caza, que nos esperase un poco; y haciéndolo así, al llegar donde él estaba, llamámoslo á parte y le dijimos: — Rey, el comendador nos ha ofrecido su ayuda para acompañarnos en nuestra empresa; pero es preciso que vos se lo mandeis y le digais que os place. — Al oir esto el rey, hizo llamar al comendador; y viniendo éste, le dijo aquel á nuestra presencia: — Comanador, muyto nos place la ayuda é el servici que vos fazedes al rey Daragon, tanto como si á Nos lo facíades, y mes; esto vos pregamos é os mandamos que vos lo fagades.—Comendador, dijimos entonces Nos, ya veis como el rey lo manda. — Á lo que él contestó: — Señor, bien lo veyo quel rey me lo manda. — Y con esto despedímonos, quedando muy agradecido al rey por su buen ánimo de ayudarnos en cuanto pudiese.

La mañana siguiente salió de una aldea el rey de Castilla, y Nos de otra: iba aquel un poco mas adelante, y así divisámos luego su pendon, que se dejaba ver en el punto por donde Nos debíamos pasar: allí se paró el rey, saludónos manifestando que nos queria hablar, y despues de haber preguntado por don Manuel, don Gil Garcés y don Juan García, nos dijo de esta manera: — Rey, esta vostra ida que vos queredes fer, Deus lo sabe que nos pesa duna part, é nos plaze daltra: pesa á Nos, porque á tan gran ventura queredes meter vostro corpo é contra tan terrible

gente é tant luny: é plaze Nos, si vos tan grande bien podedes haver para christians como vos cuidades, é así placia á Dios que seya. É pus non vos lo podemos destorbar, tanto lo havedes en corazon, non quiero que vos vayades menos de mi ayuda; car ansí lo fizistes vos á mí, quant mester havia, quem ayudades; é ayudar vos he de cien milia morabatines doro é de cien cavallos. — Respondímosle que de nadie absolutamente queríamos recibir ayuda sino de la Iglesia; pero que era tanto el amor que le teníamos, que no podíamos rehusar la suya, antes bien se la agradecíamos mucho.

Pasámos el dia siguiente por Uclés, donde nos convidó el maestre, y el dia que partímos nos ofreció que nos acompañaria con cien caballeros; por lo que no pudimos menos que quedarle muy agradecido. El otro dia, don Gil Garcés nos hizo tambien el ofrecimiento de que iria con Nos con cuantas fuerzas le fuese posible; pero ni el uno ni el otro nos cumplieron lo prometido. Cuando despues tuvimos que separarnos del rey de Castilla, díjonos éste: — Aiadat pendrets sesenta milia besans quem han enviados el rey de Granada, é damos vos esto por entrada, é lo als verná luego. — Tomámos Nos aquella suma, dejando allí para que recogiesen lo restante á fray Pedro Peyronet y á Pedro Gilabert, quienes nos entregaron á su tiempo lo cobrado; y aquel mismo dia nos fuímos á Moya, pasando luego desde tal punto á la ciudad de Valencia.

CAPÍTULO CCLXXXII.

Estando en Valencia, vino á vernos Jaime Alarich con los tártaros y el mensajero de Grecia, que se hallaba á tal sazon en la ciudad; y llegados todos á nuestra presencia, nos dijeron: que de parte del gran Can, que era rey de los tártaros, nos manifestaban como éste tenia intencion y voluntad de ayudarnos; que fuésemos á Alayaz ó á cualquier otro punto, que él nos saldria á recibir; y que en su tierra hallaríamos todo cuanto hubiésemos menester para ir á conquistar el santo Sepulcro, lo cual podríamos hacer acompañado de él, que nos abasteceria de cuantas provisiones necesitásemos. El otro mensajero, que era el enviado de Paleologo, emperador de

los griegos, manifestónos asimismo que por mar nos enviaria cuanto fuese necesario.

Dímonos prisa, de consiguiente, en disponer y arreglar nuestro viaje; de manera, que á los siete meses estábamos ya en Barcelona prontos á pasar el mar. Con tal motivo, envióнos mensaje la reina de Castilla para que nos viésemos con ella, y al efecto vino á Huerta con sus hijos, donde comparecieron asimismo los nuestros, á saber, el infante En Pedro, el infante En Jaime, y el arzobispo de Toledo, que tambien nos era hijo. Allí, por espacio de dos dias, nos suplicaron llorando y pidiéndonos por favor que nos quedásemos; pero no pudieron conseguir de Nos tal cosa: y así, nos volvimos á Barcelona para ordenar la espedicion, en cuya ciudad encontrámos ya al llegar, entre caballeros y hombres á caballo, mil trescientos ó mas que nos esperaban.

Antes de partir, quisimos pasar á Mallorca para ver si encontraríamos por allí alguna nave, y al mismo tiempo si nos ayudarian en la espedicion: fuímos á tal punto en una galera y acompañado además de una saetía; y preguntando al llegar si nos ayudarian, vinieron á respondernos, que harian cuanto nos quisiésemos y les dijéramos. Conociendo Nos su buena voluntad y que tenian intencion de darnos hasta setenta mil sueldos, que era la suma que les queríamos pedir, pedímosles entonces solamente cincuenta mil, los cuales nos entregaron de buen grado y voluntariamente. Con tal cantidad fletámos en seguida tres naves, y al propio tiempo recibímos del almojarife de Menorca, entre bueyes y vacas, mil cabezas de ganado; y con todo esto nos volvimos á Barcelona, donde llegámos el primer dia de agosto.

CAPÍTULO CCLXXXIII.

Tres ó cuatro dias antes de santa María de setiembre nos hicimos á la vela, y durante toda aquella noche permanecimos en calma, mas de cuarenta millas adentro de la mar. La mañana siguiente En Raimundo Marquet vino á nuestra presencia y nos dijo: —Señor, me parece que seria prudente que os volviéseis á tierra, para reunir todo el ejército y que nos pudiésemos ver unos á otros; sino vamos á perdernos y no podrémos encontrarnos nunca. —Vi-

mos que en efecto tenia razon, é hicimos lo que nos dijo; mas al volver á tierra, encontrámos solamente una galera, pues todo el resto de la armada habia tomado el rumbo hácia la mar de Sitjes. Con dicha galera volvimos entonces á la mar y los demás leños se fueron acercando á Menorca; y al amanecer, descubrímos ya las velas, que serian unas diez siete, y estaban á unas veinte y cinco millas en las aguas de aquella isla. Seguímos navegando todo aquel dia y noche, y el siguiente á hora de vísperas levantóse un viento de levante, y luego apareció un arco azul y encarnado como los que suelen llamar de San Juan; alzándose en seguida una manga que hirió contra la mar, y de blanca que era cambióse de repente en negra. Al ponerse el sol, empezó á incomodarnos el levante, que sopló con fuerza toda la noche; de manera que nos vimos precisados á arriar, tan pronto como notámos que arreciaba el tiempo; siendo esto la causa de que no viésemos ya ni leño ni nave alguna. Tuvo lugar este suceso el sábado víspera de santa María de setiembre, por la noche.

Llegado el domingo, mudóse el viento en jaloque y duró todo aquel dia hasta á media noche, que cambió en levechè. El lunes arreció aun mas la tempestad que el sábado y domingo anteriores, de manera que se juntaron los cuatro vientos y todos combatian entre sí, durando esto todo el dia del martes y toda la noche hasta el miércoles, que fué cuando cesó tal borrasca. Marineros teníamos que habian estado veinte ó veinte y cinco años en ultramar, y decian que nunca habian visto tempestad tan desecha como aquella.

Luego que amaneció, divisámos la nave del Templo que venia hácia Nos, y nos envió un mensaje para decirnos, como se le habia roto el timon y si queríamos hacerles el favor de darles uno. Consentímos en ello; mas luego vino En Raimnndo Marquet, diciéndonos que tal cosa no hiciésemos, porque nuestra nave no podia ir sin un timon de reserva. Con esto, marchóse la embarcacion, perdiéndola de vista al llegar la noche; y entrada ésta, descubrímos la nave del sacrista de Lérida, despues obispo de Huesca, que nos pasó por la popa, y además la del comendador de Alcañiz, que era de los freiles de Calatrava. Llamámos á tal sazon á En Raimundo Marquet y á Galcerán de Pinós, que estaban con Nos en la nave, y además á algunos otros caballeros que nos acompaña-

ban, y les dijimos que escucharan ciertas palabras que les queríamos decir, lo que hicimos del modo siguiente: — Raimundo Marquet, parece que nuestro Señor no quiere que pasemos á ultramar, pues ya otra vez estábamos preparados para hacerlo, y la tempestad nos lo impidió; de manera, que no pudimos conseguirlo: lo cual sucedió pasados ya mas de ocho dias despues de la fiesta de san Miguel.—Á tal novedad comparecieron á nuestra presencia el obispo de Barcelona, el maestre del Templo y el del Hospital, que eran de nuestra tierra, todos los prohombres de Barcelona, los dueños de los naves y los marineros, y nos suplicaron por Dios y por santa María, que no quisiésemos emprender aquel viaje; porque las grandes nieblas que se esperimentaban en Acre al entrar el invierno, les hacian temer mucho que acaso errásemos la tierra. — Y si esto sucedia, añadieron luego, mucho tememos que no daríais con tal pais y os pondríais en peligro de muerte, por cuyo motivo, á la verdad, no nos atrevemos á aconsejaros que paseis adelante en tal viaje. — Parte por lo mucho que nos rogaron, y parte por conocer al cabo que tenian razon en lo que decian, resolvimos quedarnos; sin embargo de esperar dos meses para poder pasar el mar. No haber podido verificarlo ya por primera vez, y ver en ésta que por tempestad nos habíamos de quedar, señal era de que á nuestro Señor no le placia nuestro viaje: Nos sufrímos la mala mar todo aquel tiempo, solo por esperar si la tendríamos mejor en adelante; mas ya que nuestro Señor no nos daba el viento que necesitábamos para ir á donde debíamos, no quedaba duda de que no le placia. Así, pues, les dijimos que esperasen aquella noche, á ver si el viento mejoraria; que si lo alcanzábamos, pasaríamos adelante, y sino, que no estaba en nuestro poder contrastar la voluntad de Dios. Toda aquella noche, con el viento de leveche, que era el que llevábamos, fuímos andando, y así nos sostuvimos hasta el alba; mas al salir el sol, el levante nos dió por la proa, y desde entonces nos vimos ya privados de pasar adelante.

Viendo, pues, que Dios no queria mejorarnos el tiempo, hicimos seña á la nave del sacrista de Lérida, que despues fué obispo de Huesca, á la de Calatrava y á la de En Pedro de Queralt, de que nos volvíamos; y al efecto dieron la vuelta con Nos: á cuya sazon rompióse el árbol de la nave del arcediano con la ente-

na de la misma. Si por ventura alguno preguntase por qué razon nuestra nave y las demás que con Nos se volvieron no pasaron en tal ocasion delante, como lo hicieron otras (1), les dirémos: porque á estas les daba tan de lleno el leveche, que podian, orzando, continuar su viaje; y Nos no podíamos dominar el viento, por cuanto nos hallábamos en un punto mucho mas bajo que las otras.

Esto hizo que suplicásemos á nuestra señora santa María de Valencia para que rogase á su querido Hijo, diciéndole, que si tenia por bueno que Nos verificásemos aquella romería, que nos la dejase cumplir: y tal súplica le hicimos mientras duró aquella tormenta, por espacio de tres dias y tres noches, y siempre que podíamos escondernos en aquel lugar donde Nos dormíamos, al cual suelen llamar en las naves *Pareís*. Decíamosle en nuestra súplica, que tal cosa nos otorgase, pues no nos pararíamos en el daño que nos pudiese sobrevenir en aquel viaje; pero que si juzgaba que tal empresa no habia de ser provechosa á Nos ni á la cristiandad, que nos dejase volver delante del altar que lleva su nombre en Valencia. Y en efecto, plúgole á Dios que á tal punto volviésemos; mas antes acercámonos por una vez al puerto de Aguasmuertas, y cuando nos faltaban solo dos millas para llegar, salió de la gola de dicho

(1) Las naves que pasaron adelante sin interrupcion en su viaje llegaron hasta Acre, donde pudieron reanimar y abastecer de víveres á los cristianos que allí habia, los cuales estaban muy necesitados y acababan de esperimentar grandes pérdidas, entre ellas las de algunas plazas importantes; mas viendo que no parecia el rey, ni menos las tropas de sus aliados los emperadores de la Tartaria y de Constantinopla, regresaron á Barcelona, tocando antes en las islas de Creta y de Sicilia, donde fueron muy bien recibidas y festejadas del rey Carlos, y dejando en Acre varias fuerzas, y además provisiones y caudales para socorro de aquellas y de los embajadores aliados que habian trasportado para que regresasen á su pais.

En una memoria leida en la Academia de la Historia por don Martin Fernandez de Navarrete, cítanse varias noticias sacadas de los registros de cancillería, pertenecientes á tal espedicion, y de ellas se deduce, que las naves que llegaron á Acre fueron, entre otras, las siguientes: la de Rehedor, otra cuyo dueño se ignora, y las de Guillermo Ros, de N. Costa, de Pedro Ris, que condujo al embajador de Constantinopla, de Pascual Montbrú, de N. Pintó, de Berenguer Cuc, de Guillermo Dalmau, de Bernardo Saporta y de N. Mollet, de las cuales aparece como cabo principal de guerra Pedro Fernandez. Zurita, que acaso tendria menos ocasion de examinar tales registros, cita solamente las naves de dicho don Pedro Fernandez, ó Hernandez, y de don Ferran Sanchez, hijos del rey, y la de don Gimeno de Urrea.

puerto un viento tal, que nos obligó á la fuerza á arriar, y fuímos bordeando toda aquella noche desde la puesta del sol, hasta que por fin venímos á parar frente de Agde. Suplicámos entonces de nuevo á la Madre de Dios, diciéndole que á ningun punto nos dejase arribar ni aun á nuestra tierra, como no fuese cerca de alguna iglesia suya, para poder restaurarla y en ella agradecerle la gran merced que nos habia hecho en librarnos de aquella pena, así como para poder adorar su altar.

El dia siguiente, un garbino suave y blando nos condujo al indicado puerto, y la otra mañana nos fuímos á la iglesia de nuestra Señora santa María de Vallvert á agradecerle la merced y bien que nos dispensara, sacándonos del peligro en que nos habíamos visto. Mientras estábamos aun en el puerto, díjonos un cocinero mayor nuestro que habia salido afuera en una barca, que acababa de encontrar á fray Pedro Cenra y á fray Raimundo Martí, que habian llegado de Túnez; y que al ver estos nuestra nave, habian preguntado de quién era, y se les habia respondido que del rey que estaba de vuelta á causa del mal tiempo. Pensábamos Nos que dichos frailes nos esperarian, pero en aquel mismo instante se habian marchado para Monpeller. Fuímos, pues, como dijimos, el dia siguiente á Vallvert para agradecer á nuestra Señora santa María la merced que nos habia hecho. Así que llegámos, saliéronnos á recibir el obispo de Magalona y el hijo de don Raimundo Guancelm, y nos dijeron que, si queríamos, ellos se volverian con Nos á la mar, y que entretanto podríamos recoger las provisiones que nos hiciesen falta, pues de pronto el ejército no podia volver á embarcarse porque estaba muy mareado, aun cuando no lo estábamos Nos. Á tal proposicion les dijimos: —¿Con qué pensais ayudarnos, pues, si nos volvemos? — El hijo de En Raimundo Guancelm respondió: — Yo os seguiré con diez caballeros. — Yo con veinte, dijo el obispo de Magalona; — y á esto añadieron, que si no nos volvíamos, daríamos mucho que hablar á la gente. — Mucho habla la gente, respondimos Nos; pero nuestro Señor sabe que nos vimos y aun nos vemos obligado á hacerlo así, sin embargo de no haber en el mundo nada que mas ni tanto nos pese como esto. Lo que me maravilla, añadímos, es que vosotros nos digais tales palabras, cuando en mi nave solamente, entre perdidos é inutilizados, hay quince caballeros, y en las demás entre

unos y otros creo que tambien ha de haber unos ciento ; de consiguiente, volver ahora á la mar solo con treinta caballeros de refuerzo, ya veis que no seria regular, y mas habiendo salido de aquella tan mal parados por la tempestad, que no creemos volver á ella ni nos parece posible. Pero lo que quisiera de vosotros es, que me dijérais con quién habeis ideado tal cosa. — Con En Raimundo March y con otros que hablaban de tal negocio, respondieron ellos. — ¿Y ese Raimundo March, replicámos, cuándo podrá estar aquí? — Mañana, contestaron. — Harémos venir, pues, á En Raimundo March, dijimos entonces, y le hablarémos de ello delante de vosotros; verémos si será de parecer que hagamos lo que decis, ó nó.

Estando el dia siguiente en Vallvert, vino dicho Raimundo March; y mandando llamar al propio tiempo al obispo de Magalona y á En Raimundo Guancelm, dijimos á aquel : —Oid, Raimundo March, lo que me han dicho el obispo y En Raimundo Guancelm : dijeron ambos que vos creíais conveniente (y yo quiero saberlo de vos mismo) que yo volviese á emprender el viaje á ultramar. — Señor, contestó En Raimundo March; en otra cosa podria aconsejaros, pero en achaque de armas vos sabeis mas que yo. Además de que vos preveis siempre lo mejor, porque lo que vos no conocereis, ni yo ni nadie podrá conocerlo. — Con esto el obispo y En Raimundo Guancelm se desengañaron, arrepintiéndose de lo que nos habian dicho; y en consecuencia olvidámos Nos cuanto con ellos habíamos hablado.

CAPÍTULO CCLXXXIV.

Entrámos mas adelante en Monpeller, y el dia siguiente de nuestra llegada enviámos á buscar á los cónsules y á unos cincuenta ó sesenta de los principales de la villa, para que compareciesen ante Nos. Cuando estuvieron á nuestra presencia, les referímos lo que nos habia sucedido en el mar, diciéndoles que parecia como que nuestro Señor no quisiera que pasásemos adelante, pues otra vez lo habíamos probado ya, y estando en Barcelona, pronto á pasar á ultramar, levantáronse un jaloque tan fuerte y un viento de Provenza, que por espacio de diez y siete dias y otras tantas noches

las naves no pudieron apartarse de la orilla. Seria aumentar el volúmen de este libro si hubiésemos de contar aquí todo lo que dijimos en tal ocasion; de consiguiente, referirémos solo lo mas principal. Dijímosles: que en la empresa aquella habíamos gastado mucho, mas que teníamos en ellos gran confianza de que nos ayudarian á satisfaccion nuestra; pues los frailes menores de Monpeller, que ellos nos enviaron, nos habian dicho que así lo harian, con tal que Nos les señalásemos algo en prenda: que bajo tal confianza habíamos pasado adelante, convencido de que nos socorrerian en una empresa, con la que se prestaba tan gran servicio á Dios; y finalmente, que ya que Dios nos habia traido á Monpeller, les suplicábamos muy encarecidamente que en efecto nos ayudasen. Á esto contestaron, que tendrian su acuerdo y que al dia siguiente nos darian la respuesta.

Vinieron otro dia á nuestra presencia, y nos dijeron: que bien conocian que habia de sernos ingrata su contestacion, pues aun cuando les hubiésemos pedido tal ayuda, nuestro viaje á ultramar no se habia verificado. Negaron que hubiesen dicho nada á los frailes menores respecto de ayudarnos; pero que, sin embargo de no ser cierto que tal dijeran, su acuerdo habia sido el siguiente: que cuando Nos quisiésemos pasar á ultramar, para ayudarnos, nos facilitarian hasta sesenta mil sueldos de moneda tornesa. Á esto contestámos Nos: — Barones, la repuesta mas original que jamás haya podido hacerse á señor alguno, y menos á un señor de mi calidad, me haceis ahora á mí; y me admira, en verdad, que así penseis los de Monpeller y que tal respuesta hayais podido hacerme; pues mas me dais para que parta de vosotros, que para que me quede en vuestra compañía en el pais. Seguro estoy de que mis vasallos de Aragon y de Cataluña llegarian á darme un millon de sueldos para que me quedara en la tierra; y ¡vosotros para marcharme é ir á ultramar, donde podria ser muerto ó preso, me ofreceis mas dinero que si me quedara! Cierto que me maravilla mucho vuestro ofrecimiento.

CAPÍTULO CCLXXXV.

Partímos con esto de Monpeller y nos fuímos á Cataluña, desde donde pasámos luego á Aragon y entrámos en Zaragoza. Estando

aquí, vinieron unos mensajeros del rey de Castilla, quien nos suplicaba muy afectuosamente que, ya que habíamos vuelto á nuestra tierra, nos sirviésemos ir á las bodas de nuestro nieto don Fernando. Conociendo ser muy justo que accediésemos á tal súplica, dijímosle que el dia que nos habia señalado estaríamos allí. A tal objeto nos fuímos á Tarazona, mientras que el rey de Castilla se adelantó hasta Ágreda; y partiendo luego de aquel punto, nos fuímos á éste, donde encontrámos ya al rey de Castilla que nos esperaba en medio del camino. Mostró muy grande alegría al vernos, de la que Nos tambien participámos; y en seguida abrazónos por tres veces, llorando del gran gozo que sentia: entrámos luego juntos en Ágreda, y de aquí nos dirigímos por Soria á Burgos, á cómodas jornadas. Un dia que íbamos siguiendo el camino hablando de sus hechos y de los nuestros, dijímosle Nos, que le rogábamos que se guiase por nuestro consejo en lo que pretendiera hacer, y en caso de errar, que nos lo dijese, y Nos enmendaríamos el yerro; de lo que quedó muy agradecido, como nos lo mostró al decirnos, que lo haria tal como se lo advertíamos.

Llegados, pues, á Burgos, encontrámos allí á los ricoshombres de dicho rey, á saber, don Alfonso de Molina, tio suyo, su hermano don Felipe, don Nuño Gonzalez de Lara, y á todos los demás ricoshombres del reino. Estaban tambien en dicha ciudad la hija del rey de Francia, acompañada del conde Dodo, hermano de don Juan Darte, un obispo y además varios ricoshombres, todos los cuales habian venido tambien con ella. Á dicha hija del rey de Francia tomóla en tal ocasion por esposa don Fernando: y por tal motivo, hízolo el rey caballero suyo, al paso que don Fernando hizo tambien caballeros á todos sus hermanos, menos á don Sancho, en razon de haberle suplicado Nos que así lo hiciese. Díjonos con esto el rey de Castilla, que dicho don Sancho y todos sus hermanos lo querian, y que pues lo querian, ninguna dificultad habia en que don Fernando les hiciese caballeros. A esto le contestámos delante de don Felipe, de don Nuño y de sus ricoshombres, que mal consejo le dió quien le aconsejaba que don Fernando hiciese caballeros á sus hermanos. Tomó aquí la palabra don Fernando y dijo, que ya que ellos lo querian, bien podia hacerlo; mas Nos le respondimos, que ira y bando metia entre ellos, pues en adelante, si sucedia que no se portasen bien, les echaria él en cara el haberlos

hecho caballeros, y ellos mostrarian en esto desden é ira. Por último, preguntámosles si en efecto lo querian así; á lo que ellos respondieron afirmativamente: mas acercándonos al oido de don Sancho, que estaba junto á Nos, dijímosle, que por nada del mundo consintiese; y fué su respuesta, que cumpliria exactamente lo que en tal ocasion le aconsejábamos.

Preguntámos luego á don Sancho en presencia de todos: —Don Sancho, ¿es cierto que quereis ser caballero de don Fernando?— Abuelo, respondió, lo que vos queres eu quiero yo. — Y á esto replicámos Nos: — Aço eu queremos Nos: que vos que prendades cavallería de vuestro padre, é nó de otro hombre. — Señor, respondió, plázeme, é fer lo he como vos queraes é como vos me conseilades. — Así, pues, el rey hizo caballero á don Fernando y éste á sus hermanos, menos á don Sancho: además, fueron tambien armados por el mismo, Lope Diaz de Vizcaya y otros hijos de muchos ricoshombres.

CAPÍTULO CCLXXXVI.

Duró nuestra permanencia en tal punto unos quince dias poco mas ó menos; y en uno de ellos enviónos á decir don Alfonso de Molina, que no estaba muy bueno, por lo que Nos pasámos á visitarle. Al volver de tal visita, junto á la casa del Hospital de Burgos, que era donde nos hospedábamos, encontrámonos con don Nuño Gonzalez de Lara, que venia á vernos; y juntándonos los dos, hicimos cabalgar adelante á los demás por la rambla de Burgos, y nosotros seguímos hablando dirigiéndonos hácia nuestra posada; durante lo que nos manifestó dicho don Nuño el grande deseo que tenia de servirnos mas que á ningun otro hombre del mundo; añadiendo aun, que segun en qué cosas, hasta nos serviria con preferencia á él mismo; y así, que bastaria en cualquier tiempo enviarle una carta, para acudir al punto á nuestro servicio con ciento ó doscientos caballeros. Respondímosle que le agradecíamos mucho el ofrecimiento que nos hacia, y que aceptaríamos de él lo que hubiésemos menester; mas pareciéndonos que adivinábamos la causa por la que se ofrecia á venir con Nos, y creyendo que era preciso decírsela, le hablámos de esta manera: —Don Nuño, yo sé que el

rey de Castilla no os ama y está quejoso de vos y de otros ricoshombres de su reino: por otra parte, sé tambien que vos y dichos ricoshombres estais asimismo quejosos del rey y no le deseais aquel bien que le debiérais desear; pero, ya sea por tuerto vuestro ó suyo, ninguna ocasion seria mejor que esta para arreglarlo, porque ya sabeis que ningun hombre tiene tanto motivo de entrometerse en sus negocios como yo; además de que, lo que los otros no se atreverian á decirle, Nos se lo diríamos llanamente como si habláramos con un caballero. Y creed, en verdad, que si algun tuerto os ha hecho, se lo dirémos y se lo harémos enmendar; y en caso de no querer hacerlo, vos vereis cuán resentido de él nos mostrarémos, hasta que á la fin lo haga: siendo tal nuestro resentimiento, si en ello persiste, que agradecido habreis de quedar por lo que hagamos. — Despues de esto, encontrámosle el dia siguiente que se daba ya por satisfecho del rey; pues decia que éste le habia dado patrimonio y le habia casado, cumpliendo con todas las deudas que satisfacer pudiera un señor á su vasallo; por cuyo motivo, añadió que ya no era preciso que interviniésemos en el negocio, supuesto que nos participaba tal novedad.

CAPÍTULO CCLXXXVII.

Tomámos luego el camino de Tarazona, hasta donde nos siguió el rey de Castilla, pues decia que no queria separarse de Nos en tanto que estuviésemos en su tierra. Suplicámosle que pasase en nuestra compañía la fiesta de Navidad, que estaba próxima, á lo que se negaba, escusándose de varios modos; mas al cabo accedió á nuestras súplicas, y entró con Nos en Tarazona. Hecha tal resolucion, tuvimos buen cuidado de que nada faltase á él ni á los suyos, arreglándolo de modo, que cada ricohombre tuviese en su tienda pan, vino, cera, salsa, fruta y todo lo demás que menester hubiese, á fin de que el uno no incomodase al otro en lo que dársele debia. De esta manera, pues, lo hicimos; y seguros estamos de que no quedó uno á quién no hiciésemos dar buena racion de perdices, uvas pasas y demás que se le antojase pedir.

La permanencia de dicho rey en tal punto con Nos fué de siete dias, y en ellos le dimos siete consejos para que los adoptase en

sus negocios. Fué el primer consejo, que cuando hubiese dado palabra á alguno, que de todos modos la cumpliese, pues valia mas sentir la vergüenza de decir nó al que pidiese, que sufrir luego el dolor de no poder cumplir lo prometido. Otro consejo fué, el de que antes de hacer con otro escritura ó entregársela, mirase bien primero lo que se queria hacer y lo que nó. El tercer consejo fué, que procurase conservar toda su gente en su poder, pues era regular y convenia á cualquier rey el saber conservar con amor y captándose su beneplácito toda la gente que Dios le habia encomendado. Fué el cuarto consejo, que si alguna gente debiese conservar, cuando no le fuese posible hacerlo con toda, conservase almenos á dos clases, cuales eran la iglesia y los pueblos y ciudades de la tierra; pues esta es la gente que Dios ama mas que á los caballeros, porque los caballeros son los que mas presto se levantan contra señorío que ningun otro. Bueno seria, le añadímos, que lo conservase todo, si fuese posible; mas cuando nó, que retuviese las dos clases que hemos citado, pues con ellas destruiria á los demás. El quinto consejo fué decirle, que ya que Dios le habia dado Murcia y Nos con nuestro Señor le habíamos ayudado á tomarla y á ganarla, que hiciese guardar los convenios que Nos habíamos hecho con sus pobladores, pues los que él les otorgó no se les observaban, antes se les faltaba á ellos quitándoles sus heredades; de modo que solo se les daban veinte ó treinta tahullas, y al que mas cincuenta, las cuales no eran mas que dos yugadas de Valencia, que solo hacen doce cahices de sembradura; siendo así que Murcia era reputada por la mejor villa de Andalucía, escepto Sevilla: y que no podíamos creer que ni él ni sus hombres no sabian partir la tierra. Dijímosle además que en ningun tiempo valdria nada Murcia, si no se hacia una cosa, la que le esplicámos de esta manera: — Lo que debeis hacer es, que queden en la ciudad cien hombres de valor que os sepan dar la acogida que os competa cuando vos vayais allá; y además, que estos cien hombres vivan allí con suficiente patrimonio; porque por cien tahullas ni por doscientas no puede decirse que tenga patrimonio un hombre de valor. Lo demás, ténganlo menestrales, y así hareis una buena villa; y si por ventura lo habeis dado á algunos que no sean de la poblacion, convenios con ellos y dadlo á pobladores. — El último consejo fué, que no hiciese justicia á escondi-

das, porque no era propio de un rey obrar de tal modo en su casa. Esto fué lo que hicimos en Tarazona.

CAPÍTULO CCLXXXVIII.

Al salir de tal punto el rey de Castilla, se dirigió á Fitero, desde donde nos envió luego un mensaje, diciéndonos que se hallaba muy malo de un golpe que un caballo le habia dado en la pierna, estando en Burgos. Con esto, marchámos allá al punto, llevando en nuestra compañía á cuatro ó cinco caballeros, y un médico cirujano llamado maestro Juan, y además, proveyéndonos de todo cuanto pudiese necesitarse. Consolámosle al verle y estuvimos con él tres ó cuatro dias; mas al cabo nos rogó muy encarecidamente que nos volviésemos, porque estaba ya curado. Y en efecto, marchóse él á Castilla desde luego, y Nos nos fuímos á Calatayud, donde permanecimos por espacio de un mes ó mas.

Pasado un mes volvimos al reino de Valencia, donde encontrámos que habia tenido lugar una disputa entre el que hacia nuestras veces y un cierto Guillermo Escrivá, sobre lo cual dimos Nos la correspondiente sentencia. Acusaron para esto dicho En Guillermo Escrivá y otro al indicado baile nuestro; mas enterándonos Nos del hecho, dimos, como hemos dicho, la sentencia, y les castigámos; con lo que la ciudad quedó segura y en completa paz. Llegó despues un enviado, participándonos que el rey de Castilla queria verse con Nos entre Requena y Buñol, al que respondimos que mucho nos placia; y al efecto fuímos á recibir á aquel en Buñol con ánimo de enseñarle el reino de Valencia, y saliendo luego al camino de Requena, recibímosles á él y á la reina cual correspondia y con todo honor y satisfaccion. Suplicámos entonces al rey que entrase en Valencia, lo que nos otorgó en seguida, siendo muy á gusto de la reina, porque desde que la habíamos casado con dicho rey no habia entrado mas en nuestra tierra. A tal objeto, antes de verificarse la entrada, ordenámos lo conveniente para que dichos reyes fuesen bien acogidos de los obispos, de los caballeros y de los prohombres de la ciudad: mandámos hacer juegos maravillosos y otras diversas cosas; y por otra parte, mostróse la villa llena de colgaduras y pusiéronse enramadas en todas las plazas. Entraron

entonces en la ciudad, é hízoseles buena y alegre acogida, de tal modo, que mejor no se la hubiera hecho otra villa que hubiese sido poblada de cien años atrás. Esto hizo que quedara el rey de Castilla muy contento y que estuviera alegre mientras allí le tuvimos; lo que no era estraño, supuesto que nada le faltó mientras con Nos estuvo, ya fuese de caza, ya de otras diferentes cosas.

CAPÍTULO CCLXXXIX.

Marchóse despues de Valencia y juntos fuímos hasta á Villena, donde nos suplicó que nos quedásemos en su compañía tres dias, á lo que accedimos. Pasados estos, despedímonos de él, que se dirigió á Murcia, y Nos nos fuímos hácia Játiva, desde donde pasámos luego á Denia. Aquí fundámos una puebla que tiene por nombre Orimbloy, y otra en el valle de Albaida, que se llama Montaberner. Un dia en que nos íbamos solazando por el camino de Biar, al llegar á Onteniente, nos salieron al encuentro unos hombres de Zuera y nos dijeron, que en un acecho y celada que habia puesto En Artal de Luna con caballeros y peones, les habia muerto veinte y siete de los suyos. A tal noticia volvímonos á Valencia y entrámos luego en Aragon; mas al llegar á Torrellas, que está cerca de Camarena, aldea de Teruel, vino á vernos el infante En Jaime, hijo nuestro, acompañado del abad de Poblet, y nos dijo como el rey de Francia y la reina le habian hablado para casarlo con la condesa de Nevres; que ambos habian dado ya su palabra y señalado dia, y así que esperaba de Nos todo amor y gracia como de su padre y señor podia esperarla; en virtud de lo que nos suplicaba que le otorgásemos tal cosa, de manera que pudiese llevarse á cabo el negocio á honor suyo y nuestro. El dia siguiente de habernos dicho esto, entrámos en Camarena y pasámos á Teruel, en cuyo punto dimos al citado infante sesenta mil sueldos en ayuda y para que pudiese sufragar los gastos que ocasionase lo antedicho.

De aquí partímos luego para Zaragoza, donde enviámos á buscar á don Artal de Luna para que acudiese á nuestra presencia la víspera de Santa María de agosto, en cuyo dia Nos predicámos. Á la tercera citacion compareció don Artal; los de Zuera promovieron su demanda esplicando el suceso de la celada en que aquel habia

muerto á sus hombres; don Artal nos suplicó que le diésemos por defensor á don Juan Gil Terim; y otorgándoselo, empezó el pleito entre ellos hasta llevarse á conclusion. Yendo otro dia á Ejea, vino á encontrarnos don Pero Cornel con todos sus amigos, y nos suplicó que tomásemos á aquel bajo nuestro amparo: tuvimos nuestro acuerdo para ello, y en efecto lo amparámos, pero fué de manera, que le mandámos enmendar el mal que habian hecho sus hombres á los de Zuera; que entregase veinte mil sueldos; y que él y los caballeros que le acompañaron en aquel hecho marchasen de nuestro reino por cinco años: á los de Erla les mandámos asimismo que saliesen por tres años; y á un escribano que aquel tenia, que habia ocasionado mucho mal, ordenámosle que saliese para siempre. Del dinero, dimos luego Nos diez mil sueldos á los huérfanos y á las viudas de los que habian sido muertos en el choque; y luego nos fuímos á Zaragoza.

CAPÍTULO CCXC.

Estando en Zaragoza, nos llegó un mensaje apremiante del rey de Castilla, diciéndonos de parte de éste que nos viésemos con él, pues le convenia mucho hablarnos de negocios muy importantes y que interesaban á entrambos. Á tal efecto, enviámosle á Jaime Çaroca, sacrista que era de Lérida y notario nuestro, diciéndole por su conducto, que Nos estábamos muy ocupado, y así que lo que tuviese que decirnos, lo dijese á él, porque del mismo modo haríamos por su carta lo que quisiese, que si lo viésemos delante de Nos. Respondió á esto que no lo queria así: antes por el contrario, nos suplicaba que de todos modos nos viésemos con él, pues cosas pasaban que á nadie absolutamente podia decirlas sino á Nos.

En vista de tal contestacion partímos de Zaragoza, y de aquí pasámos á Alicante, donde encontrámos á dicho rey, conforme nos lo habia enviado á decir. Lo que nos dijo al estar con él fué, que sabia de cierto que nuestros ricoshombres se habian convenido con los ricoshombres de Castilla y con los moros para ir contra Nos; y luego pidiónos consejo sobre lo que debia hacer y lo que nó, y á quién ayudaria, pues el rey de Granada le habia ofrecido su ayuda contra los arrayazes, y los arrayazes la suya contra el rey de Gra-

nada. Respondímosle á esto, que prestase ayuda á aquel con quien se hubiese convenido primero para ello; y al propio tiempo, le preguntámos cuál era éste. Contestónos, que el rey de Granada; y en vista de tal contestacion, dijímosle: que pues se habia convenido con el rey de Granada, á él prestase ayuda, si no habia roto el convenio; mas que en caso contrario, dejase á dicho rey, y la ofreciese antes bien á los demás arrayazes, con los cuales se podria convenir, que no por esto valdria menos su fé; y por último, que nos placia mucho el que diera así ocasion de dividir á los moros en dos parcialidades, pues valia mas esto, que nó que formasen una sola. Respondió el rey de Castilla, que bueno era el consejo que le dábamos, y que por lo mismo procuraria cumplirlo; con lo que nos despedimos de él y nos volvimos al reino de Valencia.

Mas adelante, cuando salímos de Valencia y nos fuímos á Murviedro, enviónos Ferran Sanchez una carta por un hombre suyo, diciéndonos: que el infante En Pedro habia ido á su casa en Burriana, con intencion de matarlo, y lo habia buscado, espada en mano, hasta por debajo de la cama; añadiendo, que á no haberlo sabido de antemano, pudiendo de este modo escaparse con su mujer, hubiéranlo preso, sin duda. Cuando Nos oímos esto, sentímos un vivo pesar y esclamámos, que preferiríamos perder por ello mil marcos de plata, antes que supiese tal cosa nadie mas que Nos, el infante y el mismo Ferran Sanchez.

Con esto, salímos de tal punto y nos fuímos á Aragon, donde mandámos reunir nuestra corte en Lérida, para que ante ella compareciese el infante; lo que se le hizo saber, así como á los ricoshombres, advirtiendo que debian estar allí á mediados de la cuaresma. Acudiendo, pues, Nos á tal punto, y estando allí el infante y los ricoshombres de Cataluña y Aragon, llevámonos á aquel aparte, y en presencia de algunos privados nuestros y suyos, le preguntámos, porqué habia entrado de noche en casa de Ferran Sanchez para destruirle y darle muerte. Respondiónos, que el ir á casa de aquel, no era porque llevase intencion de matarle; á lo que le replicámos diciéndole, que lo contrario nos parecia á Nos, es decir, que habia ido con tal intencion, pues lo hacia creer el haber entrado en el cuarto donde aquel solia dormir con su mujer, y el haberlo buscado con las espadas desnudas por debajo de la cama y de una porcion de cáñamo que habia en la casa. Tras de

esto, acordámos Nos y los demás que con Nos estaban, que la defensa que daba el infante no era suficiente; y así, desde luego le revocámos la procuracion que por Nos tenia.

CAPÍTULO CCXCI.

Despues de esto nos encamináraos á tierras de Valencia; pero antes que Nos llegó allá el infante, el cual salió á recibirnos así que entrábamos en Burriana cazando y con la mayor alegría. De Burriana nos fuímos á Murviedro, y de aquí á Valencia. Hacia ya unos quince dias que nos hallábamos en esta última ciudad, cuando se nos presentaron el obispo de ella, fray Pedro de Génova, el jurisconsulto En Tomás de Junqueras, y En Jaime Çaroca, que era á la sazon sacrista de Lérida y fué despues obispo de la misma ciudad. Así que estuvieron delante de Nos, rogámos al infante que no quisiese proceder tan duramente en el hecho de Ferran Sanchez, considerando que éste era su hermano, y que estaba dispuesto á responderle ante Nos en justicia de cualquier agravio que le hubiese causado; le suplicámos y mandámos que accediese á lo que le decíamos, pues allanándose el contrario á responder segun derecho delante del rey de la tierra, justo era que lo aceptase, mayormente tratándose de un pariente suyo tan cercano; y finalmente, le dijimos, que hallándose Ferran Sanchez con tales disposiciones, Nos no podíamos menos de ampararle, y así tendria él que habérselas, no solamente con dicho Ferran, sino tambien con Nos, si algun daño queria hacerle. Contestónos á esto el infante, que lo meditaria, y que luego nos haria saber lo que resolviese; y habiéndole preguntado cuándo, nos dijo que al dia siguiente. — Bien haceis en querer reflexionarlo, le dijimos entonces; pues cuanto mas lo penseis, mas acertadamente juzgareis lo que os conviene. — Á pesar de esto, todo el dia siguiente estuvimos esperando en vano su respuesta; hasta que por último al cabo de tres ó cuatro dias se nos dijo que dicho infante se habia salido de la villa, en compañía de otros tres ó cuatro caballeros, y que habia marchado á caballo, vestidos el perpunte y el camisote, y puesto el capacete de hierro. Semejante noticia nos sorprendió en gran manera por dos razones; la primera, porque nos daba á conocer

que no queria someterse al fallo de nuestra corte; y la segunda, por ver que habia salido de aquel modo de Valencia, de noche y á escondidas, siendo así que aun cuando no hubiese querido acceder á lo que le habíamos propuesto, no por eso le habíamos de hacer Nos ningun daño, mientras él no lo hiciese tampoco á Ferran Sanchez ó á sus cosas.

Á los pocos dias de haber el infante salido de Valencia, compareció en esta ciudad Ferran Sanchez, quien se presentó para mostrarnos su agradecimiento por el favor que le habíamos hecho interponiendo nuestra mediacion en aquel negocio; y despues de haber permanecido con Nos por espacio de ocho dias, volvió á emprender su camino, regresando á su tierra. Estábamos Nos aun en la misma ciudad de Valencia con don Gimeno de Urrea, suegro del indicado Ferran Sanchez, con don Férriz de Lizana, don Pero Martinez de Luna y otros muchos, cuando se nos presentaron enviados por el infante don Ruiz Gimenez de Luna y En Tomás de Junqueras, los cuales, despues de habernos entregado su credencial, nos dijeron que querian hablar con Nos en presencia de nuestros ricoshombres, de los caballeros y de los hombres de la ciudad. Hicimos entonces convocar á todos estos, y así que estuvieron reunidos, levantóse En Tomás de Junqueras, y hablando en nombre del infante, se espresó en estos términos: — Señor, el infante nos envia á Ruiz Gimenez y á mí, para que os digamos, que el haberse salido el otro dia de Valencia no fué con ningun fin siniestro ni para haceros ninguna injuria, sino por no tener que daros cara á cara un desaire, negándose á lo que vos le pedísteis. Quiere además que os manifestémos una cosa que hasta ahora habia guardado muy secreta, y que hubiera continuado guardándola, sino porque ve el interés que os tomais por Ferran Sanchez. Debeis, pues, saber que éste ha hecho contra vos tales cosas, que no merece que intercedais por él para que el infante le perdone: él ha dicho que vos no debeis reinar; él intentó hacer envenenar al infante; y él finalmente conspiró con algunos ricoshombres para que se levantase contra vos vuestra tierra. Así está dispuesto á probarlo el infante en su lugar y tiempo, como y tambien que en aquella conspiracion tomaron parte muchos ricoshombres y la mayor parte de Aragon. — Mucho nos placerá, les dijimos, que nos descubra el infante todo lo que sepa en este

asunto, no tanto para que pueda probarlo, sino tambien para que podamos poner en ello el conveniente remedio. Entretanto resolverémos lo que deba hacerse. — Despues de esto, llamámos aparte á los de nuestro consejo, porque nuestro palacio de Valencia se hallaba á la sazon lleno de gente, delante de la cual habian tenido su razonamiento los enviados; y habiéndose reunido con Nos En Bernardo Guillen de Entenza, don Gimeno de Urrea, don Férriz de Lizana y don Pero Martinez de Luna, cuando estuvimos solos, les dijimos: — Ya veis cuán graves cargos acaban de hacérseos á vosotros, aragoneses; menester será que álguien responda á ellos. — Yo responderia de muy buena gana, contestó don Gimeno de Urrea, si aquel legista no fuese una persona vil: daréle, sin embargo, un su igual para que responda por mí (1), y nombraré para esto á un caballero. — Separóse entonces el consejo; pero ni don Gimeno ni el caballero que él habia dicho respondieron nunca al cargo que se les hacia.

Contestámos entonces á don Ruiz Gimenez y á En Tomás de Junqueras, que las palabras que nos habian dicho de parte del infante eran muy graves, y que con ellas habian lanzado un reto que comprendia á muchos; pero que señalaríamos dia á don Ferran Sanchez, para que, dándole salvoconducto, compareciese ante Nos á responder del cargo que se le hacia; y que si no se presentaba, le impondríamos la pena á que se habia hecho acreedor por

(1) Cuando se tomaba satisfaccion de alguna injuria ó se dirimia cualquier controversia por medio del desafío, como *juicio de Dios*, debia haber entera igualdad entre ambos contendientes, no solamente en su linaje, sino tambien en su categoría militar, y en cierto modo hasta en sus fuerzas físicas; y así es que cuando no existia naturalmente esa igualdad, el retador tenia obligacion de nombrar un caballero que fuese igual al retado para sostener el duelo. Esta ley, á la cual alude aquí don Gimeno de Urrea, existe consignada en los Usajes de Cataluña, en los fueros de Valencia y en otras compilaciones legales de la edad media, y se la hallará muy minuciosamente reglamentada en el *Libellus de Batailla* que publicó el erudito Salat en su apéndice al *Tratado de monedas de Cataluña*, copiándolo del *Libro I Verde* del archivo de la municipalidad de Barcelona, y del cual se guardaba tambien una preciosa copia entre los varios códices del suprimido monasterio de Santa María de Ripoll. Esplicando, pues, dicho reglamento todas las formalidades y todos los procedimientos que debian guardarse en aquellos desafíos, dice en uno de sus artículos · *È si el reptament no es de fet de bohia, mes de trencament de treues ó daltre trencament de fe, ço es de trahició, deu lo reptador dar contrasemble al reptat.*

tan grave falta: á lo cual respondieron ellos, que no tenian órden del infante para esperar otro dia; y así se marcharon desde luego.

CAPÍTULO CCXCII.

Seguidamente convocámos al arzobispo, á los obispos, ricos-hombres y cuatro síndicos de cada villa, para las cortes que debíamos celebrar en Algecira; y á poco de haberlos convocado, se nos presentó en Valencia Ferran Sanchez, á quien interrogámos sobre la certeza de lo que se nos habia dicho, manifestándole que su suegro don Gimeno de Urrea no habia querido responder al cargo. Dijímosle, pues, que respondiese él ó alguno de los demás acusados, pues era tal el delito que se les imputaba á todos ellos, que á ser verdadero, era muy en mengua de su lealtad; pero á pesar de nuestras escitaciones, ni él ni ninguno de los demás cómplices quisieron responder á la acusacion que se les hacia.

Resolvimos entonces marcharnos á Algecira, para esperar al infante al paso del rio, en caso que viniese, y poder destruirle mas fácilmente, si algo intentaba contra Nos. Allí nos entretuvimos cazando, puesto á la mira de lo que hiciese dicho infante; pero cuando menos lo pensábamos, supimos que éste habia pasado ya por un vado, mas abajo de Segayren, y que se habia dirigido á Corbera, acompañado de unos veinte y cinco ó treinta de á caballo. Entretanto habian ido compareciendo en Algecira para asistir á las cortes, el infante En Jaime, el arzobispo, los obispos de Barcelona, Lérida y Valencia, don García Ortiz, don Artal de Luna, y los síndicos de las ciudades de Zaragoza, Teruel, Lérida, Calatayud y algunas otras. Considerando entonces el tuerto que nos hacia el infante con no querer aceptar la sumision de Ferran Sanchez, y que, muy al contrario, despues de haberle Nos rogado que la admitiese, no solamente no habia accedido á nuestros ruegos, sino que para prevenirse habia mandado fortificar y guarnecer todos los lugares que tenia en feudo por Nos; suplicámos á los de las cortes que tuviesen á bien tomar parte en aquel negocio, interesándose y compartiendo el pesar que tales hechos nos causaban. Ellos nos contestaron, que ya que dicho infante se hallaba en Corbera, irian á verle y harian todo lo posible para ponerlo en paz con Nos;

y por nuestra parte le confiscámos todos los feudos que le habíamos dado en Aragon y Cataluña.

Marcháronse, pues, á Corbera todos los ricoshombres, á escepcion de don Artal, para ver al infante, á quien hallaron tan enojado y tan poco dispuesto á acceder á lo que le dijeron, que al cabo hubieron de volverse sin haber logrado su objeto, y habiéndose, al contrario, enemistado con él. Vueltos á Algecira, nos dijeron que habian resuelto regresar cada uno á su tierra; pero pensando Nos lo que deberíamos hacer, y habiéndonos manifestado ellos el razonamiento que babian tenido con el mencionado infante, les hicimos presente, que no debian marcharse de aquel modo, ni debian haberle hablado en los términos en que lo hicieron; sino que el arzobispo, los obispos, y todos los ricoshombres y ciudadanos que fueron á verle debian decirle: Vos, infante, ¿porqué habeis reñido con vuestro padre, siendo así que está pronto á enmendaros cualquier tuerto que se os haya hecho, segun lo que nosotros juzguemos? Si no accedeis á ello, no teneis que contar ya mas con nuestra amistad; sino que nosotros y todo el reino nos alzarémos contra vos, como contra quien es rebelde á su padre. — Si así le habláseis, añadímos luego, es bien seguro que no se atreveria á perseverar en su rebeldía. ¿Y cómo habeis de ausentaros de aquí, sin haber conseguido ningun resultado en esta cuestion que se debate entre Nos y nuestro hijo, y por cuya causa fuísteis congregados? ¿Y qué respondereis, desdichados, cuando por el camino se os pregunte, porqué habeis dejado al rey en guerra con su hijo? — Movidos de nuestras razones, nos contestaron que volverian á ver al infante, y le dirian lo que acabábamos de indicarles. Rogáronnos además, que fuése tambien allá don Artal, y así lo enviámos con ellos.

CAPÍTULO CCXCIII.

Luego que nuestros enviados llegaron á presencia del infante, dijeron al arzobispo que tomase la palabra á nombre de todos; pero habiéndolo él rehusado, hicieron otro tanto el obispo de Barcelona y todos los ricoshombres, ninguno de los cuales quiso ser el primero en hablar; hasta que por último, habiendo rogado

á Juan Gil que lo hiciese, les contestó: —¿Y cómo he de llevar yo la palabra, estando aquí presentes un arzobispo y tantos obispos y ricoshombres? —No importa, hacedlo, le replicaron todos. —Levantando entonces las manos á Dios, dijo: —Gracias os sean dadas, Señor, de que me toque á mí el hablar en este negocio; haced que mis palabras sean tales, que redunden en mayor honra del rey y en provecho del infante. —Habló luego con arreglo á las instrucciones que les habíamos dado; pero nó tan cumplida y enérgicamente como Nos les habíamos dicho que debian hacerlo. Cuando hubieron regresado, nos dieron cuenta del resultado de su embajada, diciéndonos que habian sido en vano todos sus esfuerzos por persuadir al infante; y declarándonos los intentos que éste tenia, dijéronnos que amenazaban sernos fatales. Propusimos entonces á los ricoshombres, que se quedasen aun por algun tiempo con Nos; pero viendo ellos que nada habian podido conseguir con su mediacion, y que no habian hecho mas que gastar permaneciendo á nuestro lado, se obstinaron en marcharse.—Idos, pues, en mal hora, les dijimos, que para nada os necesitamos, y de un modo ú otro sabrémos Nos alcanzar lo que pretendemos.—Con esto se separaron los de las cortes, volviéndose cada uno á su tierra.

CAPÍTULO CCXCIV.

Al cabo de tres ó cuatro dias recibímos del infante un mensaje, en que nos pedia que le enviásemos el obispo de Valencia y dos caballeros de nuestra confianza. Así lo hicimos; mas entretanto, dejando convenientemente guarnecida la plaza de Algecira, nos fuímos á Játiva, donde al cabo de muy poco tiempo, el viernes antes de Navidad, compareció el obispo de Valencia, y Nos dijo aparte y con gran secreto:—Señor, sabed de cierto que el infante quiere entregárseos sin ninguna condicion; y que al efecto se os presentará aquí en Játiva para pediros que le perdoneis, dispuesto á hacer en todo vuestra voluntad.—Plúgonos en gran manera tal noticia; y efectivamente aquel mismo dia compareció el infante con todos los suyos, entrándose en la casa donde nos hospedábamos Nos en Játiva. Al descubrirle, nos levantámos; y despues de haberle hecho el buen recibimiento que merecia, ya que tan gozoso y humilde

se presentaba ante Nos, le dijimos que se fuése á acostarse, y que luego al dia siguiente hablaríamos los dos de nuestros negocios. Sin embargo, en vez de ceder á nuestras instancias, nos contestó que no tomaria posada en ninguna parte del mundo hasta tanto que le hubiésemos perdonado; y que ante todo mandásemos llamar á nuestros caballeros y á los hombres buenos de la villa, conforme lo hicimos.

Reunidos todos á nuestra presencia, púsose en pié el infante y dijo: — Señor, lo que yo feyto he me pesa muyto, é muyta gran dolor he yo en mon coraçon com yo he feyta ninguna cosa que á vos pese: é viengo aquí á vostre merce, é fets de mí é de les mies coses lo que querades.—Y arrojándose en seguida á nuestros piés, nos los besó, suplicándonos por Dios que le perdonásemos. Nos sentimos tan viva emocion en aquel momento, y escitó tanta compasion en Nos, que no pudimos resistir, y al punto nuestros ojos se anegaron en lágrimas; de modo que en vista de su humildad y de la devocion que nos tenia, no pudimos menos que perdonarle.

El dia siguiente hicímoslo comparecer ante Nos en la iglesia de San Félix, adonde vino con el maestre del Hospital, al cual tenia preso, y nos trajo en aquella ocasion para entregárnoslo. No bien llegó, apartámonos á un lado con el maestre del Templo y el obispo de Valencia, y le hicimos la siguiente proposicion: que si las demandas que Nos le hacíamos no eran mas que sobre cincuenta ó setenta mil sueldos, desistiríamos de ellas; y además, que le satisfaríamos todas las deudas que hubiese contraido en el reino de Valencia, sin embargo de ascender casi á doscientos mil sueldos. Quedámos, con esto, satisfechos y alegres; pues nos manifestó que no era su ánimo reñir con Nos jamás, antes al contrario, estaria en todos tiempos dispuesto á cumplir lo que le mandásemos. Suplicónos luego que le permitiésemos ir á Valencia, donde tenia mucho que hacer; y dejándolo á su albedrío, fuése allá en efecto, desde donde vino despues á vernos á Denia, acompañado del sacrista de Lérida, que en aquella ocasion era ya electo de Huesca. Díjonos en tal entrevista, que si nos placia, pasaria á Cataluña por ciertos negocios suyos; y respondiéndole Nos que bastaba que él lo quisiera para ser á nuestro gusto, marchóse allá, donde concurrió á la consagracion que se hizo en Tarragona del sacrista de Lérida, para ser como fué en aquel tiempo obispo de Huesca.

CAPÍTULO CCXCV.

Dirigímonos luego hácia Murcia, haciendo saber ya de antemano á los prohombres, que Nos debíamos llegar; y debo decir aquí, que si hombres en el mundo hubo jamás, que aguzaran mejor su ingenio para dar buena acogida á un rey, como con Nos hicieron, eran ellos. Al efecto, salieron todos cuantos habia en la poblacion á recibirnos, quien á pié, quien á caballo; y al llegar ante Nos, se pararon y dijeron: que agradecian á Dios y á su bendita Madre el habernos visto, pues no podian tener mayor gozo que el de vernos allí, atendido á que el bien que en tal lugar tenian, por Nos lo alcanzaron. Fuímos luego á hospedarnos en las casas de la reina, aunque comíamos en las de don Fernando; y al anochecer vinieron á vernos los prohombres de la villa, uno de los cuales, llamado En Andrés de Odena, se puso en pié y nos dijo: que agradecian á Dios nuestra llegada, por cuanto conocian y reconocian al mismo tiempo, que el bien de que gozaban á Nos lo debian; así como conocian tambien cuál fué la ayuda que Nos les dimos cuando estuvimos en Burgos y suplicámos por ellos al rey. Con tal motivo esforzáronse y nos rogaron que nos quedásemos allí con ellos dos ó tres dias ó mas; pero Nos no quisimos otorgárselo mas que por un dia. Á pesar de esto, impetraron de nuevo nuestra gracia para que tanto Nos como el rey de Castilla favoreciésemos su poblacion; y concedido por nuestra parte, seguimos en el pais por espacio de diez y nueve dias cazando y divirtiéndonos; pues aun cuando no habíamos ido allá mas que para ver como se poblaba, sentíamos tan grande alegría de la prosperidad de sus habitantes, que los mirábamos como si fuesen súbditos nuestros.

CAPÍTULO CCXCVI.

Volvímonos luego á Valencia; y al llegar á Algecira, vino fray Pedro de Alcalá, mensajero del papa Gregorio X, con una carta de éste, en la que nos suplicaba que le diésemos consejo y ayuda sobre el asunto de la Tierra Santa de ultramar. Mucho nos plugo tal men-

saje, y de ello nos alegrámos en estremo; atendido lo que, enviámos á decirle en contestacion, que el dia que nos señalaba estaríamos sin falta con él. Preparámonos, pues, para ir al concilio de Lyon, que era donde él nos llamaba; y de antemano hicimos ya tomar nuestras posadas, á las que enviámos provision para dos meses ó mas. Con esto, á mediados de la cuaresma salímos de Valencia y nos fuímos á Lyon; mas al llegar á Gerona, nuestro hijo el infante En Pedro convidónos á pasar la pascua en Torrella, lo que le concedimos, pasando de consiguiente tal fiesta en su compañía. Salímos luego de allí y nos dirigímos á Perpiñan, hasta donde nos acompañó dicho infante; dímosle en seguida órden de que se volviera, y Nos marchámos á Monpeller, donde permanecimos ocho dias, despues de los cuales nos pusimos otra vez en camino.

Al llegar á Viena, encontrámos á los mensajeros solemnes del papa, quienes nos rogaron en su nombre que esperásemos un dia en San Saforin, á fin de que pudiera hacernos mejor recibimiento. Accedimos Nos, deteniéndonos en efecto en dicho lugar, que está á tres leguas de Lyon; y al dia siguiente, al rayar el alba, nos levantámos dirigiéndonos á esta ciudad, donde entrámos el dia primero del mes de mayo; saliendo á recibirnos una legua antes de llegar á ella todos los cardenales, el maestre del Templo de ultramar, En Juan Gil y En Gaspar de Roselló, que guardaba la villa por el papa, y además muchos otros obispos y ricoshombres. Tanta era la multitud de gente que allí habia y que nos salió á recibir, que para andar el espacio de una legua y poder llegar á la casa del papa, tuvimos que luchar desde la mañana hasta el mediodia. Despues do esto, el papa dió órden á los porteros que no guardasen la puerta, y que á cuantos dijeran los nuestros que podian entrar, se lo permitiesen; de modo que cuando Nos entrámos, entraron tambien todos los caballeros y además cuantos quisieron.

CAPÍTULO CCXCVII.

Estaba el papa en su cámara, cuando le dijeron que Nos llegábamos; y al oirlo, salió al punto revestido, pasó por delante de Nos y se fué á sentar en su silla, en cuyo acto le hicimos aquella reverencia que los reyes hacen al papa y es costumbre de hacer.

Habíamos puesto á su lado una silla para que nos sentásemos, junto á la suya á la parte derecha; y pasando Nos á hablarle, le dijimos: que ya veia como habíamos llegado el dia que nos señaló; que aquel era el primero, y así, que no era regular hablar de negocio alguno por entonces; y por último, que al dia siguiente volveríamos á su presencia, oiríamos lo que él nos dijese, y le responderíamos de modo, que quedaria satisfecho de Nos.

La mañana siguiente comparecimos de nuevo á su presencia, y le encontrámos en su cámara con los cardenales; entrando con Nos á tal sazon el arzobispo de Tarragona, el obispo de Barcelona, el de Valencia y el de Mallorca. Pasámos al punto á sentarnos, y no bien lo estuvimos, cuando el papa empezó á hablar del asunto de la Tierra Santa de ultramar, esplicando el objeto para que habia venido allí, guiado por nuestro Señor, para llevar á cabo tal negocio. Añadió luego el gran gozo que tenia de vernos, y que confiaba en Dios, que con nuestra ayuda y la de otros nos inspiraria aquel una buena idea provechosa á la Tierra Santa, que se habia de ganar en su nombre.

Pusímonos en pié entonces, é íbamos á descubrirnos; mas el papa nos dijo que tal no hiciésemos: antes por el contrario, que nos sentásemos y que nos cubriésemos de nuevo la cabeza; cuyas espresiones nos dijeron tambien los cardenales todos á una voz. Sentado, pues, de nuevo, dijímosle de esta manera: que para venir Nos á tal concilio, nos habia enviado él un mensaje para rogárnoslo, comisionando al efecto á un predicador llamado fray Pedro de Alcalá, al cual habia dado una carta para que Nos le creyésemos en todo lo que de su parte nos dijese; mas que nuestra contestacion habia consistido en las palabras que dijo nuestro Señor en el Evangelio: *Gloriam meam alteri non dabo.* — El motivo de decir tales palabras al enviarme vos este mensaje, añadímos, es porque ya tenia intencion de venir á veros; pues no queria descubrir mi pecho á nadie mas que á vos, porque no era razon que declarase mi voluntad á un mensajero vuestro, y sí solo á vos personalmente y delante de aquellos que vos quisiéseis. Hallámos en los profetas, es decir, en Isaías, que en la fiesta de Nuestra Señora Santa María, cuando ésta fue á ofrecer al Templo á nuestro Señor, dijo: *Lumen ad revelationem gentium*, que significa, revelóse la luz á todas las gentes. Y esto es una verdad, porque

cuando él nació y nuestra Señora santa María le ofreció en el templo, revelóse entonces á las gentes el Hijo de Dios. De esto podemos deducir, que este concilio ha de ser bueno y santo, pues ambas cosas se parecen ; es decir , que lo que los otros papas no hicieron ni cumplieron para recobrar el santo sepulcro de ultramar, en cuya tierra quiso Dios morir por nosotros y ser sepultado , sea cumplido ahora por vuestra palabra y por obra de los clérigos y nobles de este siglo; pudiendo decirse, que aquella luz que en ningun tiempo se pudo conseguir , se consiga ahora en nuestro tiempo, y seais vos quien la encendais. Por dos cosas diferentes he venido yo aquí y me enviásteis á llamar vos ; mas otra hay aun, que me pertenece á mí solo : consiste la primera en que me llamásteis para que os diese consejo ; y la segunda, para que os prestase ayuda. El venir yo aquí basta para acreditaros que el consejo que os dé será el mejor que sabré y podré daros, y el mismo que Dios ponga en mi pensamiento; y en cuanto á ayuda, ya lo veis. Resta, pues, ahora la tercera cosa, que es la que me pertenece, y consiste en que os he de descubrir á todos cuantos no tengan ánimo de servir á Dios , para lo cual tanto he de hacer y decir , que ellos mismos se habrán de declarar á la fuerza.— Al oir estas palabras, sonriéronse el papa y los cardenales, satisfechos de lo bien que habíamos hablado , con lo que les dejámos muy complacidos, y por cuyo motivo nos mostraron su agradecimiento ; despues de todo lo que , nos volvimos Nos á nuestra posada.

CAPÍTULO CCXCVIII.

Mas adelante, enviónos á decir el papa, que desde el viernes siguiente asistiésemos ya al concilio que él celebraria en la iglesia; á lo que le contestámos , que nos era muy grata tal invitacion y que no haríamos falta el dia señalado. Y en efecto , llegó el viernes y Nos fuímos al concilio , al cual se habian presentado ya los arzobispos al rayar el alba ; mas no habiendo ido Nos hasta que salió el sol, mandó el papa que se esperasen, y hasta que Nos llegámos no quiso principiar su discurso. Maravilloso fué á nuestros ojos lo que vimos al entrar en la iglesia ; pues entre arzobispos, obispos y abades habia quizá quinientos ó mas : el papa estaba

sentado en el coro como todos, y delante de él habia en dos escaños mas altos que los demás, los cardenales y patriarcas. Al vernos aquel, hizo llamarnos para que nos sentásemos á su lado, tan cerca, que entre él y Nos no podia caber otra persona; debiendo advertir, que su silla solo era un palmo mas alta que la nuestra.

Empezó su discurso el papa en latin, diciendo como él y los cardenales habian venido allí contra viento, mas que nuestro Señor los habia guiado y conducido para llevar á cabo tan buena obra, pues ni enfermedad ni viento pudieron impedir que todos nos reuniéramos; y además, que bien sabíamos que Dios nos habia criado y que era él quien nos habia dado los bienes que entonces teníamos: que todas las cosas nos las habia dado Dios para nuestro servicio, y utilidad propia, y así, ya que tanto nos habia dado, justo era que le devolviésemos tambien, si nó el todo, al menos una parte de lo nuestro, á fin de rescatar aquel santo lugar que tenian los que eran sus enemigos y no creian en su fé: atendido lo cual, convenia corresponder así á nuestro Señor, ya que con tanto amor sufrió pasion y muerte por nosotros. — Porque, añadió en seguida, ¿quién fuera el que en tal ocasion quisiese faltarle? Imposible seria, pues no puede nadie dejar de servir al que le hizo y le ha de salvar; y nadie hay que quiera servir al diablo, antes que á Dios.— Estas y otras razones fueron las que manifestó á todos el papa, en pro y salvacion de nuestras almas; y al fin del discurso añadió, que perdonaba todos los pecados á cuantos prestasen tal servicio á Dios, escepto robo, logrería y hurto, porque estos eran pecados que causaban daño á tercero, y por consiguiente, no podian perdonarse sin la restitucion; mas aquellos que lo causaban solamente á nosotros mismos ó á nuestro Señor, no podia menos de perdonarlos, por cuanto él estaba colocado entre Dios y los hombres. Dijo además, que tenia el poder de san Pedro, al cual dió nuestro Señor facultad en la tierra para atar y desatar; y por lo mismo que tal perdon habíamos de recibirlo con gusto; y por último otorgó iguales perdones á aquellos que por viejos ó enfermos no pudieran emprender el viaje, pero que diesen para que se verificase, cuanto hubiesen podido gastar en él.

CAPÍTULO CCXCIX.

Despues de esto marcháronse todos cuantos habia en el concilio; pero nos advirtió el papa que al dia siguiente nos viésemos con él, pues queria hablarnos, ya que estaban allí varios mensajeros de reyes y príncipes de ultramar. Fuímos, pues, á verle la mañana siguiente; y al propio tiempo acudieron tambien algunos otros representando á sus señores, reyes ó príncipes, estando además presentes en aquella sazon, los cardenales, el maestre del Templo, fray Juan de Cartellá, que era el freile mas viejo de todos y desempeñaba las funciones de maestre de aquende la mar, y además otras muchas personas, ante todos los cuales tomó la palabra el papa, y dijo de este manera: que nuestro Señor habia hecho al hombre y á todas las demás criaturas, criándolas todas para su servicio, y haciendo tanto honor al hombre, que hasta lo formó á imágen y semejanza suya: y que así, ya que tanto honor nos habia hecho y habia querido morir por el linaje humano, razon era que hiciésemos mucho por él, lo que podria conseguirse socorriéndole en aquel lugar donde le tenian preso, y correspondiendo con nuestro amor al suyo, puesto que tan caro le habia costado cuando por nosotros quiso morir.—Pues ¿quién seria, continuó, el que no quisiese ayudarle con su propia persona, y cuando con esta no pudiese, almenos con lo mismo que Dios le hubiese dado? Este siglo es como el fuego de estopa, pues cuantos mas bienes temporales se adquiere y cuantos mas se posee, mas orgullo se tiene: igual á lo que digo es este mundo, pues así como la estopa se consume y anonada mas presto, cuanto mas encendida está, así la gloria de esta vida y los bienes terrenales que uno tiene, desaparecen y se anonadan cuando llega la hora de la muerte. Por esto, pues, debe pensar cada uno, que ya que Dios le ha dado tales bienes, á él debe cedérselos, para que luego pueda alcanzar la gloria del paraiso. Todo cuanto tenemos, dijo al fin, á Dios lo debiéramos entregar, puesto que tanto hizo por nosotros; sirviéndole no solamente con las personas, si que además con los bienes, para que de esta manera, con tal servicio, pueda ganarse desde luego la tierra de ultramar.

Al acabar el papa su discurso, levantámonos Nos, mas al punto nos hizo aquel sentar, diciéndonos que no queria que estuviésemos en pié; y en seguida tomámos la palabra, espresándonos de esta manera: — Padre santo, queremos hablar antes que todos sobre este asunto, ya que somos el único rey que aquí se encuentra; y consiste el consejo que os vamos á dar, en que primeramente envieis á la Tierra Santa quinientos caballeros y dos mil peones, y luego, sin tardanza, escribais al maestre del Templo, al del Hospital, al rey de Chipre y á la ciudad de Acre, haciéndoles saber como habeis celebrado este concilio por causa del rey de ultramar; que las fuerzas antes citadas pasarán allá en seguida, mientras que aquí se preparan los demás para lo mismo; y que los que primero vayan, no llevan por objeto combatir el pais, sino construir castillos y fortificar los lugares, donde permanecerán de guarnicion. hasta que de aquí á dos años, por San Juan, pueda verificarse nuestro pasaje; haciendo todo lo que os decimos con la mayor urgencia, porque si sabian los moros que han de ir refuerzos allá, acosarian desde luego á los cristianos, y no podrian estos sostenerse. En cuanto á la ayuda que me pedis, os la daré en estos términos: así como percibis el diezmo de vuestros prelados, así tambien os lo concederémos de nuestra tierra, y tened por cierto que antes os darémos mas que menos: mas aun, si vos pasais á ultramar, como decis, os acompañarémos allá con mil caballeros; pero en este caso deberá quedar para Nos el diezmo de nuestra tierra. Este es el consejo que os damos y esta la ayuda que os ofrecemos.

Concluido nuestro razonamiento, callaron todos, sin que ninguno de los concurrentes pronunciase una sola palabra; mas advirtiendo Nos su silencio, nos volvimos al pontífice, y le dijimos: — Padre santo, haced que nos respondan aquí mismo los que se hallan presentes; pues así prometerán quizás por vergüenza lo que de otro modo no prometerian. — Bien dice el rey de Aragon, añadieron los cardenales. — Hablad, pues, vos, En Artal de Balarí, dijo entonces el papa; diga cada uno lo que le parezca.—Sin embargo continuaron todos callando. Dirigióse luego el pontífice al maestre del Templo y á Juan Cartellá, para que esplicasen su opinion; pero el primero se escusó tambien, y quiso que hablase antes el segundo, motivando su escusa con que micer Juan Cartellá hacia ya sesenta años que era de la religion.—Maestre, no debe tratarse

ahora de mis años. — contestó el otro; por consiguiente el papa hubo de ordenar á aquel que se esplicase. Hízolo por fin el maestre; pero en vez de decir al pontífice, que ante todo debia darnos gracias por el ofrecimiento que Nos le habíamos hecho para llevar á buen cabo el negocio de ultramar, no pronunció ni una sola palabra que mostrase el menor agradecimiento, y se contentó con decir que aquel asunto necesitaba muy maduro consejo, por los acopios que de armas y bastimentos deberian antes hacerse, y porque seria menester interesar en la empresa á muchos que no se hallaban todavía muy bien dispuestos á acometerla. — Yo, continuó, soy de opinion que para ella se necesitarán á lo menos de dos cientos cincuenta á tres cientos caballeros y unos mil hombres de á pié. — Al oir tales palabras, no pudimos menos de interrumpirle diciendo: — Al caso, maestre; si el papa resuelve enviar allá mil caballeros, ¿con cuántos contribuireis vos? — Preguntóle entonces el pontífice, cuántos buques podria tener el sultan; á lo que contestó el maestre :—Sire, segun mis noticias, cuando quiso poner sitio á Acre, que fué cuando hizo el mayor esfuerzo, no pudo reunir mas allá de diez y siete embarcaciones, entre galeras y otros leños. — Segun esto, añadió el papa, necesitaríamos nosotros tener otras tantas, y mejor hasta veinte. —Padre santo, repusimos Nos entonces, no os deis pena por eso, que no se necesita tanto: con diez que querais armar de nuestra tierra, estad seguro que no solamente no retrocederán por diez y siete, ni por diez y ocho ni por veinte; sino que embestirán contra ellas y las echarán á pique.

Levantóse entonces en Artal de Balarí, y dijo: — Sire, negocio es éste de mucha importancia; pues los enemigos han poseido aquella tierra por mucho tiempo, y no será ahora tan fácil el recobrarla. No hagamos como el gozquecillo que ladra al mastin, y éste le desprecia; que aunque pase á Ultramar un rey ú otro cualquier personaje, no le será tan fácil como suponen el ganar la tierra: por esto me adhiero á la opinion del maestre del Templo. — Como vimos que nadie replicaba á estas palabras, volvímonos al papa y le dijimos: — Padre santo, ya que nadie quiere declararse, creo que puedo marcharme. — Idos con la bendicion de Dios, nos contestó el pontífice.—Salímonos luego con los de nuestra comitiva, y les dijimos: — Barones, ya podemos marcharnos; pues

hoy á lo menos hemos dejado bien puesto el honor de toda España. — Cuando estuvimos afuera, donde se hallaba ya Juan de Gili, cabalgámos en nuestro caballo; y al espolearlo, hicímosle saltar garbosamente, de modo que, admirados los franceses, no pudieron menos de decir: — No es tan viejo ese rey como decian; pues bien podria repartir aun sendos lanzazos á los turcos. — Fuímonos entonces á nuestra posada; y al dia siguiente, habiendo llamado á En Raimundo March y En Bernardo de Cascanet, que eran de nuestra tierra y tenian mucho valimiento con el papa, les dijimos aparte:—Si el pontífice quisiese hacerlo, desearíamos que nos coronase; pues ya que Dios nos ha traido á este concilio, mayor honra será para el papa y para Nos que nos corone aquí mismo, que nó si hubiésemos ido á Roma con este objeto; mayormente teniendo ya, como tenemos, dispuesta la corona que deberá ceñirnos, y tan buena, que no puede haberla mejor en Lyon; pues está trabajada de oro y piedras preciosas, y vale mas de cien mil sueldos torneses. —Contestáronnos, que se alegrarian mucho de que así se hiciese; que manifestarian al papa nuestros deseos, y que al dia siguiente nos trasmitirian su respuesta. Volvieron en efecto por la mañana, y nos dijeron de parte del papa, que éste accederia con mucho gusto á nuestros deseos, con tal de que ratificásemos Nos el tributo sobre nuestro reino de Aragon, que le habia prometido nuestro padre cuando se coronó en Roma, y era de doscientas mazmudinas jucefinas; pagando todas las anualidades que se adeudaban y las que en adelante venciesen, conforme á lo prometido. Respondimos Nos á esto: que nos maravillábamos en gran manera de que el pontífice nos pidiese á la sazon tributos del tiempo de nuestro padre, y cuyo importe podria ascender por lo mas á once mil mazmudinas: que si tanto se empeñaba, quizás le daríamos dicha suma; pero que no nos parecia razonable que nos hiciese tales demandas, en ocasion en que acabábamos de darle consejo y ofrecerle socorros que tenian doblado valor del que nos reclamaba: y finalmente, que en cuanto á firmarle escritura confesándonos tributario suyo, no lo haríamos de ninguna manera, porque los servicios que Nos habíamos prestado á Dios y á la iglesia de Roma, bien merecian, á nuestro entender que se renunciase respeto de Nos á tan mezquinas exigencias. Los enviados nos respondieron, que volverian á ver al papa

y le manifestarian lo que acabábamos de decirles. Así lo hicieron; y el pontífice les contestó, que por su parte y por la de los cardenales que se hallaban allí con él, no tendria inconveniente en renunciar á sus pretensiones; pero que no podia hacerlo, no teniendo el voto de En Ricart y En Juan Guayta que eran dos de los principales cardenales que habia en Roma, y á quienes solia siempre pedirse consejo. Cuando se nos hizo saber esta contestacion, dijimos, que Nos habíamos ido á la corte del papa, nó para hacernos tributario suyo, sino para que nos concediese nuevas gracias; y que toda vez que él no queria coronarnos sino con aquella condicion, nos importaria muy poco el volvernos sin corona. Con esto renunciámos por entonces á nuestra coronacion.

CAPÍTULO CCC.

Mas adelante celebró el papa otro concilio, al cual concurrímos tambien Nos con los prelados de la iglesia; y al terminar el pontífice un discurso que pronunció en él, hizo grandes elogios de Nos, por los ofrecimientos que habíamos hecho; encomendó á toda la cristiandad que se rezase oracion especial por Nos en las misas cantadas, y que se celebrase tambien por Nos la misa del Espíritu santo; y últimamente mandó á los que no eran misacantanos que rezasen el salterio por Nos, dando gracias á Dios por la buena voluntad que nos habia inspirado en el negocio de la Tierra Santa, y rogándole que nos diese vida y salud para que pudiésemos llevar á cabo aquellas y otras empresas, todas para mayor honra y gloria de Dios y de su Iglesia. Luego que el papa hubo terminado su discurso, salímos Nos del concilio; y al dia siguiente por la mañana fuímos á ver al mismo pontífice, para rogarle que hiciese poner en libertad á don Enrique de Castilla, manifestándole que por causa de la Iglesia lo tenia preso el rey Carlos de Nápoles, segun así de público se decia y lo pretestaba dicho rey; y que como don Enrique no era hombre que debiese pagar rescate, Nos y el rey de Castilla afianzaríamos por él, que nunca en ningun tiempo habia de resultar de su libertad ningun daño al rey Carlos ni á la iglesia de Roma. — Salvando vuestro honor, contestó el pontífice, he de deciros que andan equivocados los que tal os dijeron; pues la

Iglesia no tiene la menor parte en que don Enrique esté preso, y al contrario he rogado yo algunas veces á Carlos que lo soltase, aunque se ha escusado siempre de hacerlo, con decir que habia recibido de él muchas tuertos y graves injurias. — Mucho nos place el saberlo, dijimos entonces al papa; porque con las mismas razones que vos nos dais podrémos escusarnos tambien Nos en otros lugares.—Sin embargo, le rogámos que por nuestro amor insistiese de nuevo acerca del rey de Nápoles; y él nos prometió que así lo haria, porque deseaba tambien por su parte ver en libertad á don Enrique.

Hacia veinte dias que estábamos allí en Lyon; y al cumplir los veinte y uno, despachados ya todos nuestros negocios y dispuesto á partirnos, fuímos á ver al papa al anochecer para despedirnos, y apartándonos entonces con él á un lado, le dijimos: — Padre santo, Nos queremos marcharnos; pero para que no nos suceda lo que dice el proverbio, que quien loco á Roma va, loco volverá, ya que no tuvimos nunca la satisfaccion de ver á otro papa sino á vos, desearíamos que nos confesáseis y nos absolviéseis de nuestros pecados. — Contestónos el pontífice, que lo haria de muy buena gana; y así, habiéndole manifestado todas nuestras buenas y malas obras, en cuanto nos fué fiel la memoria, nos dió su absolucion, sin imponernos otra penitencia, sino que perseverásemos en el bien y nos apartásemos del mal. Hincámonos luego de rodillas, y poniéndonos él la mano sobre la cabeza, diónos por cinco veces su bendicion apostólica; despues de lo cual le besámos la mano, y nos despedímos para volvernos á nuestra tierra. Al dia siguiente salímos de Lyon, nos fuímos otra vez á Viena, y de aquí regresámos á Cataluña.

CAPÍTULO CCCI.

Llegado á Gerona, se nos dijo que el infante demandaba á Bernardo de Oriols un feudo que éste tenia por En Ponce Guillermo de Torrellas, fundándose en que no podia haberlo dejado á su hija; pero Nos dijimos que haríamos desistir al infante de sus pretensiones, por ser muy justo que cualquiera pudiese dejar lo suyo tanto á hijo como á hija, como á cualquier otro pariente. Con tal

motivo enviámos á Solsona, donde se habian juntado los ricoshombres de Cataluña para movernos guerra, á En Bernardo de Sanvicens, quien halló ya en aquella villa á En Arnaldo de Torrellas, que habia sido enviado por el infante. Nuestro mensajero manifestó de nuestra parte á aquellos ricoshombres, que no tenian necesidad de conjurarse contra Nos ni contra el infante, porque estábamos pronto á hacer revocar lo que éste habia dicho; á lo que contestaron, que ellos no conjuraban contra Nos, y que su único objeto en aquel caso era el mantener las costumbres y los usajes que sus antecesores les habian dejado. —¿Porqué, pues, permaneceis aquí reunidos, les dijo nuestro mensajero, toda vez que el rey os ha enviado á decir que no se cumplirá, antes será revocado lo que dijo el infante? Mal haceis en obrar de este modo; pues el rey no intenta quebrantaros ningun usaje ni costumbre, ni haceros en nada el menor tuerto.—A pesar de cuanto les dijo, no quisieron acceder por de pronto, sino que se empeñaron en que habian de deliberar; por cuyo motivo separóse de ellos y volvió á encontrarnos nuestro enviado.

Despues de esto nos fuímos á Barcelona, y á poco de haber llegado á aquella ciudad, En Raimundo de Cardona y los ricoshombres nos enviaron á en Guillermo de Castellaulí y En Guillermo Rajadell, los cuales nos dijeron que querian hablar con Nos delante de nuestra corte. Mucho nos plugo que lo hiciesen; y así, despues de habernos saludado, nos dijeron, que nos pedian por merced que ningun tuerto les hiciésemos, porque tuerto les hicimos al apoderarnos de sus feudos y honores, sin haber precedido juicio de nuestra corte; y pues sin juicio se los habíamos quitado, que se los devolviésemos, que ellos estaban prontos á hacer nuestro derecho, como fuera con conocimiento de nuestra corte. Respondímosles, que no creyesen que fuese nuestro ánimo eludir el fallo de la corte; pero que queríamos, sí, que se cumpliese lo que prescribia el usaje, el cual estaba terminante en contra de lo que ellos estaban haciendo; y que esto lo lograríamos siempre, sin necesitar para tal negocio el fallo de nuestra corte, pues lo habian ya juzgado nuestros antecesores y los suyos. Insistian ellos en que no era derecho ni usaje, ni de derecho parecia, que un señor pudiese arrojar de su posesion á un vasallo sin conocimiento de causa, y así que los hiciésemos juzgar; mas Nos les dijimos que la cosa era bien clara,

pues teniendo ellos los feudos por Nos, y habiéndose negado á prestarnos los servicios que por los tales feudos nos debian, se los habíamos Nos quitado; y supuesto que era ya cosa juzgada, ningun otro juicio era menester, ni hallarian ya medio alguno para alcanzarlo de Nos.

CAPÍTULO CCCII.

Cuando vieron que nada podian conseguir de su pretension, desnaturalizáronse de Nos y del infante En Pedro, hijo nuestro; y antes de que se cumpliera el plazo del desafío, marcharónse á Figueras, que era de dicho infante, y prescindiendo de toda formalidad de derecho, incendiaron la villa destruyéndola enteramente. Al ir Nos á socorrerla, participáronnos tal noticia así que llegámos á Gerona; y por consiguiente nos volvimos á Barcelona con ánimo de tomar acuerdo sobre tal maldad, y dispuesto á proceder contra ellos con todo el derecho que nos compitiese. Establecimos, pues, ante todo la frontera para mejor defender nuestras villas; y estando en esto, vinieron á nuestra presencia el obispo de Barcelona, el maestre de Uclés y En Gonzalvo Ibañez, y nos suplicaron que tuviésemos á bien nombrarles á ellos para arreglar aquel negocio con los ricoshombres, á fin de apartarles del mal camino que á su entender seguian; en vista de lo que les respondimos que mucho nos placia.

Llegónos aquel mismo dia una carta del baile de Tortosa, en la cual se nos participaba que el rey de Castilla, la reina y sus hijos debian entrar el próximo jueves en aquella ciudad; á cuya lectura preparámonos al punto para poder recibir á dicho rey y honrarle debidamente. Salímos pues al dia siguiente de Barcelona; y al llegar á Villafranca, vinieron á nuestra presencia el obispo de Barcelona, En Raimundo de Cardona, En Bernardo de Puigvert y muchos otros ricoshombres de Cataluña, implorando nuestra gracia, para que les perdonásemos si en algo habian errado contra Nos; aunque al mismo tiempo nos dijeron tambien que era preciso señalar jueces que conociesen quién era el que habia hecho el tuerto, si ellos á Nos, ó Nos á ellos. Queriendo Nos acceder á sus súplicas, nombrámos por jueces al arzobispo de Tarragona, al de Ge-

roña, al abad de Fuenfria á En Raimundo de Moncada, á Pedro de Berga, á En Gofredo de Rocabertí y á En Pedro de Queralt; y luego los que nos los pidieron entraron con Nos en Tarragona, donde señalámos plazo para mediados de la cuaresma, de acuerdo con dichos jueces. Para tal tiempo les dijimos que debian hallarse en Lérida todos los ricoshombres de Cataluña y Aragon; que Nos estaríamos allí asimismo el dia señalado, con nuestro hijo el infante En Pedro; y que entonces los antedichos jueces podrian conocer de las cuestiones que existian entre Nos y ellos: todo lo que resolvióse estenderlo por escritura. Entretanto llegaron á Tarragona el rey de Castilla, su esposa la reina y todos sus hijos, á escepcion de don Fernando; mas luego partieron con Nos á Barcelona, y en tal punto pasámos juntos la fiesta de Navidad.

CAPÍTULO CCCIII.

Pasada tal fiesta, pidiónos consejo el rey de Castilla, diciéndonos que queria ir á ver al papa sobre el tuerto que este le hacia en el asunto del imperio y sobre otros muchos de que estaba quejoso; mas Nos le aconsejámos que por nada del mundo fuése á verle, pues no le convenia de ningun modo ir á tan estraña tierra; sin contar aun que debia pasar por la del rey de Francia, de quien él se guardaba. No quiso creer nuestro consejo dicho rey, y de consiguiente marchó á ver al papa.

CAPÍTULO CCCIV.

Apenas el rey de Castilla habia salido de Barcelona, tomámos Nos el camino de Lérida, con el objeto de estar en esta ciudad el dia que habíamos señalado á nuestros ricoshombres para celebrar las cortes; viniendo con Nos el infante En Pedro, que se hospedó en el castillo. En Raimundo de Cardona, el conde de Ampurias, el conde de Pallars y otros ricoshombres de Aragon y Cataluña reuniéronse en Corbins, no queriendo entrar en Lérida; y allí se les juntaron luego Ferran Sanchez de Castro, En Artal de Luna, En Pero Cornel y otros muchos, que, como los primeros,

alegaban todos por motivo, que dentro de la ciudad no se creian seguros. Nos les enviámos á decir que les daríamos salvoconducto en lo que fuese menester; pero á pesar de esto no quisieron entrar, y lo único que hicieron fué enviarnos sus procuradores, que eran En Guillermo de Castellaulí y En Guillermo de Rajadell, para pedirnos que les señalásemos defensores; en vista de lo que, Nos les señalámos á En Raimundo de Vallés, canónigo de Lérida, y á En Raimundo Gili.

Con esto entablámos los demanda que contra ellos teníamos; mas ellos dijeron que no estaban obligados á respondernos, hasta tanto que hiciésemos restituir á Ferran Sanchez todo lo que le habia quitado el infante En Pedro. Respondimósles que tampoco teníamos obligacion de hacer restituir á Ferran Sanchez lo que nos pedian, por cuanto él, Gimeno de Urrea, En Artal de Luna y En Pedro Cornel, sin ofrecérsele á estar á derecho, habian desafiado al infante En Pedro, y además, que sin la misma formalidad, se habian propasado á hacerle algunos daños; por lo que ninguna obligacion teníamos de devolverles nada, mayormente sabiendo que Ferran Sanchez se nos habia apoderado á la fuerza de los castillos de Alcuacer y de Naval, los cuales no queria restituirnos y los retenia sin razon.

Pronunciaron con esto los jueces una interlocutoria, desestimando la escepcion propuesta por dichos procuradores, y mandando á estos que contestasen á nuestra demanda, á cuyo fin se la entregaron dichos jueces, pero aquellos no solo no quisieron recibirla, sino que hasta la tiraron por el suelo. Al ver tal rebeldía, separóse la corte sin ulterior procedimiento. Entonces rogámos Nos á los jueces para que se nos abonaran diez mil sueldos por los gastos hechos; pero los de la otra parte dijeron que nada querian pagar: y sin embargo de haberles luego ofrecido estar á lo que resolviesen dichos jueces, no quisieron ellos acceder y se marcharon por fin.

CAPÍTULO CCCV.

Despues que esto hubo pasado, fuímos á ver al infante En Pedro para que entrara en Aragon, á fin de defender el pais y hacer daño á los nemigos; y Nos nos fuímos á Barcelona, dando ór-

den de que se reunieran nuestras huestes; despues de lo que volvimos á salir contra el conde de Ampurias. Supimos, al llegar al Ampurdan, que el infante En Jaime, hijo nuestro, tenia sitiada La Roca, que era un castillo del conde de Ampurias: fuímos pues allá, hicímosle levantar el sitio, y entretanto pasámos á Perpiñan para ver á la reina de Castilla, nuestra hija, la cual estaba allí desde que el rey su esposo habia salido de nuestra tierra para ir á ver al papa.

Llegó á nuestros oidos, antes de salir de Perpiñan, como el infante En Pedro, teniendo sitiado un castillo de Ferran Sanchez, habia preso á éste y le habia hecho ahogar; de lo que nos alegrámos por cierto, pues era dura cosa que siendo él nuestro hijo y despues de haberle hecho tanto bien y honrado con pingüe patrimonio, se levantase aun contra Nos. Al salir de Perpiñan, fuímos á recibir una partida de la hueste salida de Barcelona, y que llegaba por tierra; y encontrándola en la Bisbal, partimos desde allí con ella, y pasámos por un castillo de En Dalmacio de Rocabertí, llamado Calabuig, del que nos apoderámos mandandolo destruir en seguida. Fuímos luego á recibir la otra partida de la hueste de Barcelona que llegaba por mar; con cuya fuerza y la que ya teníamos sitiámos á Rosas, que era otro castillo del conde de Ampurias. Al saberlo En Raimundo de Cardona, En Pedro de Berga y otros ricoshombres de Cataluña, entráronse en Castellon, donde estaba dicho conde, y allí en su compañía permanecieron por espacio de algunos dias.

Vinieron despues é encontrarnos en el dicho sitio de Rosas, y á tal punto nos trajeron al dicho conde y lo pusieron bajo nuestro poder para que hiciésemos de él lo que nos plugiera, aunque venia dispuesto á estar á derecho por el suceso de Figueras, cuya villa, que era del infante, habia hecho incendiar y destruir. Viendo, pues, que teníamos ya al conde bajo nuestro poder, como acaba de decirse, y que esto bastaba para dejar satisfecha nuestra voluntad, levantámos el sitio y nos entrámos en Gerona, donde espusimos á aquel las quejas que teníamos. Compareció el conde á nuestra presencia, acompañado de En Pedro de Berga, y ambos nos suplicaron, que reuniesémos corte en Lérida, asistiendo catalanes y aragoneses, ante la cual ninguna dificultad tendrian ellos en responder á nuestras demandas; añadiendo el primero,

que nos otorgaria lo que Nos le pidiésemos, y que seria de tal utilidad aquella corte á tal sazon, que por medio de ella podria arreglarse perfectamente todo Aragon y Cataluña; oido lo que, otorgámos en seguida lo que nos pedian, diciéndoles que haríamos de manera que el infante En Pedro acudiese á la dicha corte, para la cual señalámos desde luego el dia de Todos los Santos.

CAPÍTULO CCCVI.

Mientras estábamos en Gerona, llegónos la nueva de que don Fernando, primogénito del rey de Castilla y nieto nuestro, habia muerto, lo que nos afectó sobre manera: mas acordándonos luego de que debíamos ir á la corte que habíamos mandado reunir en Lérida, fuímos efectivamente allá, compareciendo tambien con igual objeto nuestro hijo el infante En Pedro. Por el otro partido comparecieron tambien En Raimundo de Cardona, el conde de Pallars, el conde de Ampurias y otros ricoshombres de Cataluña y Aragon; y sin estos otros varios como En Bernardo Guillen de Entenza y En Garcia Ortiz. Antes de que entrase en Lérida el infante En Pedro, nuestro hijo, hablaron con Nos los antedichos ricoshombres de Cataluña, y nos suplicaron entre otras cosas que confirmásemos al conde de Pallars el feudo de Berga y de los demás lugares que por Nos tenia En Pedro de Berga, el cual acababa de morir dejándolos á aquel; y que en cambio, si esto hacíamos y les cumplíamos, harian tambien ellos y nos cumplirian todo cuanto les mandásemos y quisiésemos en Cataluña respecto al arreglo del pais, en lo cual tendrian un especial gusto. Respondímosles á esto, que tan pronto como llegase el infante hablaríamos con él, procurando arreglar de manera el negocio, que hasta se les haria enmendar cualquier tuerto que hubiesen recibido.

Cuando hubo llegado el infante, hablámosle del citado negocio; y fué su respuesta: que si por ventura conociamos que estuviese obligado en algo á los ricoshombres de Aragon y Cataluña por algun tuerto que les hubiese hecho, de buena gana se lo enmendaria á juicio nuestro. Trasmitímos Nos esta contestacion de nuestro hijo á los ricoshombres; pero cuando nos disponíamos á hablarles

de este negocio en presencia de los prohombres de Lérida, saliéronse aquellos de la villa, sin despedirse siquiera; de modo que no pudo ya tratarse mas en aquella corte del negocio para que habia sido convocada.

CAPÍTULO CCCVII.

Permanecíamos aun en Lérida despues de haberse disuelto la corte, cuando recibímos un aviso de que todo el pueblo de Valencia en general se habia sublevado, y que en desprecio de nuestro señorío, habian demolido varias casas de algunos prohombres de la villa y cometido otros muchos desmanes. Al mismo tiempo se nos dijo tambien que En Miguel Perez con numerosa compañía de peones se disponia á embestir y saquear algunos lugares de los sarracenos de dicho reino de Valencia. Con tales noticias y para evitar y castigar todos aquellos escesos, luego de haber despachado algunos negocios que teniamos que despachar en Lérida, resolvimos encaminarnos á Valencia.

Llegado á dicha ciudad, enviámos desde luego contra En Miguel Perez y los suyos á nuestro hijo En Pero Ferrandez de Híjar con numerosas fuerzas de caballeros y peones; pero temerosos aquellos de Nos, luego que supieron nuestro enojo, saliéronse en su mayor parte del reino de Valencia. Algunos hubo, sin embargo, que se quedaron, y á quienes hicimos poner presos y ajusticiar con arreglo á derecho.

Despues de esto quisimos tambien proceder contra los que, segun hemos dicho, habian derruido las casas de algunos prohombres de la ciudad, y les castigámos condenándoles á pagar cien mil sueldos; mas así que queríamos continuar nuestro procedimiento contra los que se habian hecho acreedores á pena corporal, recibímos noticia de que el alcaide Abrahim se habia sublevado, volviendo á fortificar un castillo llamado Sierra de Finestrat, que Nos habíamos mandado ya demoler algun tiempo atrás. Con tal noticia, dejámos pendiente lo que teníamos que hacer en Valencia, y resolvimos trasladarnos en seguida á aquel territorio donde se hallaba situado dicho castillo. Al llegar á Algecira, supimos que los sarracenos de Tous se habian sublevado tambien, apoderándose

del castillo; por consiguiente les enviámos un mensaje intimándoles que nos entregasen aquella fuerza. Contestáronnos entonces que les concediésemos un plazo de diez dias, al cabo de los cuales nos verificarian la entrega; pero tampoco quisieron cumplir, antes se fortificaron mas y mas, movidos de la fama que á la sazon se divulgó de que acudian á socorrerlos algunas fuerzas. Viendo Nos que estaban con ánimo de resistirse, y noticioso al mismo tiempo de aquel rumor, acordámos trasladarnos á Játiva, donde tuvimos luego nueva cierta de que habian entrado en la tierra algunos caballos lijeros.

Resolvimos por tanto enviar cuarenta hombres de á caballo para que defendiesen la villa de Alcoy, y guarnecer asimismo el castillo de Cocentaina, por donde debian forzosamente pasar aquellos jinetes que habian entrado; con cuyas medidas conseguímos, que habiendo atacado la villa de Alcoy doscientos cincuenta de dichos caballeros, les causaron los nuestros grave daño, haciéndoles perder su caudillo, llamado Alazarch, el mismo que en otro tiempo se habia alzado ya contra Nos con algunos castillos del reino, y que se vió obligado á desampararlos, abandonando toda su tierra para no volver mas á ella. Sin embargo, despues de haber obtenido los de Alcoy tan señalada ventaja, quisieron, sin ningun acuerdo entre sí, salir de la plaza para dar alcance á los caballos enemigos: pero estos les armaron una emboscada, en la cual cayeron la mayor parte de los cristianos, muertos ó prisioneros. Cuando los moros del pais tuvieron noticia del descalabro que acababan de sufrir los nuestros, por consejo y con la ayuda de aquellos caballeros que les habian llegado de refuerzo, se atrevieron ya á embestir algunos de nuestros castillos que Nos no habíamos tenido cuidado de guarnecer debidamente, por no tener la menor sospecha de que intentasen snblevarse de aquel modo contra su señor natural; y con su esfuerzo lograron apoderarse de gran parte de ellos.

Conocimos Nos entonces cuáles eran los intentos de los traidores, y resolvimos convocar en seguida á nuestros ricoshombres y caballeros, de los cuales fueron los primeros en comparecer En García Ortiz y el maestre del Templo. Hallábanse estos en Valencia, á la sazon en que unos quinientos peones moros se corrieron hasta Liria; pero salieron de los nuestros á rechazarlos unos ciento

y veinte hombres de á caballo, los cuales lograron alcanzar á los moros y derrotarlos completamente, causándoles hasta doscientos y cincuenta muertos, sin mas pérdida por parte de los nuestros, que la de cinco caballos y un escudero.

Luego de haber regresado á Valencia, despues de alcanzada aquella victoria, trataron de reunirse con Nos en Játiva; y á poco de haberlo verificado, tuvimos noticia de que estaban pasando por el valle de Albaida algunos caballos lijeros, que iban á socorrer á los moros de Beniopá, á quienes por órden nuestra tenia sitiados nuestro hijo En Pedro Ferrandez de Híjar; mas como antes de llegar supieron ya que los de Beniopa habian tenido que rendirse, pasaron entonces á dar salto á la puebla de Luchente. Así que llegó á nuestra noticia que los moros habian saqueado aquel lugar, quisimos marchar inmediatamente á su encuentro, con cuyo objeto salímos de Játiva con todas nuestras fuerzas de á pié y de á caballo; pero así que estuvimos fuera de la villa, el maestre del Templo, En García Ortiz, el obispo de Huesca y muchos otros caballeros nos rogaron encarecidamente, que tuviésemos á bien no esponernos en aquella espedicion, porque el escesivo calor podria fácilmente dañarnos, considerando que hacia muy poco tiempo que habíamos estado algun tanto indispuesto. Vimos Nos que se enojaban de que quisiésemos tomar parte en aquella campaña, y así, para contentarlos, nos volvimos á Játiva.

CAPÍTULO CCCVIII.

Marcharon, pues, de Játiva En García Ortiz, el maestre del Templo y todos los caballeros y peones que los acompañaban, dirigiéndose hácia Luchente, á donde llegaron rendidos de calor y de cansancio, ellos y los caballos, por lo mucho que habian corrido y por el escesivo calor que habia reinado aquel dia. Al entrar en el término del pueblo, descubrieron al enemigo, en número de cuatrocientos á quinientos caballos, y mas de tres mil infantes: arremetieron los nuestros contra los moros; pero el resultado fué que murieron en la refriega don García Ortiz de Azagra, su hijo don Bernardo de Entenza, con muchos otros caballeros y peones, y cayeron al mismo tiempo prisioneros el maestre del Templo y al-

gunos freiles de su milicia, los cuales, despues da haber estado presos por algun tiempo en el castillo de Biar, se escaparon al fin en compañía de un almugávar moro que estaba encargado de su custodia.

Cuando llegó á nuestra noticia el descalabro que acababan de sufrir los cristianos, nos entristecimos y enojámos en gran manera; y habiendo enviado á buscar á nuestro hijo el infante En Pedro, al cabo de pocos dias compareció éste en Játiva con numerosas fuerzas de ricoshombres y caballeros, y le hicimos quedar allí con todos los suyos para mantener la frontera contra los moros. Á causa de los trabajos que acabábamos de sufrir, permitió Dios que se alterase nuestra salud, pero con todo nos marchámos de Játiva y nos fuímos á Algecira, para poder desde allí enviar provisiones al infante y á los suyos. Agravóse con esto nuestra enfermedad; y así, viéndonos por la gracia de nuestro Señor Jesucristo con buena y clara memoria, nos confesámos repetidas veces con los obispos y algunos frailes predicadores y franciscanos, con grande contricion de nuestros pecados y derramando abundantes lágrimas. Purgado así con la confesion de nuestras culpas mundanas, recibímos con suma alegría y satisfaccion el cuerpo de nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO CCCIX.

Conociendo Nos entonces que continuaba agravándose de dia en dia nuestra enfermedad, enviámos un mensaje á nuestro hijo el infante En Pedro, para que compareciese personalmente en Algecira; y sabiendo él en qué estado nos hallábamos, salió en seguida de Játiva, vino á donde Nos estábamos, y la misma noche que llegó, se presentó á hacernos reverencia, como debe hacerla un buen hijo á su padre. Al dia siguiente volvió á vernos; juntos oímos misa; y luego de concluida esta, en presencia de muchos ricoshombres, caballeros y ciudadanos que allí habia, le dijimos: que nuestro Señor nos habia favorecido muy particularmente en este mundo, mas que á todos nuestros enemigos; pues habia permitido que reinásemos en servicio suyo por espacio de mas de sesenta años, los cuales no habia memoria de que los hubiese reinado ningun rey, desde David ó Salomon: que fuese devoto de la santa iglesia; y

que viese de qué manera nos habíamos granjeado el afecto y amor de nuestros súbditos, de quienes habíamos sido muy honrado. Sin esto, le declarámos que todas esas mercedes conocíamos que nos las habia dispensado nuestro Señor Jesucristo, porque en cuanto alcanzaban nuestras fuerzas habíamos procurado siempre seguir su regla del mejor modo posible, y cumplir sus mandamientos; y que por lo mismo debia él tomar ejemplo de Nos en todo lo bueno, para que siguiendo el mismo camino se viese igualmente favorecido. Finalmente le mandámos y pedímos que amase y honrase á su hermano carnal, el infante En Jaime, á quien habíamos señalado ya determinada herencia, para evitar que tuviesen entre sí el menor altercado; pues podia tenerse ya por muy satisfecho toda vez que le dejábamos á él todo el gobierno y la porcion mas considerable de nuestros estados, mayormente si se hacia cargo de que el infante En Jaime le amaba á él y le obedeceria en todo lo que debiese como á su hermano mayor. Cuando le hubimos hecho esas advertencias en presencia de todo el consejo, le encomendámos que para honrar nuestra memoria continuase amando y honrando al obispo de Huesca que habia sido criado y hecho educar por Nos desde niño, que por nuestra mediacion había obtenido tambien el obispado, y que nos habia servido hasta aquel dia como canciller de nuestra corte. Recomendámosle asimismo al sacrista de Lérida hermano de dicho obispo de Huesca, al arcediano de Urgél, á todos los demás letrados de nuestra corte, y generalmente á todos los de nuestra compañía, con quienes le encargámos que continuase los mismos buenos oficios que Nos les habíamos prestado, para que ellos le correspondiesen tambien del mismo modo; y por último, despues de haberle dado algunos otros consejos, que seria largo referir, dímosle, como á hijo, nuestra bendicion paternal.

Seguidamente, rogámos á nuestro hijo que se marchase y fuése á proveer de vituallas y demás necesario todos los castillos del reino de Valencia, encargándole que procurase continuar la guerra con vigor, y muy particularmente que echáse del reino á todos los moros, ya que tan traidoramente se habian portado con Nos repetidas veces; puesto que del mismo modo que se habian esforzado en hacernos daño siempre que habian podido, en pago del bien que les dispensábamos, así tambien lo harian con él, si les dejaba permanecer en la tierra. Suplicámosle por último, que si acon-

tecia que Nos muriésemos de aquella enfermedad, mientras él andaria ocupado en abastecer y guarnecer los castillos, no se distrajese en aquella sazon para sacarnos del reino, á fin de que la tierra no padeciese daño por su ausencia, sino que en caso de morir en Algecira, el obispo de Huesca y demás de nuestra comitiva nos enterrasen en Santa María de Algecira ó en Santa María de Valencia, conforme lo habíamos ya dispuesto; y que luego, terminada la guerra, nos hiciese él conducir á Santa María de Poblet, donde Nos dejábamos ordenado que se nos sepultase.

CAPÍTULO CCCX.

Acogió el infante con sumision todos nuestros consejos y mandatos, como hijo obediente á su padre; accedió á nuestros ruegos, y nos prometió cumplirlo todo como acabábamos de ordenárselo. Entonces, antes de que se partiese, delante de él y de todos los ricoshombres, caballeros y ciudadanos que habian oido nuestras palabras, renunciámos el reino á favor suyo, instituyéndole nuestro universal heredero en todas nuestras tierras; todo para mayor honra y gloria de Dios y de su bendita Madre, que tanto nos habia honrado y favorecido en este mundo, y en remision de nuestros pecados: vestímonos luego el hábito del Cister, é hicimos nuestra profesion en aquella órden. Cumpliendo en seguida nuestro hijo las órdenes que acabábamos de darle, se despidió de Nos, y con él los ricoshombres y caballeros que le acompañaban, derramando todos abundantes lágrimas; y se volvieron á Játiva para guarnecer y guardar aquella frontera.

CAPÍTULO CCCXI.

Al cabo de algunos dias, constante en nuestro propósito de retirarnos á Poblet para servir á la Madre de Dios en aquel monasterio, salímos de Algecira y llegámos hasta Valencia; pero aquí

se agravó nuestra enfermedad, y no permitió el Señor que continuásemos nuestro viaje (1). . . . .

. . . .

Aquí en Valencia, seis dias antes de las calendas de agosto (27 de julio) del año 1276 murió el noble En Jaime por la gracia de Dios rey de Aragon, de Mallorca y de Valencia, conde de Barcelona y de Urgel, y señor de Monpeller, *cujus anima per misericordiam Dei requiescat in pace. Amen.* Vivió el rey don Jaime despues de la toma de Valencia treinta y siete años.

Finito libro, sit laus et gloria Christo.

FIN DE LA HISTORIA DEL REY DE ARAGON, DON JAIME I.

(1) Aquí termina la obra de nuestro Cronista: lo que sigue se ve añadido por el escribiente en casi todos los manuscritos que se conservan.

CONCLUSION.

Muerto don Jaime, permaneció su cadáver depositado en la catedral de Valencia hasta el año 1278, en que, desocupado ya su hijo don Pedro de la guerra contra los moros y deseando cumplir la última voluntad de su padre, lo trasladó al monasterio de Poblet, donde se le celebraron suntuosas exequias, con asistencia de la reina de Castilla, doña Violante, y de la mayor parte de los prelados y ricoshombres de estos reinos. Entonces fue colocado don Jaime en un sarcófago de madera, sobre el presbiterio, y frontero al sepulcro de su abuelo don Alfonso; pero cuando por los años de 1390 quedaron acabados los Reales sepulcros que el rey don Pedro el Ceremonioso habia mandado construir en aquella iglesia, se le trasladó á ellos, colocándole en el panteon mas inmediato al presbiterio, á la parte del evangelio, con la siguiente inscripcion:

ANNO DOMINI MCCLXXVI, VIGILIA
BEATÆ MARIÆ MAGDALENÆ, ILLUSTRISSIMUS
AC VIRTUOSISSIMUS JACOBUS, REX ARAGONUM,
MAJORICARUM, VALENTIÆ, COMESQUE BARCINONÆ,
ET URGELLI, ET DOMINUS MONTISPESSULANI,
ACCEPIT HABITUM ORDINIS CISTERCIENSIS
IN VILLA ALGECIRÆ, ET OBIIT VALENTIÆ VI KAL.
AUGUSTI. HIC CONTRA SARRACENOS SEMPER PRÆVALUIT,
ET ABSTULIT EIS REGNA MAJORICARUM, VALENTIÆ
ET MURTIÆ, ET REGNAVIT LXII ANNIS, X MENSIBUS,
ET XXV DIEBUS, ET TRANSLATUS EST DE CIVITATE
VALENTIÆ AD MONASTERIUM POPULETI, UBI SEPULTUS FUIT,
PRÆSENTIBUS REGE PETRO, FILIO SUO, EJUS UXORE
CONSTANTIA, REGINA ARAGONUM, ET VIOLANTE,
REGINA CASTELLÆ, FILIA REGIS JACOBI
PRÆDICTI, ET ARCHIEPISCOPO TARRACONÆ, ET MULTIS
EPISCOPIS, ET ABBATIS AC NOBILIBUS VIRIS.
HIC ÆDIFICAVIT MONASTERIUM BENIFAZANI, ET
FECIT MULTA BONA MONASTERIO POPULETI.
EJUS ANIMA REQUIESCAT IN PACE. AMEN.

Hasta el año 1835, pudo nuestro don Jaime descansar tranquilamente en su sepulcro de Poblet; mas víctima este precioso monasterio, como otros muchos, de la rapacidad y saqueo con que los profanaron los incivilizados incendiarios de aquella época, por demás es decir que las postreras y respetables estancias elegidas por los ilustres reyes de Aragon para el descanso de su cuerpo, no serian de los últimos monumentos que caerian hacinados bajo el hacha de aquellos sangrientos vándalos, que, en un solo dia, profanaron lo que por tantos siglos se habia respetado; escupieron al rostro de aquellos reyes que en su tiempo dieron la mas sana libertad y felicidad á su pueblo; borraron mil recuerdos y glorias históricas de que hubiera podido vanagloriarse la nacion mas adelantada; destruyeron un sin fin de bellezas de arte; y cebaron, por último, la codicia de cuatro especuladores, que, sin mas Dios que el dinero, cedieron por un mezquino interés á los museos y sociedades estranjeras varios objetos de inestimable valor.

Para averiguar lo que despues de tal desgracia se hizo de los cadáveres reales, nos hemos procurado copia de una acta de traslacion, otorgada por don Pedro Antonio Vasallo, escribano de la Espluga de Francolí en 18 de enero de 1843; de cuyo contenido se desprende, que habiendo sido llamado en tal fecha dicho escribano por el alcalde constitucional don Matias Vernet, á presencia de dicho señor, del ayuntamiento de la misma villa, de don Antonio Serret, presbítero y rsctor de la iglesia parroquial, de don Juan Ramon, médico, don Antonio Pau, cirujano, y don Pedro Gil, del comercio de Barcelona, entregó este al citado alcalde un oficio del gefe político de Tarragona, en el que se facultaba á dicho don Pedro Gil para recoger los restos de los reyes de Aragon estraidos en 1836 del panteon de Poblet y salvados por el indicado párroco y otros vecinos de la Espluga, que los depositaron en su iglesia; lo cual verificó aquel movido de un acto de humanidad y de respeto á tan ilustres príncipes, y en vista de que tan venerandos restos se hallaban esparcidos por el monasterio; de cuya operacion estendió luego dicho Vasallo la correspondiente acta.

Á fin de verificar, pues, la entrega, se espresa en dicho documento que se derribó un tabique que habia debajo de la escalera que conduce al coro, y estendidas en tierra varias alfombras, se fueron colocando sobre las mismas una porcion de cadáveres y huesos

sueltos, los cuales se enumeran á manera de inventario, figurando ante todo un esqueleto entero que por sus dimensiones colosales, dió á conocer que era el mismo de don Jaime primero llamado el Conquistador.

Despues de esta operacion, colocáronse tales restos en seis cajas de madera, de los que se hizo cargo don Pedro Gil, trasladándolos luego á Tarragona, donde quedaron depositados, acaso con no todo el cuidado necesario, en la antesala de la intendencia, hasta que, despues de algunas dificultades, fueron entregados al cabildo de la catedral, quien los depositó en la capilla de *Corpore Cristi*, en el claustro de la misma. Los seis cajones se hallan en el mismo estado, menos el cadáver de don Jaime, que en el mismo sitio ocupa un hermoso cofre de caoba, cubierto de molduras bronceadas y cerrado con tres llaves; el cual tiene en su interior otra caja de plomo con cristales, y al traves de ellos se ve la momia real, pero despojada enteramente de sus hábitos.

De este modo se conserva cuidadosamente en Tarragona la sombra del mejor rey del mundo, sombra querida, cuya memoria en vano borrará el tiempo, y cuya posesion se disputan poniendo á competencia sus mas sínceros afectos, los catalanes, los mallorquines y los valencianos.

